



## Bestiario 5

Comentario [LT1]:

### La historia de Plutón

**El descubrimiento de vida extraterrestre fue el evento clave del tercer milenio**

*Robert Silverberg*

*Robert Silverberg ha sido escritor de ciencia ficción durante los últimos 45 años. Sus libros más recientes son: The alien years y Lord Prestimion (Voyager).*

El descubrimiento de vida en Plutón en el año 2668 DC provocó la mayor reevaluación por parte de la humanidad sobre su lugar en el Universo desde los tiempos de Copérnico, más de mil años antes. Los cálculos astronómicos de Nicolás Copérnico (1473-1543) fueron los que derrocaron la antigua teoría Ptolomeica del Sistema Solar heliocéntrico y demostraron que la Tierra no era el centro del Universo sino que realmente se mueve en órbita alrededor del Sol.

El trabajo de Copérnico socavó la primacía de la opinión bíblica sobre el Universo y ayudó a debilitar el poder de la Iglesia sobre el pensamiento científico en la Europa medieval. Sin embargo la falta de evidencias de vida en mundos diferentes al nuestro, incluso después del inicio de la exploración espacial, reforzó la creencia de que la Tierra es un caso único.

El descubrimiento en el siglo XX de compuestos orgánicos en meteoritos originarios de Marte sugirió que el planeta rojo pudo alguna vez haber sido capaz de albergar vida, pero las consiguientes exploraciones no confirmaron este extremo. El posterior descubrimiento, en el mismo siglo, de un océano global bajo la superficie congelada de la luna de Júpiter, Europa, reanimó las especulaciones de que podría contener primitivas formas de vida, pero esto, nuevamente, resultó ser falso. Y se demostró ampliamente que los numerosos registros de visitas de seres inteligentes extraterrestres a la Tierra, banalidades durante la segunda mitad del siglo XX, no eran otra cosa que manifestaciones de la irracionalidad popular.

Por lo tanto, a mediados del presente siglo, muchos de nosotros estábamos convencidos otra vez de que la Tierra era el único lugar del Universo en el que había ocurrido el milagro de la vida. No hubo un reestablecimiento de la opinión eclesiástica de que había habido un acto especial de creación: en su lugar, en general se pensó que aquí en la Tierra había tenido lugar un único e increíblemente improbable suceso fortuito, el ciego arrastrarse de moléculas libres en el interior de una estructura biológica capaz de persistir y reproducirse a sí misma. Sin embargo eso solo había sido suficiente para generar una especie de creencia mística preCopernicana sobre la singularidad de la vida en la Tierra. Aunque algunos iconoclastas advirtieron que dicha forma de pensar nos podría conducir a una excesiva complacencia y finalmente a la decadencia, la ausencia de evidencias que lo contrarrestaran quitó fuerza real a sus argumentos. Por lo tanto las posteriores exploraciones del espacio parecían inútiles, y apenas tuvieron lugar en el deplorable periodo de 200 años que empezó alrededor de 2400. Entonces llegó el denominado Segundo Renacimiento del siglo XXVII, trayendo con él gran prosperidad y una reaparición de la curiosidad científica. Los planetas interiores fueron revisitados después de una ausencia de cuatro siglos, y se hicieron los primeros viajes a los exteriores, culminando con la expedición a Plutón de 2668 y el asombroso descubrimiento allí de criaturas vivas. "Plutón tiene vida", fue el sorprendente, inolvidable mensaje de los viajeros, quienes describieron criaturas parecidas a cangrejos, miles de ellos en la fría, centelleante luz del día de Plutón, dispersados, tan inmóviles como piedras, a lo largo de la playa de un mar de metano, con conchas gruesas, suaves, grises, de textura cérea y un gran número de patas articuladas. No se observaron signos de vida en ellos, ni siquiera cuando fueron importunados. Pero unos días después llegó la fría noche plutoniana, trayendo con ella una caída a dos grados Kelvin, y empezaron a arrastrarse lentamente. Evidentemente su estado habitual era un estado de letargo excepto a temperaturas de unos pocos grados por encima del cero absoluto.

La disección de un espécimen capturado mostró un interior hecho de filas de estrechos tubos compuestos de retículos de silicio y cobalto. Se identificó el fluido que circulaba a través de estas estructuras como helio-2, el raro estado, libre de fricción, que solo se encuentra a las extremadamente bajas temperaturas típicas de la noche de Plutón. El helio-2 hace posible el fenómeno conocido como superconductividad: la persistencia indefinida de las corrientes eléctricas a fluir a través de un medio sin resistencia. La conclusión obvia fue que el principio energético de las criaturas de Plutón era la superconductividad: que eran unas formas de vida que solo podrían existir en Plutón y actuar únicamente durante la noche plutoniana.

Pero, ¿eran realmente formas de vida? Tras el descubrimiento se argumentó que las cosas parecidas a cangrejos no eran otra cosa que máquinas, meros dispositivos procesadores de señales diseñados para operar a temperaturas superfrías, dejadas atrás, quizás, por exploradores de alguna otra parte de la Galaxia. Un estudio posterior, sin embargo, indicó que las criaturas desarrollaban funciones metabólicas características de la vida. Pudieron ser observadas alimentándose con metano y excretando compuestos orgánicos. También se observaron ejemplos aparentes de reproducción por gemación. Hoy en día no tenemos dudas de que las criaturas plutonianas coinciden con nuestras definiciones de seres vivos auténticos. El mito de que la Tierra es única en el

Universo ha sido destruido para siempre, y todos estamos familiarizados con las consecuencias sociales y filosóficas. Pero, ¿los plutonianos son auténticos nativos del mundo helado donde fueron descubiertos, o son solo centinelas colocados allí por especies superiores de otras estrellas, los cuales regresarán algún día a nuestra parte de la Galaxia? Tres siglos después esa pregunta queda sin respuesta, y nosotros solo podemos mirar y esperar.

# Un encuentro con medusa

Arthur C. Clarke

## 1. Un día memorable

Se hallaba el *Queen Elizabeth* a más de tres millas de altura, por encima del Gran Cañón, vagando a la cómoda velocidad de ciento ochenta, cuando Howard Falcon localizó la plataforma de la cámara que se aproximaba por la derecha. Había estado esperándolo –ninguna otra cosa podía volar a esta altura–, pero no le hacía demasiada gracia tener compañía. Aunque recibía con agrado cualquier muestra de interés público, también quería tener el cielo lo más despejado posible. Al fin y al cabo era el primer hombre en la historia que navegaba en un navío de tres décimas de milla de eslora...

Hasta ahora, este primer vuelo de prueba se estaba realizando a la perfección; irónicamente, el único problema había sido la vetusta nave *Chairman Mao*, solicitada al Museo Naval de San Diego para que sirviera de base a las operaciones. Sólo uno de los cuatro reactores nucleares del *Mao* funcionaba todavía, y la velocidad tope del viejo portaaviones apenas alcanzaba los treinta nudos. Afortunadamente, la velocidad del viento al nivel del mar había sido menos de la mitad, por lo que no resultó demasiado difícil mantenerse sobre la cubierta de despegue. Aunque habían pasado unos momentos de ansiedad al comenzar las ráfagas de viento en el instante de soltar amarras, el enorme dirigible se había elevado suave y verticalmente hacia el cielo, como impulsado por un ascensor invisible. Si todo marchaba bien, el *Queen Elizabeth IV* no regresaría al *Chairman Mao* hasta dentro de una semana.

Todo estaba bajo control; todos los instrumentos de comprobación daban lecturas normales. El comandante Falcon decidió subir a presenciar el encuentro. Entregó el mando a su segundo oficial y salió al corredor transparente que conducía al corazón de la nave. Allí, como siempre, se sintió anonadado ante el espectáculo del espacio más extenso jamás abarcado por el hombre.

Los diez alvéolos esféricos de gas, de más de cien pies de anchura cada uno, se alineaban como una hilera de gigantescas burbujas de jabón. El resistente plástico era tan claro que podían verse a su través, de extremo a extremo, los detalles del mecanismo elevador desde su cabina delantera de observación, a más de un tercio de milla de distancia. Por todo su alrededor, como un laberinto tridimensional, se desplegaba el armazón de la nave: las grandes vigas longitudinales que iban de proa a popa y los quince anillos que formaban las costillas circulares de este coloso del cielo, cuyas diversas proporciones delimitaban su silueta graciosa y aerodinámica.

A tan escasa velocidad había poco ruido: sólo el blando azote del viento sobre la envoltura y algún que otro crujido del metal al cambiar el sistema de fuerzas. La luz sin sombras de las filas de lámparas, en lo alto, conferían a toda la escena una calidad curiosamente submarina, y para Falcon todo esto estaba realzado con el espectáculo de las traslúcidas bolsas de gas. Una vez se había encontrado con un inmenso, pero inofensivo escuadrón de medusas que avanzaba palpitante y ciego por encima de un arrecife tropical, poco profundo; las burbujas de plástico

del *Queen Elizabeth* le recordaban las medusas aquellas... especialmente cuando las presiones cambiantes las arrugaban, haciéndolas emitir destellos nuevos de luz reflejada.

Caminó por el eje de la nave hasta que llegó al ascensor delantero, entre los alvéolos de gas uno y dos. Al llegar a la cubierta de observación notó que hacía calor excesivo, y dictó una breve nota a su grabadora de bolsillo. El *Queen* obtenía casi un cuarto de su flotabilidad de las ilimitadas cantidades de calor que producía su planta de energía de fusión. En este vuelo de escasa carga sólo seis de los diez alvéolos de gas contenían helio; los cuatro restantes estaban llenos de aire. Pero transportaba además doscientas toneladas de agua de lastre. No obstante, tener en los alvéolos temperaturas elevadas provocaba problemas en la refrigeración de los accesos; era evidente que aquella zona necesitaba perfeccionamiento.

Una ráfaga refrescante de aire más frío le dio en la cara al salir a la cubierta de observación, ante la deslumbradora luz del sol que penetraba por el tejado de plexiglás. Media docena de operarios, con idéntico número de ayudantes superchimpancés, estaban ocupados en colocar la pista de baile, parcialmente terminada, mientras otros instalaban los cables eléctricos y fijaban los decorados. Era una escena de caos controlado, y a Falcon le pareció increíble que fuera a estar todo preparado para el viaje inaugural, dentro de cuatro semanas tan sólo. Bien, a Dios gracias, ese problema no era suyo. El era únicamente el capitán, no el director del crucero.

Los operarios humanos le saludaron con la mano, y los «chimps» le mostraron los dientes con sus anchas sonrisas, mientras atravesaba toda esta confusión, camino de la Sala Celeste, ya acabada. De toda la nave, este era su lugar preferido, y sabía que en cuanto entrara en servicio no lo tendría ya más a su exclusiva disposición. Disfrutaría en soledad cinco minutos.

Llamó al puente, comprobó que todo seguía en orden y se relajó en uno de los sillones giratorios. Abajo, en una curva agradable a la vista, podía verse la ininterrumpida extensión de la envoltura de la nave. Estaba encaramado en el punto más elevado, y desde aquí dominaba toda la inmensidad del más grande vehículo jamás construido. Y cuando se cansara de eso... todo el espacio, hasta el horizonte, lo llenaba el fantástico escenario agreste excavado por el río Colorado durante medio billón de años.

Quitando la plataforma de la cámara (había descendido otra vez y estaba filmando desde un costado), tenía el cielo para él solo. Era azul y estaba completamente vacío, limpio hasta el horizonte. En los tiempos de su abuelo, sabía Falcon, habría estado rayado de estelas de vapor y sucio de humo. Esas cosas ya no existían: la inmundicia aérea había desaparecido juntamente con las primitivas tecnologías que la habían producido, y el transporte a larga distancia de esta era se efectuaba tan por encima de la estratosfera, que no había posibilidad de percibir nada con la vista o el oído desde la Tierra. Las regiones inferiores de la atmósfera pertenecían de nuevo a los pájaros y a las nubes... y, en este momento, al *Queen Elizabeth IV*.

Era cierto lo que solían decir los viejos pioneros de principios del siglo XX: éste era el único medio de viajar... en silencio, lujosamente, respirando el aire que te

rodea y no separado de él, y lo bastante cerca de la superficie como para poder admirar la belleza siempre cambiante de la tierra y la mar. Los reactores subsónicos de la década de 1980, cargados con cientos de pasajeros sentados en filas de diez, no podían siquiera hacer presentir comodidad y holgura.

Naturalmente, el *Queen* no ofrecería jamás unas condiciones económicas; y aun cuando se construyeran las naves gemelas en proyecto, sólo unas cuantas personas, del cuarto de billón de habitantes que el mundo tenía, gozarían de este silencioso deslizarse por el cielo. Pero una parte de la sociedad acomodada y próspera del globo podía permitirse tales extravagancias y, verdaderamente, las necesitaba para su esparcimiento y ansias de novedad. Había lo menos un millón de hombres en la Tierra cuyos ingresos discrecionales rebasaban los mil nuevos dólares al año, de modo que no le faltarían pasajeros al *Queen*.

El comunicador de bolsillo de Falcon emitió una señal. El copiloto llamaba desde el puente.

—¿Dispuesto para el encuentro, capitán? Tenemos todos los datos que necesitamos de este viaje, y el personal de la televisión se está impacientando.

Falcon echó una mirada a la plataforma de la cámara, que a la sazón se desplazaba a su misma velocidad, a una décima de milla de distancia.

—Preparado —contestó—. Adelante según lo previsto. Yo vigilaré desde aquí.

Atravesó de nuevo el afanoso caos de la cubierta de observación en busca de una vista más amplia del costado. Mientras caminaba, percibió un cambio de vibración bajo sus pies; pero cuando llegó al fondo del salón, la nave había recuperado su quietud. Utilizando su llave maestra salió a la pequeña plataforma exterior que sobresalía del borde de la cubierta; cabían allí media docena de personas de pie, separadas tan sólo por bajas barandillas de la inmensa extensión de la envoltura... y del suelo que se divisaba a miles de pies de distancia. Era un lugar impresionante, perfectamente seguro, aun en el caso de que la nave se desplazara a gran velocidad, ya que estaba al socaire del viento, tras la enorme ampolla dorsal de la cubierta de observación. No obstante, no estaba ideada para que los pasajeros tuvieran acceso a ella; la perspectiva producía, quizá, demasiado vértigo.

Los cuarteles de las escotillas de proa de la nave estaban ya abiertos como trampas gigantescas, y la plataforma de la cámara revoloteaba por encima, disponiéndose a descender. En los años venideros viajarían por esta ruta miles de pasajeros y toneladas de mercancías. Sólo muy de tarde en tarde bajaría el *Queen* hasta el nivel del mar para anclar en su base flotante.

Una súbita ráfaga de viento azotó las mejillas de Falcon, y éste se aferró aún más al pasamano. El Gran Cañón era un mal lugar para las turbulencias, aunque esperaba no sufrir muchas a esta altura. Sin inquietud de ninguna clase, concentró su atención en la plataforma que descendía, la cual se encontraba ahora a unos ciento cincuenta pies por encima de la nave. Sabía que el hábil operador que volaba en el aparato había ejecutado una docena de veces esta sencilla maniobra; era inconcebible que se le plantearan dificultades de ninguna clase.

Sin embargo, parecía que se desenvolvía con torpeza. Este último golpe de viento había lanzado la plataforma casi hasta el borde de la escotilla abierta. El piloto podía haber corregido la posición antes de esto... ¿Tendría algún problema en los controles? Era muy poco probable; estos aparatos de control remoto tenían mandos múltiples, sistemas de seguridad y un sinfín de mecanismos de emergencia. Los accidentes eran algo casi inusitado.

Pero allá fue otra vez, dando un bandazo a la izquierda: ¿Estaría borracho el piloto? No era posible, pero eso es lo que parecía; Falcon lo consideró seriamente durante un momento. Luego alargó la mano al conmutador de su micrófono.

Una vez más, inesperadamente, recibió una violenta bofetada de viento. Casi no la notó porque estaba mirando horrorizado la plataforma de la cámara. El lejano operador luchaba para hacerse con el control, tratando de restablecer el equilibrio del aparato con los propulsores... pero lo único que conseguía era empeorar las cosas. Las oscilaciones iban en aumento: veinte grados, sesenta, noventa...

—¡Conecta el automático, idiota! —gritó inútilmente en su micrófono—. ¡Tu control manual no funciona!

La plataforma dio un vuelco y se puso boca abajo. Los propulsores no la sostuvieron ya, sino que la precipitaron vertiginosamente hacia abajo. Se habían aliado súbitamente a la gravedad, contra la cual habían estado luchando hasta este momento.

Falcon no llegó a oír el estampido al estrellarse, aunque lo sintió: se encontraba ya en el interior de la cubierta de observación y corría precipitadamente hacia el ascensor que le bajaría al puente. Los operarios gritaron ansiosamente, preguntándole qué había sucedido. Pero tendrían que pasar muchos meses antes de que supiera la respuesta a esta pregunta.

Justo cuando iba a meterse en la caja del ascensor cambió de idea. ¿Y si hubiera sido un fallo de la corriente? Sería mejor andar por lugares seguros, aunque tardara más y el tiempo fuera vital. Empezó a bajar por la escalera de caracol del interior del eje vertical.

Cuando ya se hallaba a mitad de camino se detuvo a inspeccionar el daño. La maldita plataforma había traspasado la nave, destrozando dos de los alvéolos de gas. Todavía se estaban hundiendo lentamente los grandes jirones colgantes de plástico. No le preocupaba la pérdida de fuerza de ascensión: el lastre podía equilibrar fácilmente esto, dado que quedaban ocho alvéolos intactos. Mucho más grave sería la eventualidad de que hubiese resultado dañada la estructura. Ya oía protestar y gruñir al enorme enrejado de su alrededor por el peso anormal que soportaba. No era suficiente tener la necesaria fuerza de ascensión. Si ésta no estaba adecuadamente distribuida podía quebrar el dorso de la nave.

En el preciso momento en que reanudaba su descenso apareció un superchimp chillando de terror; bajaba por el hueco del ascensor a increíble velocidad agarrándole con las manos, pero por fuera del enrejado. Presa del pánico, el pobre animal se había destrozado el uniforme de la compañía, tal vez en un intento inconsciente por recobrar la libertad de sus antepasados.

Falcon, que bajaba tan de prisa como podía, le observó avanzar algo intranquilo. Un chimpancé asustado era un animal poderoso y potencialmente peligroso; Sobre todo si su miedo se imponía sobre su condicionamiento. Al alcanzarle, comenzó a gritar una retahila de palabras, y la única que Falcon pudo entender fue la quejumbrosa y frecuentemente repetida de «jefe». Aun en esta contingencia, se dio cuenta Falcon, se dirigía a los humanos para pedir que le orientaran. Sintió lástima de esa criatura, involucrada en un desastre humano que escapaba a su capacidad de comprensión, y del que no tenía la menor responsabilidad.

Se detuvo frente a él, al otro lado del enrejado; no había nada que le impidiera cruzar el marco abierto, si quería. Ahora el rostro del animal estaba tan sólo a unas pulgadas del suyo, y pudo mirarle directamente a los ojos llenos de terror. Jamás había estado tan cerca de un «chimp», ni había podido estudiar sus facciones con tanto detalle. Sintió esa mezcla de afinidad y malestar que experimentamos todos los hombres cuando nos miramos de ese modo en el espejo del tiempo.

Su presencia parecía haber calmado al animal. Falcon señaló hacia lo alto del hueco del ascensor, luego hacia la cubierta de observación, y dijo muy clara y correctamente:

–Jefe... jefe... ve.

Para alivio suyo, el chimpancé comprendió: le hizo una mueca que podía ser una sonrisa, e inmediatamente volvió por el mismo camino que había venido. Falcon le había dado el mejor consejo que podía. Si alguna seguridad había a bordo del *Queen*, estaba precisamente en esa dirección. Pero su deber estaba en la otra.

Casi había terminado de bajar, cuando, con un ruido de metal desgarrado, la nave dobló el morro hacia abajo y se apagaron las luces. Pero se podía ver aún con toda claridad, pues entraba una columna de luz a través de la escotilla abierta y el enorme desgarrón de la envoltura. Hacía muchos años había estado contemplando en una inmensa catedral la luz que se filtraba a través de las vidrieras, la cual formaba luminosos charcos multicolores sobre las viejas losas. La deslumbrante columna de luz que atravesaba el desgarrón superior de la tela le recordó aquel momento. Se hallaba en una catedral metálica que caía del cielo.

Cuando llegó al puente y pudo asomarse por primera vez al exterior, se quedó horrorizado al ver lo cerca que estaba la nave del suelo. A sólo tres mil pies tenía los hermosos y mortales pináculos rocosos y los rojos ríos de barro que seguían profundizando hacia el pasado. No había zonas llanas a la vista donde poder posarse una nave de las dimensiones del *Queen* con la quilla horizontal,

Tras una mirada al tablero de mandos comprobó que habían arrojado todo el lastre. Sin embargo, la velocidad de descenso se había reducido meramente a unas cuantas yardas por segundo; todavía tenía una posibilidad de luchar.

Sin decir palabra, Falcon se acomodó en el asiento del piloto y asumió el control que aún podía. El tablero de mandos le informaba de cuanto quería saber. Sobraban los comentarios. Por el fondo se oía al oficial de comunicaciones dando un precipitado parte por radio.



En este momento, todos los canales informativos de la Tierra habrían dejado vía libre para esta noticia, y podía imaginar la completa frustración de los directores de programas. Estaba ocurriendo una de las catástrofes más espectaculares de la historia... sin que hubiera una sola cámara que lo recogiera. Los últimos momentos del *Queen* no provocarían el terror y el espanto de millones de personas, como había sucedido con el *Hindenburg* siglo y medio antes.

El suelo se encontraba ya a unos setecientos pies tan sólo y seguía aproximándose lentamente. Aunque tenía amortiguadores de propulsión, no se atrevía a utilizarlos por temor a que se rompiera la debilitada estructura; pero se daba cuenta de que ya no tenía elección. El viento les estaba arrastrando hacia una bifurcación del cañón, donde el río quedaba hendido por una cuña rocosa como la roda de un gigantesco y fosilizado barco de piedra. Si seguía la trayectoria que llevaba, el *Queen* encallaría en aquella meseta triangular, y lo menos un tercio de su volumen quedaría sobresaliendo en el vacío: se partiría como un palo podrido.

De muy lejos, dominando el ruido de metales retorcidos y escapes de gas, le llegó a Falcon el silbido familiar de los reactores al abrir los tubos laterales. La nave se estremeció y comenzó a doblarse hacia abajo.

El chirrido de metal desgarrado era ahora casi continuo... y la velocidad de descenso había empezado a aumentar alarmantemente. Una mirada al panel de control de daños le reveló que acababan de perder el alvéolo número cinco.

El suelo estaba a unas yardas solamente. Aun ahora no podía decir si su maniobra resultaría o no. Encendió los tubos de propulsión vertical y los puso a la máxima potencia de ascensión para reducir la fuerza del impacto.

El crujido pareció durar una eternidad. No fue violento... sino únicamente prolongado e irresistible. Parecía que el universo entero se desplomaba en torno a ellos.

El ruido de metal desgarrado se fue aproximando como si una bestia enorme royera la nave moribunda.

Luego, el techo y el suelo se cerraron sobre él como una prensa.

## **2. «Porque está ahí»**

—¿Por qué quieres ir a Júpiter?

—Como dijo Springer cuando se dirigía hacia Plutón: «Porque está ahí».

—Gracias, dejemos eso a un lado ahora: quiero la verdadera razón.

Howard Falcon sonrió, aunque sólo quienes le conocían bien podían interpretar esa mueca leve y correosa.

Webster era uno de ellos: durante más de veinte años habían intervenido juntos en sus mutuos proyectos. Habían compartido triunfos y fracasos... incluso el más grande desastre de todos.

–Bueno, el cliché de Springer aún es válido. Hemos pisado el suelo de todos los planetas terrestres, pero no el de los gigantes gaseosos. Es el único desafío que queda en el sistema solar.

–Un desafío caro. ¿Has calculado el presupuesto?

–Hasta donde he podido; aquí lo tienes. Pero recuerda: no se trata de una misión aislada, sino de un sistema de transporte. Una vez que se haya probado puede volver a utilizarse infinidad de veces. Y esto nos facilitará el acceso no sólo a Júpiter, sino a todos los planetas gigantes.

Webster echó una mirada a las cifras y soltó un silbido.

–¿Por qué no empiezas por un planeta más asequible, Urano, por ejemplo? Tiene la mitad de gravedad y necesitas menos de la mitad de la velocidad de escape. Además, tiene un clima más tranquilo... si podemos llamarlo así.

Webster, evidentemente, estaba impuesto en la materia. Por eso, naturalmente, era el jefe del Programa de Largo Alcance.

–Se ahorra muy poco con la distancia adicional y los problemas logísticos. Para Júpiter, en cambio, podemos utilizar las estaciones de servicio de Ganímedes. Más allá de Saturno debemos establecer una nueva base de aprovisionamiento.

Lógico, pensó Webster; pero estaba seguro de que no era ésa la razón más importante. Júpiter era el señor del sistema solar; Falcon no se conformaría con una hazaña de menos categoría.

–Además –prosiguió Falcon–, Júpiter es el gran escándalo de la ciencia. Hace más de cien años que se descubrieron sus tormentas de radio, pero aún no sabemos qué es lo que las origina. Y la Gran Mancha Roja sigue siendo un misterio tan rotundo como siempre. Podemos solicitar fondos del Departamento de Astronáutica. ¿Sabes cuántas sondas se han dejado caer en esa atmósfera?

–Un par de centenares, creo.

–Trescientas veintiséis durante los últimos cincuenta años: la cuarta parte de las cuales han fallado totalmente. Por supuesto, han recogido infinidad de datos; pero apenas han escarbado en el planeta. ¿Tienes idea de lo grande que es?

–Más de diez veces el tamaño de la Tierra.

–Sí, sí... pero ¿sabes realmente lo que eso significa?

Falcon señaló el enorme globo terráqueo que había en un rincón del despacho de Webster.

–Mira la India... lo pequeña que parece. Bueno, si desollamos la Tierra y extendemos su piel sobre la superficie de Júpiter, ocuparía lo que ocupa la India sobre ella.

Hubo un gran silencio mientras Webster contemplaba la ecuación: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India. Falcon –deliberadamente, por supuesto– había elegido el mejor ejemplo posible...

¿Hacía diez años ya? Sí, eso debía hacer. La catástrofe había quedado en el pasado, a siete años de distancia (tenía esa fecha grabada en el corazón), y aquellas pruebas iniciales habían tenido lugar tres años antes del primer y último vuelo del *Queen Elizabeth*.

Hacía diez años, pues, el comandante (no el teniente) Falcon le había invitado a un vuelo previo: a un periplo de tres días por las llanuras del norte de la India, desde las que se podía contemplar el Himalaya.

—Será una excursión sin riesgos de ninguna clase —le había prometido—. Te alejará del despacho... y te pondrá al tanto de cómo es todo esto.

Webster no se sintió defraudado. Después de su primer viaje a la Luna había sido la experiencia más memorable de su vida. Y, sin embargo, tal como Falcon le había asegurado, resultó ser un viaje sin un solo incidente, perfectamente seguro.

Habían salido de Srinagar poco antes del amanecer, con la inmensa burbuja plateada del globo brillando bajo los primeros rayos del Sol. Habían efectuado la ascensión en completo silencio; no llevaban esos ruidosos quemadores de propano que calentaban el aire de los globos de antaño. Todo el calor que necesitaban lo producía el pequeño reactor de fusión, de unas doscientas veinte libras de peso tan sólo, suspendido en la misma boca abierta de la envoltura. Mientras ascendían, el láser que llevaban iba parpadeando diez veces por segundo, encendiendo la minúscula bocanada de combustible de deuterio. Una vez que alcanzaran altura lo encenderían sólo unas cuantas veces por minuto, para restituir el calor que se perdía en la enorme bolsa de gas de arriba.

Y así, aun cuando estaban a casi una milla del suelo, podían oír los ladridos de los perros, los gritos de las gentes, los repiques de las campanas. Poco a poco el vasto paisaje dorado por el sol se fue dilatando en torno a ellos. Dos horas más tarde habían alcanzado una altura de tres millas y se vieron obligados a tomar frecuentes bocanadas de oxígeno. Podían relajarse y admirar el panorama; los instrumentos de a bordo hacían todo el trabajo: recogían la información que necesitaban los diseñadores del aún innominado transatlántico de los cielos.

Era un día perfecto. El monzón del Sudoeste no volvería a soplar hasta dentro de un mes, y apenas si había nubes en el cielo. El tiempo parecía haberse detenido. Les molestaban los partes que la radio iba dando cada hora, porque les turbaba su arrobamiento. Y rodeándoles enteramente hasta el horizonte y mucho más allá, se extendía el infinito y antiguo paisaje empapado de historia: un mosaico de pueblos, campos de labor, templos, lagos, acequias...

Con un verdadero esfuerzo, Webster rompió el encanto hipnótico de ese recuerdo de hacía diez años. Aquel vuelo le había hecho sentirse más ligero que el aire, y le había brindado la ocasión de apreciar la inmensidad de la India, aun en un mundo que podía circundarse en noventa minutos. Y no obstante, se repetía para sus adentros: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India...

—Admitiendo tu argumento —dijo—, y suponiendo que dispongamos de fondos, hay otra cuestión a la que tienes que contestar. ¿Por qué ibas a hacerlo tú mejor que, por ejemplo, las trescientas sondas-robots que han efectuado ya ese viaje?

–Porque estoy en mejores condiciones que ellas, como observador y como piloto. Especialmente como piloto. No olvides que tengo más experiencia en vuelos aerostáticos que nadie en el mundo.

–Podías hacer de controlador, confortablemente sentado en Ganímedes.

–Pero ¡ésta es precisamente la cuestión! Que eso se ha hecho ya. ¿No recuerdas qué es lo que mató al *Queen*?

Webster lo recordaba perfectamente; pero se limitó a contestar:

–Prosigue.

–¡El tiempo de propagación, el tiempo de propagación! Aquel idiota de controlador de la plataforma creía que estaba manejando un circuito de radio local. Pero, accidentalmente, había conectado con un satélite... Bueno, él no tuvo la culpa, pero debía haberlo notado. Hay medio segundo de demora por propagación en cada ida o vuelta. Aun así, la cosa no habría importado, de haber efectuado el vuelo con el aire en calma. Fue la turbulencia que reinaba sobre el Gran Cañón lo que lo originó todo. La plataforma escoró, y al tratar de corregir la inclinación escoró en el otro sentido. ¿Has tratado alguna vez de ir en coche por una carretera abollada moviendo el volante con medio segundo de retraso?

–No, ni se me ocurriría intentarlo. Pero no me lo puedo imaginar.

–Bueno, pues Ganímedes está a un millón de kilómetros de Júpiter. Eso significa un tiempo de propagación entre la ida y la vuelta de seis segundos. No, lo que necesitas es un controlador en el lugar mismo para afrontar cualquier emergencia en el tiempo real. Déjame enseñarte algo. ¿Te importa que utilice esto?

–Adelante.

Falcon cogió una postal que había sobre la mesa de Webster; eran rarísimas en la Tierra, pero ésta mostraba la perspectiva 3-D de un paisaje marciano y estaba decorada con costosos y exóticos sellos. La sostuvo de manera que quedara suspendida verticalmente.

–Es un viejo truco, pero servirá para lo que quiero. Pon el pulgar y el índice a cada lado como para cogerla, pero sin tocarla. Eso es.

Webster había extendido la mano en actitud de coger la postal, pero sin rozarla.

–Cógela.

Falcon aguardó unos segundos; luego, sin previo aviso, soltó la postal. El pulgar y el índice de Webster se cerraron en el vacío.

–Probemos otra vez, sólo para que veas que no hay engaño. ¿De acuerdo?

Una vez más, la postal se deslizó entre los dedos de Webster y cayó al suelo.

–Ahora, intenta hacérmelo tú a mí.

Esta vez, Webster cogió la postal y la soltó sin previo aviso. Apenas la dejó caer, la atrapó Falcon. Webster casi imaginó oír su clic, de lo rápida que fue la reacción del otro.

—Cuando me recosieron —comentó Falcon con voz inexpresiva—, los cirujanos introdujeron algunas mejoras. Esta es una de ellas... pero hay otras. Quiero explotarlas al máximo. Júpiter es el lugar apropiado para ello.

Webster contempló durante largos segundos la postal, fascinado por los colores inverosímiles de las escarpaduras del *Trivium Charontis*. Luego dijo tranquilamente:

—Comprendo. ¿Cuánto tiempo crees que se necesitará?

—Con tu ayuda, más la del Departamento, y todos los recursos científicos que pueda recabar... unos tres años. Luego necesitaremos un año para pruebas... tendremos que enviar lo menos un par de prototipos de ensayo. Así que, si hay suerte... podemos estar listos en cinco años.

—Es lo que yo había calculado, más o menos. Espero que te acompañe la suerte; te la mereces. Pero hay una cosa a la que no estoy dispuesto.

—¿Cuál?

—La próxima vez que hagas un viaje en globo no cuentes conmigo como acompañante.

### **3. El mundo de los dioses**

El descenso desde *Júpiter V* al planeta Júpiter dura sólo tres horas y media. Pocos hombres habrían podido dormir durante un viaje tan pavoroso como éste. El dormir era una debilidad que Howard Falcon detestaba, el poco que le hacía falta aún, le traía pesadillas que el tiempo no había sido capaz de disipar. Pero no esperaba poder descansar en los próximos tres días y debía aprovechar lo que pudiera durante el largo descenso hacia el océano de nubes que se extendía sesenta mil millas más abajo.

Tan pronto como la *Kon-Tiki* entró en su órbita de traslación y vio que todas las comprobaciones de la computadora eran satisfactorias, se dispuso a echar el último sueño previsible. Parecía muy oportuno que casi en ese mismísimo momento Júpiter eclipsara el brillante y diminuto Sol, al entrar él en la sombra monstruosa del planeta. Durante unos minutos, un extraño crepúsculo dorado envolvió la nave; luego, un cuarto de firmamento se obscureció completamente como un agujero en el espacio, mientras el resto era un brasero de estrellas. Por mucho que viajara uno por el sistema solar, ellas no cambiaban jamás; estas mismas constelaciones brillaban ahora por encima de la Tierra, a millones de millas de distancia. Las únicas novedades aquí eran los pequeños y pálidos crecientes de Calixto y Ganímedes; desde luego, había media docena de lunas más arriba, en el cielo, pero eran demasiado pequeñas y estaban excesivamente lejos para poderlas captar a simple vista.

—Corto durante dos horas —informó a la nave nodriza, la cual se encontraba a casi mil millas por encima de las desoladas rocas de Júpiter V, cobijada en la sombra

de este satélite diminuto que la protegía de la radiación. Si no sirvió jamás para otra cosa, el Júpiter V, al menos hacía de excavadora cósmica, barriendo perpetuamente las partículas cargadas que hacían nociva la permanencia en las proximidades de Júpiter. Su estela se hallaba casi limpia de radiación, por lo que podía cobijarse en ella una nave y mantenerse allí perfectamente segura, mientras la muerte se esparcía como una llovizna invisible por todo el alrededor.

Falcon conectó el inductor de sueño, y rápidamente se le fue emborronando la conciencia, a medida que las pulsaciones eléctricas le invadían el cerebro en suaves oleadas. Mientras la *Kon-Tiki* descendía hacia Júpiter, aumentando su velocidad segundo a segundo en este inmenso campo gravitatorio, durmió sin ensueños de ninguna clase. Los ensueños le venían siempre al despertar; y Falcon se había traído sus propias pesadillas de la Tierra.

Sin embargo, no soñaba nunca que se estrellaba, aunque a menudo se volvía a encontrar cara a cara con aquel superchimpancé aterrado, cuando bajaba la escalera de caracol entre las desventuradas bolsas de gas. Ningún chimpancé había sobrevivido; los que no habían muerto en el acto quedaron tan malheridos que hubo que practicarles la eutanasia. Falcon se preguntaba a veces por qué soñaba sólo con esa desdichada criatura –a la que no había visto en su vida más que en sus últimos minutos– y no con los amigos y compañeros que había perdido en la catástrofe del *Queen*.

Los sueños que más temía empezaban siempre en el momento de comenzar a recobrar la conciencia, después del desastre. Había experimentado poco dolor físico; de hecho no tuvo sensación de ninguna clase. Estaba inmerso en tinieblas y silencio, y era como si no respirara siquiera. Y –lo más extraño de todo– no localizaba sus miembros. No podía mover ni las manos ni los pies, porque no sabía dónde estaban.

El silencio había sido lo primero en ceder. Al cabo de un indeterminado número de horas, o de días, llegó a tener conciencia de un débil latido, y, finalmente, tras pensarlo largamente, dedujo que eran las palpitaciones de su propio corazón. Esa fue la primera de sus muchas equivocaciones.

Luego habían surgido débiles pinchazos, chispazos de luz, presiones fantasmales en los miembros aún insensibles. Uno tras otro, sus sentidos se habían ido recobrando, y con ellos, el dolor. Había tenido que aprenderlo todo de nuevo, recapitulando la infancia y la niñez. Aunque no le había afectado a la memoria y podía comprender las palabras que le decían, transcurrieron meses antes de poder contestar con algo más que un parpadeo. Recordaba los momentos triunfales en que logró pronunciar la primera palabra, volver la primera página... y, finalmente, aprendió a moverse por su propia voluntad. Eso fue una victoria, efectivamente, y había estado casi dos años preparándola. Había envidiado cien veces a aquel superchimpancé que había muerto, pero él no había tenido la posibilidad de elegir. Eran los doctores quienes habían decidido... y ahora, después de doce años, se encontraba en un lugar jamás visitado por el hombre, desplazándose más de prisa que ningún ser humano en la historia.

La *Kon-Tiki* estaba saliendo de la sombra, y el amanecer joviano curvó el cielo en un gigantesco arco de luz, cuando el zumbido del despertador sacó a Falcon de su sueño. Las inevitables pesadillas (había estado tratando de llamar a una

enfermera, pero no tenía fuerza siquiera para pulsar el botón) se disiparon rápidamente de su conciencia. La más grande –y quizá la última– aventura de su vida iba a empezar.

Llamó al Control de la Misión, que ahora se encontraba a casi sesenta mil millas y estaba entrando rápidamente en el otro lado de la curva de Júpiter, para informar que todo estaba en orden. Su velocidad acababa de rebasar las treinta y una millas por segundo (esto pasaría a los libros), y en media hora la *Kon-Tiki* traspasaría la orla exterior de la atmósfera, empezando así la más difícil entrada de todo el sistema solar. Aunque habían sobrevivido docenas de sondas a esta suprema prueba de fuego, en realidad se había tratado siempre de equipos de instrumentos sólidamente compactos, capaces de soportar la fuerza de atracción de cientos de g.

La *Kon-Tiki* rozaría hasta los treinta g, y su media sería de más de diez antes de llegar a descansar en las capas superiores de la atmósfera de Júpiter. Con sumo cuidado y precaución, Falcon empezó a abrocharse los complicados sistemas de sujeción que le mantendrían anclado a las paredes de la cabina. Cuando hubo terminado, prácticamente formaba parte de la estructura de la nave.

El reloj inició la cuenta atrás: faltaban cien segundos para su entrada. Para bien o para mal, ya no tenía remedio. Dentro de un minuto y medio rozaría la atmósfera de Júpiter, y sería atrapado inmediatamente por la zarpa del gigante.

La cuenta atrás iba con tres segundos de retraso... lo que no estaba mal, ni mucho menos, considerando los imponderables que podían surgir. Del exterior de las paredes de la cápsula provenía un aliento fantasmal que crecía constantemente, hasta que se convirtió en un alarido elevadísimo. Era un ruido enteramente distinto al de la entrada en la Tierra o en Marte; en esta enrarecida atmósfera de hidrógeno y helio, todos los sonidos experimentaban una elevación de tono equivalente a un par de octavas. En Júpiter, hasta el trueno tendría el tono de falsete.

Con el aumento del alarido, fue creciendo también la pesantez. A los pocos segundos se sintió completamente inmovilizado. Su campo visual se fue reduciendo, hasta que no abarcó más que el reloj y el acelerómetro; quince g, y faltaban cuatrocientos ochenta segundos...

No llegó a perder el conocimiento; pero tampoco esperaba perderlo. La estela de la *Kon-Tiki*, al atravesar la atmósfera joviana, debía de ser todo un espectáculo: debía de tener miles de millas de longitud. Quinientos segundos después de la entrada, la atracción empezó a decrecer: diez g, cinco g, dos... Luego el peso desapareció casi completamente. Ahora descendía libremente, una vez neutralizada su tremenda velocidad orbital.

Hubo una súbita sacudida al arrojar los restos incandescentes del escudo protector del calor. Había cumplido su misión y ya no lo volvería a necesitar; ahora podía quedárselo Júpiter. Soltó todas sus hebillas de sujeción menos dos, y esperó a que el control automático iniciara la serie siguiente, más crítica, de acontecimientos.

No vio hincharse el primer paracaídas, pero notó un ligero tirón, y la velocidad de caída disminuyó inmediatamente. La *Kon-Tiki* había perdido toda su velocidad horizontal, y bajaba verticalmente a mil millas por hora. Todo dependía de lo que sucediera en los sesenta próximos segundos.

Soltó el segundo paracaídas. Miró hacia arriba, a través de la portilla superior, y vio con inmenso alivio esas nubes de reluciente película de metal tras la nave descendente. Como una gran flor en el momento de abrirse, se desplegaron en el cielo los miles de yardas cúbicas del globo, ahuecando el tenue gas, hasta que quedó completamente hinchado. La velocidad de la *Kon-Tiki* se redujo a unas millas por hora y se mantuvo constante. Ahora tendría tiempo de sobra; tardaría días enteros en recorrer toda la trayectoria hasta la superficie de Júpiter.

Pero llegaría finalmente, aunque no hiciera nada ya. El globo de arriba actuaba de eficaz paracaídas. No permitía la ascensión, ni habría posibilidad de ello mientras el gas del interior y el del exterior fueran idénticos.

Con su característico y un tanto desconcertante estampido arrancó el reactor de fusión, derramando torrentes de fuego en el interior de la envoltura superior. En cinco minutos la velocidad se redujo a cero; al cabo de seis, la nave empezó a elevarse. Según el altímetro de radar se había estabilizado a un nivel de unas doscientas sesenta y siete millas de la superficie... o de lo que hiciera las veces de superficie en Júpiter.

Sólo una clase de globo podía tener efecto en una atmósfera de hidrógeno, que es el más ligero de los gases, y era el de hidrógeno caliente. Mientras funcionara el reactor, Falcon seguiría manteniéndose en las alturas, vagando a la deriva por un mundo que era capaz de contener un centenar de océanos Pacíficos. Después de haber recorrido más de trescientos millones de millas, la *Kon-Tiki* empezaba por fin a justificar su nombre. Era una almadía aérea a merced de las corrientes de la atmósfera joviana.

Aun cuando le rodeaba un mundo enteramente nuevo, transcurrió más de una hora antes de que Falcon pudiera echar una mirada al panorama. Primero tuvo que revisar todos los equipos de la cápsula y comprobar que respondían a sus controles. Averiguó el calor extra que necesitaba para obtener la velocidad de ascenso deseada y el gas que debía dejar escapar para descender. Y, sobre todo, estaba la cuestión de la estabilidad. Debía ajustar la longitud de los cables que sujetaban el inmenso globo, de forma que amortiguaran las vibraciones y conseguir así un desplazamiento lo más suave posible. Por ahora tenía suerte; a este nivel, el viento era constante, y las cifras sobre la superficie invisible le informaron que la velocidad del suelo era de doscientas diecisiete millas y media por hora. Para Júpiter, la cifra era moderada; en este planeta se habían observado vientos de hasta mil millas por hora. Pero la velocidad en sí misma carecía de importancia; el verdadero peligro estaba en la turbulencia. Si se precipitaba en ella, sólo le salvaría la habilidad y la experiencia y una reacción rápida... y éstas no eran cosas que pudieran programarse en una computadora.

Hasta que no quedó satisfecho de que dominaba la sensibilidad de su extraña embarcación no prestó Falcon atención alguna a los requerimientos del Control de la Misión. Luego desplegó los botalones que portaban los instrumentos y analizadores atmosféricos. La cápsula se asemejaba ahora a un árbol de Navidad



algo desordenado; pero seguía vagando suavemente impulsada por los vientos jovianos, mientras transmitía torrentes de información a las grabadoras de la nave situada varias millas más arriba. Y ahora, por fin, podía echar una mirada a su alrededor...

Su primera impresión fue inesperada, y hasta un poco decepcionante. Por lo que se refería a las dimensiones de las cosas, era como si estuviera viajando en globo a través de un vulgar paisaje de nubes de la Tierra. El horizonte parecía hallarse a una distancia normal. No tenía la más mínima sensación de encontrarse en un mundo de un diámetro once veces superior al de la Tierra. Luego prestó atención al radar infrarrojo que sondaba las capas de la atmósfera que tenía debajo... y vio cuán enormemente le habían engañado sus ojos.

Esa capa de nubes que aparentemente veía a tres millas de distancia estaba en realidad treinta y siete millas más abajo. Y el horizonte, cuya distancia de la nave había calculado él en unas ciento veinticinco millas, en realidad estaba a mil ochocientas.

La cristalina claridad de la atmósfera de hidrohelio y la enorme curvatura del planeta le habían engañado completamente. Era mucho más difícil calcular las distancias aquí que en la Luna: todo cuanto veía debía multiplicarse lo menos por diez. Era una cosa muy simple, y él debía haberlo previsto. No obstante, de alguna manera, le turbaba profundamente. No le daba la sensación de que Júpiter fuera enorme, sino de que él había encogido a una décima de su tamaño normal. Quizá, con el tiempo, se acostumbraría a la escala inhumana de este mundo; sin embargo, al contemplar ese horizonte increíblemente distante notaba como si soplara en su alma un viento más frío que la atmósfera que le envolvía. A pesar de todas sus argumentaciones, quizá este lugar no pudiera ser habitado jamás por el hombre. Puede que fuera él el primero y el último en traspasar las nubes de Júpiter.

Arriba, el cielo era casi negro, aparte de unos cuantos cirros de amoníaco, a unas doce millas por encima de él. Hacía frío aquí, en esta orla del espacio; pero tanto la temperatura como la presión aumentaban rápidamente a medida que descendía. En el nivel por el que la *Kon-Tiki* se desplazaba ahora reinaba una temperatura de cincuenta grados bajo cero, y la presión era de cinco atmósferas. Sesenta millas más abajo haría tanto calor como en la zona ecuatorial de la Tierra, y la presión sería más o menos la misma que la de los mares más profundos. Condiciones ideales para la vida...

Había transcurrido ya una cuarta parte del breve día joviano; el sol estaba a medio camino de su cenit, pero la luz, en este ininterrumpido paisaje de nubes que tenía debajo, poseía una calidad extrañamente blanda. Esos trescientos millones de millas adicionales privaban al Sol de toda su fuerza. Aunque el cielo estaba despejado, Falcon tenía a cada momento la sensación de que era un día espesamente nublado. Cuando cayera la noche, sobrevendría la obscuridad con suma rapidez; y pese a que era aún por la mañana, había en el aire una luz crepuscular propia del otoño. Pero el otoño era algo que, naturalmente, jamás conocería Júpiter. Aquí no existían las estaciones.

La *Kon-Tiki* había descendido en el centro exacto de la zona ecuatorial... la parte más apagada del planeta. El mar de nubes que se extendía hasta el horizonte

estaba teñido de un pálido color salmón; no se veían los amarillos, rosas y rojos que envolvían a este planeta, visto desde las alturas superiores. La Gran Mancha Roja –el rasgo más espectacular de todo el planeta– se hallaba miles de millas más al Sur. Había estado tentado de descender allí, pero las perturbaciones tropicales del Sur eran excepcionalmente activas, con corrientes que sobrepasaban las novecientas millas por hora. Dirigirse a aquel maelstrom de fuerzas desconocidas no habría sido más que buscarse problemas. La Gran Mancha Roja y sus misterios tendrían que esperar a expediciones futuras.

El Sol, que recorría el firmamento dos veces más de prisa que en la Tierra, estaba llegando a su cenit y había sido eclipsado por el plateado dosel del globo. La *Kon-Tiki* seguía desplazándose suave y velozmente hacia el Oeste, a la constante velocidad de doscientas diecisiete millas y media, pero sólo podía apreciarla por medio del radar. ¿Reinaría siempre la calma aquí?, se preguntó Falcon. Desde luego, los científicos, que habían hablado sabiamente de las calmas de Júpiter y habían pronosticado que el ecuador sería la más tranquila de las zonas, parece que sabían lo que se decían. El se había mostrado profundamente escéptico respecto a todas estas predicciones, y había coincidido con un científico excepcionalmente modesto, que le dijo bruscamente una vez: «No hay nadie que conozca bien Júpiter». Bueno, al menos habría uno cuando terminara el día.

Si es que sobrevivía hasta entonces.

#### **4. Las voces de lo profundo**

Ese primer día, el Padre de los Dioses le sonrió. Había tanta paz y tanta calma aquí en Júpiter como las que encontró, hacía años, durante el viaje que hizo con Webster por las llanuras del norte de la India. Falcon había tenido tiempo de dominar sus nuevas aptitudes, hasta el punto de que la *Kon-Tiki* parecía una prolongación de su propio cuerpo. Esta suerte era mucho mayor de lo que él se tocaría atrevido a esperar, y empezó a preguntarse cuál sería el precio que le tocaría pagar por ello. Las cinco horas de luz que tenía aquí el día casi habían concluido; abajo, las nubes se habían poblado de sombras, lo que les confería una solidez que no poseían cuando el Sol estaba más alto. El color se iba escurriendo del cielo, salvo en poniente, en cuyo horizonte se había formado una franja de un púrpura cada vez más oscuro. Por encima de esta franja hizo su aparición el delgado creciente de una luna bastante próxima, pálida y descolorida sobre la absoluta negrura que se extendía detrás.

Con un movimiento visiblemente perceptible, el Sol fue descendiendo hasta el borde de Júpiter, a más de mil ochocientas millas de distancia. Las estrellas surgieron por legiones... y apareció el hermoso lucero vespertino, la Tierra, en la misma frontera del crepúsculo, recordándole así lo lejos que se encontraba de casa.

La vio seguir al Sol en su descenso hacia poniente. La primera noche del hombre en Júpiter había comenzado.

Con la caída de la noche, la *Kon-Tiki* empezó a hundirse; la débil luz solar no calentaba ya el globo, y esto le hacía perder una pequeña parte de su flotabilidad. Falcon no hizo nada para contrarrestar el descenso. Había estado esperando esto y proyectaba descender.

La invisible cubierta de nubes estaba aún a más de treinta millas por debajo de él; llegaría a ella hacia la medianoche. La captaba con toda claridad mediante el radar infrarrojo, el cual le informaba también que contenía una gran cantidad de complejos compuestos carbonosos, así como los habituales de hidrógeno, helio y amoníaco. Los químicos suspiraban por poseer muestras de esta substancia algodonosa y sonrosada; a pesar de que algunas de las sondas atmosféricas lanzadas habían logrado recoger unos cuantos gramos, eso sólo había servido para abrir sus apetitos. La mitad de las moléculas básicas para la vida se hallaban aquí, flotando por encima de la superficie de Júpiter. Y si había alimento, ¿podía estar muy lejos la vida? Esta era la cuestión a la que, después de un centenar de años, nadie había sido capaz de contestar.

Los rayos infrarrojos eran obstruidos por las nubes, pero las microondas del radar las iban cortando en rebanadas, mostrando capa tras capa, descendiendo gradualmente hacia la oculta superficie, casi doscientas cincuenta millas más abajo. Esta se hallaba separada de él por enormes presiones y temperaturas; hasta ahora, ni siquiera las sondas robots habían logrado llegar a ella indemnes. Allí estaba, atormentadoramente deseable, por su misma condición de inaccesible, en el fondo de la pantalla de radar, ligeramente borrosa y con una curiosa estructura granular que sus aparatos no eran capaces de identificar.

Una hora después de la puesta de sol dejó caer su primera sonda. Esta descendió veloz las primeras sesenta millas, y luego se quedó flotando en una atmósfera más densa, enviando un caudal de señales de radio que Falcon retransmitió al Control de la Misión. Luego no hubo nada que hacer sino esperar a que amaneciera y estar atento al monitor y contestar de cuando en cuando a alguna pregunta. Mientras era arrastrada por esta corriente constante, la *Kon-Tiki* podía cuidar de sí misma.

Poco antes de la medianoche, una controladora llamó para comprobar si todo marchaba bien y se presentó con las bromas habituales. Diez minutos más tarde volvió a llamar, y su voz era seria y excitada.

—¡Howard! Escuche por el canal cuarenta y seis; ponga alto el volumen.

¿El canal cuarenta y seis? Había tantos circuitos de telemetría que sólo se sabía los números de aquellos que eran más esenciales; pero tan pronto como lo conectó se dio cuenta de cuál era. Estaba en contacto con el micrófono de la sonda que flotaba ochenta y pico millas más abajo, en una atmósfera casi tan densa como el agua.

Al principio sólo se oía el susurro blando de los vientos extraños que sin duda se agitaban en las tinieblas de este mundo inimaginable. Y luego, emergiendo del ruido de fondo, surgió lentamente una creciente vibración que fue aumentando más y más, como el redoble de un gigantesco tambor. Era tan bajo que, más que oírse, se sentía, y los latidos prolongaban su ritmo, aunque sin cambiar de tono. Después se convirtió en un precipitado palpitar casi infrasónico. Y luego, de súbito, en plena vibración, paró... tan repentinamente que la conciencia no pudo aceptar el silencio, y la memoria siguió fabricando un eco fantasmal allá en las profundas cavernas del cerebro.

Era el ruido más extraordinario que Falcon había oído jamás, aun entre los innumerables sonidos de la Tierra. No se le ocurría qué fenómeno natural podía provocarlo; tampoco se asemejaba al grito de ningún animal, ni siquiera al de las grandes ballenas...

Y empezó otra vez, siguiendo exactamente la misma pauta. Ahora que le cogió prevenido, consideró la longitud de la secuencia; desde el primer latido apenas perceptible hasta el crescendo final, duró exactamente diez segundos.

Esta vez hubo un eco real, aunque muy débil y lejano. Puede que procediera de alguna de las muchas capas refractarias, inmersa en las profundidades de esta atmósfera estratificada; puede que procediera de un punto más distante aún. Falcon esperaba que sonara un segundo eco, pero no se llegó a producir.

El Control de la Misión reaccionó inmediatamente, y le sugirió que dejara caer otra sonda en seguida. Operando con dos micrófonos, había probabilidades de descubrir su posible punto de procedencia. Y lo extraño era que ninguno de los micrófonos exteriores de la propia *Kon-Tiki* captaba otra cosa que los ruidos del viento. Los latidos, fueran lo que fuesen, debían quedar encerrados y encajonados bajo una capa refractaria de la atmósfera, en las regiones inferiores.

Provenían, según descubrieron después, de un sinfín de puntos situados a unas mil doscientas millas. Semejante distancia no permitía que uno se hiciera idea de su potencia; en los océanos de la Tierra había sonidos considerablemente débiles que alcanzaban esa misma distancia. En cuanto a la precipitada conclusión de que fueran debidos a criaturas vivientes, el jefe exobiólogo la descartó inmediatamente.

–Me sentiré muy decepcionado –dijo el Dr. Brenner– si no encontramos microorganismos o plantas. Pero nada de animales, dado que aquí no existe el oxígeno en estado libre. Todas las reacciones bioquímicas de Júpiter deben ser de bajo consumo de energía... no hay posibilidad de que una criatura activa pueda generar la fuerza suficiente para desempeñar una función cualquiera.

Falcon se preguntó si sería eso cierto; había oído ya ese argumento, y se reservó su opinión.

–De todos modos –prosiguió Brenner–, algunas de estas ondas sonoras tienen una longitud de ¡cien yardas! Ni un animal del tamaño de una ballena sería capaz de producirlas. Tienen que ser de origen natural.

Sí, eso parecía muy verosímil, y probablemente los físicos acabarían por encontrarle explicación. ¿A qué atribuiría un ciego de otros mundos, se preguntó Falcon, los ruidos que pudiera oír en las proximidades de un mar atemporalado, de un géiser, de un volcán o de una catarata? Probablemente, los atribuiría a alguna bestia descomunal.

Como una hora antes de salir el sol, las voces de las profundidades se desvanecieron, y Falcon empezó a ocuparse de los preparativos para el amanecer del segundo día. La *Kon-Tiki* se hallaba ahora a sólo tres millas de la capa de nubes más próxima; la presión exterior se había elevado a diez atmósferas, y la temperatura, tropical, era de treinta grados. Un hombre podía

estar aquí cómodamente sin otro equipo que una máscara de aire y el grado conveniente de mezcla de helioxígeno.

–Tenemos buenas noticias para usted –informó el Control de la Misión, poco después de amanecer–. La capa de nubes se está disipando. Tendrá un claro parcial dentro de una hora... pero tenga cuidado con las turbulencias.

–Ya he observado algunas –contestó Falcon–. ¿Qué distancia podré alcanzar en visibilidad?

–Doce millas por lo menos hasta la segunda capa térmica. Ese estrato de nubes es sólido... no se deshace jamás.

Y por consiguiente, está fuera de mi alcance, se dijo Falcon para sus adentros; la temperatura, allá abajo, debía sobrepasar los cien grados. Era la primera vez que el tripulante de un globo tenía que preocuparse no de su techo, ¡sino de su basamento!

Diez minutos más tarde pudo ver lo que el Control de la Misión había observado ya desde su posición aventajada. Había un cambio de coloración cerca del horizonte, y la capa nubosa se había retorcido y abombado, como si algo la hubiera desgarrado para abrir en ella un boquete. Hizo girar su pequeño quemador nuclear y le confirió a la *Kon-Tiki* otras tres millas de altitud con el fin de lograr una perspectiva mejor.

Abajo, el cielo se estaba despejando rápidamente de la manera más completa, como si algo disolviera el espeso nubarrón. Ante sus ojos se estaba abriendo un abismo. Un momento después navegaba por el borde de un barranco de nubes de unas doce millas de profundidad y seiscientas millas de anchura.

Un nuevo mundo se extendía por debajo de él; Júpiter había rasgado uno de sus múltiples velos. La segunda capa de nubes, a una profundidad inalcanzable, era de un color mucho más oscuro que la primera. Era casi de un rosa salmón, y estaba moteada curiosamente de pequeños islotes color ladrillo. Tenían todos una forma oval, con sus ejes largos dispuestos de Este a Oeste, en la dirección predominante del viento. Los había a centenares, todos del mismo tamaño aproximadamente; a Falcon le recordaban los pequeños cúmulos algodonosos del cielo terrestre.

Redujo la flotabilidad, y la *Kon-Tiki* empezó a descender hacia la cara del acantilado que se iba disolviendo. Fue entonces cuando descubrió la nieve.

En el aire se iban formando blancos copos que caían después lentamente. Sin embargo, hacía demasiado calor para que nevara; y, en cualquier caso, había escasísimos vestigios de agua en estas altitudes. Además, estos copos no despedían el menor destello o brillo al precipitarse hacia las profundidades. Cuando poco después: se posaron unos cuantos en uno de los botalones de instrumentos, en el exterior de la gran portilla de observación, comprobó que eran de un blanco opaco, apagado, de ningún modo cristalinos y de gran tamaño, como de varias pulgadas.

Parecían de cera, y Falcon supuso que eso es lo que eran precisamente. Se estaba

efectuando alguna reacción química en la atmósfera que le rodeaba, condensando los hidrocarburos que flotaban en el aire joviano.

Unas sesenta millas más adelante tenía lugar una perturbación en la capa nubosa. Las pequeñas formas ovales de color rojo empezaban a arremolinarse describiendo una espiral: era la silueta del ciclón, tan corriente en la meteorología terrestre. El vértice estaba emergiendo con asombrosa velocidad. Si se trataba de una tormenta, se dijo Falcon, estaba en un grave aprieto.

Pero entonces su preocupación se convirtió en asombro... y temor. Lo que se desplegaba en el mismo nivel de su vuelo no era una tormenta ni mucho menos.

Era algo enorme –tenía docenas de millas de diámetro– que se elevaba por encima de las nubes.

La tranquilizadora idea de que pudiera tratarse también de otra nube –un cúmulo hirviente que se elevaba desde los niveles inferiores de la atmósfera duró sólo unos segundos. No; aquello era sólido. Se abría paso a través del estrato nuboso, de un color rosa asalmonado, como se eleva un iceberg desde las profundidades.

¿Un iceberg flotando en el hidrógeno? Eso era imposible, por supuesto; pero no era demasiado remota la analogía. Tan pronto como enfocó su telescopio en el enigma, Falcon vio que era una masa blancuzca, cristalina, surcada de estrías rojas y marrones. Debía de ser, decidió, de la misma substancia que los «copos de nieve» que caían a su alrededor: una montaña de cera. Y no tardó en comprobar que no era tan sólida como había creído: sus bordes se deshacían y se volvían a formar continuamente.

–Ya sé lo que es –transmitió el Control de la Misión, que durante los últimos minutos había estado haciendo angustiosas preguntas–: una masa de burbujas, una especie de espuma. Espuma de hidrocarburo. Que la analicen los químicos... ¡un momento!

–¿Qué ocurre? –gritó el Control de la Misión–. ¿Qué ocurre?

Falcon ignoró los frenéticos requerimientos del espacio, y concentró toda su atención en la imagen que tenía en el campo visual del telescopio. Tenía que cerciorarse; si cometía una equivocación, se convertiría en el hazmerreír del sistema solar.

Luego se relajó, miró el reloj y desconectó la enervante voz del Júpiter V.

–Hola, Control de la Misión –dijo muy seriamente–. Aquí Howard Falcon, a bordo de la *Kon-Tiki*. Tiempo de Efemérides, las diecinueve, veintiún minutos y quince segundos. Cero grados, cinco minutos, latitud Norte; ciento cinco grados, cuarenta y dos minutos, longitud Oeste; Sistema Uno. Díganle al Dr. Brenner que hay vida en Júpiter. Y que es grande...

## **5. Las ruedas de Poseidón**

–Me alegra mucho comprobar que estaba equivocado –replicó el Dr. Brenner por radio, alegremente–. La naturaleza siempre tiene algo escondido en la manga. Mantenga la cámara de larga distancia centrada en el blanco y denos las imágenes lo más claras que pueda.

Los seres que se movían de un lado para otro en aquellas laderas de cera estaban aún demasiado lejos para que Falcon pudiera distinguir muchos detalles, aunque debían ser de gran tamaño para poderse divisar desde semejante distancia. Casi negros, y en forma de puntas de flecha, evolucionaban mediante lentas ondulaciones como gigantescas rayas o mantas, sobrenadando por algún arrecife tropical.

Quizá fuera un ganado celeste paciendo en los pastos de nubes de Júpiter, pues parecían triscar por las oscuras estrías rojas y marrones que recorrían los flancos de los flotantes acantilados como lechos desecados. De cuando en cuando se sumergía alguna en la montaña de espuma, desapareciendo completamente de la vista.

La *Kon-Tiki* se desplazaba despacio con respecto a la capa de nubes que tenía debajo; tardaría lo menos tres horas en encontrarse encima de aquellas montañas inconsistentes. Era una carrera entre la *Kon-Tiki* y el Sol. Falcon confiaba en que no cayera aquella oscuridad antes de poder contemplar más de cerca las mantas, como ya las había bautizado él, así como el frágil paisaje por el que rebullían.

Fueron tres largas horas. Durante todo este tiempo mantuvo los micrófonos exteriores a todo volumen, preguntándose si se encontraría aquí la fuente de los latidos de la noche anterior. Desde luego, las mantas eran lo bastante grandes como para haberlo producido; cuando por fin pudo hacerse una idea exacta de sus dimensiones, se encontró que tenían casi un centenar de yardas de envergadura. Eso significaba que eran tres veces el tamaño de las más grandes ballenas... aunque debían pesar unas toneladas tan sólo.

Media hora antes de la puesta del sol, la *Kon-Tiki* se encontraba encima de las «montañas».

No –dijo Falcon, contestando a las repetidas preguntas del Control de la Misión sobre las mantas–, no manifiestan aún reacción alguna ante mi presencia. No creo que sean inteligentes; parecen inofensivos herbívoros. Y aunque intentaran atraparme, estoy seguro de que no podrían llegar a las alturas en que me encuentro yo.

Sin embargo, se sintió un poco decepcionado cuando vio que las mantas no mostraban ningún interés por él mientras sobrevolaba su suelo nutricio. Quizá no tenían ningún medio de detectar su presencia. Cuando las examinó y fotografió a través del telescopio, no descubrió el menor indicio de órganos. Aquellas criaturas eran simplemente enormes deltas negras, agitándose en ondulares movimientos por los montes y valles que, en realidad, eran poco más consistentes que las nubes de la Tierra. Aunque parecían sólidas, Falcon sabía que quienquiera que pretendiese caminar por esas blancas montañas se hundiría en ellas como si fueran de papel.

Una vez en las proximidades, pudo distinguir las miríadas de células o burbujas de que estaban formadas. Algunas de las burbujas eran considerablemente grandes –de una yarda o más de diámetro–, y Falcon se preguntaba en qué caldera de brujas se habrían formado. Debía haber suficiente fondo petroquímico

bajo la atmósfera de Júpiter para cubrir todas las necesidades de la Tierra por espacio de un millón de años.

El corto día casi había concluido cuando pasó por encima de la cresta de los montes de cera, y la luz huía rápidamente de la parte inferior de sus laderas. En la vertiente Oeste no había mantas; y por alguna razón, la topografía era muy diferente. La espuma estaba esculpida en forma de largas terrazas horizontales, como el interior de un cráter lunar. Casi podía imaginar que eran gigantescos peldaños que bajaban a la oculta superficie del planeta.

Y en el más bajo de estos peldaños, libre de las arremolinadas nubes que la montaña había desplazado al emerger hacia el cielo, había una tosca masa oval de una o dos millas de diámetro. Apenas se la distinguía, pues era sólo un poco más oscura que la espuma blancuzca sobre la que descansaba. La primera impresión de Falcon es que se encontraba ante un bosque de pálidos árboles, como hongos gigantescos que jamás habían visto el sol.

Sí, debía ser un bosque: podía ver centenares de troncos delgados que se elevaban de la cera blancuzca en la que estaban arraigados. Pero los árboles formaban una masa asombrosamente compacta y apretada; apenas quedaba espacio entre ellos. Puede que, en definitiva, no fuera un bosque, sino un solo árbol inmenso... como una de esas gigantescas higueras de Bengala de múltiples troncos. Una vez vio en Java una higuera de Bengala que ocupaba un área de más de seiscientas yardas; este monstruo era lo menos diez veces superior.

La luz casi se había ido. El paisaje de nubes se había vuelto purpúreo con la luz refractada del sol, y dentro de unos segundos se desvanecería también esa coloración. A la luz postrera de ese segundo día en Júpiter, Howard Falcon vio —o creyó ver— algo que suscitaba las más graves sospechas sobre la identidad de aquella cosa oval.

A menos que la luz confusa le engañara, aquellos centenares de delgados troncos golpeteaban adelante y atrás, en perfecta sincronía, como un macizo de algas mecidas por el oleaje.

Además, el árbol no estaba ya donde lo había visto al principio.

—Sentimos decírselo —dijo el Control de la Misión poco después de la puesta de sol—, pero creemos que va a entrar en actividad el Foco Beta en la próxima hora. Probabilidad de un setenta por ciento.

Falcon consultó rápidamente la carta. Beta: latitud de Júpiter, ciento cuarenta grados... eso distaba más de dieciocho mil seiscientas millas, estaba muy por debajo del horizonte. Aun cuando las grandes erupciones desarrollaban diez megatones, Falcon se encontraba demasiado lejos de la onda expansiva para correr grave peligro. La tormenta de radio que iba a desencadenar, no obstante, era cuestión completamente aparte.

Las explosiones de decámetros que a veces hacían de Júpiter la más poderosa fuente de radio de todo el firmamento habían sido descubiertas en la década de 1950, para completo asombro de los astrónomos. Ahora, más de un siglo después, su verdadera causa seguía siendo un misterio. Sólo se conocían los síntomas; pero su explicación era totalmente desconocida.



La teoría del «volcán» era la que mejor había resistido la prueba del tiempo, aunque nadie imaginaba que este vocablo tenía el mismo significado en Júpiter que en la Tierra. A intervalos frecuentes –a menudo varias veces al día– se desencadenaban titánicas erupciones en las regiones inferiores de la atmósfera, probablemente en la superficie del propio planeta, y una enorme columna de gas, de más de seiscientas millas de altura, brotaba hirviendo, como decidida a huir al espacio.

Frente al más poderoso campo gravitatorio de todos los planetas, no tenía la más mínima posibilidad. Sin embargo, algunas escurriduras –unos cuantos millones de toneladas tan sólo– lograban alcanzar la ionosfera joviana; y cuando esto sucedía, se desencadenaba todo un infierno.

Los cinturones de radiación que envuelven el planeta Júpiter empujaban por completo los débiles cinturones Van Allen de la Tierra. Cuando se establece entre ellos un cortocircuito debido a una columna ascendente de gas, el resultado es una descarga eléctrica millones de veces más poderosa que la más grande descarga terrestre; provoca un colosal trueno de radio que invade enteramente el sistema solar y prosigue más allá, hacia las estrellas.

Se había descubierto que estas explosiones de radio procedían de cuatro grandes zonas del planeta. Quizá había en ellas puntos débiles que permitían que el fuego interno irrumpiera en el exterior de tiempo en tiempo. Los científicos de Ganímedes, la más grande de las lunas de Júpiter, creían ahora que podían predecir el inicio de una tormenta de decámetros: su precisión era más o menos la de los que pronosticaban el tiempo allá a principios de 1900.

Falcon no supo si alegrarse o asustarse ante una tormenta de radio; desde luego, le daría más mérito a la misión... si salía con vida. Su rumbo había sido planeado de forma que se mantuviera lo más alejado posible de los grandes centros de perturbación, especialmente del más activo, el Foco Alfa. Por suerte, la amenazadora Beta era la más próxima a él. Esperaba que la distancia, casi las tres cuartas partes de la Tierra, fuera suficiente para mantenerse a salvo.

–Probabilidad, el noventa por ciento –dijo el Control de la Misión, con claro acento de premura–. Y olvide esa hora. Ganímedes dice que puede ocurrir en cualquier momento.

Apenas había enmudecido la radio cuando comenzó a elevarse rápidamente la aguja de medición de fuerza del campo magnético. Antes de que llegara a salirse de la escala, cambió de dirección y empezó a descender tan rápidamente como se había elevado. Muy lejos, y miles de millas más abajo, algo había dado una titánica sacudida al corazón derretido del planeta.

–¡Allá resopla! –gritó el Control de la Misión.

–Gracias, ya lo sé. ¿Cuándo recibiré el embate de la tormenta?

–Puede esperar la primera sacudida dentro de cinco minutos, y en diez, su apogeo.

En la lejana curva de Júpiter empezaba a elevarse hacia el espacio un embudo de gas tan amplio como el océano Pacífico, a una velocidad de miles de millas por

hora. Los rayos sacudían ya, sin duda, las regiones inferiores de la atmósfera del alrededor... pero no eran nada comparados con la furia que estallaría cuando alcanzara el cinturón radiactivo y empezara a descargar su desbordante cantidad de electrones sobre el planeta. Falcon empezó a recoger todos los botallones del instrumental extendidos fuera de la cápsula. No tenía más precauciones que tomar.

Tardaría cuatro horas en ser alcanzado por la sacudida atmosférica; pero la ráfaga de ondas de radio, que se desplazaba a la velocidad de la luz, estaría aquí en una décima de segundo, tan pronto como se disparara la descarga.

El monitor de la radio, que examinaba el espectro de un extremo a otro, no registraba aún nada extraordinario, sino el normal zumbido de fondo. Luego, Falcon observó que el nivel del ruido aumentaba gradualmente. La explosión estaba acumulando fuerza.

A semejante distancia no esperaba ver nada. Pero, súbitamente, vio danzar un débil parpadeo como de un relámpago de calor a lo largo de todo el horizonte oriental. Simultáneamente saltaron la mitad de los interruptores del cuadro principal, se apagaron las luces y enmudecieron todos los canales de comunicación.

Intentó moverse, pero fue completamente incapaz de hacerlo. La parálisis que se había apoderado de él no era meramente psicológica; parecía haber perdido todo el dominio de sus miembros y experimentaba una dolorosa sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Era imposible que el campo eléctrico pudiera haber traspasado la protección de esta cabina. Sin embargo, había un pálido resplandor en el tablero de instrumentos, y pudo oír el crujido inequívoco de una descarga.

Los sistemas de emergencia entraron en funcionamiento con una serie de detonaciones, y se restablecieron las cargas. Volvieron a encenderse las luces. Y la parálisis de Falcon desapareció tan rápidamente como había venido.

Después de mirar el tablero para asegurarse de que todos los circuitos habían vuelto a la normalidad, se volvió rápidamente hacia las portillas de observación.

No tuvo necesidad de encender los reflectores de inspección: los cables que sostenían la cápsula parecían estar incandescentes. Eran rayas de luz de un azul eléctrico que se extendían hacia arriba contra la oscuridad, desde el gran anillo de sujeción hasta el ecuador del gigantesco globo; y, rodando lentamente a lo largo de varias de ellas, se veían luminosas bolas de fuego.

El espectáculo resultaba tan extraño y hermoso que era imposible ver en él amenaza de ningún género. Pocas personas, Falcon lo sabía muy bien, habían contemplado la bola del relámpago desde tan cerca... y, desde luego, ninguno habría sobrevivido, de navegar en un globo lleno de hidrógeno, en la atmósfera de la Tierra. Recordaba la muerte del *Hindenburg* entre las llamas, destruido por una chispa extraviada cuando anclaba en Lakehurst en 1937. Como tantas veces había sucedido en el pasado, la vieja película se le representó horriblemente vívida en su imaginación. Pero, al menos, aquello no podía suceder aquí, aun cuando había más hidrógeno sobre su cabeza que en el último zeppelin. Tendrían

que transcurrir unos cuantos billones de años, sin embargo, antes de que alguien pudiera encender fuego en la atmósfera de Júpiter.

Con un crepitar como el del tocino en la sartén, el circuito de comunicación cobró vida otra vez:

–Hola, *Kon-Tiki*... ¿me escucha?, ¿me escucha?

Era una voz entrecortada y tremendamente desfigurada, aunque inteligible. Falcon recobró su ánimo: había restablecido contacto con el mundo de los hombres.

–Le oigo –dijo–. Estoy sobrecargado de electricidad, pero sin el menor daño... por ahora.

–Gracias... creíamos que le habíamos perdido. Por favor, compruebe los canales de telemetría tres, siete y veintiséis. También el aumento de la cámara dos. Tampoco creemos que sean exactas las cifras que dan las sondas externas de ionización...

De mala gana Falcon apartó la mirada del fascinante espectáculo pirotécnico que se desarrollaba en torno a la *Kon-Tiki*, aunque de cuando en cuando siguió asomándose a las portillas. Primero desapareció la bola incandescente; luego, los globos de fuego se dilataron poco a poco hasta adquirir proporciones críticas, tras lo cual estallaban suavemente y se desvanecían. Pero incluso una hora más tarde, seguía habiendo aún débiles resplandores por todo el metal del exterior de la cápsula; y los circuitos de radio siguieron con ruidos hasta mucho después de la medianoche.

Las restantes horas de obscuridad transcurrieron sin el menor incidente... hasta unos momentos antes de amanecer. Dado que era una claridad que provenía del Este, Falcon infirió que estaba presenciando los primeros anuncios del amanecer. Luego se dio cuenta de que faltaban aún veinte minutos para que despuntara el día... y que la claridad que surgía a lo largo del horizonte avanzaba hacia él de forma perceptible. Se separó velozmente del arco de estrellas que perfilaba el borde invisible del planeta, y Falcon vio que se trataba tan sólo de una estrecha franja, recortada con toda nitidez. Parecía el haz de luz de un enorme reflector desplazándose bajo las nubes.

Unas sesenta millas más allá de la primera columna de luz inquieta venía otra, paralela, que se movía a la misma velocidad. Y más allá, otra, y otra... hasta que todo el cielo parpadeó con una alternancia de planos de obscuridad y de luz.

Ahora, pensó Falcon, se hallaba ya habituado a las maravillas, y parecía imposible que este despliegue de pura, silenciosa luminosidad representara el más mínimo peligro. Pero era tan asombroso y tan inexplicable, que sintió un miedo frío, crudo, que le minó su propia capacidad de autodominio. Ningún hombre podía contemplar semejante espectáculo sin sentirse como un pigmeo en presencia de fuerzas que escapaban a su capacidad de comprensión. ¿Sería posible que, en definitiva, tuviera Júpiter no sólo vida, sino también inteligencia? ¿Una inteligencia, quizá, que sólo ahora empezaba a reaccionar ante una presencia extraña?

–Sí, lo vemos –dijo el Control de la Misión con una voz que reflejaba su propio miedo–. No tenemos idea de qué pueda ser. Espere, vamos a llamar a Ganímedes.

El espectáculo se estaba disipando lentamente; las franjas móviles del lejano horizonte se hicieron mucho más débiles, como si la energía que las producía se estuviera agotando. A los cinco minutos, todo había concluido; el último impulso de luz parpadeó en dirección a poniente y se desvaneció. Su desaparición produjo a Falcon una inmensa sensación de alivio. La visión había sido tan hipnótica, tan turbadora, que no podía resultar beneficiosa para ningún hombre el contemplarla demasiado tiempo.

Se sentía más desasosegado de lo que estaba dispuesto a admitir. La tormenta eléctrica era algo que podía entender; pero esto era absolutamente incomprensible.

El Control de la Misión seguía aún en silencio. Falcon sabía que estaban consultando los bancos de datos de Ganímedes, mientras los hombres y las computadoras centraban sus mentes en el problema. Si no encontraban allí ninguna respuesta, sería necesario llamar a la Tierra; eso equivaldría a una demora de casi una hora. La posibilidad de que ni aun la Tierra fuera capaz de ayudarle era algo sobre lo que Falcon no quería ni pensar.

Nunca se alegró tanto de oír la voz del Control de la Misión como cuando habló por fin el Dr. Brenner. El biólogo parecía aliviado, aunque serio... como el hombre que acaba de pasar una crisis intelectual.

–Hola, *Kon-Tiki*. Hemos resuelto su problema, pero nos parece increíble. Lo que usted ha visto es un fenómeno de bioluminiscencia, muy similar al producido por los microorganismos de los mares tropicales de la Tierra. Aquí se encuentran en la atmósfera, no en el océano, pero el principio es el mismo.

–Pero el proceso –protestó Falcon– era tan regular... tan artificial. ¡Y tenía una anchura de cientos de millas!

–Era incluso más grande de lo que puede imaginar; usted ha visto sólo una pequeña parte. El fenómeno entero tiene una anchura de más de tres mil millas y parece una rueda en revolución. Ha visto solamente sus rayos, al cruzarse con usted a la velocidad de unas seis décimas de milla por segundo...

–¡Por segundo! –Falcon no pudo dejar de exclamar–. ¡Ningún animal puede desplazarse a esa velocidad!

–Por supuesto que no. Deje que le explique. Lo que usted ha visto se ha originado por el choque de la onda que ha provocado el Foco Beta, la cual se ha desplazado a la velocidad del sonido.

–Pero ¿y la regularidad del proceso? –insistió Falcon.

–Eso es lo sorprendente. Se trata de un fenómeno muy raro, pero es idéntico al de las ruedas de luz observadas en el golfo Pérsico y en el océano Índico, sólo que de un tamaño mil veces superior. Escuché esto: Del *Patna*, de la Compañía Indobritánica; golfo Pérsico, mayo de 1880, 23,30 horas: «Se avistó una enorme

rueda luminosa, girando sobre sí misma, cuyos rayos parecían barrer el costado del barco al pasar. Los rayos tenían de doscientas a trescientas yardas de longitud; cada rueda contenía unos dieciséis rayos... » Y aquí tenemos otra anotación del golfo de Omán, con fecha del 23 de mayo de 1906: «La luminiscencia, intensamente brillante, se acercó velozmente a nosotros, lanzando vivos rayos de luz hacia poniente en rápida sucesión, como el haz de un faro... A babor nuestro se formó una gigantesca rueda de fuego, cuyos rayos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Toda la rueda estuvo girando sobre sí unos dos o tres minutos...» La computadora-archivo de Ganimedes ha sacado unos quinientos casos. De no pararla a tiempo habría sacado un montón más.

—Me ha convencido... pero aún estoy perplejo.

—No le culpo. En realidad, no se le llegó a encontrar una explicación completa hasta finales del siglo XX. Parece que estas ruedas luminosas son consecuencia de los terremotos submarinos, y acontecen siempre en aguas poco profundas, donde pueden reflejarse las ondas de choque y dar lugar a una serie de ondas estacionarias. Unas veces son como barras y otras como ruedas que giran: las «Ruedas de Poseidón» las llaman. Se ha comprobado esta teoría provocando explosiones subacuáticas y fotografiando los resultados desde un satélite. No es de extrañar que los marineros fueran supersticiosos. ¿Quién habría creído una cosa así?

Conque era eso, se dijo Falcon. Al estallar el Foco Beta debió emitir una serie de sacudidas en todas direcciones... a través del gas comprimido de las regiones inferiores de la atmósfera y a través del mismo cuerpo sólido de Júpiter. Al chocar y entrecruzarse estas ondas debieron anularse aquí y acrecentarse allá, y el planeta entero resonó como una campana.

No obstante, la explicación no le anuló la sensación de maravilla y terror; jamás olvidaría esas vacilantes franjas de luz desplazándose vertiginosas por las profundidades inalcanzables de la atmósfera joviana. Tenía la impresión de encontrarse no meramente en un planeta extraño, sino en alguna mágica región situada entre el mito y la realidad.

Era un mundo en el que podía suceder absolutamente cualquier cosa; donde, con toda probabilidad, ningún hombre era capaz de vaticinar qué le reportaría el futuro.

Y aún le quedaba por pasar un día entero.

## 6. Medusa

Cuando llegó, por fin, el verdadero amanecer, sobrevino un súbito cambio en el tiempo. La *Kon-Tiki* se desplazaba en medio de una ventisca. Los copos de cera caían con tanto espesor que la visibilidad era prácticamente nula. A Falcon empezaba a preocuparle el peso que se podía acumular en la parte superior de la envoltura. Luego observó que los copos depositados en la parte exterior de las portillas desaparecían rápidamente; la continua emanación de la *Kon-Tiki* los evaporaba tan pronto como la rozaban.

De haber hecho este viaje en globo en la Tierra habría tenido que preocuparse también de la posibilidad de una colisión. Al menos, no corría este peligro aquí:

cualquier, montaña joviana debía encontrarse varios cientos de millas más abajo. Y en cuanto a los flotantes islotes de espuma, chocar con ellos sería probablemente como traspasar burbujas de jabón, ligeramente más consistentes.

De todos modos, conectó el radar horizontal, que hasta ahora no le había servido para nada; sólo el haz vertical, que le daba la distancia de la superficie invisible, había sido de alguna utilidad. Y entonces se llevó otra sorpresa.

Diseminados por el inmenso sector del cielo que tenía delante, aparecieron docenas de ecos grandes y brillantes. Eran completamente independientes unos de otros, y al parecer se hallaban suspendidos en el espacio. Falcon recordó la frase que solían utilizar los primitivos aviadores para describir uno de los peligros de su profesión: «Nubes rellenas de rocas.» Era la descripción perfecta de lo que aparecía delante de la trayectoria de la *Kon-Tiki*.

Era una visión desconcertante; luego Falcon se dijo de nuevo que nada que fuese realmente sólido podía revolotear en esta atmósfera. Quizá fuera algún extraño fenómeno meteorológico. En cualquier caso, el eco más cercano se encontraba a ciento veinticinco millas.

Lo comunicó al Control de la Misión, el cual no pudo facilitarle explicación alguna. En cambio, le dio la agradable noticia de que saldría de la ventisca dentro de treinta minutos.

No le previno, sin embargo, del repentino viento que cogió a la *Kon-Tiki* súbitamente de través, casi en ángulo recto respecto de la trayectoria que llevaba. Falcon tuvo que echar mano de toda su pericia y emplear al máximo el escaso control que podía ejercer sobre su torpe vehículo para evitar que zozobrara. Unos minutos después corría veloz en dirección Norte, a más de trescientas millas por hora. Luego, tan súbitamente como había empezado, la turbulencia cesó; seguía desplazándose a gran velocidad, pero con viento suave. Se preguntó si le habría cogido el equivalente joviano de una corriente en chorro.

La tormenta de nieve se había disipado, y vio que Júpiter se había estado preparando para él.

La *Kon-Tiki* había entrado en el embudo de un gigantesco remolino de unas seiscientas millas de diámetro. El globo estaba siendo arrastrado por la curvada pared de la nube. Arriba, el sol brillaba en un cielo claro; pero allá abajo, este inmenso agujero de la atmósfera perforaba las ignotas profundidades y alcanzaba un suelo brumoso donde parpadeaban los relámpagos casi continuamente.

Aunque la nave era arrastrada hacia abajo tan lentamente que no se percibía ningún peligro inmediato, Falcon abrió el chorro de calor de la envoltura hasta que la *Kon-Tiki* se mantuvo flotando a una altitud constante. Hasta ese momento no apartó los ojos del fantástico espectáculo del exterior para inspeccionar nuevamente el problema del radar.

El eco más próximo se hallaba ahora a unas veinticinco millas tan sólo. Todos ellos, inmediatamente se dio cuenta, estaban esparcidos a lo largo de la pared del remolino y se movían por ella, al parecer, atrapados en el torbellino como la propia *Kon-Tiki*. Orientó el telescopio en la dirección que apuntaba el radar y se

encontró con que tenía ante sí una extraña nube moteada que ocupaba casi todo su campo visual.

Se distinguía con dificultad porque era apenas algo más oscura que el muro gigantesco de bruma que servía de fondo. Hasta que no transcurrieron unos minutos, no se dio cuenta Falcon de que ya la había visto anteriormente.

La primera vez la había visto reptar por las itinerantes montañas de espuma, y la había tomado por un gigantesco árbol de múltiples troncos. Por fin podía apreciar ahora su verdadera dimensión y complejidad, y darle un nombre más apropiado para fijar su imagen en su mente. No se parecía en absoluto a un árbol, sino a una medusa: a una medusa, tal como podía haberla visto, con sus tentáculos a rastras, navegando por las cálidas aguas de la corriente del golfo.

Esta medusa tenía un diámetro de más de una milla, y sus innumerables tentáculos colgantes medían varios centenares de pies. Se inclinaban adelante y atrás al unísono, empleando más de un minuto en completar cada ondulación... casi como si la criatura bogara torpemente por el cielo.

Los otros ecos correspondían a otras tantas medusas más lejanas. Falcon enfocó el telescopio hacia media docena de ellas, y no apreció variación alguna en sus formas o tamaños. Todas parecían pertenecer a la misma especie; se preguntó por qué vagarían perezosamente en esta órbita de seiscientas millas. Tal vez se estaban alimentando del plancton aéreo que el remolino había succionado, tal como había hecho con la propia *Kon-Tiki*.

—¿Se da usted cuenta, Howard —dijo el Dr. Brenner cuando se hubo recobrado de su estupor inicial—, de que ese ser es más de cien mil veces superior en tamaño a la más grande de las ballenas? Aun cuando no fuera más que un globo de gas, pesaría lo menos ¡un millón de toneladas! No tengo ni idea de cuál puede ser su metabolismo. Debe generar megavatios de calor para mantener su flotabilidad.

—Pero si no es más que un globo, ¿por qué da el radar un eco tan condenadamente claro?

—No tengo la más remota idea. ¿Puede aproximarse más?

La pregunta de Brenner no era superflua. Si variaba de altitud para aprovechar las diferencias de velocidad del viento, Falcon podía aproximarse a la medusa cuanto quisiera. De momento, no obstante, prefería conservar su actual distancia de veinticinco millas, y así lo dijo con firmeza.

—Comprendo lo que quiere decir —contestó Brenner, un poco de mala gana—. Quedémonos donde estamos, de momento.

Ese «nosotros» le sonó a Falcon extrañamente divertido: las sesenta mil millas adicionales introducían una considerable diferencia, según su punto de vista.

Durante las dos horas siguientes, la *Kon-Tiki* navegó sin incidentes por la curva del gran remolino, mientras Falcon probaba los filtros y el contraste de la cámara, tratando de obtener una imagen clara de la medusa. Empezaba a preguntarse si no sería su coloración evanescente una especie de camuflaje; quizá, como

muchos animales de la Tierra, trataba de confundirse con el paisaje. Era una argucia que utilizaban tanto el cazador como la caza.

¿En qué categoría se encontraba la medusa? Esa era una cuestión a la que no era posible contestar en el corto espacio de tiempo que le quedaba. Sin embargo, poco antes de las doce del mediodía, sin el más ligero aviso, llegó la respuesta...

Como un escuadrón de antiguos caza-reactores, surgieron veloces cinco mantas del muro de bruma que formaba el embudo del remolino. Volaban dispuestas en V y se dirigieron directamente hacia la nube gris pálido de la medusa; y no cupo la más mínima duda en el espíritu de Falcon de que iban a atacarla. Se había equivocado por completo al suponer que eran inofensivos seres vegetarianos.

Sin embargo, sucedía todo a un ritmo tan pausado que era como presenciar una película a cámara lenta. Las mantas avanzaron ondulantes a la velocidad de treinta millas por hora más o menos; parecieron tardar siglos en llegar hasta la medusa, la cual seguía navegando imperturbable a una velocidad más moderada. A pesar de sus enormes dimensiones, las mantas parecían diminutas comparadas con el monstruo al que se aproximaban. Cuando se lanzaron sobre su dorso, parecían del tamaño de los pájaros que se posan sobre las ballenas.

Falcon se preguntó si la medusa podría defenderse por sí misma. No veía él que las mantas atacantes corrieran peligro alguno mientras evitaran los largos y torpes tentáculos. Y puede que el huésped ignorara la presencia de estas criaturas, como si se tratara de insignificantes parásitos que ella toleraba, igual que los perros toleran las pulgas.

Pero ahora era evidente que la medusa se encontraba en un aprieto. Con agónica lentitud, comenzó a inclinarse como un barco a punto de naufragar. Al cabo de diez minutos se había ladeado cuarenta y cinco grados; estaba también perdiendo altura rápidamente. Era imposible no sentir piedad por este monstruo asediado, y el espectáculo trajo a Falcon recuerdos amargos. De una manera grotesca, la caída de la medusa era casi una parodia de los últimos momentos agónicos del *Queen*.

Pero sabía que sus simpatías estaban mal dirigidas. La inteligencia superior sólo podía desarrollarse entre los depredadores, no entre criaturas que vagaban ramoneando por la mar o por el aire. Las mantas estaban muchísimo más próximas a él que esa monstruosa bolsa de gas. Y, en definitiva, ¿quién era capaz de simpatizar verdaderamente con una criatura de un tamaño cien mil veces mayor al de la ballena?

Entonces observó que la táctica de la medusa parecía producir su efecto. La zozobra sacudió a las mantas y se apartaron aleteando de su lomo... como buitres interrumpidos en pleno festín. Pero no se alejaron demasiado, y siguieron revoloteando a pocas yardas, en torno al monstruo acosado.

Hubo un relámpago súbito y cegador, a la vez que sonó un crujido de descarga eléctrica en la radio. Una de las mantas se enrolló, de extremo a extremo, y se precipitó en línea recta hacia abajo. Mientras caía, fue dejando un penacho de humo negro tras de sí. El parecido con la caída de un avión envuelto en llamas era tremendamente asombroso.



Entonces las restantes mantas se elevaron a un tiempo y se alejaron de la medusa, aumentando su velocidad mediante una pérdida de altitud. En cuestión de minutos habían desaparecido entre los muros de la nube, de los cuales habían surgido. Y la medusa, que había dejado de descender, inició el movimiento que restablecería su posición horizontal. Poco después navegaba en completo equilibrio, como si nada hubiera ocurrido.

–¡Maravilloso! –exclamó el Dr. Brenner tras un momento de estupor–. Ha desplegado defensas eléctricas, como algunas anguilas y rayas. Pero ¿esa descarga ha debido ser lo menos de un millón de voltios! ¿Puede ver usted el órgano que ha podido producir esa descarga? ¿Algo así como electrodos?

–No –contestó Falcon, después de poner su telescopio a la máxima potencia–. Pero hay algo muy extraño. ¿Ve usted esa franja? Revise las primeras imágenes. Estoy seguro de que no estaba ahí antes.

Había aparecido una lista jaspeada y ancha en torno a la medusa. Formaba una especie de damero asombrosamente regular, cada uno de cuyos cuadros estaba rayado a su vez con un complejo trazado de pequeñas líneas horizontales. Estaban espaciados por distancias iguales, en un orden perfectamente geométrico de hileras y columnas.

–Tiene usted razón –dijo el Dr. Brenner con un acento en su voz que parecía muy próximo al terror–. Acaba de aparecer. Y miedo me da decir lo que creo que es.

–Bueno, yo no tengo ningún prestigio que perder... al menos como biólogo. ¿Quiere que lo diga yo?

–Adelante.

–Eso es una enorme banda radiométrica. Como las que se usaban antiguamente, a principios del siglo XX.

–Me temía que iba a decir eso. Bueno, ahora sabemos por qué daba un eco tan claro.

–Pero ¿por qué aparece ahora?

–Probablemente, como consecuencia de la descarga.

–Se me acaba de ocurrir otra idea –dijo Falcon lentamente.– ¿Cree usted que nos estará escuchando?

–¿A esta frecuencia? Lo dudo. Eso son antenas de metros; no, de decámetros, a juzgar por sus dimensiones. ¡Hum... podría ser!

El Dr. Brenner se quedó callado, ponderando evidentemente algún nuevo derrotero de sus pensamientos. Luego prosiguió:

–¡Apuesto a que están sintonizadas para las explosiones de radio! Eso es algo que la naturaleza no ha tenido que producir jamás en la Tierra... Nosotros tenemos animales con sonar e incluso con sentidos eléctricos, pero ningún ser ha desarrollado jamás un sentido semejante a una radio. ¿Para qué iba a servir en un lugar de tanta luz? Pero aquí es diferente, Júpiter está empapado de energía

radioeléctrica. Vale la pena utilizarla... y puede que incluso acumularla. ¡Esa criatura podría ser una instalación eléctrica flotante!

Una nueva voz terció en la conversación:

–Aquí el comandante de la misión. Todo esto es muy interesante, pero hay una cuestión mucho más importante que solventar. ¿Es inteligente? Si lo es, debemos tener presentes las normas de Primer Contacto.

–Antes de venir aquí –dijo el Dr. Brenner con cierta tristeza–, habría sido capaz de jurar que cualquier ser que construyera un sistema de antenas de onda corta tendría que ser inteligente. Ahora no estoy seguro. Esta criatura puede haberlo desarrollado naturalmente. Supongo que igual de fantástico resulta el ojo humano.

–Entonces debemos ir sobre seguro y suponer que es inteligente. De momento, por tanto, esta expedición queda sometida a todas las cláusulas de la norma primera.

Hubo un largo silencio, mientras cada uno de los que estaban a la escucha digerían las implicaciones de esta situación. Por primera vez en la historia de los vuelos espaciales tendrían que ser aplicadas las normas que se habían elaborado después de más de un siglo de debates. El hombre había sacado un provecho – eso se esperaba– de sus errores en la Tierra. No solamente las consideraciones morales, sino también su propio interés, exigían el no repetirlos en los otros planetas. Podía ser catastrófico tratar a una inteligencia superior de la misma manera que los colonos americanos habían tratado a los indios, o como casi todos habían tratado a los africanos...

La primera regla era: guarda las distancias. No intentes aproximarte, ni aun comunicarte, hasta que «ellos» hayan tenido tiempo suficiente de estudiarte. Nadie habría sido capaz de decir qué podía entenderse exactamente por «tiempo suficiente». Eso quedaba a criterio del hombre según la situación.

Sobre Howard Falcon había venido a recaer una responsabilidad que jamás había pensado. Durante las pocas horas que le quedaban de estar en Júpiter, podía convertirse en el primer embajador del género humano.

Y ésa era una paradoja tan deliciosa que casi deseó que los cirujanos le hubieran restituido la facultad de reír.

## **7. Norma primera**

Estaba obscureciendo, pero Falcon, con los ojos fijos en la nube viviente del campo visual del telescopio, apenas se dio cuenta. El viento que impelía constantemente la *Kon-Tiki* en torno al embudo del gran remolino le situó a doce millas de la criatura. Si le acercaba seis millas más, iniciaría una maniobra evasiva. Aunque estaba seguro de que el arma eléctrica de la medusa era de corto alcance, no deseaba poner a prueba esta hipótesis. Ese sería un problema para futuros exploradores, a quienes deseaba buena suerte.

La cápsula se había quedado casi a oscuras. Esto era extraño, porque aún faltaban horas para el crepúsculo. Maquinalmente, echó una mirada al radar de

barrido horizontal, como había hecho a cada rato. Aparte de la medusa que estaba examinando, no había ningún objeto en unas sesenta millas a la redonda.

Súbitamente, pero con una potencia tremenda, empezó a oír los golpes acompasados que brotaban de la noche joviana: el latido que crecía más y más de prisa, y luego se paraba en pleno crescendo. La cápsula entera retemblaba como un garbanzo dentro de una olla.

Dos cosas comprendió Falcon al mismo tiempo, en el intervalo del silencio repentino y doloroso. Esta vez no provenía de miles de millas de distancia, a través de un circuito de radio. Estaba en la mismísima atmósfera que le rodeaba.

El segundo pensamiento era más inquietante aún. Había olvidado completamente —era imperdonable, pero había tenido otras cosas evidentemente más perentorias en que pensar que la mayor parte del cielo que tenía arriba quedaba totalmente tapado por la bolsa de gas de la *Kon-Tiki*. Como era ligeramente plateado para que conservara su calor, el globo hacía de eficaz pantalla ante el radar y el campo visual.

Falcon lo sabía, naturalmente; éste había sido uno de los pequeños defectos del diseño, pasado por alto porque no parecía revestir importancia. Ahora, en cambio, le parecía a Howard tremendamente importante... al ver la fila de tentáculos gigantes, más gruesos que el tronco de cualquier árbol, que descendían rodeando completamente la cápsula.

Oyó chillar a Brenner:

—¡Recuerde la norma primera! ¡No lo asuste!

Pero antes de darle la respuesta adecuada, empezó de nuevo aquel redoble irresistible y ahogó todos los demás sonidos.

La prueba que verdaderamente revela el grado de adiestramiento de un piloto es el modo como reacciona no ante emergencias previsibles, sino ante aquellas que nadie puede prever. Falcon no se paró más de un segundo en analizar la situación. Con un rapidísimo movimiento tiró de la cuerda de apertura.

Esta palabra era un residuo arcaico de la época de los primeros globos de hidrógeno; en la *Kon-Tiki*, la cuerda de apertura no abría bruscamente la bolsa de gas, sino que accionaba sólo una serie de claraboyas dispuestas en la curva superior de la envoltura. Inmediatamente, el gas caliente se precipitó al exterior; la *Kon-Tiki*, privada de su elemento de ascensión, inició una veloz caída en este campo gravitatorio dos veces y media superior al de la Tierra.

Falcon tuvo una fugaz visión de los grandes tentáculos que se sacudían acercándose y alejándose. Le dio tiempo a observar que estaban provistos de amplias vejigas o sacos, los cuales, probablemente, les conferían la flotabilidad; y que terminaban en una multitud de antenas que eran como raíces de plantas. Casi esperaba una descarga eléctrica... pero no ocurrió nada.

Su precipitado descenso fue aminorando a medida que la atmósfera iba siendo más densa, a la vez que la desinflada envoltura hacía las veces de paracaídas: Cuando la *Kon-Tiki* llevaba descendidas unas dos millas, consideró prudente

cerrar las claraboyas otra vez. Perdió otra milla en restablecer su flotabilidad y recuperar el equilibrio, y se aproximaba peligrosamente al límite de su seguridad.

Escrutó ansiosamente a través de las portillas superiores, aunque no esperaba ver nada, sino el bulto oscuro del globo. Pero se había desplazado lateralmente durante el descenso, y consiguió ver la medusa parcialmente a un par de millas por encima de él. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba... y seguía bajando más de prisa de lo que habría creído posible.

El Control de la Misión estaba llamando angustiosamente. Falcon gritó:

–Estoy bien... pero sigue aproximándose. No puedo bajar más.

Eso no era totalmente cierto. Podía descender mucho más: unas ciento ochenta millas más. Pero sería un viaje sin retorno, y la mayor parte del recorrido tendría muy poco interés para él.

Entonces, con gran alivio por su parte, vio que la medusa planeaba horizontalmente a menos de una milla de distancia. Quizá había decidido acercarse a este extraño intruso con precaución; o quizá, también, había tropezado con esta capa incómodamente caliente. La temperatura se hallaba por encima de los cincuenta grados centígrados, y Falcon se preguntó cuánto tiempo seguiría funcionando su equipo de sostenimiento de vida.

El Dr. Brenner volvió a ponerse en contacto con él, preocupado aún por la norma primera.

–¡Recuerde: puede que sólo sienta curiosidad! –exclamó sin mucha convicción–. ¡Procure no asustarla!

Falcon se estaba cansando de esta advertencia, y recordó una discusión que presenció una vez por televisión entre un letrado y un astronauta. Después de escuchar una minuciosa exposición de todas las implicaciones de la norma primera, el incrédulo astronauta había exclamado: «Entonces, si no hay otra alternativa, ¿debo quedarme quieto y dejarme devorar?» El letrado ni siquiera esbozó una sonrisa cuando le contestó: «Esa es una excelente recapitulación.»

En aquel momento le había parecido divertido; ahora no se lo parecía en absoluto.

Y entonces Falcon vio algo que le hizo sentirse aún más desdichado. La medusa seguía girando por encima de él, a una milla de distancia... pero uno de sus tentáculos había empezado a estirarse de una manera increíble, y se extendía hacia la *Kon-Tiki*, al tiempo que se hacía más delgado. De niño, había visto una vez el embudo de un huracán que descendía desde una tormentosa nube a las llanuras de Kansas. La cosa que ahora se venía hacia él le despertó vívidos recuerdos de aquella negra, contorsionada culebra del cielo.

–Se me están agotando las posibilidades a toda prisa –comunicó al Control de la Misión–. Ahora sólo puedo elegir entre la alternativa de asustarla... o producirle un dolor de estómago. No creo que encuentre a la *Kon-Tiki* muy digestiva, si es eso lo que se propone.

Aguardó unos momentos la respuesta de Brenner, pero el biólogo permaneció en silencio.

—Muy bien. Me quedan veintisiete minutos, pero voy a poner en marcha el cronómetro de ignición. Espero tener la suficiente reserva para corregir mi órbita más tarde.

No podía ver ya a la medusa: se había situado otra vez directamente encima de él. Pero sabía que el tentáculo que descendía debía estar muy cerca del globo. Tardaría casi cinco minutos en poner a pleno rendimiento el reactor...

El fusor estaba cebado. La computadora de órbitas no había desechado la situación como completamente imposible. Las bocas de los tubos propulsores estaban abiertas, dispuestas a engullir las toneladas de hidrohelio que hicieran falta. Aun en condiciones óptimas, éste sería el momento de la verdad... ya que no había habido ocasión de probar los resultados reales de la propulsión a chorro en la extraña atmósfera de Júpiter.

Muy lentamente, algo impulsó la *Kon-Tiki*. Falcon trató de ignorarlo.

El encendido estaba proyectado para seis millas más arriba, en una atmósfera cuatro veces menos densa y treinta grados más fría. Lástima.

¿Cuál era la inmersión menos profunda para alejarse en la que podrían funcionar los tubos? En cuanto se encendiera el propulsor, enfilaría hacia Júpiter con sus dos g y media, a fin de ayudarse a conseguirlo. ¿Tendría posibilidad de zafarse a tiempo?

Una mano enorme y pesada tentó el globo. La nave entera se bamboleó arriba y abajo como uno de esos yo-yós que acababan de ponerse de moda en la Tierra.

Naturalmente, Brenner podía estar perfectamente en lo cierto. Quizá estaba tratando de mostrarse amistosa. Tal vez debía intentar él establecer contacto por radio. Qué debía decirle: «¿Minina, preciosa?» «¿Quieto, Fido?» O: «¿Llévame a tu superior?»

La proporción tritio-deuterio era correcta. Estaba preparado para encender la mecha con un cerilla de cien millones de grados.

La delgada punta del tentáculo descendió, tentando en torno al borde del globo, unas sesenta yardas más arriba. Era más o menos del tamaño de una trompa de elefante, y por la forma delicada en que se movía, parecía que era casi igual de sensitiva. Tenía unos pocos palpos que hacían de bocas inquisitivas. Seguro que el Dr. Brenner estaría fascinado.

Este era el momento. Echó una rápida mirada a todo el panel de control, inició la cuenta final de ignición de cuatro segundos, arrancó el precinto de seguridad y apretó el botón de LANZAMIENTO.

Se produjo una fuerte explosión y una repentina pérdida de peso. La *Kon-Tiki* cayó libremente, con el morro apuntando hacia abajo. Arriba, el globo, desprendido, ascendía rápidamente arrastrando al inquisitivo tentáculo. Falcon no tuvo tiempo de ver si la bolsa de gas chocaba con la medusa, porque en ese momento se puso en marcha el propulsor, y tenía otras cosas en que pensar.

Brotó una rugiente columna de hidrohelio caliente de los tubos del reactor, imprimiendo un impulso más grande aún... pero hacia Júpiter, y no al contrario. No podía escapar todavía porque el control automático tardaba demasiado. A menos que recuperara el control completo y lograra establecer el vuelo horizontal en los próximos cinco segundos, el vehículo se hundiría demasiado en la atmósfera y se destruiría.

Con agónica lentitud –los cinco segundos parecieron cincuenta– consiguió ponerla horizontal, y luego elevar el morro hacia arriba. Volvió los ojos una sola vez, y echó una última mirada a la medusa, la cual se encontraba ya a muchas millas de distancia. El globo desprendido de la *Kon-Tiki* había escapado de su presa al parecer, pues no vio el menor vestigio de él.

Ahora volvía a ser dueño otra vez... ya no vagaba impotente al capricho de los vientos de Júpiter, sino que regresaba, con su propia columna de fuego atómico, hacia las estrellas. Confiaba en que el propulsor le daría la velocidad y altitud constantes, hasta alcanzar una aceleración casi-orbital en el borde de la atmósfera. Luego, mediante un breve impulso de pura fuerza del cohete, alcanzaría la libertad del espacio.

En plena trayectoria hacia su órbita miró en dirección Sur y vio el tremendo enigma de la Gran Mancha Roja –esa isla flotante cuyo tamaño era dos veces el de la Tierra– elevándose del horizonte. Se quedó mirando su misteriosa belleza, hasta que la computadora le advirtió que faltaban sólo sesenta segundos para la conversión a propulsión de cohete. Apartó los ojos de mala gana.

–En otra ocasión –murmuró.

–¿Qué? –dijo el Control de la Misión–. ¿Qué ha dicho?

–No importa –contestó,

# ***Tweel***

***Stanley Grauman Weinbaum***

*Estos cuentos asombraron a los lectores de ciencia-ficción cuando aparecieron por primera vez en 1934, en julio y noviembre. Introdujeron, en un campo que estaba demasiado plagado de prosa y de personajes melancólicos, esta historia deslumbrante del inolvidable marciano Tweel y de una serie de extraños seres. Weinbaum demostró que la ciencia-ficción podía ser divertida, y lo demostró tan bien que cuando los escritores de ciencia-ficción de Norteamérica en 1968 eligieron el mejor cuento corto del género de todos los tiempos, Una odisea marciana quedó en segundo lugar, detrás del clásico Nightfall, de Isaac Asimov.*

*Lamentablemente, Weinbaum tuvo muy pocas oportunidades de continuar su brillante carrera. Falleció un año después de publicar su primer cuento (Una odisea marciana), a los tempranos treinta y cinco años de edad.*

**Robert Silverberg**

## **1 - Una odisea marciana**

Jarvis se estiró tan cómodamente como pudo en el angosto espacio del cuartel general del *Ares*.

—¡Aire respirable! —dijo con alegría—. ¡Parece tan espeso como puré después del tenue airecillo de ahí fuera!

Señaló con la cabeza el paisaje marciano que se extendía, llano y desolado a la luz de la luna más próxima, más allá del cristal de la claraboya.

Sus tres compañeros le miraron con simpatía: Putz, el ingeniero, Leroy, el biólogo, y Harrison, el astrónomo y capitán de la expedición. Dick Jarvis era el químico del famoso equipo, la expedición *Ares*, los primeros seres humanos que pusieron el pie en el misterioso vecino de la Tierra, el planeta Marte. Esto ocurría, desde luego, en los viejos tiempos, menos de veinte años después de que el loco americano Doheny perfeccionara el combustible atómico a costa de su vida, y sólo un decenio después de que el igualmente loco Cardoza llegase en un cohete atómico a la Luna. Eran auténticos pioneros, estos cuatro del *Ares*. Excepto media docena de expediciones selenitas y el desventurado vuelo de Lancey hasta la seductora órbita de Venus, eran los primeros hombres que experimentaban una gravedad distinta de la terrestre y por supuesto la primera tripulación que se apartó con éxito del sistema Tierra-Luna. Y merecían aquel éxito cuando uno considera las dificultades y molestias que hubieron de arrostrar: los meses pasados en cámaras de aclimatación en la Tierra, aprendiendo a respirar un aire tan tenue como el de Marte, la hazaña de hacer frente al vacío en el diminuto cohete impulsado por los caprichosos motores a reacción del siglo XXI y, sobre todo, el tener que enfrentarse con un mundo absolutamente desconocido.

Jarvis se estiró de nuevo y se llevó una mano a la punta despellejada de su nariz, mordida por la escarcha. Suspiró satisfecho.

–Bien –estalló Harrison bruscamente–, ¿vamos a enterarnos por fin de lo que ocurrió? Te llevas todo lo de a bordo en un cohete auxiliar, no tenemos noticias tuyas durante diez días y por fin Putz te recoge cerca de un hormiguero fantástico con un extravagante avestruz como compañero. ¡Desembucha, hombre!

–¿Desembucha? –inquirió Leroy perplejo–. ¿Desembuchar qué?

–Quiere decir hablar –explicó Putz gravemente–, echar fuera.

Jarvis, muy serio, tropezó con la mirada divertida de Harrison.

–Exactamente, Karl –dijo, asintiendo a la explicación de Putz–. Voy a echar fuera, a soltarlo todo.

Carraspeó satisfecho y empezó.

–De acuerdo con las órdenes, vi cómo Karl se dirigía hacia el norte y entonces entré en mi cubículo volador y me dirigí al sur. Recordarás, capitán, que teníamos órdenes de no posarnos en el suelo, sino simplemente de observar buscando lugares interesantes. Puse las dos cámaras en funcionamiento cuando volaba bastante alto, a unos seiscientos metros, por un par de razones: primero porque así las cámaras tenían más campo y segundo porque los propulsores funcionan con tanta rapidez en este semivacío que aquí llaman aire que sólo servirían para levantar polvo.

–Ya sabemos todo eso por Putz –gruñó Harrison–. Pero me gustaría que hubieses salvado las películas, habrían pagado el coste del barquichuelo. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna?

–Las películas están a salvo –replicó Jarvis–. Bien –continuó–, como dije, avancé un buen trecho; tal como nos figurábamos, a menos de doscientos kilómetros por hora, las alas no ofrecen mucha sustentación en este aire, y aun así tuve que hacer uso de los cohetes.

»De este modo, con la velocidad, la altitud y la confusión creada por los cohetes, la visión no era demasiado buena. Sin embargo podía distinguir lo bastante para apreciar que estaba volando sobre una extensión más de esta llanura gris que examinamos durante toda la primera semana de nuestro planetizaje: las mismas protuberancias bulbosas y la misma alfombra ilimitada de los pequeños animales-plantas restantes, o biópodos como los llama Leroy. Así pues, seguí navegando, comunicando mi posición cada hora aun sin saber si me oíais.

–¡Yo te oía! –espetó Harrison.

–Unos trescientos kilómetros al sur –continuó Jarvis, imperturbable–, la superficie cambiaba hasta convertirse en una especie de baja meseta, un desierto de arena color naranja. Imaginé que teníamos razón en nuestra suposición y que esta llanura gris sobre la cual nos posamos era realmente el Mare Cimmerium, y el desierto anaranjado la región llamada Xanthus. Si estaba en lo cierto, llegaría a



otra llanura gris, el Mare Chronium, al cabo de unos trescientos kilómetros, y luego a otro desierto anaranjado, Thyle Uno o Dos. Y eso fue lo que hice.

–Putz comprobó nuestra posición hace semana y media –gruñó el capitán–. Vamos al grano.

–Ya voy –contestó Jarvis–. A unos treinta kilómetros al interior de Thyle, lo creáis o no, crucé un canal.

–Putz fotografió un centenar. A ver si oímos algo nuevo.

–¿Y vio también una ciudad?

–Más de una veintena, si llamas ciudades a esos montones de barro.

–Bien –prometió Jarvis–, de ahora en adelante voy a contar unas cuantas cosas que Putz no vio, –Se frotó la nariz y continuó–: Sabía que contaba con dieciséis horas de luz en esta estación, por lo que, a las ocho horas de haber salido decidí regresar, Estaba todavía volando sobre Thyle, no estoy seguro de si sobre Uno o Dos, cuando, de pronto, el motor preferido de Putz falló.

–¿Falló? ¿Cómo? –preguntó Putz solícito.

–El dispositivo atómico se debilitó. Empecé a perder altura y me di un trastazo en el centro mismo de Thyle. Además di con la nariz contra la ventanilla.

Se frotó compungidamente el apéndice dañado.

–¿No trataste de lavar la cámara de combustible con ácido sulfúrico? –preguntó Putz–. Algunas veces, el plomo suministra una radiación secundaria.

–Lo intenté nada menos que diez veces –dijo Jarvis malhumorado–. Además, el trastazo aplastó el tren de aterrizaje y desbarató los propulsores. Suponiendo que hubiera podido poner el cacharro en funcionamiento, ¿qué habría conseguido? Quince kilómetros así y el suelo se habría ido fundiendo a mi paso. –Se frotó de nuevo la nariz–. Suerte que aquí un kilo pesa menos de medio. De lo contrario, me habría hecho añicos.

–¡Yo podría haberlo arreglado! –exclamó el ingeniero–. Apuesto a que no era nada serio.

–Probablemente no –convino Jarvis en tono sarcástico–. Simplemente se negaba a volar. Nada grave, pero no me quedaba más elección que esperar a ser recogido o tratar de volver a pie: mil trescientos kilómetros cuando quizá quedaban veinte días para salir del planeta. ¡Sesenta y cinco kilómetros por día! Bueno –concluyó–, preferí andar. Tenía las mismas posibilidades de ser recogido y eso me mantenía ocupado.

–Te habríamos encontrado –dijo Harrison.

–No lo dudo. Pero el caso es que me preparé un arnés con algunas correas del asiento, me eché el tanque de agua a la espalda, me equipé con un cinto de municiones, una pistola y algunas raciones de hierro, y me puse en marcha.

–¡El tanque de agua! –exclamó el bajito biólogo Leroy–. ¡Pero si pesa un cuarto de tonelada!

–No estaba lleno. Pesaba unos ciento diez kilos según el peso de la Tierra, lo que aquí representa unos cuarenta kilos. Además, mi propio peso personal de ochenta kilos es aquí en Marte de sólo treinta y dos kilos, por lo que, con tanque y todo, yo venía a pesar lo que en la Tierra. Pensé en todo eso cuando emprendí la marcha. ¡Ah, desde luego me equipé con saco de dormir para poder aguantar las ventosas noches de Marte!

»Y me puse en marcha, avanzando con bastante rapidez. Ocho horas de luz significan treinta kilómetros o más. Resultaba aburrido, desde luego, eso de ir pataleando sobre la blanda arena del desierto sin nada que ver, ni siquiera los biópodos reptantes de Leroy. Al cabo de una hora llegué a un canal: una enorme zanja tan recta como la vía de un ferrocarril. Estaba seco pero allí había habido agua alguna vez. La zanja estaba cubierta con lo que parecía ser un bonito césped verde. Con la diferencia de que cuando me acerqué, el césped se apartó para dejarme paso.

–¿Cómo dices? –exclamó Leroy.

–Sí, era un pariente de tus biópodos, Atrapé uno, una hojita que parecía de hierba, casi tan larga como uno de mis dedos, con dos delgadas patitas.

–¿La has traído? –preguntó Leroy ávidamente.

–La solté. Tenía que avanzar y seguí caminando entre aquella hierba que se abría ante mí y se cerraba detrás. Finalmente desemboqué de nuevo en el desierto anaranjado de Thyle.

»Avanzaba echando pestes de la arena que me hacía caminar con tanto cansancio y, de vez en cuando, maldiciendo el caprichoso motor tuyo, Karl. Exactamente antes del crepúsculo llegué al borde de Thyle y lancé una mirada sobre el gris Mare Chronium. Y comprendí que tendría que caminar por allí cientos de kilómetros, más luego el largo camino de aquel desierto de Xanthus y del Mate Cimmerium. ¿Os creéis que aquello me hacía gracia? Empecé a maldeciros por no venir a recogerme.

–¡Lo estábamos intentando, idiota! –dijo Harrison.

–Pues no servía de nada. Bueno, me imaginé que podría aprovechar lo que quedaba de luz diurna para bajar por el acantilado que marca el límite de Thyle. Encontré un sitio fácil para el descenso y me dejé ir. El Mare Chronium era el mismo tipo de lugar que éste: unas absurdas plantas sin hojas y un montón de reptantes. Les eché un vistazo y saqué mi saco de dormir. Hasta entonces no había tropezado con nada digno de mención en este mundo semimuerto, nada peligroso quiero decir.

–Pero, ¿lo encontraste? –inquirió Harrison.

–¡Qué si lo encontré...! Ya te enterarás cuando lo cuente. Bueno, estaba a punto de dormirme cuando de pronto oí la más espantosa algarabía.

–¿Qué es algarabía? –inquirió Putz.

–Quiere decir griterío confuso –explicó Leroy–. O sea, algo que no se entiende.

–Eso es –aprobó Jarvis–. No entendía qué estaba ocurriendo y me asomé para averiguarlo. Había allí un jaleo como el de una bandada de cuervos que quisiera devorar a un montón de canarios: silbidos, graznidos, trinos, gritos y no sé cuántas cosas más. Rodeé un grupo de troncos, y allí estaba Tweel.

–¿Tweel? –preguntó Harrison.

–¿Tuil? –dijeron Leroy y Putz.

–Aquel avestruz estrambótico –explicó el narrador–. Por lo menos Tweel es lo más parecido que puedo pronunciar sin farfullar. Algunas veces él decía algo que sonaba como «Trrrweerrlll».

–¿Qué estaba haciendo? –preguntó el capitán.

–Se lo estaban comiendo, Y por supuesto chillaba como cualquiera habría hecho en su caso.

–¿Comiendo? ¿Quién?

–Lo averigüé más tarde, todo lo que pude ver entonces fue un lío de negros brazos como cuerdas enrolladas en torno de lo que parecía ser, como Putz os lo ha descrito, un avestruz. Naturalmente yo no iba a intervenir; si ambas criaturas eran peligrosas, habría una menos de la que preocuparme.

»Pero aquella cosa parecida a un ave estaba librando una buena batalla. Sin dejar de gritar, asestaba certeros golpes con un pico de unos treinta centímetros. Vislumbré un par de veces qué había al final de aquellos brazos –dijo Jarvis, estremeciéndose–. Pero lo que me decidió a intervenir fue el observar una bolsita o caja negra que pendía del cuello de aquel ser semejante a un pájaro. ¡Era inteligente!, supuse, o estaba domesticado. En cualquier caso, la decisión estaba tomada, saqué mi automática y disparé contra lo que podía distinguir de su antagonista.

»Los tentáculos se aflojaron, una fétida oleada de negra corrupción chorreó, y aquella cosa, con un repugnante ruido de succión, se contrajo y desapareció por un agujero que había en el suelo. La otra criatura lanzó una serie de graznidos, se tambaleó sobre unas patas tan gruesas como palos de golf y se volvió de pronto para hacerme frente. Mantuve mi arma lista y los dos nos observamos.

»El marciano no era un ave, realmente. No era ni siquiera parecido a un ave, excepto a primera vista. Ciertamente tenía un pico y unos cuantos apéndices con plumas, pero el pico no era realmente un pico. Era algo flexible; pude ver cómo la punta se doblaba lentamente de un lado a otro; era casi como un cruce entre pico y trompa. Tenía pies de cuatro dedos y cosas –manos, podría decirse– de cuatro dedos. Su cuerpecillo redondeado se prolongaba en un largo cuello que terminaba en una diminuta cabeza, culminada por aquel pico. Era un par de centímetros más alto que yo y..., bueno, Putz lo vio.

El ingeniero asintió.

–Sí, lo vi.

Jarvis continuó:

–Así pues, nos quedamos mirándonos. Finalmente la criatura prorrumpió en una serie de tableteos y gorjeos y alargó sus manos vacías hacia mí. Supuse que aquello era un gesto de amistad.

–Quizás estaba mirando la nariz tan hermosa que tienes y pensó que eras hermano suyo –sugirió Harrison.

–No hace falta que te muestres tan chistoso. El caso es que me guardé la pistola y dije: «No se preocupe», o algo por el estilo. Aquella cosa se acercó y nos convertimos en camaradas.

»Por aquel entonces, el sol estaba ya bastante bajo y comprendí que lo mejor sería encender un fuego o meterme en mi saco. Me decidí por el fuego. Elegí un lugar al pie del acantilado de Thyle, donde la roca podría reflejar un poco de calor sobre mi espalda, y empecé a romper ramitas de la desecada vegetación de Marte. Mi compañero captó la idea y trajo un brazado. Fui a sacar una cerilla, pero el marciano rebuscó en su bolsa y extrajo algo que tenía el aspecto de un carbón al rojo; lo acercó al montón de leña y el fuego prendió, al instante. Ya sabéis el trabajo que nos cuesta a nosotros encender fuego en esta atmósfera.

»Pero lo principal es esa bolsa suya –continuó el narrador–. Era un artículo manufacturado, amigos míos; se presionaba en un extremo y se abría de par en par; se apretaba por el centro y se cerraba tan perfectamente que no podía verse la línea de unión. Mucho mejor que las cremalleras.

»Bueno, permanecimos un rato mirando el fuego hasta que decidí intentar alguna especie de comunicación con el marciano. Me señalé a mí mismo y dije «Dick»; él captó la alusión inmediatamente, extendió hacia mí una huesuda garra y repitió «Dick». Luego lo apunté a él, y la criatura exhaló ese silbido que he llamado Tweel; no puedo imitar su acento. Las cosas se sucedían bien; para remachar los nombres, repetí «Dick» y luego, apuntando a él, «Tweel».

»Ya habíamos establecido el contacto. Él produjo algunos castañeteos que sonaban a negación y dijo algo así como «P-p-p-prot», y otras, diez o doce sonidos distintos.

»Pero no podíamos conectar. Ensayé con «roca» y con «estrella», con «árbol» y con «fuego», y no sé con cuántas cosas más; por más que probé, no pude conseguir una sola palabra. Pasados un par de minutos todos los nombres cambiaban y si eso es un lenguaje, yo soy el Preste Juan. Finalmente renuncié y lo llamé Tweel. Aquello pareció bastar.

»Pero Tweel había captado algunas de mis palabras. Recordaba dos o tres, lo que supongo es una gran proeza si uno está acostumbrado a un lenguaje que hay que ir haciendo a medida que se aprende. Pero yo no podía comprender el objetivo de su charla; o me fallaba algún punto sutil o simplemente, y más bien me inclino por esto último, no pensábamos del mismo modo.

»Tengo otras razones para creerlo. Al cabo de un rato renuncié a la cuestión del lenguaje y probé con las matemáticas. Arañé en el suelo dos más dos igual a cuatro y lo demostré con guijarros. De nuevo Tweel captó la idea y me informó de

que tres más tres sumaban seis. Una vez más parecíamos ir yendo a alguna parte.

»Así pues, sabiendo que Tweel tenía por lo menos una educación de escuela primaria, dibujé un círculo para el Sol, señalándolo previamente. Después bosquejé Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Hecho esto, señalando a Marte, extendí mis manos en una especie de abrazo para indicar que Marte era lo que nos rodeaba. Me esforcé en poner en claro la idea de que mi hogar estaba en la Tierra.

»Tweel comprendió mi diagrama perfectamente. Acercó el pico a mi dibujo y, con gran profusión de trinos y chillidos, añadió Deimos y Fobos a Marte y luego incluyó la Luna en la órbita de la Tierra. ¿Os dais cuenta lo que significa esto? ¡Significa que la raza de Tweel utiliza el telescopio, que son seres civilizados!

–¡No prueba nada de eso! –atajó Harrison–. La Luna es visible desde aquí como una estrella de quinta magnitud. Pueden percibir sus fases a simple vista.

–Por lo que se refiere a la Luna, sí –dijo Jarvis–. Pero no has captado del todo mi argumento. ¡Mercurio no es visible! Y Tweel estaba enterado de la existencia de Mercurio, puesto que colocó la Luna en el tercer planeta, no en el segundo. Si no supiese nada de Mercurio, habría puesto la Tierra como segundo y Marte como tercero, en lugar de cuarto. ¿Comprendéis?

–¡Hum! –dijo Harrison.

–El caso es que proseguí con mi lección –continuó Jarvis–. Las cosas iban bastante bien y parecía como si pudiera meterle la idea en la cabeza. Señalé el círculo que en mi diagrama representaba la Tierra, luego me señalé a mí mismo y por último me señalé a mí mismo y luego a la Tierra, que resplandecía con un vende brillante casi en el cenit.

»Tweel soltó un tableteo tan excitado que estuve seguro de que había comprendido, se puso a dar saltos y de pronto se señaló a sí mismo y luego al cielo, y después a sí mismo y al cielo de nuevo. Apuntó al centro de su cuerpo y luego a Arcturus, apuntó a su cabeza y luego a Spica, apuntó a sus pies y luego a media docena de estrellas, mientras yo me limitaba a mirarlo boquiabierto. Luego, repentinamente, dio un salto tremendo. ¡Muchachos, qué brinco! Salió disparado lo menos a treinta metros. Vi como daba la vuelta y bajaba directamente hacia mi cabeza hasta clavarse en el suelo sobre el pico igual que una jabalina, Y allí estaba él, clavado en el centro de mi círculo que representaba al Sol.

–Cosa de locos –comentó el capitán–. Simplemente cosa de locos.

–Eso es lo que pensé yo también. Me quedé mirándolo boquiabierto mientras él sacaba la cabeza de la arena y se ponía en pie. Imaginando que no había comprendido mi explicación se la repetí. Terminó de la misma manera, con la nariz de Tweel metida en el centro de mi croquis.

–Quizá se trate de un rito religioso –sugirió Harrison.

–Puede ser –dijo Jarvis dubitativamente–. Bueno, así estábamos. Podíamos cambiar ideas hasta cierto punto y para de contar. Entre nosotros había algo

diferente, inconexo; no dudo de que Tweel me juzgaba tan chiflado como yo a él. Lo que ocurría es que nuestras mentes consideraban el mundo desde distintos puntos de vista y quizás el punto de vista de él era tan justo como el nuestro. Pero no podíamos ir de acuerdo, eso es todo. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, Tweel me era simpático y tengo una extraña seguridad de que yo le era simpático a él.

–¡Locuras! –repitió el capitán–. No son más que fantasías.

–¿Sí? Pues espera a que te cuente, Algunas veces he pensado que quizá nosotros... –Hizo una pausa y luego continuó su narración–: Lo cierto es que por fin me di por vencido y me metí en mi saco para dormir. El fuego no me había dado mucho calor, pero en aquel maldito saco me asfixiaba. Al cabo de cinco minutos no podía resistir. Lo abrí un poco y me fastidié. Los cuarenta grados bajo cero me golpearon uno tras otro en la nariz para completar el porrazo que había sufrido en la caída del cohete.

»Volví a cubrirme y seguí durmiendo. Cuando desperté por la mañana y salí del saco comprobé que Tweel había desaparecido. Sin embargo, casi inmediatamente, oí una especie de gorjeo y le vi llegar lanzado, deslizándose por aquel acantilado de tres pisos de Thyle hasta clavarse con el pico junto a mí. Me señalé a mí mismo y luego hacia el norte y él se señaló a sí mismo y hacia el sur, pero cuando recogí mi impedimenta y me puse en marcha, se vino conmigo.

»¡Muchachos, qué manera de viajar la de aquella criatura! Cada treinta metros, un salto; surcaba el aire como una lanza y se quedaba clavado en el suelo con el pico. Parecía sorprenderse de mi pesada andadura, pero al cabo de algunos momentos se adaptó lo mejor que pudo, salvo que cada pocos minutos daba uno de sus saltos y clavaba su nariz en la arena a pocos metros de mí y se reunía de nuevo conmigo. Al principio me sentía nervioso al ver aquel pico apuntándome como una lanza, pero lo cierto es que siempre terminaba clavándose a mi lado en la arena.

»De este modo recorrimos el Mare Chronium. Es un sitio muy parecido a éste: las mismas plantas estrambóticas y los mismos pequeños biópodos verdes creciendo en la arena o apartándose para dejarle paso a uno. Charlábamos; no porque nos comprendiéramos, pero ya sabéis lo que quiero decir, sólo por lograr la sensación de tener compañía. Canté canciones y sospecho que Tweel las cantó también; por lo menos, algunos de sus trinos y gorjeos sugerían algún ritmo.

»De vez en cuando, para variar, Tweel desplegaba su muestrario de palabras inglesas. Apuntaba a cualquier protuberancia y decía «roca», y apuntaba luego a un guijarro y decía lo mismo; o bien me tocaba un brazo y decía «Dick» y luego lo repetía. Parecía divertirse enormemente con el hecho de que la misma palabra significase la misma cosa aunque se dijera dos veces seguidas, o que la misma palabra pudiera aplicarse a dos objetos diferentes. Me pregunté si su lenguaje no sería como el idioma primitivo de algunos pueblos de la Tierra, como el de los negritos, ya sabéis, que no tienen palabras genéricas: ninguna palabra para comida o agua u hombre; sólo palabras para comida buena y comida mala, o agua de lluvia y agua de mar, u hombre fuerte y hombre débil. Son demasiado primitivos para comprender que el agua de lluvia y el agua de mar son simplemente aspectos distintos de la misma cosa. Pero no era ése el caso con

Tweel. Más bien era como si fuésemos misteriosamente distintos de un modo u otro: nuestras mentes eran extrañas entre sí. Y sin embargo nos teníamos simpatía.

–Eso es por la soledad –comentó Harrison–. Por eso os teníais tanta simpatía.

–Bueno, yo te tengo simpatía –replicó Jarvis malignamente–. El caso es –continuó – que no quiero que os forméis la idea de que Tweel era algún chiflado. En realidad, no estoy tan seguro de que no pudiera enseñar uno o dos trucos a nuestra tan alabada inteligencia humana. ¡Oh, sé muy bien que no era un superhombre intelectual, pero no olvidéis que consiguió entender algo de mi funcionamiento mental y en cambio yo no tuve el menor vislumbre del suyo

–Porque él no tenía tal funcionamiento –sugirió el capitán –mientras Putz y Leroy parpadeaban atentamente.

–Podréis juzgarlo cuando termine mi relato –dijo Jarvis–. Bueno, seguimos andando todo el día por el Mare Chronium y también el día siguiente. ¡Mare Chronium, Mar del Tiempo! Al acabar aquella marcha, estaba a punto de darle la razón a Schiaparelli cuando lo bautizó con este nombre, era tan monótono, sólo aquella llanura gris e interminable de plantas extravagantes y sin otro signo de una vida distinta, que casi me alegré al ver el desierto de Xanthus hacia el anochecer del segundo día.

»Estaba bastante agotado, pero Tweel, al que, por cierto, jamás vi comer ni beber, parecía estar tan campante como siempre. Creo que él podría haber cruzado el Mare Chronium en un par de horas con aquellos terribles saltos suyos, pero permanecía pegado a mí. Una o dos veces le ofrecí agua; aceptó mi taza y sorbió el líquido con su pico para luego, cuidadosamente, volver a lanzarlo a la taza y devolvérmela con toda gravedad.

»Juntamente cuando avistamos Xanthus empezó a soplar una de esas desagradables tormentas de arena. No era quizá tan fuerte como la que tuvimos aquí, pero ahora debía caminar contra ella. Me protegí la cara con la visera transparente de mi saco y me defendí bastante bien. Tweel utilizaba algunos apéndices plumosos que le crecen como un bigote en la base del pico para taparse los orificios nasales, y otro escudo similar para protegerse los ojos.

–¡Es una criatura del desierto! –exclamó el biólogo Leroy.

–¿Eh? ¿Cómo?

–No bebe agua, se adapta a las tormentas de arena...

–Eso no prueba nada. No se puede desperdiciar ni una sola gota de agua en esta píldora desecada llamada Marte, en la Tierra lo habríamos calificado todo de desierto. –Hizo una pausa–. Cuando cesó la tormenta de arena, un viento suave nos dio en la cara. De improviso, como llevadas por esa tenue brisa, unas pequeñas esferas, transparentes y muy livianas, empezaron a deslizarse desde los acantilados de Xanthus. Intrigado, partí unas cuantas y comprobé que estaban vacías, sólo que al romperlas desprendían un olor nauseabundo. Pregunté a Tweel y por su respuesta, un «no, no, no» rotundo, supuse que compartía mi misma ignorancia sobre las esferas. Siguieron flotando como vilanos o como

pompas de jabón, y nosotros proseguimos nuestro camino hacia Xanthus. En una ocasión Tweel apuntó a una de las bolas de cristal y dijo «roca», pero yo estaba demasiado cansado para discutir con él. Posteriormente descubrí lo que había querido decir.

»Al anochecer llegamos al pie de los acantilados de Xanthus. Decidí dormir en la meseta pues pensé que tan peligrosa podría ser la arena de Xanthus como la vegetación del Mare Chronium. De hecho no había descubierto una sola señal de amenaza, excepto aquella cosa negra y tentacular que atrapara a Tweel y que por lo visto no se movía en absoluto, sino que atraía a las víctimas que estaban a su alcance. No podía atraerme a mí mientras estuviera durmiendo, más teniendo en cuenta que Tweel permanecía en vela, limitándose a estar sentado pacientemente toda la noche. Me hubiera gustado saber cómo aquella extraña criatura de brazos negros pudo atrapar a Tweel, pero no había modo de preguntárselo a este último. Lo averigüé más tarde; es algo diabólico.

»Recorrimos el acantilado buscando un sitio fácil por donde trepar. Por lo menos lo buscaba yo. Tweel podría haber saltado el obstáculo fácilmente, porque los acantilados eran más bajos que los de Thyle, quizás unos veinte metros. Al fin dimos con un lugar adecuado y empecé a trepar, maldiciendo el voluminoso tanque de agua amarrado a mi espalda y lo mucho que dificultaba mi escalada. De pronto oí un sonido que creí reconocer.

»Ya sabéis cuán engañosos resultan los sonidos en este aire tan tenue. Un disparo suena como el descorche de una botella. Pero esta vez no había dudas: era el zumbido de un cohete. En efecto, a unos quince kilómetros hacia el oeste, entre yo y la puerta de sol, estaba nuestra segunda nave auxiliar.

—Era yo —dijo Putz—. Te estaba buscando.

—Sí, lo comprendí. Pero, ¿de qué me servía? Me aferré al acantilado y grité mientras hacía señas con una mano. Tweel vio también la navecilla y se puso a trinar y a graznar saltando hasta lo alto de la barrera y elevándose luego en el aire. Y mientras yo miraba, el aparato desapareció zumbando entre las sombras del sur.

»Trepé hasta lo alto del acantilado. Tweel aún seguía apuntando y graznando excitadamente, elevándose hasta el cielo y cayendo luego en barrena para hundir su pico en el suelo. Apunté hacia el sur y hacia mí mismo y dije «sí, sí, sí», pero en cierto modo conjeturé que él pensaba que aquella cosa volante era un allegado mío, probablemente un pariente. Quizá cometí una injusticia contra su intelecto; ahora sé que fue así.

»Me sentía amargamente decepcionado por mi fracaso en llamar la atención. Dispuse mi saco de dormir y me metí dentro, porque arreciaba el frío de la noche. Tweel hundió el pico en la arena, alzó las patas y los brazos y se quedó como uno de los arbustos sin hojas que hay por aquí. Creo que permaneció de este modo toda la noche.

—¡Mimetismo protector! —exclamó Leroy—. ¿Lo ves? ¡Es una criatura del desierto!



–Por la mañana –continuó Jarvis–, nos pusimos de nuevo en marcha. No habíamos avanzado más de cien metros por Xanthus cuando vi una cosa rara, una cosa que estoy seguro de que Putz no ha fotografiado.

»Una línea de diminutas pirámides de no más de quince centímetros de altura se extendía por toda la superficie de Xanthus que yo podía abarcar con la vista. Pequeños edificios hechos de pequeñísimos ladrillos, edificios huecos y truncados, o por lo menos rotos en la cúspide y vacíos. Se los señalé a Tweel y pregunté «¿Qué?», pero él lanzó algunos graznidos negativos para indicar, supongo, que no lo sabía. Así pues, continuamos, siguiendo la fila de pirámides.

»¡Muchachos, seguimos aquella línea durante horas! Al cabo de un rato, noté una cosa rara: las pirámides se iban haciendo mayores. El mismo número de ladrillos en cada una, pero los ladrillos eran mayores.

»Al mediodía me llegaban ya al hombro. Miré algunas: todas iguales, rotas en la cúspide y vacías. Examiné también un ladrillo o dos; eran sílice, y tan viejos como la creación misma.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Leroy.

–Estaban gastados, con las aristas redondeadas. La sílice no se estropea fácilmente ni siquiera en la Tierra, y con este clima...

–¿Qué edad les calculas?

–Cincuenta mil... cien mil años. ¿Cómo podría decirlo? Las pirámides pequeñas que vimos por la mañana eran más antiguas, quizá diez veces más. Se desmoronaban, ¿Qué edad podrían tener? ¿Medio millón de años? ¿Quién sabe? –Jarvis hizo una pausa–. Bueno –continuó–, seguimos la línea. Tweel apuntaba a las pirámides y dijo «roca» una o dos veces, pero esa era una palabra que había repetido con mucha frecuencia. Además, en cierto modo, tenía más o menos razón.

»Traté de sonsacarlo. Señalé a una pirámide y le pregunté «¿Gente?» indicándonos a nosotros dos, repuso con una especie de cloqueo negativo y dijo: «No, no, no. No uno uno dos. No dos dos cuatro», mientras se frotaba el estómago. Lo miré fijamente y él continuó con la musiquilla: «No uno uno dos. No dos dos cuatro».

–¡Esa es la prueba irrefutable! –exclamó Harrison–. ¡Locuras!

–Eso crees, ¿eh? –inquirió Jarvis sarcásticamente–. Pues bien, yo me figuré algo muy distinto. «No uno uno dos». Por supuesto no lo captas todavía, ¿verdad?

–En absoluto. Ni creo que lo captés tú.

–Yo creo que sí. Tweel estaba utilizando las pocas palabras inglesas que conocía para enunciar una idea muy compleja. Permíteme que te pregunte, ¿en qué te hacen pensar las matemáticas?

–Pues... en astronomía. O... o en lógica.

–Eso es «No uno uno dos». Tweel estaba diciéndome que los constructores de las pirámides no eran gente, o que no eran inteligentes, que no eran criaturas dotadas de razón. ¿Me comprendes?

–¡Uf, que me aspen!

–Probablemente te asparán.

–¿Por qué –intervino Leroy –se frotaba el estómago?

–Está claro, mi querido biólogo. Porque allí es donde tiene el cerebro. No en su diminuta cabeza, sino en el centro de su cuerpo.

–¡Es imposible!

–No, en Marte no lo es. Esta flora y esta fauna no son terráqueas tus biópodos lo demuestran. –Jarvis sonrió burlonamente y prosiguió su narración–: Como quiera que sea, seguimos caminando por Xanthus y ya mediada la tarde sucedió otra cosa rara. Las pirámides se acabaron.

–¿Se acabaron?

–Sí, y el misterio radicaba en la última, ya casi de tres metros. ¿No comprendéis? Quienquiera que fuese, el que la construyó estaba todavía dentro. Lo habíamos seguido desde sus orígenes de medio millón de años antes hasta la actualidad.

»Tweel y yo nos dimos cuenta casi al mismo tiempo. Monté mi pistola, en la que tenía un cargador de balas explosivas y Tweel, rápido como un prestidigitador, sacó de su bolsa un curioso y pequeño revólver de cristal. Se parecía mucho a nuestras armas, con la diferencia de que la culata era mayor para acomodarse a su mano. Empuñamos nuestras armas mientras nos acercábamos a la última pirámide.

»Tweel fue el primero en ver el movimiento. Las hileras superiores de ladrillos estaban siendo desplazadas y, de pronto, se deslizaron a un lado con un ligero crujido. Y entonces... algo... algo empezó a salir.

»Apareció un largo brazo de un gris plateado y detrás un cuerpo blindado. Blindado, quiero decir, recubierto de escamas de un gris plateado y mate. El brazo sacó al cuerpo de aquel hueco; la criatura quedó tendida en la arena.

»Era una criatura indescriptible: cuerpo como con un solo orificio que recordaba vagamente a una boca y dotado en ambos extremos de dos brazos: flexible uno, rígido y aguzado el otro. Nada de más miembros, nada de ojos, oídos, nariz, en fin, lo que se dice nada. Aquella cosa se arrastró unos cuantos metros, metió su puntiaguda cola en la arena, se enderezó y se quedó sentada.

»Tweel y yo permanecimos a la expectativa. Al cabo de unos diez minutos, nos llegó un leve crujido, un crepitar como el de un papel que se arruga, y su brazo se movió hasta el agujero de la boca de donde extrajo... ¡un ladrillo! El brazo colocó cuidadosamente el ladrillo en el suelo y la cosa quedó de nuevo inmóvil.

»Otros diez minutos... otro ladrillo. Se trataba simplemente de uno de los ladrilleros de la naturaleza, Yo estaba a punto de apartarme y seguir caminando

cuando Tweel apuntó a la cosa y dijo: «Roca». Contesté con un «hum» y él lo repitió de nuevo. Luego, con acompañamiento de algunos de sus trinos, dijo «No... no», y lanzó dos o tres aspiraciones sibilantes.

»Lo curioso es que comprendí lo que quería decir. Pregunté: «¿No respira?», y expliqué con gestos la palabra. Tweel quedó entusiasmado; dijo: «¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no respira!» Luego dio un salto y terminó clavando la nariz a un paso del monstruo.

»Ya podéis imaginaros lo turbado que me quedé. El brazo se alzaba en busca de un ladrillo y temí ver a Tweel atrapado y prensado, pero no ocurrió nada de eso, Tweel se colocó junto a la criatura y el brazo agarró el ladrillo y lo colocó pulcramente junto al primero. Tweel le rozó el cuerpo y dijo: «Roca» y yo tuve bastantes agallas para acercarme y mirar.

»De nuevo Tweel tenía razón. La criatura era roca y no respiraba.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió Leroy, encendidos de interés sus negros ojos.

–Porque soy químico. ¡La bestia estaba hecha de sílice! Debía de haber silicio puro en la arena y ella vivía a sus expensas. ¿Lo comprendéis? Nosotros, Tweel y esas plantas de ahí fuera, incluso los biópodos, son vida de carbono; en cambio, aquella cosa vivía por un conjunto diferente de reacciones químicas. ¡Era vida de silicio!

–¡Vida silícea! –gritó Leroy–. Lo había sospechado y ahora tenemos la prueba. Tengo que ir a verlo. Tengo que...

–¡Está bien, está bien! –dijo Jarvis–. Puedes ir a verlo. El caso es que la cosa estaba allí, viva y sin embargo no viviente, moviéndose cada diez minutos sólo para sacar un ladrillo. Esos ladrillos eran sólo su material de desecho. ¿Comprendes, franchute? Nosotros somos carbono y nuestro material de desecho es dióxido de carbono; esta cosa es silicio y su desecho es dióxido de silicio, es decir, sílice. Pero la sílice es un sólido, de aquí los ladrillos. La bestia los construye y cuando los ha colocado, se traslada a un nuevo emplazamiento para comenzar otra vez. No es de extrañar que produjese aquellos crujidos. ¡Una criatura viva de medio millón de años!

–¿Cómo sabes la edad? –preguntó Leroy frenéticamente.

–Seguimos el rastro de las pirámides desde el principio, ¿no es así? Si no fuese éste el constructor original de las pirámides, la serie habría terminado en algún sitio antes de que lo encontrásemos a él, ¿no os parece? Habría terminado y empezado de nuevo con las pirámides pequeñas. Me parece que es bastante simple.

»Pero él se reproduce, o trata de hacerlo, Antes de extraer el tercer ladrillo proyectó con un nuevo crujido un enjambre de aquellas bolitas de cristal. Son sus esporas, o huevos, o semillas, o como queramos llamarlas. Fueron flotando sobre Xarithus como habían flotado sobre nosotros en el Mare Chronium. También tengo el presentimiento de cómo funcionan; esto lo digo para que tomes nota, Leroy. Creo que la cáscara de cristal de sílice no es más que una cubierta protectora, como la cáscara de un huevo, y que el principio activo es el olor que

hay dentro. Es una especie de gas que ataca al silicio y, si la cáscara se rompe cerca de un depósito de este elemento, se inicia una reacción que desemboca en una bestia como la que os he descrito.

–¡Habrás que probarlo! –exclamó el bajito francés–. Debemos romper una para ver.

–¿Sí? Bueno, pues yo lo hice. Rompí unas cuantas contra la arena. ¿Queréis volver dentro de unos diez mil años para ver si planté algunos monstruos constructores de pirámides? Será muy probable que para esa fecha podáis ya comprobarlo. –Jarvis se detuvo e hizo una inspiración profunda–. ¡Cielos! ¡Qué criatura tan absurda! ¿Os la imagináis? Ciega, sorda, sin nervios, sin cerebro; simplemente un mecanismo y, sin embargo.... inmortal. Limitada a hacer ladrillos, a construir pirámides mientras existan el silicio y el oxígeno. E incluso después se limitará a pararse, no morirá. Y a los accidentes que se produzcan dentro de un millón de años le aportan de nuevo su comida, allí estará dispuesta a caminar de nuevo, en tanto que los cerebros y civilizaciones formarán parte del pasado. Una extraña bestia, pero encontré otra más rara aún.

–Si la encontraste, debió de ser en sueños –gruñó Harrison.

–Tienes razón –dijo Jarvis lacónicamente–. En cierto modo tienes razón. ¡La bestia de los sueños! Es el mejor nombre para ella, y es la más hostil, y terrorífica creación que uno pueda imaginar. Más peligrosa que un león, más insidiosa que una serpiente.

–¡Cuéntame! –rogó Leroy–. ¡Tengo que ir a verla!

–No, a ese diablo no. –Hizo de nuevo una pausa–. Bien –continuó–, Tweel y yo abandonamos a la criatura de las pirámides y seguimos caminando por Xanthus. Yo estaba cansado y bastante triste por el hecho de que Putz no me hubiese recogido y los cloqueos de Tweel me atacaban los nervios, así como sus picados en barrena. Así pues, me limitaba a caminar sin decir palabra, hora tras hora, por aquel monótono desierto.

»Hacia media tarde avistamos una línea oscura en el horizonte. Yo sabía lo que era. Era un canal; lo había sobrevolado en el cohete y eso significaba que sólo habíamos recorrido un tercio de la extensión de Xanthus. Bonita idea, ¿no? Y sin embargo, aún disponía de tiempo para llegar en la fecha marcada.

»Nos acercamos al canal lentamente; yo recordaba que este canal estaba bordeado por una amplia franja de vegetación y que la Ciudad de Cieno estaba en la orilla.

»Ya he dicho que estaba cansado. No hacía más que pensar en una buena comida caliente, y de allí mis reflexiones se fueron encadenando: pensé en lo bonito y hogareño que me parecería incluso Borneo después de este loco planeta, en el pequeño y viejo Nueva York y, finalmente, en una muchacha a la que conozco allí: Fancy Long. ¿La conocéis?

–Una animadora –dijo Harrison–. He cantado el estribillo de muchas de sus canciones. Bonita rubia; baila y canta en la hora de la Hierba Mate.

–Esa es –aprobó Jarvis–. La conozco bastante bien, sólo como amigos, entendéis, ¿eh?, aunque acudió a vernos despegar en el *Ares*. Iba pensando en ella mientras nos acercábamos a aquella línea de plantas elásticas.

»Y entonces exclamé: «¡Qué diablos...!», y me quedé mirando fijamente. Allí estaba Fancy Long, de pie bajo uno de aquellos árboles retorcidos, tan clara como el día, sonriendo y saludándome con el brazo tal como yo recordaba que había hecho cuando despegamos.

–Definitivamente se ve que estás loco –comentó el capitán.

–Muchacho, en aquellos momentos casi te habría dado la razón. Parpadeé, me pellizqué, cerré los ojos, luego volví a mirar, y allí seguía estando Fancy Long sonriendo y saludando con el brazo. Tweel también veía algo; graznaba y cloqueaba, pero yo apenas lo oía. Permanecía inmóvil mirando a la muchacha, demasiado estupefacto para hacerme preguntas.

»No estaba a seis metros de ella cuando Tweel me alcanzó con uno de sus saltos. Me agarró por un brazo, gritando: «¡No, no, no!», con su voz más aguda. Traté de sacudírmelo, era tan liviano como si estuviese hecho de bambú, pero él clavó sus garras y chilló. Finalmente recobré algo de cordura y me detuve a menos de tres metros de la muchacha. Allí estaba ella, con un aspecto tan sólido como la cabeza de Putz.

–¿Cómo dices? –preguntó el ingeniero.

–Sonreía y movía el brazo, movía el brazo y sonreía, y yo estaba allí tan callado como Leroy, mientras Tweel cloqueaba y parloteaba.

Comprendía que aquello no podía ser real, y sin embargo allí estaba ella.

»Finalmente dije: «¡Fancy! ¡Fancy Long!» Ella seguía sonriendo y ondeando el brazo, pero con un aspecto tan real como si yo no la hubiese dejado a una distancia de ochenta millones de kilómetros.

»Tweel había sacado su pistola de cristal y estaba apuntando contra la muchacha. Lo agarré por el brazo, pero intentó apartarme. La señaló y dijo: «¡No respira! ¡No respira!» y comprendí que quería decir que aquella Fancy Long no estaba viva. ¡Muchachos, la cabeza me daba vueltas!

»Sin embargo, se me ponía la carne de gallina al ver cómo Tweel apuntaba su arma contra la muchacha. No sé cómo permanecí allí quieto viéndolo afinar la puntería, pero lo hice. Apretó el gatillo, se produjo un pequeño escape de vapor y Fancy Long desapareció. En su lugar pude ver uno de esos retorcidos horrores negros en forma de brazos. Era la misma bestia que antes había atrapado a Tweel.

»¡La bestia de los sueños! Permanecí allí mareado, viéndola morir mientras Tweel trinaba y silbaba. Por fin, él me tocó el brazo, señaló a aquella cosa que se retorció y dijo: «Tú uno uno dos, él uno uno dos». Después que lo hubo repetido ocho o diez veces, capté el significado. ¿Lo capta alguno de vosotros?

–¡Sí! –chilló Leroy–. ¡Yo lo entiendo! Quiere decir que tú piensas en algo, la bestia lo adivina y tú ves aquello en que estás pensando. Un perro hambriento vería un gran hueso con carne. O lo olería, ¿no es así?

–Exactamente –dijo Jarvis–. La bestia de los sueños utiliza los anhelos y deseos de su víctima para atrapar a la presa. El pájaro, en la estación de celo, querría ver a su pareja; el zorro, que busca su presa, querría ver un indefenso conejo.

–¿Cómo consigue eso la bestia? –inquirió Leroy.

–¿Y cómo voy a saberlo? ¿Cómo se las arregla en la Tierra una serpiente para hipnotizar a un pájaro y atraerlo hasta sus mandíbulas? ¿Y no son capaces los peces de las profundidades de atraer a sus víctimas hasta la propia boca? ¡Cielos! –exclamó Jarvis con un estremecimiento–. ¿No veis lo insidioso que es el monstruo? Ahora estamos advertidos, pero en adelante no podemos confiar ni siquiera en nuestros propios ojos. Podríais estar viéndome, o yo podría ver a uno de vosotros, y otra vez pudiera darse el caso de que aquello no fuese sino otro de esos negros horrores.

–¿Cómo se dio cuenta tu amigo? –preguntó el capitán bruscamente.

–¿Tweel? Es lo que me pregunto yo también. Quizás él estaba pensando en algo que no era posible que me interesara y cuando empecé a acercarme comprendió que yo veía algo distinto y cayó en la cuenta. O tal vez la bestia de los sueños sólo puede proyectar una visión única, y Tweel vio lo que yo vi... o nada. No pude preguntárselo. Pero eso es otra prueba de que la inteligencia de Tweel es igual que la nuestra, si no superior.

–¡Te digo que estás chiflado! –exclamó Harrison–. ¿Qué te hace pensar que su intelecto pueda compararse con el humano?

–Muchas cosas. Primero la cuestión de la bestia de las pirámides. Él nunca había visto ninguna; por lo menos eso es lo que dijo sin embargo, la reconoció como un autómatas de silicio.

–Puede haber oído hablar de él –objetó Harrison–. Ya sabes que él vive por aquí cerca.

–¿Y qué me dices respecto al lenguaje? Yo no pude formarme ni la menor idea del suyo y él, en cambio, aprendió seis o siete palabras del mío. ¿Y os dais cuenta de las ideas tan complejas que supo enunciar sirviéndose simplemente de seis o siete de esas palabras? El monstruo de las pirámides, la bestia de los sueños... En una sola frase me dijo que uno era un autómatas inofensivo y el otro un poderosísimo hipnotizador. ¿Qué opináis de eso?

–¡Hum! –dijo el capitán.

–Todo lo «hum» que quieras, pero, ¿podrías haber hecho eso sabiendo sólo seis palabras de inglés? ¿Podrías haber conseguido incluso más, como lo consiguió Tweel, y decirme que otra criatura era de una especie de inteligencia tan diferente de la nuestra, que la comprensión resultaba imposible, mucho más imposible que entre Tweel y yo?

–¿A qué clase de criaturas te refieres?

–Eso vendrá más tarde. Lo que quiero recalcar es que Tweel y su raza son merecedores de nuestra amistad. En algún sitio de Marte, ya veréis como tengo razón, hay una civilización y una cultura semejantes a la nuestra, y la comunicación es posible entre ellos y nosotros; Tweel lo demuestra. Puede que eso exija años de pacientes ensayos, porque sus mentes nos resultan extrañas, pero menos extrañas que las mentes con que topé más tarde.... si son mentes.

–¿A qué te refieres?

–A la gente que hay en las ciudades de barro a lo largo de los canales. –Jarvis frunció el ceño y continuó luego su narración–: Yo creía que la bestia de los sueños y el monstruo de silicio eran los seres más extraordinarios concebibles, pero estaba equivocado. Las criaturas a las que voy a referirme son todavía menos comprensibles que cualquiera de las otras dos, y desde luego mucho menos comprensibles que Tweel, con quien cabe la posibilidad de trabar amistad e incluso, a fuerza de paciencia y concentración, llegar a un intercambio de ideas.

»El caso es –prosiguió –que abandonamos a la moribunda bestia de los sueños, dejándola retirarse a su cubil, y avanzamos hacia el canal. El suelo estaba recubierto por una alfombra de aquellas raras hierbas andadoras que se apartaban a nuestro paso. Cuando llegamos a la orilla, vimos que por el canal fluía un débil hilo de agua amarilla. La ciudad de barro que había divisado desde el cohete estaba aproximadamente a unos dos kilómetros a la derecha y sentía curiosidad por echarle un vistazo.

»Ofrecía el aspecto de estar deshabitado, pero, por si había criaturas emboscadas con propósitos hostiles, Tweel y yo empuñábamos nuestras armas. Dicho sea de paso, la de Tweel era un artilugio interesante. La examiné después del episodio de la bestia de los sueños: disparaba una pequeña esquirla de cristal, envenenada supongo, y calculo que en un cargador había por lo menos cien proyectiles. La propulsión era a vapor, vapor puro y simple.

–¿Vapor? –exclamó Putz–. ¿Qué clase de vapor?

–De agua, por supuesto. El cristal de la empuñadura transparentaba dos cámaras, una llena de agua y la otra de un líquido espeso y amarillento. Cuando Tweel apretaba la empuñadura, porque en realidad no había ningún gatillo o disparador, una gota de agua y una gota de aquella materia amarillenta penetraban en la cámara de combustión, y el agua se convertía en vapor. No es tan difícil; creo que podríamos utilizar el mismo principio. El ácido sulfúrico concentrado calentaría el agua casi hasta el punto de ebullición, y lo mismo lo harían la cal viva, el potasio o el sodio...

»Naturalmente, su arma no tenía el alcance de la mía, pero no resultaba tan mala en este aire enrarecido. Además, contenía tantos proyectiles como una pistola de vaquero en una película del oeste y era eficaz, por lo menos contra la vida marciana. Yo la probé, disparando contra una de aquellas plantas extravagantes, y que me aspen si la planta no se marchitó y se desplomó. Por eso creo que las esquirlas de cristal estaban envenenadas.

»El caso es que seguimos andando hacia la ciudad de barro. Empezaba a preguntarme si los constructores de la ciudad serían los que habían excavado los

canales. Señalé a la ciudad y luego al canal, pero Tweel dijo «No, no, no» y con un ademán señaló hacia el sur. Interpreté que con aquel gesto quería decir que era otra raza la que había creado el sistema de canales, quizá la gente de Tweel. No lo sé; tal vez haya otra raza inteligente en el planeta, o una docena. Marte es un raro pequeño mundo.

»A unos cien metros de la ciudad cruzamos una especie de carretera, una simple senda de barro apisonado y, sorpresa, vimos avanzar por ella a uno de los constructores de montecillos.

»¡Muchachos, cuesta trabajo hablar de seres tan fantásticos, parecía un barril trotando sobre cuatro patas. No tenía cabeza: el extremo superior del cuerpo era un diafragma tan tenso como la piel de un tambor. Amén de las patas el cuerpo, rodeado por completo de una hilera de ojos, proyectaba otros cuatro tentáculos. Y eso era todo. El extraño ser pasó como un rayo junto a nosotros empujando una carretilla. Ni siquiera advirtió nuestra presencia, aunque me pareció observar que sus ojos se modificaban un poco al pasar a nuestra altura.

»Un momento más tarde se acercó otro, empujando una carretilla vacía. Y luego un tercero, que también nos ignoró. Bueno, yo no iba a consentir que un montón de barriles jugando al tren me tratase con tal menosprecio, así que, cuando se acercó el cuarto, me planté en medio del camino, dispuesto a apartarme de un salto si aquella cosa no se paraba.

»Pero se detuvo y lanzó una especie de redoble. Yo extendí las manos y dije: «Somos amigos». ¿Y qué suponéis que hizo la cosa aquella?

–Imagino que responder: «Encantado de conocerlo» –sugirió Harrison.

–No me habría sorprendido más de haber hecho esto. Redobló sobre su diafragma y atronó de pronto: «Somos amigos». Y, sin más, empujó malignamente su carretilla contra mí. Me aparté de un salto y me quedé mirando como un estúpido a aquella cosa que se alejaba.

»Un minuto más tarde otro de aquellos barriles pasó a la carrera. No se detuvo, sino que simplemente redobló: «Somos amigos» y siguió corriendo. ¿Cómo había aprendido la frase? ¿Estaban todas aquellas criaturas comunicadas entre sí? ¿Eran todas ellas partes de algún organismo central? Lo ignoro, aunque creo que Tweel sí lo sabe.

»Como quiera que sea, las criaturas continuaban pasando junto a nosotros, cada una de ellas saludándonos con la misma frase. Llegó a ser cómico; nunca pensé encontrar tantísimos amigos en esta bola dejada de la mano de Dios. Finalmente miré a Tweel con un gesto de perplejidad; imagino que me comprendió, porque dijo: «Uno uno dos sí, dos dos cuatro, no». ¿Lo entendéis?

–Claro –dijo Harrison–. Debe tratarse de una rima infantil marciana.

–Nada de eso. Estaba ya acostumbrándome al simbolismo de Tweel e interpreté su declaración de esta manera: «Uno uno dos, sí»: las criaturas eran inteligentes; «Dos dos cuatro, no»: su inteligencia no era de nuestro tipo, sino algo distinto, más allá de la lógica del dos y dos son cuatro. Tal vez me equivoqué, tal vez había querido dar a entender que sus mentes eran de grado inferior, capaces de



concebir las cosas simples, «uno uno dos, sí», pero no cosas más difíciles, «dos dos cuatro, no». Pero creo, por lo que vimos más tarde, que mi interpretación había sido correcta.

»Al cabo de pocos momentos, las criaturas volvieron corriendo. Traían ahora las carretillas llenas de piedras, arena, trozos de plantas gelatinosas y desperdicios por el estilo. Zumbaban sus amistosos saludos, que realmente no lo parecían tanto y seguían corriendo. Supuse que el cuarto era mi primer conocido y decidí tener otra charla con él, Me planté en su camino y aguardé.

»Se acercó lanzando su «somos amigos» y se detuvo. Me quedé mirándolo; cuatro o cinco de sus ojos se fijaron en mí. Probó otra vez su contraseña y dio un empujón a su carretilla, pero permanecí firme. Y entonces la repugnante criatura alargó uno de sus brazos y dos dedos que parecían pinzas me apretaron la nariz.

Harrison estalló en una salvaje risotada.

–Quizás esas cosas poseen un afinado sentido de la belleza –proclamó entusiasmado.

–Ríe todo cuanto quieras –gruñó Jarvis–. Yo había recibido ya un golpe en la nariz y la tenía escocida por la escarcha. No pude por menos que gritar un «¡ay!» de dolor y hacerme a un lado. La criatura siguió su camino, pero a partir de entonces el saludo de todas ellas fue «Somos amigos. Ay». ¡Extravagantes bestias!

»Tweel y yo seguimos la carretera. Esta se hundía simplemente en una abertura y bajaba como una vieja contramina. De un lado a otro pasaba a toda prisa la gente-barril, saludándonos con su eterna frase.

»Miré hacia el interior. En algún sitio, allá abajo, se divisaba un poco de luz y sentí curiosidad por verla. No parecía una antorcha, ya me comprendéis, sino que tenía el aspecto de una luz más civilizada y pensé que aquello podría proporcionarme una pista en cuanto al índice de desarrollo de aquellos seres. Así pues, entré y Tweel me siguió pisándome los talones, no sin antes proferir unos cuantos cloqueos y graznidos.

»La luz era curiosa. Chisporroteaba y resplandecía como un viejo arco voltaico, pero procedía de una sola varilla negra empotrada en la pared del corredor. Era eléctrica, sin duda alguna. Por lo visto, las criaturas estaban bastante civilizadas.

»Luego vi otra luz que lucía sobre algo resplandeciente y me acerqué a mirar, pero se trataba sólo de un montón de arena brillante. Me volví hacia la entrada para marcharme y creí que me la había tapado el diablo.

»Supuse que el corredor era curvo o que me había metido por un pasillo lateral, Desandé el camino en la dirección que intuí correcta y todo lo que encontré fueron más corredores sumidos en la penumbra. ¡Aquello era un laberinto! No había más que retorcidos pasillos que corrían en todas direcciones, alumbrados por alguna que otra luz. De vez en cuando pasaba una criatura corriendo, a veces con una carretilla, a veces sin ella.

»Al principio no me preocupé mucho, Tweel y yo sólo habíamos avanzado unos cuantos metros desde la entrada. Pero cada paso que dábamos parecía internarnos más y más en las profundidades. Finalmente decidí seguir a una de las criaturas que llevaba una carretilla vacía, pensando que ella tendría que salir en busca de sus materiales, pero la verdad era que corría sin rumbo de un pasillo a otro. Cuando empezó a dar vueltas alrededor de una de las pilastras como un danzarín japonés, me di por vencido, deposité mi tanque de agua en el suelo y me senté.

»Tweel estaba tan desconcertado como yo. Apunté hacia arriba y él dijo «No, no, no» en una especie de desvalido trino. Y no podíamos conseguir ninguna ayuda de los nativos; no nos prestaban atención en absoluto, excepto para asegurarnos que éramos amigos, ay.

»¡Cielos! No sé cuántas horas o cuántos días vagamos por allí. Me quedé dormido dos veces de puro agotamiento. En cuanto a Tweel, nunca parecía sentir esta necesidad. Tratamos de avanzar únicamente por los corredores que ascendían, pero la verdad es que tan pronto subían como se hundían en las profundidades. La temperatura en aquel maldito hormiguero era constante; no se podía distinguir el día de la noche y después de mi primer sueño no supe si había dormido una hora o trece, por lo cual no podía decir por mi reloj si era medianoche o mediodía.

»Vimos muchísimas cosas extrañas. Había máquinas que funcionaban en algunos de los corredores, pero no parecía que estuviesen haciendo nada, simplemente ruedas que giraban. Y en varias ocasiones vi a dos bestias-barriles con un pequeño creciendo entre ambas.

–¡Partenogénesis! –se entusiasmó Leroy–. Partenogénesis por injertos como los tulipanes.

–Así será, si tú lo dices, franchute –convino Jarvis–. Aquellas cosas no nos prestaban la más mínima atención, excepto, como ya he dicho, para saludarnos. Parecían no tener ninguna clase de vida hogareña, sino que se limitaban a correr con sus carretillas y a traer desechos. Por fin descubrí lo que hacían con éstos.

»Acertamos a dar con un corredor que avanzaba hacia arriba largo trecho. Tenía el presentimiento de que debíamos de estar cerca de la superficie cuando, de pronto, el pasillo desemboca en una cámara abovedada, la única que habíamos visto. La verdad es que tuve ganas de ponerme a bailar cuando vi algo que se asemejaba a la luz del día a través de una rendija del techo.

»En aquella habitación había una especie de máquina, simplemente una enorme rueda que giraba con lentitud, Una de las criaturas estaba en aquel momento arrojando sus desechos bajo la rueda. Ésta los aplastó con un crujido –arena, piedras, plantas– convirtiéndolo todo en un polvo que voló hacia alguna parte. Mientras mirábamos, otros descargaban sus carretillas, repitiendo el proceso. Eso parecía ser todo. Aparentemente no había razón alguna para todo aquello, pero eso es característico de este chiflado planeta. Y aún presenciamos otro hecho si cabe más increíble.

»Una de las criaturas, después de haber arrojado su carga, apartó su carretilla a un lado y tranquilamente se arrojó ella misma bajo la rueda. Vi cómo era aplastada y me quedé tan estupefacto, que no pude exhalar el menor sonido. Pero un momento después otra la seguía. Hacían aquello de un modo perfectamente metódico; una de las criaturas sin carretilla se hizo cargo de la carretilla abandonada.

»Tweel no parecía sentirse sorprendido; le señalé al suicida siguiente, y se limitó a hacer el encogimiento de hombros más humano que pueda imaginarse, como si estuviera diciendo: «¿Qué puedo hacer respecto a eso?»

»Luego vi otra cosa más. En algún sitio más allá de la rueda había algo brillante sobre una especie de pedestal bajo. Me acerqué; era un cristal del tamaño aproximado de un huevo que resplandecía como el más fabuloso brillante. La luz que irradiaba me dio en las manos y en la cara casi como una descarga estática y entonces noté algo curiosísimo. ¿Recordáis aquella verruga que tenía en el pulgar izquierdo? ¡Mirad! —Jarvis extendió la mano—. Se secó y se desprendió, así, con esa sencillez. Y en cuanto a mi zarandeada nariz, el dolor desapareció como por ensalmo. Aquella cosa tenía la propiedad de fuertes rayos X o radiaciones gamma, sólo que en mayor proporción; destruía los tejidos enfermos y dejaba indemnes los sanos.

»Estaba pensando el regalo que sería llevar aquello a la madre Tierra cuando me interrumpió un gran alboroto. Retrocedimos al otro lado de la rueda con tiempo para ver cómo volcaba una de las carretillas. Por lo visto, algún suicida se había descuidado.

»De pronto las criaturas empezaron a zumbar y a redoblar alrededor de nosotros y su ruido era claramente amenazador. Un grupo avanzó hacia donde estábamos; retrocedimos por lo que creí que era el pasillo por donde habíamos entrado, y entonces se lanzaron detrás de nosotros, unos con sus carretillas, otros sin ellas. ¡Extravagantes brutos! Había todo un coro de «somos amigos, ay». No me gustaba el «ay»; era demasiado sugestivo.

»Tweel había sacado su pistola de cristal; yo me desprendí de mi tanque de agua para tener más libertad de movimientos Y saqué la mía. Retrocedimos corredor arriba con unas veinte bestias-barriles persiguiéndonos. Cosa rara: las que entraban con carretillas cargadas se movían a pocos centímetros de nosotros sin concedernos una mirada.

»Tweel debió de haberse fijado en eso. De pronto sacó aquel encendedor suyo de carbón al rojo y tocó una carretilla cargada de pedazos de plantas. ¡Bum! Toda la carga empezó a arder y la estúpida bestia siguió empujándola sin aflojar el paso. Pero de cualquier modo causó alguna perturbación entre nuestros «somos amigos», y luego noté que el humo subía y bajaba en remolinos junto a nosotros. Así descubrimos la entrada.

»Agarré a Tweel y nos precipitamos afuera, perseguidos por unas veinte bestias. La luz del día me pareció el paraíso, aunque noté en seguida que el Sol estaba a punto de ponerse. Mal síntoma, por que no podría sobrevivir sin mi saco térmico en una noche marciana. Las cosas iban empeorando rápidamente. Nos acorralaron en un ángulo entre dos montículos, y allí nos detuvimos. Ni yo ni

Tweel habíamos disparado; no tenía objeto irritar a los brutos. Se detuvieron a corta distancia y empezaron sus zumbidos acerca de la amistad y de los ayes.

»Luego las cosas empeoraron aún más. Un barril acudió con una carretilla y todos la rodearon y se fueron apartando con puñados de dardos de cobre de unos tres centímetros de longitud y de aspecto bastante aguzado. Y de pronto uno de los dardos me pasó rozando la oreja. Había que disparar o morir.

»Durante algún tiempo lo hicimos bastante bien. Liquidamos a los que estaban más cerca de la carretilla y conseguimos reducir los dardos a un mínimo, pero de pronto hubo un tormentoso estruendo de «amigos» y «ayes» y todo un ejército salió de su cueva.

»Muchachos, estábamos atrapados y yo lo sabía. Luego caí en la cuenta de que Tweel no lo estaba. Podría haber dado un salto sobre el montículo que teníamos detrás como quien no quiere la cosa. ¡Se quedaba por mí!

»Me habría echado a llorar si hubiese tenido tiempo. Tweel me había sido simpático desde el principio, pero aún suponiendo que tuviese que estarme agradecido por haberlo salvado de la bestia de los sueños, ya había hecho bastante por mí, ¿no? Lo agarré por el brazo y dije «Tweel» y señalé arriba, y él comprendió. Dijo «No, no, Dick» y avanzó con su pistola de cristal.

»¿Qué podía hacer yo? De cualquier modo me quedaría convertido en un témpano cuando se pusiera el sol, pero aquello no podría explicárselo. Dije: «Gracias, Tweel. Eres todo un hombre». Y sentí que no le estaba haciendo ninguna clase de cumplido. ¡Un hombre! Hay pocos hombres con suficientes agallas para hacer lo que él estaba haciendo.

»Así pues, empezamos a disparar con nuestras respectivas pistolas y los barriles no dejaban de lanzar dardos y acercarse a nosotros proclamando que éramos amigos. Yo había renunciado a toda esperanza. Pero de pronto un ángel descendió del cielo en forma de Putz y con sus cohetes inferiores hizo añicos a los barriles.

»Lancé un grito y me precipité hacia el cohete; Putz abrió la puerta y entré, riendo, llorando y gritando. Sólo al cabo de un momento me acordé de Tweel; miré en torno con el tiempo suficiente para verlo alzarse en uno de sus vuelos en picado por encima del montículo y alejarse.

»Tuve una larga discusión con Putz para que lo siguiera. Pero cuando el cohete se elevó, la oscuridad ya había descendido; ya sabéis como llega aquí: como cuando se apaga una luz. Volamos sobre el desierto y descendimos a ras de suelo un par de veces. No logramos encontrarlo; él podía viajar como el viento y todo lo que conseguí o que me imaginé conseguir a las llamadas que lancé fue un débil trino, un gorjeo que llegaba del sur. Tweel se había ido y ¡que me aspen, me gustaría que no lo hubiese hecho!

Los cuatro hombres del Ares se quedaron silenciosos, incluso el sarcástico Harrison. Por último, el bajito Leroy rompió el silencio:

–Me gustaría ver todo eso –murmuró.

–Sí –dijo Harrison–. Y el curaverrugas. Una lástima que lo perdieras; podría tratarse de la cura del cáncer que la humanidad lleva esperando desde hace siglo y medio.

–¡Oh, en cuanto a eso...! –Masculló Jarvis sombríamente–. Fue por lo que empezó la pelea. –Se sacó de un bolsillo un objeto resplandeciente–: Aquí está.

## 2 - El valle de los sueños

El capitán Harrison de la expedición *Ares* se apartó del pequeño telescopio colocado en la proa del cohete.

–Dos semanas como máximo –comentó–. Marte sólo retrograda setenta días con relación a la Tierra. Si no aprovechamos este período para volver a casa, habremos de esperar año y medio a que la vieja madre Tierra dé la vuelta alrededor del Sol y nos atrape de nuevo. ¿Qué te parecería pasar un invierno aquí?

Dick Jarvis, químico del equipo, se estremeció al alzar la mirada de su libro de notas.

–Preferiría pasarlo en un tanque de aire líquido –respondió–. Estas noches veraniegas a treinta y cinco grados bajo cero son demasiado para mí.

–De todas maneras –rezongó el capitán–, la primera expedición con éxito a Marte debe estar de vuelta a casa muchísimo antes.

–Será con éxito, si llegamos a casa –corrigió Jarvis–. No confío nada en estos caprichosos cohetes, no confío en ellos desde que la semana pasada la nave auxiliar me dejó plantado en el mismo centro de Thyle. Empiezo a tomarle gusto a eso de salir a trompicones de una nave.

–Eso me recuerda –interrumpió Harrison– que debemos recobrar tus películas. Son importantes, si queremos sacar provecho a este viaje. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna? Las nuestras abarrotarán todos los locales. y hay que contar también con los derechos que pagará la radio. Será una buena ayuda para la Academia.

–Lo que me interesa –replicó Jarvis– es mi provecho personal. Por ejemplo, un libro; los libros de exploración siempre se hacen populares. ¿Qué te parecería el título de *Cita en Marte*?

–¡Una estupidez! –gruñó el capitán–. Suena casi como «te espero el martes». Mejor sería *Los amores de un marciano* o algo por el estilo.

–De cualquier modo –repuso Jarvis, con una sonrisa–, si alguna vez volvemos a casa, voy a sacar todo el provecho que pueda y nunca, nunca, me alejaré de la Tierra a mayor distancia de la que me lleve un buen avión estratosférico. He aprendido a apreciar nuestro planeta después de zancajear por esta píldora seca donde nos encontramos.

–Apostaría algo a que dentro de un par de años estarás aquí de nuevo –repuso burlonamente el capitán–. Querrás hacerle una visita a tu camarada, a ese fantástico avestruz–

–¿Tweel? –Jarvis adoptó un tono más serio–. La verdad es que me gustaría no haberlo perdido. Era un buen ojeador. A no ser por él nunca habría sobrevivido a la bestia de los sueños. Y en la batalla con aquellos monstruos de las carretillas, ni siquiera habría tenido la oportunidad de darle las gracias.

–¡Buen par de chiflados! –comentó Harrison. Miró por la claraboya el fulgor gris del Mare Cimmeriun–. Ya sale el sol, –Hizo una pausa–. Escucha Dick, tú y Leroy vais a salir con la otra nave auxiliar para recuperar las películas.

Jarvis se quedó mirando, asombrado.

–¿Yo y Leroy? –preguntó sin mucha urbanidad–. ¿Por qué no Putz y yo? A un ingeniero le sería más fácil llegar hasta allí y saber regresar si el cohete empieza a fallar.

El capitán señaló con la cabeza hacia la popa de donde salía en aquel momento una mezcolanza de golpes y exclamaciones guturales.

–Putz está revisando las entrañas de Ares –anunció–. Estará ocupado hasta que nos marchemos, porque quiero que revise hasta la más pequeña de las tuercas. Una vez hayamos despegado no habrá reparación que valga.

–¿Y si Leroy y yo nos estrellamos? Se trata de nuestra última nave auxiliar.

–Pues te buscas otro avestruz y vuelves a pie –sugirió Harrison enfurruñado. Luego sonrió–. Si tenéis problemas, os rescataremos en el Ares –concluyó–. Esas películas son importantes. –Dio media vuelta–. ¡Leroy!

El atildado y bajito biólogo apareció con rostro interrogativo.

–Tú y Jarvis vais a pilotar la nave auxiliar –dijo el capitán–. Todo está a punto y será mejor que partáis inmediatamente. Llamad a intervalos de media hora; estaré a la escucha.

Los ojos de Leroy relucieron.

–Quizá debiéramos posarnos para recoger ejemplares, ¿no? –preguntó.

–Hacedlo si queréis. Esta pelota de golf parece bastante segura.

–Excepto en lo que se refiere a la bestia de los sueños –masculló Jarvis con un débil estremecimiento. De pronto frunció el ceño–: Oye, puesto que vamos en esa dirección, ¿qué te parece si echamos un vistazo en busca del hogar de Tweel? Debe de vivir por allí y es lo más importante que hayamos visto en Marte.

Harrison vaciló.

–Si estuviese seguro de que no os vais a meter en un lío... –masculló–. Está bien –decidió–, echad un vistazo. Hay comida y agua a bordo de la nave auxiliar; podéis tomaros un par de días. Pero manteneos en contacto conmigo.

A través de la cámara de descompresión, Jarvis y Leroy salieron a la gris llanura. El tenue aire, todavía escasamente caldeado por el Sol, que ascendía en el firmamento, mordía la carne y los pulmones como agujas. Los dos hombres jadeaban con una sensación de asfixia. Se sentaron, aguardando a que sus cuerpos, entrenados por meses de aclimatación allá en la Tierra, se acomodaran a aquel aire tan sutil. La cara de Leroy, como siempre, tomó un tinte azulado de sofocación y Jarvis se oía a sí mismo respirar de un modo sibilante y confuso. Al cabo de cinco minutos, la molestia pasó; se levantaron y penetraron en el pequeño cohete auxiliar que descansaba junto al negro casco del *Ares*.

Las turbinas posteriores rugieron su fiera descarga atómica; suciedad y fragmentos de biópodos despedazados salieron despedidos en una nube cuando el cohete cobró altura. Harrison vio cómo el proyectil trazaba su camino llameante hacia el sur. Luego volvió a su trabajo.

Transcurrieron cuatro días antes de que volviesen a ver el cohete. Justo al atardecer, cuando el Sol se hundía tras el horizonte con la prontitud de una vela que cae en el mar, la nave auxiliar surgió desde los cielos sureños y se posó suavemente entre las llamaradas de los cohetes de frenado. Jarvis y Leroy emergieron, pasaron entre la polvareda y comparecieron ante él. Examinó a los dos. Jarvis estaba arañado y con la ropa hecha jirones, pero aparentemente en mejores condiciones que Leroy, cuya pulcritud había desaparecido por completo. El bajito biólogo estaba tan pálido como la luna más próxima que relucía fuera; llevaba un brazo en cabestrillo y sus ropas colgaban hechas pedazos. Pero fueron sus ojos los que impresionaron más vivamente a Harrison. Alguien que, como él, había compartido aquellos días trabajosos con el bajito francés, reconocía algo muy raro en sus ojos. Reflejaban un profundo temor, cosa extraña, puesto que Leroy no era cobarde o de lo contrario no habría sido uno de los cuatro seleccionados por la Academia para la primera expedición marciana. Pero aún había algo más sutil en su mirada: la extraña fijeza de alguien que está en trance, tal vez en éxtasis. «Como un hombre que ha visto el cielo y el infierno juntos», se dijo Harrison. Pero todavía le quedaba por descubrir hasta qué punto tenía razón.

Asumió una actitud de aspereza cuando la cansada pareja tomó asiento.

—¡Vaya par de elementos! —gruñó—. No debí arriesgarme a dejaros salir solos. — Hizo una pausa—. ¿Tienes el brazo bien, Leroy? ¿Necesitas alguna atención?

Jarvis contestó por él:

—Está bien..., simplemente acuchillado. Creo que no hay peligro de infección; Leroy dice que no hay microbios en Marte.

—¡Bueno —estalló el capitán—, hablad de una vez! Vuestros informes por radio eran absurdos. «¡Escapados del paraíso!» ¡Vaya una tontería!

—No quería dar detalles por radio —dijo Jarvis lacónicamente—. Hubieras pensado que habíamos enloquecido.

—Y lo sigo pensando. —Yo también —masculló Leroy—, yo también.

—¿Debo empezar desde el principio? —preguntó el químico—. Nuestros primeros informes eran bastante completos.

Se quedó mirando a Putz, que había entrado silenciosamente con la cara y las manos manchadas de grasa y que se había sentado junto a Harrison.

–Desde el principio –decidió el capitán.

–Bien –empezó Jarvis–, despegamos sin novedad y volamos hacia el sur a lo largo del meridiano del *Ares*, con el mismo rumbo que seguí la semana pasada. El angosto horizonte ya me era familiar y no me sentía encerrado en una gran ponchera, pero uno sigue cometiendo el error de sobreestimar las distancias. Acostumbrado a la curvatura terrestre diez kilómetros parecen veinte y eso hace que veas el tamaño cuatro veces mayor. Una insignificante colina parece una montaña hasta que la tienes debajo.

–Ya lo sé –gruñó Harrison.

–Sí, pero Leroy lo ignoraba y empleé el primer par de horas tratando de explicárselo. Cuando lo comprendió, si es que por fin lo ha comprendido, habíamos sobrevolado Cimmerium y parte del desierto de Xanthus. Cruzamos luego el canal con la ciudad y alcanzamos el punto donde Tweel había disparado contra la bestia de los sueños. Pierre sugirió que nos posáramos para que él pudiese practicar su biología sobre los restos. Y es lo que hicimos.

»La cosa seguía allí sin ningún signo de descomposición. Claro que no podía haberla sin formas bacteriales de vida, y Leroy dice que Marte es tan aséptico como una mesa de operaciones.

–Como el corazón de una solterona –corrigió el bajito biólogo, que estaba empezando a recuperar rasgos de su acostumbrada energía.

–Sin embargo –prosiguió Jarvis–, casi un centenar de los pequeños biópodos verdigrises se habían apresurado a lanzarse sobre la cosa y estaban creciendo y echando ramas. Leroy encontró un palo y los espantó. El conjunto se disgregó y los biópodos salieron arrastrándose en todas direcciones. De esta forma Leroy pudo curiosear alrededor de la criatura mientras yo me mantenía apartado; incluso muerto, aquel diablo de brazos como cuerdas me ponía la carne de gallina. Y entonces sobrevino la sorpresa: ¡aquella cosa era en parte planta!

–¡Es verdad! –confirmó el biólogo.

–Era un primo grande de los biópodos –continuó Jarvis–. Leroy estaba muy excitado; tiene la idea de que toda la vida marciana es de ese tipo: medio planta, medio animal. Mantiene que la vida nunca se diferenció, que todo tiene en sí ambas naturalezas, incluso las criaturas barril, incluso Tweel. Creo que lleva razón, especialmente cuando recuerdo cómo descansaba Tweel, metiendo el pico en el suelo y permaneciendo así toda la noche. Jamás le vi comer o beber; quizá su pico era una especie de raíz y él se alimentaba de ese modo.

–Me parece un disparate –comentó Harrison.

–Bien –continuó Jarvis–, Leroy siguió estudiando el comportamiento de la hierba ambulante y recogió algunas muestras. Regresamos a la nave y estábamos dispuestos a despegar cuando un desfile de las criaturas barril apareció en dirección nuestra con sus carretillas. No me habían olvidado; todos atronaban



«Somos amigos, ay» lo mismo que habían hecho antes. Leroy quería capturar uno para diseccionarlo, pero le recordé la batalla que Tweel y yo habíamos tenido que reñir contra ellos, y me opuse. Aun así Leroy dio con una posible explicación de lo que hacían con los desechos que recogen.

–Me imagino que tartas de barro –gruñó el capitán.

–Poco más o menos –convino Jarvis–. Leroy piensa que los utilizan como comida. Mira, si son en parte vegetales, eso es lo que necesitan: tierra con restos orgánicos que la hagan fértil. Por eso recogen arena y biópodos y otras plantas, todo junto. ¿Comprendes?

–Un poco –contestó Harrison–. ¿y qué me dices de los suicidios?

–También sobre eso tiene Leroy su conjetura. Los suicidas saltan a la trituradora cuando la mezcla tiene demasiada arena y gravilla; se arrojan para equilibrar las proporciones.

–¡Asquerosos!–dijo Harrison con repugnancia–. ¿No podrían traer algunas ramas más de fuera?

–El suicidio es más fácil. No es posible juzgar a estas criaturas por las normas de la Tierra, Probablemente no sienten dolor y no tienen lo que nosotros llamamos individualidad. Cualquiera que sea la inteligencia que posean, es propiedad de toda la comunidad, como en un hormiguero. ¡Eso es! Las hormigas están deseando morir por su hormiguero; también estas criaturas.

–Y algunos hombres –comentó el capitán–, si venimos a eso.

–Sí, pero los hombres no se muestran precisamente ansiosos. Necesitan estar motivados por alguna emoción, como el patriotismo, para ofrecer su vida; estos seres lo hacen con toda naturalidad en la vida ordinaria.

Marcó una pausa, reflexionando. Continuó:

–Bien, tomamos algunas fotos de la bestia de los sueños y de las criaturas barril, y luego despegamos. Sobrevolamos Xanthus, manteniéndonos tan cerca del meridiano de Ares como nos era posible, y muy pronto cruzamos el rastro del constructor de pirámides. Rastreamos hasta dar con él y nos posamos. Aquel extraño ser había completado dos hileras de ladrillos desde que Tweel y yo lo dejamos. Seguía aspirando silicio y exhalando ladrillos como si tuviese toda la eternidad para hacerlo, como era en efecto. Leroy quiso diseccionarlo con una bala explosiva, pero yo pensé que algo que llevaba viviendo diez millones de años tenía derecho a ser respetado y le disuadí. Curioseó el interior de la construcción trepando al muro que iba creciendo y casi queda fuera de combate al rozarle el brazo que enarbolaba un ladrillo. Aprovechó para arrancar unos pedacitos de aquel brazo, lo que no molestó a la criatura en lo más mínimo. Halló el sitio donde yo había arañado a mi vez, y trató de ver si había alguna señal de curación. Decidió que sólo podría decirlo con seguridad dentro de dos mil o tres mil años. Así pues, hicimos unas cuantas fotos y emprendimos el vuelo.

»A media tarde localizamos los restos de mi anterior cohete. Todo seguía en su sitio. Recogimos las películas y traté de pensar en lo que convendría hacer a

continuación. Yo quería encontrar a Tweel si era posible. Me figuraba, por el hecho de haber apuntado hacia el sur, que vivía en algún sitio cerca de Thyle. Comprobamos nuestro derrotero y juzgué que el desierto en que nos hallábamos era Thyle Dos; Thyle Uno debía de estar al este de nosotros. Así, por una corazonada, decidimos echar un vistazo a Thyle Uno.

—¿Y los motores? —preguntó Putz, interrumpiendo su largo , silencio.

—Por milagro, no tuvimos el menor fallo, Karl. Tu obra: funcionó perfectamente. Así pues, nos elevamos lo bastante alto para obtener una visión más amplia, yo diría que a unos quince mil metros. Thyle Dos se extendía como una alfombra anaranjada y al cabo de un rato llegamos a la rama gris del Mare Chronium que lo limita. Era un paso estrecho; la cruzamos en media hora y allí estaba Thyle Uno: un desierto del mismo matiz naranja que su compañero. Pusimos proa al sur, hacia el Mare Australe, y seguimos el borde del desierto. Se acercaba la puesta del sol cuando estalló la sorpresa.

—¿Estalló? —repitió Putz—, ¿Qué es lo que estalló?

—El desierto, el desierto que estallaba de edificios. Nada de las sucias ciudades de los canales, aunque un canal pasaba por allí. Por el mapa nos figuramos que el este era una continuación del que Schiaparelli llamó Ascanius.

»Volábamos demasiado alto para ser visibles a los habitantes de la ciudad y por lo mismo no podíamos echarle un buen vistazo, ni siquiera con los anteojos. Sin embargo, se acercaba la puesta de sol y decidimos no posarnos allí. Describimos un círculo sobre el lugar; el canal desembocaba en el Mare Australe y allí, reluciendo al sur, estaba el casquete polar derritiéndose. El canal le servía de drenaje; podíamos distinguir el cabrilleo del agua. En dirección sudeste, justamente al borde del Mare Australe, había un valle, la primera irregularidad que he visto en Marte excepto los acantilados que bordean Xanthus y Thyle Dos. Sobrevolamos el valle... —De pronto Jarvis hizo una pausa y se estremeció; Leroy, que había empezado a recobrar el color, pareció palidecer. El químico continuó—: Bueno, el valle tenía un buen aspecto... entonces. Simplemente una extensión gris probablemente llena de seres reptantes como los demás.

»Describimos otro círculo sobre la ciudad. Bien, he de decir que aquello era simplemente gigantesco, colosal. Al principio creí que el tamaño se debía a la ilusión de la que os hablé antes, ya sabéis, la cercanía del horizonte, pero no era eso. La sobrevolamos y puedo aseguraros que nunca habéis visto nada igual.

»Pero el sol se ponía justamente en aquel momento. Comprendí que estábamos bastante al sur, latitud sesenta, pero no sabía lo que nos quedaba de noche.

Harrison miró un mapa de Schiaparelli.

—Conque sesenta, ¿eh? —dijo—. Poco más o menos lo que corresponde al círculo antártico, En esta estación tendríais aproximadamente cuatro horas de noche. Dentro de tres meses no tendríais noche en absoluto.

—¡Tres meses! —repitió Jarvis, sorprendido. Luego sonrió—. Claro, olvido que aquí las estaciones duran dos veces más que las nuestras. Bien, nos internamos unos

cuarenta kilómetros en el desierto, lo que dejaba a la ciudad bajo el horizonte en caso de que nos despistásemos, y allí pasamos la noche.

»Tienes razón sobre el tiempo que dura. Tuvimos cuatro horas de obscuridad, lo que nos permitió descansar bastante bien. Tomamos el desayuno, te comunicamos nuestra posición y nos dispusimos a visitar la ciudad.

»Nos dirigimos a ella partiendo del este y vimos que se alzaba frente a nosotros como una barrera de montañas. ¡Cielos, qué ciudad! Quizá Nueva York tenga edificios más altos, quizá Chicago cubra mayor extensión, pero aquellas estructuras eran insuperables. ¡Algo gigantesco!

»Aquel lugar tenía un aspecto extraño. Vosotros sabéis cómo una ciudad terráquea se va extendiendo: una aureola de suburbios, un anillo de barrios residenciales, zonas con fábricas, parques, autopistas. Allí no había nada de aquello: la ciudad emergía del desierto de una manera tan brusca y repentina como un acantilado. Sólo unos montoncillos de arena marcaban la división y luego los muros de aquellas gigantescas estructuras.

»También la arquitectura era extraña. Había infinidad de construcciones que son imposibles en nuestro planeta, tales como edificios al revés, es decir, mayores en la cúspide que en la base. Éste sería un truco interesante en Nueva York, donde el valor del suelo es casi incalculable, pero para ponerlo en práctica, habría que trasladar allí la gravitación marciana.

»Bien, como no es muy fácil posar un cohete en la calle de una ciudad, descendimos hasta la parte del canal que lindaba con la misma. Allí nos posamos, sacamos nuestras cámaras y pistolas y empezamos a buscar un paso en el muro de albañilería. No nos habíamos alejado ni tres metros del cohete cuando descubrimos la explicación de muchas de aquellas rarezas.

»¡La ciudad estaba en ruinas! Abandonada, desierta, muerta como Babilonia. O, por lo menos, así nos pareció entonces. Sus calles vacías, pavimentadas en otro tiempo, estaban recubiertas de una capa de arena.

–Una ruina, ¿eh? –comentó Harrison–. ¿De qué edad?

–¿Cómo podríamos decirlo? –replicó Jarvis–. La próxima expedición a esta pelota de golf deberá traer un arqueólogo... y un filólogo también, como descubrimos más adelante. Es un problema endemoniado calcular la edad de alguna cosa; todo se estropea tan lentamente que la mayoría de los edificios podrían haber sido inaugurados ayer. Nada de lluvia, nada de terremotos, ninguna vegetación que abra grietas con sus raíces, en fin, lo que se dice nada. Aquí los únicos factores de envejecimiento son la erosión causada por el viento, mínimo en esta atmósfera, y las grietas producidas por los cambios de temperatura. Y hay otro agente, los meteoritos. De vez en cuando deben de haber caído sobre la ciudad, casi sin defensa por lo tenue de la atmósfera. Recordad que hemos visto caer cuatro muy cerca del Ares.

–Siete –corrigió el capitán–. Tres más cayeron mientras estabais fuera.

–En cualquier caso, los daños causados por los meteoritos debieron de ser pequeños. Los meteoritos grandes deben de ser aquí tan raros como en la Tierra,

porque, al fin y al cabo, siempre hay una atmósfera, y en cuanto a los pequeños, aquellos edificios podían resistir un auténtico chaparrón. A mi modo de ver, y puede que me equivoque en un gran porcentaje, esta ciudad tendría quince mil años. Aun así, sería miles de años más vieja que cualquier civilización humana. Hace quince mil años, nos encontrábamos en pleno paleolítico.

»Leroy y yo nos deslizábamos entre aquellos tremendos edificios sintiéndonos como pigmeos, llenos de un terror respetuoso y hablando en susurros. Resultaba espectral caminar por aquellas calles desiertas y sin vida; cada vez que atravesábamos una sombra nos estremecíamos y no precisamente porque las sombras son frías en Marte. Nos sentíamos como intrusos, como si nuestra presencia, aun transcurridos ciento cincuenta siglos, pudiera ofender a la gran raza que edificara la ciudad. El lugar estaba tan silencioso como una tumba, pero nosotros no dejábamos de imaginar cosas y de atisbar en las oscuras callejuelas y de mirar por encima del hombro. La mayor parte de las estructuras carecía de ventanas, pero cuando veíamos una abertura en aquellas enormes paredes no podíamos apartar la mirada, temerosos de que algo horroroso saliera de allí.

»Finalmente llegamos a un edificio con una gran puerta cuyos batientes había forzado la arena. Cuando hubimos hecho acopio de valor suficiente para echar un vistazo al interior, descubrimos que habíamos olvidado traer nuestras linternas. A pesar de ello avanzamos unos metros en la oscuridad y el pasaje desembocó en un colosal vestíbulo. Muy por encima de nosotros, una pequeña hendidura dejaba penetrar una pálida claridad que no bastaba para iluminar el lugar. Aun así comprendimos que la sala era enorme. Le dije algo a Leroy y un millón de delgados ecos nos volvió rebotando desde la oscuridad. Después, de eso empezamos a oír otros sonidos: roces y susurros que sugerían la presencia de algo que se arrastrara muy cerca de nosotros. Una respiración contenida se destacó con mayor nitidez y algo negro y silencioso pasó entre nosotros y la rendija de luz.

"Entonces vimos tres pequeños puntos fosforescentes que refulgían a nuestra izquierda, Nos quedamos mirándolos y de pronto se apagaron los tres. Leroy gritó:

«¡Son ojos! ¡Y lo eran! ¡Eran ojos!

»Nos quedamos petrificados unos momentos, mientras el grito de Leroy rebotaba entre las distantes paredes y los ecos repetían las palabras en extrañas voces opacas. Había murmullos, susurros, cuchicheos y sonidos como de una extraña risa contenida. Cuando los extraños ojos brillaron de nuevo en la oscuridad retrocedimos

apresuradamente hacia la puerta.

»Nos sentimos mejor a la luz del sol. Leroy y yo cruzamos una mirada avergonzada, pero ninguno de los dos propuso echar otro vistazo al interior del edificio. Nos limitamos a empuñar nuestras pistolas y a seguir andando por aquella calle espectral.

»La calle se torcía, se bifurcaba y se subdividía. Yo iba registrando cuidadosamente nuestro rumbo, puesto que no podíamos correr el riesgo de

perdernos en aquel laberinto gigantesco. Sin nuestros sacos térmicos, la noche acabaría con nosotros, aunque no lo hiciera aquello que estaba acechando en las ruinas. Poco a poco, noté que nos dirigíamos de vuelta hacia el canal; los edificios acababan y sólo había unas cuantas docenas de cabañas de mampostería. Parecían haber sido construidas con despojos de la gran ciudad. Empezaba a sentirme un poco desalentado, temiendo no encontrar ningún rastro de la gente de Tweel, cuando he aquí que, al doblar una esquina, le vi.

»Grité su nombre, pero él se limitó a mirarme. Comprendí que no era Tweel, sino otro marciano de su especie. Tweel era más alto y sus apéndices plumosos tenían un matiz más anaranjado. Leroy no cabía en sí de excitación; sin embargo, el marciano mantenía su cruel pico dirigido contra nosotros, por lo cual me adelanté como pacificador. Probé de nuevo: «¿Tweel?», pero no alcancé ningún resultado. Insistí una docena de veces, hasta que tuve que darme por vencido; no podíamos conectar.

»Leroy y yo nos dirigimos hacia las cabañas. El marciano nos seguía. Un par más se sumaron al cortejo y aun cuando les grité el nombre de mi amigo Tweel se limitaron a seguirnos mirando. Entonces se me ocurrió de pronto que tal vez mi acento marciano fuera muy defectuoso. Me detuve y procuré trinar como la hacía Tweel:

«T-r-r-rweeee-r-r-l». Algo así.

»Y aquello dio resultado. Uno de ellos sacudió la cabeza y chilló

«T-r-r-rweeee-r-r-l». Un momento más tarde, como una flecha disparada por un arco, Tweel vino lanzado desde las cabañas más próximas hasta clavarse sobre el pico delante de mí.

»Muchachos, ¡cómo nos alegramos de vernos! Tweel se puso a trinar y a gorjear como una granja en verano y empezó a dar saltos y a descender en picado. Yo le habría estrechado la mano, pero no se mantenía quieto el tiempo suficiente.

»Los demás marcianos y Leroy se limitaban a mirar. Al cabo de un rato, Tweel dejó de saltar y nos quedamos sin saber qué hacer. No podíamos decirnos gran cosa. Yo repetí su nombre unas cuantas veces y él me correspondió pronunciando el mío. Sin embargo, sólo estábamos a media mañana y parecía importante recoger toda la información posible sobre Tweel y la ciudad, por lo que sugerí que nos guiase por aquel sitio si no estaba muy ocupado. Le di a entender la idea señalando los edificios y apuntando luego a él ya nosotros.

»Por lo visto no estaba demasiado ocupado, porque cuando emprendió la marcha guiándonos con uno de sus saltos característicos, saltos que dejaban boquiabierto a Leroy, comprendimos que accedía a nuestra petición. Cuando llegamos a su altura, dijo algo así como «uno, uno, dos-dos, cuatro-no, no-sí, sí-roca-no respirar». Eso no parecía significar nada; quizás estaba procurando poner de manifiesto ante Leroy que sabía hablar inglés, o quizás estaba meramente repasando su vocabulario para refrescarse la memoria.

»Como quiera que fuese, el caso es que nos guiaba. En su negra bolsa tenía una especie de linterna, bastante buena para habitaciones pequeñas, pero inútil en algunas de las colosales cavernas que atravesamos. De diez edificios, nueve de

ellos no significaban nada para nosotros, porque no eran más que cámaras vacías llenas de sombras, roces y ecos. No podía imaginarme su utilidad; no me parecían adecuadas para viviendas o para propósitos comerciales. Muy bien podían haber sido centrales eléctricas, pero, ¿para qué tantas? ¿y dónde estaban los restos de la maquinaria?

»El lugar era un misterio. Algunas veces Tweel se empeñaba en hacernos pasar por un vestíbulo donde muy bien habría podido haber un trasatlántico. Él parecía reventar de orgullo y nosotros nos quedábamos tan frescos. Como despliegue de potencia arquitectónica, la ciudad era colosal; como cualquier otra cosa, era pura locura.

»Pero vimos algo que nos impresionó. Tweel nos llevó al edificio en el que Leroy y yo habíamos penetrado en nuestra primera exploración, aquel de los tres ojos. Nos resistíamos un poco a entrar de nuevo, pero Tweel piaba y graznaba repitiendo «¡Sí, sí, sí!». Acabó por convencernos y franqueamos la entrada observando nerviosamente si estaba aquella cosa que nos había vigilado. El vestíbulo era idéntico a los demás, lleno de murmullos, roces y sombras que se refugiaban en los rincones. Si la criatura de los tres ojos estaba todavía allí, debía de haberse escondido con las demás.

»Tweel proyectó la luz de su linterna contra la pared de modo que pudimos distinguir una serie de pequeñas hornacinas. Nos acercamos a la primera y Tweel enfocó la luz al interior. Al principio sólo acertamos a distinguir un espacio vacío, pero luego, acurrucado en el suelo descubrimos un ser desconcertante, una criatura repelente, pequeña, del tamaño de una rata. Tenía la carita más extraña y más diabólica que se pueda imaginar: orejas o cuernos puntiagudos y unos ojos satánicos que parecían chispear con una especie de inteligencia homicida.

»Tweel la vio también y lanzó un grito de cólera. La criatura se irguió sobre dos patas delgadas como alambres y escapó con un chillido medio aterrado, medio desafiante. Pasó como una bala junto a nosotros, hacia la obscuridad; al compás de su carrera, algo parecido a una capa ondeaba sobre su cuerpo. Tweel le chilló airadamente y profirió una aguda algarabía que sonaba como genuina rabia.

»Pero la cosa se había ido y fue entonces cuando mis ojos se posaron sobre el más espeluznante detalle que se pudiese imaginar: el sitio donde había estado acurrucada la rata era... ¡un libro! ¡Había estado acurrucada sobre un libro!

»Di un paso adelante. Y sí, había algún tipo de inscripción en las páginas: ondulantes líneas blancas, como el registro de un sismógrafo, sobre hojas negras que parecían hechas del mismo material que la bolsa de Tweel. Éste echaba chispas y silbaba encolerizado. Agarró el volumen y lo colocó en su sitio en una estantería llena de otros libros. Leroy y yo nos miramos estupefactos.

»¿Qué habría estado haciendo aquella pequeña criatura de rostro hostil? ¿Leía acaso o simplemente se dedicaba a roer las páginas? ¿O tal vez su presencia en la hornacina era meramente casual?

»Si se trataba de algún ser que, como nuestras ratas, destruía los libros, la cólera de Tweel se comprendía, pero, ¿por qué habría de impedir a un ser Inteligente, aunque fuese de una raza extraña, que leyese..., si es que estaba leyendo? No lo

sé; comprobé que el libro no había sufrido daño alguno y tampoco vi ningún libro dañado entre los que hojeamos. Pero tuve la extraña corazonada de que, si conociésemos el secreto de la pequeña criatura de la capa, comprenderíamos el misterio de la enorme ciudad abandonada y de la decadencia de la cultura marciana.

»Tweel se calmó al cabo de un rato y siguió llevándonos por aquella tremenda sala. Había sido una biblioteca, creo; por lo menos había miles y miles de aquellos extraños volúmenes de páginas negras impresas con ondulantes líneas blancas. En algunos había también ilustraciones que representaban a gente de la raza de Tweel. Desde luego aquello era un detalle importante: indicaba que su raza construyó la ciudad e imprimió los libros. No creo que el mejor filólogo de la Tierra pueda traducir nunca una sola línea de esas inscripciones; fueron hechas por mentes demasiado distintas de las nuestras.

»Tweel podía leerlos, naturalmente. Gorjeó unas cuantas líneas, y entonces yo, con su permiso, escogí algunos libros. A unos él decía: «¡No, no!»; a otros: «¡Sí, sí!» Quizá retenía los libros que su pueblo necesitaba, o tal vez me dejaba tomar los que él creía más asequibles para nosotros. No lo sé; los libros están ahí fuera, en el cohete.

»Después iluminó con su linterna la parte alta de las paredes, y vimos que estaban pintadas. ¡Cielos, qué pinturas! Se extendían hacia lo alto, misteriosas y gigantescas, hasta perderse en la negrura del techo. No pude comprender mucho el simbolismo de las pinturas de la primera pared; parecía ser un retrato de una gran asamblea de la gente de Tweel. Quizás estaba destinado a simbolizar la Sociedad o el Gobierno. Las de la pared siguiente eran más claras; mostraban criaturas trabajando en una máquina colosal y supuse que representaría la Industria o la Ciencia. La pared trasera, por lo que pude ver, estaba corroída en parte. Sospeché que la escena quería retratar el Arte, pero fue en la cuarta pared donde sufrimos una impresión que nos dejó casi deslumbrados.

»Creo que simbolizaba la Exploración o el Descubrimiento. Esa pared resultaba más visible, porque la luz que se filtraba por la rendija iluminaba la parte superior y la linterna de Tweel la parte inferior. Distinguimos una gigantesca figura sentada, uno de los marcianos con pico como Tweel, pero con todos los miembros sugiriendo pesadez, cansancio. Los brazos caían inertes sobre el sillón, el delgado cuello estaba encorvado y el pico descansaba sobre el cuerpo como si la criatura apenas pudiese soportar su propio peso. Delante de aquel ser había una extraña figura arrodillada. Al verla, Leroy y yo nos tambaleamos. A primera vista aquello era... ¡un hombre!

—¡Un hombre! —bramó Harrison—. ¿Has dicho un hombre?

—Dije a primera vista —replicó Jarvis—. El pintor había exagerado la nariz casi hasta darle la longitud del pico de Tweel, pero la figura tenía cabellos negros que le caían sobre los hombros y, en lugar de los cuatro dedos marcianos, tenía cinco en cada una de sus manos extendidas. Esa figura estaba arrodillada como adorando al marciano y sobre el suelo había algo que parecía un cesto lleno de alguna clase de comida en plan de ofrenda. Bien, el caso es que Leroy y yo creímos que nos habíamos vuelto locos.

–¡También Putz y yo creemos lo mismo! –rugió el capitán.

–Quizás estábamos locos todos –replicó Jarvis, dirigiendo una débil sonrisa al pálido rostro del bajito francés, que se la devolvió en silencio–, Lo cierto –continuó– es que Tweel estaba graznando y apuntando a aquella figura arrodillada diciendo «¡Dick! ¡Dick!», por lo que era evidente que se daba cuenta de la semejanza... Y nada de chistes sobre mi nariz –advirtió al capitán–. Leroy hizo entonces un comentario importantísimo. Miró al marciano representado en la pintura y dijo: «¡Thoth! ¡El dios Thoth!»

–Exacto –confirmó el biólogo–. Como en Egipto.

–Sí –prosiguió Jarvis–, el dios egipcio de la cabeza de ibis, del largo pico. Tan pronto como Tweel oyó el nombre de Thoth, organizó una algarabía de trinos y graznidos. Se apuntaba a sí mismo y decía: «¡Thoth! ¡Thoth!» y luego ondeaba un brazo alrededor suyo y repetía lo mismo. Cierto que en otras ocasiones había hecho cosas muy raras, pero esta vez los dos creímos comprender lo que quería decir. Estaba tratando de explicarnos que los de su raza se llamaban a sí mismos Thoth. ¿Veis adónde quiero ir a parar?

–Lo veo, lo veo perfectamente –dijo Harrison–. Tú crees que los marcianos hicieron una visita a la Tierra y que los egipcios conservaron este recuerdo en su mitología. Pues bien, estás equivocado: hace quince mil años no había civilización alguna en Egipto.

–¡Error! –protestó Jarvis–. Es una pena que no tengamos un arqueólogo con nosotros, pero Leroy me dice que hubo en Egipto una cultura de la edad de piedra, la civilización predinástica.

–Bueno, y aun así, ¿qué?

–Mucho. Todo en ese cuadro demuestra mi teoría. La actitud del marciano, pesado y cansado: es el esfuerzo que tiene que realizar al sufrir la gravitación terrestre. El nombre de Thoth. Leroy me dice que Thoth era el dios egipcio de la filosofía y el inventor de la escritura. ¿Os dais cuenta? Debió de ocurrírseles la idea al ver cómo los marcianos tomaban notas. Es demasiada coincidencia que Thoth tuviera pico y cabeza de ibis y que los picudos marcianos se llamen a sí mismos Thoth.

–Bueno, que me aspen. Pero, ¿qué me dices de la nariz de los egipcios? ¿Pretenderás afirmar que los egipcios de la edad de piedra tenían narices más largas que los hombres ordinarios?

–¡De ninguna manera! Simplemente que los marcianos, como es muy natural, hacían sus pinturas en forma marcianizada. ¿No tienden los seres humanos a relacionarlo todo con ellos mismos? Por eso los dugongos y los manatíes, ambos mamíferos sirénidos, dieron pie a los mitos de las sirenas: los marinos creían distinguir rasgos humanos en esos animales, Del mismo modo, el artista marciano, al pintar valiéndose de descripciones o de fotografías imperfectas, exageró con naturalidad el tamaño de la nariz humana hasta un grado que a él le parecía normal. Por lo menos esa es mi teoría.



–Una teoría como otra cualquiera –gruñó Harrison–. Lo que quiero saber es por qué volvisteis aquí con el aspecto de dos gallinas mojadas.

Jarvis se estremeció de nuevo y miró a Leroy. El bajito biólogo estaba recobrando algo de su acostumbrado aplomo, pero devolvió la mirada al químico con un estremecimiento.

–Ya llegaremos a eso –continuó este último–. Por el momento nos unimos a Tweel y a su gente. Pasamos con ellos casi tres días. No puedo enumerar con detalle todo cuanto observamos, pero resumiré los hechos más importantes y expondré nuestras conclusiones, que puede que no valgan gran cosa. Es difícil juzgar este mundo reseco con normas terrestres.

»Sacamos fotos de todo lo posible; incluso traté de fotografiar aquel gigantesco mural de la biblioteca, pero a menos que la linterna de Tweel fuese extraordinariamente rica en rayos actínicos, no creo que pueda revelarse. y es una lástima, puesto que indudablemente es el objeto más interesante que encontramos en Marte, al menos desde un punto de vista humano.

»Tweel era un anfitrión muy cortés. Nos llevó a todos los sitios de interés, incluso a las nuevas distribuidoras de agua.

Los ojos de Putz se iluminaron al escuchar aquella expresión.

–¿Distribuidoras de agua? –preguntó–. ¿Para qué?

–Para el canal, naturalmente. Tienen que construir una toma de agua para traerla; eso es lógico. –Miró al capitán–. Tú mismo me dijiste que traer agua desde los casquetes polares de Marte al ecuador era equivalente a subirla por una colina de cuarenta kilómetros, porque Marte está achatado en los polos y ensanchado por el ecuador exactamente igual que la Tierra.

–Eso es verdad –convino Harrison.

–Bien –prosiguió Jarvis–, aquella ciudad era una de las estaciones relé para empujar el flujo. Su planta de energía era el único de los gigantes edificios que parecía servir para un propósito útil, y valía la pena visitarla. Me gustaría que la hubieses visto, Karl; alguna idea te podrás formar por nuestras fotos. Se trata de una planta de energía solar.

Harrison y Putz se quedaron mirando con fijeza.

–¡Energía solar! –gruñó el capitán–. ¡Eso es primitivo!

Y el ingeniero añadió un enfático «sí» de asentimiento.

–No, no tan primitivo –corrigió Jarvis–. La luz del Sol se concentraba en un extraño cilindro situado en el centro de un gran espejo cóncavo de donde extraen una corriente eléctrica. La electricidad hace trabajar a las bombas.

–¡Un par térmico! –exclamó Putz.

–Eso parece razonable; podrás juzgar por las fotos. Pero la planta de energía tenía otras cosas extrañas. La más extraña era que la maquinaria no estaba

atendida por la gente de Tweel, sino por algunas criaturas en forma de barril como las que vimos en Xanthus.

Miró las caras de sus oyentes. No hubo ningún comentario.

—¿Comprendéis? —continuó. Ante el silencio de la pareja, explicó—: Veo que no. Leroy se figuró que sí, pero no sé si justa o erróneamente. Él cree que los barriles y la raza de Tweel tienen un arreglo mutuo como..., bueno, como las abejas y las flores en la Tierra. Las flores dan néctar para las abejas; las abejas transportan el polen entre las flores. ¿Os dais cuenta? Los barriles atienden los trabajos y la gente de Tweel construye el sistema de canales. La ciudad de Xanthus debió de haber sido una estación de bombeo; eso explica las misteriosas máquinas que vi allí. y Leroy cree además que no se trata de un convenio inteligente, al menos no por parte de los barriles, sino que es algo que se ha hecho durante tantos miles de generaciones, que se ha convertido en una cosa instintiva, en un tropismo, lo mismo que las acciones de las hormigas y las abejas. Esas criaturas se han habituado a ello.

—Tonterías —protestó Harrison—. ¿Cómo explicas entonces el motivo de que esté vacía esa gran ciudad?

—Desde luego. La civilización de Tweel está en decadencia; ese es el motivo. Es una raza que se extingue y, de los muchos millones que en otros tiempos debieron de haber vivido aquí, no quedan más que un par de centenares. Son una avanzadilla, destinada a cuidar de que siga fluyendo la fuente de agua del casquete polar; probablemente todavía existen unas cuantas respetables ciudades situadas a lo largo del sistema de canales, lo más seguro es que cerca de los trópicos. Es el último estertor de una raza, de una raza que alcanzó una cúspide cultural más alta que la del hombre.

—¿Cómo es eso? —dijo Harrison—. Entonces, ¿por qué se está muriendo? ¿Por falta de agua?

—No lo creo —respondió el químico—. Si mi conjetura en cuanto a la edad de esa urbe es acertada, quince mil años no significarían diferencia bastante en el suministro de agua..., ni cien mil años tampoco. Es otra cosa, aunque el agua sea indudablemente un factor.

—El agua —intervino Putz—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Incluso un químico debería saberlo —se burló Jarvis—. Por lo menos en la Tierra. Aquí no estoy tan seguro, pero en la Tierra cada vez que descarga un rayo, electroliza cierta cantidad de vapor de agua convirtiéndolo en oxígeno y en hidrógeno que escapa al espacio porque la gravitación terrestre no puede retenerlo permanentemente. y cada vez que hay un terremoto, cierta cantidad de agua se pierde hacia el interior. Es un proceso lento, pero fastidiosamente seguro. —Se volvió hacia Harrison—. ¿Tengo razón, o no, capitán?

—La tienes —concedió el capitán—. Pero aquí, desde luego, no hay terremotos, no hay tormentas; la pérdida debe de ser muy pequeña. Entonces, ¿por qué está extinguiéndose la raza?

–La planta de energía solar es la respuesta –replicó Jarvis–. ¡Falta de combustible! ¡Falta de energía! No queda petróleo, no queda carbón, si es que Marte tuvo alguna vez una edad carbonífera, y no queda energía hidráulica, sólo las gotas de energía que pueden extraer del Sol. Por eso se están muriendo.

–¿Con la ilimitada energía del átomo? –estalló Harrison–. Entonces es que no saben nada sobre la energía atómica. Probablemente nunca lo supieron. Debieron de utilizar algún otro principio en sus viajes espaciales. Y si es así, ¿qué te hace suponer que su inteligencia está por encima de la humana? Al fin y al cabo, nosotros terminamos por lograr la fisión del átomo.

–Cierto. Pero teníamos una pista, ¿no? El radio y el uranio. ¿Creéis que habríamos aprendido alguna vez cómo proceder sin esos elementos? Ni siquiera habríamos sospechado que existía la energía atómica.

–Bueno, pero, ¿es que ellos no tienen...?

–No, no tienen. Tú mismo me dijiste que Marte sólo tiene el setenta y tres por ciento de la densidad de la Tierra. Incluso un químico puede comprender que eso significa una carencia de materiales pesados: nada de osmio, nada de uranio, nada de radio. No han tenido nunca la pista.

–Aun así, eso no prueba que estén más avanzados que nosotros. Si estuviesen más avanzados, habrían descubierto esa técnica de un modo u otro.

–Es posible –concedió Jarvis–. No estoy afirmando que no los sobrepasemos en algunos puntos. Pero en otros están muy por delante de nosotros.

–¿En cuáles, por ejemplo?

–Por lo pronto, socialmente.

–¿Eh, qué quieres decir?

Jarvis miró detenidamente a cada uno de sus compañeros. Vaciló.

–Me pregunto cómo os sentará lo que voy a decir –masculló–. Naturalmente, a cada cual le gusta más su propio sistema. –Frunció el ceño–. Mirad, en la Tierra tenemos tres tipos de sociedad, ¿no es así? y aquí hay un miembro de cada uno de esos tipos: Putz vive bajo una dictadura; Leroy es un ciudadano de la Sexta Comuna de Francia; Harrison y yo somos americanos, miembros de una democracia. Ahí tenéis: dictadura, democracia, comunismo, los tres tipos de sociedades terrestres. La gente de Tweel tiene un sistema distinto de cualquiera de los nuestros.

–¿Distinto? ¿Cuál es?

–El único que no ha probado ninguna nación terrestre: la anarquía.

–¡La anarquía! –estallaron a la vez el capitán y Putz.

–Exactamente.

–Pero... –Harrison chisporroteaba–. ¿Qué quieres decir con eso de que están por delante de nosotros? ¡Anarquía! ¡Qué estupidez!

–Una estupidez, sí –respondió Jarvis–. No digo que diera resultado con nosotros, con ninguna raza humana. Pero da resultado con ellos.

–Pero... ¡anarquía! –El capitán estaba indignado.

–Si lo piensas con calma –arguyó Jarvis a la defensiva–, si llega a funcionar la anarquía es la forma ideal de gobierno. Emerson decía que el mejor gobierno es el que gobierna menos, y lo mismo opinaban Wendell Phillips y creo que George Washington. y nunca podréis encontrar ninguna forma de gobierno que gobierne menos que la anarquía, que no es ningún gobierno en absoluto.

El capitán farfulló, irritado:

–¡Pero esto es... antinatural! ¡Incluso las tribus salvajes tienen sus jefes! ¡Incluso una manada de lobos tiene su guía!

–En todo caso –replicó Jarvis desafiante–, eso sólo demuestra que el gobierno es un artefacto primitivo. Con una raza perfecta no lo necesitaríais en absoluto; el gobierno es una confesión de debilidad, ¿no es así? Es una confesión de que parte, del pueblo no quiere cooperar con el resto y que se necesitan leyes para meter en vereda a los individuos que un psicólogo llama antisociales, Si no hubiera ninguna persona antisocial, criminales y gente de la misma calaña, ni leyes ni policía serían necesarias.

–¡Pero sí gobierno! ¡Se necesita gobierno! ¿Qué me dices de las obras públicas, de las guerras, de los impuestos?

–No ha habido ninguna guerra en Marte, a pesar de que le hayamos dado el nombre del dios de la guerra, Aquí las guerras no tienen objeto: la población es demasiado exigua y está demasiado dispersa. Además cada una de las comunidades debe cooperar para mantener el funcionamiento de los canales. Nada de impuestos, porque, al parecer, todos los individuos cooperan en la construcción de obras públicas, Nada de competencia que cause perturbación, porque cada cual puede bastarse a sí mismo en todo. Como he dicho, con una raza perfecta, el gobierno es totalmente innecesario.

–¿Y tú crees que los marcianos son una raza perfecta? –preguntó el capitán ceñudamente.

–Nada de eso, Pero llevan existiendo tantísimo tiempo más que los humanos, que han evolucionado, socialmente al menos, hasta el punto de no necesitar gobierno. Trabajan juntos, eso es todo. –Jarvis hizo una pausa–, Es extraño, ¿verdad? Es como si la naturaleza estuviera llevando a cabo dos experimentos, uno en nuestro planeta y otro en Marte. En la Tierra se pone a prueba una raza emocional y altamente competitiva en un mundo de abundancia; aquí se pone a prueba una raza pacífica y amistosa en un mundo desierto, improductivo e inhóspito. Todo aquí exige cooperación. Vamos, ni siquiera existe el factor que tantos trastornos causa en la Tierra: el sexo.

–¿Eh?

–Sí: la gente de Tweel se reproduce lo mismo que los barriles en las ciudades de fango; dos individuos hacen crecer un tercero entre ellos. Otra prueba de la teoría

de Leroy de que la vida marciana no es ni animal ni vegetal. Además, Tweel fue un anfitrión lo bastante amable para dejarse examinar y el examen convenció a Leroy.

–Sí –confirmó el biólogo–. Es verdad.

–Pero, la anarquía –gruñó Harrison con repugnancia–. Nos convertiría en una píldora loca y medio muerta como este Marte.

–Habrían de transcurrir muchísimos siglos antes de que tuvieses que preocuparte por ello –sonrió burlonamente Jarvis. Prosiguió su narración–: Caminamos por aquella ciudad sepulcral, sacando fotos de todo. Y entonces –Jarvis hizo una pausa y se estremeció–, entonces se me ocurrió echar una mirada a aquel valle que habíamos divisado desde el cohete. No sé por qué. Cuando tratamos de empujar a Tweel en aquella dirección, organizó tal algarabía que creí que se habla vuelto loco.

–Muy posible –rezongó Harrison.

–Así pues, nos dirigimos hacia allí sin él; se quedó gimiendo y gritando «¡No, no, no, Dick!», pero eso no hacía más que aumentar nuestra curiosidad, Saltaba sobre nuestras cabezas y se clavaba frente a nosotros para impedirnos avanzar. Aun así continuamos nuestro camino entre las ruinas hasta que se dio por vencido y nos acompañó desconsoladamente.

»El valle no estaba a más de dos kilómetros al sudeste de la ciudad. Tweel podría haber cubierto la distancia en veinte saltos, pero remoloneaba e iba despacio y seguía apuntando hacia la ciudad y gimiendo «¡No, no, no!» Por supuesto, yo le había visto hacer antes un montón de cosas disparatadas; estaba acostumbrado a ellas, pero era claro como la luz del día que estaba empeñado en que no viésemos aquel valle.

–¿Por qué? –inquirió Harrison.

–Preguntaste antes por qué hemos regresado como andrajosos cazadores furtivos –dijo Jarvis con un débil estremecimiento–. Ahora vas a saberlo. Rodeamos una pequeña colina rocosa que cortaba nuestro paso y cuando llegamos al otro lado Tweel dijo: «¡No respiran, Dick! ¡No respiran!» Aquellas eran las mismas palabras que utilizara para describir al monstruo de silicio; eran también las palabras que había utilizado para decirme que la imagen de Fancy Long, con la que casi había conseguido atraerme la bestia de los sueños, no era real. Recordaba aquello, pero entonces no tenía importancia para mí.

»Inmediatamente después, Tweel dijo: «Vosotros uno uno dos, él uno uno dos». Y entonces empecé a comprender. Con aquella frase me había hecho comprender que la bestia de los sueños me proponía lo que yo estaba pensando, esto es, que atraía a sus víctimas valiéndose de los propios deseos de éstas. Por consiguiente puse en guardia a Leroy; me pareció que ni siquiera la bestia de los sueños podría ser peligrosa si estábamos advertidos y al acecho. Pues bien, me equivoqué.

»Cuando llegamos al borde del valle, Tweel giró la cabeza completamente, de forma que sus pies estaban hacia adelante, pero los ojos vueltos hacia atrás. Le

horrorizaba mirar el valle. Leroy y yo miramos: simplemente una extensión gris y yerma como la que nos rodea, con el resplandor del casquete polar austral mucho más allá de su borde meridional. Aquella visión duró solamente un segundo. Inmediatamente después... ¡el paraíso!

–¿Cómo? –exclamó el capitán.

Jarvis se volvió hacia Leroy.

–¿Puedes describirlo? –preguntó.

El biólogo agitó las manos en un ademán de impotencia.

–Es imposible –susurró–. No tengo palabras.

–También a mí me deja mudo –masculló Jarvis–. No sé cómo decirlo; soy químico, no un poeta. El paraíso es la primera palabra que se me puede ocurrir, sin que quiera decir que sea la más acertada. Porque se trataba a la vez del paraíso y del infierno.

–¿Querrás hablar con sensatez?

–¡Como si algo de aquello tuviese sentido! En menos de un segundo el desolado yermo que se ofrecía a nuestros ojos se trocó en... ¡Dios mío! ¡No podéis imaginar lo que presenciamos! ¿Qué os parecería ver que todos vuestros sueños se hacen reales, que se realizan todos los deseos que habéis acariciado, que todo lo que habéis querido está allí a vuestro alcance?

–Me parecería muy bien –dijo el capitán.

–Pues todo eso tendrías. Pero no sólo tus deseos nobles, recuérdalo bien. Todo buen impulso, sí, pero también cualquier capricho maligno, todo pensamiento vicioso, todo lo que hayas deseado alguna vez, bueno o malo, Las bestias de los sueños son comerciantes maravillosos, pero carecen de sentido moral.

–¿Las bestias de los sueños?

–Sí. Todo un valle lleno de ellas. Centenares, supongo, millares quizá. Por lo menos las suficientes para desplegar un cuadro completo de tus deseos, incluso de todos los deseos olvidados que deben haberse relegado a tu subconsciente. Un paraíso en todos los sentidos, Vi a una docena de Fancy Long, con todos los vestidos con que la había admirado alguna vez y algunos otros que yo debía de haber imaginado. Vi a todas las mujeres hermosas que he conocido en algún tiempo y todas ellas procuraban captar mi atención. Vi todos los lugares deliciosos donde he deseado estar alguna vez, todos ellos metidos extrañamente en aquel vallecito. Y vi... otras cosas. –Sacudió la cabeza secamente–. No todo puede decirse que fuera bonito. ¡Cielos! ¡Cuánto permanece de bestia en nosotros! Supongo que si todos los hombres pudieran lanzar una mirada a ese valle siniestro y ver, aunque sólo fuera una vez, toda la suciedad que .hay escondida en ellos, el mundo saldría ganando. Después ,di gracias a Dios por el hecho de que Leroy, e Incluso Tweel, viesen sólo sus propias imágenes y no las mías.

De nuevo Jarvis hizo una pausa y luego continuó:

–Me quedé mareado en una especie de éxtasis. Cerré los ojos y con los ojos cerrados, aún seguía viendo todo aquello. Aquel panorama hermosísimo, maligno, diabólico, estaba en mi mente, no en mis ojos. Así es como trabajan esos enemigos, por medio de la mente. Yo comprendía que se trataba de las bestias de los sueños; no necesitaba que Tweel se quejase diciendo «¡No respiran! ¡No respiran!», pero yo no podía retirarme. Sabía que era desafiar la muerte, pero valía la pena aunque sólo fuese por disfrutar un momento de la visión.

–¿Qué visión? –preguntó Harrison secamente.

Jarvis se sonrojó.

–No tiene importancia –dijo–. A mi lado oí a Leroy gritando «¡Yvonne! ¡Yvonne!» y comprendí que estaba tan atrapado como yo. Luchaba por recobrar mi cordura; no dejaba de decirme que debía detenerme y, sin embargo, estaba corriendo en derechura hacia la serpiente.

»Entonces algo distrajo mi atención: Tweel. Dio un enorme salto y lo vi lanzarse recto por encima de mí hacia... hacia aquello que me atraía. Su terrible pico apuntaba directamente al corazón de ella.

–¡Oh! –exclamó el capitán–. ¡El corazón de ella!

–No te preocupes ahora de eso. Cuando me repuse, la imagen había desaparecido y Tweel estaba enrollado en una maraña de negros brazos. No había conseguido alcanzar un punto vital en la anatomía de la bestia, pero estaba defendiéndose desesperadamente con su pico.

»Como quiera que fuese, el encantamiento se había suspendido o por lo menos se había suspendido en parte. Yo no estaba ni a metro y medio de Tweel. Aquella era una lucha terrorífica, pero conseguí levantar mi pistola y disparar un proyectil Boland contra la bestia. Un chorro de horrible corrupción negra nos manchó a Tweel y a mí y creo que su repugnante hedor ayudó a destruir la ilusión de aquel valle de belleza. Conseguimos apartar a Leroy del dominio que lo embaucaba y los tres retrocedimos tambaleándonos. Tuve la suficiente presencia de ánimo para empuñar mi cámara y tomar una instantánea del valle, pero apuesto lo que queráis a que no mostraré más que una yerma extensión gris y horrores retorcidos.

Jarvis hizo una pausa y se estremeció.

–Nos arrastramos hasta la nave auxiliar, te llamamos e hicimos todo lo posible por recuperarnos. Leroy tomó un buen trago de coñac; no nos atrevimos a probar los remedios que nos ofrecía Tweel porque su metabolismo es tan diferente del nuestro, que lo que para él era curación, para nosotros podía ser la muerte. Pero el coñac pareció causar efecto y por eso, después que hube cumplido con otra cosa que necesitaba hacer, regresamos. Eso es todo.

–¿Eso es todo? –inquirió Harrison–. Así pues, habéis resuelto todos los misterios de Marte, ¿no?

–¡Ni muchísimo menos! –replicó Jarvis–. Quedan numerosísimas preguntas por contestar.

–Sí –intervino Putz–. La evaporación... ¿cómo consiguen detenerla?

–¿En los canales? Me hice la misma pregunta al considerar su enorme extensión y la baja presión del aire. Lo lógico sería pensar que pierden muchísima agua, Pero la respuesta es simple: recubren el agua con una capa de petróleo.

Putz asintió con la cabeza, pero Harrison intervino:

–Eso es absurdo. Disponiendo solamente de carbón y de petróleo, esto es, de energía por combustión o eléctrica, ¿de dónde sacaron la energía necesaria para construir todo un sistema planetario de canales, de miles y miles de kilómetros? Recordad la tarea que representó para nosotros equilibrar los niveles entre los océanos en el canal de Panamá...

–La respuesta es fácil –sonrió Jarvis–, Consiste en la gravedad marciana y en el aire marciano, Piénsalo: Primeramente, la suciedad que extraían aquí sólo pesaba la tercera parte de lo que habría pesado en la Tierra. En segundo lugar, una máquina de vapor aquí lucha contra muchísima menor presión del aire que en la Tierra. En tercer lugar, aquí podían construir máquinas tres veces mayores sin el peso que habrían representado entre nosotros. Y, por último, todo el planeta está casi al mismo nivel. ¿Qué te parece mi razonamiento, Putz?

El ingeniero asintió.

–Sí, la máquina de vapor es aquí veintisiete veces más eficaz que en la Tierra.

–Entonces, ¿en qué consiste el último misterio? En eso precisamente, ¿no? –sugirió Harrison.

–¿Estás seguro? –inquirió Jarvis sarcásticamente–, Pero, ¿cuál era la naturaleza de aquella enorme ciudad vacía? ¿Para qué necesitan .los marcianos canales, si nunca los hemos visto comer o beber? ¿Visitaron realmente la Tierra antes del alborear de la Historia y qué energía impulsaba sus naves, si no era la energía atómica? Puesto que la raza de Tweel parece necesitar poca o ninguna agua, ¿están meramente trabajando en los canales a favor de criaturas superiores? ¿Hay otras inteligencias en Marte? Si no las hay, ¿qué era aquella rata con cara de demonio que vimos sobre el .libro? He ahí unos cuantos misterios por descifrar.

–Y algún otro que se me ocurre –gruñó Harrison, disparando de pronto una mirada llameante contra el bajito Leroy–. ¡Tú y tus visiones! «¡Yvonne!», ¿eh? El nombre de tu mujer es Marie, ¿no es cierto?

El bajito biólogo se arreboló.

–Sí –reconoció lastimeramente; dirigió al capitán unos ojos implorantes–. En París todo el mundo podría pensar otra cosa. No le dirás nada a Marie, ¿verdad?

Harrison soltó una pequeña carcajada.

–No es asunto mío –dijo–. Otra pregunta más, Jarvis: ¿Qué era, esa otra cosa que tenías que hacer antes de volver aquí?

La expresión de Jarvis sé tomó recelosa.



–Ah..., eso, –Vaciló–. Bueno, me pareció que le debíamos mucho a Tweel, por lo que, con un poco de trabajo, lo metimos en el cohete y lo llevamos a los restos del anterior. Y allí –acabó como disculpándose– le enseñé el motor atómico, lo puse en funcionamiento y se lo di.

–¿Que se lo diste? –rugió el capitán–, ¿Que le diste algo tan poderoso a una raza extraña, a una raza que algún día puede ser una raza enemiga?

–Sí, se lo di –dijo Jarvis–, Mira –arguyó defensivamente–, Esta miserable y reseca píldora desértica llamada Marte nunca podría servir de mucho a la más pequeña población humana. El desierto del Sahara es un campo mucho más apropiado para cualquier disputa imperialista, y está más cerca de casa. Por eso nunca tendremos como enemigos a los de la raza de Tweel. El único valor que encontraremos aquí es el trato comercial con los marcianos. Entonces, ¿por qué no había de ofrecerle a Tweel una oportunidad de supervivencia? Disponiendo de energía atómica, podrán explotar su sistema de canales a un ciento por ciento, en lugar de sólo a un uno por cinco, como han demostrado los comentarios de Putz. Podrán repoblar esas ciudades fantasmales; podrán reanudar el cultivo de sus artes y sus industrias; podrán comerciar con las naciones de la Tierra y, estoy seguro, podrán enseñarnos unas cuantas cosas, si... –hizo una pausa–, si saben manejar el motor atómico. Apostaría cualquier cosa a que sabrán. No tienen nada de tontos Tweel y sus marcianos de cara de avestruz.

## Madre e hija

Philip José Farmer

### **Madre**

#### **Capítulo primero**

—Mira mamá, el reloj está marchando para atrás.

Eddie Fetts señaló las manecillas de la esfera del reloj en la cabina de comando.

—Ha de haberlo descalabrado el choque —dijo la doctora Paula Fetts.

—Y eso, ¿cómo es posible?

—No sé, hijo. Yo no sé todas las cosas.

—¡Oh!

—¿Por qué estás tan contrariado? No soy técnico electrónico, soy patóloga.

—No te enojés tanto conmigo, mamá. No lo puedo soportar. No en este momento.

Eddie abandonó bruscamente la cabina. Su madre lo siguió, angustiada. El sepelio de los tripulantes de la nave y el de sus colegas científicos había sido una dura prueba para él.

Desde niño la visión de la sangre le provocaba náuseas y mareos; a duras penas había logrado vencer el temblor de sus manos lo suficiente para ayudarle a ella a ensacar los huesos y los órganos dispersos.

Él había querido arrojar los cadáveres al horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores Geiger, pulsando ruidosamente en el centro de la nave, anunciaban la invisible presencia de la muerte en la popa.

El meteoro que había chocado con la nave en el momento en que ésta salía de Traslación para entrar en el espacio normal había estropeado, al parecer, la sala de máquinas. Eso al menos le habían dado a entender los chillidos entrecortados de uno de sus colegas antes de que huyera despavorido a refugiarse en la cabina de comando. La doctora Fetts se había apresurado a buscar a Eddie. Temía que su puerta estuviera cerrada por dentro, pues su hijo había estado grabando el aria "Pesado cuelga el albatros" de la ópera *El Viejo Marino* de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había interrumpido automáticamente los circuitos de todas las cerraduras. Al entrar, lo había llamado a gritos, temiendo que pudiese estar herido. Lo encontró tendido en el suelo, semiinconsciente. Mas no a consecuencia del choque. El motivo de su estado, desprendido de su mano inerte, yacía en un rincón de la cabina: un termo de un galón provisto de un pezón de caucho. La boca abierta de Eddie exhalaba el olor característico del whisky de centeno, un tufo tan intenso que ni las píldoras Nodor habían podido neutralizar.

Ella le había ordenado secamente que se pusiera de pie y se acostara en la cama. Su voz, la primera que Eddie escuchara en su vida, atravesó la falange de *Old Red Star*. Se incorporó con dificultad y ella, más menuda, tuvo que poner en juego todas sus energías para ayudarlo a levantarse y llevarlo hasta la cama.

Después, acostándose a su lado, había ajustado sobre los dos cuerpos el cinto de seguridad. Tenía entendido que también había zozobrado el bote de salvamento y que ahora sólo dependía del capitán el que la nave pudiera descender sin nuevas vicisitudes en el Baudelaire, un planeta cartográficamente relevado, pero nunca explorado. El resto del pasaje había ido a sentarse detrás del capitán, amarrados a sus sillas de emergencia, incapaces de prestar ayuda excepto un silencioso apoyo. El apoyo moral no había bastado. La nave había descendido escorada a una velocidad excesiva. Los estropeados motores no la habían podido sostener. La proa había sufrido la peor parte del castigo. Y también los que estaban sentados en ella.

Estrechando contra su pecho la cabeza de su hijo, la doctora Fetts había orado a su Dios en voz alta. Eddie entre tanto roncaba y farfullaba. De pronto, una explosión, como si hubiesen estallado al unísono todas las puertas del infierno – un estruendo espeluznante como si la nave fuese el badajo de una campana gargantuesca que doblara el mensaje más aterrador que puedan escuchar oídos humanos–, un ramalazo de luz enceguecedora... y oscuridad y silencio.

Momentos después Eddie rompió a gritar con voz llorosa y aniñada:

–¡No me dejes morir, mamá! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Mamá estaba inconsciente a su lado, pero él no lo sabía. Lloró durante un rato, para volver a hundirse –si en algún momento había salido de él– en el nebuloso estupor de los vapores del centeno; y se quedó dormido. Otra vez, oscuridad y silencio.

Era el segundo día después del accidente, si podía llamarse «día» a esa penumbra crepuscular que reinaba en Baudelaire. La doctora Fetts no dejaba a su hijo ni a Sol ni a sombra. Sabía lo sensible, lo impresionable que era. Lo había sabido durante toda su vida y constantemente había tratado de evitarle todo cuanto pudiese perturbarlo.

Y lo había logrado, creía ella, hasta tres meses antes, cuando Eddie se había fugado con una muchacha.

La joven era Polina Fameux, la actriz de pelo rubio-ceniza y largas piernas, cuya imagen tridimensional, filmada y televisada, había viajado a planetas fronterizos donde un magro talento histriónico importaba menos que un busto opulento y bien torneado. Como Eddie era un famoso tenor del Metro, la boda había causado gran revuelo y sus ecos habían llegado a todos los confines de la galaxia civilizada.

A la doctora Fetts la fuga le había herido en carne viva; sin embargo, había logrado, pensaba ella, ocultar su resentimiento detrás de una máscara sonriente. No era que le doliese el tener que renunciar a él; al fin y al cabo, era ya un

hombre hecho y derecho, no más su niño. Aunque en verdad, si descontaba sus temporadas en el Metro y sus giras, desde los ocho años jamás se había apartado de su lado.

Eso fue cuando ella partió en viaje de bodas con su segundo marido. Pero tampoco aquella vez duró mucho tiempo la separación, porque Eddie había caído gravemente enfermo y su madre debió anticipar su regreso para atenderlo, ya que él insistía en que era la única persona capaz de sanarlo.

Por lo demás, tampoco podía considerar como pura pérdida sus temporadas en la ópera, pues Eddie la llamaba por el fonovisor todos los mediodías y mantenían larguísimas charlas, sin cuidarse por lo mucho que pudieran subir las cuentas del fonovideo.

Los ecos de la boda tenían apenas una semana de edad cuando fueron seguidos por otros más altisonantes. Traían la noticia de que Eddie y su mujer se habían separado. Dos semanas después, Polina pedía el divorcio por incompatibilidad. Los papeles del juicio le fueron entregados a Eddie en el departamento de su madre. Había vuelto a vivir con ella el día mismo en que Polina y él decidieron, de común acuerdo, que «la cosa no marchaba» o, como él se lo expresara a su madre, que «no se entendían».

La doctora Fetts sentía, naturalmente, una inmensa curiosidad por conocer los motivos de la separación, pero, como solía decir a sus amigos, «respetaba» el silencio de su hijo. Lo que no decía, lo que sólo se decía a sí misma, era que alguna vez Eddie terminaría por contárselo todo.

El «colapso nervioso» de Eddie comenzó al poco tiempo. Había estado muy irritable, melancólico y deprimido, pero su estado se agravó el día en que cierto amigo le contó a Eddie que cada vez que Polina oía mencionar su nombre, se echaba a reír a carcajadas. El amigo agregó que Polina había prometido narrar algún día la verdadera historia de su efímera unión.

Esa noche su madre tuvo que llamar al médico.

En los días subsiguientes, ella pensó en renunciar a su puesto en el departamento de investigaciones patológicas de De Kruif para dedicarse en cuerpo y alma a ayudar a su hijo a «salir a flote». Un indicio de la lucha que se libraba en su interior fue el hecho de que no pudiera decidirlo en el término de una semana. Ella, que por lo general, analizaba y resolvía rápidamente todos sus problemas, no podía resignarse a abandonar sus amados estudios en el campo de la regeneración tisular.

Cuando estaba ya a punto de recurrir al expediente que era para ella lo increíble, lo bochornoso –tirar una moneda– su superior la había llamado por fonovideo. Le comunicó que acababan de designarla para emprender, con un grupo de biólogos, un crucero de estudio a diez sistemas planetarios previamente seleccionados.

Llena de júbilo, había tirado al canasto los papeles destinados a internar a Eddie en una casa de salud. Y como él era bastante famoso, ella había puesto en juego todas sus influencias para conseguir que el gobierno le permitiese acompañarla. Ostensiblemente, iba a hacer un estudio de la evolución de la ópera en los

planetas colonizados por los terráqueos. Que el crucero no visitaría ninguna de las colonias terrícolas fue, al parecer, un punto que los organismos pertinentes no tuvieron en cuenta. Pero no era la primera vez en la historia de un gobierno en que su mano izquierda no supiera lo que hacía su derecha.

En realidad, iba para que su madre lo «reconstruyera», pues ella se consideraba mucho más apta para curarlo que cualquiera de las terapias en boga: A, F, J, R, S, K, o H. Algunos de sus amigos aseguraban, es cierto, haber obtenido resultados asombrosos con alguna de las técnicas de búsqueda simbólica. Pero dos de sus compañeros más cercanos habían probado todas sin obtener beneficio alguno de ninguna de ellas. Ella era su madre; podía hacer por él mucho más que todas aquellas «alfabetomanías»; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Y además, no estaba tan enfermo. Sólo que a veces caía en horribles melancolías y hacía dramáticas pero insinceras amenazas de suicidio, o se pasaba las horas sentado con la mirada perdida en el vacío. Pero ella sabía cómo manejarlo.

## Capítulo segundo

Ahora lo siguió, pues, del reloj que marchaba para atrás hasta su cabina. Lo vio entrar, mirar por espacio de un segundo, y volverse a ella con el semblante demudado.

—Neddie se ha arruinado, mamá. Se ha arruinado por completo.

Ella echó un vistazo al piano. Se había desprendido de sus soportes murales en el momento del impacto, yendo a estrellarse contra la pared opuesta. Para Eddie no era simplemente un piano; era Neddie. Tenía la costumbre de poner apodos a todas las cosas con las que convivía durante algún tiempo. Era como si saltara de uno a otro apodo, a semejanza del viejo marino que se siente perdido si no divisa los conocidos y tranquilizadores mojones de la costa. De otro modo, Eddie parecía flotar, desvalido, a la deriva de un proceloso océano, un océano que era para él amorfo y anónimo.

O bien, analogía quizá más típica, era como el frecuentador de un club nocturno que tiene la sensación de hundirse, de ahogarse, si no salta de mesa en mesa, de uno a otro grupo de caras conocidas, esquivando los mudos rostros informes, los rostros de muñecos de los desconocidos.

No lloró por Neddie. Ojalá hubiese llorado, pensó ella. Se había mostrado tan apático durante el viaje. Nada, ni el esplendor sin par de las estrellas, ni el misterio inefable de los planetas desconocidos le despertaba mayor curiosidad. Si se echara a llorar o se riese a carcajadas, si dejase entrever algún indicio de reacción violenta ante los sucesos. Si le pegara o la insultara con «palabrotas», hasta eso la habría alegrado.

Pero no, ni siquiera durante la recuperación de los cadáveres mutilados, cuando por un momento creyó que iba a vomitar, había dado rienda suelta a su necesidad física de expresión. El vomitar, pensaba ella, le haría sentirse mucho mejor, pues le permitiría liberarse a la vez de tantas tensiones físicas y psíquicas.

Sin embargo, no vomitó. Siguió rastrillando carne y huesos y echándolos en las grandes bolsas de plástico, con una expresión reconcentrada de resentimiento y tristeza.

Ahora esperaba que la pérdida del piano le arrancase lágrimas, lo hiciera estallar en convulsivos sollozos. Entonces ella podría tomarlo en sus brazos y consolarlo. Sería otra vez su hijo pequeñito, temeroso de la obscuridad, asustado del perro muerto por un automóvil, el niño que buscaría en sus brazos la protección segura, el seguro amor.

–No te aflijas, nenito –le dijo–. Cuando nos rescaten te conseguiremos uno nuevo.

–¡Cuándo...!

Enarcó las cejas y se sentó en el borde de la cama.

–¿Y ahora qué hacemos?

La doctora Fetts adoptó repentinamente una actitud enérgica y eficiente.

–En el momento en que chocamos con el meteoro, el ultrad empezó a funcionar automáticamente. Si ha sobrevivido al impacto, todavía ha de estar enviando señales de SOS. De lo contrario, no hay nada que podamos hacer al respecto. Ninguno de nosotros sabe cómo repararlo.

«Sin embargo, es posible que en los últimos cinco años, desde que se localizó este planeta, hayan aterrizado aquí otras expediciones. No desde la Tierra, sino desde alguna de las colonias. O de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena probar. Veamos.»

Una sola mirada bastó para desbaratar sus esperanzas. El ultrad estaba retorcido y destrozado, a tal punto que ya no era reconocible como el mecanismo que enviaba ondas ultralumínicas a través del no-éter.

–Bueno –dijo la doctora Fetts con forzado optimismo–. ¡No hay más que hablar! ¿Y qué? Esto nos simplifica muchísimo las cosas. Vayamos a la bodega y veamos qué se puede hacer.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. En la bodega ella insistió en que cada uno llevara un panrad. Si por una razón u otra debían separarse, tendrían siempre la posibilidad de comunicarse, y además, utilizando los BD –los buscadirección incluidos en el panrad–, localizarse mutuamente. Conocían, por haberlos usado en otras oportunidades, las aplicaciones de los instrumentos y sabían lo indispensables que eran en excursiones de exploración o de campamento.

Los panrad eran cilindros livianos de unos sesenta centímetros de altura y veinte de diámetro. Comprimidos en su interior, contenían los mecanismos de dos docenas de instrumentos diferentes. Sus baterías duraban un año sin necesitar recarga, eran prácticamente indestructibles y funcionaban en casi cualquier condición.

Tratando de mantenerse alejados del centro de la nave con su inmenso boquete, llevaron afuera los panrad. Eddie buscaba las bandas de onda larga mientras su madre giraba el dial que abarcaba la banda de onda corta. A decir verdad,

ninguno de los dos esperaba oír nada, pero buscar era siempre mejor que permanecer ociosos.

Después de verificar que las ondas de frecuencia modulada no producían ningún sonido significativo, Eddie pasó a las ondas continuas. Una señal de punto-y-rayas lo sobresaltó.

–¡Eh, mamá! ¡Algo en los mil kilociclos! ¡No modulada!

–Claro, hijo –dijo ella, con cierto fastidio en medio de su alegría–. ¿Qué otra cosa podías esperar de una señal radiotelegráfica?

Buscó la banda en su propio cilindro. Eddie la miraba, perplejo.

–Yo de radio no entiendo nada, pero esto no es Morse.

–¿Qué? ¡Debes estar equivocado!

–No... no me parece.

–¿Sí o no? Santo Dios, hijo, ¿no puedes estar seguro de nada?

Aumentó el volumen. Como los dos habían estudiado Galacto-Morse por el método «Aprenda mientras duerme», pudo situarlo rápidamente.

–Tienes razón. ¿Qué se te ocurre que pueda ser?

El fino oído de Eddie diferenció las pulsaciones.

–No es solamente punto y raya. Hay cuatro longitudes de tiempo diferentes.

Escuchó un momento más.

–Y tienen cierto ritmo. Puedo distinguir grupos definidos. ¡Ah! Ya va la sexta vez que percibo éste. Y aquí hay otro. Y otro.

La doctora Fetts meneó su rubia cabeza cenicienta. Ella no escuchaba nada más que una serie de zzt-zzt-zzt.

Eddie echó un vistazo a la aguja del Busca-Dirección.

–Viene del noroeste, por el este. ¿Intentamos localizarlo?

–Naturalmente –respondió su madre–. Pero sería preferible que comiéramos antes. No sabemos a qué distancia está ni con qué habremos de toparnos. Mientras yo preparo algo caliente, tú apronta nuestros avíos de campamento.

–De acuerdo –dijo Eddie con más entusiasmo que el que había mostrado desde hacía mucho tiempo.

Cuando volvió, comió todo lo que contenía el gran plato que su madre había preparado en el intacto hornillo de la cocina.

–Siempre tu guiso es el mejor del mundo –dijo.

–Gracias. Me alegra verte comer con apetito, hijo. Y me sorprende. Pensé que todo esto te caería mal.

Él agitó la mano vaga pero enérgicamente.

–El desafío de lo desconocido. Tengo el presentimiento de que esto va a resultar mejor de lo que pensábamos. Muchísimo mejor.

Ella se le acercó y le olió el aliento. Estaba limpio, inocente hasta el olor del guiso. Eso significaba que había tomado Nodor, lo cual sugería que había estado bebiendo a hurtadillas un poco de whisky. ¿Cómo si no explicarse su temeridad, su desprecio de los posibles peligros? Estaba irreconocible.

No hizo comentario alguno, pues sabía que si él pretendía ocultar una botella entre sus ropas o en su mochila mientras rastreaban las señales radiotelefónicas, ella no tardaría en descubrirla. Y en quitársela. Y él ni siquiera chistaría. Se la dejaría sacar de las manos mientras sus labios harían pucheros de resentimiento.

### **Capítulo tercero**

Provistos de sus mochilas y de sendos panrads, emprendieron la marcha. Eddie llevaba un arma al hombro y ella había deslizado entre sus cosas su negro maletín de medicamentos e instrumentos de laboratorio.

El pleno mediodía del fin del otoño aparecía coronado por un débil sol rojo que a duras penas conseguía asomarse por entre la eterna doble capa de nubes. Su compañero, una burbuja más pequeña aún, de un color alilado, empezaba a ocultarse por el noroeste, detrás del horizonte. Eddie y su madre avanzaban en medio de una especie de crepúsculo claro, el máximo de luz que a cualquier hora del día lograba el Baudelaire. Sin embargo, a pesar de la penumbra, el aire era tibio: un fenómeno común en ciertos planetas situados detrás de la Cabeza de Caballo, fenómeno que se estaba investigando pero que todavía carecía de explicación.

El paisaje era montañoso, con profundas hondonadas. De tanto en tanto, cerros lo suficientemente altos y escarpados como para que se los pudiese llamar montañas embrionarias. Considerando la naturaleza escabrosa del terreno, la vegetación era asombrosamente exuberante. Arbustos de color verde pálido, rojos y amarillos, enredaderas y árboles pequeños se prendían a cada pedacito de tierra, horizontal o vertical. Todos tenían hojas relativamente anchas que giraban siguiendo al sol para captar la luz.

De tanto en tanto, a medida que los dos terráneos recorrían ruidosamente la selva, bestezuelas multicolores semejantes a insectos y a mamíferos huían precipitadamente de un escondite a otro. Eddie decidió llevar el arma en el hueco del brazo. Luego, cuando se vio obligado a ascender y descender gateando barrancos y colinas y abrirse paso entre malezas que se tornaban imprevisiblemente enmarañadas, volvió a ponérsela al hombro, colgada de una correa.

Sin embargo, aquella marcha accidentada no era demasiado fatigosa. Pesaban unos diez kilos menos de lo que pesarían en la Tierra y a pesar de que el aire era más ligero, era más rico en oxígeno.



La doctora Fetts caminaba al mismo ritmo que su hijo. Treinta años mayor que el joven de veintitrés, pasaba, incluso vista de cerca, por su hermana mayor. Las píldoras longevidad se encargaban de eso. No obstante, él la trataba con toda la cortesía y la caballerosidad que uno cree deberle a la madre, ayudándola en las cuestas empinadas, pese a que el escalarlas no obligaba a su amplio pecho a reclamar más aire.

A la orilla de un riacho hicieron un alto para orientarse.

–Las señales han cesado –dijo Eddie.

–Es evidente –observó ella.

En aquel momento el detector de radar (DR) incluido en el panrad empezó a silbar. Ambos levantaron la vista automáticamente.

–No hay ninguna nave en el aire.

–Tampoco puede venir de esos cerros –señaló ella–. No hay nada más que un peñasco en la cima de cada uno. Rocas descomunales.

–Y sin embargo, me parece que viene de allí. ¡Oh! ¡Oh! ¿Viste lo que yo vi? Parecía una especie de caña muy alta que caía por detrás de aquella roca enorme.

Ella atisbo a través de la penumbra.

–Me parece que estás imaginando cosas, hijo. Yo no vi nada.

De pronto, sin que cesara el silbido, el zzt-zzt volvió a empezar. Luego de una sucesión de ruidos, ambos se detuvieron.

–Subamos y veamos lo que hay para ver –propuso ella.

–Alguna rareza –comentó él.

Ella no contestó.

Vadearon el riacho e iniciaron el ascenso. A mitad de camino se detuvieron un instante para husmear, desconcertados, una ráfaga de un olor muy penetrante que bajaba con el viento.

–Huele como una jaula repleta de monos –dijo él.

–En celo –agregó ella.

Si él tenía el oído más fino, ella tenía el olfato más aguzado.

Continuaron el ascenso. El DR empezó a emitir su pequeño campanileo histérico. Eddie se detuvo, estupefacto. El BD indicaba que las vibraciones del radar no venían, como antes, de la cumbre de la montaña que estaban escalando, sino de una segunda que se alzaba al otro lado del valle. Repentinamente, el panrad, enmudeció.

–¿Qué hacemos ahora?

–Terminar lo que hemos empezado. Esta montaña. Luego iremos a la otra.

Encogiéndose de hombros, Eddie se apresuró a seguir tras del cuerpo alto y delgado de su madre, enfundado en largos mamelucos. Aquel olor la había excitado, literalmente, y ya nada podía detenerla. En el momento preciso en que llegaba al peñasco que coronaba la colina, y que tenía las dimensiones de una cabaña, Eddie le dio alcance. Ella se había detenido y observaba atentamente la aguja del BD, que luego de un vaivén impetuoso, se estabilizó en neutro. El olor a jaula de monos era muy potente ahora.

–¿Te parece que podría tratarse de algún tipo de mineral radiogenerador? – preguntó, decepcionada.

–No. Aquellos grupos de señales eran sistemáticos. Y este olor...

–¿Entonces, qué...?

Eddie no sabía si sentirse halagado o no por el hecho de que su madre, en forma tan obvia y repentina, hiciera recaer en él el peso de las responsabilidades y la acción. Se sentía orgulloso y a la vez curiosamente intimidado. Pero lo poseía una extraña animación. Casi, pensó, como si estuviera a punto de encontrar lo que había estado buscando durante mucho tiempo. Cuál había sido el objeto de aquella búsqueda, no sabía decirlo. Pero estaba excitado y no tenía mucho miedo.

Descolgó su arma, una combinación de doble caño de rifle y escopeta. El panrad seguía inmóvil.

–A lo mejor –dijo– ese peñasco está camuflando una base de espionaje –hasta a él le sonó ridículo lo que acababa de decir.

A sus espaldas, su madre contuvo el aliento y dejó escapar un grito. Eddie giró sobre sus talones y empuñó el arma, pero no había ningún blanco a la vista. Temblando, emitiendo sonidos incoherentes, su madre le señaló la cima de la montaña al otro lado del valle.

Él creyó ver una antena larga y fina que se proyectaba desde el peñasco monstruoso agazapado en la cúspide. Al mismo tiempo, dos pensamientos se disputaban el primer plano de su mente: uno, que era algo más que una simple coincidencia el que las dos montañas tuviesen en sus crestas estructuras de piedra casi idénticas, y dos, que la antena debió de ser tendida un momento antes, pues estaba seguro de no haberla visto la primera vez que miró.

Nunca llegó a comunicar a su madre sus conclusiones, pues algo delgado, flexible e irresistible lo asió por la espalda. Izado en el aire, fue transportado hacia atrás. Eddie dejó caer el arma y trató de asir las bandas o tentáculos que le rodeaban el cuerpo y de quebrarlo con sus manos. Inútil.

Tuvo una visión de su madre corriendo cuesta abajo. De pronto, una cortina se cerró y se encontró en la más impenetrable oscuridad.

#### **Capítulo cuarto**

Siempre suspendido en el aire, Eddie sintió que lo hacían girar en redondo. No podía estar seguro, claro está, pero tuvo la sensación de que ahora lo llevaban en dirección diametralmente opuesta. Al mismo tiempo, los tentáculos que le sujetaban los brazos y las piernas lo soltaron. Sólo la cintura seguía aprisionada, atenazada con tanta fuerza que lo hacía gritar de dolor.

Luego, las punteras de sus botas rebotaron contra una superficie elástica y se sintió empujado hacia adelante. Claudicante, enfrentado a quién sabe qué horrible monstruo, se sintió de pronto asaltado –no por un pico voraz ni por dientes ni por un cuchillo u otro mutilador instrumento cortante– sino por una oleada de aquel mismo olor a monos.

En otras circunstancias sin duda habría vomitado. Esta vez su estómago no tuvo tiempo de considerar si debía o no limpiar la casa. El tentáculo lo levantó a mayor altura y lo lanzó contra algo blando y elástico –algo carnoso y femenino– casi parecido a un pecho por su textura, suavidad y tibieza y por la delicada curva levemente insinuada.

Eddie sacó manos y pies para defenderse, pensando por un momento que iba a hundirse y quedar engullido, atrapado. La idea de una suerte de ameba gargantuesca escondida en una roca hueca –o en una concha de aspecto rocoso– lo hizo forcejear y gritar y empujar a aquella sustancia protoplasmática.

Pero no le aconteció nada de eso. No lo sumergieron en una gelatina asfixiante y legamosa que, luego de arrancarle la piel y la carne, disolviera sus huesos. Una y otra vez, lo hicieron rebotar contra la suave superficie turgente. Y cada vez que chocaba contra ella, la empujaba, le asestaba puntapiés o puñetazos. Al cabo de una docena de estos actos aparentemente incoherentes, lo levantaron como para observarlo, como si la criatura o la cosa que así lo sacudía estuviera intrigada por su comportamiento.

Había cesado de gritar. Ahora los únicos sonidos audibles eran su bronca respiración y los chistidos y silbidos del panrad. En el momento mismo en que empezó a escucharlos, los chistidos cambiaron de ritmo para estabilizarse en una serie identificable de pulsaciones –tres unidades que se repetían una y otra vez.

–¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

Naturalmente, también hubiera podido ser: «¿Qué eres tú?» o «¡Qué demonios!» o «¿Nor smoz ka pop?». O nada, semánticamente hablando.

Pero Eddie no creía que fuera esto último. Y cuando lo depositaron delicadamente en el piso, y el tentáculo desapareció en la obscuridad, sólo Dios sabe dónde, tuvo la certeza de que la criatura estaba comunicándose, o tratando de comunicarse con él.

Fue ese pensamiento el que lo disuadió de gritar y echar a correr por aquella cámara tenebrosa y fétida, buscando locamente una salida. Dominando su pánico, abrió un pequeño obturador del cilindro del panrad e introdujo en él el dedo índice de su mano derecha. Lo apoyó en el interruptor sin llegar a oprimirlo, y en el preciso momento en que el aparato cesó de transmitir, él emitió a su vez, lo mejor que pudo, las pulsaciones que había recibido. No tuvo necesidad de encender la luz y hacer girar el dial para sintonizar la banda de los mil kilociclos.

El instrumento sintonizaría automáticamente esa frecuencia con la que acababa de recibir.

Lo más curioso era que el cuerpo le temblaba de los pies a la cabeza en forma casi incontrolable, con la sola excepción de una parte: su dedo índice, la única unidad que, le pareció, tenía una función claramente definida en esta situación por lo demás confusa. Era la parte de sí mismo que lo estaba ayudando a sobrevivir, la única parte que, por el momento, sabía lo que tenía que hacer. Hasta su cerebro parecía estar totalmente desvinculado de su dedo. Ese dígito era él mismo, y el resto sólo estaba unido a él por puro azar.

Cuando se interrumpió, comenzó otra vez el transmisor. Esta vez las unidades eran irreconocibles. Tenían cierto ritmo, pero no pudo darse cuenta qué significaban. Entre tanto, el DR emitía breves silbidos secos y entrecortados. Algo, un haz, en algún lugar de aquella oscura caverna, no le perdía pisada.

Apretó un botón de la tapa del panrad y la linterna empotrada en el aparato alumbró el área que tenía frente a él. Vio una pared de una substancia gomosa de color gris rojizo. En la pared se destacaba una ligera turgencia gris de forma vagamente circular, de poco más o menos un metro veinte de diámetro. A su alrededor, confiriéndole cierta semejanza con una medusa, había enroscados doce tentáculos muy largos y muy delgados.

Pese al temor de que si les daba la espalda los tentáculos pudieran asirlo de nuevo, su curiosidad lo instó a darse vuelta y examinar los alrededores a la luz de su linterna. Se encontraba en una cámara ovoide de unos diez metros de largo, cuatro de ancho y dos y medio a tres de altura en el centro. Estaba constituida por una substancia gris rojiza de textura uniforme con excepción de conductos azules y rojos, a intervalos irregulares. ¿Venas y arterias?

Una porción de la pared que tenía las dimensiones de una puerta presentaba una ranura vertical que la recorría de arriba a abajo y estaba también flanqueada por tentáculos. Eddie supuso que debía ser una especie de iris, el cual se había abierto para arrastrarlo a él al interior. Tentáculos agrupados en forma de estrella de mar aparecían aquí y allá por las paredes o colgaban del techo. En la pared opuesta a la del iris había un tallo largo y flexible provisto, en su extremo libre, de una golilla cartilaginosa. Cada vez que Eddie hacía algún movimiento, el tallo se movía y su extremo ciego lo seguía como una antena de radar sigue el rastro del objeto que intenta situar. Eso era. Y a menos que estuviese muy equivocado, el tallo era al mismo tiempo un receptor-transmisor de onda continua.

Paseó en torno el haz de su linterna. Cuando llegó al extremo más distante, contuvo el aliento. ¡Amontonadas, de frente a él había diez criaturas! Del tamaño de cerdos a medio crecer, a nada se parecían tanto como a caracoles despojados de sus conchas; carecían de ojos y el tallo que crecía de la frente de cada uno era una réplica diminuta del de la pared. No parecían peligrosos. Sus bocas, abiertas, eran pequeñas y sin dientes y su ritmo de locomoción debía ser lento, pues se arrastraban como caracoles sobre un ancho basamento muscular... un pie de carne.

Empero, si se quedaba dormido, aquellos seres podrían dominarlo por su fuerza numérica y quizás esas bocas segregaran un ácido capaz de digerirlo, o tuvieran un secreto agujón ponzoñoso.

Sus lucubraciones fueron interrumpidas en forma violenta. Se sintió aprisionado, alzado en vilo y pasado a otro grupo de tentáculos. Llevado hasta más allá del tallo-antena, en dirección a las criaturas caracolimorfas. Justo antes de llegar al sitio donde se encontraban, lo inmovilizaron, de cara a la pared. Un iris, invisible hasta ese momento, se abrió de pronto. Eddie lo iluminó con el haz de su linterna, pero sólo alcanzó a divisar circunvoluciones de carne.

Su panrad emitió una nueva serie de señales –pin-pon-pen-pan–. El iris se dilató hasta alcanzar el ancho suficiente para admitir su cuerpo si se lo introducía de cabeza. O por los pies. Lo mismo daba para el caso. Los repliegues se desenmarañaron y se convirtieron en un túnel. O en una garganta. De miles de hoyos diminutos emergieron miles de dientes pequeñísimos, afilados como navajas. Centellearon un instante y volvieron a hundirse, pero antes de que hubieran desaparecido, mil otras diminutas lanzas maléficas se precipitaron hacia afuera adelantándose a los colmillos que retrocedían.

Moledora de carne.

Más allá de aquella formación asesina, en el fondo de la garganta, había una enorme bolsa de agua. Exhalaba vapor, y con el vapor un aroma semejante al del guiso de mamá. Trocitos de algo oscuro, presumiblemente carne, y pedazos de legumbres flotaban en la hirviente superficie.

Luego el iris se cerró, y lo pusieron de frente a las babosas. Suave, pero inequívocamente, un tentáculo le azotó las nalgas. Y el panrad chistó una advertencia.

Eddie no era tonto. Ahora sabía que las diez criaturas no eran peligrosas a menos que él las molestase. En cuyo caso, acababa de ver adonde iría a parar si no se portaba bien.

Una vez más fue izado y transportado a lo largo de la pared hasta rebotar contra la mancha gris claro. El olor a jaula de monos, que se había atenuado, volvió a intensificarse. Eddie descubrió que provenía de un pequeño orificio que apareció en la pared.

Cuando no reaccionó –no tenía aún idea alguna de cómo se suponía que debía actuar– los tentáculos lo soltaron en forma tan sorpresiva que cayó de espaldas. Ileso al rebotar sobre la carne muelle, se levantó.

¿Cuál podría ser el próximo paso? Inventario de recursos. Recuento: el panrad. Un saco de dormir, que no iba a necesitar mientras persistiese la presente temperatura demasiado cálida. Un frasco de cápsulas *Old Red Star*. Un botella térmica con su correspondiente pezón. Una caja de raciones A-2-Z. Un hornillo plegadizo. Cartuchos para su arma de doble caño, que ahora yacía fuera de la concha rocosa de la criatura. Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Dentífrico. Jabón. Toalla. Píldoras: Nodor, hormona, vitamina, longevidad, reflejo y somníferas. Y un alambre fino como un hilo, de treinta metros de longitud cuando estaba desenrollado, que aprisionaba en su estructura molecular cien sinfonías,

ochenta óperas, mil tipos de piezas musicales diferentes y dos mil obras famosas de la literatura, que abarcaban de Sófocles a Dostoievsky y los *best-sellers* más recientes. Podía hacerlo funcionar en el interior del Panrad.

Lo insertó, apretó un botón y habló:

–Grabación de Eddie Fetts de *Che Gélida Manina* de Puccini, por favor.

Y mientras escuchaba complacido su magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de la mochila. Su madre había guardado en ella el resto del guiso de su última comida en la nave.

Sin saber lo que le sucedía, pero seguro, por alguna misteriosa razón, de que por el momento estaba a salvo, mascó lentamente la carne y las legumbres con genuina satisfacción. Tal transición de la repugnancia al apetito era frecuente en Eddie.

Limpió la lata y finalizó la merienda con un par de galletitas y una tableta de chocolate. El racionamiento quedaba excluido. Mientras le durasen los víveres, comería bien. Luego, si nada nuevo ocurría... Pero para entonces –se tranquilizó mientras se chupaba los dedos–, su madre, que estaba en libertad, encontraría algún medio de sacarlo del atolladero. Como siempre lo hiciera.

### Capítulo quinto

El panrad, silencioso durante un rato, empezó a emitir señales. Eddie proyectó el haz de su linterna sobre la antena y vio que apuntaba en dirección a los seres caracoliformes, a los cuales, siguiendo su costumbre, les había puesto ya un apodo. Babbos los llamaba.

Los Babbos reptaron hacia la pared y se detuvieron antes de llegar a ella. Sus bocas, situadas en lo alto de sus cabezas, se abrían y cerraban como los picos de otros tantos pichones famélicos. El iris se abrió y dos labios adoptaron la forma de una espita. Una espita de la cual manaba un chorro de agua hirviente con trocitos de carne y legumbres. ¡Guiso! ¡Guiso que caía con precisión infalible en cada boca ávida!

Así fue como Eddie aprendió la segunda frase del lenguaje de Mamá Polífema. El primer mensaje había sido: «¿Qué eres tú?» Éste era: «¡Venid a buscarlo!»

Eddie experimentó. Emitió una repetición de lo que acababa de oír. Al unísono, los Babbos –con excepción del que estaba siendo alimentado– volviéronse a él y reptaron unos pocos centímetros antes de detenerse, perplejos.

Puesto que Eddie estaba transmitiendo, los Babbos debían de tener una especie de BD interno. De lo contrario, no habrían podido distinguir sus pulsaciones de las de su Madre.

Inmediatamente después, un tentáculo azotó a Eddie a través de los hombros y lo derribó. El panrad crepitó su tercer mensaje inteligible: «¡No lo hagas nunca más!»

Y luego un cuarto, una orden que los diez cachorros obedecieron, reptando hasta retornar a su primitiva posición.

–Por aquí, hijos.

Sí, ellos eran la prole; vivían, comían, dormían, jugaban y aprendían a comunicarse en el útero de su Madre... la Madre. Eran la descendencia móvil de esa vasta criatura inmóvil que había atrapado a Eddie como una rana atrapa a una mosca. Esta Madre. Ella que, a su vez, había sido un Babbo hasta que creció y adquirió las dimensiones de un cerdo y fue expulsada del útero de su Madre. Y que, enrollada en apretado ovillo, había rodado cuesta abajo por la ladera de su montaña natal, se había abierto al llegar al pie, trepado lentamente la ladera de la montaña vecina, rodado otra vez cuesta abajo, y así sucesivamente. Hasta encontrar la concha vacía de una adulta muerta. O, si quiso ser una ciudadana de primera categoría en el seno de una sociedad y no una desprestigiada *occupée*, buscó la cresta desnuda de una alta montaña –cualquier eminencia que abarcara una gran franja de territorio– y allí se acurrucó.

Y echó muchos zarcillos delgados como hilos en el suelo y en las fisuras de las rocas, zarcillos que se sustentaron de la grasa de su cuerpo y que crecieron y se extendieron hacia abajo y se ramificaron en nuevos zarcillos. Bajo tierra, las raicillas trabajaban; la química instintiva; buscando y encontrando el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el nitrógeno, el carbono; seduciendo a las lombrices de tierra y a los gorgojos y a las larvas, acosándolos hasta arrancarles los secretos de sus grasas y proteínas; desmenuzando las sustancias necesarias en oscuras partículas coloidales; aspirándolas por los conductos filiformes de los zarcillos, y de allí al cuerpo pálido y adelgazado, acurrucado en un espacio llano en la cima de un cerro, una montaña, una cumbre.

Allí, utilizando los diseños almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo tomó los bloques de elementos de construcción y modeló con ellos una delgadísima concha de los materiales más abundantes, un broquel lo suficientemente espacioso para poder refugiarse en él mientras sus enemigos naturales, las ladinas y famélicas bestias depredadoras que rondaban por el penumbroso Baudelaire, lo olían y arañaban en vano.

Entonces, la mole de su cuerpo, en perpetuo crecimiento, formaba sus repliegues y reabsorbía la dura corteza. Y si durante ese período de unos pocos días no la descubrían dientes afilados, forjaría un caparazón nuevo y más grande. Y así sucesivamente doce veces, o quizá más.

Hasta convertirse en el cuerpo monstruoso y profundamente transformado de una hembra adulta y virgen. Por afuera estaba la sustancia que tanto se parecía a un peñasco y que era, en verdad, roca; granito, diorita, mármol, basalto y quizá simple piedra caliza. O algunas veces hierro, vidrio o celulosa.

En el interior, en el centro mismo, estaba el cerebro, probablemente tan grande como el de un hombre. A su alrededor, las toneladas de órganos: el sistema nervioso, el potente corazón –o los corazones–, los cuatro estómagos, los generadores de microondas y ondas largas, los riñones, los intestinos, la tráquea, los órganos del olfato y el gusto, la fábrica de perfumes que producía los olores excitantes que atraían a los animales, pájaros, y el inmenso útero. Y las antenas; la pequeña antena interna para instruir y vigilar a la prole, y un tallo largo y poderoso en el exterior, retráctil en caso de peligro, que se proyectaba desde el vértice del caparazón.

El paso siguiente consistía en la transición de virgen a Madre, condición inferior a condición superior, que ella indicaba en su lenguaje pulsátil por medio de una pausa más prolongada antes de una palabra. No podía, hasta ser desflorada, ocupar un lugar prominente en su sociedad. Sin recato, sin rubores, ella misma tomaba la iniciativa, hacia las proposiciones amorosas, ella se ofrecía y se entregaba.

Después de lo cual, se comía a su macho.

El reloj del panrad le dijo a Eddie que llevaba treinta días de prisión cuando se enteró de esta pequeña novedad. Lo escandalizó, no porque ofendiera a su moral, sino porque él mismo había estado destinado a ser el macho. Y la cena.

Su dedo pulsó:

–Dime, Madre ¿qué quieres decir?

No se había preguntado hasta ese momento cómo podría reproducirse una especie que carecía de machos. Ahora descubría que, para las Madres, todas las criaturas, excepto ellas mismas, eran machos. Las Madres eran inmóviles y hembras. Los móviles eran machos. Eddie era un móvil. Por consiguiente, era un macho.

Eddie había conocido a esta Madre durante la época del celo, es decir, a mitad de camino en la cría de una camada de pequeñuelos. Ella lo había detectado cuando avanzaba por la orilla del riacho, en el valle. Cuando él llegó al pie de la montaña, había detectado su olor. Era un olor nuevo para ella. Lo más semejante que pudo encontrar en sus bancos de memoria fue el olor de una bestia que se le parecía. Por la descripción que ella le hizo, él sospechó que se trataba de un mono. Así pues, había descargado de su repertorio aquel olor a mono en celo. Cuando él, aparentemente, cayó en la trampa, lo cazó.

Lo que él debía hacer era atacar el núcleo conceptivo, esa turgencia de color gris claro de la pared. Después que la hubiera tajado y desgarrado lo suficiente como para que comenzaran los misteriosos procesos de la preñez, sería arrojado en su iris-estómago.

Por suerte para él, Eddie no tenía el pico afilado, no tenía el colmillo ni la zarpa. Y ella había recibido del panrad las mismas señales que había transmitido.

Eddie no comprendía por qué era necesario tener un móvil para el apareamiento. Una Madre tenía la inteligencia suficiente como para recoger una piedra filosa y lacerarse ella misma el lugar.

Se le hizo comprender que la concepción no se produciría si no estaba acompañada por cierta estimulación placentera de los nervios: un frenesí y su satisfacción. Por qué era necesario ese estado emocional, Madre no lo sabía.

Eddie intentó explicarle cosas tales como los genes y los cromosomas y por qué razón tenían que estar presentes en las especies más evolucionadas.

Madre no comprendió.



Eddie se preguntó si el número de tajos y heridas infligidos al núcleo correspondían al número de vástagos. O si había un número mayor de posibilidades en las cintas hereditarias esparcidas bajo el tegumento conceptivo. Y si la irritación fortuita y la consiguiente estimulación de los genes era comparable a la fortuita combinación de genes en el apareamiento del macho y la hembra humanos, lo cual daba como resultado hijos con rasgos que eran combinaciones de los de sus progenitores.

¿Acaso la devoración inevitable del móvil, una vez consumado el acto, entrañaba algo más que un mero reflejo emocional y alimentario? ¿O sugería que el móvil, con sus garras y picos, se apoderaba de los nodogenes junto con los jirones de piel, y que esos genes, al sobrevivir a la cocción en el estómago-marmita, eran luego expulsados con las heces? ¿Era allí donde con sus picos, dientes o patas los recogían los animales y los pájaros, y luego, al ser aprisionados por otras Madres, en ese indirecto acto de violación, llevaban los agentes portadores de la herencia al núcleo conceptivo en el momento mismo del ataque e implantaban los nódulos en la piel y la sangre de la turgencia mientras otros nódulos se preparaban para recomenzar el ciclo? Y luego, ¿los móviles eran comidos, digeridos y expulsados en este ciclo obscuro pero interminable? ¿Se aseguraba así la continua, si bien fortuita, combinación de genes, la posibilidad de variación en la descendencia, las oportunidades de mutaciones, y así sucesivamente<sup>7</sup>

Madre pulsó que estaba perpleja.

Eddie desistió. Jamás lo sabría. ¿Acaso importaba, después de todo?

Decidió que no y abandonó la posición postrada para pedir agua. Ella estiró su iris y vertió en el termo un litro de agua tibia. Eddie le echó una píldora y lo agitó hasta disolverla. Y bebió un facsímil soportable de *Old Red Star*. Prefirió el fuerte y áspero whisky de centeno, aunque hubiera podido darse el lujo de uno más suave. Lo que le interesaba era obtener resultados inmediatos. El sabor en sí no le importaba, pues detestaba por igual el de todas las bebidas alcohólicas. Bebió entonces ese brebaje que, con estremecimientos de repulsión, bebían todos los borrachines que patinaban en las callejas próximas a las cantinas, y al que rebautizaban con el nombre de *Old Rotten Tar*<sup>1</sup>, maldiciendo la mala estrella de haber caído tan bajo como para tener que tragar tamaña inmundicia.

El whisky ardió en su vientre y se dispersó rápidamente por sus miembros y trepó a su cabeza. La única sensación de frío era el pensar en las pocas cápsulas que le quedaban. Cuando se le acabasen ¿qué sería de él? Era en momentos como aquél cuando más echaba de menos a su madre.

El pensar en ella le hizo brotar algunos lagrimones. Moqueó y bebió otro sorbo y cuando el más grande de los Babbos le pidió, con un codazo, que le rascase el lomo, Eddie le echó en la boca un chorro de *Old Red Star*. Un trago para un Babbo. Se preguntó, en vano, qué efecto tendría en el futuro de la raza la afición al whisky.

---

<sup>1</sup> Juego de palabras intraducible. *Old Red Star* significa Estrella Roja Añeja. *Old Rotten Tar*, Viejo Alquitrán Podrido. (*N. de la T.*)

En ese momento lo asaltó una idea que se le ocurrió salvadora. Estas criaturas podían sorber de la tierra los elementos necesarios para elaborar con ellos estructuras moleculares sumamente complejas. Siempre y cuando, es claro, tuviesen una muestra de la substancia deseada, para empollarla en algún órgano críptico.

Pues bien, ¿qué más sencillo que darle a ella una de las codiciadas cápsulas? Una podía convertirse en cualquier cantidad. Esas cápsulas, más el agua bombeada en el riacho cercano, daría lo suficiente como para poner verde de envidia al patrón de cualquier destilería clandestina.

Se lamió los labios y estaba a punto de emitir su pedido, cuando lo que ella estaba transmitiendo despertó su curiosidad.

Casi malignamente comentaba que su vecina del otro lado del valle se estaba dando ínfulas porque también ella tenía prisionero a un móvil comunicante.

### **Capítulo sexto**

Las Madres tenían una sociedad tan jerárquica como el protocolo de mesa en Washington o el orden del picoteo en un corral. Lo que contaba era el prestigio, y el prestigio estaba determinado por la potencia trasmisora, la altura de la eminencia en la cual la Madre estaba asentada, que determinaba a su vez el alcance territorial de su radar, y por la abundancia, la originalidad y el ingenio de sus chismorreos. La criatura que había atrapado a Eddie era una reina. Gozaba de precedencia sobre unas treinta de su misma especie; todas ellas debían permitirle transmitir primero y ninguna se atrevía a empezar a pulsar hasta que ella callaba. Luego, la segunda en orden jerárquico comenzaba, y así en orden descendente. Cualquiera de ellas podía ser interrumpida en cualquier momento por la Número Uno, y si alguna de jerarquía inferior tenía algo interesante para transmitir, podía interrumpir a la que estaba hablando y obtener el permiso de la reina para narrar su historia.

Eddie conocía este hecho, pero no podía sintonizar directamente el cotorreo entre cumbre y cumbre. El espeso caparazón pseudogranítico se lo impedía y lo obligaba a depender del tallo uterino de la Madre para recibir información retransmitida.

De tanto en tanto Madre abría la puerta y dejaba salir a su prole a reptar por los alrededores. Allí practicaban emisión y transmisión con los Babbos de la Madre del otro lado del valle. Alguna que otra vez esa Madre se dignaba pulsar para los pequeños y la carcelera de Eddie se lo retribuía transmitiendo para sus retoños.

Reciprocidad.

La primera vez que los chiquillos se habían desplazado pasito a paso a través del iris-salida, Eddie había intentado, imitando a Ulises, hacerse pasar por uno de ellos y reptar puertas afuera entre la manada. Sin ojos, mas no Polifemo. Madre lo había izado con sus tentáculos y llevado de vuelta al interior.

Fue a raíz de este incidente que él le puso el nombre de Polífema.

Sabía que ella había acrecentado inmensamente su ya poderoso prestigio por poseer esa rareza única –un móvil trasmisor–. Tanto había crecido su importancia

que las Madres de los confines de su zona de influencia retransmitían las noticias de Polifema a las más alejadas. Antes que Eddie hubiera aprendido su lenguaje, ya el continente entero estaba enganchado. Polifema se había convertido en una verdadera columnista de chismografía. Decenas de miles de criaturas acurrucadas en cumbres montañosas escuchaban con avidez los pormenores de sus relaciones con la paradoja andante: un macho semántico.

Eso había sido maravilloso. Luego, muy recientemente, la Madre del otro lado del valle había capturado a una criatura similar. Y se había convertido de golpe en la Número Dos de la región. Y al mínimo traspíe por parte de Polifema, conquistaría para sí el rango supremo.

Eddie se excitó terriblemente con esta novedad. Había fantaseado a menudo con su madre, preguntándose en qué andaría. Cosa curiosa, terminaba muchas de aquellas fantasías refunfuñando, reprochándole casi audiblemente el haberlo abandonado, el no hacer nada por tratar de rescatarlo. Cuando tomaba conciencia de su actitud, se sentía avergonzado. No obstante, el sentimiento de abandono estaba siempre presente en sus pensamientos.

Ahora sabía que estaba viva y que había sido capturada, probablemente mientras trataba de rescatarlo. Despertó del letargo que durante los últimos días lo había hecho dormitar, por así decirlo, de sol a sol. Le preguntó a Polifema si abriría su iris para permitirle hablar directamente con el otro cautivo. Ansiosa por escuchar una conversación entre dos móviles, ella se mostró muy asequible. Esa conversación le proporcionaría material para una montaña de chismes. Lo único que empañaba su alegría era el saber que también la otra Madre tendría acceso a ellos.

Luego, recordando que todavía era la Número Uno, y que sería la primera en propalar los detalles, tembló con tanto orgullo y éxtasis que Eddie sintió que el piso trepidaba bajo sus pies.

Abierto el iris, Eddie salió por él y atisbo hacia el otro lado del valle. Las faldas de las montañas seguían estando verdes, rojas y amarillas, porque en Baudelaire las plantas no perdían su follaje durante el invierno. Pero unas pocas manchas blancas indicaban que ya había llegado la estación de las nieves. La mordedura del aire frío sobre su piel desnuda lo hizo tiritar. Hacía tiempo que se había quitado sus ropas. El calor uterino se las había tornado insoportables; además, Eddie, por ser humano, había tenido que desembarazarse de sus desechos. Y Polifema, por ser una Madre, había tenido que expulsar la suciedad con un chorro de agua caliente proveniente de uno de sus estómagos. Cada vez que las ventosas del conducto soltaban torrentes que arrastraban los desperdicios a través de la puerta-iris, Eddie se empapaba hasta los tuétanos. Cuando renunció a estar vestido, sus ropas habían salido flotando hacia el exterior. Y sólo sentándose sobre ella había evitado que su mochila corriese la misma suerte.

Acto seguido, él y los Babbos habían sido secados con aire caliente bombeado a través de las mismas ventosas y proveniente de la poderosa serie de pulmones. Eddie se sentía bastante a gusto –siempre le habían gustado las duchas– pero la pérdida de sus ropas había sido otra de las razones que le impidiera escapar. Afuera, a menos que encontrase rápidamente la nave, no tardaría en morir de frío. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

Así pues, ahora, al salir al exterior, retrocedió uno o dos pasos para que el aire templado de Polifema lo envolviese desde los hombros como una capa.

Escudriñó la media milla que lo separaba de su madre, pero no alcanzó a verla. La luz crepuscular y la obscuridad que reinaba en el interior de su captora se la ocultaban.

Señalizó en Morse:

–Conecta el parlante, misma frecuencia.

Paula Fetts hizo lo que su hijo le indicaba. Empezó por preguntarle frenéticamente si se encontraba bien.

Le respondió que estaba muy bien.

–¿Me has extrañado terriblemente, hijo?

–Oh, muchísimo.

Y mientras le decía esto, se preguntaba vagamente por qué su voz sonaría tan hueca. La desesperación de no volver a verla nunca más, probablemente.

–Yo casi me vuelvo loca, Eddie. Cuando te capturaron eché a correr a todo lo que me daban las piernas. No tenía ninguna idea de qué clase de horrible monstruo era el que nos estaba atacando. Y entonces, a mitad de camino cuesta abajo, me caí y me fracturé una pierna...

–¡Oh, no, mamá!

–Sí. Pero conseguí arrastrarme hasta la nave. Y allí, después de componérmela, me di inyecciones de B. K. Sólo que mi organismo no reaccionó como era de esperar. Hay personas así, tú sabes, tardé el doble en curarme.

«Pero ni bien pude caminar, saqué un arma y una caja de dinamita. Iba a volar lo que suponía era una especie de fortaleza en la roca, una avanzada de algún ser extraterrestre. No tenía idea alguna de la verdadera naturaleza de estas bestias. Ante todo, sin embargo, decidí explorar. Iba a espiar el peñasco desde el otro lado del valle. Pero esta cosa me atrapó.

«Óyeme, hijo, antes que me interrumpan, quiero decirte que no pierdas las esperanzas. Dentro de poco saldré de aquí e iré a rescatarte.»

–¿Cómo?

–No sé si recordarás que mi maletín de laboratorio contiene una serie de carcinógenos para trabajo de campo. Bueno, tú sabes que algunas veces el núcleo conceptual de una Madre cuando es desgarrado durante la fecundación, en vez de engendrar pequeñuelos, degenera en cáncer –lo contrario de la preñez–. Le he inyectado un carcinógeno en el núcleo y ya ha desarrollado un precioso carcinoma. Morirá dentro de pocos días.

–¡Mamá! ¡Quedarás sepultada debajo de esa mole en putrefacción!

–No. Esta criatura me ha dicho que cuando muere una de su especie, un reflejo abre los labios. Ello para permitir que su prole –si la tiene– pueda escapar. Escucha, yo...

Un tentáculo se enroscó alrededor de Eddie y lo llevó nuevamente al interior del iris, el cual se cerró.

Cuando volvió a conectar O. C., oyó:

–¿Por qué no comunicaste? ¿Qué estuviste haciendo? ¡Dime! ¡Dímelo!

Eddie se lo dijo. Hubo un silencio que sólo podía interpretarse como desconcierto. Una vez que Madre volvió a sus cabaes, le dijo:

–De ahora en adelante hablarás con el otro macho por mi intermedio.

Era evidente que envidiaba y detestaba su capacidad de cambiar de longitud de onda y quizá le había costado aceptar la idea.

–Por favor –insistió Eddie, sin saber lo peligrosas que eran las aguas en que se estaba internando–. Por favor, déjame hablar con mi madre de...

Por primera vez la oyó tartamudear.

–¿C-c-cómo? ¿Tu m-m-Madre?

–Sí, por supuesto.

El piso se estremeció bajo sus pies. Eddie gritó y se sujetó para no caer y finalmente encendió la luz. Las paredes latían como gelatina sacudida y las columnas vasculares habían virado del rojo y el azul al gris. El iris-entrada colgaba como una boca laxa, abierto de par en par y el aire se enfriaba. Percibía con las plantas de los pies el brusco descenso de temperatura en la carne de Madre.

Eddie tardó un rato en comprender.

Polifema se encontraba en estado de shock.

Lo que habría podido acontecer si hubiera permanecido en ese estado, nunca lo supo. Ella hubiera podido morir y expulsarlo fuera de su concha, al frío del invierno, antes de que su madre pudiese escapar. En cuyo caso, si no encontraba la nave, moriría. Acurrucado en el rincón más caliente de la cámara ovoide, Eddie consideró esa posibilidad que lo hizo temblar con una intensidad que el frío proveniente del exterior no justificaba.

### **Capítulo séptimo**

Sin embargo, Polifema tenía su propio método curativo. Consistía en vomitar el contenido de su estómago-marmita, que indudablemente se había llenado con los venenos expulsados por su sistema a causa de la conmoción. La evacuación de esos venenos era la manifestación física de la catarsis psíquica. El diluvio era tan impetuoso que su hijo adoptivo estuvo a punto de ser arrastrado por la hirviente marejada, pero ella, en una reacción instintiva, había enroscado sus tentáculos alrededor de Eddie y de los Babbos. Luego de la primera arcada, había evacuado

sus otras tres bolsas de agua, la segunda caliente y la tercera tibia y la cuarta, recién llenada, fría.

Eddie gimoteó cuando el agua helada lo empapó.

Los iris de Polifema volvieron a cerrarse. Poco a poco, el piso y las paredes cesaron de temblar; la temperatura se elevó; y sus venas y arterias recuperaron su coloración roja y azul. Estaba otra vez bien. O parecía estarlo.

Pero cuando, al cabo de veinticuatro horas de espera, él intentó, cautelosamente, abordar el tema, descubrió que ella no sólo no quería hablar de él, sino que se negaba a admitir la existencia del otro móvil.

Eddie, renunciando a toda esperanza de conversación, caviló durante largo rato. La única conclusión a que pudo llegar, y estaba seguro de haber captado su psicología lo suficiente para convalidarla, fue que el concepto de un móvil hembra era para ella absolutamente inadmisibile.

Su mundo estaba dividido en dos: lo móvil y su propia especie, lo inmóvil. Móvil significaba alimento y apareamiento. Móvil significaba macho. Las Madres eran... hembras.

Cómo se reproducían los móviles era algo que tal vez nunca había entrado en las mentes de estas criaturas acurrucadas en las montañas. Su ciencia y su filosofía no pasaban del nivel instintivo-corporal. Si tenían alguna noción de que la generación espontánea o la fisión amebiana podía ser responsable de la continua población de móviles, o si daban simplemente por sentado que éstos «crecían», como Topsy, Eddie nunca lo descubrió. Para ellas, ellas eran hembras y el resto del cosmos protoplasmático era macho.

Así eran las cosas. Cualquier otra idea era más que inmundada, obscena y blasfema. Era... impensable.

Sus palabras habían infligido a Polifema un profundo trauma. Y aunque al parecer se había recobrado, en algún lugar recóndito de aquellas toneladas de carne inimaginablemente complicada, había quedado sepultada una magulladura. Como un capullo cárdeno, había florecido, oculta, y la sombra que proyectaba aislaba cierto recuerdo, cierto tramo de la memoria, de la luz de la conciencia. Y esa sombra amoratada cubría el tiempo y el suceso que la Madre, por razones insondables para el ser humano, consideraba necesario excluir con la señal NO ACERCARSE.

Así, aunque Eddie no lo expresara con palabras, lo comprendió en las células de su cuerpo, lo intuyó y lo supo, como si sus huesos estuviesen profetizando sin que su cerebro lo oyera, lo que habría de pasar.

Sesenta y seis horas más tarde en el reloj del panrad, los labios-entrada de Polifema se abrieron. Sus tentáculos se precipitaron fuera de la cámara, para volver trayendo a su madre que forcejeaba, desvalida.

Eddie, bruscamente despertado, horrorizado, paralizado, la vio arrojarle su maletín de laboratorio y la oyó proferir un grito inarticulado. Y la vio caer, de cabeza, en el interior del iris-estómago.

Polifema había recurrido a la única forma segura de enterrar la prueba.

Eddie yacía boca abajo, la nariz aplastada contra la tibia y apenas palpitante carne del piso. De vez en cuando sus manos se cerraban espasmódicamente como si trataran de asir alguna cosa que alguien ponía una y otra vez a su alcance para luego alejarla.

Cuánto tiempo había estado allí, no lo sabía, porque nunca más había mirado el reloj.

Por último, en la obscuridad, se incorporó y soltó una risita idiota.

–Mamá siempre hacía guisos sabrosos.

Esa frase fue el disparador. Volvió a apoyarse sobre sus manos, echó la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo en una noche de luna llena.

Polifema era, claro está, sorda como una tapia, pero pudo radar su postura, y su aguzado olfato dedujo del olor de su cuerpo que lo dominaban un miedo y una congoja terribles.

Un tentáculo se deslizó hacia afuera y lo envolvió suavemente.

–¿Qué te pasa? –siseó el panrad.

Él introdujo su dedo en el orificio de la perilla.

–¡He perdido a mi madre!

–¿?

–Se ha ido y ya nunca volverá.

–No entiendo. ¡Aquí estoy!

Eddie dejó de llorar e irguió la cabeza como si estuviese escuchando una voz interior. Moqueó un par de veces y se enjugó las lágrimas, se desprendió lentamente del tentáculo, lo acarició, fue hasta el rincón donde yacía su mochila, y sacó de ella el frasco de cápsulas de *Old Red Star*. Echó una en el termo; la otra se la entregó a ella con el pedido de que la duplicase, si le era posible. Luego se tendió de flanco, apoyado sobre un codo, como un romano en sus orgías, mamó el whisky del pezón y escuchó una miscelánea de Beethoven, Moussorgsky, Verdi, Strauss, Porter, Feinstein y Waxworth.

Así el tiempo –si había allí tal cosa– fluía a su alrededor. Cuando se cansaba de la música, el teatro o los libros, sintonizaba las emisoras locales. Cuando tenía hambre, se levantaba y caminaba –o a menudo reptaba simplemente– hasta el iris-marmita. En su mochila quedaban latas de raciones; él había planeado comerlas hasta tener la certeza de que... ¿qué era lo que le estaba prohibido comer? ¿Veneno? Algo había sido devorado por Polifema y los Babbos. Pero en algún momento, durante la orgía melo-alcohólica, había olvidado qué. Ahora comía con excelente apetito y sin pensar en nada más que en la satisfacción de sus necesidades.

Algunas veces el iris-puerta se abría, y Billy Verdulero saltaba al interior. Billy parecía una cruz de grillo y canguro. Tenía el tamaño de un perro ovejero y llevaba en una bolsa abdominal semejante a la de los marsupiales, legumbres, frutas y nueces. Las extraía con zarpas quitinosas, de un verde brillante y se las entregaba a Madre a cambio de comidas guisadas. Simbionte feliz, gorjeaba alegremente mientras sus ojos multifacetados, que giraban independientemente el uno del otro, contemplaban el uno a los Babbos y el otro a Eddie.

Eddie, impulsivamente, abandonó la banda de los 100 kilociclos y recorrió las frecuencias hasta que descubrió que tanto Polifema como Billy estaban emitiendo en la onda de 108. Ésa, al parecer, era su señal natural.

Cuando Billy tenía víveres para entregar, propalaba. Polifema, a su vez, cuando los necesitaba, le respondía. No había en Billy ninguna inteligencia; no era nada más que su instinto de transmitir. Y la Madre, aparte de la frecuencia «semántica», estaba limitada a esa única banda. Pero todo marchaba a pedir de boca.

### **Capítulo octavo**

Todo marchaba a pedir de boca. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, licor a discreción, cama mullida, aire climatizado, baños de ducha, música, obras intelectuales (en la cinta), conversación interesante (buena parte acerca de él), tranquilidad y seguridad.

Si ya no la hubiera bautizado, la habría llamado Madre Gratis.

Pero no todo era bonanza. Ella le había dado las respuestas a todas sus preguntas, a todas...

Excepto una.

Esa pregunta nunca había sido expresada verbalmente por él. En verdad, habría sido incapaz de formularla. Acaso, ni siquiera era consciente de que tenía esa duda.

Pero Polifema la expresó un día cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si lo hubiera ultrajado.

—¡Uno no...! ¡Uno no...!

Se atragantó, y en seguida pensó: ¡qué ridículo! Si ella no es...

Y pareció perplejo, y dijo:

—Pero es.

Se levantó y abrió el maletín de laboratorio. Mientras buscaba un escalpelo, encontró los carcinógenos. Los tiró afuera, a lo lejos, ladera abajo, por los labios entreabiertos.

Acto seguido se volvió y, escalpelo en mano, saltó a la protuberancia gris claro de la pared. Y se detuvo, mirándola azorado, mientras el instrumento se le caía de la mano. Y lo recogió y atacó débilmente, sin siquiera llegar a rasguñar la piel. Y otra vez lo dejó caer.



—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —crepité el panrad que colgaba de su muñeca.

De pronto, una espesa nube de olor humano —a sudor humano— le fue soplada al rostro desde una ventosa cercana.

—¿? ¿? ¿? ¿?

Y él seguía allí, encorvado, semiagazapado, aparentemente paralizado. Hasta que los tentáculos lo asieron con furia y lo arrastraron hacia el iris-estómago que se abría como para recibir a un hombre.

Eddie gritó y se retorció y metió el dedo en el panrad y señaló:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

Y cuando volvió a encontrarse frente al núcleo, lo atacó con súbita e indómita alegría; lo tajeó una y otra vez con furia salvaje, mientras vociferaba:

—¡Toma ésta! ¡Y ésta, P...!

El resto se diluyó en un grito incoherente.

No cesaba de cortar, y habría podido continuar hundiendo su escalpelo una y otra vez hasta aniquilar el núcleo si Polifema no hubiese intervenido, arrastrándolo nuevamente hacia su iris-estómago. Durante diez segundos estuvo allí, suspendido en el aire, desvalido, sollozante, poseído por una extraña mezcla de terror y de gloria.

Los reflejos de Polifema habían casi dominado su cerebro. Afortunadamente, una fría chispa de razón iluminó un rincón de la vasta, oscura y caliente capilla de su frenesí.

Los anillos de la tráquea de aquel estómago repleto de caldo y carne en ebullición se cerraron, los repliegues de carne recobraron su posición normal. Y súbitamente Eddie fue irrigado por un chorro de agua caliente proveniente de lo que él llamaba el estómago «sanitario». Cerróse el iris. Eddie fue depositado en el piso. El escalpelo fue puesto nuevamente en el maletín.

Durante largo rato Madre pareció trastornada por el pensamiento de lo que hubiera podido hacerle a Eddie. No se atrevió a transmitir hasta haber serenado sus nervios. Cuando se tranquilizó, no hizo alusión alguna a lo sucedido, a cómo Eddie se había salvado por un pelo. Tampoco él lo comentó.

Se sentía feliz. Era como si ahora, por alguna razón desconocida, un resorte, fuertemente enroscado y adherido a sus entrañas desde que él y su esposa se separaran, se hubiera liberado. Aquel vago, indefinible sentimiento de vacío y desazón, la ligera fiebre y la contracción de sus entrañas, la apatía que algunas veces lo afligía, habían desaparecido. Se sentía maravillosamente bien.

Mientras tanto, algo semejante a un profundo afecto se había encendido, como una diminuta bujía bajo la elevada y correntosa cúpula de una catedral. El caparazón de Madre ya no sólo lo cobijaba a Eddie; ahora lo henchía una emoción nueva para su especie. Esto lo puso en evidencia el suceso siguiente, que lo llenó de terror.

Porque las heridas del núcleo se curaron y la protuberancia aumentó de tamaño hasta convertirse en una bolsa enorme. Y de pronto, un día, la bolsa estalló y diez Babbos del tamaño de ratones cayeron al suelo. El impacto tuvo el mismo efecto que la palmada del médico en el trasero de un recién nacido; con dolor y terror respiraron por primera vez; sus pulsos débiles e incontrolados llenaron el éter de informes SOS.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polifema o escuchando transmisiones o bebiendo o durmiendo o comiendo o bañándose o pasando sus grabaciones, jugaba con los Babbos. Era, en algún sentido, su padre. A decir verdad, cuando los Babbos crecieron hasta adquirir las dimensiones de un cerdo, le era difícil a su progenitura diferenciarlo de su prole. Y como él ya rara vez caminaba, y solía estar de cuatro patas entre ellos, ella no alcanzaba a distinguirlo bien. Además, a causa de aquella atmósfera cargada de humedad, o quizá de la dieta, había perdido todo el pelo de su cuerpo. Engordó mucho. Su aspecto era, en términos generales, el mismo de uno de los pálidos, suaves, redondos y glabros retoños. Un parecido de familia.

Había una diferencia. Cuando llegó el momento en que las vírgenes debían ser expulsadas, Eddie, lloriqueando, reptó hasta un rincón y allí permaneció hasta tener la certeza de que Madre no lo iba a arrojar al mundo frío, cruel y voraz.

Una vez superada esa crisis última, volvió al centro del piso. El pánico se había acallado en su pecho, pero sus nervios seguían destemplados. Llenó su termo y durante un rato escuchó su propia voz de tenor entonando el aria «Cosas del Mar» de su ópera favorita, *El Viejo Marinero*, de Gianelli. De pronto, rompió a cantar y se acompañó a sí mismo, y se emocionó como nunca hasta entonces con los versos finales:

*Y liberado entonces de mi cuello  
al mar cayó el Albatros y cual plomo  
en sus aguas se hundió.*

Luego, callado de voz pero con el corazón cantando, apagó la grabación y sintonizó la onda de Polifema.

Madre se encontraba en apuros. No sabía cómo describir con exactitud a la audiencia continental esa emoción desconocida y casi inexpresable que sentía por el móvil. Era un concepto para el cual su lengua no estaba preparada. Y los galones de *Old Red Star* que tenía en su torrente sanguíneo no la ayudaban.

Eddie mamaba del pezón de plástico y meneaba la cabeza con soñolienta simpatía ante su esfuerzo por encontrar palabras. De pronto, el termo rodó de sus manos.

Se durmió sobre su flanco, enroscado como una pelota, las rodillas sobre el pecho y los brazos cruzados, el cuello inclinado hacia adelante. A semejanza del cronómetro de la cabina de comando, cuyas manecillas habían revertido su

marcha después del accidente, el reloj de su cuerpo pulsaba hacia atrás, hacia atrás...

En la oscuridad, en la humedad, protegido y caliente, bien alimentado, muy amado....

## **Hija**

¡Cq! ¡Cq!

Aquí Madre Cabezadura, pulsando.

Callad vosotras, vírgenes y Madres, mientras yo comunico. Escuchad, escuchad todas vosotras, las que estáis prendidas a esta transmisión. Escuchad y os contaré cómo dejé a mi Madre, cómo mis dos hermanas y yo construimos nuestros caparazones, cómo me defendí del feperozpo y por qué me he convertido en la Madre con el mayor prestigio, la concha más resistente, la emisora y trasmisora más potente y la pulsadora de un nuevo lenguaje.

En primer lugar, antes de narrar mi historia, diré a todas las que no lo saben que mi padre era un móvil.

No se crispen. Ésta es una vera-historia. No una no-vera-historia.

Padre era un móvil.

Madre pulsó:

–¡Fuera de aquí!

Y entonces, para demostrarnos que el horno no estaba para bollos, abrió su iris-salida.

Aquello nos llamó a la reflexión y nos hizo comprender que hablaba muy en serio. Antes, cuando abría de pronto su iris, lo hacía para que nosotras pudiésemos practicar emitiendo pulsaciones a las otras jóvenes acurrucadas a la entrada de los úteros de sus respectivas Madres, o enviar un respetuoso saludo a las Madres mismas, o hasta un breve mensaje a la Abuela, allá lejos, en la vertiente de una montaña. No porque Abuela lo recibiera, creo, porque nosotras, las jóvenes, éramos demasiado débiles para transmitir a tanta distancia. En todo caso, Abuela nunca acusó recibo.

A veces, cuando Madre se enojaba porque todas queríamos transmitir al mismo tiempo en lugar de pedirle permiso para hablar de a una por vez, o porque nos trepábamos por las paredes de su útero y nos largábamos al piso desde el techo con un chasquido, Madre pulsaba ordenándonos que nos fuésemos a construir nuestros propios caparazones. Hablaba en serio, decía. Entonces nosotras, según nuestro humor, nos tranquilizábamos o nos poníamos más revoltosas. Madre sacaba entonces sus tentáculos y nos daba una buena tunda. Si no surtía efecto, nos amenazaba con el feperozpo. Eso sí surtía efecto. Es decir, lo surtió mientras no abusó de ese recurso. Después de un tiempo dejamos de creer en la existencia del feperozpo. Pensábamos que Madre estaba inventando una no-vera-historia. Sin embargo, hubiéramos tenido que saber que no era así, porque Madre detestaba las no-vera-historias.

Otra cosa que le alteraba los nervios eran nuestras conversaciones con Padre en Morposepe. Aunque él le había enseñado su lengua, se había negado a enseñarle Morposepe. Cuando quería enviarnos mensajes que sabía que no contarían con su aprobación, los pulsaba en nuestro idioma privado. Ésa fue otra

de las cosas, creo, que terminaron por enfurecer tanto a Madre, que nos echó a pesar de los ruegos de Padre de que nos permitiese permanecer cuatro estaciones más.

Debéis comprender que nosotras, las vírgenes, habíamos permanecido en el útero mucho más tiempo del que era natural. La causa de tal anomalía fue Padre.

Era un móvil.

Sí, ya sé lo que van a decirme: que todos los padres son móviles.

Pero él era Padre. Era el móvil pulsátil.

Sí, también él podía. Podía competir con la mejor de nosotras. O quizá no él mismo. No directamente. Nosotras pulsamos con los órganos de nuestro cuerpo. Pero Padre, si comprendí bien las cosas, usaba una cierta criatura que era exterior a su cuerpo. O tal vez fuese un órgano independiente de él.

Lo cierto es que no poseía órganos internos o tallos pulsátiles que brotaran de él. Usaba a esa criatura, esa r-a-d-i-o, como él la llamaba. Y funcionaba a la perfección.

Cuando dialogaba con Madre, lo hacía en Madrepulso o en su propio lenguaje, movilpulso. Con nosotras hablaba en Morposepe. Es casi igual al movilpulso, con una pequeña diferencia. Madre nunca descubrió la diferencia.

Cuando termine mi historia, queridita, te enseñaré el Morposepe. Me han irradiado la noticia de que tienes suficiente prestigio como para ingresar en nuestra hermandad de las Altas Cumbres y aprender por lo tanto nuestro secreto de comunicación.

Madre decía que Padre tenía dos formas de pulsar. Además de su radio, que utilizaba para comunicarse con nosotras, podía pulsar de otra manera. Tampoco utilizaba pun-pin-pan-rama. Para transmitir esas pulsaciones necesitaba aire y las enviaba con el mismo órgano que le servía para comer. El sólo pensarlo revuelve el estómago, ¿no?

A Padre lo cazó Madre cuando pasaba por los alrededores. No sabía con exactitud qué perfume excitante debía enviar con el viento colina abajo como señuelo para tenerlo al alcance de sus tentáculos. Nunca en su vida había oído a un móvil como aquél. Pero en realidad su olor era semejante al de otra clase de móvil y entonces lo envolvió en ráfagas de ese olor. Al parecer surtió efecto, porque se acercó lo bastante como, para que pudiera atraparlo con sus tentáculos extrauterinos y sorberlo al interior de su concha.

Más tarde, después que yo nací, Padre me transmitió –en Morposepe, por supuesto, para que Madre no entendiera– que había aspirado el perfume y que éste entre otras cosas, lo había atraído. Pero ese olor era el de un móvil peludo que trepaba a los árboles y Padre se había preguntado qué harían tales criaturas en una cresta desnuda. Cuando aprendió a dialogar con Madre, lo sorprendió enormemente que lo hubiese identificado con ese móvil.

Y bueno, pulsó, no es la primera vez que una hembra piensa que un hombre no es nada más que un mono.

También me dijo que al principio había creído que Madre no era más que un peñasco en la cima de la montaña. Hasta que la roca se abrió no se dio cuenta de que hubiera nada fuera de lo común, de que el peñasco era un caparazón que encerraba su cuerpo. Madre, me transmitió, es algo así como un caracol del tamaño de un dinosaurio o una aguaviva gigantesca, provista de órganos que generan ondas de radar y de radio y con una cámara ovoide tan grande como la sala de una cabaña, un útero en cuyo interior engendra y cría a su prole.

Por supuesto, no comprendí ni la mitad de esas palabras. Tampoco Padre pudo explicármelas en forma satisfactoria.

Me hizo prometer que no le pulsaría a Madre que había pensado que ella era un montón de mineral. Por qué, no lo sé.

Padre desconcertaba a Madre. A pesar de que se había debatido cuando lo arrastró a su interior, carecía de garras o dientes lo bastante afilados como para desgarrar su núcleo conceptivo. Madre lo provocaba y lo provocaba, pero él se negaba a reaccionar. Cuando cayó en la cuenta de que Padre era un móvil pulsátil y lo soltó para estudiarlo, él empezó a explorar el útero. Al poco tiempo comprendió que Madre transmitía desde el tallo pulsátil de su útero. Aprendió a conversar con ella utilizando ese órgano separable que poseía y al que daba el nombre de panrad. Finalmente le enseñó su lenguaje, movilpulso. Cuando Madre lo aprendió e informó al respecto a las otras Madres, su prestigio en toda la región llegó al súmmum. Ninguna Madre había imaginado jamás que pudiera existir un nuevo lenguaje. El sólo pensarlo las dejó azoradas.

Padre decía que él era el único móvil comunicante de nuestro mundo. Su n-a-v-e-s-p-a-c-i-a-l se había estrellado y ahora iba a quedarse con Madre para siempre.

Padre aprendió los comipulsos cuando Madre llamó a su prole a comer. Él emitió el mensaje adecuado. A Madre le crispó los nervios la idea de que Padre fuese semántico, pero abrió su iris-marmita y le dio de comer. Luego Padre levantó frutos u otros objetos e hizo que Madre le irradiara con su tallo uterino los pong-ping-pung-rama correspondientes a cada objeto. Después él repetía en su panrad el nombre del objeto para confirmarlo. A Madre, es claro, la ayudaba su sentido del olfato. A veces es difícil reconocer la diferencia entre una manzana y un durazno con sólo pulsarlos. Los olores ayudan a esos casos.

Aprendía con rapidez. Padre le decía que era muy inteligente para ser una hembra. Eso le crispaba los nervios. Cada vez que se lo decía, pasaba varios períodos alimentarios sin pulsar con él.

Una de las cosas de Padre que a Madre le gustaba especialmente era el hecho de que cuando llegaba la época de la concepción, ella no necesitaba atraer a su caparazón con perfumes a un móvil no semántico y sostenerlo sobre su núcleo conceptivo mientras éste la arañaba y desgarraba en sus forcejeos por librarse de sus tentáculos. A Padre podía indicarle lo que tenía que hacer, y aunque no tenía garras, poseía una garra independiente. Él la llamaba e-s-c-a-l-p-e-l-o.

Cuando le pregunté por qué tenía tantos órganos separables, me contestó que era un hombre desarmable.

Padre siempre decía muchas tonterías.

Pero también él tenía dificultad para comprender a Madre.

Su proceso reproductivo lo asombraba.

–Por D-i-o-s –irradiaba– ¿quién podría creerlo? ¿Que un proceso de cura de una herida culmine con la concepción? Exactamente lo contrario del cáncer.

Cuando nosotras éramos adolescentes y estábamos a punto de ser expulsadas de la concha de Madre, captamos el Mensaje de Madre pidiendo a Padre que volviese a lacerarle su núcleo. Padre dijo que no. Quería esperar otras cuatro estaciones. Había dicho adiós a dos de sus progenies y deseaba tenernos cerca un tiempo más para poder brindarnos una verdadera educación y disfrutar de nosotras en lugar de empezar a criar una nueva camada de vírgenes.

Esta negativa irritó los nervios de Madre y trastornó a tal punto su estómago-marmita que nuestros alimentos estuvieron ácidos durante varias comidas. Todas las madres estaban abandonando el Madrepulso y aprendiendo movilpulso tan rápidamente como Madre podía enseñarlo.

Yo pregunté:

–¿Qué es prestigio?

–Cuando tú emites, las otras tienen que recibir. Y no se atreven a pulsar a su vez hasta que tú has terminado y les das permiso para hacerlo.

–¡Oh, me gustaría tener prestigio!

Padre interrumpió.

–Pequeña Cabezadura, si quieres salir adelante, sintonízame a mí. Te diré algunas cosas que ni tu Madre puede decirte, Al fin y al cabo, soy un móvil y he corrido mundo.

Y entonces me describía lo que podía esperar una vez que los abandonara a él y a Madre y cómo, si usaba mi cerebro, podría sobrevivir y hasta ganar más prestigio que el que tuvo jamás la propia Abuela.

Por qué me llamaba Cabezadura, no lo sé. Yo era una virgen todavía y, por supuesto, no había construido un caparazón. Mi cuerpo era tan blando como el de cualquiera de mis hermanas. Pero él me decía que yo le g-u-s-t-a-b-a porque era tan cabezadura. Acepté esta declaración sin tratar de comprenderla.

Sea como fuere, conseguimos ocho estaciones extra en el útero de Madre, porque así lo quiso nuestro Padre. Hubiéramos podido conseguir algo más, pero cuando llegó otra vez el invierno, Madre insistió en que Padre le lacerara el núcleo. Él respondió que no tenía ganas. Estaba apenas empezando a familiarizarse con sus hijas –nos llamaba Babbos– y cuando nos marchásemos,

no tendría a nadie más que a Madre con quien conversar hasta que creciera la nueva carnada.

Además, Madre estaba empezando a repetirse, y según él, no lo apreciaba como se merecía. A menudo su guiso estaba ácido o bien tan recocado que la carne se deshacía como una gelatina.

Aquello fue demasiado para Madre.

–¡Fuera de aquí! –pulsó.

–¡Perfecto! ¡Pero no vayas a pensar que me quedaré mucho tiempo a la intemperie! –replicó Padre–. La tuya no es la única concha de este mundo.

Eso alteró a tal punto los nervios de Madre que todo su cuerpo echó a temblar. Irguió su gran tallo exterior y se comunicó con sus tías y hermanas. La Madre del otro lado del valle le confesó que una de las veces que Padre se había echado a tomar sol junto al iris abierto de Madre, le había pedido que se fuese a vivir con ella.

Madre cambió de idea. Comprendió que, si él se marchaba, su prestigio se extinguiría y crecería en cambio el de la descocada del otro lado del valle.

–Parece que me voy a quedar aquí para siempre –irradió Padre.

Y luego:

–¿Quién hubiera pensado que vuestra Madre estaría c-e-l-o-s-a?

La vida con Padre abundaba en esos grupos semánticos incomprensibles. Las más de las veces no quería, o no sabía, explicarlos.

Durante largo tiempo Padre rumió sus pensamientos en un rincón. No nos contestaba, ni a nosotras ni a Madre.

Finalmente, Madre perdió por completo la paciencia. Nosotras habíamos crecido tanto y éramos tan revoltosas e insolentes que Madre vivía en un temblor constante. Y con seguridad pensó que mientras nosotras estuviésemos allí y nos comunicásemos con él, no tendría ninguna posibilidad de hacer que él le desgarrara el núcleo.

Así que ¡afuera todas!

Antes de que nos alejáramos para siempre de su caparazón, nos puso en guardia:

–Cuidado con el feperozpo.

Mis hermanas hicieron oídos sordos a su advertencia, pero a mí me impresionó. Padre me había descripto a la bestia y me había hablado de su ferocidad. Insistía tanto en ella que dejamos de usar la antigua palabra y empezamos a usar la de Padre. Todo comenzó cuando reprendió a Madre por amenazarnos demasiado a menudo con la bestia cuando nos portábamos mal.

–Basta de gritar «ahí viene el lobo».



Entonces me irradió la historia del origen de esa extraña frase. Naturalmente, lo hizo en Morposepe porque Madre lo habría azotado con sus tentáculos si pensaba que estaba contando una cosa no-vera. La sola idea de algo no-vero la sacaba de sus casillas al punto de impedirle razonar.

Yo misma no sabía con certeza qué significaba eso de vera o no-vera, pero de todos modos me encantaban sus historias. Y yo, lo mismo que las otras vírgenes y hasta Madre, empezamos a llamar al asesino el feperozpo.

Sea como fuere, después que irradié «Felicidades, Madre», sentí que los extraños y rígidos tentáculos móviles de Padre me rodeaban y que algo mojado y tibio caía sobre mí. Pulsó:

–Buena s-u-e-r-t-e, Cabezadura. Envíame de vez en cuando algún mensaje vía satélite. Y no olvides todas mis recomendaciones sobre cómo defenderte del feperozpo.

Yo pulsé que lo haría. Me marché embargada por los sentimientos más indescriptibles: una excitación nerviosa que era a la vez agradable y desagradable, si puedes imaginarte una cosa semejante, queridita.

Pero pronto la olvidé, en el calor de la aventura de rodar cuesta abajo, trepar lentamente la próxima ladera con mi única pata, rodar al otro lado y así sucesivamente. Al cabo de unos diez períodos de calor todas mis hermanas, salvo dos, me habían abandonado. Encontraron cumbres donde construir sus conchas. Pero mis dos fieles hermanas habían aceptado mi idea de que no debíamos contentarnos con nada menos que las cumbres más altas.

–Una vez que una construye su concha, allí se queda para siempre.

Por lo tanto, decidieron seguirme.

Pero yo las guíé por un largo, largo camino y ellas se quejaban de estar cansadas y doloridas y de que tenían miedo de toparse con algún móvil carnívoro. Hasta pretendieron ocupar los caparazones vacíos de las Madres que habían sido devoradas por el feperozpo, o habían muerto cuando, en lugar de engendrar hijuelos en su núcleo conceptivo, desarrollaban un cáncer.

–Adelante –las acicateaba yo–. No hay ningún prestigio en ocupar las cáscaras. ¿Queréis quedaros en el último peldaño de cualquier comunidad pulsátil sólo porque sois demasiado haraganas para construir vuestros propios caparazones?

–Pero nosotras reabsorberemos las cáscaras y luego construiremos las nuestras.

–¿Ah, sí? ¿Cuántas Madres han dicho lo mismo? ¿Y cuántas lo han hecho? ¡Vamos, Babbas!

Seguimos escalando montañas cada vez más altas. Por fin, descubrí mi lugar ideal. Era una montaña coronada por una meseta rodeada de muchas colinas. La escalé. Cuando llegué a la cima hice una prueba de transmisión. Su cresta era la más elevada de todas las que estaban a mi alcance. Y supuse que cuando llegara a adulta, y tuviera mucho más poder de transmisión, abarcaría un área inconmensurable. Mientras tanto, otras vírgenes llegarían, tarde o temprano, a ocupar las colinas circundantes.

Como diría Padre, había llegado a la cumbre.

Quiso la suerte que mi montañita atesorara muchas riquezas. Los zarcillos de exploración que desarrollé y hundí en la tierra encontraron minerales muy variados. Con ellos podría construir un caparazón inmenso. Cuanto más grande el caparazón, más grande la Madre. Cuanto más grande la Madre, más poderoso su pulso.

Además, descubrí muchos grandes móviles voladores. Águilas, las llamaba Padre. Serían buenos machos. Tenían picos afilados y garras aceradas.

Abajo, por un valle, corría un arroyo. Desarrollé un zarcillo hueco bajo tierra y lo hice crecer hasta sumergirlo en el agua. Entonces empecé a bombear para llenar mis estómagos.

El suelo del valle era fértil. Hice lo que ninguna de nuestra especie había hecho hasta entonces, lo que Padre me enseñara. Mis zarcillos de largo alcance recogieron semillas caídas de los árboles y las flores o arrojadas por los pájaros; las planté. Tendí una red subterránea de zarcillos alrededor de un manzano. Pero no era mi intención hacer pasar las manzanas caídas del árbol de zarcillo en zarcillo, cuesta arriba, hasta mi iris. Les tenía asignado otro destino.

Mientras tanto, mis dos hermanas se habían asentado en las cumbres de dos montañas mucho más bajas que la mía. Cuando descubrí lo que estaban haciendo se me crisparon los nervios. ¡Las dos habían construido sus conchas! ¡Una era de vidrio, la otra de celulosa!

—¿Se puede saber qué están haciendo? ¿No le tienen miedo al feperozpo?

—Vete a pulsar a otra parte, vieja rezongona. No nos pasa nada. No hacemos más que prepararnos para el invierno y para el calor del cielo. esto es todo. Para entonces nosotras seremos Madres y tú seguirás construyendo tu gran concha. ¿Dónde estará tu prestigio? ¡Las otras no querrán pulsar contigo porque todavía serás virgen y para colmo con tu concha a medias!

—¡Testa frágil! ¡Cabeza de alcornoque!

—¡Sí! ¡Claro! ¡Cabezadura!

Tenían razón, en cierto modo. Yo era aún blanda, desnuda e indefensa, una masa siempre creciente de carne temblorosa, una presa fácil para cualquier móvil carnívoro que me descubriera. Era una loca y una aventurera. A pesar de todo, me tomé mi tiempo y hundí mis zarcillos hasta encontrar una veta mineral, sorbí las partículas de hierro en suspensión y construí una concha interior más grande, creo, que la de mi Abuela. Luego la recubrí con una capa de cobre para que el hierro no se herrumbrase. Todo eso lo envolví en una capa ósea hecha con el calcio que había extraído de rocas calizas. No me molesté, como lo hicieron mis hermanas, en reabsorber mi tallo virginal y sustituirlo por uno adulto. Eso, a su debido tiempo.

Cuando moría el otoño, terminé de construir mis caparazones. Entonces comenzó el cambio corporal y el crecimiento. Me alimenté de lo que yo misma cultivaba; y carne no me faltaba porque había puesto en el valle pequeñas jaulas de celulosa

donde criaba muchos móviles de los pichones que mis zarcillos de largo alcance habían arrancado de sus nidos.

Planifiqué mi estructura con un propósito determinado. Desarrollé un estómago mucho más amplio y profundo que los normales. No porque estuviera hambrienta por demás. Tenía *in mente* una idea que luego te contaré, queridita.

Mi estómago-marmita estaba mucho más cerca del techo del caparazón que en la mayoría de nosotras. En realidad, fue con toda intención que cambié de lugar mi cerebro; de la parte superior lo llevé hacia un costado y en su lugar puse mi estómago. Padre me había aconsejado que aprovechara mi posibilidad de elegir la ubicación de mis órganos adultos. Me llevó tiempo pero lo hice antes de que comenzara el invierno.

Llegaron los fríos.

Y el feperozpo.

Llegó como siempre lo hace, las antenas retráctiles de su largo hocico husmeando las diminutas incrustaciones de minerales puros que nosotras, las vírgenes, dejamos al pasar. El feperozpo sigue a su nariz adonde quiera que ésta lo lleve. Esta vez lo llevó hasta mi hermana que había construido su concha de vidrio. Siempre sospeché que ella sería la primera víctima. Ésa fue en verdad una de las razones que me indujo a elegir una cumbre más distante. El feperozpo siempre ataca la concha más cercana.

Cuando hermana Testafrágil descubrió al terrible móvil, emitió, uno tras otro, pulsos enloquecidos.

—¿Qué puedo hacer? ¿Hacer? ¿Hacer?

—Mantente firme, hermana, y confía.

Ese consejo era como darle a comer guiso frío, pero era el mejor y el único que podía darle. No le reproché que no hubiera seguido mi ejemplo, construyéndose una concha triple, en lugar de perder el tiempo en chismorreos frívolos con las vecinas.

El feperozpo la rondó, trató de socavar su base, asentada sobre roca firme, y fracasó. Lo que sí logró fue arrancar una muestrita de vidrio. Normalmente, la habría engullido y se habría alejado para larvaria. Eso le hubiera dado a mi hermana una estación de tregua hasta que la bestia volviera al ataque. Mientras tanto, habría tenido tiempo de construir una envoltura de otro material y alejado al monstruo por una estación más.

Quiso la casualidad, por desgracia para mi hermana, que la última comida de ese feperozpo fuese, justamente, una Madre que también tenía concha de vidrio y conservaba los órganos especiales que le permitían digerir tales mezclas de silicatos. Uno de esos órganos era una pelota grande y dura en el extremo de su larguísima cola. Otro era un ácido que ablandaba el vidrio. Después de humedecer un punto de su superficie, machacó la concha con la pelota. Poco después de la primera nevada irrumpió en su refugio y llegó hasta su carne.

Sus frenéticas llamadas y señales de pánico y terror todavía me irritan los nervios cada vez que las recuerdo. Aunque debo confesar que había algo de desprecio en mi compasión. Ni siquiera creo que se tomara el trabajo de agregar óxido de boro al vidrio. De haberlo hecho, quizá...

—¿Qué es esto? ¿Cómo te atreves a interrumpir?... Ah, bueno. Acepto tus humildes disculpas. Que sea la última vez, queridita. En cuanto a lo que quieres saber, luego te diré en qué consisten las substancias que Padre llamaba silicatos y óxidos de boro y todo lo demás. Cuando termine con mi historia.

Sigamos: el asesino, después de liquidar a Testafrágil, siguió su rastro colina abajo hasta el empalme. Allí podría elegir, mi otra hermana o yo. Optó por ella. Otra vez repitió la rutina de tratar de socavar su cimiento, arrastrarse sobre su concha, morder sus tallos pulsátiles y mascar por último una muestra de la concha.

Nevaba. Feperozpo bajó, cavó indolentemente un hueco en la nieve y se acurrucó en él para pasar el invierno.

Hermana Cabeza-de-Alcornoque desarrolló otro tallo, estaba exultante; mi concha era demasiado dura para él: ¡Nunca me agarrará!

—Ay, hermana, si hubieras sintonizado a Padre en lugar de perder tanto tiempo jugando con las otras Babbas. Entonces habrías recordado sus enseñanzas, hubieras sabido que el feperozpo, al igual que nosotras, es diferente de la mayoría de las criaturas. Casi todos los seres tienen funciones que dependen de sus estructuras, pero el feperozpo, esa nefasta criatura, tiene un organismo que depende de sus funciones.

No quise crísparle los nervios diciendo que él ahora ocultaba en su cuerpo una muestra de su concha de celulosa, y la estaba larvando. Padre me había enseñado que algunos artrópodos tienen un ciclo vital que va del huevo a la larva, de la larva al capullo y del capullo a la adultez. Cuando una oruga forma su capullo, por ejemplo, todo su cuerpo se disuelve, sus tejidos se desintegran. Luego, algo transforma ese capullo en una criatura estructuralmente nueva, con nuevas funciones: la mariposa.

La mariposa nunca regresa al estado de capullo; el feperozpo sí. En este aspecto se diferencia de sus semejantes, los artrópodos. Cuando ataca a una Madre, rumia un trocito de su caparazón y se va a dormir a su guarida. Durante toda una estación, agazapado en su refugio, todos sus sueños —o su cuerpo— giran alrededor de la muestra. Sus tejidos se funden y luego se solidifican. Lo único que permanece intacto es su sistema nervioso, conservando así la memoria de identidad y de lo que deberá hacer cuando salga de su cueva.

Así sucedió. El feperozpo abandonó su guarida, anidó en lo alto de la cúpula de hermana Alcornoque y en el orificio que quedó después de devorarlo el tallo, introdujo un oviscapo modificado. Yo pude seguir su plan de ataque, pues a menudo el viento soplaba en mi dirección y me permitía olfatear las substancias químicas que desprendía.

No sé con qué solución ablandó la celulosa, la impregnó de una substancia cáustica y vertió sobre ella un fluido hediondo que hervía y burbujaba. Una vez

que cesaron estas reacciones violentas, volcó una substancia cáustica en el hueco ahora agrandado y terminó la operación inyectando la viscosa solución a través de un tubo. Repitió muchas veces este proceso.

Y aunque mi hermana, supongo, elaboró desesperadamente más celulosa, no lo hizo con la suficiente premura. Feperozpo seguía implacable agrandando el agujero. Cuando tuvo el tamaño requerido, allá fue él.

Adiós, hermana...

Toda esta historia del feperozpo fue muy larga. Yo me miraba el ombligo y gané tiempo gracias a algo que había hecho aún antes de construir mi cúpula. Fue la pista falsa de incrustaciones que había preparado. Una de las cosas que había hecho reír a mis hermanas. No entendían por qué volvía sobre mis pasos y ocultaba con tierra mi rastro verdadero. Todo eso me llevó unos cuantos días. De haber sobrevivido, habrían comprendido mis motivos, pues Feperozpo desdeñó la senda verdadera hasta mi cumbre y siguió la falsa.

Naturalmente, ésta lo llevó al borde del precipicio, y antes de que tuviera tiempo de echarse atrás, se despeñó.

No sé cómo no se mató; gateando, regresó hasta el falso sendero. Explorando y explorando, descubrió y quitó la hojarasca que tapaba la pista verdadera.

La senda falsa era un buen truco, uno de los que me enseñó Padre. Lástima que fallara, pues el monstruo subió en línea recta por la montaña, derecho a mí, removiendo con sus antenas el polvo y las ramas que ocultaban mis incrustaciones.

A pesar de todo, no estaba perdida. Cementé un montón de rocas grandes que había juntado y me fabriqué con ellas una especie de enorme peñasco y lo coloqué al borde mismo de la cima. Lo rodeé con un anillo de hierro acanalado que se adaptaba perfectamente a un carril del mismo material. Este carril iba desde el peñasco hasta la mitad de la pendiente. Así, cuando el móvil llegó a esta cresta de hierro y la siguió cuesta arriba, yo, con mis tentáculos, saqué los pedruscos que sostenían al peñasco impidiendo que se desmoronara.

Mi proyectil rodó cuesta abajo por su carril a una velocidad vertiginosa. Estoy segura de que habría aplastado al feperozpo si él no hubiese detectado con su hocico las vibraciones del carril. Feperozpo dio un salto lateral y cayó despatarrado. El peñasco siguió su loca carrera y le pasó zumbando.

A pesar de mi decepción, este fracaso me inspiró un nuevo recurso para perfeccionar mi defensa de futuros feperozpos. Si colocaba otros dos carrilles, uno a cada lado del carril principal, y largaba tres peñascos al mismo tiempo, por más que el enemigo saltara hacia uno u otro lado, alguno la daría de lleno en el hocico.

Al parecer, la experiencia lo amilanó, pues durante tres períodos de calor no se le vio el pelo. Cuando reapareció, subió por el mismo carril, y no como yo había supuesto, por la ladera más escarpada. Era estúpido, eso nadie lo pone en duda.

Aquí quiero hacer una pausa para explicar que lo del peñasco fue idea mía, no de Padre. Sin embargo, debo agregar que fue Padre y no Madre quien siempre me impulsó a idear soluciones originales. Sé que a todas ustedes les crisa los nervios el pensar que un móvil cualquiera, útil únicamente para copular y servir de alimento, podía no sólo ser semántico sino incluso poseer un grado superior de semanticismo.

Yo no diría que era excepcional. Sólo diré que era diferente y que yo heredé de él un algo de esa diferencia.

Prosigo: nada podía hacer mientras el feperozpo me rondara y sacara muestras de mi concha. Nada, salvo esperar confiada. Y con la esperanza, como llegué a saberlo, no basta. El móvil arrancó con sus dientes un trozo de mi cubierta ósea exterior. Pensé que se contentaría con eso, que cuando volviese después de larvar se toparía con mi segunda envoltura de cobre. Otra estación de tregua para mí. Luego, al encontrarse con el hierro, otra vez a larvar. Para entonces se sentiría tan frustrado que renunciaría y partiría en busca de una presa más fácil.

Lo que yo ignoraba es que el feperozpo es muy concienzudo y jamás se da por vencido. Pasó días y días cavando alrededor de mi base y descubrió un punto en el cual, por un descuido de mi parte, se podían detectar los tres componentes de mi concha. Yo conocía la existencia de este talón de Aquiles, pero nunca pensé que él cavaría tan hondo.

Allá partió el asesino a invernar. Cuando llegó el verano, se arrastró fuera de su guarida. Antes de atacarme, se comió mis cosechas, rompió mis jaulas y devoró los móviles que tenía en ellas, desenterró mis zarcillos y los engulló, y rompió mi cañería de agua.

Pero cuando recolectó todas las manzanas de mi árbol y se las zampó, sentí un delicioso hormigueo. El verano anterior había transportado hasta el árbol, por medio de mi red de zarcillos subterráneos, cierta cantidad de mineral venenoso. Al hacerlo, maté a los zarcillos que realizaron el trabajo, pero conseguí inyectar en las raíces del árbol pequeñas cantidades de veneno –selenio, lo llamaba Padre—. Desarrollé nuevos zarcillos y transporté más veneno hasta el árbol. La planta íntegra terminó por estar impregnada de aquella poción, pero se la había suministrado tan lentamente que había adquirido una especie de inmunidad. Digo especie porque era en realidad un árbol bastante enclenque.

Debo reconocer que la idea me la sugirió una de las no-vera historias de Padre, semantizada en Morposepe, para que Madre no se sintiese molesta. Esta historia hablaba de un móvil –una hembra, aseguraba Padre, aunque el concepto de un móvil femenino es demasiado excitante como para que nos detengamos en él–, un móvil que cayó en un largo sueño a causa de una manzana envenenada.

Por lo que sucedió, se hubiera dicho que Feperozpo nunca había oído esa historia. Las manzanas sólo le produjeron una descompostura. Cuando se recuperó, se arrastró cuesta arriba y se instaló en lo alto de mi cúpula. Arrancó mi tallo pulsátil, introdujo su oviscapo en el agujero y empezó a destilar gotas de ácido.

Yo estaba aterrorizada. Nada es más espantoso que el saber que una se ha quedado sin pulsador y está aislada del mundo exterior. Pero al mismo tiempo, sus actos eran tal cual yo los había previsto. Así que traté de calmar mis nervios. Al fin y al cabo, yo ya sabía que Feperozpo atacaría justo por ese lado. Si precisamente por eso había colocado mi cerebro a un costado y mi estómago mayor lo más alto posible. Mis hermanas, que se habían limitado a crecer según las normas tradicionales de las Madres, se habían burlado de mi redistribución de órganos, que tanto trabajo me había costado. Cuando yo esperaba aún que el agua bombeada desde el arroyo llenase mi bolsa, la de ellas ya estaba caliente y hacía mucho que disfrutaban de las delicias de un guiso sabroso y calentito. Mientras tanto, yo engullía fruta y carne cruda en abundancia, lo que a veces me descomponía. Pero no iba a pura pérdida, pues lo que mi estómago rechazaba lo aprovechaban mis cultivos.

Como tú sabes, una vez que nuestro estómago está lleno de agua, y bien protegido, el calor de nuestro cuerpo va entibiando el líquido y como no hay pérdida de calor, excepto cuando recibimos o expulsamos carnes o legumbres por el iris, el agua llega a punto de ebullición.

Bueno, para seguir pulsando mi historia, cuando el móvil hubo descascarado con sus ácidos las cubiertas de hueso, cobre y hierro, y logrado un agujero lo suficientemente grande como para introducir su cuerpo, cayó para la cena.

Me imagino que esperaba encontrarse con lo de siempre: la Madre o la virgen desvalida, alelada, pronta para dejarse devorar.

Si eso creía, lo que encontró debió crisparle los nervios. En la parte superior de mi estómago yo había desarrollado un iris teniendo en cuenta las dimensiones de cierto móvil carnívoro.

Hubo un momento en que temí haber calculado mal. Ya me había engullido la mitad, pero me era imposible pasar sus cuartos traseros por mis labios. Atrancado a mitad de camino, me arrancaba grandes jirones de carne. Era tal el dolor, que mi cuerpo se sacudía violentamente y hasta creo que moví mi concha de su base. Sin embargo, a pesar de mis nervios destrozados, no cejé; forcejeé, y cómo forcejeé, hasta que por último, cuando ya estaba a punto de vomitarlo por el mismo agujero por donde había entrado, cosa que hubiera significado mi fin, tragué de golpe, convulsivamente, y me lo zampé.

Mi iris se cerró. Ahora, por más que me mordiera por dentro y me escupiera ácidos corrosivos, ni en sueños lo volvería a abrir. Estaba resuelta a conservar esa carne para mi guisito. El trozo más gigantesco que jamás consiguió Madre alguna.

Eso sí, luchó como un campeón. Pero no duró mucho. El agua en ebullición entró por su boca abierta y le inundó los pulmones. De ese líquido hirviente no pudo sacar su muestrita y arrastrarse hasta su cubículo para larvarla.

Estaba vencido... y sabía a gloria.

Sí, sé que me deben felicitar y que toda esta información sobre cómo habérselas con el monstruo debe ser propalada hasta el último confín. Pero no olviden que

esta victoria sobre nuestro ancestral enemigo debo compartirla con un móvil. Puede que el reconocerlo les crispe los nervios. Pero es la verdad.

¿De dónde saqué la idea de colocar mi estómago marmita justo debajo del orificio que el feperozpo siempre hace en lo alto de nuestra concha? Bueno, de la misma fuente de donde obtuve tantas otras. De una de las no-vera-historias que Padre contaba en Morposepe.

Te las pulsaré otro día, cuando no esté tan ocupada. Después, queridita, de que hayas aprendido nuestro lenguaje secreto.

Empezaré con mis clases ahora mismo. Primera...

¿Qué es eso? ¿Estás ardiendo de curiosidad? Muy bien, voy a darte una idea de lo que son esas no-vera-historias, luego continuaré instruyendo a esta neófitita.

Es la historia del Feperozpo y depe lospo trespe chanpachipitopos.



## La luna loca

Stanley G. Weinbaum

–¡Idiotas! –aulló Grant Calthorpe–. ¡Condenados imbéciles!

Se esforzó ávidamente en buscar insultos más expresivos aún y al fracasar desahogó su exasperación propinando una violenta patada al montón de escombros que había en el suelo.

Fue una patada demasiado violenta. Una vez más, había olvidado que la gravitación de lo era inferior a un tercio de la normal y todo su cuerpo siguió a la patada en un arco de cuatro metros de longitud.

Cuando cayó en el suelo los cuatro lunáticos se echaron a reír. Sus grandes cabezas semejantes a las caricaturas que decoran los balcones para niños, se dispersaron al unísono sobre sus cuellos de metro y medio, tan delgados como la muñeca de Grant.

–¡Lejos de aquí! –tronó él, poniéndose en pie–. ¡Vais a acordaros! Nada de chocolate. Nada de caramelos. Nada de nada hasta que comprendáis que lo que quiero son hojas de ferva y no cualquier hierbajo que se os ocurra arrancar. ¡Largo de aquí!

Los lunáticos –*lunae jovis magnicapites*, o literalmente, grandes cabezas de la luna de Júpiter– se retiraron, riendo quejumbrosamente. Sin duda, consideraban a Grant tan idiota como él los consideraba a ellos, y eran completamente incapaces de comprender las razones de su cólera. Pero desde luego se daban cuenta de que no iban a recibir ninguna golosina, y sus risitas adoptaban una nota de agudo desengaño.

El que los guiaba, después de torcer su ridícula cara azul en una sonrisa imbécil dirigida a Grant, vociferó una última risita y proyectó la cabeza contra un reluciente árbol de corteza de piedra. Sus compañeros recogieron su cuerpo como si tal cosa y se alejaron, con la cabeza del cadáver balanceándose detrás de ellos como la bola de un preso sujeta por una cadena.

Grant se pasó una mano por la frente y se dirigió con cansancio hacia su cabaña. Un par de diminutos ojos relucientes le llamó la atención y pudo ver a un sinuoso –*mus sapiens*– deslizarse por el umbral, portando bajo su minúsculo y pellejudo brazo lo que se parecía muchísimo al termómetro clínico de Grant.

Grant gritó airadamente a la criatura, agarró una piedra y se la tiró en vano. Al borde de la maleza, el sinuoso volvió hacia él su cara ratonil y semihumana, lanzó un estridente chillido, sacudió un puño microscópico en una cólera como de hombre y desapareció con su membrana tipo murciélago ondeando como una capa. Sí, se parecía muchísimo a una rata negra que llevase una capa.

Había sido un error, reconocía Grant, haber arrojado una piedra contra aquello. Ahora los diminutos enemigos no le permitirían ninguna paz y su pequeño tamaño –no más de diez centímetros– y su inteligencia pseudohumana los hacía infernalmente molestos como enemigos. Pero ni esa reflexión ni el suicidio del

lunático lo turbaban particularmente; había presenciado casos semejantes demasiado a menudo y además sentía en la cabeza como si fuera a darle otro ataque de fiebre blanca.

Entró en la cabaña, cerró la puerta y se quedó mirando a su favorito gato guardián.

–Oliver –gruñó–, tú eres un buen gato, ¿Por qué diablos no impides la entrada de sinuosos? ¿Para qué estás aquí, si no?

El gatazo se alzó sobre su única y poderosa pata trasera y se asió a las rodillas del hombre con sus dos patas delanteras.

–El gato rojo sobre la reina negra –comentó plácidamente–. Diez lunáticos hacen un medio idiota.

Grant comprendió fácilmente el sentido de ambas frases. La primera era por supuesto un eco de su solitaria partida de la noche anterior, y la segunda un eco de su incidente con los lunáticos. Gruñó abstraídamente y se frotó la dolorida cabeza. Sin duda fiebre blanca de nuevo.

Tragó dos tabletas de fiebrina y se dejó caer melancólicamente en su camastro preguntándose si este ataque de *blanca* culminaría con delirio.

Se acusaba a sí mismo de ser un loco por haber aceptado este trabajo en lo, la tercera luna habitable de Júpiter. El diminuto mundo era un planeta de locura cuya única utilidad era la producción de hojas ferva, de las cuales los químicos de la Tierra extraían alcaloides tan potentes como los que antaño fabricaran del opio.

Desde luego eso era valiosísimo para la ciencia médica, pero, ¿qué le importaba a él? ¿Qué le importaba el sueldo principesco, si regresaba a la Tierra convertido en un loco furioso después de pasarse un año en las regiones ecuatoriales de lo? Se juró amargamente que cuando el avión de Junópolis acudiese el mes próximo a recoger su ferva, él volvería con el aparato a la ciudad polar. Perdería toda su paga puesto que el contrato con Neilan Drog le exigía un año de permanencia; pero, ¿de qué le servía el dinero a un loco?

Todo el pequeño planeta estaba loco: lunáticos, gatos guardianes, sinuosos y Grant Calthorpe, todos dementes. Desde luego, cualquiera que se aventuraba a salir de una de las dos ciudades polares, Junópolis en el norte y Herápolis en el sur, estaba loco. En ellas, uno podía vivir a salvo de la fiebre blanca, pero en cualquier sitio por debajo del paralelo veinte la situación era peor que en las junglas camboyanas de la Tierra.

Se divirtió soñando con la Tierra. Justamente dos años antes había sido feliz allí, conocido como un deportista rico y popular. Antes de cumplir veintiún años había cazado cometuchos y gusánidos en Titán, y tríopes y unípedos en Venus.

Aquello había sido antes de que la crisis del oro de 2110 le arrebatase su fortuna. Y, bueno, si tenía que trabajar, le había parecido lógico utilizar su experiencia interplanetaria como medio de vida. Realmente se había entusiasmado con la oportunidad de asociarse con Neilan Drug.

Nunca antes había estado en lo. Este salvaje pequeño mundo no era ningún paraíso de deportistas, con sus lunáticos idiotas y sus malvados, inteligentes y diminutos sinuosos. No había nada que valiera la pena cazar en aquella luna febril, bañada en calor por el gigantesco Júpiter a sólo medio millón de kilómetros de distancia.

Si se le hubiese ocurrido hacer una visita previa, se decía a sí mismo amargamente, nunca habría aceptado el empleo. Él había imaginado que lo era como Titán, frío, pero limpio. En lugar de eso, era tan caliente como las tierras cálidas de Venus y estaba sujeto a una variada gama de neblinosas luces diurnas –día solar, día jupiterino, día jupiterino y solar, luz de Europa–, sólo de vez en cuando interrumpidas por una auténtica y lóbrega noche. La mayor parte de estos cambios sobrevinían en el curso de la revolución de cuarenta y dos horas de lo: una alocada serie de cambiantes luces. El odiaba los días vertiginosos, la jungla y las Colinas de los Idiotas extendiéndose detrás de su cabaña.

Por el momento tenía día jupiterino y solar, el peor de todos, porque el distante Sol añadía su calor al de Júpiter. Y para completar la molestia de Grant estaba ahora la perspectiva de un ataque de fiebre blanca. Lanzó un juramento cuando la cabeza se le bamboleó de nuevo y trago otra tableta de fiebrina. Noto que su reserva estaba disminuyendo; tendría que acordarse de pedir más cuando llegase el avión... No, iba a volver con el avión.

Oliver le rozó la pierna.

–Idiotas, locos, estúpidos, imbéciles –comento calmosamente el gato guardián–. ¿Por qué se me ocurriría ir a aquel maldito baile?

–¿Cómo? —exclamó Grant.

No podía recordar haber dicho nada acerca de un baile. Pensó que debía de haberlo mencionado durante su último período febril.

Oliver crujió como la puerta, luego soltó una risita como un lunático.

–Todo se arreglará –le aseguró a Grant–. Papá llegará pronto.

–¡Papá! –repitió el hombre. Hacía quince años que su padre había muerto–. ¿De dónde sacas eso, Oliver?

–Debe de ser la fiebre –comentó Oliver plácidamente–. Eres un lindo gatito, pero me gustaría que tuvieses juicio suficiente para darte cuenta de lo que estás diciendo. y yo deseo que papá venga.

Acabó con un reprimido gorjeo que muy bien habría podido ser un sollozo.

Grant se quedó mirándolo con perplejidad. Él no había dicho ninguna de aquellas cosas; de eso estaba seguro. El gato guardián se las habría oído decir a alguna otra persona. ¿A quién? ¿Es que había alguien a menos de setecientos kilómetros a la redonda?

–¡Oliver! –tronó–, ¿Dónde has oído eso? ¿Dónde lo has oído?

El gato retrocedió, sorprendido.

–Papá es idiotas, locos, estúpidos, imbéciles –dijo ansiosamente–. La capa roja sobre el lindo gatito.

–¡Ven aquí! –rugió Grant–, ¿El padre de quién? ¿Dónde has...? ¡Ven aquí, diablillo!

Se lanzó hacia la criatura. Oliver flexionó su única pata trasera y se precipitó frenéticamente hacia el sombrerete de la estufa de leña.

–¡Debe de ser la fiebre! –gemía el gato–. ¡Nada de chocolate!

Saltó como un relámpago por el cañón de la chimenea. Hubo un sonido de garras arañando el metal y luego el de un cuerpo al caer.

Grant salió también. La cabeza le dolía por el esfuerzo, y con la parte todavía sana de su mente comprendía que todo el episodio era sin duda delirio de fiebre blanca, pero seguía sumiéndose en él.

La continuación fue una pesadilla. Los lunáticos seguían balanceando sus largos cuellos sobre las altas hierbas; sus risitas idiotas y sus caras imbéciles se añadían a la atmósfera general de locura.

Jirones de fétidos vapores portadores de la fiebre brotaban a cada paso que daba sobre el suelo esponjoso. En algún sitio a su derecha un sinuoso chilló y parlotó; Grant sabía que en aquella dirección estaba situado un poblado de sinuosos, porque una vez había atisbado los limpios y diminutos edificios, construidos con pequeñas piedras perfectamente ajustadas como una ciudad medieval en miniatura a la que no le faltaban ni las torres ni las almenas. Se decía que incluso había guerras entre los sinuosos.

La cabeza le zumbaba y le daba vueltas por los efectos combinados de la fiebrina y de la fiebre. Era un ataque de *blancha*, no cabía duda, y comprendió que se comportaba como un imbécil, un lunático, al arriesgarse así fuera de su cabaña. Debería de estar tendido en su camastro; la fiebre no era peligrosa, pero más de un hombre había muerto en lo en el delirio poblado de alucinaciones.

Ahora estaba delirando. Lo comprendió tan pronto vio a Oliver porque Oliver estaba mirando plácidamente a una atractiva señorita vestida con un elegante traje de noche del estilo del segundo decenio del siglo XXII. Indudablemente era una alucinación, puesto que las muchachas no tenían nada que hacer en los trópicos de lo y si, por alguna absurda casualidad, apareciese alguna allí, desde luego no elegiría un atuendo tan exquisito.

Al parecer, la alucinación tenía fiebre, porque la cara de la muchacha ostentaba la palidez que da el nombre de *blancha* a la enfermedad. Sus grises ojos lo miraron sin sorpresa mientras él se abría camino hacia ella a través de las altas hierbas.

–Buenos días, tardes o noche –comentó Grant, lanzando una mirada de perplejidad a Júpiter, que estaba saliendo, y al Sol, que se estaba poniendo–. O quizá baste con decir simplemente buen día, ¿no le parece, señorita Lee Neilan?

Ella lo miró con seriedad.

–¿Sabe usted –dijo– que es la primera de las ilusiones que no he reconocido? Todos mis amigos han ido desfilando, pero usted es el primer desconocido. ¿O no es usted un desconocido? Usted sabe mi nombre, pero naturalmente tiene que saberlo al ser mi propia alucinación.

–No vamos a discutir sobre quién de nosotros es la alucinación –sugirió él–. Dejemos las cosas como están. Quien primero desaparezca, será la ilusión. Apuesto cinco dólares a que será usted la primera en desaparecer.

–¿De dónde iba yo a sacarlos? –respondió ella–. No me sería fácil sacarlos de mi propio sueño.

Ése es un problema –dijo él, enarcando las cejas–. Mi problema, desde luego, no el de usted. Yo sé que soy, real.

–¿Como conoce usted mi nombre? –pregunto la muchacha.

–Muy simple –respondió él–, sigo con interés las notas de sociedad que suelen aparecer con bastante regularidad en los periódicos que me trae mi avión de suministros. A decir verdad, tengo recortada una de las fotos de usted y pegada junto a mi camastro. Probablemente eso es lo que explica que la vea ahora. En realidad me gustaría conocerla alguna vez.

–Qué comentario tan galante para proceder de una aparición –exclamó ella–. ¿Y quién se supone que es usted?

–¿Yo? Soy Grant Calthorpe. En realidad, trabajo para su padre, comerciando con los lunáticos en busca de ferva.

–Grant Calthorpe –repitió ella. Entornó sus ojos enturbiados por la fiebre como si quisiera enfocarlo mejor–. Conque es usted, ¿eh?

La voz le vaciló un momento y la muchacha se pasó una mano por una pálida mejilla.

–¿Por qué habría de haberlo extraído a usted de mis recuerdos?

Es extraño, Hace tres o cuatro años, cuando yo era una romántica colegiala y usted el famoso deportista, estaba locamente enamorada de usted. Tenía todo un álbum lleno de fotos tuyas: Grant Calthorpe vestido de encapuchado para cazar gusánidos en Titán, Grant Calthorpe junto al gigantesco unipedo que mató cerca de las Montañas de la Eternidad. Usted es..., bueno, usted es realmente la alucinación más agradable que haya tenido nunca hasta ahora. El delirio sería... delicioso –de nuevo se apretó una mano contra la mejilla– si no me doliera tanto la cabeza.

«¡Vaya!», pensó Grant. «Me gustaría que fuese verdad eso del álbum. Es lo que la psicología llama un sueño realización de un deseo.»

Una gota de caliente lluvia se le estrelló en el cuello.

–Es hora de irse a la cama –dijo en voz alta–. La lluvia es mala para la *blanca*. Espero verla a usted la próxima vez que esté febril.

–Gracias –dijo Lee Neilan con dignidad–. El sentimiento es mutuo.

Él asintió con una inclinación de cabeza.

–Aquí, Oliver –ordenó al adormilado gato guardián–. Vamos.

–No se llama Oliver –protestó Lee–. Se llama Dorotea, Dolly. Me está haciendo compañía desde hace dos días y yo le he dado este nombre.

–Género equivocado –masculló Grant–. En cualquier caso, se trata de mi gato guardián, Oliver. ¿No eres tú, Oliver?

–Espero verte más tarde –dijo Oliver con un bostezo.

–Es Dolly. ¿Verdad que eres Dolly?

–Podéis apostaros cinco dólares –dijo el gato guardián. Se enderezó, se desperezó y se escabulló entre la maleza–. Debe de ser la fiebre –comentó al desaparecer.

–Sí, eso debe de ser –convino Grant. Se apartó–. Adiós, señorita... o quizá pueda llamarte Lee, puesto que no eres real. Adiós, Lee.

–Adiós, Grant. Pero no vayas por ese camino. Hay un pueblecillo de sinuosos allí entre las hierbas.

–No; está al otro lado.

–Está ahí –insistió ella–. He estado viendo cómo lo construían.

Pero no podrán hacerte ningún daño, ¿verdad? Ni siquiera un sinuoso puede herir a una aparición. Adiós, Grant.

Y cerró los ojos cansadamente.

Estaba lloviendo ahora con más fuerza. Grant fue abriéndose camino entre las hierbas sangrantes, cuya roja savia se acumulaba en gotas carmesíes sobre sus botas. Tenía que volver a su cabaña rápidamente, antes de que la fiebre blanca y su consiguiente delirio lo empujasen a caminar totalmente extraviado. Necesitaba fiebrina.

De pronto se detuvo en seco, Ante él, la hierba había sido cortada y en el pequeño claro estaban las torres, que le llegaban hasta el hombro, y los baluartes de un poblado de sinuosos, un poblado nuevo, porque casas a medio construir se mezclaban con las demás y formas encapuchadas de unos diez centímetros se afanaban entre las piedras.

Al punto se levantó un clamor de chirridos y gritos. Retrocedió, pero una docena de diminutos dardos zumbó alrededor suyo. Uno se le clavó como un mondadientes en una bota, pero por fortuna ninguno le arañó, porque indudablemente estaban envenenados. Se movió más aprisa, pero entre las espesas y carnudas hierbas seguían los rumores, los chirridos e incomprensibles imprecaciones.

Se retiró dando un rodeo. Los lunáticos seguían balanceando sobre la vegetación sus redondas cabezas. De vez en cuando uno gemía, dolorido, cuando un sinuoso le daba un mordisco o lo pinchaba. Grant se abrió paso en medio de un grupo de aquellas criaturas, esperando distraer a los diminutos enemigos ocultos entre las hierbas, y un lunático alto de cara purpúrea curvó sobre él su largo cuello, soltando risitas y haciendo ademanes con sus pellejudos dedos hacia un haz que llevaba bajo el brazo.

Él pasó por alto aquella cosa y torció hacia su cabaña. Parecía haber eludido a los sinuosos. Siguió avanzando obstinadamente puesto que necesitaba con urgencia una tableta de fiebrina. Sin embargo, de pronto, se detuvo frunciendo el ceño, dio media vuelta y empezó a desandar el camino.

—No puede ser —mascullaba—. Pero ella me dijo la verdad sobre el pueblo de los sinuosos. Yo no sabía que estuviese allí. Mas, ¿cómo podía decirme una alucinación algo que yo no sé?

Lee Neilan seguía en el tronco de corteza de piedra exactamente tal como él la había dejado, con Oliver de nuevo a su vera. La muchacha tenía los ojos cerrados y dos sinuosos estaban cortando la larga falda de su vestido con diminutos y relucientes cuchillos.

Grant sabía que experimentaban una enorme atracción por los tejidos terrestres; por lo visto, eran incapaces de imitar el lustre fascinante del satén, aunque aquellos enemigos eran infernalmente listos con sus diminutas manecitas. Cuando se acercó, estaban desgarrando una tira desde el muslo hasta el tobillo, pero la muchacha no hacía ningún movimiento. Grant gritó y las crueles criaturitas profirieron contra él obscuras maldiciones mientras se retiraban con su sedoso botín.

Lee Neilan abrió los ojos.

—Usted de nuevo —murmuró vagamente—. Hace un momento era papá. Ahora es usted.

Su palidez había aumentado; la fiebre blanca estaba siguiendo su curso en el cuerpo de la muchacha.

—¡Tu padre! Entonces así es cómo Oliver se enteró... Escucha, Lee. He encontrado el pueblo de los sinuosos. No sabía que estaba allí, pero lo encontré tal como tú habías dicho. ¿Comprendes lo que significa eso? ¡Tú y yo, los dos somos reales!

—¿Reales? —dijo ella sombríamente—. Hay un lunático purpúreo que se está riendo detrás de tu hombro. Haz que se marche. Me pone... enferma.

Él miró en torno. Era verdad: el lunático de cara purpúrea estaba detrás de él.

—Oye —dijo Grant, agarrando a la muchacha por un brazo. El tacto de aquella piel tan fina fue una prueba complementaria—. Tú venías a la cabaña en busca de fiebrina. —La hizo ponerse en pie—. ¿No comprendes? ¡Soy real!

—No, no lo eres —dijo ella desmayadamente.

–Escucha, Lee. No sé cómo diablos llegaste aquí o para qué, pero sé que lo no me ha vuelto loco todavía. Tú eres real y yo soy real. –La sacudió violentamente–. ¡Soy real! –gritó.

Una débil comprensión alumbró en los ojos enturbiados de la muchacha.

–¿Real? –susurró ella–. ¡Real! ¡Oh, Dios mío! ¡Entonces... entonces sácame de este sitio de locos!

Se tambaleó, hizo un poderoso esfuerzo para controlarse y luego se lanzó contra él.

Desde luego, en lo el peso de la muchacha era insignificante, menos de una tercera parte del peso normal que habría tenido en la Tierra. La tomó en brazos y avanzó hacia la cabaña manteniéndose alejado de los dos asentamientos de sinuosos. Alrededor de él se movían excitados lunáticos, y, de vez en cuando, emergía el de la cara purpúrea u otro exactamente igual que él, soltaba una risita, señalaba y gesticulaba.

La lluvia había aumentado y calientes chorros le caían por el cuello. Para aumentar su locura, dio un traspies cerca de un grupo de palmeras espinosas y sus barbadadas hojas le penetraron dolorosamente a través de la camisa. Aquellos pinchazos eran también peligrosos si uno no los desinfectaba; en realidad era mayormente el peligro de las palmeras punzantes lo que impedía a los terráqueos recolectar su propia ferva en lugar de depender de los lunáticos.

Tras de las bajas nubes de lluvia, el Sol se había puesto y ahora reinaba la luz diurna del rojizo Júpiter, que prestaba un falso rubor a las mejillas de la inconsciente Lee Neilan, haciendo que los rasgos de la muchacha aparecieran todavía más deliciosos.

Quizá Grant mantuvo clavados los ojos demasiado tiempo en aquella cara, porque de pronto se vio de nuevo entre sinuosos. Saltaban y chillaban, y el lunático purpúreo saltó dolorido cuando dientes y dardos le pincharon las piernas. Pero, desde luego, los lunáticos eran inmunes al veneno.

Los diminutos diablos estaban ahora alrededor de los pies de Grant. Los maldijo en voz baja y dio unas patadas vigorosas, enviando a una forma ratonesca a describir un arco de quince metros por el aire. Él llevaba al cinto una pistola automática y una pistola lanzallamas, pero no podía utilizarlas por varias razones.

Primeramente, utilizar una pistola contra las diminutas hordas era lo mismo que disparar contra un enjambre de mosquitos; si el proyectil mataba a uno o dos o a una docena, eso no causaba ninguna impresión apreciable en los miles restantes. En cuanto a la pistola lanzallamas, eso sería como utilizar un Gran Bertha para abatir a una mosca. Su enorme chorro de fuego incineraría por supuesto a todos los sinuosos que se encontrasen en su trayectoria, juntamente con las hierbas, los árboles y los lunáticos, pero tampoco eso serviría para impresionar a las hordas supervivientes y significaba, además, tener que recargar trabajosamente la pistola con otro diamante negro y otro cañón.

Tenía ampollas de gas en la cabaña, pero por el momento no estaban a su alcance y, además, no disponía de ninguna máscara de repuesto. Hasta ahora



ningún químico había conseguido descubrir un gas que matase a los sinuosos sin ser al mismo tiempo letal para los humanos. Por último, no podía usar ningún arma, porque no se atrevía a depositar en el suelo a Lee Neilan para quedar con las manos libres.

Delante de él se abría el claro que rodeaba la cabaña. El espacio estaba lleno de sinuosos, pero se suponía que la cabaña estaba construida a prueba de sinuosos, al menos durante períodos razonables de tiempo, puesto que los troncos de corteza de piedra eran muy resistentes a las diminutas herramientas de los enemigos.

Pero Grant notó que un grupo de los diablillos estaba alrededor de la puerta y de pronto comprendió cuáles eran sus intenciones. Habían echado un lazo sobre el picaporte y estaban empeñados en hacerlo girar.

Grant gritó y avanzó a la carrera. Cuando estaba todavía a unos treinta metros, la puerta giró hacia adentro y el tropel de sinuosos irrumpió en la cabaña.

Grant se precipitó por la entrada. Dentro había confusión. Pequeñas formas encapuchadas cortaban las mantas de su cama, sus trajes de repuesto, las bolsas que él esperaba llenar con hojas de ferlva, y estaban ahora tirando de los utensilios de cocina o de cualquier objeto que estuviese suelto.

Vociferó y empezó a dar patadas contra el enjambre. Un salvaje coro de chillidos y gruñidos surgió mientras las criaturas corrían de un lado a otro. Eran lo bastante inteligentes para comprender que él no podía hacer nada teniendo los brazos ocupados por Lee Neilan. Procuraban mantenerse lejos de sus patadas y, mientras él amenazaba aun grupo que estaba junto a la estufa, otro grupo se dedicaba a despedazar sus mantas.

Desesperado, avanzó hacia el camastro. Depositó en él el cuerpo de la muchacha y empuñó una escoba de ramas que se había hecho para barrer su vivienda. Con amplios golpes atacó a los sinuosos que mezclaban ahora sus chillidos con gritos y lamentos de dolor.

Unos pocos se precipitaron hacia la puerta, arrastrando el botín recogido. Grant pudo ver que media docena se arremolinaban alrededor de Lee Neilan desgarrándole el vestido y queriendo apoderarse del reloj de pulsera que llevaba en una muñeca y de los zapatos de baile que calzaban sus piecitos. Les lanzó una maldición y los barrió, esperando que ninguno de ellos hubiese pinchado la piel de la muchacha con virulentos puñalitos o envenenados dientes.

Empezó a ganar la escaramuza. Más criaturas se cubrieron con sus negras capas y se escabulleron con su botín a través del umbral.

Por último, con un estallido de lamentos, los demás, tanto los cargados como los que no llevaban nada, emprendieron la fuga y procuraron librarse, dejando una docena de peludos cuerpecillos muertos o heridos.

Grant barrió a éstos tras los demás con su improvisada arma, cerró la puerta en las narices de un lunático que bamboleaba la cabeza en la apertura, la aseguró con cerrojo para evitar la repetición del truco de los sinuosos y se quedó mirando, abatido, la casa saqueada.

Habían tirado las latas de conserva o se las habían llevado. Todos los objetos sueltos estaban marcados por las manecitas de los sinuosos, y las ropas de Grant colgaban hechas jirones de las perchas clavadas en las paredes. Pero los diminutos bandidos no habían conseguido abrir ni la alacena ni el cajón de la mesa y allí quedaba comida.

Seis meses de vida en lo habían hecho de él un filósofo; soltó unos cuantos juramentos enérgicos, se encogió de hombros resignadamente y sacó de la alacena su frasco de fiebrina.

Su ataque de fiebre había desaparecido tan rápida y completamente como hace siempre la *blanca* cuando se la trata, pero la muchacha, al carecer de fiebrina, estaba inerte y blanca como el papel. Grant miró el frasco; quedaban ocho tabletas.

–Bueno, siempre podré masticar hojas de ferva –masculló.

Eso era menos eficaz que el alcaloide en sí, pero servía, y Lee Neilan necesitaba las tabletas. Disolvió dos en un vaso de agua y le levantó la cabeza.

Como mejor pudo vertió el contenido del vaso entre los labios de la muchacha y luego la acomodó en el camastro. Su vestido era una desgarrada ruina de seda, y él la cubrió con una manta no menos arruinada. Luego se desinfectó los pinchazos de la palmera, juntó dos butacas, y se tendió en ellas para dormir.

Se sobresaltó al oír el ruido de garras en el tejado, pero no era más que Oliver que tocaba cuidadosamente el tubo de la chimenea para ver si estaba caliente. Al cabo de un momento, el gato guardián entró, se desperezó, y comentó:

–Yo soy real y tú eres real.

–¡Mira que bien! –gruñó Grant con voz somnolienta.

Cuando despertó, había luz de Júpiter y del satélite Europa, lo que significaba que había dormido casi siete horas, puesto que la brillante tercera lunita estaba justo despuntando. Se levantó y miró a Lee Neilan, que estaba durmiendo profundamente con un asomo de color en su rostro. La *blanca* estaba pasando.

Disolvió dos tabletas más en agua y luego zarandeó un hombro de la muchacha. Inmediatamente los ojos grises de la joven se abrieron, ahora completamente claros, y ella alzó la mirada hacia él sin ninguna expresión de sorpresa.

–¡Hola, Grant! –murmuró–. Tú de nuevo, ¿eh? La fiebre no es tan mala, después de todo.

–Quizá debería dejar que siguieses con fiebre –sonrió él–. Dices cosas muy bonitas. Despierta y bebe esto, Lee.

De pronto ella se fijó en el interior de la cabaña.

–¿Cómo? ¿Dónde está esto? ¡Parece... real!

–Lo es. Bebe esta fiebrina.

Ella se incorporó y obedeció, luego volvió a recostarse y se quedó mirándolo con perplejidad.

–¿Real? –dijo–. ¿Y tú eres real?

–Creo que lo soy.

Un estallido de lágrimas brotó de los ojos de la muchacha.

–Entonces... entonces he logrado salir de aquel sitio horrible, ¿no? Aquel sitio horrible.

–Claro que sí. –Vio signos de que el alivio de la muchacha se iba a convertir en un ataque de histerismo, y se apresuró a distraerla–. ¿Te importaría decirme cómo has llegado hasta aquí y además vestida para una fiesta?

Ella procuró dominarse.

Estaba vestida para una fiesta. Una fiesta que iba a celebrarse en Herápolis. Pero yo estaba en Junópolis, ¿comprendes?

–No comprendo nada. En primer lugar, ¿qué estás haciendo en lo? Siempre que he oído hablar de ti era por algo relacionado con la buena sociedad de Nueva York o París.

Ella sonrió.

–Entonces no todo era delirio, ¿verdad? Dijiste que tenías una de mis fotos... ¡Ah, aquella! –exclamó, frunciendo el ceño al ver el recorte pegado en la pared–. La próxima vez que un fotógrafo quiera sacarme una instantánea, tendré muy en cuenta no sonreír tan tontamente como... como un lunático. Pero en cuanto a lo de por qué estoy en lo, la verdad es que vine con papá, que está estudiando las posibilidades de cultivar ferva en plantaciones en lugar de tener que depender de tratantes y lunáticos. Llevábamos aquí tres meses y me sentía terriblemente aburrida. Yo pensaba que lo sería apasionante, pero no fue así, no lo fue hasta hace poco.

–Pero, ¿qué hay de ese baile? ¿Cómo te las arreglaste para venir aquí, a mil seiscientos kilómetros de Junópolis?

–Bien –prosiguió ella lentamente–, el aburrimiento en Junópolis era atroz. Nada de espectáculos, nada de deportes, nada sino un baile de vez en cuando. Llegué a sentirme nerviosa. Cuando había bailes en Herápolis, tomé la costumbre de volar hasta allí. Sólo son cuatro o cinco horas en un avión. La semana pasada, o cuando fuese, había proyectado hacer el vuelo y Harvey, el secretario de papá, iba a llevarme. Pero en el último momento papá tuvo necesidad de su secretario y me prohibió que volase sola.

Grant sintió una fuerte antipatía contra Harvey.

–¿Y qué? –pregunto.

–Pues que volé sola –contestó ella gravemente.

–Y te estrellaste, ¿eh?

–Sé conducir un avión tan bien como cualquiera –replicó ella–. Lo que pasó fue que seguí una ruta diferente y de pronto me vi ante una barrera de montañas.

Él asintió.

–Las Colinas de los Idiotas –dijo–. Mi avión de suministros hace un rodeo de setecientos kilómetros para evitarlas. No es que sean altas, pero sobresalen lo suficiente por encima de la atmósfera de este alocado satélite. El aire es allí denso, pero enrarecido.

–Lo sé. Sabía que no podría volar por encima de ellas, pero pensé que podría superarlas de un salto. Tú sabes que no hay más que dar toda la velocidad y llevar el aparato hacia arriba. Yo tenía un avión cerrado y la gravitación aquí es muy débil, y además lo había visto hacer varias veces, especialmente en aparatos impulsados por cohetes. Las turbinas sirven para sostener el avión incluso cuando las alas son inútiles por falta de aire.

–¡Qué idea tan absurda! –exclamó Grant–. Claro que puede hacerse, pero hay que ser un experto para sostenerse cuando se llega al aire que hay al otro lado. Si llegas a mucha velocidad, no hay mucho sitio para descender.

–Es lo que pude comprobar –dijo Lee con tono de arrepentimiento–. Casi di el salto, pero no del todo, y vine a caer en medio de algunas palmeras. Creo que el aparato las aplastó al caer, porque conseguí salir antes de que empezaran a dar latigazos. Pero luego no pude volver al avión, y fue... sólo recuerdo dos días de eso, pero fue horrible.

–Debió de serlo –dijo él suavemente.

–Yo sabía que, si no comía ni bebía, era probable que evitase contraer la fiebre blanca. Lo de no comer no era tan malo, pero no beber... Bien, finalmente me di por vencida y bebí de un pozo. No me importaba lo que sucediera con tal de librarme de la tortura de la sed. Después de eso, todo es confuso y vago.

–Deberías haber masticado hojas de ferva.

–No lo sabía; ni siquiera sé qué aspecto tienen. Además, esperaba que de un momento a otro apareciese mi padre. Ya debe de haber organizado una búsqueda.

–Es lo más probable –replicó Grant irónicamente–. ¿Se te ha ocurrido pensar que hay más de veinte millones de kilómetros cuadrados de superficie en la pequeña lo? Y todo lo que él sabe es que puedes haberte estrellado en cualquiera de esos kilómetros. Cuando vuelas del polo norte al polo sur, no hay una ruta más corta que otra. Puedes cruzar cualquier punto del planeta.

Los grises ojos de la muchacha se agrandaron.

–Pero yo...

–Además –interrumpió Grant–, éste es probablemente el último sitio en que se le ocurriría buscar a una patrulla exploradora. Probablemente pensarían que nadie, sino un lunático, tendría la idea de superar de un salto las Colinas de los Idiotas, tesis con la que estoy perfectamente de acuerdo. Por lo cual me parece muy

probable, Lee Neilan, que te quedes anclada aquí hasta que mi avión de suministro llegue el mes que viene.

–¡Pero papá se volverá loco! ¡Creerá que he muerto!

–Lo cree ya sin duda..

–Pero no podemos... –se interrumpió, lanzando una mirada circular por la diminuta y única habitación de la cabaña. Al cabo de un momento suspiró resignadamente, sonrió y dijo con dulzura–: Bueno, podría haber sido peor, Grant. Trataré de ganarme mi sustento.

–Está bien. ¿Cómo te encuentras, Lee?

–Completamente normal. Ahora mismo voy a empezar a trabajar. –Apartó la manta, se incorporó y puso los pies en el suelo–. Arreglaré... ¡Dios mío, mi vestido!

Volvió a taparse con la manta. Él sonrió burlonamente.

–Tuvimos un pequeño encuentro con los sinuosos cuando te desmayaste. Arremetieron también contra mi guardarropas.

–Está todo arruinado –gimió ella.

–Necesitarás aguja e hilo, supongo. Eso, al menos, no se lo llevaron porque estaba en el cajón de la mesa.

–Con lo que queda de mi vestido no podría hacerme ni un mal traje de baño –replicó la muchacha–. Déjame probar con uno de los tuyos.

A fuerza de cortar, remendar y zurcir, consiguió transformar uno de los trajes de Grant en un atuendo de respetables proporciones. Tenía un aspecto delicioso con aquella camisa de hombre y aquellos pantalones cortos, pero él se turbó al notar que una súbita palidez se había apoderado de la muchacha.

Era la *riblanca*, el segundo acceso de fiebre que usualmente seguía a un ataque grave o prolongado. Con rostro serio, Grant sacó dos tabletas de fiebrina.

–Tómate éstas –ordenó–. Hemos de conseguir hojas de ferva en alguna parte. El avión se llevó mis existencias la semana pasada, y desde entonces he tenido mala suerte con mis lunáticos. No me han traído más que hierbajos y porquerías.

Lee hizo una mueca con los labios al percibir lo amargo de la droga, luego cerró los ojos contra su mareo momentáneo y su náusea profunda.

–¿Dónde puedes encontrar ferva? –preguntó.

Él sacudió la cabeza con perplejidad, mirando cómo Júpiter se ponía, resplandeciendo sus bandas con colores cremosos y castaños y la Mancha Roja hirviendo cerca del borde occidental.

A poca distancia por encima estaba el brillante y pequeño disco de Europa. Frunció el ceño repentinamente, miró su reloj y luego el almanaque que tenía colgado en la puerta del armario.

–Habrá luz de Europa dentro de quince minutos –masculló–, y una verdadera noche dentro de veinticinco, la primera noche verdadera en medio mes. Me pregunto si...

Miró pensativamente el rostro de Lee. Sabía donde crecía la ferva. Nadie se atrevía a penetrar en la jungla misma, donde las palmeras punzantes, las lianas arrojadas y los deletéreos gusanos dentados convertían semejante aventura en un suicidio cualesquiera que no fuese lunático o sinuoso. Pero él sabía dónde se daba la ferva...

En la rara noche de lo, incluso los claros podrían ser peligrosos y no sólo a causa de los sinuosos. Grant sabía bastante bien que en la oscuridad salen de la jungla criaturas que de otro modo permanecen en las sombras eternas de aquélla: dentados, ranas de cabeza de toro, e indudablemente muchos seres desconocidos, misteriosos, venenosos y viscosos nunca vistos por el hombre. Uno oía contar historias en Herápolis y...

Pero tenía que conseguir ferva y él sabía dónde crecía. Ni siquiera un lunático trataría de buscarla allí, sino en los pequeños huertos o granjas alrededor de las diminutas ciudades de los sinuosos, donde era común que creciera la ferva.

Encendió una linterna en medio de la oscuridad que se aproximaba.

–Voy a salir un momento –le dijo a Lee Neilan–. Si vuelve a darte un ataque de *blanca*, tómate las otras dos tabletas. De cualquier modo, nunca te harán daño. Los sinuosos se llevaron mi termómetro, pero si empiezas a sentir mareos de nuevo, no dejes de tomarlas.

–¡Grant! ¿Adónde...?

–Volveré –gritó Grant, cerrando la puerta tras él.

Un lunático, de color púrpura a la luz azulada de Europa, se alzó bamboleándose con una larga risita. Grant apartó a la criatura con un ademán y emprendió una cauta marcha de aproximación a las inmediaciones del poblado de los sinuosos, el poblado antiguo, porque el otro apenas podía haber tenido tiempo para cultivar el terreno circundante. Avanzó difícilmente entre las sangrantes hierbas, pero se daba cuenta de que su cautela era puro optimismo. Estaba exactamente en la posición de un gigante de treinta metros que se acercase a una ciudad humana pretendiendo no ser observado: una empresa difícil incluso en la más profunda oscuridad.

Llegó al borde del claro de los sinuosos. Detrás de él, el satélite Europa, moviéndose casi tan rápido como el minuterero de su reloj, se precipitaba hacia el horizonte. Grant se detuvo con momentánea sorpresa a la vista de la preciosa y diminuta ciudad, cuyas luces parpadeaban en la noche. Él nunca había sabido que la cultura de los sinuosos incluía el uso de luces, pero allí estaban: diminutas velas o quizá pequeñísimas lámparas de petróleo.

Parpadeó en la oscuridad. A unos treinta metros del poblado estaban los campos. El segundo de ellos, de tres metros cuadrados, tenía el aspecto de..., bueno, de lo que era: de ferva. Grant se agachó, se arrastró y alargó una mano

para cortar las hojas blancas y carnudas. Y en aquel momento sonó una aguda risita y el crujido de hierbas detrás de él. ¡El lunático! ¡El idiota lunático purpúreo!

Sonaron irritados chirridos. Recogió un doble brazado de ferva, se puso en pie y se precipitó hacia la iluminada ventana de su cabaña. No tenía ningún deseo de hacer frente a los envenenados dardos o a los diente-cillos portadores de enfermedades, y los sinuosos desde luego se habían levantado. Sus gritos sonaban a coro; el suelo se ennegreció con su presencia.

Llegó a la cabaña, irrumpió con violencia, cerró de un portazo y echó la llave.

–¡Ya está! –Sonrió burlonamente–. Ahora que rabien ahí fuera.

Y rabiando estaban. Sus gritos sonaban como los chirridos de una máquina defectuosa. Incluso Oliver abrió sus soñolientos ojos para escuchar.

–Debe de ser la fiebre –comentó plácidamente el gato guardián.

Desde luego Lee no estaba más pálida; la *riblanca* estaba pasando sin peligro.

–¡Uf! –dijo ella, escuchando el tumulto de fuera–. Siempre he odiado a las ratas, pero los sinuosos son peores. Tienen toda la astucia y la crueldad de las ratas más la inteligencia de diablos.

–Bueno –dijo Grant pensativamente–. No veo qué puedan hacer ahora. Por lo menos tenían lo que yo iba buscando.

–Parece como si se alejaran –dijo la muchacha, a la escucha–. El griterío se va desvaneciendo.

Grant miró por la .ventana.

–Todavía están ahí. Han pasado de las imprecaciones a la formación de proyectos, y me gustaría saber cuáles. Algún día, si este loco satélite llega a ser digno de que lo ocupen los hombres, va a haber un gran choque entre humanos y sinuosos.

–¿Y qué? No son lo bastante civilizados para constituir un obstáculo serio y además son tan pequeños...

–Pero aprenden –dijo él–. Aprenden muy rápidamente y se reproducen como moscas. Supónte que lleguen a descubrir el uso del gas o supónte que fabrican pequeños fusiles para sus dardos envenenados. Esto es posible, porque precisamente ahora están trabajando los metales y conocen el fuego. Tal cosa equivaldría prácticamente a equiparlos con el hombre por cuanto se refiere a la capacidad de agredir. ¿De qué nos servirían nuestros gigantescos cañones y nuestros aviones cohetes contra sinuosos de poco más de un decímetro? Y estar equilibrados sería fatal; un sinuoso por un hombre sería un trato ruinoso.

Lee bostezó.

–Bueno, eso no es problema nuestro. Tengo hambre, Grant.

–Está bien. Eso es un síntoma de que la *blanca* te ha abandonado ya. Comeremos y luego dormiremos un poco, porque quedan cinco horas de oscuridad.

–Pero, ¿y los sinuosos?

–No veo que puedan hacer nada. En cinco horas no pueden traspasar paredes de corteza de piedra y, en cualquier caso, Oliver nos avisaría si alguno consiguiese entrar por alguna parte.

Había luz cuando Grant se despertó. Penosamente, extendió los entumecidos miembros. Algo le había despertado, pero no sabía qué.

Oliver estaba paseando nerviosamente a su lado y le miraba con ansiedad.

–He tenido mala suerte con mis lunáticos –anunció quejumbrosamente el gato guardián–. Tú eres un lindo gatito.

–También lo eres tú –dijo Grant.

Algo lo había despertado, pero, ¿qué?

Entonces comprendió, porque aquello se produjo de nuevo: un pequeñísimo temblor del suelo de corteza de piedra. Frunció el ceño con perplejidad. ¿Terremoto? No en lo, porque la diminuta esfera había perdido su calor interno hacía incontables siglos. ¿Qué, entonces?

Lo comprendió de repente. Se puso en pie de un salto y lanzó un grito tan salvaje que Oliver se echó a un lado con un maullido infernal. El asombrado gato saltó a la estufa y desapareció por el tubo de la chimenea.

Lee había empezado a incorporarse en el camastro, sus grises ojos parpadearon soñolientamente.

–¡Fuera! –rugió él, obligándola a ponerse en pie–. ¡Salgamos de aquí! ¡Aprisa!

–¿Cómo? ¿Por qué...?

–¡Salgamos!

La empujó hacia la puerta, se detuvo un momento para recoger su cinto y sus armas, la bolsa de hojas de ferva y una libra de chocolate. El suelo tembló de nuevo y él se precipitó fuera de la puerta, colocándose con un salto frenético junto a la asombrada muchacha.

–¡La han minado! –jadeó–. Esos demonios han minado la...

No tuvo tiempo de decir más. Una esquina de la cabaña se derrumbó de pronto; los troncos de corteza de piedra se separaron, y toda la estructura se vino abajo como una casita de juguete. El estallido se convirtió en silencio y no hubo movimiento alguno excepto unos perezosos jirones de vapor, unas cuantas negras formas ratunas escabulléndose hacia las hierbas y un purpúreo lunático bamboleándose más allá de las ruinas.

–¡Los sucios diablos! –juró amargamente–. ¡Las malditas ratas negras! ¡Las...!



Un dardo le pasó rozando la oreja y luego arrancó un rizo del enmarañado cabello castaño de Lee. Un coro de chillidos ascendió de entre las hierbas.

–¡Ven! –gritó Grant–. Esta vez están dispuestos a acabar con nosotros. No, por aquí. Hacia las colinas. Hay menos jungla por este sitio.

Fácilmente pudieron sobrepasar a los diminutos sinuosos. En pocos momentos habían perdido el estrépito de sus voces chirriantes, y se detuvieron a mirar compasivamente la destruida vivienda.

–Ahora –dijo él con tono lastimero– estamos como al principio.

–¡Oh, no! –replicó Lee, alzando la mirada hasta él–. Ahora estamos juntos, Grant. No tengo miedo.

–Ya nos arreglaremos –dijo él con tono de suficiencia–. Construiremos una cabaña provisional en cualquier parte. También...

Un dardo se estrelló en una de sus botas con un seco chasquido. Los sinuosos los hablan alcanzado de nuevo.

Una vez más corrieron hacia las Colinas de los Idiotas. Cuando se detuvieron por fin, pudieron divisar a sus espaldas la larga cuesta por la que habían subido y más allá las junglas de lo. Estaba allí la destruida cabaña y cerca, limpiamente escaqueados, los campos y torres de la ciudad más próxima de los sinuosos. Pero apenas habían recuperado el aliento cuando chillidos y gritos salieron de la maleza.

Se veían empujados hacia las Colinas de los Idiotas, una región tan desconocida para el hombre como los helados yermos de Plutón. Al parecer, los diminutos enemigos que tenían detrás habían resuelto que esta vez su adversario, el gigantesco trampero y depredador de sus campos, debía ser perseguido a muerte.

Las armas eran inútiles. Grant ni siquiera podía atisbar a sus perseguidores, que se deslizaban entre la vegetación como ratas encapuchadas. Una bala, incluso si por casualidad atravesaba el cuerpo de un sinuoso, no lograría ningún efecto, y la pistola lanzallamas, aunque su rayo quemase toneladas de maleza y de hierba sangrante, no podía más que cortar una estrecha senda a través de la horda de diminutos verdugos. Las únicas armas que podrían haber servido de algo, las ampollas de gas, se habían perdido entre las ruinas de la cabaña.

Grant y Lee se vieron obligados a seguir subiendo. Estaban ya a más de trescientos metros por encima de la llanura, y el aire se iba enrareciendo. No había allí ninguna jungla, sino sólo grandes manchas de hierba sangrante tras las cuales eran visibles unos pocos lunáticos balanceando sus cabezas.

–Hacia la cima –jadeó Grant, ahora penosamente falto de aliento–. Quizá nosotros podamos soportar el aire enrarecido mejor que ellos.

Lee no pudo contestar. Se esforzaba en andar trabajosamente junto a su compañero mientras pisaban ahora un suelo de roca desnuda. Ante ellos se alzaban dos bajos picachos, como los pilares de una puerta de torreón. Al mirar hacia atrás, Grant vislumbró diminutas formas negras que hormigueaban en un

claro, Y. Lleno de rabia, disparó. Un sinuoso dio un salto convulsivo, ondeando su capa, pero los demás siguieron avanzando. Debía de haber miles.

Los picachos estaban más cerca, ya sólo a pocos cientos de metros de distancia. Eran desnudos, lisos, inaccesibles.

–Entre ellos –masculló Grant.

El paso que separaba a los dos picachos era sombrío y angosto. En siglos remotos debieron de ser un solo pico rajado luego por alguna convulsión volcánica que había abierto aquel estrecho cañón entre los dos.

Grant rodeó con un brazo a Lee, cuya respiración, por el esfuerzo y la altitud, era una serie de jadeos entrecortados. Un brillante dardo repiqueteó en las rocas cuando ellos llegaron a la abertura, pero al mirar atrás, Grant sólo pudo ver a un purpúreo lunático que avanzaba hacia arriba, acompañado por otros cuantos a su derecha. La pareja bajó por un paso de unos veinte metros que desembocó súbitamente en un valle accesible y allí se detuvieron asombrados.

Frente a ellos había una ciudad. Durante un segundo, Grant creyó que habían tropezado con una amplísima metrópolis de sinuosos, pero un examen más atento mostraba otra cosa. Esta no era una ciudad de bloques medievales, sino un poema en mármol, de belleza clásica y de proporciones humanas o casi humanas. Blancas columnas, arcos gloriosos, puras bóvedas, una delicia arquitectónica que muy bien podría haber nacido en la Acrópolis. Fue necesario un segundo examen para discernir que la ciudad estaba muerta, desierta, en ruinas.

Incluso en su agotamiento, Lee percibió aquella belleza.

–¡Qué cosa tan exquisita! –jadeó–. Casi podría perdonárseles ser... sinuosos.

–Ellos no nos perdonarán ser humanos –masculló él–. Tendremos que hacer alto en algún sitio. Lo mejor será que elijamos uno de los edificios.

Pero, antes de que pudieran apartarse unos pocos metros de la boca del cañón, un ruidoso estrépito los detuvo. Grant dio media vuelta y por un momento se sintió paralizado por el asombro. El estrecho cañón estaba lleno de una chirriante horda de sinuosos, como una repulsiva y pesada manta negra. Pero no llegaban hasta el extremo del valle, porque, riendo, graznando y bamboleándose, cuatro lunáticos con aplastantes pies de tres dedos bloqueaban la entrada.

Era una batalla. Los sinuosos mordían y pinchaban a los escasos defensores que proferían agudas exclamaciones de dolor. Pero con una resolución y una unidad de propósito desconocidas entre los lunáticos, sus pies aplastaban metódicamente arriba y abajo, a derecha e izquierda.

Grant exclamó:

–¡Que me aspen! –Luego se le ocurrió una idea–. ¡Lee, toda esa horda de asquerosos diablos está acorralada en el cañón!

Se precipitó hacia la entrada. Apuntó su pistola lanzallamas entre las piernas de un lunático y disparó.

Hizo explosión el infierno. El diminuto diamante, cediendo toda su energía en un terrorífico estallido, lanzó un torrente de fuego que llenó el cañón de pared a pared y aun cortó más allá un abanico calcinado entre las hierbas sangrantes de la ladera.

La Colina de los Idiotas se estremeció con el rugido del arma y cuando la lluvia de restos se asentó, no había nada en el cañón, excepto unos cuantos trozos de carne y la cabeza de un desgraciado lunático que todavía oscilaba y se bamboleaba.

Tres de los lunáticos sobrevivieron. Uno de rostro purpúreo estaba agitando un brazo, riendo y lanzando grititos con una mueca imbécil. Grant apartó a un lado aquella cosa y regresó junto a la muchacha.

—¡Gracias a Dios! —dijo él—. Por lo menos de esto nos hemos librado.

—Yo no tenía miedo, Grant. Nunca lo tengo cuando estoy contigo.

Él sonrió. .

—Quizá podamos encontrar aquí un refugio —sugirió—. La fiebre debe de ser menos molesta a esta altitud. Pero, oye, ésta debe de haber sido la capital más importante de todos los sinuosos en tiempos remotos. Apenas puedo imaginarme a tales demonios creando una arquitectura tan bella como ésta y tan grandiosa. Porque, en realidad, esos edificios son tan colosales en proporción con el tamaño de los sinuosos como lo son respecto a nosotros los rascacielos de Nueva York.

—Pero mucho más hermosos —dijo Lee suavemente, pasando su mirada sobre la gloria de las ruinas—. Incluso se les podría perdonar todo, Grant. ¡Mira eso!

Él obedeció el ademán. En la parte interior de los portales del cañón había gigantescos bajorrelieves. Pero lo que lo había dejado estupefacto era el tema de aquellos retratos. Allí, ascendiendo por los acantilados, había figuras, no de sinuosos, sino de... lunáticos. Exquisitamente esculpidas, sonriendo más bien que riendo tontamente, sonriendo con un toque de tristeza, de pena, de compasión.

—¡Dios mío! —susurró él—. ¿Comprendes, Lee? Ésta debió de ser en otros tiempos una ciudad de lunáticos. Los escalones, las puertas, los edificios, todo está construido a escala. De un modo u otro debieron de lograr una civilización avanzadísima y los lunáticos que nosotros conocemos no son más que el residuo degenerado de una gran raza.

—Y —sugirió Lee— la razón de que esos cuatro bloquearan el camino cuando los sinuosos trataron de pasar es que todavía recuerdan. O es probable que no recuerden realmente, pero tienen una tradición de pasadas glorias, o más probable aún, un mero sentimiento supersticioso de que este lugar es en cierto modo sagrado. Nos dejaron pasar porque, al fin y al cabo, tenemos más parecido con los lunáticos que los sinuosos. Pero lo sorprendente es que todavía posean, aunque no sea más que ese débil recuerdo, porque esta ciudad debe de estar en ruinas desde hace siglos, o quizás incluso miles de años.

—Pero pensar que los lunáticos puedan haber tenido alguna vez la inteligencia suficiente para crear una cultura propia... —dijo Grant, apartando al purpúreo que

se bamboleaba y soltaba risitas a su lado. De pronto el hombre se detuvo y dirigió una mirada de repentino respeto a aquella criatura—. Éste lleva varios días siguiéndome. Muy bien, muchacho, ¿qué pasa?

El purpúreo alargó un hacecillo mal trabado de hierba sangrante y de ramitas, riendo idiotamente. Su ridícula boca se torció; los ojos se le aguzaron en el esfuerzo de conseguir una concentración mental.

—¡Pasteles! —dijo con una risita triunfante.

—¡El muy imbécil! —estalló Grant—. ¡Inútil! ¡Idiota! —Se interrumpió para echarse a reír—. No importa. Creo que os lo merecéis. —Alargó la libra de chocolate a los tres encantados lunáticos—. Aquí tenéis vuestros pasteles.

Un grito de Lee lo sobresaltó. La muchacha estaba agitando los brazos furiosamente. Sobre la cresta de la Colina de los Idiotas un avión cohete rugía, describía círculos y por fin se posaba en el valle.

La portezuela se abrió. Oliver salió gravemente, comentando como quien no quiere la cosa.

—Yo soy real y tú eres real. .

Un hombre siguió al gato guardián; dos hombres.

—¡Papá! —gritó Lee.

Un poco más tarde, Gustavus Neilan se volvió hacia Grant.

—No sé cómo agradecersele —dijo—. Si hubiese algún modo de poder mostrarle lo mucho que aprecio...

—Lo hay. Puede usted cancelar mi contrato.

—¿Trabaja usted para mí?

—Soy Grant Calthorpe, uno de sus tratantes y estoy ya harto de este loco satélite.

—Desde luego puede hacerse, si usted lo desea —dijo Neilan—. En cuanto a la cuestión de la paga...

—Puede usted pagarme los seis meses que he trabajado.

—Si no le importase quedarse —dijo el hombre mayor—, no tendría que trabajar mucho tiempo más en la compra. Hemos podido cultivar ferva cerca de las ciudades polares y prefiero las plantaciones a la inseguridad de tener que confiar en los lunáticos.

Si continúa usted el año de su contrato, podríamos ponerlo al frente de la plantación cuando termine ese plazo.

Grant se encontró con los grises ojos de Lee Neilan y vaciló.

–Gracias –dijo lentamente–, pero estoy harto de esto. –Le sonrió a la muchacha y luego se volvió hacia el padre de .la misma–. ¿Le importaría contarme cómo ha podido localizarnos? Éste es el sitio más inverosímil de todo el satélite.

–Pues precisamente por eso –respondió Neilan–. Cuando Lee no regresó, reflexioné cuidadosamente sobre el asunto. Por último decidí, conociéndola como la conozco, buscar primeramente en los sitios más improbables. Sobrevolamos las costas del Mar de la Fiebre, y luego el Desierto Blanco y finalmente las Colinas de los Idiotas. Divisamos las ruinas de una cabaña y entre los escombros estaba este individuo –indicó a Oliver–, que no hacía más que repetir: «Diez lunáticos hacen un medio idiota». Bien, aquello de semicuerdo parecía una referencia muy clara a mi hija, y volvimos a emprender el vuelo hasta que el rugido de la pistola lanzallamas nos llamó la atención.

Lee adoptó una expresión de malhumor, luego volvió sus ojos grises hacia Grant.

–¿Recuerdas –dijo suavemente– lo que te dije en la jungla?

–Yo ni siquiera lo habría mencionado –replicó él–. Sabía que estabas delirando.

–Pues... quizá no lo estaba. Si tuvieses compañía, ¿te resultaría más fácil trabajar el resto del año? Quiero decir si, por ejemplo, volases con nosotros a Junópolis y regresases con una esposa.

–Lee –dijo él con voz ronca–, sabes la diferencia que eso comportaría, aunque no puedo comprender por qué se te ha ocurrido la idea.

–Debe de ser la fiebre –sugirió Oliver.

## Nacido del Sol

Jack Williamson

*En la Astounding Stories de marzo de 1934, Williamson publicó uno de los más sorprendentes relatos de revolución de ideas, titulado Nacido del Sol.*

*En mi opinión, el relato es válido. Lo leí por primera vez hace casi cuarenta años, y al releerlo todavía me parece emocionante, a pesar de que recordaba el desenlace. Es posible que la trama amorosa sea algo vulgar, y la actitud a lo Fu Manchú hacia los chinos ya está pasada de moda. Pero, en general, el cuento es ágil y Williamson hace plausible una de sus más delirantes ficciones.*

*No obstante, mientras lo leía me incomodó un poco esa escena en que los fanáticos del culto atacan el centro científico destinado a salvar parte de la raza humana. La había olvidado. Pero me pregunto si la había olvidado cuando escribí Nightfall, sólo siete años después. Aunque así fuera, seguramente la influencia de Nacido del Sol actuó de manera inconsciente, pues en Nightfall hay una escena muy parecida.*

**Isaac Asimov**

### 1

El ronquido de un motor funcionando a todo gas resonó en la enorme biblioteca de caoba. Era el primer aviso de un peligro inminente. Alzando los ojos de la gran mesa situada en un rincón de la estancia, Foster Ross contempló distraídamente la ventana cubierta de escarcha. Fuera, los delgados árboles se mecían, desnudos, con ramas esqueléticas contra la penumbra gris de aquel anochecer a comienzos de diciembre. El viento quejumbroso arrastraba algunos copos de nieve.

Foster Ross prestó atención y por un segundo se preguntó el porqué de semejante prisa suicida sobre las carreteras heladas. Luego dirigió de nuevo su atención al experimento que le tenía ocupado desde hacía dos duros años.

Estaba solo en la enorme y laberíntica mansión de piedra que le había legado su padre, aislada en la cumbre de una solitaria y boscosa colina de Pennsylvania. No esperaba visitas, pues durante el invierno la casa permanecía cerrada. Los pocos criados se habían ido aquella misma tarde. Foster pensaba salir a medianoche hacia la soleada Palm Beach, para reunirse con June Trevor.

Era un gigante delgado y musculoso que silbaba distraído mientras se inclinaba sobre la gran mesa de caoba cubierta de aparatos eléctricos. En el centro, iluminada por una luz cegadora, había una pequeña esfera de aluminio de la que salían dos hilos delgados de platino.

Foster hizo la última conexión. Retrocedió con un gesto de impaciencia, apartándose de los ojos un mechón de cabello cobrizo.

–¡Ahora! –susurró–. Debería subir. Del mismo modo que subirá hacia la Luna la primera nave espacial. Debiera...

Mientras miraba nerviosamente la esfera parecida a un juguete, accionó un conmutador. Esperó lleno de ansiedad, mientras las bobinas zumbaban con fuerza y saltaban entre los polos súbitas descargas eléctricas.

El minúsculo globo no se movió. Lo contempló un instante, exhalando un suspiro. Luego dio un paso atrás y sonrió para sí mismo.

–Ahí van cincuenta mil –murmuró–. Cincuenta mil dólares por una ilusión. Con eso podría haber satisfecho muchos caprichos. ¡Qué idiota soy al ocuparme de esa cosa infernal como un viejo maniático, cuando podría estar descansando en la playa con June!

Pero en ese momento, algo brilló en sus serenos ojos azules, e irguió sus hombros anchos.

–¡Se puede lograr! –exclamó–. Podría probar con una rejilla cónica. O alear el elemento catódico con titanio. El tubo-motor...

Sonó la insistente llamada del timbre y unos golpes frenéticos en la puerta principal. Foster recorrió a paso rápido el oscuro pasillo.

Aún se oía el coche lanzado, a toda marcha, un rugido grave y agorero que se hizo aún más fuerte.

Por un instante pareció reducir la marcha, pero luego aceleró de nuevo.

Ha entrado en el camino, pensó. ¡Dos invitados inesperados, ambos con prisa!

Abrió la puerta a las tinieblas invernales; un vendaval helado, que llevaba nieve, le azotó la cara.

Había un taxi delante de la puerta y las luces amarillas formaban un halo débil entre los remolinos de nieve. El coche se alejó al aparecer él. Foster vio refugiado junto a la pared al visitante, un hombre pequeño envuelto en un enorme abrigo gris.

El hombrecillo dio un salto hacia la puerta abierta y balbuceó:

–¡Rápido! ¡Adentro! ¡El otro coche...!

Unos faros poderosos escudriñaron a través de la nieve; el segundo coche subía rugiendo por el camino; patinó temerariamente y enfiló hacia la puerta.

Varios estampidos terribles azotaron los oídos de Foster, y surgieron llamas amarillas de la automática negra que el hombrecillo tenía en la mano. Disparaba contra el sedán que había patinado.

Un rayo de cegadora luz anaranjada surgió de la máquina cuando ésta pasó atronadoramente. El rayo pareció alcanzar al hombrecillo. Éste se volvió mientras disparaba el arma por última vez y cayó en el umbral de la puerta.

El coche negro frenó y luego reanudó su carrera. Por un instante los faros iluminaron el taxi y luego lo adelantó, desapareciendo por el camino.

Aturdido, Foster cerró de un portazo y echó llave a la puerta. Luego se inclinó sobre el hombrecillo caído en el suelo. Escuchó un jadeo y luego una débil risita.

Una voz baja, extrañamente tranquila, dijo:

—¡Nos hemos apuntado un tanto, Foster!

—¿No está herido, señor? Cayó cuando la luz naranja...

—No. Me dejé caer a tiempo.

Foster le ayudó a ponerse en pie.

—Pero si es mortal. Lo llaman el fuego letal. Creo que se trata de una radiación actínica, que descompone las proteínas. Envenena la sangre.

El hombrecillo se inclinó para recoger su automática. Sacó tranquilamente el cartucho vacío, lo repuso y se guardó la pesada arma en el bolsillo de su abrigo gris.

—¿No prefiere pasar? —lo invitó Foster—. Si no le molestara explicar...

—Por supuesto, Foster.

El extraño invitado le siguió por el pasillo oscuro hasta la biblioteca profusamente iluminada.

Cuando llegaron a la zona de luz, Foster se volvió para mirar al hombre.

—Al parecer, usted me conoce —empezó, entonces parpadeó con sorpresa y exclamó—: ¡Tío Barron! ¡No te había reconocido! —alargó cordialmente la mano.

Barron Kane era un hombre menudo. Tenía el pecho estrecho, hombros caídos y delgados como los de un chiquillo, brazos delgados y musculosos, pero la serena paciencia del científico daba a su rostro cansado un brillo de energía. En sus fríos ojos grises había confianza y, paradójicamente, la sombra de un miedo devorador.

—Me has sorprendido —dijo Foster—. Creí que habías muerto. Hemos pasado años sin tener noticias tuyas. Mi padre intentó localizarte.

—He estado en Asia —explicó el hombrecillo mostrando su tez bronceada—, en un oasis del Gobi que no figura en los mapas. He vivido totalmente apartado de la civilización. Y, como has visto, hay gente que se empeña en apartarme para siempre.

Señaló hacia la dirección por donde había desaparecido el bólide.

—Me acuerdo de cuando preparabas tu última expedición —recordó Foster—. Fue hace doce años. Yo estaba en la escuela secundaria... Estuviste muy misterioso en cuanto al lugar a donde te dirigías. Me moría de ganas de acompañarte y



correr aventuras contigo, y quise convencer a papá del hecho que yo no había nacido para dirigir la fábrica de aceros. Pero siéntate. ¿Quieres un trago?

Barron Kane meneó su cabeza morena y calva. Nunca llevaba sombrero.

–Foster, debo hablar contigo.

–Estoy impaciente por saber de qué se trata –le aseguró Foster–. Todo esto es..., bien, muy interesante.

–Quizá nos interrumpan –observó Barron Kane–. ¿Te molestaría cerrar puertas y ventanas y correr las cortinas?

–Claro que no. ¿Crees que ellos regresarán...?

–Existe un poder –respondió Barron Kane con voz extrañamente serena todavía– que no cejará hasta tener pruebas concluyentes de mi muerte.

Foster echó el cerrojo a la puerta y se dispuso a atrancar las ventanas. Regresó y halló a su tío estudiando con curiosidad la maqueta plateada que estaba sobre la mesa.

–Hace un mes leí tu monografía en la «Science Review» –comentó–. La que trataba acerca del efecto ómicron y el tubo-motor. Por eso he venido a verte, Foster. Has logrado algo tremendo...

–Todavía no –señaló Foster con una mueca de fatiga–. He dedicado dos años y no poco dinero al tubo-motor. Y todavía no levanta su propio peso.

–Pero, ¿sigues intentándolo? –la voz grave tenía una extraña nota de angustia.

–Hoy estaba trabajando en ello –Foster tocó el pequeño tubo de aluminio–. Esto es un modelo de la máquina especial. El tubo-motor se halla dentro, conectado con estos hilos de platino.

Naturalmente, en la verdadera nave todos estos aparatos serán interiores. Las cabinas y... –se interrumpió, meneando la cabeza con amargura–. ¡Pero es un sueño! Un sueño absurdo..., no pienso malgastar mi vida con eso.

Sus ojos azules miraron con desafío a Barron Kane.

–Me voy esta noche a Palm Beach para reunirme con June Trevor –y agregó a guisa de explicación–: Estamos prometidos. Nos casaremos en Año Nuevo, Barron. June es sencillamente..., ¡maravillosa!

–¡No puedes hacer eso! –protestó Barron Kane; sujetó del brazo a Foster y habló con inesperado apremio–: Debes dedicarte a la máquina espacial, Foster. Debes terminarla para salvar a la raza humana.

–¡Cómo! –exclamó Foster, y se apartó de él–. ¿Qué dices?

–Exactamente lo que has oído –le respondió Barron Kane con la misma voz tranquila, que resultaba enfática por su misma falta de entonación–. He venido a confiarte algo espantoso, Foster. Algo que descubrí en Asia. Algo que un terrible poder ha procurado por todos los medios impedirme decir.

Foster le contempló y luego preguntó enérgicamente:

–¿De qué se trata?

–Nuestro planeta está condenado a la destrucción –respondió Barron Kane con expresión sombría–. Y la raza humana también..., a menos que tú puedas salvar a varios individuos por lo menos. Eres el único hombre que tiene en sus manos una posibilidad, Foster, con tus acerías y el invento del tubo-motor.

Azorado, algo intimidado a su pesar, Foster observó a su tío sintiendo el frío contacto de un terror extraño. ¿Habría enloquecido aquel hombre durante los doce años transcurridos desde que desapareciera? Ya entonces era famoso por su personalidad excéntrica, lo mismo que por su saber como geólogo y astrofísico. No, concluyó Foster, su actitud era bastante cuerda. Y el coche de donde había surgido el rayo naranja no fue una alucinación, sino algo muy real.

Foster tomó del hombro a Barron Kane, le acompañó hasta un gran sillón de cuero y le indicó que se sentara. Quedándose en pie, inquirió:

–¿Puedes decirme de qué se trata exactamente?.

Por un instante, una ráfaga de humor disipó el temor que aleteaba en aquellos ojos grises.

–No, Foster –respondió con voz serena–. Sospecho que estoy en mis cabales.

Barron Kane entrecruzó sus delgados dedos morenos y se los contempló, meditativo.

–Supongo que no habrás oído hablar del Culto del Gran Huevo –comenzó a explicar–. No es posible que lo conozcas, pues hasta el nombre es prácticamente desconocido aquí. Se trata de una fanática secta religiosa, cuyo templo está oculto en un oasis recóndito del Gobi. Oye, Foster: hace casi diez años me convertí en adepto de esa secta. No fue fácil. Y luego tuve que soportar pruebas..., en fin, penosas. Al cabo de siete años fui plenamente iniciado. De labios del jefe de la orden, un demonio humano llamado L'ao Ku, escuché el terrible secreto que había ido a buscar en Asia. Esto sucedió hace tres años. L'ao Ku debió sospechar de mí. Fui cuidadosamente vigilado. Tuve que esperar durante dos años la ocasión de escapar. Desde entonces, los agentes de L'ao Ku me persiguen por todo el mundo. Ha transcurrido casi otro año. Creí que los había despistado en Panamá. Leí tu artículo sobre el tubo-motor y vine a verte, Foster. Como decía, tú eres el único hombre... Pero, de algún modo, volvieron a encontrar mi rastro. Sospecho que te he condenado a muerte.

–¿A mí? –preguntó Foster–. ¿Cómo?

–L'ao Ku no quiere que su secreto sea revelado. Tres hombres murieron misteriosamente poco después de hablar conmigo.

Foster aún estaba en pie frente a Barron Kane, mientras luchaban en su mente el asombro y la incredulidad. Alzó el mentón, decidido a buscar algún sentido en aquellos asombrosos acontecimientos.

–¿Qué secreto? –inquirió–. ¿De qué se trata? ¿Qué tiene esto que ver con el fin del mundo?

Barron Kane volvió a estudiar concienzudamente las puntas de sus dedos entrecruzados.

–Creo que empezaré –dijo– por hacerte una pregunta... Te preguntaré, Foster, sobre el enigma más grande del mundo. ¿Qué es la Tierra?

Sorprendido, Foster estudió el rostro cansado y paciente. Observó los ojos grises, tranquilos pero velados por un horror meditativo. Meneó la cabeza. Barron Kane era un enigma.

–De acuerdo, ¿qué es la Tierra?

–Debo decirte algo muy sorprendente –respondió Barron Kane–. Algo muy terrible. Te resultará difícil aceptarlo, ya que es contrario en gran parte a ideas arraigadas en nosotros y que son más antiguas que la ciencia. La idea es tan extraña, Foster, tan terrible, que una mente occidental nunca la habría concebido. Al fin y a la postre, estaremos en deuda con el Culto del Gran Huevo. La mentalidad oriental, aplicando la sabiduría secreta de aquella orden, vio algo que nosotros jamás habríamos visto pese a tener todas las pruebas ante nuestros ojos. Quizá te resultará más fácil aceptar mi revelación si te recuerdo algunas lagunas notorias del conocimiento científico. Debes aceptarlo, Foster. La supervivencia de la humanidad depende de ti.

Foster se dejó caer en una silla frente a Barron Kane. Aguardó en tenso silencio.

–Vivimos en una aterradora ignorancia por lo que se refiere al planeta que pisamos –prosiguió la misma voz tranquila, aunque cargada de una terrible intensidad–. ¿Cuánto hemos adelantado en los seis mil quinientos kilómetros hacia el centro de la Tierra? ¡Menos de seis kilómetros! ¿Qué hay más abajo? ¿Qué es, realmente, ese fenómeno al que llamamos terremoto? ¿Qué hay bajo el delgado caparazón de rocas sólidas sobre la cual vivimos? ¿De dónde proviene el calor que activa nuestros volcanes? Podría aducir mil teorías vagas y conflictivas, hipótesis sobre la naturaleza del interior de la Tierra..., pero prácticamente ningún hecho comprobado. En realidad, Foster, sabemos tan poco de la Tierra como la mosca que se posa sobre un huevo pueda saber acerca del misterio de la vida embrionaria que contiene. ¡Y menos aún es lo que sabemos de los demás planetas! ¿Qué científico puede explicarte cómo se formaron? ¡Ah! Desde Laplace se han expuesto muchas teorías. La hipótesis planetesimal, la nebular, la gaseosa, la meteórica..., estas y otras muchas hipótesis. Lo más notable de cada una es que rebate de plano todas las demás. ¡Recuerda el enigma del planeta perdido! Según la Ley de Bode, debería existir otro planeta entre Marte y Júpiter, donde están los asteroides.

»Por lo visto éstos, los cometas y los enjambres de meteoritos son fragmentos de este planeta... Pero, reunidos, no suman más que un décimo de la masa que debía tener. ¿Qué cataclismo inimaginable destruyó el planeta perdido, Foster? Dime, ¿qué sucedió con las nueve décimas partes de él que se han perdido? ¡Tomemos otro enigma cósmico! ¿Qué es el Sol, del cual dependen nuestras vidas? ¿Cuál es la historia de vida de un sol, de cualquier sol? ¿De dónde saca

su masa, su movimiento y su calor? ¿Qué origina la existencia de un sol? Foster, cuando miras las estrellas una noche de invierno, ¿puedes imaginarlas eternas en su existencia? ¡Analícemos el enigma de la entropía! Es la ley mortal que domina el universo. Las estrellas se enfrían y mueren; el polvo estelar se dispersa; la radiación se propaga y se pierde. Nuestros especialistas en cosmogonía aseguran que el Universo se está agotando. Pero, ¿no existirá también una fuerza de vida, de desarrollo, de creación? ¿Cómo podría haber muerte, Foster, si no hay vida antes? ¿Nunca te has preguntado porqué el Sol, como cualquier otra estrella variable, se dilata y contrae al ritmo del ciclo de las manchas solares, con un latido comparable al pulso de un ser vivo?

Barron Kane se adelantó en su silla. Sus ojos grises —ahora la sombra del horror que le atormentaba era más honda— se clavaron en el rostro de Foster con una sinceridad desesperada y ansiosa.

—¡Foster! —exclamó—. ¡Yo sé lo que es la Tierra! Hace años, mientras luchaba con los fracasos y las contradicciones de nuestra ciencia occidental, lo intuí vagamente. Hace doce años, gracias a un rumor débil y casual, supe que la sabiduría oriental había adivinado la verdad que permanece oculta a nuestras dogmáticas mentes occidentales. Como ya te he contado, me fui al Gobi. Descubrí aquella secta secreta. Al cabo de siete años de esfuerzo y paciencia, penetré en el círculo interior. L'ao Ku confirmó mi terrible sospecha. Por él supe cosas que ni siquiera me había atrevido a suponer. Supe que la Tierra, todo el Sistema Solar, está destinado a fragmentarse dentro de muy poco tiempo. Veremos el fin, Foster..., a menos que los agentes secretos de L'ao Ku nos liquiden antes. No lo olvidemos ni frente a los mayores peligros. Ese hombre es un ser inhumano, fanático y diabólico, pero también un genio. Y todo su poder, toda la ciencia secreta capaz de crear el rayo venenoso, está empeñada en nuestra destrucción.

La voz tranquila calló. Un silencio tenso y eléctrico dominó la espaciosa biblioteca. Incrédulo,

Foster exclamó:

—¡El fin del mundo!

—El fin —repitió Barron Kane con la misma calma forzada—. Esperaba que tal vez podríamos disponer de años... Pero hoy sé, por una noticia que apareció en el periódico de la tarde, que la fase definitiva ya ha comenzado.

Foster Ross volvió a ponerse en pie y se inclinó sobre el hombrecillo moreno.

—Dime —imploró—, ¿qué pretendes decir?

Barron Kane, inclinándose a su vez, le contestó con la voz convertida casi en un susurro. Foster le oyó en silencio, en pie. Al principio, sus ojos azules expresaron un incrédulo asombro, que poco a poco se convirtió en un pánico terrible.

## 2

El grave y diminuto científico habló durante una hora, y luego se arrellanó en el enorme sillón de cuero volviendo a entrelazar sus delgados dedos morenos.

Foster se acercó en silencio a una ventana. Descorrió la cortina y contempló la noche de aquel invierno incipiente. Los desnudos árboles eran como una hilera fantasmal de esqueletos sobre los campos de nieve, que brillaban débilmente bajo el cielo en tinieblas. Algunos copos de nieve devolvieron un resplandor blanco bajo el torrente de luz que salía por la ventana. El terrible viento helado azotó las antiguas paredes de piedra.

–Corre la cortina, por favor –pidió Barron Kane con la misma serenidad imperturbable–. Los agentes de L'ao Ku podrían estar vigilando. El rayo venenoso...

Foster corrió la cortina bruscamente. Tenso y algo tembloroso, regresó al lado de su tío.

–Lo siento –murmuró–. Lo había olvidado.

–Es una idea especialmente difícil para la mentalidad occidental –explicó Barron Kane, compasivo–. Sospecho que si los occidentales se vieran obligados a aceptarla, muchos enloquecerían. Pero, si intentas mirarlo con algo de fatalismo oriental...

Foster parecía no darse cuenta de su presencia. Paseó de un lado a otro del espacioso gabinete enmaderado. En un momento dado se detuvo junto a la mesa para tocar el modelo experimental de aluminio de la nave espacial. Tomó de la repisa una fotografía de June Trevor, estudió durante un instante su belleza seria y clásica de ojos oscuros y luego la devolvió a su lugar con sumo cuidado.

Regresó al lado de su tío.

–La Tierra... –jadeó–. ¡No puedo creerlo! ¡Es demasiado monstruoso...!

Barron Kane se puso en pie y se adelantó, ansioso.

–Debes creerme, Foster –rogó con voz grave–. Porque sólo tú dispones de medios para salvar la simiente de la humanidad. Debes ponerte a trabajar en seguida. ¡Esta misma noche!

–¿Esta misma noche? –repitió Foster, embotado y muy sorprendido.

–Debes comprender que es cuestión de meses, Foster. De medio año, como máximo. Y la empresa es terrible... Debemos montar un laboratorio para acelerar el desarrollo de tu tubo-motor.

Tus acerías se pondrán a fabricar piezas del..., del Arca del espacio. Tenemos mil problemas que resolver en todas las ramas de la ingeniería. Y el trabajo debe quedar terminado en menos tiempo del que se haya invertido jamás en una construcción similar. ¡En mucho menos tiempo!

–No existe construcción similar –señaló Foster–. Hasta un buque de guerra sería un juguete sencillo comparado con la máquina espacial. Se necesitaría toda una vida para ponerla a punto.

Además –protestó vagamente, todavía embotado–, me voy a Palm Beach. Prometí a June que...

–Tendrás que romper tu promesa –le cortó imperiosamente Barron Kane–. Ambos dedicaremos hasta el último segundo a la tarea. Con todo, el tiempo que nos queda es espantosamente corto. Y debemos evitar a L'ao Ku y su rayo venenoso.

–En realidad, como verás, no puedo..., no puedo hacerme a la idea.

–Foster, atónito, seguía mirando a Barron Kane–. ¡Es endiabladamente fantástica!

–Considéralo desde un punto de vista oriental –insistió su tío–. El fatalismo oriental...

–¡No soy chino! –se impacientó Foster–. Pero quiero a June Trevor..., por encima de todo. Si tienes razón, si los próximos seis meses serán los últimos, prefiero vivirlos con ella.

–¿No lo entiendes? –susurró Barron Kane; tomó el brazo de Foster con sus huesudos dedos–. Si quieres a June Trevor, ¡construye la máquina espacial para salvarla! Foster, ¿te gustaría verla morir con el resto de la raza humana, como..., como gusanos en una casa incendiada? ¿Borrada..., aniquilada?

–¡No! –exclamó Foster–. ¡No! Pero no me creo capaz...

–¡Debes hacerlo! –insistió Barron Kane–. Te aseguro que hay pruebas. Hoy, en el periódico vespertino, ha aparecido un suelto que pregona la ruptura del Sistema Solar.

–¿Pruebas? –gritó Foster, incrédulo–. ¿Pruebas de qué...?

–¿Tienes el periódico de esta tarde?

–Por aquí anda. No he tenido tiempo de echarle un vistazo. Ya sabes, estaba ocupado en mi experimento.

Buscó el periódico y lo abrió con curiosidad. Sus ojos hallaron los grandes titulares, y vio que hablaban sólo de nuevos casos de corrupción política.

Las manos delgadas e impacientes de Barron Kane le arrebataron el periódico y señalaron una gacetilla situada sin mayor relieve en la parte inferior de la página.

### **LOS SABIOS, DESCONCERTADOS**

«El doctor Lynn Poynter, del Observatorio de Monte Wilson, ha comunicado esta mañana que el planeta Plutón abandona su órbita y se aleja del Sol siguiendo una trayectoria anómala e inexplicable. El doctor Poynter asegura que el color del planeta ha virado además de un tono amarillento a verde vívido.

»El doctor Poynter ha declarado que no puede adelantar ninguna explicación sobre este fenómeno. Se niega a hacer más declaraciones, salvo que ha pedido a astrónomos de todo el mundo que verifiquen sus observaciones.»

El rostro de Foster permaneció torvo y pétreo mientras leía el lacónico texto. Sus temblorosos dedos arrugaron el periódico y, deliberadamente, lo partió por la mitad. Cuando se volvió hacia Barron Kane había en sus ojos un espanto nuevo, devorador. Habló con voz ronca:

–¿Entonces Plutón ya..., ya se ha ido? ¡El Sistema Solar ya ha empezado a dispersarse! –contempló el periódico que tenía roto en las manos–. Barron, por la mañana iremos a la acería y nos pondremos a trabajar.

El hombrecillo moreno le apretó la mano, en silencio, agradecido.

–Ahora –agregó Foster– debo telefonar a June.

–¿Eres tú, Foster? –sonó la voz clara de la muchacha, cargada de esperanza–. ¿Llegarás mañana? Iré a recogerte con el coche...

Foster evocó su encanto, sus ojos oscuros y serios; la vio sentada al volante, alta y esbelta; con una impaciencia alegre e infantil bajo su serena reserva. De repente se sintió débil, enfermo de dolor por no poder ir a verla.

–No –respondió, tratando de no traicionar la pena que sentía–. Sintiéndolo mucho, no puedo ir.

Notó angustia en las palabras de la muchacha:

–¿Algo anda mal...?

–Han surgido algunos imprevistos –tartamudeó, procurando expresarse en términos no demasiado alarmantes–. Un trabajo que debo terminar. Es muy importante. Debo quedarme...

–¡Ah! –en su voz había cierta agonía–. ¿Te impedirá venir..., hasta después de Año Nuevo?

–Sí –contestó–. Tendremos que aplazar la boda.

–¡Oh! –fue una exclamación de dolor; Foster se sintió lleno de compasión hacia ella–. ¿No puedes decirme de qué se trata?

–Por teléfono no. Oye, June: quiero que vengas aquí tan pronto como te sea posible. Entonces te explicaré.

–Tengo muchos compromisos –protestó–. Y tu voz suena tan extraña...

–Es importante, de veras –insistió–. ¡Por favor, ven! Te necesito, June... Por favor...

Hubo un silencio; luego la muchacha habló con decisión:

–De acuerdo, Foster. Llegaré el lunes...

–¡Gracias, querida! –respondió con gratitud–. Cuando lo sepas, comprenderás...

–¡Adiós, muchacho! –gritó casi alegremente–. ¡Pon un rayo de Sol en tu voz! ¡Hablas como si estuviera a punto de llegar el fin del mundo! Llegaré el lunes.

La querida June, tan buena chica como siempre, pensó Foster mientras la muchacha colgaba.

Alegre y generosa como de costumbre. Siempre se hacía cargo. Y él terminaría, debía terminar la nave espacial a tiempo para salvarla del terror increíble que auguraba Barron Kane.

Aquella noche Barron Kane y Foster Ross no se acostaron. Se quedaron en la espaciosa biblioteca, junto al modelo a escala reducida de la máquina espacial, pensando en cómo transformar aquel sueño en realidad. A medianoche, Foster fue a la cocina, tomó pan, jamón y una botella de leche y los colocó frente a la diminuta nave.

Al amanecer guardó en un portafolios el modelo y las páginas donde habían esbozado el proyecto, para llevárselo a la fábrica.

–No olvides que hay peligro –insistió Barron Kane–. Los hombres que me siguen no deben estar muy lejos. No regresarán sin la certeza de mi muerte.

–Telefonaré a la fábrica –dijo Foster– y pediré una escolta.

Entonces descubrió que la línea estaba cortada.

–Los cables se han roto –dijo–. La tormenta...

–Los hombres de L'ao Ku los han cortado –susurró Barron Kane–. Nos esperan.

–Entonces, será mejor que salgamos zumbando –propuso Foster–, mientras podamos.

Barron Kane asintió.

–Si logramos llegar a la acería, tendremos que defenderla –afirmó–. Pero lucharemos hasta el fin contra L'ao Ku, lo mismo que lucharemos contra el tiempo. La secta secreta profesa que toda vida debe perecer cuando la Tierra se fragmente. Todo intento por salvar siquiera una sola vida humana infringiría el primer principio de esa doctrina fantástica.

Dejaron encendidas las luces de la biblioteca, y ambos se escabulleron hacia la puerta trasera de la vieja mansión. Los jardines parecían fantasmagóricamente blancos debido a la nieve. Densos nubarrones ocultaban el cielo de un color gris hielo bajo el primer resplandor del amanecer. Sombras misteriosas velaban los árboles y edificios.

Foster llevaba su precioso modelo. Barron Kane esgrimía su pesada automática, con el seguro quitado. Avanzaron hacia la carrera sobre la espesa nieve hasta el garaje. Foster quitó el candado a las puertas y las abrió de par en par.

Un delgado rayo anaranjado, como una hoja de metal incandescente, brotó silenciosamente del tenebroso umbral y alcanzó en el brazo a Barron Kane. Su automática respondió una vez. Luego, jadeando de dolor, cayó sobre la nieve.

Foster contuvo la respiración. Su cuerpo delgado se abalanzó con rapidez hacia el rincón oscuro de donde había salido el rayo silencioso.

Tanteando a ciegas, tropezó con una mano parecida a una garra que sujetaba un tubo ligero de metal. Su hombro empujó un cuerpo menudo pero fuerte, y cayó



pesadamente contra la pared. Una mano delgada aferró su garganta. Atrapó una muñeca vigorosa y le obligó a soltar presa.

Los dos enemigos se apartaron de la pared y cayeron pesadamente al suelo de cemento. Foster oyó un gruñido gutural de sorpresa. Fue el único sonido que se le escapó a su desconocido adversario. La batalla se desarrollaba en el silencio y la oscuridad.

Una rodilla flexionada se hundió en la ingle de Foster. Mientras se doblaba con angustia, unos dedos rígidos rebuscaron bajo su cuerpo. Un haz cegador de luz amarilla surgió del pequeño tubo, recorrió la pared del garaje, bajó poco a poco.

¡El rayo venenoso! Si le tocaba, su sangre se convertiría en un veneno mortal...

Un dolor intolerable surgió repentinamente de la retorcida muñeca de su brazo apresado. El daño y el esfuerzo le hicieron temblar. Un sudor ardiente bañó su rostro.

El rayo naranja tocó el suelo, avanzó hacia su hombro. Las garras que lo movían eran firmes como el acero.

Foster estaba vencido por el dolor insoportable de su brazo retorcido. La cabeza le daba vueltas y se sintió tragado por la oscuridad. Luego, a punto de verse vencido, le ocurrió algo extraño, una revelación cegadora. En un instante de visión diáfana, se vio a sí mismo, no como el hombre que luchaba por salvarse, sino como el campeón de la humanidad que batallaba para la supervivencia final.

Con aquella visión recibió una nueva y milagrosa fuerza; la causa común le infundió una extraña oleada de energía.

Enderezó el brazo retorcido, sufriendo una terrible agonía. Pero el dardo anaranjado se alejó. El cuerpo vigoroso que le oprimía se tensó con el esfuerzo; el rayo retrocedió. Débil y mareado, Foster aprovechó al máximo su oportunidad.

Oyó el chasquido seco de un hueso quebrado. Las garras de acero que le sujetaban se convirtieron en carne flácida. El rayo anaranjado trazó un arco súbito que rozó la cabeza del otro hombre. Luego el tubo se estrelló contra la pared y el rayo se apagó.

El otro ya había muerto por obra de su propia arma cuando Foster se puso en pie, tambaleándose.

Barron Kane yacía inmóvil sobre la nieve como un fardo gris bajo la pálida luz del amanecer.

Foster corrió hacia él y escuchó su débil susurro:

–El rayo venenoso..., mi muñeca..., un torniquete en el codo..., hazlo sangrar.

Foster levantó la manga que cubría el delgado brazo moreno. Ató su pañuelo alrededor del codo derecho e hizo el torniquete con una llave inglesa que tomó de la estantería. Sobre la muñeca fina y musculosa advirtió una hinchazón púrpura que abultaba cada vez más. Sacó un afilado cortaplumas del bolsillo del chaleco,

hizo una incisión en el bulto y sorbió con los labios la herida para extraer el veneno.

–Eso será suficiente –susurró por fin Barron Kane, con un poco más de fuerza en la voz–. De todos modos, sospecho que estoy acabado. Espero vivir para verte ganar, Foster. Pero no importa. He cumplido con mi deber. Ahora queda en tus manos la salvación de la humanidad.

–Lo haré..., haré lo que pueda –prometió Foster con voz ahogada; aún recordaba aquel extraño vigor inconsciente que lo había dominado durante la pelea.

–¡Vayamos a la fábrica! –susurró Barron Kane.

Foster lo trasladó hasta el coche abierto. Cuando encendió los faros, se detuvo un instante para contemplar al muerto que había en el suelo. Su rostro era amarillo, mongoloide, con delgadez de halcón. En aquel momento exhibía la mueca aterradora y burlesca de la muerte.

–Ábrele la ropa, Foster –ordenó Barron Kane–. Mira su costado, bajo el brazo izquierdo.

Foster obedeció. Bajo el brazo del hombre, en la piel amarilla que se estiraba sobre las costillas como un pergamino, había una marca escarlata parecida a una O mayúscula.

–¡Está marcado! –gritó–. ¡Con un círculo rojo!

–Es el emblema de la secta secreta –susurró Barron Kane–. L'ao Ku nos lo ha enviado.

Foster se sentó al lado de Barron Kane. El motor helado se puso en marcha con dificultad. El descapotable avanzó, dejó atrás al muerto y enfiló el camino helado.

El día plomizo y frío ya había comenzado cuando entraron en la sucia factoría. Las pequeñas viviendas de los trabajadores, miserables y feas, se agazapaban sobre laderas grises de nieve y hollín mezclados. La acería se alzaba en un valle. Los gigantescos altos hornos se alzaban como un torvo ejército de monstruos de acero negro contra las tenebrosas nubes.

Foster condujo a su tío directamente hasta la puerta de la enfermería y trasladó a Barron Kane a una camilla.

–Los médicos llegarán pronto –aseguró.

–No te preocupes de mí –susurró el hombrecillo–. Tienes una misión que cumplir. Procuraré vivir para ver cómo la terminas.

### 3

Tres meses después, una nueva cerca rodeaba la acería. Tenía seis metros de altura, y los tres primeros eran de hormigón y a prueba de balas y acero. La alambrada superior estaba conectada a potentes generadores. A intervalos de treinta metros se alzaban torrecillas giratorias de acero y cristal a prueba de balas,

desde donde vigilaban sin cesar los centinelas armados de siniestras ametralladoras.

Dentro de la cerca, sobre un inmenso muelle de hormigón armado, se construía la máquina espacial.

El casco ya estaba terminado. Era una hazaña sin precedentes de la ingeniería, una esfera colosal de casi ciento cincuenta metros de diámetro, a cuyo lado parecían insignificantes los ejércitos de altos hornos que la flanqueaban. La cimera de su casco gris se veía a muchos kilómetros a la redonda desde las suaves colinas de Pennsylvania que ahora, en marzo, lucían el verdor de la última primavera de la Tierra.

No obstante, quedaba mucho por hacer para el equipamiento del interior, mediante el cual se mantendría indefinidamente la vida humana en el vacío sin Sol. El tubo-motor, que aplicaría el efecto ómicron de Foster Ross para propulsar la máquina, aún no estaba perfeccionado y constituía el mayor problema.

—Lo demás estará terminado dentro de un mes —le prometió Foster a Barron Kane un ventoso día de primavera—. Pero no servirá de nada si el tubo-motor no funciona. ¡Un millón de toneladas de acero y cristal! No tenemos medios para moverlo ni un centímetro, a menos...

Se hallaban en una habitación de la enfermería, desde cuyas ventanas el paciente podía contemplar la tremenda esfera de acero pintada de gris, que se destacaba sobre las colinas verde claro y bajo el cielo agitado por el viento.

Barron Kane yacía de espaldas. El veneno del rayo anaranjado había afectado centros nerviosos medulares; no podía caminar e incluso tenía las manos paralizadas. Pero su cerebro estaba tan lúcido como siempre. A pesar de su estado y sus sufrimientos, contribuyó a solucionar muchos problemas de la construcción de la máquina espacial.

—¿A menos qué? —susurró—. ¿Estás probando otra cosa?

—Esta mañana ensayaremos un nuevo modelo. Empezamos desde el principio, debido a una nueva solución de las ecuaciones del efecto ómicron. Desconocemos el resultado. Aunque fuese positivo, la instalación nos llevará seis semanas.

—¿Seis semanas? —exclamó Barron Kane, alarmado—. ¡Tal vez la Tierra se fragmente antes! —sus ojos grises miraban a Foster desde la almohada, fríos pero cargados de terror, y agregó—: Ya sabes que la luna de Neptuno abandonó su órbita la semana pasada. Se volvió verde y siguió a Plutón hacia el espacio exterior. Y hay algo más...

Sus manos arrugadas y casi inválidas buscaron el periódico sobre la manta.

—¿De qué se trata? —preguntó Foster.

—Ha salido esta mañana. Nadie ha comprendido todavía lo que se aproxima. Enterraron la noticia en una de las páginas interiores..., y nadie comprendió su significado, aunque se trataba de lo más importante que se haya publicado nunca. Aquí lo tienes.

Foster leyó el artículo:

### **LOS TEMBLORES MANIFIESTAN CIERTA PERIODICIDAD**

«Una nueva serie de temblores sacude la Tierra, declaró hoy el doctor Madison Kline, famoso sismólogo inglés, ante un congreso internacional de geólogos.

»Los temblores registrados recientemente se producen a intervalos regulares de unos treinta y un minutos, explicó el doctor Kline. Se supone que reflejan alguna perturbación rítmica que está teniendo lugar en las profundidades del planeta.

»El doctor Kline declaró que él y sus colaboradores han observado el fenómeno por espacio de varias semanas, durante las cuales aumentó de manera constante y notoria.

»Aún se desconoce una explicación concluyente, dijo el doctor Kline, si bien se cree que la periodicidad de los temblores corresponde a la frecuencia fundamental propia del planeta.»

Foster apretó las manos hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

–Esto significa –murmuró roncamente– que estamos cerca del fin...

–Como verás –susurró Barron Kane–, debes acelerar la instalación del nuevo tubo-motor.

–¡Lo haremos! –prometió Foster–. Aunque es posible que cuando terminemos, el aparato no funcione. Hemos metido toda una generación de avances científicos en el trabajo de cuatro meses.

–Hay otros problemas –le recordó Barron Kane–. Debes prepararte para cortar todos los vínculos con la civilización.

–Casi todas nuestras provisiones están ya a bordo –informó Foster–. Y el personal ocupa la máquina a medida que se dispone de cabinas. Seiscientos hombres elegidos que representan todas las ramas, los oficios y credos, con sus esposas e hijos. En total, dos mil seres humanos..., la flor y nata de la humanidad.

–¿Y los laboratorios? –preguntó Barron Kane.

–Estarán terminados a tiempo –aseguró Foster–. Dentro de un mes tendremos atmósfera artificial y comida sintética preparada a bordo mediante la recuperación de los desperdicios. Tan pronto como salgamos al espacio –prosiguió en tono entusiástico–, seremos independientes. Nuestros motores recibirán la energía ilimitada de los rayos cósmicos. Suministrarán calor, luz y energía, elementos para obtener oxígeno y comida, y fluido para el tubo-motor. Nuestra máquina puede navegar eternamente, Barron. Es un pequeño mundo autónomo, independiente del Sol...

Foster se interrumpió, se mordió los labios y murmuró tímidamente:

–¡Aquí me tienes hablando de la cuestión, cuando no sabría moverla un centímetro ni aunque me fuese el alma en ello! Hasta luego, Barron. Debo regresar a los talleres.

–¡Espera! –susurró el enfermo–. Una pregunta más. ¿Dónde está tu prometida?

–Bueno –le respondió Foster–, June ha regresado a Florida con algunos amigos para una breve visita. Deseo que olvide, en lo posible, lo que se acerca. Para una muchacha como ella es tan terrible...

–Haz que regrese –aconsejó Barron Kane–. Haz que se suba a bordo con nosotros.

–¿Hay peligro? –inquirió Foster–. ¿Tan pronto?

–La primera convulsión de la corteza terrestre bastará para despedazar lo que llamamos civilización –susurró el hombrecillo–. Debe estar aquí antes que eso suceda. Además, hay otros peligros.

–¿De qué se trata?

–L'ao Ku no ha mostrado su poder, Foster. Pero no olvides que lo posee. Se limita a esperar su hora, preparándose. No te engañes ni bajas la guardia.

–¡Bah! –suspiró Foster, aliviado–. Creí que te referías a algún peligro para June.

–Así es –murmuró Barron Kane.

Foster se inclinó sobre él, súbitamente alarmado.

–En el templo del Gobi hay un altar erigido en honor del Gran Huevo. Sobre él hay una imagen tallada en piedra negra. Representa un globo y tiene tallados los contornos de los continentes; comprenderás, entonces, que simboliza la Tierra. Está hendido, y emerge de él una cosa..., ¡monstruosamente obscena! En el templo se celebran ceremonias periódicas. Sobre ese altar, bajo esa imagen de obscenidad indescriptible que brota de la Tierra, L'ao Ku ofrece sus sacrificios. Las víctimas siempre son mujeres. Si es posible, se eligen herejes o familiares de éstos. Foster, es posible que June Trevor pudiera sufrir..., precisamente cuando creías protegerla.

El rostro de Foster estaba gris, contraído. Jadeó roncamente:

–Haré que embarque. ¡En seguida!

La comunidad científica quedó desconcertada desde el principio. La migración de Plutón dislocó toda la estructura, laboriosamente construida, de la ciencia occidental. Aquellos temblores o latidos de la Tierra, que pronto fueron lo bastante violentos como para ser notados por los viajeros, no recibieron una explicación satisfactoria.

Durante cierto tiempo, los científicos se refugiaron en innobles acusaciones mutuas. Pero ya no podían negar que el Sistema Solar estaba colapsándose. El planeta Neptuno se desvió inexplicablemente de su órbita. Una a una, las lunas mayores de Saturno y Urano mudaron al color verdoso y abandonaron sus emplazamientos. El cambio, que abarcaba de dentro hacia afuera a todo el Sistema Solar, alcanzó a las cuatro grandes lunas de Júpiter.

El universo de la ciencia también se desplomaba.

Al principio, no obstante, el hombre corriente sólo se preocupó de modo pasajero. Los negocios continuaron como siempre; la opinión pública seguía pendiente del desempleo, la estabilización del dólar, el sensacional asesinato de una actriz de Hollywood. No hubo pánico verdadero ni siquiera cuando el «latido de la Tierra» – así llamaban los periódicos a los extraños temblores rítmicos del planeta– se convirtió en un tema central de conversación.

El verdadero pánico se desencadenó con las primeras pérdidas de vidas. A fines de marzo, una serie de tremendos terremotos acompañados de olas gigantes sacudieron, una a una, Tokio, Bombay, Río de Janeiro y Los Ángeles. Los cataclismos fueron cada vez más violentos. A los periódicos no les faltaban noticias sobre nuevos cataclismos a medida que iban saliendo.

No por eso cayó el antiguo orden, «Que la vida siga igual», era la consigna, aunque los precios subían en forma desenfadada, los gobiernos y las corporaciones se arruinaban y la criminalidad alcanzaba cotas delirantes.

Nuevos líderes, movimientos radicales y modas fantásticas obtuvieron tremendo apoyo. Nuevas religiones eran abrazadas entusiásticamente. Los nuevos profetas surgían y eran aclamados a millares, pero los que más conquistaron fueron los adeptos de aquella extraña secta oriental llamada el Culto del Gran Huevo.

Sólo ellos aseguraban poseer la clave del cambio. Sólo ellos podían ofrecer a la espantada humanidad una interpretación racional, aunque fantástica, del sorprendente enigma de un sistema solar que se desmoronaba. Aunque sólo prometía la muerte inexorable –la muerte como deber sagrado–, L'ao Ku se convirtió en el mentor de millones de fanáticos.

Barron Kane y Foster Ross comprendieron en seguida y sin duda alguna que la ola delirante de su poder cada vez mayor terminaría por caer sobre ellos. Convirtieron la acería en una fortaleza.

Aceleraron al máximo la construcción de la nave espacial. No podían hacer más.

#### 4

La crisis estalló la noche del 23 de abril. Había Luna llena. Los cielos, últimamente cubiertos por extrañas nubes, aparecieron despejados sobre la mayor parte de los Estados Unidos. Aquella noche, millones de personas observaron horrorizadas cómo el cambio alcanzaba a la Luna. Después de haberlo visto, muy pocos conservaron la cordura.

La locura producida por la increíble visión de horror paralizó las mentes, guiadas por el genio fanático de L'ao Ku que conducía los asaltos contra la máquina espacial.

El «Planeta» –así había bautizado June Trevor a la nave espacial, puesto que sería el único hogar futuro de la humanidad.

Eran velas de llama verde. Resplandecían con lentas ondas de luz que se difuminaban en los bordes, como las misteriosas cortinas de la aurora boreal, recorridas por delgadas vetas de color plata brillante.

Un ente a la vez horrible y hermoso...

Quedó a la vista cuando las alas celestes que se abrían poco a poco apartaron la cáscara cósmica que había sido la corteza de la Luna. Se abrió con flexible hermosura, larga y esbelta, con delicada forma de huso. Era verde como la esmeralda, brillante como el fuego y tenía extrañas marcas plateadas y negras.

El color del cielo cambió en forma aterradora del gris plata al verde, a causa de la espantosa radiación del ser desconocido. Las sombras que proyectaba, negras como la tinta y orladas de verde, eran misteriosas..., pavorosas.

Durante algún tiempo flotó en el lugar donde había estado la Luna casi inmóvil. Monstruosos apéndices azules serpenteaban alrededor de su cabeza, debajo de los ojos púrpura, agitándose sobre su cuerpo esbelto y terrible y sus alas diáfanas.

Entonces se limpió.

En ese momento, de súbito, echó a volar por el cielo. Sus sombras fantásticas se desplazaban como seres vivientes. Con ondas luminosas o con alguna fuerza extraña que rebosaba de los pasmosos mantos de llamas que parecían alas, voló. La espantosa luz verde desapareció del cielo, las terribles sombras se extinguieron y el ser se convirtió en una minúscula mancha de luz esmeralda que se desvanecía junto al blanco fulgor de Vega.

—¡La Luna se ha ido! —exclamó Foster, azorado.

—Lo mismo se irá la Tierra —comentó el susurro apagado de Barron Kane—, dentro de pocos días.

—¡Qué hermoso! —jadeó June Trevor con voz extraña y conmovida—. Era maravilloso..., y horrible...

Se estremeció y Foster se sorprendió al encontrar su cuerpo firme, cálido y nervioso entre sus brazos. Ella se apretaba inconscientemente contra él, buscando consuelo de modo instintivo. Él la abrazó antes de soltarla.

—Nuestro mundo debe perecer así, querida... —murmuró Foster.

—Pero nosotros..., estamos juntos... —concluyó June con un hilo tembloroso de voz.

Barron Kane seguía mirando a través de la cúpula de cristal. Desde la desaparición de la Luna, el cielo era una bóveda de espléndidas estrellas. Las colinas bajas y onduladas de Pennsylvania destacaban en negro bajo él, tachonadas de minúsculas luces vacilantes de casas y coches. Las luces de la factoría, bajo el casco gigante del «Planeta», dibujaban brillantes rectángulos en la oscuridad.

—Hay demasiadas luces en los caminos —dijo Barron Kane en tono de alarma—. Coches, antorchas, linternas que oscilan. Todos vienen hacia el «Planeta».

Foster y June miraron por las altas ventanas. Sobre las colinas oscuras vieron los ríos de luces peregrinas y parpadeantes que fluían hacia ellos.

Foster profirió una palabra amarga:

–¡La plebe!

–¿La plebe? –repitió June, inquisitiva–. ¿Por qué?

–Los hombres han dejado de ser seres humanos –le respondió Foster torvamente–. Son animales..., animales espantados. Están locos de terror desde que han visto el cataclismo de la Luna. Sienten necesidad de luchar, como cualquier criatura enloquecida por el miedo. No podemos reprochárselo, pero debemos defender el «Planeta» –apartó cariñosamente a la muchacha, y agregó– : Debo bajar para advertir a los guardias. Debo ayudar a los hombres de las salas de máquinas. Están instalando el tubo-motor.

–¿Cuándo podrás desplazar el «Planeta»? –preguntó en ansioso susurro Barron Kane.

–Esta mañana han traído de la fundición las últimas piezas –le informó Foster–. Tardaremos un día en colocarlas. Luego, si la multitud no nos destroza, sabremos si el «Planeta» despegará. Si la raza humana vivirá..., o morirá con la Tierra.

–¿Un día? –preguntó Barron Kane, desesperado–. La cerca no los detendrá tanto tiempo.

–Tendrá que detenerlos –replicó Foster con los labios apretados–. Veinte horas como mínimo absoluto. Claro que aprovecharemos hasta el último segundo. Y la compuerta de entrada está preparada para cerrarla. Convertiremos al «Planeta» en una fortaleza interior. ¡Ahora debo irme!

Se despidió de June y salió del pequeño cuarto. La muchacha y Barron Kane se quedaron allí, entre los brillantes instrumentos que servirían para pilotar la máquina espacial..., si alguna vez despegaba. El enfermo daba órdenes por teléfono, ayudando así a organizar la defensa.

June esperó con impaciencia; por último, preguntó atemorizada:

–¿Hay mucho peligro...? Comprendo que la gente esté enloquecida de terror, pero, ¿por qué iban a atacarnos?

–Los sacerdotes de una religión fanática los han azuzado contra nosotros –murmuró roncamente Barron Kane–. Los sacerdotes de una secta secreta de Asia adivinaron el final. Basaron su fe en ello y predicán que el hombre debe morir. A sus ojos, somos herejes. Intentan destruirnos. Destruirnos –continuó en un susurro cargado de terror– y tal vez sacrificar a algunos de nosotros como penitencia en el altar ceremonial del Gran Huevo, en el templo del desierto de Gobi.

June se estremeció como si presintiera una escena horrible.

–Voy a buscar a Foster –gritó, luchando por dominar la histeria que asomaba a su voz–. Quiero estar con él.

–Será mejor que le esperes aquí –le aconsejó Barron Kane–. O que descanses en tu camarote. Foster está muy ocupado –y agregó, siniestro–: Estarás más segura aquí. Eres la que más peligro corre.



–¡No tengo miedo! –exclamó con voz iracunda; luego recobró la calma y continuó en tono normal–: Quiero decir que no tengo miedo por mí. Lo espantoso es la idea que tantos deban morir. ¡Y aquel ser espantoso, horrible, que vimos salir de la Luna! Quiero estar con Foster. Pero, si le parece mejor, me quedaré aquí.

Se dejó caer en una silla, ocultó el rostro entre las manos y procuró dominar sus sollozos.

Durante aquella noche terrible June hizo guardia en la cabina. La multitud era cada vez más numerosa. Diez mil fogatas relampagueaban en las laderas de las colinas y por todos los lados se movían luces oscilantes. La voz de la multitud era un murmullo incesante y amenazador. June oyó varios disparos.

Al amanecer, Barron Kane se durmió en su sillón de inválido. June le abrigó y lo contempló un rato. Luego la soledad, la tensión, resultaron tan insoportables que bajó a su camarote e intentó dormir. Pero no pudo, y antes de mediodía regresó al puente. El enfermo estaba despierto.

Barron Kane la miró.

–¿Cómo anda todo...? –fue la angustiada pregunta con que le saludó June.

–Han atacado tres veces durante la noche –susurró el hombrecillo–. El muro los detuvo; muchos murieron en la verja eléctrica y por efecto de nuestros disparos. Pero por cada caído, se les ha sumado un millar más de pobres infelices.

Sus ojos, grises y serenos, miraban por las ventanas de cuarzo, hacia las laderas de las colinas, que se veían atestadas por la muchedumbre.

–Debe haber más de un millón –prosiguió con su ronco susurro–. Vinieron por todos los medios imaginables. A pie, en bicicleta, en carros, en coches y en aviones. Es imposible no sentir piedad de ellos, tan asustados, tan cerca de la muerte. Muchos parecen harapientos y ateridos; seguramente no han traído comida suficiente. Por lo general no traían armas, pero los discípulos de L'ao Ku se han encargado de eso. Puedes verlos formando círculos alrededor de los sacerdotes, que atizan el odio contra nosotros. Mira cómo los instruyen y preparan. Algunos están descargando explosivos y armas que ha traído el tren esta mañana. L'ao Ku está formando un ejército con la multitud.

Cansada y nerviosa, June miraba con ojos insomnes a través de los gruesos cristales.

–¡Veo un avión! –gritó de improviso–. Se acerca a poca altura sobre las colinas. ¡Está a punto de aterrizar! –volvió a mirar y agregó–: Es un enorme aeroplano negro, y tiene círculos escarlata en las alas y el fuselaje.

Barron Kane murmuró:

–Ésa es la nave de L'ao Ku. Ha venido a dirigir personalmente el ataque. Y tal vez a llevarse a uno de nosotros...

June Trevor miró en silencio, mordiéndose los labios hasta sacarse sangre, apretando sus diminutos puños cuando el populacho avanzó hacia el «Planeta» en oleada de odio fanático y terror irracional.

Los delgados y brillantes haces del rayo venenoso, relampagueando como espadas doradas, silenciaron las ametralladoras de las torretas. Bombas de gran potencia explosiva, lanzadas mediante catapultas hábilmente improvisadas, demolieron la valla eléctrica. Un millón de hombres, impulsados por un fanatismo ciego y armados por una ciencia secreta, asaltaron la gran escotilla de acero del «Planeta».

Presa de una angustia mortal, June aguardó en el puente hasta que sus oídos captaron el estrépito sordo de una explosión y luego detonaciones de las armas de fuego..., ¡dentro del «Planeta»!

—¡Han forzado la escotilla! —susurró y luego agregó, pronunciando con esfuerzo las palabras en medio de una oscura niebla de desesperación—: Subirán a bordo. Debo reunirme con Foster.

Barron Kane quiso protestar, pero ella le interrumpió con un gesto brusco.

—No estoy asustada... —jadeó—. Pero el..., el fin ha llegado. Debo estar con Foster.

Salió corriendo del cuarto y se apresuró hacia el lugar donde se oía el fragor de la desesperada batalla.

En el centro mismo del gran globo de acero que era el «Planeta» había una cámara esférica de dieciocho metros de diámetro. En ella descansaba un enorme tubo de cuarzo fundido y acero, de quince metros de largo, montado sobre poderosos soportes.

Foster Ross y una veintena de hombres cubiertos de grasa, legañosos y con los ojos enrojecidos, terminaban el montaje del tubo. En la parte superior de éste había una compuerta de aire abierta. Mediante un juego de poleas estaban elevando una pieza de una nueva aleación que pesaba cuatro toneladas, para introducirla luego a través de la compuerta.

El terrible rumor de la lucha estalló súbitamente en el interior de la cámara.

—¡Han forzado la escotilla! —estalló un grito cargado de terror, y los hombres fueron presa de la consternación.

—¡Quietos! —suplicó Foster, desesperado—. No abandonen el trabajo; dentro de pocos minutos habremos terminado. Podremos salir al espacio. ¡Pronto...!

Pero alguno, asustado, había abandonado su puesto. El aparejo resbaló. La gran pieza fundida osciló, se desenganchó del crujiente aparejo y cayó estrepitosamente al suelo. Un hombre quedó con las piernas atrapadas, lanzó un grito ahogado, lleno de terror, y luego comenzó a gemir como un niño.

Algunos hombres quisieron huir de la cámara.

Temblando todavía por el imprevisto desastre, Foster procuró mantener el dominio de la situación.

—¡Eh, muchachos! —gritó, queriendo demostrar una confianza que no sentía—. ¡Intentémoslo de nuevo! Quizás estemos aún a tiempo de salvarnos...

Los hombres vacilaron. Foster tomó una palanca e intentó liberar al hombre atrapado. Los demás se acercaron para ayudarlo. Por último sacaron al herido y volvieron a montar el aparejo.

La masa metálica de cuatro toneladas fue alzada e introducida, esta vez sin contratiempos, por la boca de carga. Quedaba ajustada en su lugar cuando la multitud, con aullidos de fanatismo diabólico y dirigida por demonios de rostro amarillo portadores de las armas de su ciencia secreta, asaltó la sala.

Después, Foster no recordaba más que un caos sangriento.

Dirigió la resistencia de los defensores condenados. Convirtió en fortalezas los rincones de los pasillos, las puertas y las entradas, las escaleras y el hueco del ascensor. Hasta el último momento defendió el acceso del puente, pues suponía que June Trevor esperaba allí con Barron Kane.

Sus seiscientos hombres lucharon con un valor comparable al de los héroes antiguos. Las seiscientas mujeres combatieron a su lado, y hasta los niños ayudaron en lo que pudieron. Y el pañol de armas del «Planeta» estaba bien dotado; cada posición nueva equivalía a un nuevo arsenal. Pero el desenlace era inevitable.

Foster dirigió la última defensa en la escalerilla situada debajo del puente, cediendo terreno hasta allí con otros cuatro: tres hombres y una mujer, todos heridos. Tenían una ametralladora. Con ella mantuvieron a raya a la multitud aulladora y frenética, hasta gastar el último cartucho.

Luego lucharon con bayonetas, con pistolas e incluso con las manos.

Uno de los hombres, antes de morir, se dejó caer hacia delante y arrastró en su caída a todos los que asaltaban la escalera. La mujer cayó. Otro hombre fue arrastrado por la multitud, descuartizado, desmembrado. El último camarada de Foster profirió un grito y cayó taladrado por el rayo venenoso.

Entonces Foster retrocedió hasta el final de la escalera para la última defensa. Miró hacia la cabina buscando a June y vio que había desaparecido. Ante tal descubrimiento, una desesperación total lo sepultó como un torrente negro. Las fuerzas lo abandonaron; por primera vez sintió las heridas y se desmayó.

Sólo quedaba Barron Kane, impotente en su sillón de inválido. Sus manos casi paralizadas asieron torpemente la pesada automática para disparar contra el primer asiático de rostro inexpresivo que entró en el cuarto saltando sobre el cuerpo inmóvil de Foster.

Así acabó la defensa.

Una hora más tarde el avión negro con escarapelas rojas de L'ao Ku se elevó y voló hacia el crepúsculo, rumbo al templo del Gran Huevo, en el desierto de Gobi.

## 5

Foster Ross volvió en sí sobre el suelo ensangrentado de la destruida cabina de mando. Su cuerpo era una llaga viva, y notó el dolor pulsante de una herida

amoratada que tenía en la sien. Tenía un mechón de pelo pegado a la frente con sangre seca.

Se puso en pie, y se tambaleó al sentirse mareado. Mordió sus labios, salobres con el sabor de la sangre, para reprimir un grito de dolor. El cuarto saqueado, lleno de instrumentos rotos, bailó ante su nublada visión. Por un instante no recordó nada.

–¡Foster! –el débil y acongojado susurro de Barron Kane le produjo una desmayada sorpresa–. L'ao Ku dijo que te dejaba con vida. Creí que mentía para atormentarme.

–¡L'ao Ku! –fue el áspero jadeo que salió de la garganta reseca de Foster–. ¿Ha estado aquí?

–Vino cuando ya no podíamos hacer nada –murmuró Barron Kane–. Me dijo que nos dejaba con vida porque nuestros pecados eran demasiado grandes para ser castigados por la mano del hombre. Dijo que nos quería vivos para recordarnos que habíamos fracasado, y luego ser sacrificados a la apertura del Gran Huevo.

–¿Y June? –exclamó Foster, angustiado–. ¿Dónde está?

–No lo sé –respondió el viejo cansado e inválido–. Salió a buscarte cuando asaltaron la escotilla.

–¿L'ao Ku se la ha llevado? –el súbito presentimiento aguijoneó el corazón de Foster.

–Tal vez –respondió Barron Kane–. L'ao Ku se ha ido en su avión negro. Quizá se la llevó. De lo contrario, estará entre los cadáveres...

Foster trastabilló hacia la escalera.

–Bajaré a mirar –murmuró–. Si no la encuentro, terminaré el tubo-motor, volaré con el «Planeta» hasta el Gobi y la arrancaré de las garras de L'ao Ku.

Un desvarío terrible relampagueaba en sus ojos.

–No es posible –susurró Barron Kane–. L'ao Ku me ha dicho que sólo faltan dos días para la ruptura de la Tierra. Puede que ni siquiera vivamos hasta ese momento.

–¿Cómo? –preguntó Foster, con súbita palidez en su rostro manchado de sangre.

–Viene una ola gigante del Atlántico –le informó Barron Kane–. Ya ha alcanzado las ciudades costeras. Nueva York ha sido barrida, lo mismo que Boston y Washington, Esta noche nos alcanzará... Es un muro de agua terrible y arrasador, de treinta metros de altura.

Foster no le hizo caso. Resbaló y tropezó con el soporte de un telescopio roto; tomó apoyo con las manos lastimadas, como si le costara un terrible esfuerzo mantenerse erguido, y sus labios ressecos murmuraron:

–Terminaré el tubo-motor y buscaré a June.

–Descansa, Foster –aconsejó Barron Kane–. Estás muy malherido.

Foster no le prestó atención.

–Aunque terminaras el tubo-motor, el «Planeta» no podría volar –continuó el ronco murmullo–. Me lo ha dicho L'ao Ku. Volaron con explosivos la escotilla para abrirla. Está estropeada y ya no se puede cerrar. Si saliéramos al espacio, perderíamos el aire y moriríamos.

–Debo rescatar a June –murmuró Foster débilmente.

Sus manos resbalaron por el soporte. Su delgado rostro palideció bajo la mancha de mugre y sangre y cayó pesadamente al suelo cuan largo era.

Veinte horas después, Foster bajó a cerrar la válvula.

Había recuperado parte de sus fuerzas mientras yacía inconsciente en el suelo; el dolor que palpitaba en su sien le parecía ahora más soportable. Cuando despertó se lavó las heridas y vendó las más serias. Pudo encontrar un poco de comida para él y para Barron Kane.

Antes había salido en busca de June.

–He pasado revista a todos los muertos –dijo a Barron Kane cuando regresó al puente–, y no está entre ellos.

–Entonces, debió ser conducida en el avión negro hasta el altar de L'ao Ku –murmuró el enfermo.

–Iré a buscarla –afirmó Foster con determinación invencible, pese a su terrible cansancio; luego agregó con voz cansada que no denotaba triunfo–: El tubo-motor está terminado. Las piezas quedaron montadas antes que llegara la multitud. He terminado las conexiones, he reparado la compuerta estanca y puesto en marcha las bombas para que la vacíen. Dentro de diez horas podremos despegar.

–Pero no podremos cerrar la escotilla –protestó Barron Kane–. Es imposible salir al espacio exterior.

–Ahora bajaré a arreglarla –afirmó Foster–. Luego iremos a por June.

–Faltaban dos días –le recordó el enfermo–. Ya ha transcurrido uno. Foster, la derrota me está matando; sólo nos queda morir...

–El agua sube –indicó Foster–. Debo apresurarme.

Bajó a cerrar la escotilla.

La ola gigante había llegado mientras él estaba inconsciente; era el maremoto que todo lo anegaba, gris y espantoso, que había inundado las ciudades costeras. Había aniquilado a la multitud triunfante en el mismo instante de su victoria, antes que pudieran saquear la nave, y los arrastró mientras huían.

Un golpe tremendo había alcanzado el casco de acero gris del «Planeta». El oleaje tormentoso aún rompía contra el muelle de cemento donde descansaba la

máquina espacial. Las verdes colinas circundantes del día anterior ya no eran sino islotes desiertos y rocosos, empapados de espuma.

La enorme compuerta de acero de la entrada había sido abierta con una carga explosiva de alta potencia. Los goznes estaban retorcidos y la cerradura rota.

Foster estudió los daños. Llegó a la conclusión del hecho que el macizo disco de acero que constituía la compuerta no estaba demasiado dañado. Si lograba rectificar los goznes para que ajustaran y luego encontraba algún modo de sujetarla...

Buscó los talleres de a bordo y regresó a tientas provisto de martillos, llaves de tuerca y aparejos de alzamiento. Regresó para buscar un soldador portátil. Obstinadamente decidido, se puso a calentar los gruesos goznes para enderezarlos.

Los fundamentos de hormigón temblaban constantemente a sus pies, lo mismo que temblaba toda la Tierra a intervalos de treinta minutos. Todo el planeta respondía al latido cada vez más intenso de la criatura que despertaba en su interior.

Las salvajes olas del mar se abatían interminablemente contra el muelle. El rocío empapaba a Foster y a veces apagaba sus lámparas. Las aguas enloquecidas subieron mientras trabajaba, y se sintió enfermo de terror pensando que la compuerta quedaría inundada antes que pudiera cerrarla.

El dolor lancinante de su organismo torturado y lesionado amenazaba su vida. Foster, un pigmeo cansado y desnudo, herido, engrasado y llagado, trabajó con tenacidad mientras agotaba sus míseros esfuerzos contra las convulsiones agónicas de un gigante.

Un manto de espantosa oscuridad había cubierto el cielo y eclipsó la claridad del amanecer, que parecía carmesí bajo la nube volcánica. Caían cenizas grises y enormes gotas de barro volcánico hirviendo. Vientos abrasadores resecan su piel y lo ahogaban con vapores sulfurosos.

Los truenos retumbaban incesantemente sobre el caos de un mundo en la agonía de la muerte; relámpagos azules acuchillaban en interminable sucesión de destellos cegadores la parte superior de la esfera, como si los cielos mismos hubiesen jurado la extinción de la humanidad.

A veces, Foster abandonaba un momento sus herramientas para observar las olas negras y rompientes, cada vez más altas. Bajo la oscuridad roja y pavorosa que borraba la distinción entre la noche y el día, entre súbitos resplandores violáceos de relámpagos, contempló las ruinas de un mundo maldito. Restos humanos flotaban cerca de él, destrozados, retorcidos. A veces se estremecía de horror ante el rostro de algún ahogado, gris, abotargado y pulposo. En aquellos momentos le dominaba la desesperación. Se dejaba caer sobre el muelle barrido por el agua salada y observaba, impotente, la oscuridad roja y delirante del mundo en desintegración.

Pero entonces una imagen, la de June Trevor, alta y hermosa, se le representaba a punto de ser sacrificada sobre un altar ante una imagen de la Tierra, de la que

surgía un monstruo obscuro. Esa imagen siempre vencía su abatimiento y resucitaba aquella decisión extraña, impersonal, aquel olvido de sí mismo que había experimentado por primera vez durante la lucha en el garaje. Movido por el instinto de la especie, superior a cualquier móvil personal, volvía a recoger las herramientas.

Agotado, embotado por la falta de sueño, finalmente Foster regresó a la pequeña cabina del puente.

–La escotilla está cerrada –anunció con voz gruesa y débil a causa de un cansancio inexpresable–. Ahora voy a poner en marcha los motores y sabremos si el tubo-motor funciona...

Calló al ver que Barron Kane dormía. Intentó despertarle y obligarle a comer algo: naranja, un pote de caldo y galletas. Pero el frágil hombrecillo no se movió. Foster descubrió que tenía fiebre, y su pulso era irregular.

–Deseaba tanto vivir para vernos ganar... –suspiró Foster–. Pero supongo que ya no despertará. De todos modos, él todavía abrigaba la esperanza...

Luego, moviéndose como un autómatas por efecto de su gran cansancio, se volvió hacia los instrumentos semi-destruidos. Una ojeada a un cronómetro le produjo horror y desesperación.

Habían transcurrido veintidós horas desde que empezó a reparar la compuerta. Prácticamente había pasado el segundo día. Dentro de pocas horas llegaría el cataclismo final...

Resbaló, aturdido, como si hubiera recibido un golpe, y cayó contra la pared.

Permaneció apoyado allí un rato, desmayado por el golpe. Sus ojos enrojecidos, embotados y casi ciegos, miraron fijamente a través de los gruesos cristales de cuarzo. El cielo era un siniestro dosel de tinieblas carmesí, rasgado por continuos relámpagos en una espantosa cascada de fuego violeta.

El barro hirviente y líquido azotaba el casco de acero del «Planeta» con un tamborileo continuo que apagaba los truenos. El tempestuoso mar negro empezaba a cubrir las colinas; ahora inundaba el muelle y sus rompientes gigantescas chocaban contra el «Planeta». Salpicado de minúsculos y lastimeros fragmentos de restos humanos, su agitada y lóbrega superficie alcanzaba hasta los horizontes de las tinieblas rojas y caóticas.

Mientras sus ojos vacuos miraban sin ver, un nuevo temblor sacudió la máquina especial con tanta violencia que hizo trastabillar a Foster. Una segunda ola gigantesca, un tremendo muro negro de cresta gris, atronando con la increíble potencia de un Atlántico en marcha, golpeó implacablemente al «Planeta». La máquina espacial de un millón de toneladas fue alzada de su soporte y arrastrada por el mar enloquecido, como si se tratase de un simple cascarón.

El impacto sacó a Foster de su torpor. Recordó a June Trevor, y ese motivo excelso que no era algo personal sino la llamada de la especie, le reanimó.

Venciendo denodadamente la fatiga, empezó a manipular los mandos, puso en marcha los motores y los transformadores y preparó el despegue. La navegación

era automática, de modo que un solo hombre podía gobernar desde el puente. Pero los asaltantes habían roto muchos instrumentos.

Mientras Foster reparaba los daños, la máquina espacial fue batida por los elementos desencadenados. Olas terribles azotaban sus flancos de acero; restos a la deriva la golpeaban. Finalmente fue levantada por otra ola, una y otra vez, hasta que Foster creyó que el casco cedería.

Pero siguió trabajando.

Cuando acabó, la nave aún derivaba. Foster dio corriente al tubo-motor mientras sus manos magulladas temblaban de angustia. Conectó toda la potencia y retrocedió..., expectante...

El «Planeta» flotaba sobre el mar negro y terrible, juguete del temporal amenazador. De las tinieblas carmesíes del cielo surgían relámpagos lívidos y caían pedazos de roca volcánica. Los vientos huracanados lo arrastraban con una fuerza que competía con la del mar embravecido. La nave era arrastrada hacia los roquedales de la montaña. Foster comprendió que el casco no soportaría otro golpe. ¿Le elevaría el tubo-motor? ¿Lo haría...? Contuvo la respiración y apretó los dientes. Se dejó caer en una silla y sus manos laceradas se aferraron a ella. Parecía un agonizante. Sus ojos febriles y ojerosos observaban alternativamente los instrumentos y la espantosa oscuridad roja del mundo agonizante.

El «Planeta» despegó, alejándose del mar oscuro y furioso hacia la oscuridad escarlata del cielo, venciendo vientos poderosos, a través de la lluvia de barro y ceniza volcánicos, a través de nubarrones cargados de relámpagos purpúreos. A gran altura, la lluvia se convertía en un granizo ensordecedor. Por último, la máquina espacial atravesó las nubes y Foster vio las estrellas.

Experimentó un estado de gran serenidad. Con el vuelo de la máquina espacial había surgido una especie de júbilo extático. Era un sentimiento de poder triunfante, que le elevaba muy por encima de cualquier preocupación humana.

Su gran cansancio había desaparecido. Ya no sentía la embotadura necesidad de dormir ni el molesto latido en la herida de la sien. Por unos momentos conoció la tranquilidad suprema de un dios.

Era un Nirvana sublime y fatal. Incluso había olvidado a June.

Era de noche y las estrellas brillaban ante Foster. A medida que el «Planeta» se remontaba en la atmósfera turbulenta, adquirieron un esplendor nunca visto. Ardían inmóviles y fantasmales, más brillantes que joyas, en un vacío absolutamente negro. Eran infinitamente minúsculas, infinitamente brillantes, misteriosas y eternas en el negro vacío.

Foster las contempló, transfigurado por la extraña emoción que le causaba el saber que cada una de ellas era un ser viviente.

El «Planeta» siguió elevándose, describiendo un arco amplio y rápido hacia las estrellas vivientes. Foster se sintió unido a su nave; ya no era un hombre ínfimo, sino una entidad serena y eterna, de poderío y visión celestiales.



En aquel momento, el cuerpo frágil de Barron Kane se removió inquieto en su sueño febril.

De súbito, Foster volvió a ser hombre y experimentó compasión. Nuevamente intentó despertar a su tío..., pero fue en vano. Ahuecó la almohada bajo su cabeza y lo abrigó con la manta.

Regresó a los mandos. De nuevo recordaba a June y el espantoso peligro que corría. Su misión le reclamaba con más fuerza, a causa del lapso transcurrido desde que despegó hacia las estrellas. Se movía como impulsado por una energía ajena, como si él fuese un títere en manos de una voluntad colectiva, tan sublime y eterna como las estrellas imperecederas que había contemplado.

Comprendió que la situación era más desfavorable que nunca. La tormenta universal y cataclísmica que había asolado toda la Tierra quizá le impediría localizar el oasis perdido en el Gobi..., a tiempo. Si lo conseguía, sería un solo hombre contra cientos. Al pensar que tal vez encontraría ya consumado el sacrificio le heló un estremecimiento de terror. A juzgar por lo que había visto, incluso era probable que el templo y sus habitantes hubieran sido alcanzados por la tormenta, el terremoto, los volcanes o las inundaciones.

Se dijo con amargura que tenía muy pocas posibilidades. La empresa era absurda. Pero aquel impulso ciego y sublime que semejaba una fuerza exterior le indujo a seguir guiando el «Planeta» por entre las nubes oscuras y agitadas que obscurecían por completo la faz del globo en desintegración.

La máquina espacial descendió a través de las terribles tinieblas carmesíes, a través del furioso caos de un mundo atormentado que se desmoronaba. Los huracanes golpeaban la bola de acero, que fue bombardeada por los restos volcánicos, alcanzada por relámpagos llameantes, regada de barro hirviente.

Mirando a través de los paneles de cristal manchados de barro, Foster acabó por distinguir la superficie de la Tierra donde había estado el desierto: era un mar negro y amenazador.

El templo del culto fanático había desaparecido, y con él June Trevor... Y con la pérdida de la muchacha, carecía de sentido su vida, su lucha titánica por sobrevivir. La energía sublime que hasta ese momento le sostenía se disipó totalmente. Quedó convertido en una ruina solitaria, cansada y ojerosa. Había sido más que humano y ahora era menos: un enfermo, viejo e inútil.

June había desaparecido. Aquella idea golpeó su cerebro cansado y embotado con estas desesperadas palabras: ¡June, desaparecida! Sólo quedaban él y Barron Kane, dos hombres inútiles y sin rumbo, sin ningún motivo por el que vivir y nada que esperar salvo la muerte.

Era evidente que Barron Kane estaba muriéndose. Muy pronto Foster quedaría solo, más solo que ningún ser humano. Estaría solo en el vacío del espacio. La Tierra iba a desaparecer y no quedaría refugio para un hombre o una mujer.

¡Estaría solo bajo las estrellas vivientes y burlonas!

Ante esta idea, un terror frenético agarrotó la garganta de Foster como unos dedos helados que le estrangulasen. Sintió el terror más espantoso que nadie hubiera conocido jamás.

Enfermo de temor y temblando convulsivamente, hizo esfuerzos desesperados por despertar a Barron Kane. Sacudió el hombro encogido del hombrecillo y le roció la cara con agua. Deseaba desesperadamente poder hablar con un ser humano, volver a escuchar una voz humana que no fuera la propia..., aunque fuese el ronco susurro de un hombre agonizante.

Barron Kane jadeó en sueños, y un repentino temblor espasmódico agitó sus delgados miembros.

Pero no despertó. Movidó por honda compasión, Foster volvió a cubrir el cuerpo delgado y encogido.

Contempló de nuevo la obscuridad escarlata hendida por los relámpagos del cielo y la planicie negra y palpitante del mar que había barrido el templo secreto y la razón de su vida.

## 6

Foster vio que el mar se abría. Estaba partido como por la espada de un titán. Entre las dos lóbregas mitades había varios kilómetros de distancia. Un golfo abismal, vertiginoso e inimaginable se abría entre ellas, y el agua negra caía a ambos lados como un millón de Niágaras.

El mundo se había partido.

Foster, suspendido en aquel oscuro y tormentoso cielo de rojo espeluznante y terrorífico, vio con espanto el nuevo abismo. Las escabrosas paredes de la corteza terrestre rota formaban un precipicio de muchos kilómetros, desmoronadas, salpicadas por los mantos oscuros de las cataratas oceánicas.

Debajo –muchos kilómetros más abajo– asomaba un terrible resplandor verde, brillante como una llama, con extrañas chispas plateadas y negras. Se movía con tremendo ímpetu. Era el cuerpo de la Tierra que luchaba en las angustias del nacimiento.

Foster lo observó, horrorizado.

Las dos mitades del mar hendido se dilataron con espantosa rapidez hasta desaparecer bajo el cielo oscuro, que cambiaba de un rojo opaco a un espantoso y agorero verde reflejado. La máquina espacial flotaba entre el manto amenazador del cielo y la brillante superficie de aquel cuerpo espantoso que luchaba por salir del interior de la Tierra.

Foster captó el nuevo peligro. Pero aquella apatía sin vida, propósitos ni esperanzas que le embargaba le impidió sentir el miedo. Nada le importaba; nada le preocupaba ahora que había perdido a June.

El viento lo alcanzó. La atmósfera, agitada por los movimientos del ser recién nacido, azotó el «Planeta» con el impacto firme y arrollador de un ciclón. Con

fuerza jamás igualada por huracán alguno, empujó el globo de acero como una pelota de juguete hacia el cuerpo verde.

Los ojos azules de Foster, llenos de una agonía insoportable, miraron fríamente, sin pánico ni esperanza, el fin que se aproximaba. La vida era para él una pesadilla tan fantástica como el sino de la humanidad. Sólo el instinto ciego de vivir le obligaba a seguir sujetando los mandos. Su mente reposaba como un espectador cansado y desinteresado, mientras sus dedos cansados y doloridos se movían automáticamente y el «Planeta» luchaba contra los elementos.

La bola de acero cayó sin resistencia hacia las fantásticas manchas del costado de aquella bestia indescriptible. Foster miraba con ojos apáticos, ajeno a todo temor, mientras sus dedos actuaban inconscientemente, aumentando la potencia del tubo-motor para luchar contra el vendaval diabólico y caprichoso.

No experimentó ningún sentimiento de triunfo cuando la máquina se alejó, no mostró júbilo cuando se elevó a través de delirantes y retorcidas masas de nubes espantosamente iluminadas de verde. Miró a través de los gruesos cristales, indiferente al pánico y a la esperanza.

Subió más allá de las nubes verdes, remontándose en la atmósfera hacia la libertad del espacio. El cielo era un globo hueco de obscuridad, atravesado por un millón de puntos multicolores de luz..., cada uno de los canales era una cosa viva.

La Tierra colgaba abajo, globo enorme e hinchado, oscuro y fantásticamente manchado de verde. Un ala se abrió paso a través de las nubes: un magnífico manto de fuego celeste, un escudo de llamas verdes, maravilloso como la aurora de la corona solar y veteado de color plata brillante. En su primer despliegue inseguro pasó cerca del «Planeta» como una amenaza letal.

Las manos de Foster alejaron a la máquina espacial y el ala terrible pasó por debajo, inofensiva. El «Planeta» siguió navegando por el espacio en su viaje sin destino.

La Tierra quedaba atrás.

De la corteza resquebrajada surgió un ser que se parecía a la criatura que había salido de la Luna.

La cabeza picuda tenía una corona carmesí, y dos manchas púrpura, simétricas y redondas, que parecían unos ojos terribles. Su cuerpo de color verde llama era esbelto, ahusado y con extrañas pintas negras y plateadas. Un brillante dibujo resplandecía en sus alas, semejantes a las cortinas verdes de la aurora boreal y veteadas de un blanco cegador.

Se movió con torpeza en el vacío, como para probar sus miembros, y se limpió mediante los delgados apéndices azules que surgían de su cabeza. Luego, con un poderoso movimiento de sus alas, se alejó del Sol, hacia el vacío del espacio.

Foster vio que Mercurio y Venus, los dos planetas interiores, también habían cambiado; eran motas aladas y verdosas que se alejaban del Sol. Y sospechó que la luz del Sol había comenzado a disminuir, virando poco a poco hacia el carmesí, hacia la obscuridad final.

–El Sol agoniza –murmuraron sus labios reseco con anormal parsimonia–. ¡Es el fin! El delirante final del universo humano...

–¿Lo ves? –Foster se sorprendió al oír el débil murmullo de Barron Kane desde su sillón de inválido–. Estamos presenciando la solución del misterio definitivo, Foster... ¡El enigma de los soles! Asistimos a la muerte del nuestro, como hemos visto nacer otros.

Foster se acercó presurosamente y alzó la cabeza de su tío sobre la almohada para que pudiera mirar. Habló de comida al enfermo, pero Barron Kane no hizo caso. El débil susurro continuó:

–Los planetas eran la simiente del Sol. A través de los milenios, bajo la radiación solar, germinó en ellos una vida extraña. Ahora el Sol morirá: su misión está cumplida. Las nuevas criaturas han salido para alimentarse de polvo estelar, para absorber radiaciones y rayos cósmicos, o quizá para consumir fragmentos de viejos soles hasta que ellas mismas sean soles, astros desarrollados, y el ciclo de su vida esté completo. Aquí tienes la respuesta a muchos de los problemas que han desconcertado a la ciencia. ¡Hemos vencido, Foster! –había un vago tono de triunfo en su voz–. ¡Aunque hoy muramos..., somos dueños de nuestro destino!

–¡Qué importa eso! –murmuró Foster, demasiado cansado e impotente como para expresar amargura–. Estamos solos... –prosiguió lentamente–. Pronto estaremos muertos... El «Planeta» seguirá navegando, quizás eternamente. Un pequeño mundo con todo lo necesario para la vida, pero cargado de muertos... ¡Escucha!

Foster se interrumpió de repente, y un espantoso silencio reinó en la cabina, roto tan sólo por el silbido de sus respiraciones.

–¡Escucha! –un acento de locura se ocultaba en su voz–. No hay nada... Ni el menor ruido... Estamos solos, Barron; somos los últimos hombres, ¡Nunca volveremos a oír una voz humana! ¡Piensa en lo que significa no poder escuchar a otra persona! Cuando muramos...

Calló de nuevo, pues sus oídos atentos habían notado un roce de pisadas humanas.

Corrió, temblando de esperanza e incredulidad, temiendo lo peor, y bajó la escalera hasta la escotilla del puente. La abrió de golpe y vaciló, alucinado, al ver a June Trevor.

La muchacha estaba sucia, con las ropas empapadas de una substancia negra, espesa, viscosa y chorreante; tenía el pelo embadurnado por la misma substancia, el rostro arañado y un moretón en la frente. Pero aún había belleza en su cuerpo alto y erguido, y sus ojos expresaban un júbilo naciente y luminoso.

Permanecieron un momento frente a frente.

Foster se humedeció los labios.

–¿June? –musitó–. June...

Ella se tambaleó y él se precipitó a sostenerla.

–No me toques –jadeó débilmente, alejándose de Foster–. Estoy cubierta de aceite..., me escondí en un depósito. Si te acercas te llenarás de aceite.

–¡Pobrecilla! –murmuró, echándose a reír.

Rodeó con su brazo los hombros sucios y la alzó. June le abrazó olvidándose del aceite. Ella también rió, temblorosa y llena de alivio.

–¡Oh, Foster! –gritó–, Estoy tan..., tan..., contenta porque estés aquí. Creí que era la única persona con vida. Estoy espantosamente cubierta de aceite.

–¿Cómo estás aquí? –preguntó Foster mientras la conducía a la cabina y la obligaba a sentarse a su lado–. Cuando desapareciste creímos que L'ao Ku te había llevado..., a su templo.

–¿L'ao Ku? –preguntó con sorpresa–. No, no le vi. Salí a buscarte cuando entró la multitud. Pregunté a los hombres dónde podría encontrarte. Me enviaron de un lugar a otro, hasta que llegué a las salas de máquinas. Pero no te encontré en ninguna parte.

Se apoyó alegremente contra su fuerte hombro; le había tomado inconscientemente del brazo, como si temiera verse apartada de su lado.

–Y luego, ¿qué sucedió? –preguntó Foster–. ¿Cómo te ocultaste de la multitud?

–Estaba en la sala de máquinas –prosiguió con voz cansada– y no lograba encontrarte. Hubo disparos y gritos. Los enemigos estaban matando a los maquinistas. Uno de éstos corrió hasta mí y me dijo: «Señorita, los malditos chinos han entrado, pero la esconderé donde no puedan encontrarla». Hizo que me acercara a un depósito, abrió la tapa y me hizo bajar por una escalera interior. Estaba llena de aceite... Me llegaba hasta el mentón. Luego cerró la tapa sobre mí. Esperé a oscuras. Los vapores del aceite me marearon. Estuve a punto de caer de la escalera. Oí muchos disparos y gritos. Luego..., silencio. Nadie se acercó a levantar la tapa, de modo que intenté salir. Me sentía débil, y la tapa era tan pesada que no podía levantarla. Empujé hasta que no pude más.

Entonces descansé y volví a intentarlo. Por último lo conseguí, subiendo al peldaño superior de la escalera y empujando con la espalda.

–¡Muchachita valiente! –susurró Foster y le apretó el hombro.

June se estremeció; sus ojos parecían no verle. Estaban velados por horriblos recuerdos.

–Salí –agregó con tristeza– y todos estaban..., estaban muertos. El suelo se hallaba cubierto de sangre y cadáveres. Y el silencio... Era terrible, Foster. No se oía ni una sola voz. ¡Nada! Creí que era la única superviviente.

–¿Por qué no viniste en seguida? –le preguntó Foster–. Aquí estaba Barron.

–Lo hice –susurró–. Estaba absolutamente inmóvil... Hablé, pero él no se movió. Supuse que estaba muerto como todos los demás. Creí que yo era la única persona con vida...

–Debes olvidarlo –le aconsejó Foster–. ¿Dónde has estado?

–Estuve buscando... –se interrumpió con un estremecimiento–, entre los cadáveres... Buscándote a ti, Foster.

El joven abrazó su cuerpo tembloroso y durante un rato la muchacha guardó silencio.

–Creí que era la..., la última –continuó espasmódicamente–. Creí que estaba sola..., sola entre todos los muertos. Quise buscarte para morir a tu lado, juntos. Y luego... –el horror enfermizo desapareció poco a poco de su mirada y sonrió débilmente–, luego noté que la máquina se movía. Me había quedado dormida. Estaba agotada por la búsqueda y cubierta de aceite. Desperté y sentí que nos movíamos. Entonces supe que había alguien más...

Sus ojos castaños brillaron valerosamente frente a los azules de Foster, llenos de esperanza, alegría y nueva confianza. Luego los cerró y su cuerpo se relajó entre los brazos de Foster. June se había quedado dormida. Entreabrió los labios y, en sueños, sonrió cansada y débilmente.

–Esta valiente está agotada –le dijo Foster a Barron Kane–. La bajaré a su cabina para que descanse. Regresaré en seguida y te ayudaré a bajar...

–No, Foster –susurró el hombrecillo–. Quiero mirar... Ver las estrellas.

Foster lo alzó un poco y acomodó su cabeza en la almohada.

–Barron, ahora la humanidad podrá seguir –afirmó–. Podemos comenzar de nuevo.

Foster tomó en brazos a la muchacha, que dormía serenamente, y se dirigió a la puerta.

–Sí, Foster –dijo el enfermo–, realmente hemos ganado.

Los serenos ojos grises del científico siguieron a Foster hasta que éste desapareció por la escalera.

Luego volvió a mirar las estrellas inmóviles y espléndidas.

–Hemos ganado –volvió a susurrar–. Esperaba vivir..., para ver esto. Los hombres ya no serán sabandijas expuestas a verse aplastadas por cualquier temblor casual de la bestia que los alberga. En el «Planeta» los hombres serán libres, se defenderán por sus propios medios –la frase pareció gustarle, pues la repitió–: Se defenderán por sus propios medios.

Permaneció un rato inmóvil, meditando.

–Estamos en el «Planeta» y vamos hacia un nuevo comienzo. Pero es sólo un comienzo –sus ojos serenos contemplaron el brillo burlón de las estrellas y murmuró–: Ustedes están vivas. Les debemos nuestras vidas..., hemos sido parásitos de vuestra especie. Pero ya no lo somos. Empezaremos de nuevo, por nuestros propios medios.

Su voz agonizante murmuró una última profecía:

–Habrá muchos «Planetas», más grandes. La raza nueva y libre será superior a la antigua. ¡Los hijos de Foster y June conquistarán el espacio, hasta la más lejana de ustedes!

La expresión de alegría quedó fija en sus ojos, abiertos a las estrellas.

## Cuerpo de investigación

Floyd L. Wallace

*Floyd L. Wallace (?- ) publicó su primer relato de ciencia ficción en 1951; entre esa fecha y mediados de los años sesenta escribió unas dos docenas de cuentos cortos para revistas de ciencia ficción. Por desgracia, no se ha publicado ninguna recopilación de estos relatos aunque ha aparecido una de sus novelas: Address: Centauri (1955). Además de este Cuerpo de investigación, son especialmente notables sus relatos Mezzorow Loves Company y Delay in transit.*

*La palabra evolución procede del latín y contiene la idea de «desenrollar algo». Y, realmente, es como desenrollar un pergamino, como una narración sin fin de unos cambios graduales.*

*Según la mayoría de los mitos sobre los orígenes, la vida fue creada tal como existe en sus diversas especies. Así aparece en la narración del Génesis, en la Biblia. No obstante, la geología, la fisiología, la anatomía y la bioquímica nos abruma con las demostraciones de que no es cierto. Por el contrario, cada especie ha evolucionado más o menos lentamente a partir de especies anteriores.*

*Tras la evolución biológica existen dos impulsos básicos.*

*En primer lugar, las mutaciones. Éstas producen un elemento de cambio al azar que es la materia prima de la evolución.*

*En segundo lugar, la selección natural. Las mutaciones que dan lugar a organismos que, de un modo u otro, se adaptan mejor al medio ambiente en el que viven tienen mayores posibilidades de supervivencia y de reproducción que las demás. Ésta es la razón de que algunas mutaciones sobrevivan y se impongan, mientras que otras desaparecen.*

*Así pues, la historia de la evolución biológica parece ser una lucha por una complejidad cada vez mayor en la organización del cuerpo, por una mejor adaptación al medio ambiente, o por ambas cosas a la vez. Parece haber un rastro continuo desde las formas más sencillas de vida hasta los organismos más complejos que existen en la actualidad, aunque hay muchísimos callejones sin salida y muchas evoluciones regresivas.*

*He apuntado que la evolución es un proceso más o menos lento. ¿Podríamos calcular el ritmo de tal proceso? Hasta tiempos muy recientes, se opinaba que debía de ser extremadamente lento, y que una nueva especie tardaba millones de años en formarse. Algunos evolucionistas sugieren hoy día la «evolución puntual». Según exponen, las especies permanecerían estables durante millones de años, pero, dadas unas condiciones especiales que surgirían de vez en cuando, se producirían unos cambios relativamente rápidos y se formaría una nueva especie en un lapso de unos cien mil años. Y, naturalmente, si una mano inteligente guiara el proceso, los cambios podrían ser todavía más rápidos. Los seres humanos han controlado los apareamientos de sus animales domésticos y han producido nuevas razas –aunque todavía no nuevas especies– con una rapidez muy notable.*



*¿Qué sucedería si encontráramos un mundo en el que, por alguna razón, el ritmo evolutivo fuera extremadamente rápido? ¿Qué problemas plantearía tal situación? Esta es la cuestión que expone Wallace en Cuerpo de investigación.*

**Isaac Asimov**

La primera mañana que pudieron dedicar por completo al planeta, el oficial ejecutivo salió de la nave. Todavía no había amanecido. El ejecutivo Hafner parpadeó. Abrió desmesuradamente los ojos y regresó al interior. Tres minutos más tarde reapareció, seguido por el biólogo.

—Anoche afirmó usted que no había ningún peligro —le recordó el ejecutivo—. ¿Sigue pensando igual?

Dano Marin le miró fijamente.

—Sí.

No obstante, su voz carecía de convicción, y parecía turbado. Se echó a reír nerviosamente.

—No es cosa para tomar a broma. Mas tarde hablaremos.

El biólogo, en la nave, vio cómo el ejecutivo se dirigía a la hilera de dormidos colonos.

—Señora Athyl... —le gritó éste a una mujer tendida en tierra, cuando llegó a su lado.

La joven bostezó, se restregó los ojos, rodó sobre sí misma y se incorporó. Sin embargo, las ropas que hubieran debido taparla no existían. Ninguna de las prendas que llevaba cuando se durmió. Adoptó la convencional postura de la mujer que, sin su consentimiento, se ve sin ropa.

—No pasa nada, señora Athyl; no soy un mirón. Sin embargo, opino que debería usted ponerse algo encima.

La mayoría de los colonos estaban ya despiertos. El ejecutivo Hafner se volvió hacia ellos y les dijo:

—Si quieren ir a la nave en busca de algunas ropas, el comisario se encargará de conseguírselas. Más tarde les daré todas las explicaciones posibles.

Los colonos se dispersaron. No sentían recato alguno, ya que de lo contrario no habría sobrevivido a un año de travesía en una nave espacial. Sin embargo, era una verdadera sorpresa despertarse desnudo sin saber qué les había arrebatado las ropas durante la noche, ni cómo. Era una sorpresa que los desconcertaba.

De regreso a la nave, Hafner se detuvo junto al biólogo.

—¿Alguna idea?

Dano Marin se encogió de hombros.

–¿Cómo puedo tenerla? El planeta es tan nuevo para mí como para usted.

–Sin duda, pero usted es el biólogo.

Como único científico en una tripulación compuesta de rudos colonos y constructores, Marin tendría que contestar a un sinnúmero de preguntas que no tenían nada que ver con su especialidad.

–Seguramente insectos nocturnos –sugirió.

Era una respuesta muy floja, aunque sabía que una plaga de langostas puede asolar un maizal en poco tiempo. ¿Podían hacer lo mismo con las prendas de vestir sin despertar a sus poseedores?

–Investigaré el asunto –prometió–. Tan pronto como descubra algo se lo notificaré.

–Gracias.

Hafner lo saludó y pasó al interior de la nave.

Dano Marin se dirigió al grupo de árboles entre los que los colonos habían estado durmiendo. Había sido un error dormir allí, pero cuando formularon la petición no pareció haber ningún motivo para negarse. Después de dieciocho meses encerrados en la nave espacial, todos deseaban gozar de aire fresco y sentir el susurro de las hojas de los árboles.

Marin inspeccionó el lugar. Ahora estaba desierto; los colonos, hombres y mujeres, estarían vistiéndose dentro de la nave.

Los árboles no eran muy altos, y las hojas mostraban un color verde botella.

Ocasionalmente, unas grandes flores blancas brillaban a la luz del sol, pareciendo mayores todavía. Aquello no era la Tierra y, por lo tanto, los árboles no eran magnolias. Pero le recordaron a Marin aquella especie de árboles, por lo que en adelante siempre los denominó así.

El problema de la pérdida de la ropa resultaba irónico. La Vigilancia Biológica nunca cometía el menor error, pero estaba claro que ahora acababa de cometerlo. Desde su descubrimiento tenían inscripto aquel planeta como muy conveniente para el hombre. Pocos insectos, ningún animal peligroso, y un clima casi equiparable al de la Tierra. Lo habían denominado *Glade*<sup>2</sup> porque era el vocablo que mejor le cuadraba. Todo el terreno parecía ser, en efecto, un vasto y amable prado.

Evidentemente, la Vigilancia Biológica había pasado por alto algunas cosas del planeta.

Marin se dejó caer de rodillas y empezó a buscar pistas. Si eran responsables los insectos, habría algunos muertos, aplastados por los colonos al rodar sobre sí mismos en su sueño. Pero no había ningún insecto, ni vivo ni muerto.

---

<sup>2</sup> *Glade*, en inglés, significa «conjunto de prados escalonados». (N. del T. )

Se incorporó desalentado y anduvo lentamente por el grupo de árboles. Tal vez fuesen éstos. De noche podían exudar un vapor capaz de disolver el material con el que se fabricaban los vestidos. Difícil, pero no imposible. Aplastó una hoja entre sus manos y la frotó contra su manga. Un perfume penetrante, acre, pero nada más. Claro que eso no descartaba la teoría.

Contempló por entre los árboles el sol de color azul. Era más grande que el sol de la Tierra, pero estaba mucho más alejado, por lo que resultaba equiparable al de aquélla.

Estuvo apunto de no percibir los brillantes ojos que lo contemplaban desde la maleza. Estuvo apunto... , pero los vio. El dominio de la biología empieza en los límites de la atmósfera, e incluye la maleza y los animalitos que medran en la misma.

Se agachó. El animalito huyó chillando. Marin corrió en pos de él hasta fuera del límite de la arboleda. Cuando lo atrapó, los chillidos subieron de tono. Le habló suavemente y el terror declinó.

Mordisqueó alegremente la chaqueta de Marin cuando éste se lo llevó a la nave.

El ejecutivo Hafner miró la jaula con cara de pocos amigos. Era un animal vulgar, pequeño y parecido a un roedor. Su piel era correosa y de pelo ralo, sin ningún atractivo. Jamás alcanzaría altos precios en el mercado de pieles.

–¿Podemos exterminarlos? –preguntó Hafner–. Localmente, claro está.

–No lo creo. Son ecológicamente básicos.

El ejecutivo lo miró sin comprender. Dano Marin le explicó:

–Ya sabe cómo actúa el Control Biológico. Tan pronto como se descubre un nuevo planeta, envían una nave con equipo especial. La nave vuela casi a ras de suelo y los instrumentos de a bordo recogen y graban todas las corrientes neurales de los animales de su superficie. Los instrumentos son capaces de formular distinciones entre las pautas característicamente neurales de todo lo que posee un cerebro, incluyendo los insectos. Además, poseen una buena idea de las especies animales del planeta y su distribución relativa. Naturalmente, la brigada de vigilancia se lleva algunos especímenes. Tienen que relacionar las diversas pautas con los animales vivos, de lo contrario la pauta neural sería meramente una mancha sin significado alguno en un microfilm. La vigilancia demostró que este animal constituye una de las cuatro especies de mamíferos de este planeta. También es la más numerosa.

–Por lo tanto, si los exterminamos vendrán otros procedentes de otras zonas –gruñó Hafner.

–Muy probable. Hay millones de ellos en esta península. Naturalmente, si desea instalar una barrera a través del estrecho istmo que la enlaza con el continente, podremos eliminarlos localmente.

El ejecutivo volvió a gruñir. Una barrera era posible, pero representaba demasiado trabajo.

–¿Qué comen? –preguntó.

–Por lo visto, un poco de todo. Insectos, frutas, bayas, frutos secos, granos... – Dano Marin sonrió–. Supongo que son omnívoros, puesto que también se comen la ropa.

Hafner no le acompañó en la sonrisa.

–Creí que nuestra tela era a prueba de gusanos.

Marin se encogió de hombros.

–Lo es en los veintisiete planetas. Pero en el número veintiocho acabamos de descubrir que estos animalitos poseen mejores ácidos digestivos, eso es todo.

Hafner pareció preocupado.

–¿Pueden echar a perder las cosechas que hemos plantado?

–Yo diría que no. Pero también habría afirmado lo mismo de nuestras ropas.

Hafner tomó una decisión.

–Está bien. Usted ocúpese de los sembrados. Halle algún medio de mantener a esos animales alejados de ellos. Mientras tanto, que todo el mundo duerma en la nave hasta que construyamos los dormitorios.

Moradas individuales hubiera sido más apropiado en la colonia, pensó Marin. Pero eso no era asunto suyo. El ejecutivo era un hombre que consideraba sagrado cualquier programa previamente establecido.

–El omnívoro... –empezó a decir Marin.

Hafner asintió con impaciencia.

–Siga con él –dijo, y se marchó.

El biólogo suspiró. El omnívoro, realmente, era una extraña criatura, pero no de las cosas más importantes de Glade. Por ejemplo, ¿por qué había tan pocas especies terrestres en el planeta? Ni reptiles, ni muchos pájaros, y sólo cuatro especies de mamíferos.

Todos los planetas semejantes a éste mostraban una asombrosa variedad de vida salvaje. Glade, a pesar de sus condiciones ideales, no la había desarrollado. ¿Por qué?

Había pedido al Control Biológico este destino porque le pareció un problema interesante. Ahora, por lo visto, tenía que actuar como exterminador.

Sacó al omnívoro de la jaula. No eran inesperados los mamíferos en Glade. Un desenvolvimiento paralelo se cuidaba de esto. Dado un ambiente similar, suelen desarrollarse animales similares.

En los bosques de la última era carbonífera terrestre, existían seres como el omnívoro, el primitivo mamífero del que descendieron los demás. En Glade, no

obstante, este desenvolvimiento no había tenido lugar. ¿Qué le, impedía a la naturaleza explorar sus potencialidades evolutivas? Ese era el verdadero problema, y no la forma de exterminar a aquellos animalitos.

Marin insertó una aguja, hipodérmica en la piel del omnívoro. Este chilló y después se relajó. Marin extrajo una gota de sangre del animal y lo devolvió a la jaula. Gracias a aquella gota de sangre se enteraría de muchas cosas y tal vez de la manera de exterminar la especie.

El oficial de Intendencia estaba gritando, aunque su vozarrón ya era de por sí bastante fuerte.

–¿Cómo sabe que son ratones? –le preguntó el biólogo.

–Mire –fue la seca respuesta del intendente.

Marin miró. La evidencia indicaba ratones.

Antes de que pudiera hablar se le adelantó el intendente.

–No me diga que sólo son unos animalitos parecidos a ratones. Los conozco. La cuestión es: ¿cómo podemos desembarazarnos de ellos?

–¿Ha probado el veneno?

–Dígame qué veneno he de usar y lo usaré.

No era una pregunta de fácil respuesta. ¿Qué podía envenenar a un animal al que jamás habían visto y del que nada sabían? Según la Vigilancia Biológica, dicho animal no existía.

Era un asunto sumamente grave. La colonia podía vivir de la tierra y así se esperaba. Pero aguardaban otro grupo de colonos para dentro de tres años. y se suponía que la colonia tendría almacenadas gran cantidad de provisiones para alimentar a los que fuesen llegando. Si no conseguían guardar las cosechas ni los concentrados, la comida escasearía.

Marin se dirigió pensativamente al almacén. Era una construcción semejante a la de todas las colonias. Sin estética, y bastante achaparrada. Un suelo de tierra reforzado con unos muros muy gruesos y un techo de igual material. El conjunto estaba unido por un cemento molecular que lo tomaba prácticamente impermeable.

Sin ventanas, sólo dos puertas. Ciertamente, era a prueba de roedores.

Pero un examen más atento reveló un fallo. El suelo era tan duro como el cristal, y ningún animal podía atravesarlo, pero, al igual que el cristal, también era frágil. Los constructores del almacén, evidentemente, tenían prisa por regresar a la Tierra y se habían mostrado poco cuidadosos, ya que en algunas partes el suelo era demasiado delgado. y bajo el peso del equipo almacenado, se había resquebrajado en algunos lugares. Un animal podía entrar por alguna de aquellas grietas.

Era demasiado tarde ya para construir otro almacén. Aquellos animales semejantes a ratones estaban dentro. y tenían que ser dominados donde estaban.

El biólogo se enderezó.

–Atrápeme unos cuantos vivos y veremos qué se puede hacer.

Por la mañana, una docena de animalitos vivos fueron entregados al laboratorio. Parecían ratones.

Sus reacciones fueron muy raras. Ni uno solo parecía quedar afectado por el mismo veneno. Una mezcla que mataba a uno en unos segundos, dejaba a los demás vivos y sanos, y el veneno destinado a controlar a los omnívoros resultó completamente ineficaz.

Los estragos en el almacén continuaron. Los ratones negros, blancos, pardos o grises, de colas cortas y orejas puntiagudas y largas, o al revés, continuaban comiéndose los concentrados y estropeando lo que no comían.

Marin habló con el ejecutivo, planteando el problema en sus principales líneas tal como lo veía, y comunicándole sus ideas respecto a lo que podía hacerse para combatir aquella plaga.

–¡Pero no podemos construir otro almacén! –arguyó Hafner–. No al menos hasta que el generador atómico esté a punto. Y entonces lo necesitaremos para otros fines. –El ejecutivo apoyó la cabeza entre sus manos–. Tengo otra solución mejor. Construir uno y ver cómo funciona.

–Yo había pensado en tres –opinó el biólogo.

–Uno –insistió Hafner–. No podemos malgastar el equipo hasta que sepamos cómo actúa.

Probablemente tenía razón. Poseían equipo, tanto como el que podían transportar tres naves. Pero cuanto más llegaba, más necesitaba la colonia. Y el resultado era que siempre andaban escasos de material.

Marin llevó la autorización al ingeniero. De camino, revisó sus especificaciones. Si no podía obtener lo que deseaba, tendría que conformarse con uno.

A los dos días, la máquina estaba lista.

La entregaron al almacén dentro de un pequeño cajón. Lo abrieron y la máquina saltó, plantándose en el suelo.

–¡Un gato! –exclamó el intendente, complacido.

Alargó la mano hacia el peludo y negro robot.

–Si ha tocado usted algo que haya tocado también un ratón, retire la mano –le avisó el biólogo–. Reacciona tanto al olor como a la vista y al sonido.

El intendente retiró la mano apresuradamente. El robot desapareció silenciosamente hacia los montones de provisiones.

Al cabo de una semana, todavía quedaban algunos ratones en el almacén, pero ya no constituían ninguna amenaza.

El ejecutivo llamó a Marin a su despacho, un edificio de baja construcción situado en el centro de la colonia. Esta iba creciendo, asumiendo un aspecto de permanencia. Hafner estaba sentado, en su silla y contemplaba el crecimiento con íntima satisfacción.

—Un buen trabajo contra la plaga de ratones —dijo.

El biólogo asintió.

—No fue malo, excepto que no hubiera debido haber ratones. La Vigilancia Biológica...

—Olvídelo. Todo el mundo comete equivocaciones, incluso la Vigilancia. —Se inclinó hacia atrás y miró gravemente al biólogo—. Necesito que se lleve a cabo una tarea. Estoy corto de hombres. Si usted no tiene nada que objetar...

El ejecutivo siempre andaba corto de hombres, y así sería hasta que el planeta estuviese superpoblado, y aún entonces trataría de hallar a alguien que realizase el trabajo destinado a sus hombres. Dano Marin no era ningún subordinado de Hafner, sino el representante del Control Biológico en la expedición. Pero era una buena idea colaborar con el ejecutivo. Suspiró.

—No es tan difícil como piensa —le alentó Hafner, interpretando correctamente el suspiro. Sonrió—. Ya tenemos preparada la excavadora y quiero que usted la ponga en marcha.

Puesto que entraba en el cuadro de sus investigaciones, Dano Marin se sintió aliviado.

—Salvo comida, tenemos que importar la mayoría de nuestras provisiones —le explicó Hafner—. Es un largo viaje, y por lo tanto, nos interesa poder utilizar todo lo que podamos encontrar en este planeta. Necesitamos petróleo. Pronto girarán muchas ruedas y habrá que engrasarlas. Con el tiempo, instalaremos una planta sintética, pero si ahora podemos localizar algún nuevo producto en el suelo, será una gran ventaja.

—¿Presume que la geología de Glade es semejante a la de la Tierra?

Hafner agitó una mano.

—¿Por qué no? Es como un hermano gemelo de la Tierra.

«¿Por qué no? Porque nunca puede afirmarse mirando la superficie —pensó Marin—. Parecía como la Tierra..., ¿pero lo era? Bien, ahora tenía la oportunidad de averiguar el historial de Glade.»

Hafner se puso de pie.

—Cuando esté preparado, un técnico le enseñará el manejo de la excavadora. A viseme antes de irse.

No era una verdadera excavadora. No se movía ni desplazaba un solo grano de tierra o roca. Era un medio para investigar el subsuelo, a bastante profundidad. Como un reptil enorme, bastante grande para que un hombre pudiera vivir en él durante una semana sin grandes incomodidades. Llevaba un generador ultrasónico y un aparato para dirigir el foco al interior del planeta. También había un aparato de envío. El extremo de recepción empezaba con una gran lente sónica que captaba los sonidos del rayo reflejado desde cualquier distancia deseada, convertidos en energía eléctrica y después en una imagen captada sobre una pantalla.

A quince kilómetros de profundidad, la imagen era algo borrosa, pero podían distinguirse los principales rasgos del estrato. A cinco kilómetros era mucho mejor. Podía captar el sonido reflejado por una moneda enterrada y convertirlo en una fotografía en la que podía verse la fecha.

Era para un geólogo lo que un microscopio para un biólogo. Como Marin era lo último, apreciaba esta analogía.

Empezó en la punta de la península y zigzagueó a su través, hacia el istmo. Metódicamente fue cubriendo todo el territorio, durmiendo de noche en la excavadora. A la mañana del tercer día, descubrió rastros de petróleo, y por la tarde localizó la fuente principal.

Probablemente habría pasado más de prisa por aquel lugar, pero tras descubrir el petróleo deseó realizar una investigación más detallada. Empezando por arriba, dejó que la imagen fuese mostrando los sucesivos estratos.

Era lo contrario de lo que debía haber sido. A los pocos palmos de profundidad, había multitud de fósiles, casi todos pertenecientes a las cuatro especies de mamíferos. Un animal parecido a la ardilla y animales mayores, que pastaban, eran los habitantes de aquellas selvas. De los animales del llano, sólo vio a dos, cuyos tamaños oscilaban entre los más extremos de los moradores de la selva.

Después de los primeros metros de profundidad, que correspondían aproximadamente a veinte mil años, no halló ningún fósil. No, al menos, hasta que llegó a una profundidad que podía parangonarse con la última era carbonífera de la Tierra. Allí halló animales apropiados a tal época. A aquella profundidad y más abajo, la historia de Glade era semejante a la de la Tierra.

Intrigado, siguió investigando en una docena de lugares ampliamente separados entre sí. El resultado fue siempre el mismo: fósiles históricos en los primeros veinte mil años, y ninguno durante cien millones. Después, restos de un buen desenvolvimiento biológico.

En aquel período de cien millones de años, algo único había ocurrido en Glade. ¿Qué?

Al quinto día de su investigación fue interrumpido por el sonido de la radio.

—Marin.

—¿Sí? —giró un conmutador.

—¿Cuándo puede regresar?



Marin consultó el fotomapa.

–Dentro de tres horas. Dos si me apresuro.

–Hágalo en dos. No importa el petróleo.

–Lo encontré. Pero ¿qué ocurre?

–Lo sabrá cuando venga aquí.

A regañadientes, Marin guardó los instrumentos en el interior de la excavadora. Le hizo dar media vuelta y salió a la superficie. La tierra se elevó a bastante altura y los animales huyeron chillando ante aquel monstruo. Siguió avanzando. Si la arboleda era pequeña la rodeaba, de lo contrario la atravesaba, dejando a sus espaldas los troncos tronchados.

Detuvo el poderoso reptil al borde de la colonia. El centro de actividad era el almacén. Unas grúas entraban y salían, transportando las provisiones a una zona despejada del exterior. En una esquina de la construcción halló a Hafner, hablando con un ingeniero.

Hafner se volvió en redondo.

–Sus ratones han crecido, Marin.

El biólogo bajó la vista. El gato-robot yacía en tierra. Se arrodilló y lo examinó. El esqueleto de acero no estaba roto, sino que lo habían doblado fuertemente. La dura piel de plástico estaba desgarrada y, en el interior, el delicado mecanismo estaba masticado hasta convertirse en una masa irreconocible.

En torno al gato había ratas, veinte o treinta, muy grandes para el tamaño medio. El gato había luchado, ya que los animales muertos estaban despanzurrados e increíblemente destrozados. Pero no había podido con todos sus enemigos.

La Vigilancia Biológica había afirmado que en Glade no había ratas. Claro que también afirmó que no había ratones. ¿Cuál era la clave de este error?

El biólogo se incorporó.

–¿Qué está haciendo?

–Construir otro almacén con suelos de tres palmos de espesor, como una construcción monolítica. Y trasladar allí todo lo que pueda.

Marin asintió. Era lo mejor. Naturalmente, se tardaría cierto tiempo y se consumiría energía, toda la que pudiesen extraer del nuevo generador atómico. Las demás construcciones tendrían que ser suspendidas. No era raro que Hafner estuviese enojado.

–¿Por qué no construir más gatos? –sugirió Marin.

El ejecutivo sonrió tristemente.

–No estaba usted aquí cuando abrimos las puertas. El almacén estaba atestado de ratas. ¿Cuántos gatos-robot harían falta, quince?

No lo sé. Además, el ingeniero me ha comunicado que no tenemos bastantes piezas para construir más gatos. Tal vez sólo tres. Y éste que está en el suelo no puede repararse.

«No hacía falta ser ingeniero para verlo», pensó Marin.

–Si necesitásemos más –continuó Hafner–, tendríamos que sacar el computador de la nave. y me niego a consentirlo.

Naturalmente. La nave era la única relación con la Tierra hasta que llegase la nueva expedición de colonos. Ningún ejecutivo permitiría que mutilasen su nave.

Pero ¿por qué le había llamado Hafner? ¿Sólo para informarle de la situación?

Hafner adivinó sus pensamientos.

–De noche alumbraremos las provisiones que estamos sacando del almacén. Apostaremos guardias armados con rifles cargados hasta que podamos llevar la comida al otro almacén. Esto tardará unos diez días. Mientras tanto, nuestras cosechas maduran. Supongo que las ratas asolarán los sembrados en busca de alimentos. A fin de proteger nuestras provisiones futuras, tendrá que activar a sus animales.

El biólogo lo miró fijamente.

–Pero va contra los reglamentos soltar a ningún animal sobre el planeta hasta que se haya realizado una completa investigación sobre los posibles efectos.

–Lo cual tardará diez o veinte años. Éste es un caso de emergencia y yo soy el responsable. Se lo ordenaré por escrito, si quiere.

El biólogo se hallaba efectivamente entre la espada y la pared.

Otra Australia infectada de conejos o el planeta del que los caracoles se apoderaban podía quedar asolado, pero él no podía hacer nada.

–No creo que sirvan de nada contra ratas de este tamaño –protestó.

–Usted obtuvo hormonas. Aplíquelas.

El ejecutivo le volvió la espalda y empezó a discutir detalles del nuevo almacén con el ingeniero.

Marin reunió todas las ratas muertas y las colocó en el frigorífico para su posterior estudio.

Después se retiró al laboratorio y efectuó un curso de tratamiento para los animales domésticos que los colonos habían traído consigo. Les dio las primeras inyecciones y los vigiló celosamente hasta que hubieron superado la primera fase de crecimiento. Tan pronto como vio que sobrevivían, los alimentó.

Después se concentró en las ratas. Era sorprendente la gran variedad de tamaños. Por dentro, sucedía lo mismo. Poseían los órganos normales, pero las proporciones de cada uno variaban grandemente, mucho más de lo normal. Sus dientes no eran uniformes. Algunas tenían gruesos colmillos asentados en

delicadas mandíbulas; otras, los tenían muy pequeños y no concordaban con su maciza estructura ósea. y como especie, eran la reunión de animales más diversos que pudiera ver un biólogo.

Puso sus tejidos al microscopio y comparó los resultados. Aquí había menos diferencias entre los distintos individuos, pero aún las suficientes para mantenerlo meditabundo. Las células reproductoras, especialmente, eran asombrosas.

Aquel mismo día, más tarde, sintió más que oyó el zumbido de la maquinaria de la construcción. Miró hacia fuera y vio una columna de humo elevándose al cielo. Tan pronto como la vegetación quedó chamuscada, el humo cesó y las olas de calor danzaron en el aire.

Construían en un altozano. Los pequeños animalitos que se arrastraban por la maleza atacaban los lugares más vulnerables: los depósitos de comida. No había maleza, ni una brizna de hierba en el altozano cuando los colonos terminaron su tarea.

Terriers. En el pasado eran los perros de caza de la era de la agricultura. Lo que les faltaba de tamaño lo tenían de ferocidad hacia los roedores. Habían aprendido sus mañas en los graneros y los campos y, durante breve tiempo, lo estaban haciendo de nuevo en los mundos coloniales donde las condiciones se repetían.

Los perros que habían traído los colonos desde la Tierra eran terriers. Todavía eran rápidos, con las mismas disposiciones contra los roedores, pero ya no eran tan pequeños. Había sido una labor difícil, pero Marin había triunfado, ya que los perros no habían perdido ninguna de sus facultades a pesar de tener ahora el tamaño de un danés.

Las ratas se trasladaron rápidas a los sembrados de cosechas. Éstas estaban destinadas a los mundos coloniales. Podían ser plantadas, crecían y se recolectaban en unas cuantas semanas. Después de tales plantaciones, la fertilidad del suelo decaía visiblemente, pero esto nada significaba en los primeros tiempos de colonización de un planeta cuya tierra estaba virgen.

La plaga de las ratas creció en los sembrados y los perros fueron soltados contra ellas. Corrieron por los campos, cazando. Una embestida, un chasquido de sus mandíbulas, una cabeza que se bambolea, y la rata era arrojada a un lado, con la espalda rota. Después, los perros cazaban la siguiente.

Hasta el anochecer, los perros siguieron sus alocadas carreras, persiguiendo y destrozando. Por la noche estaban ensangrentados, la mayoría exhaustos. Marin los atendió con antibióticos, les vendó las heridas, los alimentó directamente en las venas, y les inyectó un somnífero estimulante, que al día siguiente los tuvo dispuestos para reanudar la batalla.

Las ratas tardaron dos días en aprender que no debían alimentarse de día. En menor número, acudieron de noche. Treparon a los tallos y mordisquearon los frutos. Después se dedicaron a los granos y verduras.

Al día siguiente, los colonos instalaron luces. Los perros corrieron también de noche para desanimar a las ratas, que todavía fueron bastante tontas como para dejarse ver a la luz del sol. Una hora antes del crepúsculo, Marin llamó a los

perros y les indujo a un forzado descanso. Luego los sacó después del anochecer y los llevó, tambaleándose, a los sembrados. El olor de las ratas los reanimó; se mostraron tan ávidos como siempre, si no tan veloces.

Las ratas llegaron de los prados del contorno, no de una en una ni de dos en dos, como antes; esta vez iban todas juntas. Chillando y susurrando entre la hierba, avanzaron hacia los sembrados. Estaba todo muy oscuro, y aunque no podía verlas, Marin las oía. Ordenó que se encendieran todos los focos en los campos.

Las ratas se detuvieron ante aquella luz cegadora e inútilmente empezaron a dar vueltas. Los perros aullaron. Marin los retuvo. Las ratas continuaron su marcha y Marin soltó a los perros.

Éstos atacaron, pero no se atrevieron a internarse entre el cuerpo principal de roedores. Atraparon a las extraviadas y forzaron a las demás a apretar su formación. Después, las ratas fueron virtualmente inexpugnables.

Los colonos hubieran podido chamuscar a las ratas disponiendo del equipo adecuado, pero no lo tenían ni lo conseguirían en varios años. y aunque lo hubiesen tenido, el empleo de tal equipo habría perjudicado las cosechas, que si podían deseaban salvar. La mejor solución eran los perros.

La formación de ratas llegó al borde de los campos y allí se deshizo. Podían enfrentarse con un enemigo común permaneciendo unidas, pero la presencia de la comida les hizo olvidarse de su estrategia y se dispersaron, ya que el hambre es el gran divisor. Los perros saltaron gozosamente, emprendiendo su persecución. Cazaron a los roedores muertos de inanición, uno a uno, y los mataron sin compasión.

Cuando salió el sol, la amenaza de las ratas había terminado.

A la mañana siguiente, los colonos recolectaron y almacenaron las provisiones, disponiendo inmediatamente otra cosecha.

Marin se sentó en el laboratorio y analizó la situación. La colonia iba de crisis en crisis, todas relacionadas con los alimentos. En sí, cada situación crítica era de orden menor, pero todas juntas podían significar un fracaso. Carecían del material necesario para colonizar Glade.

La culpa parecía ser del Control Biológico; no habían comunicado la presencia de las pestes que dañaban las provisiones de alimentos. A pesar de lo que el ejecutivo opinase, la Vigilancia conocía su oficio. Si afirmaban que no había ratones ni ratas en Glade, era porque no había... «cuando se llevó a cabo la exploración».

La cuestión, pues, era: ¿cuándo y cómo llegaron al planeta?

Marin contempló la pared, desmenuzando varias hipótesis en su cerebro, y descartándolas al ver que carecían de sentido.

Su mirada se trasladó desde la pared a la jaula del omnívoro, el ser del bosque en forma de ardilla. El animal más numeroso de Glade. Era algo que los colonos veían por doquier.

Y no obstante era un animal muy notable, más de lo que se había figurado. De aspecto insignificante, podía ser el más importante de los animales que el hombre había hallado en los diversos planetas explorados. Cuanto más lo contemplaba, más se convencía de ello.

Guardó silencio, observando al animal, sin atreverse a mover. Permaneció allí sentado hasta que oscureció y el omnívoro reemprendió su normal actividad.

¿Normal? El adjetivo no podía aplicarse a Glade.

El intermedio con el omnívoro le proporcionó una respuesta. Necesitaba otra; creía conocerla, pero le hacían falta más datos, más observaciones.

Instaló su equipo cuidadosamente en los límites de la colonia. Allí y en ningún otro lugar residía la información que necesitaba.

Pasó algún tiempo en la excavadora, comprobando sus investigaciones primitivas. Logró formar un cuadro completo.

Cuando estuvo seguro de los hechos visitó a Hafner.

El ejecutivo estaba de buen humor, como resultado de la facilidad con que se desenvolvía, en general, la colonia.

–Siéntese. ¿Fuma?

El biólogo se sentó y aceptó un cigarrillo.

–Pensé que desearía saber de dónde vinieron los ratones.

Hafner sonrió.

–Ya no nos molestan.

–También he determinado el origen de las ratas.

–Están bajo control. Estamos triunfando en toda la línea.

«Al contrario», pensó Marin. Buscó un comienzo apropiado.

–Glade posee un clima y una topografía semejante a la Tierra –comenzó–. Así fue durante veinte mil años. Pero antes, unos cien millones de años antes, tuvo también un período comparable al de la Tierra.

Vio un interés sólo cortés en el rostro del ejecutivo, mientras le explicaba lo que era obvio. Bien, sí, era obvio, hasta cierto punto. Pero las conclusiones no lo eran.

–Entre un centenar de millones de años y veinte mil años atrás, algo ocurrió en Glade –prosiguió Marin–. Ignoro la causa; ésta pertenece a la historia cósmica y jamás lo descubriremos. Además, sea cual sea la causa (fluctuaciones en el sol, equilibrio inestable de las fuerzas internas del planeta, o tal vez un choque con una nube de polvo interestelar de densidad variable), el clima de Glade cambió.

»Cambió con una violencia inesperada y continuó cambiando. Hace cien millones de años, más o menos, habían selvas carboníferas en Glade. Por ellas se

arrastraban gigantescos reptiles semejantes a los dinosaurios y pequeños mamíferos. El primer gran cambio borró de la faz del planeta a los dinosaurios, lo mismo que en la Tierra. No exterminó a los más primitivos antepasados del omnívoro, porque éstos se adaptaron a los cambios.

»Permítame que le dé una idea de cómo cambiaron las condiciones. Durante unos años, una zona determinada era un desierto; después se convertiría en una selva. Más tarde, empezaba a formarse un glaciar. Y el ciclo volvía a repetirse, con grandes variaciones. Todo esto podía suceder (sucedió), dentro de un período que apenas abarcaba la existencia de un omnívoro. Y ocurrió muchas veces. Durante cien millones de años, aproximadamente, ésta fue la pauta de la existencia en Glade. Esta condición apenas servía para conservar los fósiles.

Hafner captó el significado de aquello y se mostró preocupado.

–Quiere decir que estas condiciones fluctuantes del clima terminaron hace veinte mil años, ¿verdad? ¿Pueden volver a empezar?

–No lo sé –le confesó el biólogo–. Si le interesa, probablemente podrá predecirse.

El ejecutivo asintió, mohíno.

–Sí, me interesa.

«Nos interesa a todos», pensó el biólogo.

–Lo interesante es que la supervivencia era difícil –prosiguió en voz alta–. Las aves podían volar y se marchaban a mejores climas, y algunas sobrevivieron. Y sólo una especie de mamíferos consiguió resistir.

–Sus hechos no son exactos –observó Hafner–. Existen cuatro especies, que van desde el tamaño de la ardilla al del búfalo marino.

–Una especie –repitió Marin, exaltado–. Son la misma. Si aumenta el alimento para los animales más grandes, algunas de las llamadas especies menores crecen de tamaño. Al revés, si la comida escasea, la generación siguiente, que por lo visto puede producirse casi instantáneamente, adopta una forma adecuada a la provisión de la comida.

–Los ratones... –articuló Hafner lentamente.

–Los ratones no existían cuando llegamos al planeta. Nacieron directamente del omnívoro semejante a la ardilla.

Hafner asintió.

–¿Y las ratas?

–Nacieron del siguiente tamaño mayor. Al fin y al cabo, estamos rodeados por el animal tal vez más difícil de exterminar de cuantos conocemos.

Hafner era un hombre práctico, acostumbrado a administrar colonias espaciales. Los conceptos no eran materia de su especialidad.

–¿Mutaciones, eh? Pero yo creía...

El biólogo sonrió. Una sonrisa sin humor apenas esbozada.

–En la Tierra serían mutaciones, transmutaciones, transformaciones. Aquí es meramente una adaptación normal de la evolución –movió la cabeza–. No se lo dije, pero los omnívoros, aunque puedan ser confundidos con animales terrestres, carecen de genes y cromosomas. Obviamente, han de tener herencia, pero no sé cómo la consiguen. Sin embargo, funciona, responde a las condiciones exteriores más de prisa que en cualquier otro ser conocido.

–Entonces, jamás podremos librarnos de estas plagas –admitió Hafner–. A menos que exterminemos la vida animal del planeta.

–¿Polvo radiactivo? –inquirió el biólogo–. Han sobrevivido a cosas peores.

El ejecutivo consideró las posibles alternativas.

–Tal vez deberíamos abandonar el planeta, cediéndoselo a estos animales.

–Demasiado tarde –replicó el biólogo–. Estarán también en la Tierra y en todos los planetas donde nos instalemos.

Hafner lo miró. Acababa de pensar lo mismo que Marin. Tres naves habían sido ya enviadas a colonizar Glade. Una se había quedado con los colonos, como un seguro de supervivencia por si ocurría algo imprevisto. Dos habían regresado a la Tierra para comunicar sus informes y detallar las provisiones y material que se necesitaba. También se habían llevado especímenes del planeta.

Las jaulas se guardaban en lugares seguros. Pero de aquellos seres podían derivarse unas especies más pequeñas, que debían ya de estar libres, sin ser detectadas, entre las mercancías de las naves.

No podían hacer nada para interceptar tales naves. Y una vez llegaron a la Tierra, ¿sospecharían algo los biólogos? No, durante largo tiempo. Primero aparecería una nueva clase de rata. Una mutación, naturalmente. Sin conocimientos específicos, no habría nada que relacionase la nueva especie con los animales apresados en Glade.

–Hemos de quedarnos –añadió Marin–. Tenemos que estudiarlos y hacer cuanto podamos.

Pensó en el vasto complejo de los edificios de la Tierra. Eran una inversión demasiado fabulosa para destruirlos y convertirlos en construcciones a prueba de ratas. Miles de millones de personas no podrían abandonar el planeta mientras durasen las obras.

Ellos tenían que quedarse en Glade no como una colonia, sino como un gigantesco laboratorio. Habían conquistado un planeta y perdido el equivalente de diez, tal vez más cuando las propiedades destructoras de los omnívoros fuesen finalmente comprobadas.

Una tos animal interrumpió los pensamientos del biólogo. Hafner alzó la cabeza y miró hacia la ventana. Con los labios contraídos cogió un fusil y salió. Marin lo siguió.

El ejecutivo se encaminó hacia los campos donde estaba madurando la segunda cosecha. Se detuvo sobre una loma y se arrodilló. Movi6 la palanca hasta «carga extrema», apunt6 y dispar6. Demasiado alto; no acert6 al animal. Entre la verde vegetaci6n apareci6 una nueva cinta de color casta6o.

Apunt6 con m6s cuidado y volvi6 a tirar. La carga surgi6 del ca66n, choc6 contra la pata delantera del animal. La bestia salt6 en el aire y cay6, muerta.

Se inclinaron sobre el animal que Hafner acababa de matar. Salvo por la falta de rayas, era una buena imitaci6n de un tigre.

El ejecutivo le propin6 un puntapi6.

–Echamos a las ratas del almac6n y se marcharon a los campos –murmur6–. Las arrojamos de los campos con los perros y se han convertido en tigres.

–M6s f6cil que con las ratas –le record6 Marin–. A los tigres es m6s f6cil cazarlos.

Se inclin6 sobre el perro descuartizado al que el tigre haba sorprendido.

El otro perro lleg6 aullando desde el extremo m6s lejano del campo, adonde haba huido aterrado. Era un perro muy valiente, pero no poda enfrentarse con aquel gran carn6voro. Solloz6 y lami6 la cabeza de su compa6ero.

El bi6logo cogi6 el destrozado perro y se dirigi6 al laboratorio.

–No puede salvarlo –le grit6 Hafner–. Est6 muerto.

–Pero no los cachorros. Es una perra –le explic6 Marin–. Los necesitaremos. Las ratas no desaparecer6n s6lo porque haya tigres por aqua.

La cabeza le caa flojamente sobre el brazo y la sangre iba manchando su chaqueta. Hafner le sigui6 hasta la cima del altozano.

–Llevamos aqua tres meses –rezong6 de repente el ejecutivo–. Los perros llevan s6lo dos en los campos. y sin embargo, el tigre estaba muy crecido. ¿C6mo puede explicarse esta anomala?

Marin casi se doblaba bajo el peso del perro. Hafner jam6s lo comprendera. Como bi6logo, todas sus categoras estaban trastornadas. ¿C6mo lo explicara la evoluci6n? Era la historia de la vida org6nica en un mundo particular. Esto era la evoluci6n. M6s all6 de este mundo particular, no tena ninguna aplicaci6n.

Incluso respecto al hombre haba muchas cosas ignoradas, oscuras lagunas que no conseguan llenar las diversas teoras formuladas. Respecto a otros seres, naturalmente, su ignorancia no tena lmites.

El nacimiento era simple; ocurría en innumerables planetas. Seres herb6voros, fieras carn6voras... los animales m6s inveros6miles daban nacimiento a otras generaciones. Suceda constantemente. Y los j6venes crecían, se desarrollaban y se apareaban.

Record6 aquella noche en el laboratorio. Fue accidental... pero ¿y si hubiese estado en otra parte y no lo hubiese visto? No sabrían ni siquiera lo poco que sabían.



–Si el factor supervivencia –le explicó a Hafner– es alto y existe gran disparidad en los tamaños, el joven no necesita ser joven. Puede nacer tan desarrollado ya como un adulto.

Aunque no en la proporción inicial, la colonia progresó. Las rápidas cosechas se tomaron más lentas y se plantó una selección más variada. Se construyeron nuevos edificios y las provisiones se almacenaron donde pudieran ser fácilmente inspeccionadas.

Los cachorros sobrevivieron y al cabo de un año eran ya adultos. Después de ser debidamente amaestrados, los soltaron en los campos donde se unieron a los otros perros. La batalla contra las ratas prosiguió, y al fin consiguieron dominarlas, aunque los daños fueron considerables.

El animal original, sin haber cambiado de forma, desarrolló un enorme apetito por la aislación eléctrica. No había ninguna protección excepto mantener la corriente constantemente en marcha. Incluso así se producían interrupciones perjudiciales, hasta que se localizaba el corte y la chamuscada carcasa era retirada. Los vehículos se guardaban estrechamente encerrados o aparcados, sólo en los edificios a prueba de ratas. Aunque la plaga no crecía en número, tampoco podía ser eliminada por completo.

Había bastantes tigres, pero por su gran tamaño eran muy fáciles de abatir. Merodeaban de noche, de modo que se apostaron guardias en torno a la colonia durante todo el día. Cuando los focos no llegaban, se utilizaban los rayos infrarrojos. Tan pronto como llegaban los tigres, caían muertos. Excepto el primer día, no se perdió un solo perro.

Los tigres cambiaron, aunque no de forma. Exteriormente, seguían siendo los grandes y poderosos asesinos. Pero a medida que su matanza prosiguió, Marín observó asombrado, que la estructura orgánica interna se tornaba progresivamente más joven.

El último que le llevaron para su examen era el equivalente a un cachorro recién nacido. Aquel diminuto estómago admitiría más fácilmente una ración de leche que de trigo. De qué manera obtenían aquellos animales la energía para la formación a voluntad de aquellos músculos era casi un milagro. Pero era así, y transcurrieron quince minutos antes de que el animal fuese abatido. No se perdió ninguna vida, pero la enfermería estuvo muy atareada.

Fue el último tigre que mataron. Después cesaron los ataques.

Transcurrieron las estaciones y no ocurrió ninguna novedad. Una civilización espacial o el fragmento representado por la colonia era excesivo para el ser al que Marín se había acostumbrado a llamar «omnívoro». Había surgido de un pasado cataclismo, pero no podía resistir el reto del nuevo ambiente.

O así parecía.

Tres meses antes de la llegada de los nuevos colonos, fue detectado un nuevo animal. Faltaba comida de los sembrados. No era otro tigre, ya que éstos eran carnívoros. Ni ratas, ya que los tallos quedaban destrozados de manera muy distinta a como lo hacían los roedores.

La comida no era importante. La colonia tenía un buen depósito. Pero si los nuevos animales significaban otra plaga, era necesario saber cómo afrontarla. Cuanto antes supieran qué clase de animal era, mejor sería la defensa que podrían presentar contra él.

Los perros eran inútiles. El animal rondaba por los campos donde los perros eran soltados, pero no atacaban ni siquiera parecían conocer su existencia.

De nuevo, los colonos se vieron obligados a montar guardia.

Pero los nuevos animales los esquivaron. Patrullaron durante una semana sin obtener ningún resultado.

Hafner hizo instalar un sistema de alarma en el campo más frecuentado por el animal. También la detectó, y el animal trasladó su campo de operaciones a un sembrado donde todavía no estaba instalado el sistema de alarma.

Hafner habló con el ingeniero, el cual construyó una alarma que reaccionaba a la radiación del cuerpo. La enterraron en el primer campo y la vieja alarma fue trasladada al otro.

Dos noches más tarde, poco antes del amanecer, sonó la alarma.

Marin se reunió con Hafner al borde de la colonia. Ambos llevaban rifles. Echaron a andar. El ruido de un vehículo podía asustar al animal. Dieron varias vueltas, acercándose al campo por detrás.

Los hombres del campamento estaban alerta. Si necesitaban ayuda, la obtendrían al momento.

Se arrastraron silenciosamente por entre la maleza. El animal estaba comiendo en el campo, sin hacer ruido, pero lograron captar el leve rumor. Los perros no habían ladrado.

Se fueron acercando. El sol azul de Glade brilló en el horizonte, iluminando su presa. El rifle cayó de la mano de Hafner. Apretó los dientes y volvió a cogerlo, apuntando.

Marin extendió el brazo.

—¡No dispare! —le susurró.

—Yo soy el ejecutivo y afirmo que es un ser peligroso.

—Peligroso —asintió Marin, aún en susurros—. Por eso no debemos disparar. Es más peligroso de lo que creemos.

Hafner vaciló y Marin continuó:

—El omnívoro no pudo contender con el cambio ambiental, y así se convirtió en ratón. Destruimos a los ratones y entonces se transformaron en ratas. Más adelante, éstas desarrollaron el tigre.

»El tigre resultó más fácil para nosotros, y aparentemente, los omnívoros cesaron en sus esfuerzos. Pero sólo por un breve período de tiempo. Se estaba formando

otro animal, el que usted ve allí. El omnívoro tardó dos años en desarrollarlo... ¿Cómo? No lo sé. Se necesitaron un millón de años para desarrollarlo en la Tierra.

Hafner no abatió el rifle ni mostró deseos de hacerlo. Miraba por entre el alza y el punto de mira.

—¿No lo entiende? —le apremió Marin; luego añadió—: No podemos destruir al omnívoro. Ahora ya está en la Tierra y en otros planetas, en los depósitos de nuestras grandes ciudades, enmascarado como rata. Y nosotros que no hemos sido siquiera capaces de exterminar nuestras propias ratas de la Tierra, ¿cómo podemos pretender exterminar al omnívoro?

—Mayor motivo para empezar ahora —se obstinó Hafner.

Marin logró bajarle el rifle.

—¿Son sus ratas mejores que las nuestras? —preguntó cansinamente—. ¿Vencerán sus pestes o las nuestras son más resistentes? ¿O harán la paz. se unirán y criarán entre sí para presentar contra nosotros un frente unido? No es imposible; el omnívoro puede hacerlo si el apareamiento intermedio es un factor de supervivencia.

»¿No lo ve? —añadió tras una pausa—. Hay una progresión. Después del tigre... esto. Si la evolución falla, si lo matamos, ¿qué creará a continuación? Con este ser podemos competir.

«Pero es con el siguiente con el que no quiero enfrentarme», pensó.

Los oyó. Levantó la cabeza y miró en tomo. Lentamente. se fue alejando hasta una cercana arboleda.

El biólogo se incorporó y lo llamó suavemente. El ser se mezcló por entre los árboles y se detuvo al llegar a una espesa sombra.

Los dos hombres dejaron sus rifles en tierra. Juntos se aproximaron a la arboleda. con las manos bien abiertas y separadas para mostrar que no llevaban armas.

El animal salió a su encuentro. Iba desnudo, ya que aún no había aprendido el valor de los vestidos. Ni tenía armas. Cogió una flor blanca de uno de los árboles y la enseñó como un mudo símbolo de paz.

—Me pregunto cómo será —musitó Marin—. Parece adulto, pero ¿es posible que ya lo sea? ¿Qué habrá dentro de su cuerpo?

—Yo me pregunto qué habrá dentro de su cabeza —reflexionó Hafner sarcásticamente.

Aquel animal se parecía mucho a un hombre.

## Destructor negro

A. E. van Vogt

Coeurl merodeaba de un lado a otro. La noche negra, sin luna y casi sin estrellas, retrocedía reluciente ante el rojo amanecer que iba apareciendo por su izquierda. Era una luz vaga y difusa, que no daba sensación de que irradiara calor alguno, ni comodidad, sino apenas un resplandor frío, que descubría lentamente un paisaje de pesadilla.

Una llanura negra y sin vida, salpicada de rocas, tomó forma ante él a medida que un sol rojo y pálido se iba asomando por encima del grotesco horizonte. Fue entonces cuando Coeurl se dio cuenta de que se encontraba en territorio conocido.

Se detuvo. La tensión sacudió sus nervios. Sus músculos se apretaron con fuerza contra sus huesos. Sus grandes patas delanteras –dos veces el tamaño de las traseras– se movieron con una sacudida temblorosa, que arqueó sus garras afiladas. Los gruesos tentáculos que brotaban de sus hombros dejaron de ondular y se tensaron en estado de alerta.

Meneó la gran cabeza de gato de un lado a otro, ansioso, mientras los tendones peludos que formaban sus orejas vibraban frenéticamente, comprobando cada movimiento de la brisa, cada latido del éter.

Pero no hubo ninguna respuesta, ninguna vibración sacudió su intrincado sistema nervioso. No había la menor señal de que en alguna parte se encontrara el id tan necesario. Desesperanzado, Coeurl se agachó y su enorme sombra felina se recortó contra la línea roja del horizonte, como un reflejo distorsionado de un tigre negro que descansara sobre una roca negra, en un mundo de obscuridad.

Sabía que este día tenía que llegar. Se había acercado a través de siglos de una búsqueda incesante, cada vez más negro y amenazante. Se enfrentaba al momento inevitable en que tendría que regresar al punto de partida de su cacería sistemática, en un mundo casi desprovisto de criaturas id.

La verdad le golpeó con una serie de dolores rítmicos e interminables. Cuando había comenzado la caza, había unas cuantas criaturas id esparcidas por los alrededores. Ahora Coeurl sabía bien que no se le había escapado ninguna. No quedaba ninguna que comer. En los cientos de miles de millas cuadradas que había hecho suyas por derecho de conquista (pues ningún coeurl vecino se atrevía a cuestionar su soberanía), no quedaba ningún id para alimentar el motor inmortal que era su cuerpo.

Había surcado el territorio palmo a palmo. Reconocía las rocas y el puente que tenía delante, que formaba un extraño túnel a su derecha. En aquel mismo túnel se había agazapado durante días esperando a que la serpentina criatura id se acercase para descansar al sol. Había sido su primera víctima, antes de que se diera cuenta de que era absolutamente necesario un exterminio organizado.

Se pasó la lengua por los labios recordando el momento en que sus mandíbulas la redujeron a pedazos. Pero el miedo a un Universo desprovisto de id borró el dulce recuerdo, dejándole sólo con la certeza de la muerte.

Rugió diabólico, desafiante. El eco repitió su reto en el aire y en las rocas y un escalofrío bajó por sus nervios. Era una expresión instintiva de su deseo de vivir.

Y entonces, bruscamente, sucedió.

La vio surgir de la distancia, una mancha brillante que crecía hasta convertirse en una bola de metal. El gran globo resplandeciente silbó por encima de Coeurl, disminuyendo visiblemente su aceleración. Pasó por encima de una negra fila de colinas a la derecha, permaneció casi inmóvil en el aire un segundo y luego se perdió de vista.

Coeurl rompió su asombrada inmovilidad. Con la velocidad de un tigre corrió entre las rocas. Sus ojos negros y redondos ardían de deseo. Los tentáculos de sus orejas vibraban, transmitiendo la presencia de un id de cualidades tan tremendas que su cuerpo sintió los escalofríos de un hambre anormal.

Se ocultó tras una masa rocosa y, desde las sombras, contempló las gigantescas ruinas de la ciudad extendida ante él. El sol era una bola escarlata en el cielo negro y púrpura. El globo plateado, a pesar de su gran tamaño, parecía irrelevante entre la fantasmal extensión de las ruinas. Sin embargo, a su alrededor había movimiento, signos de vida que después de unos instantes dominaron el panorama. Era una cosa grande y metálica que descansaba en un cráter hecho por su propio peso en la llanura, que empezaba bruscamente en las afueras de la ciudad muerta.

Coeurl observó a los extraños seres de dos patas que se agrupaban en torno a la brillante apertura al pie de la nave. La garganta se le ensanchó con la urgencia de su necesidad. Su cerebro se ensombreció con el primer impulso de abalanzarse y aplastar a aquellas criaturas de aspecto débil cuyos cuerpos emitían vibraciones id. Los recuerdos detuvieron este loco impulso cuando no era más que electricidad que surcaba sus músculos. Eran recuerdos que provocaban miedo y debilidad, y envenenaban las reservas de su fuerza. Tuvo tiempo de ver que aquellas criaturas tenían algo encima de sus cuerpos verdaderos, un material transparente y brillante que resplandecía emitiendo extraños destellos bajo los rayos del sol.

También recordó aquellos días en que la ciudad que se extendía a sus pies era el centro de una época gloriosa, que se disolvió en el transcurso de un solo siglo, bajo el poder de las armas, antes de que sus poseedores supieran que los supervivientes tendrían una reserva de id cada vez más pequeña.

Fue el recuerdo de aquellas armas lo que le hizo permanecer quieto. Una oleada de terror nubló su razón. Se vio aplastado por las bolas de metal y quemado por las llamas.

La astucia le hizo comprender la presencia de aquellas criaturas. Coeurl razonó por primera vez. Era una expedición científica procedente de otra estrella. En los viejos tiempos, los coeurls habían pensado en hacer viajes espaciales, pero el

desastre había llegado demasiado pronto, convirtiendo aquello en poco más que un pensamiento.

Los científicos se dedicarían a investigar, no a destruir. Los científicos, a su modo, estaban locos. Envalentonado por esta idea, salió al descubierto. Vio que las criaturas advertían su presencia. Se dieron la vuelta y le miraron. Uno, el más pequeño del grupo, sacó una brillante barra de metal que llevaba en una funda y la blandió en la mano. Coeurl se detuvo, asustado por el gesto. Pero era demasiado tarde para retroceder.

El comandante Hal Morton oyó cómo el pequeño Gregory Kent, el químico, se reía con ese gorgoteo azorado con el que siempre anunciaba su inseguridad. Vio cómo Kent jugueteaba con su arma de metal brillante y anunciaba:

–No quiero correr riesgos con una cosa tan grande como ésta.

–Ésa es una de las razones por la que forma parte de esta expedición, Kent –rió el comandante Morton a través del comunicador–. Porque no corre ningún riesgo.

La risa se apagó. Instintivamente, mientras observaba al monstruo acercarse a ellos, se adelantó a los otros. Su corpachón hinchaba el traje de brillante metal transparente. Los comentarios de los hombres resonaban en sus oídos a través de la radio.

–No me gustaría nada encontrarme a una cosa así en un callejón oscuro.

–No seas tonto. Evidentemente es una criatura inteligente. Probablemente un miembro de la raza gobernante.

–No parece más que un gato grande, si no nos fijamos en esos tentáculos que salen de sus hombros, ni en esas patas monstruosas.

–Su desarrollo físico –dijo una voz que Morton reconoció como la de Siedel, el psicólogo– sugiere una adaptación animal, no intelectual, al medio ambiente. Por otro lado, el hecho de que se acerque a nosotros no es un acto animal sino el de una criatura inteligente que es consciente de nuestra posible identidad. Habréis notado que sus movimientos son lentos y cautelosos. Eso demuestra que tiene miedo y que sabe que estamos armados. Me gustaría poder echar un buen vistazo a esos tentáculos. Si terminan en apéndices con los que pueda asir objetos, entonces podemos llegar a la conclusión de que es descendiente de los habitantes de esta ciudad. Nos sería de gran ayuda si pudiéramos entablar comunicación con él. Aunque por su aspecto parece que ha degenerado hasta un estado primitivo.

Coeurl se detuvo cuando se encontraba ya a unos pocos metros de la criatura más cercana. La sensación de id era tan abrumadora que su cerebro se tambaleó, al borde del caos. Notaba como si su cuerpo estuviera cubierto por un líquido fundido. Su visión era borrosa, y la cruda sensualidad de su deseo atravesaba todo su ser.

Los hombres, excepto el pequeño que tenía la barra de metal en las manos, se acercaron. Coeurl vio que le examinaban con atención y curiosidad. Sus labios se movían y sus voces resonaban en sus oídos con un ritmo monótono y sin sentido.

Al mismo tiempo tuvo la impresión de que había ondas de frecuencia mucho mayores (las de su propio nivel de comunicación), pero sólo era un tintineo mecánico que sacudía su cerebro. Haciendo un esfuerzo por mostrarse amistoso, emitió su nombre por medio de los tendones de sus oídos mientras se señalaba con uno de los tentáculos curvos.

—Capto en la radio una especie de estática cuando agita esos pelos, Morton —dijo Gourlay, el jefe de comunicaciones—. ¿Cree usted...?

—Es posible —dijo el comandante, respondiendo a la pregunta antes de que la terminara—. Es trabajo para usted, Gourlay. Si habla a través de ondas de radio, puede que no le resulte imposible crear una especie de imagen televisiva de sus vibraciones, o enseñarle el código Morse.

—Ah —dijo Siegel—. Tenía razón. Los tentáculos terminan en siete fuertes dedos. Si el sistema nervioso es suficientemente complicado, esos dedos podrían manejar cualquier máquina con un poco de entrenamiento.

—Creo que lo mejor será entrar a almorzar —dijo Morton—. Tenemos trabajo después. Los encargados del material pueden emplazar sus máquinas y empezar a recopilar datos sobre las posibilidades metálicas de este planeta y todo lo demás. Los otros pueden dedicarse a explorar. Me gustaría hacer un estudio sobre la arquitectura y el desarrollo científico de esta raza, y particularmente sobre cuál fue la causa de su destrucción. En la Tierra las civilizaciones han ido destruyéndose, pero siempre ha habido una nueva que ocupara su lugar. ¿Por qué no ha sucedido eso aquí? ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿Qué hacemos con el gatito? Miren, parece que quiere venir con nosotros.

El comandante Morton frunció el ceño, lo que remarcó la palidez de su rostro.

—Ojalá hubiera algún medio de poderle llevar con nosotros sin tener que capturarlo por la fuerza. ¿Qué le parece, Kent?

—Creo que primero tendríamos que decidir si es un animal o si tiene inteligencia. Yo creo lo segundo. Y en cuanto a llevarle con nosotros... —el pequeño químico sacudió la cabeza—. Imposible. Esta atmósfera está compuesta por un veintiocho por ciento de cloro. Nuestro oxígeno sería dinamita pura en sus pulmones.

El comandante se echó a reír.

—Aparentemente, él no lo cree así.

Vio cómo el monstruo gatuno seguía a los dos primeros hombres, que le miraban ansiosos, hacia la puerta. Morton hizo un gesto con la mano.

—De acuerdo. Abran la segunda escotilla y denle una bocanada de oxígeno. Eso le curará.

Un segundo después, maldecía sorprendido.

—¡Por todos los diablos, ni siquiera nota la diferencia! Eso quiere decir que no tiene pulmones, o que al menos no es el cloro lo que usa. ¡Déjenle pasar!

¡Pueden apostar a que entra! Smith, esto es un tesoro para un biólogo..., parece inofensivo si tenemos cuidado. ¡Qué metabolismo!

Smith, un hombre alto, delgado y huesudo, que tenía una cara larga y triste, dijo con una voz extrañamente fuerte:

–En todos nuestros viajes, sólo hemos encontrado dos formas de vida superior: las que dependen del cloro y las que dependen del oxígeno, los dos elementos que permiten la combustión. Estoy dispuesto a apostar mi reputación a que ningún organismo complicado podría adaptarse nunca a los dos gases de forma natural. A primera vista parece que nos encontramos ante una forma de vida extremadamente avanzada. Esta raza descubrió hace muchísimo tiempo leyes biológicas que nosotros estamos aún empezando a intuir. Morton, tenemos que evitar que esta criatura se marche.

–Parece que tiene muchas ganas de salirse con la suya –rió el comandante Morton–. El problema será deshacernos luego de él.

Entró en la escotilla con Coeurl y los dos hombres. El mecanismo automático zumbó y pocos minutos después se encontraron al pie de una serie de ascensores que conducían a los camarotes.

–¿Eso viene con nosotros? –preguntó uno de los hombres, señalando con un pulgar en dirección al monstruo.

–Mejor que suba sólo si quiere entrar.

Coeurl no opuso resistencia hasta que oyó la puerta cerrarse tras él y la jaula metálica empezó a ascender. Se retorció dando un rugido salvaje. Su capacidad de razonar se convirtió en un caos. Saltó contra la puerta. El metal se dobló bajo su empuje y el dolor desesperado le enloqueció. Ahora no era más que un animal enjaulado. Golpeó el metal con sus zarpas, aplastándolo como si fuera de hojalata. Arrancó los grandes paneles con sus gruesos tentáculos. La máquina chirrió. Hubo una serie de sacudidas mientras la energía ilimitada impulsaba la jaula a pesar de los pedazos de metal que arañaban las paredes exteriores. Y entonces la jaula se detuvo y Coeurl arrancó el resto de la puerta y se precipitó en el pasillo.

Esperó allí hasta que Morton y los hombres se le acercaron, con las armas en la mano.

–Somos idiotas –dijo Morton–. Tendríamos que haberle enseñado cómo funciona. Ha pensado que le habíamos engañado.

Se acercó al monstruo y vio que el brillo salvaje desaparecía de aquellos ojos negros como el carbón, mientras abría y cerraba la puerta con elaborados gestos para mostrarle cómo funcionaba.

Coeurl dio por terminada la lección y se dirigió a una amplia habitación a su derecha. Se tumbó sobre el suelo alfombrado y trató de calmar la tensión eléctrica de sus nervios y músculos. Estaba furioso consigo mismo porque había dejado que el miedo le abrumara. Le parecía que había perdido la ventaja de parecer una



criatura mansa y tranquila. Su fuerza tenía que haber asombrado y preocupado a aquellas criaturas.

Esto significaba un peligro mucho mayor que la tarea que tenía que llevar a cabo: matar a toda la tripulación y apoderarse de la nave para dirigirse a su mundo, donde habría ids ilimitados.

Coeurl contemplaba sin parpadear cómo dos hombres retiraban trozos de cascotes de una puerta de metal de un gran edificio antiguo. Todas las células de su cuerpo le dolían de hambre. La ansiedad fluía por sus músculos y latía en su cerebro como algo vivo. Todos sus nervios deseaban seguir a los hombres que se habían internado en la ciudad. Sabía que uno de ellos marchaba en solitario.

Los minutos fueron pasando lentamente. Coeurl seguía conteniéndose mientras miraba, consciente de que los hombres sabían que les observaba. Sacaron de la nave una máquina de metal y la llevaron flotando a una masa de roca que bloqueaba la gran puerta medio abierta. Nada escapaba de su fiera mirada y lentamente advirtió la simplicidad de la maquinaria. Sabía lo que iba a suceder cuando la llama desató su violencia incandescente y devoró la dura roca. Pero, a pesar de que ya lo sabía, cuando surgió la llama blanca, saltó deliberadamente y rugió como si tuviera miedo.

Sus tentáculos auditivos oyeron la risa de los hombres y su extraño placer ante su aparente desazón.

La puerta había cedido y Morton se acercó a ella y entró junto con otro hombre, que sacudió la cabeza.

–Todo está en ruinas. Se puede deducir del estado. Obviamente, usaban energía atómica, pero en forma de rueda. Eso es un desarrollo peculiar. En nuestro desarrollo tecnológico, la energía atómica proporcionó las máquinas sin ruedas. Es posible que hayan progresado hasta un nuevo tipo de mecánica de ruedas. Espero que sus bibliotecas estén mejor conservadas, o no lo sabremos nunca. ¿Qué puede haberle sucedido a una civilización para desaparecer así?

Una tercera voz se inmiscuyó en los comunicadores.

–Habla Siedel. He oído tu pregunta, Pennos. Psicológica y sociológicamente hablando, la única razón que explica por qué un territorio queda deshabitado es la falta de alimento.

–Pero siendo tan avanzados científicamente, ¿por qué no desarrollaron el vuelo espacial y buscaron comida en otro sitio?

–Pregúntele a Gunlie Lester –intervino Morton–. Le he oído formular algunas teorías, incluso antes de que aterrizáramos.

El astrónomo contestó a la primera llamada.

–Aún tengo que comprobar todos los datos, pero este planeta desolado es el único que gira en torno a ese miserable sol rojo. No hay nada más. No hay luna. Ni siquiera un planeta menor. Y el sistema estelar más cercano está a novecientos años luz de distancia. Consideremos lo lento que fue nuestro propio desarrollo. Primero, la Luna. Luego, Venus. Cada éxito nos condujo al paso

siguiente, y después de varios siglos llegamos a las estrellas más cercanas. Y por fin llegamos al antiacelerador que nos permite el viaje galáctico. Considerando todo esto, sostengo que sería imposible para cualquier raza crear una maquinaria así sin ninguna experiencia práctica. Y ya que la estrella más cercana está tan lejos, no tuvieron ningún incentivo para aventurarse a ello.

Coeurl se dirigió hacia otro grupo. Pero ahora no prestó atención a lo que hacían. El hambre le consumía. Recuerdos de conocimientos pasados, sacudidos por lo que había visto, asomaron a su conciencia como un flujo cada vez más vivo.

Corrió de grupo en grupo, convertido en una dinamo nerviosa, cansado y enfermo de hambre. Un pequeño vehículo avanzó y se detuvo ante él, y una formidable cámara zumbó mientras le tomaba una fotografía. Un gigantesco telescopio apuntaba al cielo sobre un montón de rocas. Cerca, una máquina desintegradora lanzaba su fuego hacia un pozo que se iba agrandando cada vez más.

La mente de Coeurl se convirtió en un remolino de sensaciones mientras observaba con atención. Sabía que no podría soportar por más tiempo aquella tortura. Su cerebro luchaba contra una impaciencia irresistible. Su cuerpo ardía de furia y deseos de seguir al hombre que se había internado solo en la ciudad.

No pudo soportarlo por más tiempo. Una espuma verde llenó su boca, enloqueciéndolo. Se dio cuenta de que en ese momento no lo estaba mirando nadie.

Salió disparado como una bala. Corrió a grandes saltos y se ocultó entre las sombras de las rocas. En un minuto, el árido terreno escondió a la nave y los seres de dos patas.

Coeurl olvidó todo, excepto su propósito, como si su cerebro hubiera sido barrido por una escoba mágica que fuera capaz de borrar los recuerdos. Dio un amplio rodeo y luego corrió hacia la ciudad y se internó en las calles desiertas, tomando atajos con la facilidad que da el conocimiento del terreno, atravesando huecos abiertos en los muros de antaño, siguiendo corredores formados por los edificios destrozados. Redujo su avance cuando sus tentáculos captaron las vibraciones del id.

Se detuvo bruscamente y observó por encima de un montón de rocas caídas. El hombre estaba asomado en lo que una vez había sido una ventana, dirigiendo los rayos de su linterna al interior. La apagó. El hombre, un individuo robusto y fornido, se retiró dando pasos rápidos y cautelosos. A Coeurl no le gustó aquello. Presagiaba problemas. Significaba que podía reaccionar rápidamente ante el peligro.

Coeurl esperó hasta que el ser humano desapareció en una esquina y entonces salió de su escondite. Corrió mucho más rápido de lo que lo puede hacer un hombre, porque tenía un plan claramente preparado. Recorrió la calle siguiente como un fantasma y pasó por delante de un bloque de edificios. Giró la primera esquina a gran velocidad y entonces, arrastrando la panza, saltó al espacio abierto entre el edificio y el gran montón de escombros. La calle formaba una especie de valle de ruinas que terminaba en un estrecho cuello de botella, donde se apostó Coeurl.

Sus tentáculos auditivos recibieron las ondas de baja frecuencia de un silbido. El sonido le atravesó, y de pronto el terror atenazó con dedos helados su cerebro. El hombre tenía un arma. Si podía disparar un solo estallido de energía atómica antes de que sus músculos descargaran toda su furia asesina...

Una pequeña lluvia de rocas se deslizó bajo él cuando el hombre se colocó debajo. Coeurl asestó un zarpazo al brillante casco del traje espacial. Se oyó el sonido de metal desgarrado y el borboteo de la sangre. El hombre se dobló por la mitad. Durante un momento, sus huesos, piernas y músculos se combinaron de forma milagrosa para permitirle seguir en pie. Entonces se desplomó con un estrépito metálico.

Desaparecido el miedo por completo, Coeurl saltó hacia atrás y rápidamente aplastó la coraza de metal y redujo a pedazos el cuerpo que había dentro. Grandes trozos de metal y carne salpicaron el suelo. Los huesos se rompieron. La carne se abrió.

Era fácil localizar las vibraciones del id y crear la violenta desorganización química que la liberaba de los huesos aplastados. Coeurl descubrió que el id estaba principalmente en el hueso.

Se sintió aliviado, casi renacido. Aquí había más alimento del que había conseguido durante todo el año pasado.

Tres minutos más tarde, todo había acabado. Coeurl echó a correr como si huyera de un peligro. Se acercó con cautela al globo brillante por el lado contrario del que había marchado. Los hombres aún estaban enfrascados en su labor. Sin hacer ruido, Coeurl se deslizó sin que nadie se diera cuenta.

Morton contempló el horror de carne masacrada, metal y sangre que tenía a los pies y notó que la garganta se le secaba y le impedía hablar.

—¡Quiso ir solo, maldito sea!

La voz del pequeño químico contenía un sollozo, y Morton recordó que Kent y Jarvey habían sido buenos amigos durante muchos años.

—Lo peor de todo —tembló uno de los hombres—, es que parece un asesinato sin sentido. El cuerpo está convertido en montoncitos de gelatina, pero parece estar completo. Apostaría a que si lo pesáramos, contendría el peso exacto de Jarvis.

Smith intervino. Su cara alargada parecía sombría.

—El asesino atacó a Jarvey y luego descubrió que su carne era alienígena, incomestible. Como nuestro gato. No quiso comer nada de lo que le dimos.

Sus palabras se disolvieron de repente en un extraño silencio.

—Un momento —dijo lentamente—. ¿Y la criatura? Es lo suficientemente grande como para haber hecho esto con sus zarpas.

Morton frunció el ceño.

–Es posible. Después de todo, es el único ser vivo que hemos visto. Pero no podemos ejecutarlo solamente por una simple sospecha.

–Además –dijo uno de los hombres–, nunca le he perdido de vista.

–¿Estás seguro? –intervino Siedel, el psicólogo, antes de que Morton pudiera hablar.

El hombre dudó.

–Bueno, tal vez no lo haya visto durante un par de minutos. Se movía de un lado a otro, observándolo todo.

–Exactamente –dijo Siedel con satisfacción; se volvió hacia Morton–. Ya ve, comandante, yo mismo he tenido la impresión de que ha estado siempre por los alrededores. Y sin embargo, al pensarlo, me doy cuenta de que hay momentos, probablemente largos minutos, en que le perdimos completamente de vista.

La cara de Morton se ensombreció mientras pensaba. Kent estalló.

–Muy bien, no corramos riesgos. Matemos al bicho antes de que cause más daños.

–Korita –dijo Morton lentamente–, usted ha estado investigando con Cranessy y Van Horne. ¿Cree que el gato es un descendiente de la raza dominante de este planeta?

El alto arqueólogo japonés miró al cielo como si al hacerlo ordenara sus pensamientos.

–Comandante Morton –dijo respetuosamente–, aquí hay un misterio. Miren la majestuosa línea del horizonte. Observen el perfil casi gótico de la arquitectura. A pesar de la magalópolis que crearon, esta raza estaba apegada al suelo. Los edificios no están ornamentados solamente. Son ornamentales en sí mismos. Aquí tenemos el equivalente de la columna dórica, de la pirámide egipcia, de la catedral gótica brotando del suelo, con orgullo, cumpliendo un destino. Si este mundo desolado puede ser considerado como una tierra madre, entonces la tierra tuvo un lugar espiritual en los corazones de esta raza.

«El efecto se enfatiza por lo tortuoso de las calles. Sus máquinas demuestran que eran matemáticos, pero antes eran artistas. Por eso no crearon las ciudades diseñadas geoméricamente, como las metrópolis ultrasofisticadas del mundo. Hay un abandono artístico genuino, una profunda alegría escrita en la curva de las disposiciones antimatemáticas de las casas; un sentido de intensidad, de creencia divina en una certidumbre interna. No es una civilización decadente y hastiada, sino una cultura joven y vigorosa, confiada, llena de propósitos.

»Pero terminó. Bruscamente, como si en este punto la cultura tuviera su batalla de Tours y empezara a colapsarse como la antigua civilización musulmana. O como si de un salto hubiera franqueado siglos y entrado en el período de los Estados en guerra. En la civilización china, este período ocupó del 480 al 230 antes de Cristo, y cuando acabó el Estado de Tsin comenzó el Imperio Chino. Egipto experimentó esta fase entre los años 1780 y 1580 antes de Cristo; el último siglo de esta era fue la época «hyksos», que quiere decir inmencionable. El

mundo clásico la experimentó desde Queronea, en el año 338, y ya al borde del horror, desde Graco, en el 131, hasta Actio, en el 31, siempre antes de Cristo. Los europeos occidentales y los americanos fueron devastados por este período en los siglos diecinueve y veinte, y los historiadores modernos están de acuerdo en que, teóricamente, entramos en la misma fase hace cincuenta años; aunque, naturalmente, nosotros hemos resuelto el problema.

»Se preguntará usted, comandante, qué tiene todo esto que ver con su pregunta. Mi respuesta es que no existe constancia de una cultura que entre bruscamente en el período de los Estados contendientes. Casi siempre es un desarrollo lento. Y el primer paso comporta la duda implacable de todo lo que antes ha sido sagrado. Las convicciones profundas dejan de existir, se disuelven ante las pruebas de las mentes analíticas y científicas. El escéptico se convierte en el ser supremo.

»Sostengo que esta cultura terminó bruscamente en su época más floreciente. Los efectos sociológicos de tal catástrofe tienen que haber sido la súbita desaparición de la moral, una reversión a la criminalidad bestial, la falta de cualquier tipo de ideales, una total indiferencia ante la muerte. Si este gato es descendiente de esa raza, entonces debe de ser una criatura astuta, un ladrón nocturno, un asesino a sangre fría, que sería capaz de degollar a su propio hermano en su provecho.

–¡Eso es suficiente! –cortó Kent con voz crispada–. Comandante, estoy dispuesto a hacer de verdugo.

–Escuche, Morton, no va usted a matar al gato todavía, aunque sea culpable –interrumpió Smith bruscamente–. Es un tesoro biológico.

Kent y Smith se miraron con furia. Morton frunció el ceño, pensativo.

–Korita, estoy dispuesto a aceptar su teoría como base de trabajo –dijo finalmente–. Pero una pregunta: ¿el gato proviene de un período anterior al nuestro? Es decir, estamos entrando en una etapa de nuestra cultura altamente civilizada, mientras que él se quedó de repente sin historia en su momento más floreciente. Pero ¿es posible que su cultura sea posterior en este planeta que la nuestra en el sistema galáctico que hemos colonizado?

–Es muy posible. Puede que la suya sea la décima civilización de este mundo, mientras que la nuestra es la octava que surge de la Tierra. Cada una de las diez, naturalmente, habrá sido edificada sobre las ruinas de la anterior.

–En ese caso, ¿el gato no sabría nada del recelo que nos ha hecho sospechar que es un criminal y un asesino?

–No. Sería literalmente magia para él.

Morton hizo una mueca.

–Entonces creo que se saldrá usted con la suya, Smith. Dejaremos vivir al gato. Si vuelve a ocurrir algo, ahora que le conocemos, será debido a nuestra falta de cuidado. Existe la posibilidad de que estemos equivocados. Como Siegel, también

tengo la impresión de que siempre estuvo con nosotros. Pero ahora... no podemos dejar así al pobre Jarvey. Lo meteremos en un ataúd y lo enterraremos.

—¡Todavía no! —exclamó Kent; se ruborizó—. Le pido disculpas, comandante. No era mi intención. Sospecho que el gato quería algo del cuerpo. Parece que está todo en él, pero puede que falte algo. Voy a averiguar qué es, y voy a acusarle de este asesinato hasta que usted se convenza de que fue obra suya, sin la menor sombra de duda.

Era muy tarde cuando Morton alzó la vista del libro y vio a Kent entrar por la puerta que conducía a los laboratorios de abajo.

Kent llevaba un gran cuenco en las manos; sus ojos cansados escrutaron a Morton.

—¡Ahora, observe! —dijo con voz dura y cansada.

Se acercó a Coeurl, que estaba tumbado sobre la alfombra, haciéndose el dormido.

Morton le detuvo.

—Espere un momento, Kent. En cualquier otra ocasión no pondría en duda sus intenciones, pero tiene usted mal aspecto. Está agotado. ¿Qué es esto que trae?

Kent se dio la vuelta y Morton vio que su primera impresión no había sido más que una leve sombra de la verdad. Tenía profundas ojeras, las mejillas hundidas y los ojos febriles.

—He encontrado el elemento que falta —dijo Kent—. Es el fósforo. No queda ni un miligramo de fósforo en los huesos de Jarvey. Se le ha extraído hasta la última gota. Ignoro por qué superquímica. Siempre hay medios de sacar el fósforo del cuerpo humano. Por ejemplo, recordemos lo que le sucedió al trabajador que ayudó a construir esta nave. Se cayó dentro de quince toneladas de metal fundido (o al menos eso reclamaron sus parientes), pero la compañía no quiso pagar los seguros hasta que se demostrara, tras un análisis, que en el metal hubiera un alto porcentaje de fósforo.

—¿Y qué es la comida de la vasija? —interrumpió alguien.

Los presentes iban dejando libros y revistas y miraban con interés.

—Un preparado de fósforo orgánico. El gato captará su olor, o lo que utilice en vez del olfato...

—Creo que percibe las vibraciones de las cosas —intervino Gourlay perezosamente—. A veces, cuando mueve esos tendones, recibo una onda estática en la radio. Después cesa, como si cambiara a diferentes longitudes de onda más altas o más bajas. Parece que controla las vibraciones a voluntad.

Kent esperó con visible impaciencia a que Gourlay terminara de hablar.

–Muy bien –dijo bruscamente–. Entonces, cuando capte la vibración del fósforo y reaccione ante ella como un animal..., bueno, podremos decidir según su reacción. ¿Puedo continuar, Morton?

–Hay tres cosas erróneas en su plan –dijo Morton–. En primer lugar, parece que asume usted que sólo es un animal; parece olvidar que puede que no tenga hambre después de haberse comido a Jarvey; parece pensar que no sospechará nada. Ponga el cuenco en el suelo. Tal vez su reacción nos diga algo.

Coeurl observó sin pestañear cómo el hombre colocaba el cuenco ante él. Sus tendones auditivos identificaron inmediatamente las vibraciones id de su contenido y no le dirigió ni una segunda mirada.

Reconoció a este ser de dos patas como el que le había apuntado con la pistola por la mañana. ¡Peligro! Se puso en pie con un rugido. Cogió el cuenco con los apéndices en forma de dedos de sus tentáculos y lo vació en la cara de Kent, quien retrocedió dando un alarido.

Coeurl arrojó a un lado el cuenco con furia y agarró al hombre por la cintura. No se preocupó por la pistola que colgaba del cinturón de Kent. Notaba que sólo era una arma de vibraciones, hecha con energía atómica, pero no un desintegrador. Arrojó a Kent contra el asiento más cercano y advirtió que tendría que haberlo desarmado.

No es que el arma fuera peligrosa, pero mientras el hombre se limpiaba la cara con una mano buscaba la pistola con la otra. Coeurl retrocedió. La pistola se alzó lentamente y un rayo blanco voló hacia su cabeza.

Los tentáculos auriculares temblaron mientras anulaban los efectos de la pistola vibradora. Sus ojos negros y redondos se estrecharon al captar el movimiento de los hombres en busca de sus armas. La voz de Morton rompió el silencio.

–¡Alto!

Kent apartó su arma y Coeurl se tumbó, temblando lleno de furia hacia este hombre que le había obligado a revelar parte de su poder.

–Kent –dijo Morton fríamente–, no es usted el tipo de persona que pierde los nervios. Ha intentado matar al gato deliberadamente, sabiendo que la mayoría está a favor de dejarle con vida. Sabe cuáles son las normas: si alguno se opone a mis decisiones, debe decirlo en el momento. Si la mayoría se opone, mis decisiones carecen de validez. En este caso nadie más que usted ha puesto reparos, y por lo tanto, su acción al tomarse la justicia por su mano es reprehensible y automáticamente le hace perder su derecho al voto durante un año.

Kent miró sombrío al círculo de rostros que le rodeaba.

–Korita tenía razón cuando dijo que nosotros pertenecíamos a una época altamente civilizada. Es decadente –la pasión ardía en su voz–. Dios mío, ¿no hay un sólo hombre aquí que pueda ver el horror de esta situación? Jarvey muerto hace solamente unas horas y esta criatura, a quien todos reconocemos como culpable está aquí, suelta, planeando su próximo crimen. Y la víctima está en esta misma habitación. ¿Qué clase de hombres somos? ¿Locos, cínicos, fantasmas?

¿O es que nuestra civilización es tan racional que podemos contemplar un asesinato con simpatía?

Clavó los ojos en Coeurl.

–Tenía usted razón, Morton. Esto no es un animal. Es un demonio surgido del más profundo infierno de este planeta moribundo.

–No se nos ponga melodramático –dijo Morton–. Su análisis, por lo que a mí respecta, está equivocado. No somos cínicos ni fantasmas. Somos simplemente científicos, y el gato va a ser sometido a estudio. Ahora que sospechamos de él, dudo de su habilidad para tendernos una trampa. No tiene una oportunidad entre cien –miró a su alrededor–. ¿Hablo en nombre de todos?

–¡Por mí no, comandante! –fue Smith quien habló; continuó explicándose mientras Morton le observaba sorprendido–. Con la excitación y la confusión del momento, nadie parece haberse dado cuenta de que cuando Kent le ha disparado con el vibrador, el rayo ha alcanzado a esta criatura directamente en la cabeza... y no le ha hecho daño.

La mirada de asombro de Morton pasó de Smith a Coeurl y a Smith de nuevo.

–¿Está seguro de que le ha alcanzado? Como dice, sucedió todo tan rápidamente... Al ver que el gato no tenía ninguna herida, supuse que Kent había fallado el tiro.

–Le dio en la cara –afirmó Smith–. Un arma de vibraciones, naturalmente, no puede matar a un hombre, pero sí herirle. Sin embargo, el gato no tiene ni rastro de heridas, ni un pelo chamuscado.

–Tal vez su piel sea un buen aislante contra el calor de cualquier tipo.

–Tal vez. Pero en vista de nuestra indecisión, creo que deberíamos encerrarle en una jaula.

–Eso es hablar con sentido, Smith –dijo Kent mientras Morton reflexionaba.

–¿Se quedará usted satisfecho, Kent, si le metemos en una jaula? –preguntó Morton.

Kent consideró la idea un momento.

–Sí –dijo por fin–. Si cuatro pulgadas de microacero no pueden contenerle, será mejor que le demos la nave.

Coeurl siguió a los hombres por el pasillo. Trotó dócilmente cuando Morton, inconfundiblemente, le hizo entrar por una puerta que no había visto antes. Se encontró en una habitación cuadrada y de metal sólido. La puerta se cerró tras él. Notó la corriente de energía cuando la cerradura eléctrica entró en funcionamiento.

Sus labios se abrieron con una mueca de odio al darse cuenta de la trampa, pero no dejó ver ninguna otra reacción. Comprendió que había progresado mucho de la criatura primitiva que, unas cuantas horas antes, había mostrado su miedo en



el ascensor. Ahora, mil recuerdos despertaron en su cerebro. Cien siglos de astucia, después de años de olvido, formaban parte de su ser nuevamente.

Se sentó sobre las fuertes ancas en que terminaba su cuerpo. Examinó con sus tentáculos auriculares cuanto le rodeaba. Finalmente, se echó. Sus ojos brillaban llenos de desdén. ¡Idiotas! ¡Pobres idiotas!

Una hora más tarde, oyó al hombre –Smith– manejando algo sobre la jaula. Las vibraciones que emitía le hicieron sentir miedo por un instante. Se puso en pie de un salto, lleno de terror, y entonces se dio cuenta de que las vibraciones eran vibraciones, no explosiones atómicas. Alguien estaba tomando fotos del interior de su cuerpo.

Volvió a recostarse, pero sus tentáculos vibraban y pensó despectivo que el muy idiota se llevaría una sorpresa cuando intentara revelar aquellas fotos.

El hombre se marchó al cabo de un rato y durante largo tiempo oyó que los otros hacían algo a lo lejos. También ese ruido se fue perdiendo lentamente.

Coeurl se quedó tumbado, esperando, mientras sentía que el silencio se extendía por la nave. Mucho tiempo antes, antes del alba de la inmortalidad, los coeurls también habían dormido de noche. Lo había recordado el día anterior, cuando vio a algunos hombres dando una cabezada. Por fin, la vibración de dos pares de pies fue la única frecuencia humana que registraron sus tentáculos auditivos.

Escuchó el sonido de los dos centinelas. El primero caminaba lentamente junto a la puerta de la jaula. Unos metros después, venía el otro. Coeurl podía sentir que los dos hombres estaban alerta. Sabía que nunca podría sorprenderlos aunque caminaran por separado. Aquello significaba que tendría que ser doblemente precavido.

Volvieron quince minutos después. En el momento en que pasaron puso en funcionamiento sus sentidos hasta el grado más alto. La violencia latente de los motores atómicos comenzó a susurrarle su historia en el cerebro. Las dinamos eléctricas zumbaron su canción de energía pura. Sintió el susurro de la corriente, que recorría los cables de las paredes de su jaula y en la cerradura eléctrica de la puerta. Forzó su tembloroso cuerpo a una tensa inmovilidad mientras trataba de sintonizar aquella sibilante tormenta de energía. De repente, los tentáculos de sus orejas vibraron en armonía. Captó el cambio repentino de aquella onda de fuerza.

Hubo un chasquido de metal contra metal. Con un suave roce de un tentáculo, Coeurl abrió la puerta y salió al pasillo débilmente iluminado.

Durante un momento sintió desprecio, superioridad ante aquellas estúpidas criaturas que se atrevían a medir su inteligencia contra un coeurl. Y en ese momento, pensó súbitamente en los otros coeurls. Un exultante sentido de la raza atravesó su ser; el odio de siglos de despiadada competición remitió ante el orgullo de sentirse parte de los futuros conquistadores de todo el espacio.

De repente, se sintió abrumado por sus limitaciones, por su necesidad de otros coeurls, por su soledad... uno contra cien, con la eternidad en juego. El Universo mismo sería la meta de su rapacidad, de su ilimitada ambición. Si fallaba, no

habría otra oportunidad. No tendría tiempo de revivir la maquinaria e intentar resolver el secreto del viaje espacial.

Avanzó con cautela por el salón, recorrió los pasillos y llegó a la puerta del primer dormitorio. Estaba entreabierta. Una rápida sincronización de sus músculos, el chasquido de un tentáculo que agarraba la garganta de un hombre dormido y la cabeza sin vida se agitó locamente. El cuerpo se retorció una sola vez.

Siete dormitorios; siete hombres muertos. Fue al saborear el séptimo asesinato lo que le propició un irrefrenable deseo de matar, de recuperar un hábito de milenios por destruir todo lo que contuviera el precioso id.

Cuando el duodécimo hombre se sumergía convulsivamente en la muerte, Coeurl salió de la alegría sensual de la caza al oír pasos.

No estaban cerca... eso fue lo que hizo que oleadas de miedo cayesen sobre el caos en que, de pronto, se había convertido su cerebro.

Los centinelas se acercaban a la jaula donde le habían mantenido prisionero. Dentro de un instante, el primer hombre vería la puerta abierta y haría sonar la alarma.

Coeurl se aferró a los restos de su razón. Con frenética velocidad, sin preocuparse ya de hacer ruido, corrió a lo largo del pasillo de los dormitorios y llegó a la sala. Salió al siguiente pasillo, estremeciéndose por anticipado ante la llama atómica que temía sentir en la cara.

Los dos hombres estaban juntos, uno al lado del otro. Por un instante, Coeurl apenas pudo creer en su buena suerte. El segundo centinela había corrido como un tonto cuando había visto que el primero se detenía ante la puerta abierta. Alzaron la vista, paralizados ante la pesadilla de zarpas y tentáculos, la feroz cabeza gatuna y los ojos cargados de odio.

El primer hombre trató de sacar su pistola, pero el segundo, paralizado por el destino que se cebaba en él, emitió un grito de horror, que se multiplicó por los pasillos y terminó en un extraño gemido cuando Coeurl arrojó los dos cadáveres, con un movimiento irresistible, hasta el otro extremo del pasillo. No quería que encontraran los cuerpos cerca de la jaula. Ésa era su única esperanza.

Estremeciéndose de arriba a abajo, consciente del terrible error que había cometido, incapaz de pensar coherentemente, volvió a entrar en la jaula. La puerta se cerró con un suave clic tras él. La energía fluyó a través de la cerradura eléctrica.

Se acurrucó tenso, simulando dormir, mientras oía el sonido de muchos pies corriendo y captaba la vibración de muchas voces excitadas. Notó que alguien conectaba el audioscopio de la jaula y miraba al interior. Dentro de unos instantes descubrirían los cadáveres.

—¡Siedel muerto! —dijo Morton, anonadado—. ¿Qué vamos a hacer sin Siedel? ¡Y Breckenridge! Y Coulter y... ¡Es horrible!

Se cubrió la cara con las manos, pero sólo por un instante. Alzó la cabeza sombrío, la mandíbula firme, mientras miraba las caras ceñudas que le rodeaban.

–Si alguien tiene alguna explicación, que lo diga.

–¡La locura del espacio!

–Ya he pensado en eso. Pero hace cincuenta años que no se da un caso. El doctor Eggert nos examinará a todos, naturalmente. Ya está examinando a los cuerpos pensando en esa posibilidad.

Mientras decía esto, vio que el médico entraba por la puerta. Los hombres se apartaron para dejarle paso.

–Le he oído, comandante –dijo el doctor Eggert–, y creo que puedo decirle ahora mismo que la teoría de la locura del espacio queda descartada. Las gargantas de esos hombres han sido convertidas en gelatina. Ningún ser humano podría haber ejercido tanta fuerza sin usar una máquina.

Morton vio que los ojos del médico continuaban mirando el pasillo.

–No tiene sentido sospechar del gato, doctor –dijo, moviendo la cabeza–. Está en la jaula, moviéndose de un lado para otro. Obviamente ha oído el ajetreo y... ¡por todos los santos, no podemos sospechar de él! Esa jaula fue construida para contener literalmente cualquier cosa... Son cuatro pulgadas de microacero, y no hay ni un solo rasguño en la puerta. Kent, ni siquiera usted podrá decir que le matemos basándonos en la sospecha, porque aquí no cabe sospecha de ningún tipo, a menos que nos encontremos con una nueva ciencia más allá de lo que podamos imaginar.

–Al contrario –dijo Smith llanamente–, tenemos todas las evidencias que necesitamos. Utilicé el teleflúor con el gato. Ya sabe, el aparato que tenemos encima de la jaula. Intenté sacar algunas fotos. Salieron veladas. Pero el gato saltó cuando conecté el teleflúor, como si sintiera las vibraciones.

–¿Recuerdan lo que dijo Gourlay? Aparentemente, esta bestia puede recibir y enviar vibraciones de cualquier longitud de onda. La manera como neutralizó la energía del arma de Kent es la prueba definitiva de que tiene una habilidad especial para interferir la energía.

–En nombre de todos los infiernos, ¿qué es lo que tenemos aquí? –rugió uno de los hombres–. ¡Si puede controlar ese poder y emitir cualquier vibración, nada podrá impedir que nos mate a todos!

–Lo cual prueba –dijo Morton–, que no es invencible, o lo habría hecho hace tiempo.

Se dirigió deliberadamente al mecanismo que controlaba la jaula de la prisión.

–¡No va a abrir usted esa puerta! jadeó Kent, buscando su arma.

–No, pero si acciono este interruptor, la corriente que circulará por el suelo electrocutará a cualquiera que esté dentro. Nunca hemos tenido que utilizarlo antes, así que posiblemente lo han olvidado ustedes.

Accionó el interruptor. Una chispa azul brotó del metal y una hilera de fusibles estalló con un estampido.

Morton frunció el ceño.

–Es curioso. ¡Estos fusibles no tendrían que haberse fundido! Ahora ni siquiera podemos mirar dentro de la jaula. También se ha estropeado el audio.

–Si el gato puede interferir la cerradura eléctrica lo suficiente para abrir la puerta –dijo Smith–, entonces es probable que se haya dado cuenta del posible peligro y haya podido anularlo cuando ha conectado usted el interruptor.

–¡Al menos, eso demuestra que es vulnerable a nuestras energías! –sonrió Morton con una mueca–. Porque las ha dejado inservibles. Lo importante es que le tenemos detrás de cuatro pulgadas de metal más duro. En el peor de los casos podemos abrir la puerta y matarle con los rayos. Pero primero creo que deberíamos tratar de utilizar los cables de energía del teleflúor...

Un ruido procedente del interior de la jaula interrumpió sus palabras. Un cuerpo pesado se arrojó contra la pared, seguido de un golpe sordo.

–¡Sabe lo que intentamos hacer! –le dijo Smith a Morton–. Y apostaría a que está muy nervioso. ¡Ha sido un estúpido al volver a la jaula y ahora se da cuenta!

La tensión cedía; los hombres sonreían nerviosamente. Alguno incluso soltó una risita ante el cuadro que Smith había hecho del desconcierto del monstruo.

–Lo que me gustaría saber –dijo Pennons, el ingeniero–, es por qué el registrador del teleflúor ha oscilado y marcado el máximo de energía cuando el gato ha hecho ese ruido. ¡Lo tengo aquí, bajo mi nariz, y el dial saltó como un resorte!

El silencio reinó dentro y fuera de la jaula.

–Tal vez eso signifique que va a salir –dijo Morton–. Todo el mundo atrás, y tengan las armas preparadas. Ese gatito ha sido un estúpido al creer que podría vencer a un centenar de hombres, pero es, con diferencia, la criatura más formidable de todo el sistema galáctico. Preferirá salir por esa puerta antes de morir como una rata. Y es capaz de llevarse a algunos de nosotros por delante... si no tenemos cuidado.

Los hombres retrocedieron, convertidos en un solo cuerpo.

–Es curioso –dijo uno–, me ha parecido oír el ascensor...

–¿El ascensor? –repitió Morton–. ¿Está seguro?

–Lo estuve por un momento –dudó el hombre–. Estábamos moviéndonos todos y...

–Lleve a alguien con usted y vayan a ver. Traigan aquí a quien se atreva a ir por ahí solo...

Hubo una terrible sacudida cuando el gigantesco corpachón de la nave se inclinó bajo sus pies. Morton cayó al suelo con una violencia aturdidora. Luchó por recobrar la conciencia. Otros hombres yacían a su alrededor.

–¿Quién demonios ha puesto esos motores en marcha? –gritó.

La espantosa aceleración continuaba. Arrastrando los pies con un terrible esfuerzo, se acercó al audioscopio más cercano y apretó el número de la sala de máquinas. La imagen que apareció en la pantalla le hizo dar un grito.

—¡Es el gato! ¡Está en la sala de máquinas... y nos dirigimos al espacio!

La pantalla se apagó mientras hablaba y ya no pudo ver más.

Fue Morton quien se precipitó primero hacia la sala donde se guardaban los trajes espaciales. Después de colocarse tambaleante el suyo, anuló los efectos de la torturante aceleración y llevó los otros trajes a los hombres semiinconscientes. Instantes después, le ayudaban otros hombres. Y luego ya sólo fue cuestión de minutos antes de que todos estuvieran enfundados en metalita, con los motores antiaceleración a media marcha.

Después de mirar en la jaula, Morton abrió la puerta y vio que en la pared trasera había un agujero abierto en el metal, que aparecía retorcido y con varios bordes dentados. El agujero daba a otro corredor.

—Juro que eso es imposible —susurró Pennons—. El martillo de diez toneladas del taller no podría hacer más que una muesca de un solo golpe en cuatro pulgadas de microacero... y no oímos más que uno. Un desintegrador atómico tardaría por lo menos un minuto en hacer eso. Morton, ¡nos enfrentamos a un superser!

Morton vio que Smith examinaba el agujero.

—¡Si Breckenridge no hubiera muerto! —exclamó el biólogo—. Nos hace falta un metalúrgico que explique esto. ¡Miren!

Tocó el borde roto del metal. Un pedazo se le quedó en el dedo y cayó al suelo reducido a una fina lluvia de polvo. Morton advirtió entonces que había un pequeño montón de polvo y desechos metálicos.

—Tiene razón —asintió Morton—. No hay nada de magia en todo esto. El monstruo usó sus poderes especiales para interferir en las tensiones electrónicas que sustentan el metal. Eso explicaría también la oscilación del cable de energía del teleflúor que advirtió Pennons. Esa cosa usó la energía de su cuerpo como transformador, atravesó la pared, siguió el corredor hasta los ascensores y llegó a la sala de máquinas.

—Mientras tanto, comandante —dijo suavemente Kent—, nos encontramos ante un superser que controla la nave, domina completamente la sala de máquinas, su energía es casi ilimitada, y es dueño de la mayor parte de los talleres.

Morton notó el silencio mientras los tripulantes sopesaban las palabras del químico. Su ansiedad era algo tangible, que se reflejaba pesadamente en sus rostros; en cada cara se notaba que aquél era un momento crucial en sus vidas: su existencia estaba en juego, y tal vez mucho más. Morton expresó los pensamientos de todos.

—¿Y si nos vence? Es completamente despiadado, y probablemente se ha dado cuenta que tiene a su alcance un poder galáctico.

–Kent se equivoca –intervino el navegante jefe–. Esa cosa no domina la sala de máquinas. Aún tenemos la sala de mando, y eso nos da el control primario de todas las máquinas. Puede que no conozcan ustedes los dispositivos mecánicos que tenemos. Pero aunque eventualmente pueda desconectarnos, nosotros podemos desconectar en el acto todos los interruptores de la sala de máquinas. Comandante, ¿por qué no cortó usted la corriente en vez de ponernos los trajes espaciales? Al menos, podría haber ajustado la nave a la aceleración.

–Por dos razones: individualmente, estamos más seguros dentro del campo de fuerza de nuestros trajes. Y no podemos arriesgarnos a perder nuestra ventaja en un momento de pánico.

–¿Qué otras ventajas tenemos?

–Sabemos algunas cosas de él –replicó Morton–. Y ahora mismo vamos a hacer una prueba. Pennons, ponga cinco hombres en cada una de las entradas de la sala de máquinas. Usen desintegradores atómicos para abrir las puertas. Me he dado cuenta de que están todas cerradas. Se ha encerrado dentro.

»Selenski, suba a la sala de control y desconéctelo todo, menos los motores. Conéctelos con el interruptor principal y córtelos todos a la vez. Una cosa: deje la aceleración al máximo. No debe aplicarse antiaceleración a la nave, ¿comprendido?

–¡Sí, señor! –saludó el piloto.

–E infórmeme por los comunicadores si alguna de las máquinas vuelve a ponerse en marcha –se volvió hacia los demás hombres–. Voy a dirigir el grupo principal. Kent, tome usted el segundo. Smith, el tercero, y Pennons el cuarto. Vamos a averiguar si nos enfrentamos con una ciencia ilimitada o con una criatura limitada como cualquiera de nosotros. Apuesto por esto último.

Morton tuvo la sensación de que caminaba sin fin mientras se movía gigantesco dentro de su armadura transparente, a lo largo del brillante tubo de metal que era el pasillo principal que conducía a la sala de máquinas. La lógica le decía que la criatura ya había demostrado tener pies de barro, aunque sentía que era invencible.

Habló por el comunicador.

–No tiene sentido disimular nuestro ataque. Probablemente es capaz de oír la caída de un alfiler. Ajusten sus unidades. No lleva el tiempo suficiente en la sala de máquinas como para poder hacer nada.

»No podemos permitirnos fallar ahora, antes de que tenga tiempo de prepararse. Pero, aparte de la posibilidad de que podamos destruirle inmediatamente, tengo una teoría.

»Más o menos es la siguiente: las puertas han sido construidas para poder soportar explosiones atómicas accidentales, y los desintegradores necesitarán al menos quince minutos para derribarlas. Durante ese período, el monstruo no dispondrá de energía. El motor, desde luego, estará en marcha, pero es una pura

explosión atómica. Mi teoría es que no puede tocar cosas así. En unos minutos verán ustedes lo que quiero decir... espero.

Su voz se tornó crispada.

—¿Listo, Selensky?

—Listo.

—¡Corte el interruptor principal!

El pasillo (toda la nave, en realidad) quedó sumido en la oscuridad. Morton encendió la luz de su traje espacial. Los demás hicieron lo mismo. Sus rostros estaban pálidos y demacrados.

—¡Disparen! —rugió Morton a través del comunicador.

Los desintegradores zumbaron y entonces la pura llama atómica se cebó en el duro metal de la puerta. La primera gota de metal fundido empezó a resbalar lentamente, no hacia abajo, sino hacia arriba. La segunda fue más normal y siguió un tembloroso curso hacia abajo. La tercera rodó hacia ambos lados, pues se trataba de fuerza pura, no sujeta a la gravitación. Otras gotas las siguieron, hasta que una docena de rastros se esparció lentamente en todas direcciones. Eran gotas de fuego, brillantes como esmeraldas, vivas con la furia de los átomos torturados, y corriendo a ciegas, locamente.

Los minutos pasaron con la lentitud del ácido. Por fin, Morton preguntó roncamente:

—¿Selensky?

—Todavía nada, comandante.

—¡Pero debe de estar haciendo algo! —murmuró Morton—. ¡No puede estar esperando ahí dentro como una rata acorralada! ¿Selensky?

—Nada, comandante.

Pasaron siete minutos, ocho, doce.

—¡Comandante! —era la voz de Selensky, preocupada—. ¡Ha puesto en funcionamiento la dinamo eléctrica!

Morton inspiró profundamente y oyó que uno de sus hombres decía:

—Es curioso. No podemos profundizar más. Jefe, eche un vistazo a esto.

Morton miró. Los arroyos tintineantes se habían congelado. La ferocidad de los desintegradores luchaba en vano contra un metal que se había vuelto de pronto invulnerable.

Morton suspiró.

—Nuestra prueba se acabó. Que dos hombres vigilen cada pasillo. Los demás, a la sala de control.

Pocos minutos después, se sentó ante el gran tablero de control.

–Hasta el momento, nuestra prueba ha sido un éxito. Sabemos que de todos los aparatos de la sala de máquinas, el más importante para el monstruo es la dinamo eléctrica. Tiene que haber trabajado lleno de terror mientras estábamos intentando abrir las puertas.

–Por supuesto, es fácil ver lo que hizo –dijo Pennons–. En cuanto dispuso de energía, incrementó las tensiones electrónicas de la puerta al grado máximo.

–Lo importante es que trabaja con vibraciones y que tiene que tomar la energía del exterior –intervino Smith–. No puede manejar la energía atómica en su forma pura, porque no es un fenómeno ondulatorio.

–En mi opinión, lo principal es que nos ha detenido en seco –dijo Kent sombríamente–. ¿De qué nos sirve saber que su control sobre las vibraciones fue lo que lo hizo? Si no podemos atravesar esas puertas con nuestros desintegradores atómicos, estamos acabados.

Morton sacudió la cabeza.

–Acabados, no. Pero tenemos que preparar un plan. Primero, pondré en marcha los motores. Le será más difícil controlarlos cuando estén funcionando.

Conectó el interruptor principal. Se oyó un zumbido y docenas de máquinas cobraron vida en la sala situada debajo. Los ruidos se apagaron al convertirse en una vibración de energía.

Tres horas más tarde, Morton se movía de un lado a otro ante sus hombres reunidos en el salón. Estaba despeinado y la típica palidez espacial de su rostro quedaba realzada por la agresividad de su mandíbula. Cuando habló, su voz profunda tenía un tono brusco.

–Para asegurarnos de que nuestros planes están perfectamente coordinados, voy a pedir a cada uno de los expertos que relate su parte en el ataque a esa criatura. Primero Pennons.

Pennons se levantó de inmediato. No era un hombre grande, pero lo parecía, tal vez por su aire de superioridad. Morton le había oído hablar del desarrollo de la maquinaria a través de su evolución, desde el simple juguete a los complicadísimos instrumentos modernos. Había estudiado el desarrollo de la maquinaria en un centenar de planetas, y no había nada que no supiera sobre ellas. Pennons podía hablar horas y horas sin haber tocado apenas la materia. Por eso fue extraño oírle decir brevemente:

–Hemos instalado un relay en la sala de control que pondrá en marcha y parará rítmicamente todos los motores. La palanca de conexión funcionará cien veces por segundo, y el efecto será crear todo tipo de vibraciones. Es posible que alguna de las máquinas acabe estallando, por el principio de los soldados al cruzar un puente marcando el paso. Sin duda conocen ustedes la historia. Pero en mi opinión no hay peligro auténtico de que un metal tan duro se rompa. El propósito principal es, simplemente, interceptar la interferencia de la criatura y derribar las puertas.



—A continuación, Gourlay —dijo Morton.

Gourlay se puso perezosamente en pie. Parecía soñoliento, como si todo el proceso le aburriera, aunque Morton sabía que le gustaba que la gente pensase que era un vago, que no servía para nada, que pasaba los días durmiendo. Era ingeniero jefe de comunicaciones, pero sus conocimientos se extendían hasta el campo vibratorio y era posiblemente, con la excepción de Kent, el pensador más rápido de toda la nave. Morton advirtió que cuando habló lo hizo con voz lenta, con aquel tono deliberado que tenía un efecto calmante sobre los hombres: las caras ansiosas se relajaron, los cuerpos se echaron hacia atrás, más relajados.

—Hemos instalado pantallas de vibración de fuerza pura que detendrán todo lo que emita. Funcionan por el principio de reflexión, de forma que todo lo que emita será reflejado de vuelta. Además, tenemos gran cantidad de energía eléctrica en reserva, que podremos transmitirle a través de conductores móviles de cobre. Tiene que haber un límite en su capacidad para manejar energía con esos nervios aislados que tiene.

—¡Selensky! —llamó Morton.

El piloto jefe estaba ya de pie, como si hubiera anticipado la llamada de Morton. Los nervios de aquel hombre, reflexionó Morton, tenían una firmeza pétreo que era el primer requisito necesario para poder controlar los movimientos de una nave; sin embargo, esa misma firmeza parecía dinamita dispuesta a explotar a voluntad de su poseedor. No era un hombre de grandes conocimientos, pero «reaccionaba» a los estímulos con tanta rapidez que siempre parecía estar anticipándose a todo.

—La impresión que tengo del plan es que tiene que ser acumulativo. En cuanto la criatura crea que no puede soportar más, ocurrirá otra cosa que aumentará su confusión. Cuando la tensión esté en su punto culminante, tengo que cortar los antiaceleradores. El comandante cree, junto con Gurnie Lester, que esta criatura no sabrá nada de la antiaceleración. Es un desarrollo puro y simple del vuelo interestelar, y no puede haber sido desarrollado de otra forma. Creemos que cuando la criatura sienta los primeros efectos de la antiaceleración (recuerden la sensación de vacío que experimentaron el primer mes), no sabrá qué hacer o pensar.

—Korita.

—Sólo puedo ofrecerles mi ánimo —dijo el arqueólogo—, en base a mi teoría de que el monstruo tiene todas las características de los criminales de las primeras eras de todas las civilizaciones, complicadas con una aparente regresión al estado primitivo. Smith sugiere que su conocimiento de la ciencia es asombroso, y eso podría significar que estamos tratando con un habitante verdadero y no un descendiente de los pobladores de la ciudad muerta que hemos visitado. Esto implicaría que nuestro enemigo es prácticamente inmortal, una posibilidad que en parte se apoya en su habilidad para respirar oxígeno y cloro, o nada. Pero eso no tiene ninguna importancia. Procede de una era determinada de su civilización, y ha degenerado tanto que sus ideas son meros recuerdos de aquella época.

»A pesar de todos los poderes de su cuerpo, perdió la cabeza en el ascensor la primera vez, hasta que recordó. Se colocó en una situación que le obligó a revelar sus poderes especiales contra las vibraciones. Hace unas pocas horas cometió todos esos asesinatos en masa. Todo esto se debe a la baja astucia de las mentes egoístas y primitivas que tienen poca o ninguna concepción de la vasta organización con la que se enfrenta.

»Es como el antiguo soldado germano, que se sentía superior al erudito romano, aunque éste formaba parte de una poderosa civilización ante la que los germanos de aquella época se maravillaban.

»Me dirán que el saqueo de Roma por los germanos poco después va en contra de mi argumento; sin embargo, los historiadores modernos están de acuerdo en que el «saqueo» fue un accidente histórico, y no historia en el sentido auténtico de la palabra. El movimiento de los «pueblos del mar», que se lanzaron contra la civilización egipcia desde el 1400 antes de Cristo sólo tuvo éxito en lo que se refiere a la isla de Creta..., sus poderosas expediciones contra las costas de Libia y Fenicia, acompañadas por las flotas vikingas, fracasaron igual que las de los hunos contra el Imperio Chino. En cualquier caso, Roma habría sido abandonada. La antigua y gloriosa Samarra quedó desolada en el siglo diez; Pataliputra, la gran capital de Asoka, era una enorme extensión de casas deshabitadas cuando el viajero chino Hsinan-tang la visitó hacia el 635 de nuestra era.

»Nos encontramos, por tanto, ante un ser primitivo, que ahora está en el espacio, completamente apartado de su hábitat natural. Digo que entremos y vencamos.

–Puede que usted hable del saqueo de Roma como un accidente –gruñó uno de los hombres–, y que ese ser es primitivo, pero los hechos son los hechos. Me parece que Roma está a punto de caer, y no será un primitivo quien lo haga. Esa cosa es peligrosa.

Morton sonrió al tripulante con una mueca.

–Ya lo veremos... ¡ahora mismo!

Coeurl trabajaba como un esclavo en la deslumbrante brillantez del gigantesco taller. La nave de doce metros y con forma de cigarro estaba ya casi terminada. Con un gruñido de esfuerzo, completó la laboriosa instalación de los motores y se detuvo a contemplar su nave.

El interior, visible a través de una apertura en el casco, era dolorosamente pequeño. No había sitio más que para los motores... y un estrecho espacio para él.

Volvió frenéticamente al trabajo al oír que los hombres se aproximaban y notar el cambio repentino del tronar de los motores: un zumbido rítmico que se conectaba y se desconectaba, agudo, estridente, más estremecedor que el ronco golpeteo que la había precedido. De repente, los desintegradores volvieron a golpear las grandes puertas.

Luchó contra ellos, pero sin apartarse de su tarea. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron mientras cargaba herramientas, máquinas e instrumentos y

los introducía en su nave. No había tiempo para colocar nada en su sitio, no había tiempo para nada, no había tiempo... no había tiempo.

El pensamiento nublaba su razón. Se sintió extrañamente cansado por primera vez en su larga y vigorosa existencia. Con un último esfuerzo colocó la gigantesca placa de metal en la abertura de la nave y se quedó allí durante un terrible minuto, balanceándose precariamente.

Sabía que las puertas iban a caer. Media docena de desintegradores concentrados sobre un punto devoraban irresistiblemente los pocos centímetros restantes. Concentró su atención en la pared exterior, de un metro de espesor, hacia la que apuntaba la proa de su nave.

Su cuerpo se estremeció por la energía que fluía de la dinamo eléctrica. Los tentáculos de sus orejas apuntaban hacia la pared que resistía. Todo su interior ardía, y sabía que estaba peligrosamente cerca del límite.

Y seguía allí, estremeciéndose de dolor, sosteniendo la plancha de metal con los tentáculos crispados. La enorme cabeza apuntaba hacia la pared, fascinado por la resistencia que le ofrecía.

Oyó que una de las puertas caía. Los hombres gritaron. Los desintegradores avanzaron, su energía era libre por completo. Coeurl oyó sisear el suelo de la sala de máquinas, protestando cuando los rayos atómicos se abrieron paso. Las máquinas se acercaron más; las siguieron pisadas cautelosas. Dentro de un momento estarían ante las puertas que separaban la sala de motores del taller.

De pronto, Coeurl se sintió satisfecho. Con un rugido de odio y un brillo de triunfo en sus ojos salvajes, saltó hacia su nave y colocó en su lugar la plancha de metal como si fuera una compuerta.

Los tentáculos de sus oídos zumbaron mientras reblandecía los bordes del metal sobrante. En un instante, la placa estuvo más que soldada, era parte de su nave, una parte del conjunto compuesto por metal opaco excepto dos zonas transparentes, delante y detrás.

Uno de sus tentáculos agarró la palanca de energía casi con ternura. La frágil máquina se lanzó hacia adelante, hacia la gran pared exterior de los talleres de la nave. La proa la tocó y la pared se disolvió convertida en una reluciente lluvia de polvo.

Coeurl sintió el movimiento retardado y luego la proa de la máquina salió al frío del espacio, se volvió y se lanzó en la dirección de donde la gran nave había venido horas antes.

Los hombres vestidos con las armaduras espaciales se asomaron a la abertura. Poco a poco iban haciéndose más pequeños. Luego desaparecieron y sólo quedó la nave con sus mil portillas iluminadas. La esfera se encogió increíblemente, demasiado pequeña para que fuera ya visible.

Casi frente a él, Coeurl vio una tenue y diminuta luz rojiza. Advirtió que era su propio sol. Se dirigió hacia él a toda velocidad. Allí habría cuevas donde podría

escondese y construir junto con otros coeurls una nave con la que pudieran explorar otros planetas, pues ahora sabía cómo hacerlo.

El cuerpo le dolía por la agonía de la aceleración, pero no se atrevía a frenar. Miró hacia atrás, temeroso. El globo seguía allí, un puntito de luz en la inmensa negrura del espacio. Súbitamente parpadeó y desapareció.

Durante un breve instante tuvo la inquietante impresión de que, antes de desaparecer, se había movido. Pero no podía ver nada. No podía evitar pensar que habían apagado las luces y le seguían en la oscuridad. Preocupado e inseguro, miró a través de la placa transparente de delante.

Un temblor de inquietud se apoderó de él. El sol al que se dirigía no se hacía más grande. Se hacía más pequeño a cada instante. Durante los siguientes cinco minutos se redujo de tamaño, convertido en un punto rojo en el cielo, y desapareció como la nave.

El miedo barrió su ser y le llenó de una sensación desconocida. Miró frenéticamente el espacio, buscando algún punto de referencia. Pero en el espacio sólo brillaban las remotas estrellas, puntos inmóviles contra un fondo aterciopelado de inconmensurable distancia.

¡Un momento! Uno de los puntos se hacía más grande. Con todos los músculos en tensión, Coeurl vio que el punto se convertía en una bola de luz roja que se hacía cada vez más grande. De repente, la luz titiló y se volvió blanca. Y allí, ante él, con todas las luces brillando por cada portilla, estaba la gran nave espacial, que había desaparecido a su espalda pocos minutos antes.

Algo le ocurrió a Coeurl en ese momento. Su cerebro giraba como una noria, cada vez más rápido, más incoherente. De repente, la noria se rompió en un millón de fragmentos dolorosos. Los ojos casi se le salieron de las órbitas y, como un animal enloquecido, descargó toda su furia contra su pequeña nave.

Sus tentáculos agarraron los preciosos instrumentos y los despedazaron insensatamente. Sus garras aplastaron llenas de furia las paredes de la nave. Finalmente, en un último destello de cordura, supo que no podría soportar el inevitable fuego de los desintegradores atómicos.

Era fácil crear la violenta desorganización que liberaría hasta la última gota de vida de sus órganos vitales.

Le encontraron muerto en medio de un pequeño charco de fósforo.

—Pobre gato —dijo Morton—. Me pregunto qué pensó cuando nos vio aparecer ante él, después de que desapareciera su sol. Al no saber nada de los antiaceleradores, no pudo saber que podíamos detenernos en seco en el espacio, mientras que él necesitaría más de tres horas para desacelerar. Mientras tanto, se alejaba más y más del lugar al que quería ir. No pudo saber que al pararnos pasamos a su lado a millones de kilómetros por segundo. Naturalmente, no tenía la menor oportunidad desde el momento en que abandonó nuestra nave. El universo entero tuvo que parecerle trastornado.

–¡Dejémonos de compasiones! –oyó que decía Kent tras él–. Tenemos trabajo... hemos de matar a todos los gatos de ese miserable mundo.

–Eso será fácil –murmuró Korita suavemente–. No son más que criaturas primitivas. No tenemos más que esperar sentados y vendrán a nosotros, esperando engañarnos astutamente.

–¡Me ponen ustedes enfermo! –estalló Smith–. El gato ha sido el tipo más duro con el que nos hemos enfrentado. Tenía todo lo necesario para derrotarnos...

Morton sonrió mientras Korita interrumpía suavemente.

–Exactamente, mi querido Smith, excepto que reaccionaba siguiendo los impulsos biológicos de su tipo. Su derrota estuvo escrita desde el momento en que le catalogamos, inequívocamente, como criminal de una cierta era de su civilización –añadió el arqueólogo japonés, con la antigua cortesía de su raza–. Fue la historia, honorable señor Smith, nuestro conocimiento de la historia lo que le derrotó.

## Navidad en Ganímedes

Isaac Asimov

*La revelación de Weinbaum suscitó un periodo durante el cual todos los autores se dedicaron a divagar sobre extrañas formas de vida. Todos los relatos pasaron a ser epopeyas extraterrestres, aunque nadie lo hacía tan bien como Weinbaum. Cuando empecé a escribir ciencia-ficción, tampoco fui inmune. Aunque prefería poner en acción a seres humanos, alguna vez me atreví con la temática de Weinbaum. Tal es el caso de Navidad en Ganímedes.*

**Isaac Asimov**

Olaf Johnson canturreaba entre dientes mientras sus ojos azules observaban soñadores el impresionante abeto situado en un rincón de la biblioteca. Aunque ésta era la estancia más amplia de la Base, a Olaf no le parecía demasiado espaciosa en aquella ocasión. Se inclinó con entusiasmo sobre la enorme canasta que tenía a su lado y extrajo el primer rollo de papel verde y rojo.

No se detuvo a reflexionar sobre el repentino impulso sentimental que se había apoderado de la Productos Ganimedinos, S. A., para enviar a la Base una colección completa de adornos navideños. Olaf se hallaba bien preparado para desempeñar el trabajo que se había impuesto como decorador en jefe de los temas navideños; este cargo le colmaba de satisfacción.

De repente frunció el entrecejo y masculló una maldición. La lámpara que convocaba Asamblea General empezó a lanzar destellos histéricamente. Con expresión contrariada dejó a un lado el martillo, que ya había levantado, así como el rollo de papel; se arrancó unas cuantas lentejuelas del cabello y se dirigió al departamento de los oficiales.

El comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el sillón presidencial cuando entró Olaf. Sus dedos rechonchos tamborileaban sin ritmo sobre el cristal que cubría la parte superior de la mesa. Olaf sostuvo sin temor la mirada colérica del comandante, ya que en su departamento no había ocurrido ninguna anomalía en veinte circunvoluciones ganimedinas.

Un grupo de hombres llenó con presteza el aposento y la mirada de Pelham se endureció mientras los contaba uno a uno inquisitivamente.

—Ya estamos todos aquí —exclamó—. ¡Muchachos! Nos enfrentamos con una crisis.

Se percibió un vago movimiento. Los ojos de Olaf miraron al techo y se sintió aliviado. Por término medio, en cada circunvolución completa se originaba una crisis en la Base. Generalmente surgía al producirse un alza repentina en el cupo de oxita, o bien cuando era inferior la calidad del último lote de hojas de karen. Sin embargo, las palabras siguientes le dejaron sin aliento.

—En relación con la crisis tengo que hacer una pregunta.

La voz de Pelham tenía un profundo timbre de barítono, salpicado de estridencias, cuando estaba colérico.

—¿Qué cochino y estúpido perturbador ha contado historias de hadas a esos revoltosos astruces?

Olaf carraspeó nervioso, con lo que se convirtió en el centro de la atención general. Le oscilaba la nuez presa de repentina alarma, se le arrugó la frente como cartón mojado; temblaba.

—Yo... yo... —tartamudeó. Hubo un momentáneo silencio. Sus largos dedos hacían desatinados ademanes suplicantes—. Sí... quiero decir que estuve allí después que las últimas entregas de hojas de karen..., ya que los astruces se movían con lentitud y...

La voz de Pelham adquirió un tono de falsa dulzura. Sonrió.

—¿Les habló a los nativos de Santa Claus, Olaf?

La sonrisa parecía insólita al igual que la mirada lobuna que lanzaba de reojo y Olaf quedó anonadado. Asintió convulsivamente.

—Oh, ¿sí? ¿Habló con ellos? Vaya, vaya, les habló de San Nicolás. Viene en un trineo volando por los aires con un tiro de ocho renos, ¿eh?

—Sí, en efecto. ¿No es verdad? —inquirió inadecuadamente Olaf.

—Y dibujó los renos para demostrar que no se trataba de un error. Y que él tiene una gran barba blanca y sus ropas son encarnadas con cenefas albinas.

—Si, señor, tiene razón —contestó Olaf estupefacto.

—Y lleva un gran saco atestado de regalos para los niños buenos, los deja caer por la chimenea y los pone dentro de los calcetines y medias.

—Exacto.

—También les dijo que está a punto de llegar. Una circunvalación más y vendrá a visitarnos.

Olaf sonrió débilmente.

—Si, mi comandante. Quería decírselo; estoy montando el árbol y...

—¡Cállese! —el comandante respiraba agitado y sibilante—, ¿sabe lo que se han imaginado esos astruces?

—No, mi comandante.

Pelham inclinó el torso sobre la mesa en dirección a Olaf y gritó:

—Quieren que Santa Claus los visite.

Se oyeron algunas risas que al punto se convirtieron en toses ahogadas ante la encolerizada mirada del comandante.

–Y si Santa Claus no los visita dejarán de trabajar –repitió–. Se producirá una huelga.

Después de estas palabras ya no se oyeron risas, ni toses contenidas, ni nada por el estilo. Si había cruzado otro pensamiento por las mentes del grupo, éste no llegó a manifestarse. Olaf expresó la idea que estaba en el ánimo de todos:

–¿Y cómo va la cuota?

–¿Que cómo va la cuota? –gruñó Pelham–. ¿Tengo que dibujarles un gráfico? Productos ganimedinos tiene que obtener cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita por año, o de lo contrario perderá la concesión. Supongo que ninguno de ustedes lo ignora. Se da la circunstancia que al año terminará dentro de dos circunvoluciones ganimedinas y la producción sufre un déficit del cinco por ciento con arreglo al plan establecido.

Se produjo un silencio sepulcral. Pelham prosiguió:

–Y los nativos no trabajarán si no viene Santa Claus. No habrá trabajo, ni cuota, ni concesión, ni empleos. Cuando la Compañía pierda sus derechos, perderemos los empleos mejor pagados de la organización. Adiós, muchachos..., buena suerte... amenos...

Hizo una pausa y mirando fijamente a Olaf añadió:

–A menos que antes de terminar la próxima circunvolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Santa Claus. y por las manchas cósmicas de los anillos de Saturno, lo conseguiremos; especialmente un Santa Claus.

Diez rostros palidecieron mortalmente.

–¿Tiene algún plan, mi comandante? –graznó alguien con voz trémula.

–Sí, desde luego que lo tengo. –Estiró las piernas y se recostó en el sillón.

Un repentino sudor frío se apoderó de Olaf Johnson al notar, cual dedo acusador, las miradas fijas de todos los presentes.

–Cuanto lo siento, mi comandante –murmuró con voz ahogada.

Pero el dedo acusador permanecía inmóvil.

Pelham penetró con paso firme en la antesala. Se despojó de la careta de oxígeno y de los fríos cilindros conectados a ella. Arrojó a un lado, una tras otra, gruesas prendas de lana y, al fin, con un suspiro de preocupación, se quitó a tirones un par de botas espaciales que le llegaban hasta las rodillas.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última partida de hojas de karen y lanzó desde detrás de sus lentes una mirada esperanzadora.

–¿Qué hay? –preguntó.

Pelham se encogió de hombros.



–Les prometí la visita de Santa Claus. ¿Qué podía hacer? También les he doblado la ración de azúcar y de momento están trabajando.

Pierce agitó una enorme hoja de karen con cierto énfasis, mientras decía: – ¿Quiere decir hasta el día en que deba aparecer el prometido San Nicolás? En mi vida he oído cosa más tonta. No se podrá llevar a cabo. No habrá Santa Claus.

–Diga eso a los astruces –Pelham se hundió en una butaca y sus rasgos adquirieron una expresión pétrea–. ¿Qué hace Benson?

–¿Cree que podrá equipar ese dichoso trineo? –Pierce examinó una hoja al trasluz con aire crítico–. Mi opinión es que está chiflado. El viejo aguilucho ha descendido al sótano esta mañana y desde entonces está allí. Lo único que sé es que ha desmontado el disociador eléctrico. Si sucede algo anormal, nos quedaremos sin oxígeno.

–Bien. –Pelham se incorporó con dificultad–. Por mi parte ojalá nos asfixiemos. Sería la manera más fácil de salir de este atolladero. Me voy abajo.

Salió presuroso y cerró la puerta de golpe.

En el sótano miró a su alrededor aturdido. Diseminadas por todos los sitios brillaban numerosas piezas de acero cromado. Pasó un buen rato tratando de reconocer las partes que el día anterior constituían una compacta maquinaria, un electro-disociador perfectamente montado. En el centro, en contraste anacrónico, había un polvoriento trineo de madera, con las palas encarnadas y deslucidas; Se oían martillazos procedentes de su interior.

–¡Eh, Benson! –gritó Pelham.

Un rostro tiznado y sudoroso se asomó bajo el trineo y un chorro de tabaco salió disparado hacia la inseparable escupidera del ingeniero.

–¿Cómo grita de esta manera? –se quejó Benson–. Estoy haciendo un trabajo delicado.

–¿Qué diablos es éste fantástico artefacto?

–Un trineo volante. Una idea mía –el fuego del entusiasmo brilló en los húmedos ojos de Benson y mientras hablaba le surgía por la comisura de los labios la espuma del tabaco–. El trineo lo trajeron aquí en los viejos tiempos, cuando se creía que Ganímedes estaba cubierto de nieve como otros satélites de Júpiter. Todo cuanto tengo que hacer es adaptar en el fondo unos cuantos gravo-repulsores del disociador, con lo cual el trineo se hará antigravitatorio al conectar la corriente. Los compresores harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior dubitativo.

–¿Y funcionará?

–Por supuesto. Mucha gente ha pensado aplicar los repulsores a los viajes aéreos, pero resultan ineficaces en los campos de gran gravitación. En Ganímedes, con un tercio de gravitación y una presión atmosférica muy leve, un

chiquillo podría manejarlo, incluso Johnson, aunque no lamentaría si cayera y se rompiera su maldito cuello.

–Muy bien, mire. Tenemos grandes cantidades de esa madera purpúrea aborígen. Póngase en contacto con Fim y dígale que coloque el trineo en una plataforma construida con este material. Tiene que medir unos seis metros de largo con una baranda alrededor de la parte que sobresalga.

Benson escupió y frunció el ceño bajo los espesos cabellos que le llegaban hasta los ojos.

–¿Cuál es su idea, comandante? –inquirió.

Inmediatamente se dejaron oír las risotadas de Pelham como ásperos ladridos.

–Esos astruces esperan ver los renos y los verán. Estos animales tendrán que ir montados en algo, ¿no es eso?

–Cierto... pero en Ganimedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya se marchaba, se detuvo un momento. Contrajo los párpados con desagrado como hacía siempre que pensaba en Olaf Johnson.

–Olaf ha salido a cazar ocho zambúes. Tienen cuatro patas, cabeza en un extremo y cola en el otro. Esto es suficiente para los astruces.

El viejo ingeniero rumió este informe y rió entre dientes de mala gana.

–Bien, me agrada la tonta distracción de su trabajo.

–A mí también –gritó Pelham.

Se alejó majestuosamente mientras Benson, mirándolo de reojo, desaparecía bajo el trineo.

La descripción que había hecho el comandante de un zambú era concisa y exacta, pero omitió detalles interesantes. Por una parte, el zambú tiene una cola larga, un hocico flexible, dos orejas que ondean elegantemente de atrás hacia adelante. Tiene dos ojos purpúreos y emotivos. Los machos están dotados de espinas de color carmesí, plegables a voluntad, que se extienden a lo largo de la columna vertebral y al parecer este ornamento es muy apreciado por las hembras de esta especie. Todo esto, combinado con una cola cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre tendrán ustedes un zambú, o al menos lo tienen si logran capturarlo.

Precisamente, éste era el pensamiento que se le ocurrió a Olaf Johnson, al descender con cautela por una eminencia rocosa aproximándose a un rebaño de veinticinco zambúes que pastaban entre los desperdigados matorrales de una zona arenosa. Los ejemplares más próximos observaban cómo se acercaba Olaf, quien ofrecía un grotesco aspecto enfundado en pieles y con la careta de oxígeno conectada a la nariz. Como sea que los zambúes carecen de enemigos naturales se contentaban con mirar aquella extraña figura con ojos lánguidos y reprobatorios y volvieron a ronzar su provechosa pitanza.

Las nociones de Olaf respecto a la caza mayor eran incompletas. Rebuscó en los bolsillos un terrón de azúcar y cortándolo exclamó:

–Pss... Pss... michito..., pss... pss... michito...

Las orejas del zambú más próximo se crisparon con desagrado. Olaf se acercó más con el terrón de azúcar en alto:

–Ven aquí, currito, ven aquí...

El zambú vio la golosina y puso los ojos en blanco.

Movió el hocico arrojando el último bocado de vegetación y avanzó olfateando con el cuello estirado. Después golpeó la palma extendida con un rápido y experto movimiento, llevándose el terrón a la boca. La otra mano de Olaf bajó rápida, pero se encontró con el vacío.

Con expresión desengañada sacó otra pieza del bolsillo:

–Ven aquí, príncipe. Acércate, Fido...

El zambú emitió un gruñido tremolante en las profundidades de su garganta. Era una manifestación placentera. Evidentemente aquel extraño monstruo que tenía ante él, después de haberse vuelto loco, se proponía alimentarlo para siempre con aquellos bocados concentrados y succulentos. Se lo arrebató de nuevo y retrocedió con la misma rapidez que la vez anterior. Pero en esta ocasión Olaf lo sujetaba con firmeza, pero el zambú también le había cazado medio dedo.

El alarido que dio Olaf denotaba que éste carecía en cierto modo de la impasibilidad necesaria requerida en tales circunstancias. Sin embargo, un mordisco que hace daño a través de espesos guantes, por supuesto, no deja de ser un mordisco.

Se abalanzó osadamente sobre el animal. Había ciertas cosas que alteraban la sangre de Johnson y el antiguo espíritu de los vikingos resurgía en él. Precisamente una de estas cosas era el que alguien o algo le mordiera un dedo, y mucho más si este alguien o algo era un ser extraterrestre.

Los ojos del zambú observaban indecisos mientras retrocedía. Ya no le ofrecían más terrones blancos y no sabía con seguridad lo que sucedería a continuación. La incertidumbre se desvaneció con rapidez inesperada cuando dos manos enguantadas se apoderaron de sus orejas y empezaron a zarandearlas. Lanzó un agudo gáñido y arremetió brioso.

Los zambúes están dotados de cierta dignidad. Les desagrada que les tiren de las orejas, particularmente cuando otros zambúes, incluyendo algunas hembras, forman un corro y miran expectantes.

El terrícola cayó de espaldas y durante un rato estuvo en esta posición. Mientras tanto el zambú se alejó unos cuantos pasos y caballerosamente permitió que Johnson se pusiera en pie.

La vieja sangre de los vikingos alcanzó un grado más alto de efervescencia en Olaf. Se restregó la parte dolorida y saltó, olvidándose de las leyes de gravitación

ganimedinas. Se desplazó por el aire a un metro de altura sobre la espalda del zambú.

Asomó el miedo en los ojos del animal al observar a Olaf. El salto había sido imponente, pero al mismo tiempo también se notaba en sus órganos visuales cierta confusión. Parecía que aquella maniobra carecía de propósito.

Olaf volvió a caer de espaldas sobre los cilindros al igual que la vez anterior. Empezaba a sentirse desconcertado. Los sonidos que emitían los espectadores denotaban palpablemente su condición de risitas burlonas.

—Risitas, ¿eh? —masculló amargado—; todavía no ha empezado la lucha.

Se acercó al animal lenta y cautelosamente. Dio un rodeo, examinando el punto más conveniente para lanzar el ataque. El zambú hizo lo mismo. Olaf simuló un falso ataque. Su oponente se agachó. A continuación, este último se volvió de espaldas y Olaf se agachó a su vez.

El seco y agresivo ronquido que salía de la garganta del zambú no parecía estar en consonancia con el espíritu fraternal que generalmente reina durante la época navideña y esta actitud irreverente le recordaba a Olaf algo así como un sacrilegio.

De pronto se oyó un silbido. Ola! sintió un repentino calor en la cabeza detrás de las oreja izquierda. Esta vez dio una vuelta en el aire y cayó de nuca. Los asistentes al espectáculo prorrumpieron en un clamor que parecía un relincho de satisfacción y el zambú movió la cola triunfalmente.

Olaf se sobrepuso a la impresión de estar flotando en un espacio infinito tachonado de estrellas y se incorporó vacilante.

—¡Protesto! —exclamó—. El ataque con la cola es juego sucio.

Saltó hacia atrás esquivando otro coletazo y acto seguido se lanzó hacia la parte inferior del animal y, atrapándole las patas, con fuerza, le obligó a dar con el espinazo en el suelo. El zambú lanzó un gañido de indignación.

Ahora la lucha había entrado en una fase en la que los músculos terrícolas y ganimedianos jugaban un papel decisivo. Olaf se manifestó como un hombre de fuerza bruta. Luchó con denuedo y por último se lo cargó a la espalda y el animal se sintió zarandeado e impotente.

Respondió vociferante y trató de demostrar sus objeciones con un coletazo bien administrado. Pero estaba situado con desventaja y la cola pasó silbando inofensiva sobre la cabeza de Olaf.

Los otros zambúes dejaron paso libre al vencedor con triste expresión en sus semblantes. Evidentemente eran muy buenos amigos del animal capturado y les era desagradable en extremo que hubiera perdido el combate. Volvieron a su quehacer gastronómico con resignación filosófica, completamente convencidos que todo era obra del destino.

Al otro lado de la prominencia rocosa, Ola! Había habilitado una cueva. Se desarrolló una breve y confusa lucha antes que Olaf lograra hacer entrar en razón

al zambú. Una cuerda anudada concienzudamente fue el auxiliar más eficaz para mantenerlo quieto.

Pocas horas después cuando ya tenía en su poder los ocho zambúes, poseía una técnica depurada que sólo se adquiere tras larga experiencia. Podía haber dado a los cow-boys valiosos consejos sobre la forma de derribar cuadrúpedos recalcitrantes. También podía haber dado unas cuantas lecciones a los estibadores terrícolas, sobre tacos y juramentos simples y compuestos.

Era el día de Nochebuena y en la Base ganimedina reinaba un ruido ensordecedor y un confuso acaloramiento, como si se hubiera puesto en marcha un nuevo ingenio para registrar toda clase de sonidos. Alrededor del viejo trineo situado sobre una enorme plataforma de madera purpúrea, cinco terrícolas libraban una verdadera batalla con un zambú.

El zambú posee opiniones concretas en relación con muchas cosas y uno de sus más tenaces principios es que no va adonde no quiere ir. Esto lo demostraba palpablemente sacudiendo la cabeza, la cola, las cuatro patas, las tres espinas, en todas las direcciones y con todas sus fuerzas.

Pero los terrícolas insistieron y no con gran delicadeza. A pesar de sus angustiosos alaridos el animal, fue elevado hasta la plataforma, colocado en el lugar correspondiente y enjaezado sin remedio ni esperanza.

–Muy bien –gritó Peter Benson–. Traigan la botella.

Sujetando el hocico con una mano, Benson agitó la botella con la otra. El zambú temblaba de ansiedad y emitió temblorosos gañidos. Benson introdujo el líquido en la garganta del animal. Se oyó un gorgoteo y después un gruñido comprensivo. El animal estiró el cuello en demanda de otro trago.

–Nuestro mejor coñac –suspiró Benson.

Hubiera terminado la botella, pero la dejó cuando estaba por la mitad. Los ojos del zambú giraron rápidamente en sus cuencas; parecía como si intentara bromear. Sin embargo, esta actitud no duró mucho tiempo, pues el metabolismo ganimedino queda afectado por el alcohol casi de inmediato. Los músculos se le contrajeron con la rigidez propia de la borrachera e hipando sonoramente se desplomó.

–Traer al siguiente –exclamó Benson.

Al cabo de una hora los ocho zambúes no eran más que estatuas catalépticas. Les ligaron a sus cabezas palas en horquilla a guisa de astas.. Producían un efecto tosco e inexacto, pero apto para el fin deseado.

En el preciso momento en que Benson abría la boca para preguntar dónde estaba Olaf Johnson, el benemérito personaje apareció entre los brazos de tres camaradas y fue conducido a la plataforma tan envarado como cualquier zambú después de la lucha. No obstante, articuló sus objeciones con la mayor claridad.

–Yo no voy a ninguna parte con este atuendo. ¿Me oye...?

En realidad había motivos para quejarse. Olaf nunca había sido atractivo, ni en sus mejores momentos, pero su condición actual era una mezcla entre una pesadilla de zambúes y una concepción patriarcal de Picasso.

Llevaba los atavíos tradicionales de Santa Claus. Estos eran encarnados, tanto como podía permitir el papel de seda cosido a su capa espacial. El "armiño" era tan blanco como el algodón en rama; precisamente esto es lo que era. Su barba ondeaba libremente, hecha de más algodón en rama, enganchada a un lienzo que le llegaba de oreja a oreja.

Con tales aditamentos debajo y la nariz de oxígeno encima hasta la persona de ánimo más templado hubiera rehuído su mirada.

A Olaf no le habían mostrado un espejo para mirarse, pero lo que podía ver de él mismo y lo que su instinto le decía, le postraba en tal estado que la caída de un rayo fulminante la hubiera saludado con alivio.

Entre gritos y espasmos fue izado al trineo. Intervinieron otros, ayudando vigorosamente hasta que de Olaf, no quedó más que una masa retorcida de la que salían voces ahogadas.

–Dejadme –mascullaba–, dejadme –y atacaba uno a uno.

Hizo un pequeño amago para demostrar su osadía, pero cayeron sobre él numerosas manos que lo atenazaron, impidiéndole mover un dedo.

–¡Entre! –ordenó Benson.

–¡Váyase al infierno! –rugió Ola! entrecortadamente No quiero entrar en un artefacto patentado para un suicidio inmediato. Se puede llevar a su sanguinario trineo volante y...

–¡Oiga! –interrumpió Benson–. El comandante Pelham le está esperando al otro lado. Lo despellejará vivo si no está allí dentro de media hora.

–El comandante Pelham puede entrar en el trineo a mi lado y...

–Piense en su empleo. Piense en sus ciento cincuenta dólares semanales. Piense en Hilda allá en la Tierra que no se casará con usted si pierde el empleo.. Piense en todo eso.

Johnson pensó en aquello confusamente; pensó alguna cosa más y penetró en el trineo. Aseguró el saco con correas y puso en marcha el gravo-repulsor. Abrió el propulsor a chorro lanzando una horrible maldición.

El trineo arrancó impetuoso y Olaf no salió despedido hacia atrás por encima del artilugio, por verdadero milagro.

Se aferró a los pasadores y observó cómo las colinas circundantes subían y bajaban según los picados y rizos del inseguro trineo.

Sopló el viento y las ondulaciones se hicieron más sensibles. Cuando Júpiter apareció, su luz amarillenta iluminó todos los picos y abismos del accidentado terreno hacia cada uno de los cuales parecía dirigirse el trineo. y cuando el

gigantesco planeta se había alejado por completo de la línea del horizonte, la maldición de la bebida, que sale de los organismos ganimedinos, con la misma rapidez que entra, comenzó a alejarse de los zambúes.

El zambú zaguero fue el primero en despertar; se relamió la cavidad bucal, dio un respingo y desvaneció el maléfico influjo del alcohol. Después de haber tomado esta decisión, examinó lánguidamente lo que tenía a su alrededor. No le causó una impresión inmediata, Gradualmente se fue dando cuenta del hecho incontestable de que el suelo que pisaba, cualquiera que fuere, no era el terreno firme de Ganímedes, Se inclinaba, se movía, lo cual era muy extraño.

Aunque hubiera atribuido este balanceo a su reciente orgía, no por ello dejó de mirar por debajo del barandal al cual estaba amarrado. Los zambúes jamás han muerto de ataque cardíaco, según consta en los registros sanitarios, pero éste, cuando miró abajo de sus patas estuvo a punto de romper la tradición.

El angustioso chillido de horror y desesperación que lanzó, hizo recobrar el conocimiento a los demás, cuyas cabezas, aunque doloridas, habían recobrado la conciencia.

Durante un buen rato se desarrolló una torpe, cacareante y confusa conversación, ya que los animales trataban de echar fuera de la cabeza el dolor e introducir en ella los hechos. Lograron conseguir ambos propósitos y organizaron una estampida. No era propiamente una estampida, puesto que estaban estrechamente atados. Pero si exceptuamos el detalle de su situación forzada, hicieron todos los movimientos del galope tendido. Y el trineo se volvió loco.

Olaf se cogió la barba un segundo antes de dejarla ondear libremente.

–¡Eh! –gritó,

Era tanto como sisear aun huracán.

El trineo pataleaba, saltaba y bailaba un tango histérico. Era presa de repentinos arrebatos y parecía dispuesto a estrellar su cerebro de madera contra la corteza de Ganímedes. Entretanto Olaf, a la vez que renegaba, juraba y lloraba, accionaba los propulsores a chorro.

Ganímedes daba vueltas y Júpiter se mostraba como una mancha borrosa. Quizá la bailotearte panorámica de Júpiter fue lo que indujo a los zambúes a comportarse con más formalidad. Parecía que ya les había pasado el malestar de la borrachera. Sea como fuere, cesaron de moverse, se dirigieron los unos a los otros sublimes discursos de despedida, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó y Olaf recobró el aliento que volvió a perder de nuevo ante un curioso espectáculo: hacia arriba veía las colinas y el sólido terreno ganimedino y por debajo el oscuro cielo y la abultarla figura de Júpiter.

Al ver todo esto, él también hizo las paces con la eternidad y esperó el fin.

“Astruz” es un diminutivo de avestruz y a este animal se parecían los nativos de Ganímedes, si bien hay que considerar que tienen el cuello más corto la cabeza más grande y su plumaje parece que de un momento a otro vaya a desprenderse

de raíz. Hay qué añadir a su retrato un par de brazos, flacos y huesudos, provistos de tres dedos rechonchos. Saben inglés, pero cuando uno los oye, preferiría que no lo hablaran.

Unos cincuenta astruces se habían agrupado en una construcción de poca altura hecha de madera purpúrea, que llamaban salón de reunión. En un sucio Banco de honor de esta estancia fétida y oscurecida por el humo de las antorchas, estaban sentados el comandante Pelham y cinco de sus hombres. Ante ellos se pavoneaba el astrúz más desaliñado de todos inflando su enorme tórax con rítmicos y explosivos sonidos. Se detuvo un momento y señaló hacia una abertura en el techo.

–Mira –graznó–. Chimenea. Nosotros hacer, Entrar Sannicaus.

Pelham asintió con un gruñido. El astrúz cloqueó placentero. Señaló los pequeños sacos de hierba tejida que colgaban de las paredes:

–Mirar, calcetines, medias, Sannicaus poner regalos.

–Sí –admitió Pelham sin entusiasmo– chimenea y calcetines. Muy bonito.

Torció la boca en dirección a Sim Pierce, que estaba sentado a su lado y murmuró entre dientes:

–Si estoy media hora más en esta escombrería, me moriré. ¿Cuándo llegará ese tonto?

Pierce se movió incómodamente.

–Escuche, he realizado algunos cálculos. Estamos a salvo en todo menos en las hojas de karen, en las que aún llevamos cuatro toneladas de déficit. Si logramos resolver este estúpido asunto dentro de una hora, podremos empezar un nuevo período y hacer que los astruces trabajen el doble –se echó hacia atrás y continuó–. Sí, creo que lo podremos conseguir.

–Poco más o menos –replicó Pelham sombríamente–. Y eso si llega Johnson y no nos pone en otro aprieto.

El astrúz hablaba de nuevo, pues a sus congéneres les agrada charlar:

–Todos los años Kissmess –no sabía pronunciar Christmas–, Kissmess bonito, todo el mundo amigos. Astruz querer Kissmess. Vosotros gustar Kissmess.

–Sí, es muy bonito –refunfuñó Pelham cortésmente–. Paz en Ganímedes y buena voluntad para los hombres, especialmente para aquéllos como Johnson. ¿Dónde diablos está ese idiota?

Cogió otro berrinche mientras el astrúz saltaba unas cuantas veces de arriba a abajo de manera calculada, evidentemente para ejercitarse. Continuó saltando variando el ritmo con aburridos pasos de baile. Los puños de Pelham se crispaban de una manera extraña. Unos excitados graznidos que provenían de un agujero en la pared, dignificado con el nombre de ventana, contuvieron a Pelham de hacer una matanza de nativos.



Los astruces se agruparon en enjambres y los terrícolas lucharon por hallar un punto dominante.

Al fondo de la gran bola amarillenta de Júpiter, rugió un trineo volante tirado por ocho renos. Era muy pequeñito, pero no cabía duda ; era Santa Claus que llegaba.

Al parecer algo funcionaba mal. El trineo, los renos y todo el conjunto, descendían a una velocidad terrible, pero volaban invertidos.

Los astruces se dispersaron en medio de una cacofonía de granizados.

—¡Sannicaus! ¡Sannicaus! ¡Sannicaus!

Salieron trepando por las ventanas como una fila de estropajos locos en movimiento.. Pelham y sus hombres alcanzaron el exterior por una puerta de poca altura.

El trineo se aproximaba, se hacía más grande, daba bandazos de un lado a otro y vibraba como una rueda des centrada en vuelo. Olaf Johnson era una pequeña figura que se asía perfectamente al trineo con ambas manos.

Pelham gritaba desaforadamente, incoherente y se atragantaba cada vez que se le olvidaba respirar a través de la careta nasal en la fina atmósfera ganimedina.

De pronto se detuvo y miró fijamente con horror. El trineo seguía descendiendo veloz y ya casi se veía de tamaño natural. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell, no hubiera apuntado, entre ceja y ceja de Pelham, con más precisión.

—Todo el mundo a tierra —chilló mientras se dejaba caer.

La ráfaga de viento que dejó el trineo al pasar de largo restalló penetrante contra su rostro. La voz de Olaf se oyó durante un instante chillona y confusa. Los compresores de aire dejaron una estela de vapor. Pelham temblaba en el helado suelo de Ganímedes.

Poco después se levantó lentamente, sacudiendo las rodillas como una hula hawaina. Los astruces que se habían dispersado, antes de que se les echara encima el vehículo aéreo, se agruparon de nuevo. A lo lejos el trineo giraba dando media vuelta. Pelham seguía los revoloteos y bandazos del artefacto desde que empezó a cambiar de dirección. Cabeceó e inclinándose a un lado, enfiló hacia la base y ganó velocidad.

En el interior del trineo Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas ampliamente abiertas balanceaba con desesperación el peso de su cuerpo. Sudaba y maldecía mientras intentaba con todas sus fuerzas evitar la panorámica de Júpiter "hacia abajo", y esto producía en el trineo oscilaciones más y más violentas.

Los bamboleos alcanzaban ahora un ángulo de 180", y Olaf sintió que su estómago le presentaba enérgicas reclamaciones.

Conteniendo el aliento apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el pie derecho y el trineo se balanceó con más amplitud que nunca. En el punto más pronunciado de este vaivén desconectó el gravo-repulsor y la débil fuerza gravitatoria de Ganímedes Sacudió el trineo obligándole a descender. Como es natural, al ser el vehículo más pesado por el fondo, debido a la masa metálica del gravo-propulsor, adquirió la posición normal en tanto descendía.

Pero esto le causó muy poco alivio al comandante Pelham ya que, una vez más, el trineo apuntaba directamente hacia su persona.

–Cuerpo a tierra –vociferó, y de nuevo se lanzó al suelo.

El trineo silbó sobre su cabeza, crujió al tropezar contra una peña, hizo un salto de cinco metros y se paró en seco con un chasquido. Olaf salió despedido por la baranda.

Había llegado Santa Claus.

Con un profundo y tembloroso suspiro, Olaf se ajustó el saco sobre la espalda, se recompuso la barba y acarició la cabeza a uno de los sufridos y silenciosos zambúes. Podía haber sobrevenido la muerte; en verdad, Olaf no la había afrontado con serenidad, pero ahora estaba dispuesto a morir, pisando tierra firme, con nobleza, como un Johnson.

Dentro de la cabaña en la que los astruces se habían aglomerado, una vez más, un golpe en el tejado anunció la llegada del saco de los regalos de Santa Claus y un segundo batacazo la llegada del santo. Una figura espantosa apareció a través del agujero provisional.

–¡Felices Navidades! –farfulló, dejándose caer por el orificio.

Olaf fue a parar encima de los cilindros de oxígeno, como de costumbre y después los colocó en el sitio habitual.

Los astruces saltaban de arriba a abajo como pelotas de goma.

Olaf se dirigió cojeando ostensiblemente al primer calcetín y depositó una pequeña esfera deslumbrante y policromada que extrajo del saco, una de las muchas bolas que originalmente habían sido proyectadas para adornar los árboles navideños. Una a una las fue dejando en todos los saquitos disponibles.

Después de haber realizado su tarea, se sentó en cuclillas completamente agotado y siguió las sucesivas escenas con ojos vidriosos e inseguros. La jovialidad y las carcajadas de buen humor, tradición característica de la festividad de Santa Claus, estuvieron completamente ausentes en esta ocasión.

Pero la ausencia de alegría la compensaron los astruces con su extraño embelesamiento. Hasta que Olaf, entregó la última bola guardaron silencio y permanecieron sentados. Pero cuando se acabó el reparto, el aire se enrareció bajo la tensión de estridencias discordantes. En menos de un segundo la mano de cada astrúz contenía una bola.

Charlaban entre ellos violentamente y asían las bolas con cuidado, protegiéndolas con el pecho. Después las comparaban unas con otras y formaban grupos para contemplar las más llamativas.

El astrúz más desaseado se acercó a Pelham y lo cogió por las solapas.

–Sannícaus, bueno –cacareó–. Mira, dejar huevos. Observó reverentemente su esfera y agregó:

–Ser más bonitos que huevos astruces. Ser huevos Sannícaus, ¿eh?

Con su dedo pellejudo pinchó el estómago de Pelham.

–¡No! –aulló Pelham impetuosamente–. ¡Infiernos, no...!

Pero el astrúz no le escuchaba. Ocultó la bola en las profundidades de su plumaje y continuó:

–Colores bonitos. ¿Cuánto tiempo tardar salir pequeños Sannícaus? ¿Qué comer pequeños Sannícaus?..

Nosotros enseñar ser vivos inteligentes, como astruces.

Pierce agarró el brazo del comandante Pelham.

–No discuta con ellos –susurró frenético–. ¿Qué importa si ellos creen que esas bolas son huevos de Santa Claus? ¡Mire! Si trabajamos como locos, podremos alcanzar la cuota. Que empiecen a trabajar.

–Lleva razón –admitió Pelham.

Se dirigió al astrúz:

–Dígales a todos que se preparen.

Hablaba con claridad y en voz alta.

–Ahora a trabajar, ¿me comprenden? ¡Venga!, de prisa, de prisa...

Hacía ademanes con los brazos. El desastrado astrúz se detuvo de repente y dijo con calma:

–Nosotros trabajar, pero Johnson decir Kissmess y venir todos los años.

–¿No tenéis bastante con un Christmas? –masculló Pelham.

–¡No! –graznó el astrúz–, nosotros querer Sannicaus año próximo. Traer más huevos. Más otro año. Y otro, y otro, más huevos. Más pequeños Sannicaus. Si Sannicaus no venir, nosotros no trabajar.

–Hay mucho tiempo por delante. Ya hablaremos entonces. O nos volveremos todos locos o los astruces habrán olvidado la fiesta.

Pierce abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, la cerró de nuevo, la abrió otra vez y finalmente consiguió hablar:

–Comandante, quieren que venga todos los años.

–Yo lo sé, pero el año próximo no se acordarán.

–Pero, no comprende... Un año para ellos es una revolución completa alrededor de Júpiter. Esto significa una semana y tres horas del tiempo terrestre. ¡Quieren que Santa Claus venga todas las semanas!

–¡Todas las semanas! –rugió Pelham–. Johnson les dijo...

Durante unos instantes le pareció que todo eran chispas dando saltos mortales. Se quedó sin respiración y automáticamente sus ojos buscaron a Olaf.

Olaf se quedó frío hasta el tuétano. Se levantó sobrecogido y se deslizó hacia la puerta. Se detuvo cuando estaba en el umbral; de repente recordó la tradición.

Con la barba semidesprendida graznó:

–¡Felices Navidades y buenas noches a todos!

Corrió hacia el trineo como si todos los diablos le pisaran los talones. No eran los diablos, era el comandante Scott Pelham.

## Los cáiganse muertos

Clifford D. Simak

*A veces, Cliff Simak es considerado como perteneciente a la clase del 39 de la ciencia-ficción, ese grupo de inteligentes escritores que surgieron antes de la segunda guerra mundial, casi en forma simultánea. Los cuentos de Simak aparecieron en las mismas revista que los de ellos, se hizo tan popular entre los lectores como lo eran los del grupo, y obtuvo el mismo tipo de fama de largo alcance. Pero en realidad Simak era un escritor reconocido media docena de años antes de que Asimov, Heinlein, Sturgeon, De Camp, y los restantes colaboradores aparecieran. Sus primeros cuentos se publicaron en 1932, un par de años antes del debut de Stanley G. Weinbaum.*

*Tal como lo ha sido durante la mayor parte de su vida, Simak es hoy un periodista de Minneapolis que escribe ciencia-ficción en su tiempo libre. Es muy activo en el género, produce casi una novela por año, y sus contribuciones han sido distinguidas al ser elegido como huésped de honor en la Convención Mundial de Ciencia-Ficción de 1971, en Boston. Muchos de sus cuentos tratan sobre los problemas de los exploradores de los mundos extraños, tal como el que aquí ofrecemos.*

**Robert Silverberg**

Las criaturas eran increíbles. Parecían salidas de la pluma temblorosa de un dibujante de historietas muy alcoholizado.

Un rebaño se apretaba en un semicírculo frente a la nave, ni asustadizas ni beligerantes, simplemente curiosas.

Habitualmente, cuando una espacionave se asienta en un planeta desconocido, lleva una semana, por lo menos, que los seres vivos se animen a dejar sus escondrijos y a acercarse a echar un vistazo.

Las criaturas eran del tamaño aproximado de una vaca, pero en ningún modo compartían la gracia de ese animal.

Sus cuerpos estaban apelotonados, como si cada uno se hubiera encontrado en plena carrera con una pared.

Y estaban tan llenos de protuberancias como cabía esperar después de tal colisión. Sus flancos estaban salpicados con largas manchas de colores pastel, el tipo de color que nunca se encuentra en ningún animal que se respete: violeta, rosa, naranja, *chartreuse*; nombrando sólo unos pocos.

El efecto total era el de una labor de punto realizada por una anciana acostumbrada a tejer alocadas colchas.

Y eso no era lo peor.

De sus cabezas, o de otras partes de su anatomía, brotaba un extraño tipo de vegetación, así que parecía que cada animal se ocultaba, en forma no muy efectiva, detrás de una maleza realizada desmañadamente.

Para completar la situación, y tornarla completamente loca, de tal vegetación crecían frutas y vegetales, o lo que parecían ser frutas y vegetales.

Así que allí nos quedamos. Las criaturas nos miraban y nosotros las mirábamos, y finalmente una se acercó hasta que no estuvo a más de dos metros.

Se paró allí, mirándonos intensamente. Y luego cayó muerta a nuestros pies.

El resto del rebaño tornó grupas y trotó en forma desmañada como si hubieran hecho lo que vinieron a hacer, y ahora pudieran volver a sus naturales ocupaciones.

Julián Oliver, nuestro botánico, se rascó la cabeza, que encanecía rápidamente, con un ademán distraído.

–Otro «queseyó» –se quejó–. ¿Por qué no nos puede tocar algo simple, para variar?

–Nunca son simples –le contesté–. ¿Recuerdas ese matorral de Hamal V que pasaba la mitad de su vida como una especie de glorioso tomate, y la otra mitad como una ortiga venenosa en grado A?

–Lo recuerdo –dijo Oliver tristemente.

Max Weber, nuestro biólogo, se dirigió hacia la criatura y la tocó, extendiendo la mano cuidadosamente.

–Lo malo es –dijo– que el tomate de Hamal era un asunto de Julián, y éste lo tengo que estudiar yo.

–No diría que solamente te toca a ti –replicó Oliver–. ¿Cómo definirías a la vegetación que crece en ellas?

Llegué lo suficientemente rápido como para ver el comienzo de otra discusión.

Había escuchado tales divergencias durante los últimos doce años, a través de varios cientos de años luz, y en unas dos docenas de planetas. No podía detenerme aquí, pero iba a tratar de posponer el asunto hasta que tuvieran algo más importante que discutir.

–¡Basta! –les dije–. Nos quedan solamente dos horas antes de que llegue la noche, y tenemos que tratar de levantar el campamento.

–Pero esta criatura –dijo Weber–. No podemos dejarla aquí.

–¿Por qué no? Hay millones más. Esta se quedará aquí, y si no...

–¡Pero se cayó muerta!

–¿Y qué? Era vieja y débil.

–No, no lo era. Estaba en su época más lozana.

–Hablaremos de esto más tarde –dijo Alfred Kemper, nuestro bacteriólogo–. Estoy tan interesado como vosotros, pero lo que acaba de decir Bob es cierto. Tenemos que armar el campamento.

–Y además –agregué, mirándolos severamente–. Observaremos las reglas, no importa lo inocente que nos parezca este planeta. No comeremos nada, no cogeremos nada. No saldremos a vagar solos. No nos descuidaremos en ningún momento.

–No hay nada aquí –dijo Weber–. Sólo estos rebaños de animales. Nada más en las praderas interminables. No hay árboles, no hay colinas. Nada.

No quería decir que había que olvidarse de las reglas. Sabía tan bien como yo la necesidad de cumplirlas. Simplemente, quería discutir.

–Muy bien –le contesté–, ¿qué vamos a hacer? ¿Armamos el campamento o pasamos la noche en la nave?

Eso decidió la cosa. Tuvimos el campamento listo antes de que el Sol se pusiera, y cuando llegó la obscuridad nos encontró dentro. Carl Parsons, nuestro ecólogo, tenía listo el fuego y la comida preparada, antes de que se hubiera terminado de preparar la última de las tiendas.

Saqué mi maletín y mezclé los alimentos que constituían mi rigurosa dieta, mientras me gastaban bromas. Ya no me molestaba. Sus chanzas eran automáticas, y yo también daba respuestas automáticas. Era algo que venía sucediendo desde hacía mucho tiempo. Tal vez era mejor que fuera así. Tal vez mejor que si no les hubiera importado nada la pobreza de mi variedad de alimentos.

Carl estaba haciendo carne a la parrilla, y traté de ponerme donde la pudiera oler. Nunca sucede que no pueda llegar a sacrificar mi brazo derecho con tal de poder comer un buen trozo de carne, o cualquier otra comida normal. Este régimen dietético que debo seguir mantiene viva a una persona, pero es lo máximo que puede decirse a su favor.

Bien sé que las úlceras deben curarse como una enfermedad tonta y arcaica. Pregunten a cualquier médico, y les contestará que ya no se sufren. Pero el estado de mi estómago y mi caja para transportar las fórmulas dietéticas prueban que todavía existen algunos casos. Creo que es lo que pudiera llamarse un trastorno ocupacional. Los equipos de investigación planetaria se enfrentan a problemas muy difíciles.

Después de la cena salimos y trajimos más cerca al extraño ser para poder observarlo mejor. Era más raro viéndolo de cerca que teniéndolo a una cierta distancia.

No había nada de broma acerca de la vegetación. Era verdadera, y formaba parte de la criatura. Pero parecía crecer solamente en determinadas zonas, de determinado color.

Hallamos otra cosa, que prácticamente dejó a Weber boqueando de asombro. Una de las manchas de colores tenía unos agujeros, como si fueran para poner clavijas.

Cuando Weber extrajo su cortaplumas y se puso a hurgar en uno, encontró un animalito que se parecía a una abeja. Hurgó en otro, puesto que casi no podía dar crédito a sus ojos, y sacó otra abeja. Ambas muertas.

Tanto él como Oliver querían comenzar la disección allí mismo, pero pudimos disuadirlos.

Echamos a suertes a quién le tocaba la primera guardia, y con mi tradicional fortuna, me tocó a mí. En realidad, no había muchas razones para mantener a uno de nosotros despierto, puesto que se hallaba conectado el sistema de alarma, pero esas eran las reglas y había que cumplirlas.

Tomé una pistola y los otros dijeron buenas noches, y se metieron en sus tiendas. No importa lo endurecido que se esté, es difícil dormir muchas horas la primera noche que se llega a un nuevo planeta, así que los sentí charlar durante largo rato.

Me senté en una silla al otro lado de la mesa del campamento, donde había una linterna, en vez de la habitual fogata. No habiendo árboles ni leña, mal podíamos encender fuego.

Me senté, como digo, al otro lado de la mesa, con la criatura muerta al lado opuesto, y comencé a preocuparme, si bien no parecía que hubiera la necesidad en ese momento.

Pero sentado a la mesa no podía por menos de pensar y repensar sobre lo extraño de ese ser mixto. Lo único que hice fue preocuparme en vano, así que me alegré cuando Talbott Fullerton, el de la Doble Visión, vino y se sentó a mi lado.

Si bien mi alegría no fue mucha. Ninguno de nosotros tenía una especial devoción por Fullerton. Ninguno de nosotros la sentía, para ser exacto.

—¿Está demasiado nervioso para dormir? —le pregunté.

Asintió con la cabeza, mirando las sombras que se extendían más allá de la luz de la linterna.

—Me pregunto —dijo —si éste podría ser el planeta.

—No sigas persiguiendo una fábula, un mítico El Dorado.

—Lo encontraron una vez —dijo testarudamente—. Está bien documentado.

—Y también al Grial, o a la Atlántida, o a las Siete Ciudades. Pero nadie los encontró porque nunca existieron.

Se sentó donde le daba la luz de la linterna y pude ver su expresión salvaje, mientras sus manos se cerraban y abrían espasmódicamente.

—Sutter —me dijo tristemente—, no sé por qué continúas burlándote. En alguna parte de este Universo debe de estar la inmortalidad. En algún lugar se ha logrado



encontrar. Y la raza humana debe alcanzarla. Ahora tenemos todo el espacio para buscar. Millones de planetas, y eventualmente otras galaxias. No tenemos que hacer sitio para los que vienen detrás, como si tuviéramos que arreglarnos en un solo planeta, o en un único sistema solar. ¡Te digo que la inmortalidad es el próximo paso que debe dar la humanidad!

—Olvídate —le dije, suavemente.

Pero una vez que Doble Visión comenzaba a hablar de eso no se le podía parar.

—Mira este planeta —dijo—. Muy similar a la Tierra. Un sol adecuado. Buen terreno, buen clima, agua en abundancia. Un lugar ideal para establecer una colonia. ¿Cuánto tiempo calculas que pasará antes de que el hombre se establezca aquí?

—Mil años. Cinco mil. Tal vez más.

—Así es. Y hay incontables planetas como éste, esperando que los colonicen. Pero no podremos. Porque no hacemos más que morirnos. Y eso no es todo...

Escuché pacientemente el resto. Lo terriblemente perjudicial que era que los seres humanos murieran. Me sabía la historia de memoria. Antes de Fullerton, ya habíamos tenido otro fanático de la Doble Visión. Y antes de éste, otro. Cada uno de estos equipos, no importa cuál fuera su destino o sus propósitos, debía llevar a un agente del Instituto de la Inmortalidad.

Pero este chico era un poco peor que los otros. Era su primer viaje y estaba lleno de ideales. En cada uno bullía la intensa dedicación a un mismo propósito: que el ser humano debía vivir siempre y que la inmortalidad podía y debía lograrse. Puesto que la había hallado una espacionave sin nombre, proveniente de un planeta desconocido, hacía indeterminada cantidad de años atrás.

Era un mito, por supuesto. Tenía las características de los mitos, y despertaba la fiera lealtad que sólo ellos inspiran. Se mantenía vivo gracias al Instituto de la Inmortalidad, que funcionaba con fondos del gobierno, y con billones de regalos y dádivas provenientes de los esperanzados ricos y pobres. Todos, por supuesto, habían muerto, o lo iban a hacer, a pesar de su magnífica generosidad.

—¿Qué es lo que buscas? —le pregunté a Fullerton, algo aburrido—. ¿Una planta? ¿Un animal? ¿Una persona?

Y replicó, solemne como un juez.

—Eso no lo sé, o más bien, no debo decirte lo poco que sé.

—Como si me importara.

Pero seguí pinchándolo. Tal vez sólo fuera para pasar el rato. O porque me desagradaba el tipo. Los fanáticos me molestan. No dejan en paz.

—¿Sabrás cuando lo encuentres?

No me contestó, sino que simplemente me miró con esos ojos extraviados que tenía.

Era mejor que dejara de molestarlo. Lo haría gritar. Nos sentamos en silencio un rato más. Sacó un mondadientes del bolsillo y se lo puso en la boca, mascándolo distraídamente. Hubiera querido abofetearlo, puesto que mascaba mondadientes permanentemente, y había llegado a constituirse en un hábito verdaderamente irritante. Me parece que yo también tenía los nervios de punta.

Finalmente terminó de escupir los maltrechos pedazos del mondadientes y se fue a la cama. Me quedé solo, mirando hacia la nave, y la luz de la linterna iluminó la leyenda inscrita en ella: Caph VII - Ag Survey 286, que nos identificaría en cualquier lugar de la galaxia.

Porque todos conocían a Caph VII, el planeta de experimentaciones en agricultura, de la misma forma en que conocerían a Aldebarán XII, el planeta de las investigaciones médicas, o a Capella IX, el planeta de las universidades, o a cualquiera de los otros, sede de departamentos espaciales.

Caph VII es una operación masiva, y los cientos de equipos de investigación similares al nuestro eran solamente una parte de ella. Pero éramos las vanguardias que iban a los nuevos mundos, algunos de ellos no registrados en los mapas, otros con meras indicaciones superficiales, buscando plantas y animales que pudieran ser de utilidad experimental.

Sin embargo, no podíamos decir que nuestro equipo hubiera encontrado cosas muy importantes. Habíamos hallado un césped que andaba más o menos bien en unos mundos de Witania, pero no habíamos logrado ningún éxito que pudiera ser distinguido. La suerte no nos acompañaba, tal como en el asunto de la hierba venenosa de Hamal. No importaba el hecho de que nos esforzáramos tanto como el resto de los equipos.

A veces era una píldora difícil de tragar, cuando otros traían cosas que les valían felicitaciones y premios especiales, mientras que nosotros nos presentábamos tímidamente con un césped melancólico, o tal vez con nada. Esta es una vida difícil, y no dejen que nadie les diga lo contrario. Algunos de los planetas son asuntos verdaderamente peliagudos, y a veces los muchachos vuelven en malas condiciones, o no vuelven.

Pero esta vez parecía que habíamos tenido suerte. Un planeta pacífico, con buen clima, terreno nada escabroso, sin habitantes hostiles y con una fauna no peligrosa.

Weber tardó un poco en presentarse para su turno de guardia, pero finalmente me relevó.

Era indudable que todavía estaba con los ojos fuera de las órbitas por el asombro que le había causado la criatura. Le dio varias vueltas, mirándola y remirándola.

—Es el más fantástico caso de simbiosis que jamás haya visto —me dijo—. Si no la tuviera delante de mis ojos diría que es imposible que exista. Habitualmente la simbiosis se asocia a seres poco desarrollados, a formas muy primitivas de vida.

—¿Te refieres al arbusto que crece en los flancos?

Asintió.

—¿Y las abejas?

Hizo una serie de ruidos guturales.

—¿Cómo puedes afirmar sin lugar a dudas que es simbiosis?

Casi se retuerce las manos de desesperación.

—No lo sé —admitió.

Le pasé mi rifle y me dirigí a la tienda que compartía con Kemper. El bacteriólogo estaba despierto cuando entré.

—¿Eres tú, Bob?

—Soy yo. Todo está en orden.

—He estado pensando —me dijo—. Este es un lugar loco.

—¿Te refieres a las criaturas?

—No, no te lo digo por eso. El planeta en sí. Nunca vi nada igual. Completamente desnudo. Sin árboles, sin flores. Nada. Sólo un mar de hierba.

—¿Por qué no? —le pregunté—. ¿Dónde está escrito que no se pueda encontrar un planeta con hierbas y nada más?

—Es demasiado simple —protestó—. Demasiado limpio y amplio. Como si alguien hubiera dicho: Hagamos un planeta simple. Eliminemos los experimentos biológicos y vamos a lo esencial. Solamente una forma de vida, y hierbas para alimentarla.

—Te estás perdiendo en tus propias conjeturas —proteste—. ¿De dónde sacas que esto es así? Puede haber otras formas de vida. Otros tipos de complicaciones que no soñamos. Sólo hemos visto estas criaturas, pero tal vez haya otras cosas.

—¡Oh! ¡Al diablo! —y se volvió para el otro lado.

Era un tipo que me gustaba. Habíamos compartido la misma tienda desde hacía más de diez años, y siempre nos habíamos llevado bien.

Muy a menudo había deseado que sucediera lo mismo con todos. Pero eso era demasiado pedir.

La discusión comenzó después del desayuno, cuando Oliver y Weber insistieron en usar la mesa del campamento como mesa de disección. Parsons, que a veces hacía de cocinero, se puso furioso. No sé por qué lo hacía, puesto que estaba vencido antes de comenzar. Lo mismo había pasado muchas veces, y antes de ponerse a discutir debería haber adivinado que iban a usar la mesa.

Pero peleó bien.

—¡Iros a otro lado con vuestras carnicerías! ¡Quiero ver quién va a comer sobre una mesa llena de sangre!

—Pero Carl, ¿dónde lo hacemos? Usaremos un extremo de la mesa únicamente.

Lo que casi fue una broma, porque en poco rato se habían adueñado de toda la mesa.

–¡Poned por lo menos una lona! –rugió Parsons.

–No se puede hacer la disección sobre una lona. Hay que tener...

–Y otra cosa. ¿Cuánto tiempo os va a llevar? ¡No quiero pensar cómo va a oler eso dentro de uno o dos días!

Y así siguió durante un buen rato, pero para cuando comencé a subir la escalera para traer los animales, Oliver y Weber ya estaban trabajando.

El descargar los animales es algo que no se ajusta a mis tareas oficiales, pero me había acostumbrado a hacerlo para que cuando Weber o alguno de los otros se dispusieran a comenzar las pruebas, se encontraran listos.

Fui hacia el compartimiento en que guardábamos las jaulas.

Las ratas comenzaron a chillar y los zartyls de Centauro me dirigieron sus gruñidos, mientras que los punkis de Polaris armaban un alboroto, porque siempre tienen hambre. Nunca tienen suficiente. Si se les da todo lo que quieren se matan a fuerza de comer.

Era todo un trabajo llevarlos hasta la compuerta y de allí bajarlos a tierra, pero finalmente lo logré sin que se me rompiera una sola jaula. Habitualmente se me destrozaban una o dos de las jaulas, los animales se escapaban y luego Weber se pasaba varios días haciendo comentarios acerca de mi torpeza.

Puse las jaulas en filas, y ordenadamente estaba cubriéndolas con unas lonas para proteger a los animales de los cambios climáticos cuando Kemper vino a ver lo que estaba haciendo.

–He estado mirando un poco.

Por la forma en que lo dijo me pareció que estaba muy dispuesto a hablar.

Pero no le pregunté nada, porque entonces no me hubiera dicho una sola palabra. Había que esperar que estuviera listo.

–Qué sitio más tranquilo, ¿verdad? –y eso fue todo lo que dije.

Era un día claro y sin nubes, y el Sol no estaba demasiado caluroso. Había una brisa, y se podía ver a lo lejos. Todo estaba en calma. No se oía ruido alguno.

–Es un lugar solitario –dijo Kemper.

–No te comprendo –le contesté pacientemente.

–¿Recuerdas lo que te dije anoche, acerca de que este planeta me parecía demasiado simple?

Se quedó mirándome mientras colocaba las lonas, como si pensara lo que iba a decirme. Esperé pacientemente. Finalmente explotó.

–¡Bob! ¡No hay insectos!

–¿Y qué tienen que ver los insectos...?

–Tú sabes a qué me refiero –me dijo–. Mira lo que pasa en la Tierra, o en cualquier planeta similar. Te echas en la hierba y comienzas a ver insectos. Algunos en el suelo y otros sobre las hojas. De todo tipo.

–¿Y aquí no los hay?

Negó con la cabeza.

–No que yo haya visto. Di vueltas, me eché en el suelo una docena de veces, y ¡nada! Lo lógico es que si se busca toda una mañana, se hallen algunos insectos. ¡Esto no es natural, Bob!

Seguí con mi tarea, pero me corrió un escalofrío por lo que me había dicho Kemper. No es que me importaran un rábano los insectos, pero, tal como decía Kemper, era algo no natural, si bien en este trabajo uno tenía que acostumbrarse a las cosas no naturales.

–Están las abejas –le dije.

–¿Qué abejas?

–Las de las criaturas. ¿No las viste?

–No. No me acerqué a ninguna de las criaturas. Tal vez las abejas no viajen demasiado lejos.

–¿Hay pájaros?

–No los vi. Pero me equivoqué acerca de las flores. El césped tiene unas florecillas muy pequeñas.

–Es donde van las abejas.

La expresión de Kemper se hizo de una fijeza de piedra.

–Así es –dijo–. ¿No ves que hay un esquema, un plan...?

–Ya veo –le dije.

Me ayudó con la lona, y no hablamos más. Una vez que terminamos, nos dirigimos al campamento.

Parsons estaba cocinando el almuerzo y gruñéndole a Oliver y Weber, pero no le prestaban mucha atención. La mesa estaba llena de trozos de la criatura que habían disecado, y parecían asombrados.

–¡No tiene cerebro! –nos dijo Weber, con aire acusador, como si lo hubiéramos escondido cuando no miraba–. No podemos encontrar el cerebro, y no hay tampoco un sistema nervioso central.

–¡Es imposible! –declaró Oliver–. ¿Cómo puede existir un animal altamente organizado, y bastante complejo, si no tiene un sistema nervioso?

–Mirad lo que han hecho. ¡Vais a tener que comer de pie! –dijo Parsons.

–Realmente, esto es una carnicería –asintió Weber–. Para resumir lo que hemos encontrado hasta ahora, os diré que hay doce tipos diferentes de carne; algunos son de ave, algunos de pescados, algunos de carnes rojas. Tal vez haya algo de lagarto.

–Un animal que sirve para todo –dijo Kemper–. Tal vez hayamos encontrado algo, al fin.

–Si es comestible –dijo Oliver–. Si no te envenena, o si no hace que crezca pelo en el cuerpo.

–Eso es cosa de vosotros –le dije–. Ya descargué las jaulas y las alineé convenientemente. Pueden ir matando a los pobrecitos, si les parece.

Weber miró el desbarajuste que había sobre la mesa.

–Hemos hecho solamente un trabajo exploratorio –explicó–. Deberíamos poder empezar de nuevo. Habrá que buscar otro, Kemper.

Este asintió con cierta resistencia.

Weber se quedó mirándome.

–¿Crees que podrás conseguir otro?

–Por supuesto –le dije–. No hay problema.

Y no lo hubo.

Después del almuerzo, una criatura vino hacia nosotros, como si quisiera hacernos una visita. Se paró a corta distancia de donde estábamos y luego, tranquilamente, cayó muerta.

Durante los días siguientes, Oliver y Weber casi no tuvieron tiempo para dormir y comer. Hicieron disecciones y estudiaron.

No podían dar crédito a sus ojos. Discutieron. Hicieron ademanes con los bistrúes en la mano, para enfatizar su angustia.

Casi se echan a llorar. Kemper llenó caja tras caja de preparados, y se mantuvo encorvado y semipetrificado sobre su microscopio.

Parsons y yo dábamos vueltas mientras los otros trabajaban.

Mi compañero extrajo varias muestras de césped, trató de clasificarlo y falló, porque no había múltiples clases. Solamente una.

Tomó notas sobre el tiempo, analizó muestras del aire y trató de compilar un informe ecológico, sin tener demasiados datos.

Yo traté de encontrar insectos, cosa que nunca sucedía, salvo que estuviera cerca de un rebaño de esas criaturas. Busqué pájaros sin encontrarlos. Pasé dos días investigando un arroyuelo, echado sobre mi vientre y mirando el agua, sin

encontrar signos de vida. Busqué una bolsa de azúcar, puse un lazo alrededor de la boca y pasó dos días más tratando de pescar algo. Nada. Ni un pez, ni un cangrejo. Nada.

Para entonces estaba dispuesto a admitir que Kemper tenía razón.

Fullerton caminaba a nuestro alrededor, pero no prestamos ninguna atención a lo que hacía. Los de la Doble Visión siempre estaban buscando algo raro. Después de un tiempo uno se cansaba. Yo hacía ya veinte años que estaba cansado.

El último día que había ido a pescar, Fullerton se me acercó cuando caía la noche. Se quedó mirándome trabajar. Cuando alcé la vista me di cuenta que hacía largo rato que observaba lo que hacía.

–No hay nada ahí –me dijo.

Por la forma en que lo dijo parecía que lo sabía desde hacia mucho, y que yo era un tonto por estar buscando lo que no existía.

Pero esa no fue la única razón por la cual me enfadé.

Tenía en la boca un trozo del césped, y lo estaba masticando como hacía con los mondadientes.

–¡Escupe eso! –le grité–. ¡Estúpido!

Me miró asombrado y escupió el césped.

–Me resulta difícil acordarme –me explicó–. Fíjate, es mi primer viaje y...

–Ten cuidado de que esas cosas no logren que sea el último –le dije brutalmente–. Pregúntale a Weber, cuando tengas tiempo, lo que le pasó a uno que arrancó una hoja y se puso a masticarla. Distraído. Claro. Por hábito, pero fue igual que si se suicidara.

Fullerton se enderezó, rígido.

–No lo olvidaré –me dijo.

Me quedé mirándole y sintiéndome un poco mal por haber sido duro con él.

Pero había que hacerlo. Las formas inocentes en que un hombre podía morir se eran demasiadas.

–¿Encontraste algo? –le pregunté.

–He estado estudiando a las criaturas. Había en ellas algo raro que no podía determinar bien.

–Creo que puedo detallarte una centena de cosas raras.

–No es eso lo que quiero decir, Sutter. No te hablo de los parches de colores ni de los arbustos que crecen en ellos. Hay algo más. Finalmente lo capté. No hay ninguna que sea joven.

Fullerton tenía razón, por supuesto. Me di cuenta después que lo mencionó. No había terneros, o como quieran llamarlos.

Todos eran adultos. Y, sin embargo, eso no quería necesariamente decir que no existieran terneros. Tal vez simplemente era que no los habíamos visto aún. Y lo mismo podía aplicarse a los insectos, pájaros y peces. Tal vez existían en este planeta, pero todavía no los habíamos encontrado.

Y luego, algo tardíamente, me di cuenta de la inferencia, de la esperanza, de la loca fantasía que se escondía detrás de lo que Fullerton había descubierto, o pensaba que había descubierto.

–¡Estás chiflado! –le dije.

Me miró, y sus ojos relucían como los de un niño en Navidad. Finalmente me dijo:

–Teníamos que encontrarlo, Sutter. En alguna parte.

Me puse de pie y me quedé mirándole. Luego miré la red que tenía en las manos, y la tiré al agua, viendo cómo se hundía.

–Seamos sensatos –le dije–. No tenemos pruebas de esto. La inmortalidad no sería nada así. De esta forma sólo se llega a algo sin salida. No se lo menciones a nadie, pues te mandarán a casa sin el menor asomo de piedad.

No sé por qué perdí el tiempo en hablarle. Se quedó mirándome tozudamente, con esa rara luz de esperanza y triunfo en los ojos.

–Mantendré la boca cerrada –le dije cortésmente–. No mencionaré nada de esto a nadie.

–Gracias, Sutter –me dijo–. Verdaderamente te lo agradeceré.

Por la forma en que lo dijo me di cuenta de que, en ese momento, me asesinaría con todo placer. Nos volvimos al campamento.

Mientras tanto, lo habían dejado como nuevo. Habían limpiado la mesa tan bien que parecía que brillaba.

Parsons estaba cocinando la comida de la noche, mientras cantaba una de sus cancioncillas obscenas. Los otros tres estaban sentados en las sillas de campamento, habían sacado una botella de aguardiente, y una vez más parecían seres humanos.

–¿Todo bien? –pregunté.

Pero Oliver movió la cabeza negativamente. Le sirvieron un vaso a Fullerton y éste lo aceptó, algo involuntariamente, pero lo aceptó. Bueno, Doble Visión estaba comportándose mejor. A mí no me ofrecieron nada. Sabían que no podía beberlo.

–¿Y qué tenemos? –pregunté.

–Tal vez sea algo bueno –dijo Oliver–. Indudablemente que es un animal que sirve para todo. Pone huevos, da leche, hace miel. Tiene seis diferentes tipos de



carnes rojas, dos de aves, una de pescados y un par de otras que no podemos identificar.

–Pone huevos –dije–. Da leche. Entonces se reproduce.

–Por supuesto –dijo Weber–. ¿Tú qué pensabas?

–No he visto animales jóvenes.

Weber gruñó.

–Tal vez tengan zonas destinadas a lugares de crianza. Algunos sitios a los que instintivamente llevan a los cachorros.

–O tal vez ejerzan un control de la natalidad –sugirió Oliver–. Eso encajaría con la ecología perfectamente determinada de la cual habla Kemper.

Weber gruñó.

–¡Ridículo!

–No tan ridículo –dijo Kemper–. Ni siquiera la mitad de ridículo de otras cosas que hemos encontrado. Ni la décima parte de ridículo que la falta de cerebro o de sistema nervioso. ¡No más ridículo que mis bacterias!

–¡Tus bacterias! –dijo Weber.

Se bebió medio vaso de aguardiente de un solo sorbo para hacer bien patente su desdén hacia el planteamiento.

–Las criaturas están plagadas de ellas –siguió Kemper–. Se encuentran en todas partes. No solamente en la circulación sanguínea y en zonas restringidas, sino en el organismo entero. Y todas son iguales. Normalmente se necesitan cientos de distintos tipos de bacterias para hacer que un organismo trabaje adecuadamente, pero en este caso sólo existe un tipo. Y ese, por definición general, debe de ser de propósitos múltiples. Debe de cumplir las tareas que las otras cientos de especies realizan.

Le sonrió a Weber.

–Ahí tienes tus cerebros y tu sistema nervioso. Las bacterias se duplican para llenar el vacío de ambos sistemas.

Parsons se acercó, dejando la cocina, y se plantó con sus puños en las caderas, asiendo un tenedor en una mano.

–Si queréis saber lo que pienso –dijo–. Las criaturas son una equivocación. No pueden ser así.

–Pero lo son –dijo Kemper.

–¡No tiene sentido! Un césped para comer. Un tipo de vida. Apuesto a que si pudiéramos hacer un censo hallaríamos que la población de las criaturas es de capacidad exacta. Tantas por acre, pensadas exactamente hasta el último bocado

de vegetación. Justo lo suficiente para que coman, y nada más. Las suficientes criaturas para que no haya demasiado verde. O demasiado poco.

–¿Y qué hay de malo en eso? –pregunté, para molestarle.

Durante un minuto pensé que me iba a clavar el tenedor.

–¿Y qué hay de malo? –tronó–. La naturaleza nunca es estática, pero aquí, sí. ¿Dónde está la competencia? ¿Dónde está la evolución?

–Ese no es el hecho –dijo Kemper tranquilamente–. Lo que importa no es que las cosas sean como son, sino por qué. ¿Cómo pasó? ¿Cómo fue planeado? ¿Por qué fue planeado?

–No se ha planeado nada –le dijo Weber con resentimiento–. Fíjate en lo que dices.

Parsons volvió a su cocina. Fullerton se había ido a dar una vuelta. Tal vez se descorazonó cuando se enteró de lo de los huevos y la leche.

Durante un rato no hicimos otra cosa que permanecer en silencio.

Finalmente Weber dijo:

–La primera noche de guardia vine a relevar a Bob y le dije...

Me miró.

–¿Recuerdas, Bob?

–Si. Hablaste de simbiosis.

–¿Y ahora? –dijo Kemper.

–No sé. Me parece imposible. Pero si así fuera, esta criatura sería el más fabuloso ejemplo de simbiosis existente. La simbiosis llevada a su última conclusión. Como si, hace mucho tiempo, las formas de vida hubieran dicho: dejemos de molestar, unámonos, cooperemos. Y las plantas, y animales, y peces y bacterias se unieron y...

–Es una idea loca, por supuesto –dijo Kemper–. Pero tampoco es tan imposible. Simplemente una extralimitación, nada más. La simbiosis es una forma reconocida de vida y...

Parsons anunció a gritos que la comida estaba lista. y yo me fui a mi tienda, saqué mi caja de alimentos y me preparé mi dieta. Era un alivio el poder comer en privado, sin oír las bromas de los otros frente a lo que tenía que embuchar.

Hallé una serie de notas en la mesita que usaba como escritorio. Las miré mientras comía. Eran simples anotaciones bastante difíciles de descifrar a veces, con manchas de sangre y de las cosas que había sobre la mesa de disección. Pero estaba acostumbrado, pues así eran todas las que tenía a mano por entonces. Pude descifrarlas.

No hablaban de todo, por supuesto, pero sí había suficientes datos como para darme cuenta de lo que me habían dicho, y de otras cosas que no se mencionaron.

Por ejemplo, los parches de colores que les daban a las criaturas ese raro aspecto de tejido escocés, correspondían a los tipos distintos de carne de ave, de peces o de carnes rojas, o de otras clases distintas, fueran lo que fuesen. Parecía que cada uno de estos cuadrados fuera la persistencia de cada uno de los animales que entraron en aparente simbiosis. Si realmente se podía hablar de simbiosis.

El aparato de reproducción por huevos estaba descrito en detalle, pero no aparecían signos de reciente producción de los mismos. Lo mismo sucedía con el aparato para la lactancia.

Se habían hallado, según constaba en las notas tomadas con la escritura apretada de Oliver, cinco tipos distintos de frutas y tres de vegetales, que derivaban de las plantas que crecían en las criaturas.

Dejé a un lado las notas, y me eché hacia atrás en la silla, regodeándome un poco.

¡He aquí el cultivo diversificado y su venganza! Se podía tener carne y productos lácteos, peces, aves, huerta y jardín, todo en uno, ¡todo en el cuerpo de un único animal!

Volví a examinar las notas y hallé lo que buscaba. Los productos alimenticios parecían ser muy abundantes en relación al peso del animal. Muy poco se perdería en el aprovechamiento.

Eso sería algo muy importante para un economista. Pero no todo, por supuesto. ¿Y si las criaturas no eran comestibles?

Supongamos que no se las pudiera mover del planeta, porque al hacerlo murieran.

También recordaba cómo habían venido hacia nosotros y habían caído muertas. Eso en sí era otro verdadero dolor de cabeza.

¿Y si sólo podían comer la vegetación de este planeta?

¿Podría hacérselos crecer en otra parte? ¿Y qué tolerancia tendrían a los distintos tipos de clima? ¿Cuál era su cifra de reproducción? Si era lenta, tal como se había indicado, ¿se podría acelerar? ¿Cuál era la velocidad de crecimiento?

Me levanté, salí de la tienda y estuve parado un rato fuera.

La brisa que había estado soplando se detuvo al caer el Sol, y el lugar estaba muy silencioso. Silencioso porque las únicas que podían hacer ruido eran las criaturas, y todavía no habíamos visto que emitieran un solo sonido. Las estrellas brillaban, y había tantas que iluminaban el paisaje como si hubiera luna.

Fui hasta donde el resto de los hombres estaban sentados.

–Parece ser que estaremos aquí algún tiempo –dije–. Mañana deberíamos sacar las cosas de la nave espacial.

Nadie me contestó, pero en el silencio podía sentir la satisfacción, oculta a medias, y el triunfo. ¡Por fin habíamos sacado el premio grande! Volveríamos con algo que haría que los otros equipos palidieceran. Por esta vez nos tocarían las felicitaciones y las recompensas.

Oliver rompió el silencio.

–Algunos de nuestros animales no están bien. Fui esta tarde a verlos. Un par de cobayos y varias ratas.

Me miró acusadoramente.

Me enfadé.

–No me mires. ¡Yo no estoy a cargo de ellos! Me limito a cuidarlos hasta que tú estés listo para usarlos.

Kemper entró en la conversación para buscar una discusión.

–Antes de que los alimentemos deberemos hallar otra criatura.

–Te apuesto cualquier cosa –dijo Weber.

Kemper no aceptó la apuesta.

Y hubiera sido mejor que lo hubiera hecho, porque la criatura apareció después del desayuno, y murió con un *savoir faire* maravilloso.

Se pusieron a trabajar en ella inmediatamente.

Parsons y yo comenzamos a descargar las vituallas. Nos afanamos mucho ese día. Desembalamos la unidad frigorífica, por la que Weber había estado protestando, para mantener fresca la carne de las criaturas. Bajamos una serie de equipos y una cantidad de cosas que no creo que nos sirvieran para nada, pero que algunos querían tener a mano. Armamos tiendas, trabajamos y cargamos todo el día.

Hacia la tarde teníamos todo acomodado bajo lonas, y estábamos completamente agotados. Kemper siguió estudiando sus bacterias, Weber pasó horas con los animales. Oliver cavó para sacar una buena cantidad de hierba y la estuvo examinando todo el día. Parsons salió a hacer sus habituales paseos, murmurando y protestando. De todos nosotros, Parsons tenía el trabajo más irritante.

Habitualmente, la ecología de hasta el más simple de los planetas es un problema complicado, y hay que hacer una serie de trabajos. Pero aquí no pasaba nada. No había competencia para la supervivencia. Ningún perro se comía al otro. Simplemente había criaturas que comían hierbas. Comencé a esbozar mi informe, sabiendo que iba a tener que ser revisado y reescrito una y otra vez.

Pero estaba ansioso por comenzar. Me sentía impaciente por ver cómo las cosas iban a concatenarme, si bien sabía desde el comienzo que algunas no

concordarían. Casi nunca lo hacen. Las cosas fueron bien. Demasiado bien, tal vez. Por supuesto hubo incidentes, como cuando algunos de los animales mordieron las jaulas y desaparecieron. Weber estaba casi a su lado.

–Volverán –dijo Kemper–. Con un apetito como el que tienen, no van a aguantar mucho.

Y tenía razón. Esos animalitos eran las criaturas más hambrientas de la galaxia. Nunca tenían bastante. Y podían comer de todo. No les importaba qué cosas, sino que hubiera en suficiente cantidad.

Ese factor de su metabolismo los tornaba valiosísimos como animales de estudio.

Los otros animales andaban muy bien con los productos de las criaturas. Los carnívoros comían los trozos de carne; los vegetarianos, las frutas y los vegetales. Se mantenían perfectamente bien.

Parecían estar mucho mejor que los animales de control, que prosiguieron su dieta habitual. Incluso las ratas y los cobayos que estaban enfermos, se curaron y se pusieron tan gordos como los otros.

Kemper nos dijo:

–La carne de las criaturas es más que un alimento. Es una medicina. Ya puedo ver los anuncios: Coman [Criatura] para mantenerse bien.

Weber respondió con un gruñido. Nunca había tenido mucho espíritu para las bromas, y ahora las cosas le preocupaban.

Siendo un hombre metódico, había hallado demasiadas situaciones que violaban sus criterios aceptables de la verdad.

Sin cerebro o sistema nervioso. Con posibilidad de morir a voluntad. Indicios de una simbiosis absoluta. Y las bacterias. Creo que lo que le debe de haber parecido peor de todo deben de haber sido las bacterias.

Parecía tratarse de un solo tipo. Kemper había buscado frenéticamente, sin encontrar otros. Oliver las halló en el suelo, Parsons en el agua y en la hierba. El aire, extrañamente, parecía libre de ellas.

Pero Weber no era el único preocupado. Kemper también lo estaba. Esa noche se quedó sentado en la cama, tratando de descargarse de su angustia, contándome sus cuitas.

Y realmente, había elegido el tema más loco del mundo para preocuparse.

–Puede explicarse todo –me dijo– si uno se halla dispuesto a admitir ciertas bases. Es posible explicar la existencia de las criaturas si se está dispuesto a admitir una disposición simbiótica efectuada en escala primaria. Se puede explicar la completa simplicidad de la ecología si se considera que, dado determinado espacio y tiempo, puede pasar cualquier cosa dentro de los límites de la lógica. Es posible imaginar la forma en que las bacterias pueden tomar a su cargo las funciones del cerebro y del sistema nervioso si se llega a la conclusión de que éste es un mundo poseído por las bacterias, y no por las criaturas. Y también es

factible considerar que las bacterias, todas y cada una de ellas, forman una inteligencia gigante. Si se acepta tal teoría, las muertes voluntarias se tornan comprensibles, porque realmente no hay tal cosa como la muerte, simplemente es como si alguien se cortara una uña. Y si esto es así, entonces Fullerton ha hallado la inmortalidad, si bien no es del tipo que imaginaba, y a nosotros no nos va a servir de nada. Pero lo que más me intriga –continuó, con una intensa preocupación reflejada en su cara– es la falta de todo tipo de mecanismo tendiente a la defensa. Aun presumiendo que las criaturas no son más que la fachada de un mundo de bacterias, los mecanismos de defensa deberían existir como una forma de protección. Todas las cosas vivas deberían tener una forma de defenderse o de escapar de sus enemigos. Luchan, o pelean, o se ocultan para tratar de preservar sus vidas.

Por supuesto que tenía razón. No solamente las criaturas no se defendían, sino que hasta le ahoraban a uno el trabajo de ir y matarlas.

–Tal vez estemos equivocados –dijo finalmente Kemper–. Tal vez la vida no sea tan valiosa. Tal vez no sea algo a lo que hay que aferrarse, ni por lo que hay que luchar. Tal vez las criaturas, en su forma de morir, están más cerca de la verdad que nosotros.

Y así siguió los siguientes días; dando vueltas y vueltas sobre el mismo tema y sin llegar a ninguna conclusión. Creo que la mayor parte del tiempo no me hablaba a mí, sino que decía las cosas a sí mismo, para tratar de llegar a alguna respuesta.

Y largo rato después de que habíamos apagado la luz, yo también, en mi pensamiento, seguía dando vueltas alrededor de los razonamientos de Kemper, pensando por qué las criaturas venían a morir así, estando en el momento de apogeo de sus vidas. ¿Era el morir un privilegio de los mejor dotados? ¿Habría realmente alguna razón para creer que eran inmortales?

Se me plantearon una serie de interrogantes, pero no hallé las respuestas.

Continuamos con nuestro trabajo. Weber sacrificó algunos de sus animales y los revisé, pero no hallé efectos indeseables a raíz de la alimentación con carne de las criaturas. Se hallaron trazas de las bacterias en su sangre, pero no había rastros de enfermedad, reacciones o formación de anticuerpos. Kemper siguió hacia adelante con sus trabajos sobre las bacterias. Oliver realizó una serie de experiencias con la hierba. Parsons se dio por vencido.

Los animalitos escapados no volvieron, y Parsons y Fullerton salieron para tratar de hallarlos, sin éxito.

Seguí trabajando en mi informe, y los datos comenzaron a coincidir, mucho mejor de lo que jamás hubiera esperado.

Las cosas parecían empezar a integrarse. Nos sentimos muy bien. Nos parecía tener la recompensa en nuestras manos.

Pero creo que a pesar de todo nos quedaban dudas acerca de si las cosas serían tan buenas como aparentaban. ¿Podría ser que realmente no pasara nada malo?

Por supuesto, pasó. Estábamos sentados alrededor de la mesa, después de la comida de la noche, iluminándonos con la luz de la linterna cuando oímos el ruido. Luego me di cuenta de que lo habíamos venido oyendo un rato antes de que tomáramos conciencia de él.

Comenzó en una forma tan progresiva y tan lejana que se nos impuso sin alarmarnos. Primero parecía como un suspirar anhelante, como si un viento suave soplara a través de las hojas de un árbol pequeño, y luego fue aumentando hasta un rumor lejano que no daba idea de amenaza alguna. Casi iba a decir algo acerca de que podrían ser truenos y comencé a pensar si no íbamos a ser testigos de un cambio de clima, cuando Kemper se puso de pie y gritó.

No sé qué fue lo que gritó. Tal vez no fuera una palabra definida, pero la forma en que lo hizo nos impulsó a correr con todas nuestras fuerzas a refugiarnos en la nave. Antes de llegar allí, en los pocos segundos que tardamos en alcanzar la escalerilla, ya se podía distinguir, sin lugar a dudas, el origen del sonido, que había cambiado y que ahora era el de cientos de pezuñas que tronaban directamente hacia el campamento.

Estaban casi sobre nosotros cuando llegamos, y no hubo tiempo ni espacio para que trepáramos. Fui el último en alcanzar la nave, y cuando vi que no había tiempo para subir, una docena de posibles planes de escape cruzaron por mi mente. Pero sabía demasiado bien que ninguno de ellos serviría. Entonces vi la cuerda que había quedado colgando en el lugar en que la dejara cuando realicé el trabajo de descargar las cosas, y salté para atraparla. No soy ningún experto en eso, pero les aseguro que trepé con rapidez. Y detrás de mí vino Weber, que tampoco era ningún experto, pero también se estaba arreglando muy bien.

Pensé en la suerte que había tenido cuando no tuve tiempo de descolgar todo el aparejo, y cómo Weber había protestado por no haberlo podido hacer. Casi me di la vuelta para gritarle, pero no tuve fuerzas.

Alcanzamos la portezuela y subimos a la nave. Detrás de nosotros vinieron una seria de animales, en plena espantada, y pasaron por encima del campamento. Parecía que hubiera millones de ellos. Una de las cosas que más miedo me daba era lo silenciosamente que corrían. No había mugidos ni otros ruidos similares; todo lo que podía oírse era el ruido de las patas al trotar. Parecía como si escaparan a raíz de una ciega furia que era demasiado intensa como para que hicieran ruido.

Se desparrramaron por miles, tan lejos como la vista podía alcanzar, en las praderas iluminadas por las estrellas, pero la nave espacial, interpuesta en su camino, las dividió. Pasaron una vez, y luego volvieron a pasar, y más allá de la nave dejaron un pequeño sector sin tocar. Pensé que hubiéramos podido quedar a salvo si nos hubiéramos acurrucado en ese sector, pero esa es una de tantas cosas que no se pueden prever.

Esto duró por lo menos una hora. Cuando las criaturas se fueron, bajamos a ver los daños que había sufrido el campamento. Los animales, en sus jaulas, alineadas entre el campamento y la nave, estaban a salvo. Las tiendas estaban en pie, salvo una. La linterna seguía dando luz. Pero todo lo demás estaba destrozado. Nuestras provisiones, pisoteadas. La mayor parte del equipo se había

perdido o estaba deshecho. A cada lado del campamento el suelo estaba pisoteado, y parecía un campo recién arado. Todo era un verdadero desastre. Había que pensar que estábamos vencidos.

La tienda que usábamos Kemper y yo como dormitorio estaba de pie, así que las notas que habíamos tomado estaban a salvo. Los animales también estaban bien. Pero eso era todo lo que teníamos: las notas y los animales;

–Necesito tres semanas más –pidió Weber–. Denme tres semanas para completar las pruebas.

–No tenemos tres semanas –le contesté–. Hemos perdido las provisiones.

–¿Y las raciones de emergencia de la nave?

–Eso es para el viaje de vuelta.

–Bien, podemos pasar un poco de hambre.

Nos miró a todos y a cada uno, lanzándonos el reto de hacernos pasar un poco de hambre.

–Yo mismo –dijo– puedo pasarme tres semanas sin comer nada.

–Podríamos comer carne de las criaturas –sugirió Parsons–. Podemos correr un riesgo.

Weber movió negativamente la cabeza.

–Todavía no –dijo–. Dentro de tres semanas, cuando las pruebas se hayan terminado, entonces puede ser que sepamos.

–Tal vez no necesitemos esas raciones para volver a casa. Tal vez podamos almacenar varios de estos animales y comer tranquilamente en nuestro viaje de vuelta.

Miré alrededor, pero sabía, antes de hacerlo, cuál sería la respuesta.

–Bueno –dije–, probaremos.

–Claro, a ti te parece bien –respondió Fullerton rápidamente–. Tú tienes tu maletín de raciones.

Pero Parsons lo cogió de los brazos y le sacudió tan violentamente que sus ojos bizquearon.

–¡No hablamos así de la dieta de Sutter!

Y luego le soltó.

Nos dispusimos a hacer guardias de dos en dos, puesto que la espantada había estropeado nuestro sistema de alarma, pero ninguno durmió mucho. Estábamos demasiado preocupados.

Personalmente, me preocupaba el porqué de la espantada de los animales. No había nada en el planeta que pudiera asustarlos.



No había otros seres vivos de tamaño grande. No se producían truenos ni relámpagos. En realidad, parecía que no podía existir violencia alguna en el planeta. Y, de acuerdo a lo observado, nada en las criaturas en sí podía predisponerlas a tales estallidos emocionales.

Pero, evidentemente, tenía que existir una razón y un propósito, me dije. Al igual que en el hecho de que se caían muertas delante de nosotros. Pero su propósito, ¿era inteligente o simplemente instintivo?

Eso era lo que más me preocupaba. Me tuvo despierto la noche entera.

Cuando amaneció, una de las criaturas vino hacia donde estábamos y se cayó muerta con toda alegría.

No desayunamos, y cuando llegó el mediodía nadie habló del almuerzo, así que seguimos hacia adelante.

Cuando se hizo casi de noche, subí la escalerilla para buscar algo para comer. No quedaba nada. En vez de las raciones hallé cinco de los punkins más gorditos que puedan imaginarse.

Habían agujereado las cajas de raciones, y se las habían comido.

Los envases no tenían nada dentro. Hasta se habían ingeniado para levantar la tapa de la caja de café, y se habían comido los granos.

Encontré a los cinco sentados en un rincón, pestañeando muy pagados de sí mismos. No alborotaron como era su costumbre. Tal vez se daban cuenta de que habían hecho algo malo, o tal vez estaban simplemente ahítos. Por primera vez habían encontrado toda la comida que se les antojara.

Me quedé mirándolos y me di cuenta cómo habían subido a la nave. Me eché la culpa por esto. Si hubiera tomado la precaución de cerrar adecuadamente la compuerta, esto no hubiera sucedido. Pero luego recordé que la sogá, colgando por la compuerta abierta, había salvado mi vida y la de Weber, así que no pude decidir si había hecho bien o mal.

Fui hacia donde estaban los punkins, y los levanté. Me puse tres en los bolsillos, y llevé los otros dos en la mano. Bajando de la nave, me dirigí al campamento. Puse los punkins sobre la mesa.

—Aquí están —dije—. Estaban en la nave. Por eso no pudimos encontrarlos. Subieron por la sogá.

Weber los observó detenidamente.

—Parecen bien alimentados. ¿Nos dejaron algo?

—Ni una migaja. Se lo comieron todo.

Los punkins estaban muy contentos. Evidentemente se alegraban de volver a vernos. Después de todo, ya se habían comido las raciones, así que no parecía haber razón para que continuaran a bordo.

Parsons tomó un cuchillo y se dirigió hacia la criatura que había muerto esa mañana.

–Muchachos –dijo–, ahora veremos.

Cortó grandes trozos de carne y los puso sobre la mesa. Luego encendió el fuego. Me tuve que ir a mi tienda tan pronto como comenzó a cocinar, pues nunca había oído algo tan exquisito como esos trozos de carne.

Saqué mi maletín, me preparé una mezcla gelatinosa y comencé a comerla, sintiendo mucha pena por mí mismo. Kemper vino, después de un rato, y se sentó en su jergón.

–¿Quieres que te cuente algo? –me preguntó.

–Hazlo –le dije, resignadamente.

–Es riquísima. Tiene de todo lo que has comido en tu vida. Tres distintos tipos de carne, un trozo de pescado y algo que se parecía a la langosta, sólo que más rica. Y en ese arbusto que les crece en la mitad de la espalda hay una fruta...

–Y mañana te caerás muerto.

–No lo creo –contestó Kemper–. Los animales han vivido muy bien con esta comida. No es en absoluto dañina.

Todo continuó indicando que Kemper tenía razón. Entre los animales y los hombres se comían una criatura por día. A ellas no parecía importarles. Eran de lo más complacientes. Todas las mañanas se acercaba una, que caía muerta para nosotros.

La forma en que comenzaron a comer los animales y los hombres fue positivamente indecente. Parsons cocinaba distintas formas de carnes, de aves, de peces, de vacuno y de todo lo que se les ocurra. Preparaba enormes fuentes de vegetales.

Llenaba otra con frutas. Preparaba comidas con panales de miel, y todos lamían el plato. Se sentaban alrededor de la mesa, desabrochaban sus cinturones para dejar lugar a los abultados estómagos, que palmeaban con una fruición que me desesperaba.

Pensaba que de un momento a otro iban a presentar desagradables erupciones, que se iban a poner verdes con manchas azules o algo por el estilo. Pero no pasó nada. Engordaban, tal como lo hacían los animales. Se sentían mejor que nunca.

Pero una mañana Fullerton amaneció enfermo. No podía levantarse de la cama y ardía de fiebre. Parecía que hubiera sido atacado por el virus de Centauro, pero habíamos sido vacunados contra él. De hecho, habíamos sido vacunados e inmunizados contra casi todo. Cada vez que íbamos a partir para una expedición nos llenaban de inyecciones.

Al principio no me preocupé demasiado, pues me pareció que lo más lógico era que estuviera sufriendo las consecuencias de la sobrealimentación.

Oliver, que sabía algo de medicina, pero no demasiado, sacó el botiquín de la nave a relucir, y le dio a Fullerton una buena dosis de antibiótico que se aseguraba obraba maravillas prácticamente siempre.

Seguimos haciendo nuestro trabajo, pensando que se pondría bien en uno o dos días, pero no fue así.

En realidad, más bien se puso peor.

Oliver revisó los medicamentos existentes, leyendo cuidadosamente los prospectos, pero no pudo hallar nada que sirviera para el caso. Luego leyó de cabo a rabo el manual de primeros auxilios. Solamente traía indicaciones para curar piernas rotas o hacer la respiración artificial, y otras cosas simples por el estilo.

Kemper había estado ocupado con mucho trabajo, así que le pidió a Oliver que tomara una muestra de sangre del enfermo.

Cuando la observó por el microscopio, halló que hervía de bacterias, tales como las que habían hallado en las criaturas. Oliver tomó unas muestras más de sangre, y Kemper hizo varias preparaciones con ellas, y no había dudas sobre el caso.

Para ese momento, nos hallábamos reunidos alrededor de la mesa, observando a Kemper y esperando el veredicto. Creo que todos pensábamos lo mismo.

Fue Oliver el primero que se decidió a decirlo en voz alta:

—¿Quién quiere ser el próximo? —preguntó.

Parsons se adelantó, y Oliver le tomó la muestra. Esperamos ansiosamente.

—También están en tu sangre —le dijo Kemper a Parsons—. No en tan gran cantidad como en la de Fullerton.

Uno tras otro se fueron adelantando. Todos teníamos bacterias en la sangre, pero en mi caso la cantidad era mucho menor.

—Son las criaturas —dijo Parsons—. Bob no ha comido su carne.

—Pero si las altas temperaturas de la cocción matan... —comenzó a decir Oliver.

—Eso no se puede asegurar. Estas bacterias pueden ser muy adaptables. Tal vez hagan el trabajo de miles de otros microorganismos. Son una especie de comodín, de sirve-para-todo. Pueden adaptarse, enfrentarse a situaciones completamente nuevas. No han debilitado sus defensas debido a la especialización.

—Además —dijo Parsons—, no cocinamos todo. No cocemos las frutas, por ejemplo. Y la mayoría de vosotros arma una batahola si la carne no está medio cruda.

—Lo que no puedo comprender es por qué atacó a Fullerton —dijo Weber—. ¿Por qué tiene mayor producción que cualquiera de nosotros? Comenzó a comer los animales al mismo tiempo que todos.

Recordé aquella ocasión, cerca del arroyo.

–Comenzó antes –les expliqué–. No tenía más mondadientes, así que comenzó a masticar los tallos de hierba. Lo vi hacerlo.

Sé que la cosa no era nada agradable. De todas formas, debían de pensar que en una o dos semanas tendrían un grado de infección similar al de Fullerton. Pero no veía cómo podía no decírselo. Hubiera sido criminal no haberlo hecho. No había forma de reflexionar demasiado en un momento así.

–No podemos dejar de comer criaturas –contestó Kemper–. Es toda la comida que tenemos. No hay nada que podamos hacer.

–Si volviéramos a casa ahora mismo –dije–. Tenemos mi maletín de raciones especiales.

No me dejaron terminar de ofrecerles lo mío. Me golpearon en la espalda, luego se golpearon entre ellos y se rieron como locos.

No es que fuera gracioso. Simplemente necesitaban reírse de algo.

–No nos serviría de nada –dijo Kemper–. Algo te robamos ya. Además, tu maletín no alcanzará hasta que lleguemos a casa.

–Podríamos probar –dije.

–Tal vez sea un trastorno transitorio –comentó Parsons–. Un poco de fiebre y nada más. Tal vez esté alterado por el cambio de dieta.

Esperamos que así fuera.

Pero Fullerton no mejoró.

Weber tomó muestras de sangre de los animales, y tenían una cantidad de bacterias tan alta como Fullerton. Mucho más alta que en el recuento anterior.

Weber se echó la culpa a sí mismo.

–Debería haber tomado muestras más a menudo. Tal vez día por medio.

–¿Y de qué hubiera servido? –preguntó Parsons–. Aunque así lo hubieras hecho, igual habiéramos comido carne de las criaturas. No teníamos otra posibilidad.

–Tal vez no sean las bacterias –dijo Oliver–. Podría ser que nos estuviéramos apresurando a sacar conclusiones. Tal vez Fullerton tenga otra enfermedad.

Weber se animó un poco.

–¡Exacto! Los animales están muy bien de salud.

Realmente, estaban contentos y animados, en el mejor de los mundos.

Esperamos. Fullerton no empeoró ni mejoró. Y luego, una noche, desapareció.

Oliver, que lo estaba cuidando, se adormeció durante un rato. Parsons, que estaba de guardia, no oyó nada.

Lo buscamos durante tres días. No podía haber ido demasiado lejos, pensamos. Seguramente había ido de un lado a otro, debido al delirio, y era muy posible que sus fuerzas no le hubieran permitido cubrir una distancia grande. Pero no lo encontramos.

Sin embargo, encontramos una cosa muy rara. Era una especie de esfera, de una rara substancia, de color blanco y apariencia fresca. Su diámetro era de un metro y cuarto, aproximadamente. La hallamos en el fondo de una hendidura, fuera de la vista, como si alguien la hubiera puesto allí para esconderla.

La observamos cuidadosamente, tocándola y desplazándola de aquí para allá, mientras nos preguntábamos qué sería, pero la verdad es que estábamos buscando a Fullerton, y no nos preocupamos demasiado de investigar. Luego, pensamos todos, tendríamos tiempo para tratar de determinar su naturaleza.

Entonces los animales comenzaron a tener fiebre, uno tras otro, salvo los controles, que habían comido alimentos habituales hasta la noche de la espantada, que destruyó nuestras raciones.

Después de eso, por supuesto, todos comieron las criaturas. Pasados dos días, la mayoría de los animales había enfermado. Weber se puso a examinarlos, casi sin tomarse tiempo para descansar. De más está decir que ayudamos en todo lo que pudimos.

Las preparaciones hechas con la sangre revelaron la presencia de una gran cantidad de bacterias. Weber comenzó una disección, pero no la terminó.

Una vez que hubo abierto al animal, dio una mirada rápida y lo tiró a la lata de desperdicios. Lo vi, pero no creo que los otros también lo hubieran visto. ¡Estábamos tan ocupados!

Le pregunté por eso más tarde, cuando nos encontramos solos durante un momento. Bruscamente, cortó la conversación.

Esa noche me acosté temprano porque tenía el segundo turno de guardia. Me pareció que sólo había cerrado los ojos cuando escuché un alboroto que me puso la carne de gallina.

Salté de la cama y tanteé buscando los zapatos. Para entonces, Kemper había salido fuera de la tienda.

Los animales estaban en medio de un loco frenesí, tratando de liberarse, mordiendo las barras de las jaulas y lanzándose unos contra otros en una especie de ciego furor. Todo esto en medio de chillidos y gruñidos. El escucharlos daba miedo. Weber se lanzó entre ellos, con una jeringa en la mano.

Después de un rato que nos pareció larguísimo, quedaron muy tranquilos. Algunos se escaparon, pero el resto dormía pacíficamente.

Tomé una de las armas y me mantuve vigilando mientras el resto de los hombres volvió a la cama.

Me quedé cerca de las jaulas, paseándome de un lado a otro porque estaba demasiado tenso como para poder estar sentado.

Me parecía que entre la fuga de Fullerton y el frenesí de los animales para escapar había mucho en común.

Traté de pasar revista mentalmente a lo que había visto en ese planeta, y me di cuenta que me empantanaba en cuanto quería que las cosas tuvieran una hilación lógica. La línea de pensamiento siempre me llevaba a lo que había dicho Kemper acerca de la falta de mecanismos de defensa en las criaturas.

Tal vez, me dije, realmente tenían un mecanismo de defensa, después de todo. El más sutil, impalpable, extraño de aquellos que el hombre pudiera haber hallado jamás.

Tan pronto como el campamento se puso en actividad, me dirigí hacia mi tienda para echarme un rato, tal vez, para echar un sueñecito.

Agotado, dormí varias horas. Kemper me despertó. Era por la tarde, y los últimos rayos del Sol se veían a través de la abertura de la tienda. La cara de Kemper estaba contraída.

Parecía que hubiera envejecido desde la última vez que lo vi, hacia menos de doce horas.

—Se están enquistando —dijo, desesperado—. Se están convirtiendo en larvas, en crisálidas, en...

Me senté, rápidamente.

—¡Lo que encontramos ayer!

Asintió.

—¿Fullerton?

—Iremos allí. Los cinco. Dejaremos el campamento y los animales solos.

Tuvimos dificultades para encontrarlo, puesto que el terreno era tan plano y monótono que no se encontraban marcas.

Pero finalmente lo localizamos, mientras el crepúsculo comenzaba a acentuarse.

La esfera se había dividido en dos, no en forma regular, sino siguiendo una línea dentada. Parecía un huevo incubado, del que fuera a salir un pollito.

Las mitades estaban allí, en la obscuridad creciente, en el silencio que reinaba bajo las relucientes estrellas. Un último adiós y un nuevo comienzo, un terrible hecho extraño.

Traté de decir algo, pero me hallaba tan atontado que no estaba completamente seguro de lo que debía de decir. De todas formas, las palabras murieron en mi boca y en la torpeza de mi lengua, antes de que pudiera pronunciarlas.

Porque no eran solamente las dos mitades del extraño huevo, sino las marcas de la depresión, la impresión de lo que había estado allí, borradas y distorsionadas por lo que luego le había pasado. Volvimos al campamento.

Alguien, creo que fue Oliver, encendió la linterna. Estábamos anonadados, no nos sentíamos capaces de mirarnos. Sabíamos que no era momento de discusiones, que no había forma de especular o negar lo que habíamos visto a la luz mortecina del crepúsculo.

–Bob es el único que tiene alguna oportunidad de salvarse –dijo Kemper, en la forma más concisa que le fue posible–. Creo que debe de irse ya. Alguien debe de volver a Caph. Alguien debe de poder contarles lo que pasó.

–Tenías razón –le dije con una voz que era poco más que un susurró–. ¿Recuerdas cómo te preocupaba el hecho de que no tuvieran mecanismos de defensa?

–Por supuesto que los tienen –acordó Weber–. El mejor de todos. No hay forma de vencerlos. No te combaten. Te absorben. Te convierten en uno de ellos. No me extraña que en este planeta sólo existan estas criaturas. No me extraña que la ecología sea tan simple. Son capaces de determinar exactamente cómo es uno desde el instante en que pone el pie en este planeta. Si se toma un sorbo de agua, si se masca un trozo de hierba, si se come un trozo de carne, uno queda en su poder.

Oliver salió de la obscuridad y caminó cruzando el círculo de luz de la linterna. Se paró frente a mí.

–Aquí tienes tu maletín y las notas –me dijo.

–¡Pero no puedo abandonaros!

–¡Olvídate de nosotros! –protestó Parsons–. No somos seres humanos... En unos pocos días...

Cogió la linterna y fue hacia las jaulas, manteniendo la luz alta para que pudiéramos ver.

–Miren –dijo.

No había animales. Solamente vi las larvas, las pequeñas criaturas y las larvas que se partían por la mitad.

Vi que Kemper me miraba, y, por encima de todas las cosas, vi la compasión reflejada en su rostro.

–No quieras quedarte –me dijo–. Si lo haces, dentro de uno o dos días va a venir una de las criaturas, va a caer muerta frente a ti, y te vas a volver loco en el viaje de vuelta, tratando de saber si era uno de nosotros.

Se fue. Todos se fueron, y súbitamente me di cuenta de que estaba solo.

Weber había encontrado un hacha en alguna parte, y ahora estaba recorriendo la hilera de jaulas, rompiéndolas para dejar salir a las pequeñas criaturas.

Fui lentamente hasta la nave y me detuve al pie de la escalerilla, manteniendo el maletín y las notas fuertemente apretados contra mi pecho.

Me di la vuelta, los miré uno a uno y entonces me pareció que no iba a ser capaz de dejarlos.

Pensé en lo que habíamos vivido juntos, y cuando traté de recordar algo específico, en lo único que pude pensar fue en las veces y veces que me gastaban bromas por mi maletín de la dieta.

Y recordé las ocasiones en que tenía que irme y comer solo, para no sentir el olor de lo que estaban comiendo. No olvidé ninguno de los diez años en que había estado comiendo esa porquería de papilla, y que nunca podría comer como un ser humano, porque tenía el estómago ulcerado.

Tal vez ellos fueran los afortunados, me dije. Si un ser humano se transformaba en una criatura, probablemente tendría un estómago sano, y jamás deberían de preocuparse por cuánto o qué comía. Las criaturas nunca comían otra cosa que hierba, pero tal vez esa hierba les sabía tan magníficamente como a nosotros un trozo de carne o un pastel de calabaza.

Me quedé un rato inmóvil, pensando. Luego tomé el maletín de mi dieta y lo tiré tan lejos como pude. Arrojé las notas al suelo.

Volví al campamento y al primero que vi fue a Parsons.

—¿Qué has hecho para cenar? —le pregunté.



## Abuelito

James H. Schmitz

*Normalmente, tendemos a pensar en los seres vivos como individuos o, si acaso, como especies. Los seres humanos son seres humanos, los gatos son gatos, las ardillas son ardillas, etcétera. Son objetos de la larga lista de seres vivos: objetos individualizados. Por tanto, si algo malo les sucede a las ardillas, es problema exclusivamente de ellas.*

*En absoluto. Si «ningún hombre es una isla», lo mismo sucede con las especies. No existe especie animal o vegetal que viva aislada; cada una depende de un modo u otro de otras, que a su vez dependen de otras más, y así hasta el punto en que todas las especies de la Tierra están vinculadas mediante un complejo sistema. Más aún, todas las especies dependen también de distintos aspectos del medio ambiente inanimado, y afectan asimismo a éste.*

*En la isla Mauricio existe un árbol condenado a la extinción ya que en los últimos tres siglos no ha arraigado ningún brote nuevo. Las semillas de este árbol sólo podían brotar después de haber sido reblandecidas por el paso, a través del tracto digestivo, de una especie local de pájaro, y este animal hace tres siglos que se extinguió. En los mares tropicales, los corales forman unos arrecifes que son el hogar de incontables especies de criaturas marinas. Hay plantas que no precisan alimento vivo pero que dependen totalmente de los insectos (y, en ocasiones, hasta de una especie de insecto en particular) para conseguir la polinización. De no ser por los insectos, se extinguirían como el árbol de la isla Mauricio y su pájaro.*

*El ganado come hierba, pero moriría de hambre sin los microorganismos de su tracto digestivo, pues son esos microorganismos, y no el animal, quienes digieren la hierba. Las termitas comen madera (eso es algo que cualquier persona sabe sobre las termitas), pero no pueden digerirla, también ellas dependen de unos microorganismos encargados de tal función.*

*Este tipo de interdependencia es un equilibrio ecológico, y la ecología es el estudio de las relaciones entre las especies en conjunto.*

*Estos estudios nos son desesperadamente necesarios, pues nunca en la historia de la Tierra ha habido una especie única de animales de gran tamaño que haya registrado tal aumento demográfico, que se haya extendido tanto por el planeta, que haya cambiado tan drásticamente el medio ambiente, que haya favorecido el desarrollo de determinadas especies mientras arrasaba o simplemente reducía las especies que no deseaba o que, sencillamente, le resultaban indiferentes, como ha sucedido con los seres humanos en los últimos tiempos.*

*Todavía carecemos de los datos suficientes para poder calcular el daño que estamos haciendo a la Tierra en general, y a nosotros mismos en particular (pues también nosotros dependemos del buen funcionamiento del equilibrio ecológico). Si, finalmente, resulta que el equilibrio ha sido suficientemente trastocado como para producir grandes cambios no deseados en el planeta, puede que cuando nos demos cuenta de ello ya sea demasiado tarde para corregir el problema.*

*La ecología es una ciencia de gran importancia, asimismo, para el escritor de ciencia ficción. Casi siempre, al describir algún mundo distante, se mencionan diversas formas de vida sin hacer el menor esfuerzo por vincularlas entre sí siguiendo un sistema razonable. En pocas palabras, a menudo se trata la vida extraterrestre, pero casi nunca se menciona la ecología extraterrestre. Resulta un hecho comprensible, ya que la ecología no es una rama de la biología demasiado desarrollada y se trata de un tema muy complejo que no resulta fácil comprender con claridad. No obstante, Abuelito, una de las historias de mayor éxito de James Schmitz, nos ofrece un atisbo interesante de la ecología de otro mundo.*

*James H. Schmitz (1911-1981) es conocido entre los lectores de ciencia ficción en lengua inglesa por ser el creador de Telzey Amberdon, una adolescente con poderes telepáticos que fue protagonista de sus novelas The universe against her (1964), y The lion game (1973). La de Telzey fue una de las primeras series de ciencia ficción con protagonista femenina, y todavía sigue siendo muy leída. Schmitz destacó por su estilo ágil, producto de una mente imaginativa, empleado en complejas historias sobre intrigas políticas en otros planetas, y en descripciones ingeniosas de la vida en otros mundos y de extraterrestres exóticos. Entre otras obras suyas de interés se cuentan: The whitches of Karres (1966), The demon breed (1968), y A pride of monsters (1970).*

**Isaac Asimov**

Un ser de alas verdes, velludo, del tamaño de una gallina, revoloteaba en la falda de la colina hasta llegar a un punto situado directamente por encima de la cabeza de Cord, a algo así como seis metros de altura. Cord, un ser humano de quince años de edad, se apoyaba en su vehículo, detenido en el ecuador de un mundo que albergaba a seres terrestres desde hacía solamente cuatro años, medidos en tiempo de la Tierra, y contempló especulativamente a la criatura. Esta se denominaba, en la libre y simple terminología del Equipo de Colonias Sutang, una chinche de pantano. Oculto en la vellosa parte de atrás de la cabeza de la tal chinche se hallaba otro animalejo, semiparasitario del anterior, conocido como el parásito de la chinche.

Este parecía pertenecer a una nueva especie, de acuerdo a Cord. Su parásito también podía ser o no desconocido. Cord era, naturalmente, un investigador. Su primer vistazo al extraño par de criaturas había despertado en él una enorme curiosidad. ¿Cómo funcionaría ese fenómeno? ¿Qué cantidad de cosas fascinantes podrían lograrse una vez que se supiera más?

Normalmente tales investigaciones solían estar limitadas por las circunstancias. El Equipo de las Colonias era un grupo de gente práctica y de gran capacidad de trabajo; dos mil personas a quienes se les había encomendado la tarea de transformar y domar este planeta, en un lapso de veinte años, a fin de que cien mil colonos pudieran establecerse con una comodidad y seguridad razonables. Aun los más jóvenes del equipo, como Cord, debían limitar su curiosidad a las pautas de investigación dictadas por la central. Ya había sucedido previamente que las inclinaciones de Cord a realizar investigaciones por su cuenta le habían acarreado la censura de los superiores inmediatos.

Miró, casi por casualidad, en dirección a la Estación de Colonias de la bahía Yoger. No pudo distinguir signos de actividad humana en el voluminoso campamento de la colina, tan similar a una fortaleza. Su parte central estaba cerrada. En quince minutos se abriría para dejar salir a la Regente Planetaria, que hoy estaba inspeccionando la Estación y sus principales actividades.

Cord decidió que quince minutos era tiempo suficiente como para tratar de descubrir algo sobre la chinche.

Pero antes tendría que capturarla.

Extrajo una de las dos armas guardadas a su lado. Esta le pertenecía: era a proyectiles, de Vanadia. Cord la ajustó para que disparara proyectiles anestésicos para piezas menores y apuntando certeramente al animal, le atravesó la cabeza y lo hizo caer.

Cuando la criatura cayó, su parásito lo abandonó. Era un pequeño y demoníaco ser de color escarlata, que se precipitó sobre Cord en tres largos saltos, listo para clavarle unos colmillos de casi tres centímetros de largo, que destilaban veneno. Casi sin aliento, Cord volvió a disparar el arma, y detuvo al animal en plena carrera. ¡Ciertamente que era una nueva especie! La mayoría de los parásitos eran vegetarianos, inofensivos, y se limitaban a alimentarse de jugos vegetales.

—¡Cord! —llamó una voz femenina.

Cord renegó por lo bajo. No había sentido el ruido que la compuerta central había hecho al abrirse. Seguramente quien hablaba había dado la vuelta por el otro lado de la estación.

—Hola, Grayan —gritó inocentemente sin mirar alrededor—. ¡Mira lo que tengo! ¡Especies nuevas!

Grayan Mahoney, una muchacha esbelta, de cabellos oscuros, dos años mayor que él, se le acercó rápidamente. Era una estudiante de la colonia de la estrella Sutang, y el encargado de la estación, Nirmond, solía decir a Cord que debía tomar ejemplo de ella. A pesar de esto, ella y Cord eran buenos amigos, pero la muchacha no perdía la ocasión de hacerse la mandona.

—¡Cord, pedazo de tonto! —gritó Grayan—. ¡Deja de coleccionar especímenes! Si la Regente viene ahora te verás en aprietos; Nirmond se está quejando de ti.

—¿Quejándose por qué? —le preguntó Cord, sorprendido.

—Punto número uno —le contestó Grayan—: dice que no cumples con las tareas que se te asignan. Dos, que te escapas para hacer expediciones solo, por lo menos una vez por mes, y que hay que rescatarte.

—¡Nadie —contestó enojado el muchacho —ha debido rescatarme todavía!

—Dime, ¿qué va a hacer Nirmond para saber que estás bien y vives si desapareces durante una semana? —le replicó Grayan—. Tres —continuó, contando los puntos con sus delgados dedos—, se queja de que has formado jardines zoológicos privados, con animales inidentificados y posiblemente venenosos, en los bosques que están detrás de la estación. Y cuatro; bueno: Nirmond dice que

no quiere seguir siendo responsable por ti –levantó los cuatro dedos en un ademán harto significativo.

–¡Diablos! –barbotó Cord, verdaderamente afectado.

Resumido así, el concepto que tenían de él parecía ser bastante malo.

–¡Ya lo creo que diablos! ¡Yo te avisé! ¡Ahora Nirmond quiere que la Regente te envíe nuevamente a Vanadia, y te diré que hay una nave espacial que llegará a Nueva Venus dentro de cuarenta y ocho horas! –Nueva Venus era el asentamiento base del Equipo de Colonias, situado en el lado opuesto de Sutang.

–¿Qué debo hacer?

–Antes de nada, trata de portarte como si tuvieras sentido de la responsabilidad –dijo Grayan sonriendo–. Yo también hablé con la Regente. ¡Nirmond no te ha expulsado todavía! Pero si hoy llegaras a hacer algo que perjudicara nuestra expedición a las granjas de la bahía, te echarán del equipo sin remedio.

Se dio la vuelta para irse.

–Vuelve a poner el vehículo en su sitio. Nirmond nos llevará hasta la bahía, y luego iremos por agua. No digas que te he avisado.

Cord quedó asombrado. ¡Nunca hubiera imaginado que habían llegado a pensar tan mal de él! Para Grayan, cuya familia había servido en los Equipos Coloniales durante las cuatro últimas generaciones, nada había tan humillante como ser devuelto ignominiosamente a su lugar de origen. Para su sorpresa, Cord descubrió ahora que se sentía exactamente igual.

Dejando sus recientemente capturados especímenes para que revivieran y escaparan, se apresuró a devolver el vehículo a su sitio en la estación.

Cerca del sitio donde Nirmond dejó su transporte, una ensenada pantanosa, se hallaban sujetas tres *balsas*. Parecían extraños sombreros, flotando, de color verdoso y aspecto correoso. O extrañas plantas, de más de ocho metros, del centro de las cuales brotaba algo así como la parte de arriba de un ananá, enorme y de color gris verdoso. Animales-plantas de algún tipo. Sutang había sido descubierto poco tiempo atrás, razón por la cual era demasiado pronto para que existiera algo remotamente similar a una clasificación de plantas o animales. Las *balsas* eran una rareza local, que había sido investigada y considerada finalmente como inofensiva y moderadamente útil. Su utilidad descansaba en el hecho de que se empleaban como una forma algo lenta de transporte por las aguas poco profundas y pantanosas de la bahía Yoger. Hasta el momento, el equipo sólo se interesaba en ellas por esta razón.

La Regente se levantó del asiento posterior del vehículo, donde se hallaba sentada al lado de Cord. La partida estaba formada solamente por cuatro personas; Grayan iba sentada delante, con Nirmond.

–¿Son éstos nuestros vehículos? –la Regente parecía divertida.

Nirmond sonrió, tristemente.

–No los subestimes, Dana. Con el tiempo podrían ser factores de gran importancia económica en la región. Pero, a decir verdad, estas tres son más pequeñas que las que acostumbro a usar –Nirmond buscaba entre las malezas de la ensenada–habitualmente aquí suele haber un verdadero monstruo...

Grayan se volvió hacia Cord.

–Tal vez Cord sepa dónde se esconde Abuelito.

No había mala intención en esto, pero Cord había deseado que no le preguntaran por Abuelito. Entonces todos le miraron.

–¡Oh! ¿Quieren ver a Abuelito? –dijo, algo turbado–. Verán, lo dejé..., quiero decir, lo vi hace unas dos semanas a algo así como dos kilómetros al sur de este sitio.

Grayan suspiró. Nirmond gruñó y le dijo a la Regente:

–Las *balsas* tienden a quedarse donde se las deja, siempre que en el lugar haya barro y aguas poco profundas. Se alimentan directamente del fondo de la bahía gracias a un sistema de finísimas raicillas. Bien, Grayan, ¿querrías llevarnos hasta allí?

Cord se echó hacia atrás, con tristeza, cuando el transporte se puso en marcha. Nirmond sospechaba que él había usado a Abuelito para uno de sus viajes sin autorización, y tenía razón.

–He oído decir que eres un experto en el manejo de esas *balsas* –dijo Dana, sentada detrás de él–. Grayan me dijo que no podríamos hallar un mejor timonel, o piloto, o como sea que lo quieras llamar, para nuestro viaje de hoy.

–Bien, puedo manejarlas –dijo Cord, transpirando–. No dan trabajo ninguno.

No pensaba que hubiera hecho una buena impresión en la Regente hasta el momento. Dana era una mujer joven y buena moza, con una alegre forma de hablar y de reír, pero era el miembro principal de Equipo de Colonias Sutang. Parecía muy capaz de fletar a cualquiera cuyo comportamiento no fuera el adecuado.

–Nuestras bestias tienen una ventaja sobre otros medios de transporte –dijo Nirmond, desde el asiento delantero–. No hay que angustiarse pensando que pueda subir a ellas uno de estos animales *mordedores* –y aquí se extendió en una explicación acerca de los punzantes tentáculos que las *balsas* desplegaban a su alrededor, por debajo del agua, a fin de asustar a los que se acercaran tratando de regodearse con sus partes blandas. Los animales agresivos de la bahía, tal como los *mordedores*, no captaban aún la necesidad de no atacar a los seres humanos, armados como iban, pero se cuidaban muy bien de acercarse a una de estas *balsas*.

Cord se sintió feliz de que se le ignorara por el momento. La Regente, Nirmond y Grayan provenían de la Tierra. Los terrestres lo hacían sentir incómodo, especialmente en grupo. Vanadia, su hogar, recientemente había dejado de ser una Colonia de la Tierra, lo que tal vez explicaba la diferencia. Los terrestres que había encontrado hasta el momento parecían dedicados a lo que Grayan Mahoney llamaba *El Panorama General*, mientras que Nirmond habitualmente lo

denominaba *Nuestro Propósito Aquí*. Actuaban en estricto acuerdo con los reglamentos, a veces, según Cord, en forma completamente insana. Porque de cuando en cuando los reglamentos no cubrían del todo una situación nueva, y entonces alguien corría el peligro de resultar muerto. En tal caso, los reglamentos se modificarían rápidamente, pero la gente de la Tierra no parecía preocuparse demasiado por tales sucesos.

Grayan había tratado de explicarle la situación a Cord:

—Realmente no sabemos antes qué es lo que sucederá en un nuevo mundo. Y una vez que llegamos allí, en el poco tiempo de que disponemos, no nos es posible estudiarlo pulgada a pulgada. Se trata de hacer el trabajo, e indudablemente, se corren riesgos. Pero si te atienes a los reglamentos tienes las mejores probabilidades de sobrevivir, gracias al cálculo de quienes te han precedido.

Cord siempre había sentido que prefería utilizar su buen sentido común y no permitir que los reglamentos o el trabajo que debía cumplir lo llevaran a una situación que no pudiera desentrañar por sí mismo.

El transporte dio una vuelta y se detuvo. Grayan se alzó, siempre ocupando el asiento delantero, y señaló, diciendo:

—¡Allí está Abuelito!

Dana también se levantó, y dio un silbido de admiración al ver que el raro animal media unos veintitrés metros de diámetro. Cord miró alrededor, sorprendido. Estaba casi seguro de que, hacía dos semanas, había dejado a la *balsa* a cierta distancia. Tal como decía Nirmond, habitualmente no se movían solas.

Asombrado, siguió al resto de la partida hasta el agua, por un estrecho sendero circundado por hierbas de tamaño gigantesco, similar al de los árboles. Se podía ver, parcialmente, la plataforma flotante de Abuelito, el borde de la cual tocaba casi la costa. Luego el sendero se ensanchó, y entonces pudo captar la visión total de la *balsa*, al sol, en las aguas poco profundas; y se detuvo, sobresaltado.

Nirmond casi salta sobre la plataforma, precediendo a Dana.

—¡Un momento! —gritó Cord. Su voz resonaba con alarma. ¡Deténganse!

Se habían inmovilizado en el sitio en que se hallaban; miraron alrededor. Luego se dirigieron a Cord, que se acercaba. Indudablemente, estaban bien entrenados.

—¿Qué sucede, Cord? —la voz de Nirmond era tranquila, pero inquisitiva.

—¡No suban a esa *balsa*, está... cambiada! —la voz de Cord sonaba insegura, hasta para sí mismo—. Tal vez no sea ni siquiera Abuelito...

Comprendió que se había equivocado en esto último aun antes de terminar la frase. Alrededor del borde de la *balsa* pudo ver las señales descoloridas dejadas por las pistolas de calor, una de las cuales había sido la suya. Era la forma de hacer que estos animales, torpes y perezosos, se movilizaran. Cord señaló una proyección cónica central, diciendo:

–¡Miren! ¡Está brotando! –la cabeza de Abuelito, en armonía con el resto del cuerpo, tenía casi cuatro metros de alto, e igual ancho; su *piel* era gruesa y brillante, como la de un saurio, para mantener lejos a los parásitos; pero hasta hacía dos semanas había mantenido su aspecto de una prominencia informe, similar a la de las otras *balsas*. Ahora de todas las superficies del cono partían unos raros *brotes* largos, similares a alambres verdes. Algunos se hallaban retorcidos en apretados resortes, otros colgaban laciamente sobre la plataforma. La parte superior del cono estaba sembrada de rojos nódulos, como si fueran pecas, que no existían antes. Abuelito parecía estar enfermo.

–Bien –dijo Nirmond–, parece que así es. Está brotando.

Grayan emitió un sonido ahogado. Nirmond miró a Cord, asombrado.

–¿Es esto lo que te preocupa, Cord?

–¡Claro, claro! –comenzó a decir Cord, nerviosamente. No había captado la ironía de la frase; se sentía ansioso y temblaba–. Nunca he visto a ninguno así...

Entonces se interrumpió. Por la expresión de sus caras pudo ver que no lo habían entendido, o bien que, aunque así fuera, no iban a dejar que tales problemas se interfirieran con sus planes. Las *balsas* estaban clasificadas como inofensivas, de acuerdo a los reglamentos. Hasta que no se probara lo contrario, se las seguiría considerando así. Aparentemente no se discutían los reglamentos, aunque uno fuera la Regente General. No había tiempo que perder.

Cord pensó nuevamente.

–Miren... –comenzó a decirles.

Lo que quería explicarles era que Abuelito, con un factor agregado, ya no era el Abuelito que conocían. Era, en realidad, una forma enorme e impredecible de vida, que debía ser investigada con todo cuidado hasta que se estuviera seguro de lo que quería significar el factor agregado.

Pero no hubo caso. Todos sabían lo que pensaba. Se quedó mirándolos sin saber qué hacer ni qué decir. Dana se volvió a Nirmond.

–Tal vez será mejor que veas lo que pasa –no agregó *para tranquilizar al muchacho*, pero sabían que era lo que pensaba.

Cord se dio cuenta de que se había ruborizado. Pensaban que tenía miedo, lo cual era verdad; y lo estaban compadeciendo, a lo cual no tenían derecho. Pero no había nada que él pudiera hacer, salvo ver a Nirmond cruzar la plataforma. Abuelito tembló ligeramente, pero las *balsas* siempre hacían eso cuando alguien subía a ellas. El encargado de la estación se paró frente a uno de los brotes, lo tocó y luego lo golpeó ligeramente. Alzando la mano, probó la consistencia de uno de los filamentos.

–¡Muy extraños! –dijo, dirigiéndose hacia los otros. Miró nuevamente hacia donde estaba Cord–. Bien, todo parece ser inofensivo, Cord. ¿Subimos a bordo?

Era como un sueño en que uno grita y grita sin que nadie pueda oírlo. Cord subió a la plataforma, detrás de Dana y de Grayan, sintiendo las piernas rígidas. Sabía

que si hubiera vacilado un solo instante, habría oído que alguien decía, en una voz suave:

–No tienes que venir si no quieres, Cord.

Grayan había sacado la pistola de calor de la funda, y se disponía a hacer que Abuelito se moviera, dirigiéndose hacia los canales de la bahía Yoger.

Cord extrajo su propia pistola y, con brusquedad, dijo:

–¡Eso me corresponde hacerlo a mí!

–Muy bien, Cord –le dirigió una breve mirada impersonal, como si lo hubiera visto por primera vez ese día, y se hizo a un lado.

¡Eran tan condenadamente corteses! Cord pensó que más valía que se hiciera a la idea de que lo devolvían a Vanadia lo antes posible.

Durante un rato, Cord pensó que ojalá pasara algo terrible, catastrófico, que les sirviera de lección. Pero no sucedió nada. Como siempre, Abuelito se estremeció débilmente cuando sintió que el calor mordía uno de sus bordes, y luego decidió apartarse. Lo que era habitual. Debajo del agua, donde no se podían ver, estaban las partes funcionales de la *balsa*: cortas estructuras en forma de hoja, destinadas a actuar como paletas y movilizar el todo, junto con los órganos en forma de red que mantenían alejados a los animales que pudieran atacarla. También se hallaba allí situada la gran cantidad de raicillas que permitían su nutrición, que extraía del fondo barroso de la bahía, y con las cuales se mantenía sujeto.

Las paletas comenzaron a batir el agua, la plataforma se estremeció, las raicillas se soltaron y Abuelito comenzó a moverse majestuosamente.

Cord cerró la llave del calor, volvió a ponerse la pistola en la cartuchera y se puso de pie. Una vez en marcha, las *balsas* tendían a mantenerse en el mismo paso lento, durante un largo rato. Para pararlas se les disparaba un rayo calorífico en la parte delantera, y para que cambiaran de dirección se hacía lo mismo en la parte opuesta de la plataforma a la que uno deseara dirigirse.

Era muy simple. Cord no miraba a los otros. Todavía se sentía afectado por lo sucedido. Veía pasar la vegetación de las orillas que, cuando clareaba, le permitía distinguir la expansión neblinosa, tachonada de amarillos, azules y verdes de la bahía. Hacia el Oeste se hallaban los estrechos Yoger, llenos de peligrosos vericuetos cuando había mareas, y más allá el mar abierto, las profundidades de Zlanti, que formaba en sí todo un mundo, y del cual muy poco sabía hasta el momento.

Súbitamente se dio cuenta de que ya no iba a averiguar nada más. Vanadia era un planeta muy agradable, pero hacía tiempo que carecía de la fascinación de lo desconocido. No era Sutang.

Grayan dijo, desde atrás:

–¿Cuál es el mejor camino para llegar hasta las granjas, Cord?



–El gran canal de la derecha –contestó, y agregó, algo resentido–: Hacia allí nos dirigimos.

Grayan se acercó.

–La Regente no quiere verlo todo –dijo en voz baja–. Primero llévanos a los lechos de plankton y de algas. Luego veremos lo que podamos sobre los granos mutantes, durante unas tres horas. Pasa primero por los que mejor hayan rendido, así harás que Nirmond se ponga contento.

Le guiñó un ojo en forma amistosa. Cord la miró, inseguro. Por su forma de comportarse, no se podía asegurar que las cosas fueran mal. Tal vez...

La esperanza floreció en él. Era difícil no simpatizar con la gente del equipo, a pesar de que se pusieran algo pesados con sus reglamentos. Tal vez esta serie de propósitos le daba un importante impulso de vitalidad, además de tomarlos estrictos en demasía consigo mismos y con los demás. Además, el día no había terminado aún. Tal vez pudiera hacer méritos frente a la Regente. Algo podría suceder.

Cord comenzó a imaginar una alegre e improbable visión de un enorme monstruo de la bahía, que se precipitara sobre la *balsa* con las fauces abiertas, y se vio a sí mismo volándole la cabeza antes de que nadie, especialmente Nirmond, se diera cuenta del peligro. Los monstruos de la bahía se apartaban a la vista de Abuelito, pero tal vez hubiera alguna forma de que alguno se tentara.

Hasta entonces Cord había dejado que sus sentimientos lo controlaran. ¡Era hora de comenzar a pensar!

Primero, Abuelito debía de ser considerado. ¡Así que había largado esos brotes rojizos, y esos largos tallos! El propósito era desconocido, pero no se observaban cambios en su forma habitual de comportarse. Era la más grande de las *balsas* de este extremo de la bahía, si bien todas habían crecido lentamente durante el tiempo que hacía que Cord estaba aquí. Las estaciones en Sutang cambiaban lentamente; su año equivalía a algo así como cinco de la Tierra. Todavía los miembros del equipo no habían asistido al paso de un año entero.

Por lo tanto, parecía ser que Abuelito estaba pasando por una serie de transformaciones estacionales. Las otras *balsas*, aún no totalmente desarrolladas, presentarían signos similares algo más tarde. Estas plantas-animales debían de estar floreciendo, preparándose para multiplicarse.

–Grayan –preguntó–, ¿cómo es el comienzo de la vida de estas *balsas*?

Grayan pareció halagada, y las esperanzas de Cord aumentaron. ¡Sea como fuere, Grayan estaba de su lado!

–Aún nadie lo sabe –contestó la muchacha–. Hace poco estuvimos hablando sobre esto. Alrededor de la mitad de la fauna de los pantanos de la costa del continente parece pasar por un estado larval en el mar –señaló los brotes rojos de la *balsa*–. Pareciera que Abuelito va a producir flores, y que luego el viento o las corrientes llevarán las semillas a los estrechos.

Estas conjeturas eran razonables. También le pareció a Cord que los cambios sufridos por Abuelito podrían ser lo suficientemente acentuados como para justificar su deseo de no subir a bordo. Cord estudió la cabezota coriácea una vez más, tratando de aferrarse a sus esperanzas. Ahora notó una serie de hendiduras en la capa dura que la cubría que no había visto dos semanas antes. Pareciera como si Abuelito se fuera a descoser. Lo que tal vez indicara que las *balsas*, por grandes que fueran, tal vez no sobrevivieran todo un ciclo estacional, sino que podría ser que florecieran y murieran, aproximadamente en esta época de Sutang. De todas formas, era de esperar que Abuelito no se sumiera en una decadencia senil antes de que completaran el viaje por la bahía.

Cord dejó de pensar en la *balsa*. Ahora comenzó a considerar la otra parte de su sueño. Tal vez realmente un monstruo complaciente se apresurara a atacarlos, dándole la posibilidad de demostrarle a la Regente que no era un cobardón.

Porque no cabía duda de que, en efecto, había monstruos.

Se los podía ver moverse si, arrodillándose al borde de la plataforma, se miraba a través de las aguas claras, de color vinoso, del profundo canal. Cord podía distinguir una buena variedad de ellos en todo momento.

Para empezar, había cinco o seis *mordedores*. Parecían grandes cangrejos de río, achatados, de color marrón achocolatado, con manchas rojas y verdes en los caparazones. En algunas zonas había tantos que uno podía preguntarse de qué se alimentaban, si bien se sabía que prácticamente comían de todo, hasta legar a masticar el lodo en el que descansaban. Pero preferían que su alimento fuera vivo, y de tamaño grande. Razón por la cual era mejor no irse a bañar a la bahía. A veces atacaban a los botes; pero la forma nerviosa en que los que estaban a la vista escurrían el bulto, dirigiéndose hacia los lados del canal, demostraba bien a las claras que no querían enfrentarse con una de las grandes *balsas*.

El fondo estaba sembrado de unos agujeros de algo menos de un metro de diámetro, que por el momento parecían estar vacíos. Normalmente se hallaban ocupados por una cabeza en cada uno. Estas cabezas poseían tres mandíbulas aguzadas que se mantenían pacientemente abiertas, configurando una serie de trampas que hacían presa en cualquier cosa que pasara al alcance de los largos cuerpos vermiformes que se encontraban detrás de las cabezas. Pero el paso de Abuelito, con sus agujijones flotantes como extraños gallardetes, hacía que estos raros gusanos se ocultaran, asustados.

Por otra parte, los otros animales eran más bien pequeños, y aquí y allá aparecía una llamarada de un escarlata maligno, hacia la izquierda de la *balsa*, surgiendo de entre la vegetación. Una nariz aguzada se volvía hacia donde estaban.

Cord observó al animal sin moverse. Conocía a esta extraña criatura, si bien no era muy abundante en la bahía. La sabía rápida y maligna, lo suficientemente ágil como para cazar al vuelo a las chinches de los pantanos cuando volaban cerca de la superficie. Una vez había molestado a una, haciéndola saltar sobre una *balsa* que estaba inmóvil, donde había realizado frenéticos movimientos hasta que pudo matarla.

No había necesidad de utilizar carnadas. Con un pañuelo podría hacerlo, si no le importaba arriesgar el brazo.

–¡Qué extrañas criaturas! –dijo la voz de Dana, detrás de él.

–Son cobardonas –dijo Nirmond–. Y verdaderamente útiles, pues mantienen a raya a las chinches gigantes.

Cord se puso de pie. Era mejor que ahora no gastaran bromas. La vegetación que se hallaba a la derecha hervía de mordedores de cabeza amarilla. Toda una colonia. Tenían un aspecto vagamente similar a las ranas, del tamaño de un hombre o más grandes. De todas las criaturas de la bahía, eran las que menos gustaban a Cord. Los flácidos cuerpos se sujetaban a las hierbas, de unos seis metros de alto, que rodeaban el canal, gracias a cuatro delgaduchas patas. Casi no se movían, pero sus enormes ojos saltones parecían no perderse nada de lo que pasaba alrededor. De vez en cuando se acercaba una de las chinches de agua, entonces el bicho carnívoro abría su boca enorme, vertical, con una doble hilera de dientes, y extendiendo la parte anterior de la cabeza con un movimiento relámpago hacía desaparecer a la chinche. Tal vez fueran útiles, pero Cord los odiaba.

–Nos llevará todavía diez años poder determinar el ciclo completo de la vida de la costa –dijo Nirmond–. Cuando establecimos la estación de bahía Yoger no existían estas cabezas amarillas. Sólo las vimos al año siguiente. Aún con trazas de la forma larvada, oceánica; pero la metamorfosis fue casi completa. Alrededor de unos treinta centímetros de largo...

Dana hizo notar que los mismos esquemas se repetían en uno y otro lugar. La Regente inspeccionaba la colonia de cabezas amarillas con sus prismáticos. Finalmente los puso a un lado, miró a Cord y sonrió.

–¿Cuánto falta para llegar a las granjas?

–Unos veinte minutos.

–La clave de todo –dijo Nirmond– parece ser la bahía Zlanti. En primavera debe ser un verdadero caldo de cultivo.

–Lo es –afirmó Dana, que había estado aquí en la primavera de Sutang, cuatro años atrás, medido en tiempo de la Tierra–. Parecería que solamente ese sector justificaría que se colonizara el planeta. Sin embargo, la pregunta queda planteada: ¿Cómo hicieron estos animales para llegar hasta aquí? –dijo, señalando a los cabezas amarillas.

Fueron hasta el lado opuesto de la base, diciendo algo sobre las corrientes oceánicas. Cord podría haber ido hacia donde se hallaban, pero algo hizo ruido a sus espaldas, hacia la izquierda, y no demasiado lejos. Se quedó vigilando.

Después de un rato vio un cabeza amarilla de gran tamaño. Se había soltado de su rama, y esto causó el ruido. Ahora, casi sumergido del todo, miraba la *balsa* con ojos desorbitados, de color verde pálido. A Cord le pareció que le miraba directamente a él. Entonces se dio cuenta por qué le desagradaban tanto los cabezas amarillas. Había algo de despierta inteligencia en esa mirada. Algo así

como una extraña forma de calcular las cosas. En criaturas como ésas, la inteligencia parecía estar fuera de lugar. ¿Para qué podían necesitarla?

Se estremeció ligeramente cuando el animal se hundió completamente en el agua, dándose cuenta de que intentaba nadar por debajo de la *balsa*. Pero sobre todo temblaba de excitación. Antes nunca había visto que un cabeza amarilla se desprendiera de las ramas donde se hallaba. El monstruo conveniente que tanto había deseado podía estar tratando de presentarse en una forma completamente inesperada.

Medio minuto después lo vio, zambulléndose para ganar profundidad. De todas formas, no tenía intenciones de subir a bordo. Lo vió acercarse a la línea de animales que seguían a la *balsa*. Maniobraba entre ellos con movimientos de natación curiosamente humanos. Luego se ocultó debajo de la plataforma.

Se irguió, preguntándose qué se proponía hacer el raro bicho. El cabeza amarilla sabía perfectamente bien de la existencia de los animalejos que habitualmente seguían a las *balsas*; cada uno de los movimientos que hizo para acercarse parecía tener un fin determinado. Estaba tentado de decirles a los demás lo que había estado observando, pero no dejaba de desear que llegara el momento de triunfo en que pudiera matar frente a los ojos de todos al monstruo que, dejando un rastro baboso, tratara de atacarlos sobre la plataforma.

De todas formas, era casi el momento de dar la vuelta para dirigirse hacia las granjas. Si no sucedía nada hasta entonces...

Siguió vigilando. Habían pasado casi cinco minutos, pero ni signos del cabeza amarilla. Todavía pensando en lo que podría pasar, no del todo tranquilo, aguijoneó a Abuelito con un rayo de calor.

Después de un instante, repitió el estímulo. Entonces inspiró profundamente y se olvidó por completo del cabeza amarilla.

—¡Nirmond! —llamó.

Los tres se hallaban parados cerca del centro de la plataforma, próximos al cono central, mirando hacia delante, donde se hallaban las granjas. Se dieron la vuelta.

—¿Qué pasa ahora, Cord?

—¡La *balsa* no gira! —les dijo.

—No escatimes el calor esta vez —le contestó Nirmond.

Cord le miró. Nirmond, parado unos pasos delante de Dana y de Grayan como si quisiera protegerlas, estaba algo preocupado. Y no era para menos, pues Cord ya había lanzado el rayo de calor a tres diferentes puntos de la plataforma, pero Abuelito parecía haber desarrollado una súbita anestesia. Se seguían moviendo derechos hacia el centro de la bahía.

Ahora Cord, manteniendo el aliento, graduó la pistola al máximo y disparó hacia la *balsa*. Un círculo se formó en el lugar de incidencia del disparo, haciéndose una ampolla y tomándose primero marrón y luego negro.

Abuelito se quedó inmóvil. Sin más ni más.

–¡Sigue! Dispara otra... –Nirmond no terminó de dar la orden.

Se sintió algo así como un estremecimiento gigantesco. Cord trastabilló, acercándose al borde. Entonces el borde de la plataforma se levantó y azotó el agua con un sonido como el de un cañón. Cord cayó hacia delante, acurrucándose. El enorme animal se hinchaba y retorció. Dio otros dos grandes golpes. Finalmente quedó inmóvil. Cord miró para ver dónde estaban los otros.

Se hallaba a unos cuatro metros del cono central. Unos veinte o treinta de los recién aparecidos zarcillos se alargaban hacia donde él estaba, como si fueran extraños dedos verdes. No lo podían alcanzar. La punta del más cercano estaba todavía a unos veinticinco centímetros de sus zapatos.

Pero Abuelito había atrapado a los otros. Se hallaban tumbados cerca del cono, inmovilizados por una red de cuerdas verdes extrañamente vivas.

Cord flexionó las piernas cuidadosamente, preparado para otro golpetazo, pero no sucedió nada. Entonces descubrió que Abuelito se había puesto nuevamente en movimiento, siguiendo su rumbo primitivo. La pistola de calor había desaparecido. Con suavidad, sacó la pistola de Vanadia.

–¡Cord!, ¿también te alcanzó a ti? –preguntó la Regente.

–No –dijo, en voz baja.

Súbitamente comprendió que había pensado que estaban muertos. Se sentía mal, estaba temblando.

–¿Qué estás haciendo?

Cord miraba la parte superior de Abuelito con ojos hambrientos. Los conos que la formaban eran huecos; el laboratorio consideraba que su función principal era la de encerrar aire para lograr que flotara, pero en esa parte central estaba también el órgano que controlaba las reacciones de Abuelito.

Dijo por lo bajo:

–Tengo una pistola y veinte balas explosivas. Dos de ellas son suficientes para volar el cono.

–No, Cord –le dijo la voz, en la que se traslucía el dolor–. Si esto se hunde moriremos igual. ¿Tienes cargas anestésicas?

–Sí –contestó Cord, mirándole la espalda.

–Dispara a Nirmond y a la muchacha antes que nada. Directamente en la columna, si puedes. Pero sin acercarte.

Cord sintió que no podía argumentar. Se puso cuidadosamente de pie. La pistola disparó dos veces.

–Muy bien –dijo con voz ronca–. ¿Y ahora qué?

Dana se mantuvo en silencio durante un rato.

–Lo siento, Cord, no puedo decirte. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

Hizo una pausa de varios segundos.

–Este animal no trató de matarnos, Cord. Lo hubiera podido lograr fácilmente. Es increíblemente fuerte. Lo vi cuando rompió las piernas de Nirmond. Pero tan pronto como dejó de moverse, tanto él como nosotros, nos sujetó. Ambos se hallaban inconscientes...

–Tienes que pensar qué se puede sacar en conclusión de todo esto. También trató de sujetarte con sus zarcillos, o lo que sean, ¿no es así?

–Así lo creo –dijo Cord, todavía temblando.

Esto era lo que había pasado, y en cualquier momento Abuelito iba a volver a tratar de hacerlo.

–Ahora nos está dando algo así como un anestésico gracias a estos zarcillos. Con muy finos agujijones. Me invade una sensación de adormecimiento... –la voz de Dana se apagó por un momento. Luego dijo claramente–: ¡Cord!, parece que somos alimentos que está tratando de almacenar. ¿Comprendes?

–Sí –contestó él.

–Es tiempo de tener semillas. Son análogos. La comida viva probablemente sólo se ha de usar para las semillas, no para la *balsa*. ¡Quién iba a saberlo! ¡Cord!

–Aquí estoy.

–Quiero mantenerme despierta todo lo que me sea posible –le dijo Dana–. Pero tienes que tratar de pensar. Esta *balsa* va a alguna parte. A algún lugar especialmente favorable, que puede hallarse cerca de la costa. Tal vez entonces puedas hacer algo. Tú serás quien deberá decidir. Trata de mantener la cabeza fría y no hagas locuras heroicas. ¿Entendido?

–Por supuesto. Entendido –le dijo Cord.

Se dio cuenta de que hablaba en tono seguro, como si no lo estuviera haciendo con la Regente sino con alguien como Grayan.

–Nirmond fue quien peor lo pasó –dijo Dana–. La muchacha perdió el sentido inmediatamente. Si no fuera por mi brazo... Bueno, si podemos encontrar ayuda en unas cinco horas, más o menos, todo va a ir bien. Hazme saber si sucede algo, Cord.

–Así lo haré –dijo el muchacho, dulcemente.

Luego apuntó cuidadosamente entre las escápulas de Dana y disparó otra cápsula anestésica. El cuerpo de la Regente se relajó lentamente.

Cord no hallaba razón para que se mantuviera despierta, puesto que no se iban a acercar a la costa.

Atrás habían quedado los cúmulos de vegetación y los canales, sin que Abuelito hubiera modificado su dirección en absoluto. ¡Se movía hacia el interior de la bahía, y estaba arrastrando a algunos acompañantes!

Cord pudo contar siete grandes *balsas* a unos tres kilómetros a la redonda; en las tres más cercanas distinguió similares brotes de zarcillos. Viajaban en línea recta, hacia un punto común que parecía ser el centro rugiente de los estrechos Yoger, a unos cuatro kilómetros y medio de distancia.

Más allá de los estrechos, ¡las profundidades frías de Zlanti, las nieblas y el mar abierto! Puede ser que fuera tiempo de distribuir las semillas, pero estas *balsas* no iban a hacerlo en la bahía.

Cord era un excelente nadador. Tenía una pistola y tenía un cuchillo. A pesar de lo que había dicho Dana, tal vez consiguiera salvarse de los predadores del agua. Pero las posibilidades indudablemente eran pocas. Y no se iba a comportar como si no hubiera otra solución. Al contrario, pensaba mantener la cabeza fría.

Salvo una rara casualidad, no se podía esperar que nadie viniera a buscarlos. Si decidieran hacerlo, examinarían los alrededores de las granjas. Allí había muchas *balsas*. De vez en cuando alguien desaparecía. Cuando se lograra saber qué había sucedido en esta ocasión en especial, sería demasiado tarde.

Tampoco había posibilidades de que fuera advertida, por lo menos en las próximas horas, la migración de las *balsas* hacia los estrechos Yoger. Tierra adentro había una estación meteorológica, del lado norte de los estrechos, que ocasionalmente utilizaba un helicóptero. Era muy improbable, decidió Cord, que salieran justo ahora, así como que un transporte a chorro descendiera lo suficiente como para verlos.

Tuvo que enfrentarse decididamente con el hecho de que sería quien daría las soluciones, tal como había dicho la Regente. Cord nunca se había sentido tan solo.

Simplemente porque era algo que debería probar tarde o temprano, comenzó ensayando un comportamiento que sabía que no daría resultado. Abrió la recámara anestésica y contó cincuenta dosis, algo apresuradamente porque no quería tener que pensar para qué podía llegar a necesitarlas. Vio que quedaban todavía unas trescientas cargas, así que seguidamente procedió a dispararle a Abuelito un tercio de las mismas.

Luego esperó. Una ballena podría haber mostrado signos de somnolencia con una dosis mucho menor. Pero la *balsa* permaneció imperturbable. Tal vez hubiera ciertos sectores que habían quedado algo insensibles, pero sus células no eran capaces de distribuir el efecto soporífero de la droga.

No había nada más que a Cord se le ocurriera que podía hacer antes de que llegaran a los estrechos. Calculó que a la velocidad que llevaban estarían allí en menos de una hora; y pensó que cuando arribaran iba a tratar de llegar a tierra nadando. No pensó que Dana desaprobaba la idea, dadas las circunstancias. Si la *balsa* lograba llevarlos hacia mar abierto, no tenían muchas posibilidades de sobrevivir.

Mientras tanto, Abuelito iba volviéndose más y más veloz. Además, sucedían otras cosas, menos importantes, pero capaces de preocupar a Cord. Los brotes rojos se abrían lentamente para dejar salir unas especies de raros gusanos, color escarlata, delgados y viscosos, que se retorcián débilmente, se extendían y luego volvían a retorcerse, desperezándose en el aire. Las hendiduras verticales que había notado en la estructura se ensanchaban, dejando salir, en algunas partes, un líquido oscuro y espeso.

En otras circunstancias, Cord hubiera observado fascinado estos cambios de Abuelito. Ahora sólo pudo mirarlos con sospechosa atención, porque no sabía qué podían anunciar.

Entonces algo horrible sucedió. Grayan comenzó a quejarse en voz alta, y se dio la vuelta, retorciéndose. Luego Cord fue consciente de que no había pasado un segundo antes de que interrumpiera sus esfuerzos con otra cápsula anestésica, pero los zarcillos habían estrechado aún más su presión, no ya en forma elástica, sino como enormes espolones, que mordían en su carne. Si Dana no le hubiera advertido...

Pálido y cubierto de un sudor frío, Cord bajó lentamente el arma, viendo que los zarcillos se aflojaban. Grayan no parecía estar lastimada, y hubiera sido la primera en advertir que su furia asesina podría haberse dirigido, en forma igualmente inteligente, hacia una máquina. Pero no pudo evitar el luchar rabiosamente contra el deseo de convertir la *balsa* en una pobre masa desgarrada de restos.

En lugar de esto, y revelando un mayor sentido común, les suministró a Dana y a Nirmond otra dosis, para impedir que sucediera lo mismo. Sabía que esa cantidad mantendría a los tres compañeros dormidos e insensibles durante varias horas. Cinco dosis...

Trató de apartar esta idea, pero sin éxito. Volvía una y otra vez, hasta que tuvo que enfrentarla. Cinco dosis dejarían a los tres completamente inconscientes, sucediera lo que sucediese, hasta que murieran por otras causas o se les administrara un agente que obrara como antídoto.

Espantado, se dijo a sí mismo que no podía hacer una cosa semejante. Sería lo mismo que matarlos.

Pero, a pesar de todo, con pulso firme, se halló levantando el fusil y disparándoles hasta completar una dosis de cinco cápsulas para cada uno. Y si bien fue la primera vez en los últimos cuatro años que Cord había tenido ganas de llorar, también advirtió que comprendía entre otras cosas, lo que quería decir usar su criterio propio.

Poco menos de media hora después vio una *balsa*, grande como la que ellos montaban, que entraba en las aguas turbulentas de los estrechos, a corta distancia de donde estaban, y que era llevada violentamente hacia un lado, por la fuerte corriente. Se tambaleó y giró, trató de enderezarse, nuevamente fue arrastrada, pero finalmente se afianzó en su curso. No como un pobre vegetal, sino como un ser con un propósito inteligentemente pensado, que quiere mantenerse en una dirección.



Parecían ser casi completamente insumergibles.

Cuchillo en mano se acurrucó en la plataforma, viendo que los estrechos, rugientes, se hallaban hacia delante. Cuando la *balsa* saltó y tembló debajo de él, clavó y cortó con el cuchillo, asegurándose bien. Se sintió cubierto por el agua fría, y Abuelito comenzó a estremecerse, como si fuera una máquina demasiado exigida. Cord se horrorizó, pensando que la *balsa* podría llegar a soltar a sus prisioneros humanos, en su lucha por mantenerse a flote. Pero subestimó a Abuelito, que no soltó su presa.

Súbitamente, se aquietó. Ahora pasaban por un lugar en calma, y vio a otras tres *balsas* no lejos de donde ellos estaban.

Los estrechos parecían haberlas juntado, pero aparentemente no les era totalmente indiferente la presencia de sus compañeras.

Cuando Cord se puso de pie, temblando, y comenzó a quitarse las ropas, vio que se apartaban con gusto unas de otras. La plataforma de una se hallaba semisumergida. Debía haber perdido gran parte del aire que la mantenía a flote, y tal como sucedería con un buque pequeño, hacía agua.

Desde donde estaba, sólo tenía que nadar unos tres kilómetros para llegar a la costa norte de los estrechos, y desde allí alcanzaría la estación meteorológica en otro kilómetro y medio de trayecto. No sabía nada sobre las corrientes, pero la distancia no era excesiva, así es que no se consolaba al pensar que debería desprenderse de su cuchillo y su fusil. Las criaturas de la bahía amaban el calor y el fondo de barro, así que no se aventuraban más allá de los estrechos. Pero las profundidades de Zlanti albergaban gran número de predadores propios, si bien nunca se los veía tan cerca de la costa.

Parecía que las cosas podían empezar a ir bien.

Mientras Cord anudaba sus ropas, formando un atado pequeño, sentía los gritos de los animales, que sonaban como los maullidos de gatos curiosos. Miró hacia arriba. Cuatro enormes chinches de agua, que se aventuraban en el mar, pasaron cerca de él, llevando cada una su parásito. Probablemente bichos inofensivos, pero en apariencia terribles debido a sus buenos tres metros de envergadura. El muchacho recordó con preocupación el parásito venenoso y carnívoro que había dejado sin estudiar en la estación.

Una descendió perezosamente hasta acercarse a la *balsa*. Luego volvió a elevarse un tanto, para descender nuevamente, inspeccionando. El parásito de la chinche, que era su cerebro pensante, no estaba interesado en Cord. Era Abuelito quien lo hacía ir y venir.

Cord observaba fascinado. La parte superior del cono bullía ahora con una masa de expansiones vermiformes, como las que habían comenzado a aparecer antes de que la *balsa* dejara la bahía. Presumiblemente ésta era la carnada que había atraído al parásito.

La chinche se acercó revoloteando y tocó el cono. Tal como si fuera el resorte de una trampa, se liberaron una serie de zarcillos verdes que se enroscaron en las alas y parecieron incrustarse en el cuerpo grande y blanduzco.

Menos de un segundo después, Abuelito puso en acción su trampa para otro huésped que surgió del agua. Cord tuvo la impresión de ver, súbitamente, a un ser de aspecto similar a una foca pequeña, que pareció brotar del agua con un impulso desesperado y que también quedó atrapada contra el cono, cerca de donde se hallaba el primer animal.

No fue la enorme facilidad con que se produjo esta caza la que dejó a Cord completamente anonadado. Lo que derrumbó sus esperanzas fue la llegada de una criatura que hacía imposible el nadar a tierra. Apareció a corta distancia del muchacho, y entonces vio que de ella huía la presa reciente de Abuelito. Sólo pudo echarle un rápido vistazo, mientras se alejaba de la *balsa*; pero fue suficiente. El cuerpo, de un blanco marfil y las fauces abiertas, eran suficientemente similares a las de los tiburones de la Tierra como para indicar la naturaleza del perseguidor. La más importante de las diferencias era que no importa donde fueran los blancos cazadores de las profundidades de Zlanti; iban siempre en grandes cantidades.

Anonadado por su mala suerte, y todavía apretando su atado de ropa, Cord se quedó mirando hacia la costa. Sabiendo lo que debía buscar, podía distinguir fácilmente las reveladoras ondas en la superficie, así como los pantallazos de color blanco que súbitamente aparecían y desaparecían.

Lo habrían atrapado como a una mosca si se hubiera lanzado al agua, antes de cubrir la vigésima parte de la distancia a tierra.

Pero pasó casi otro minuto antes de que se diera cuenta del verdadero problema en que se hallaban.

¡Abuelito había empezado a comer!

Cada una de las obscuras grietas situadas a los lados del cono era una boca. Hasta ese momento, solamente una de ellas había entrado en funciones, y todavía no se abría a plena capacidad. Su primer bocado fue el parásito de la chinche, que había arrancado, con sus zarcillos, de su alojamiento habitual. A pesar de lo pequeño que era, le llevó a Abuelito varios minutos el poder devorarlo por completo; pero ya había comenzado.

Cord sentía que enloquecía, allí sentado, apretando su bulto de ropas, y sólo vagamente se daba cuenta de que estaba temblando bajo la ducha de agua fría, mientras atentamente seguía la actividad de Abuelito. Llegó a la conclusión de que pasarían algunas horas antes de que una de esas bocas llegara a ser lo suficientemente flexible y vigorosa como para atacar a un ser humano. En estas circunstancias, poco importaba lo que sucediera a los otros tres compañeros, pero ése sería el momento en que Cord haría volar la *balsa* en pedazos. Los cazadores blancos eran rápidos, y al muchacho le pareció que podía decidir algo en ese sentido.

Mientras tanto, existía la posibilidad de que el helicóptero que se utilizaba en la estación meteorológica los avistara. En el ínterin, y como sucumbiendo a una extraña fascinación, no podía dejar de pensar en las causas que podrían haber provocado tales cambios de pesadilla en las *balsas*. Ahora podía adivinar hacia dónde se dirigían; veía claramente los signos que indicaban que la dirección era

seguramente los grandes depósitos de plankton de la bahía Zlanti, a unos mil quinientos kilómetros hacia el norte. Con tiempo, cada uno de estos raros animales emprendían esta ruta, para beneficio de las semillas. Lo que no se podía explicar era el cambio que los había transformado en carnívoros alerta y capaces.

Observó como la foca era arrastrada hasta una de las bocas. Los zarcillos le rompieron el cuello, y después la boca comenzó pacientemente a disponer de un bocado que era aún demasiado voluminoso. Mientras tanto, se seguían escuchando chillidos y unos minutos más tarde dos chinches de agua más fueron atrapadas, agregándose a las presas. Abuelito soltó la boca y comenzó a comerse a una de las chinches. El parásito saltó mordiendo el zarcillo que se acercó para atraparlo; pero tras de una corta lucha quedó muerto sobre la plataforma.

Cord sintió que su poco razonable odio hacia Abuelito renacía con más fuerza. Matar a una de las chinches era similar a arrancar unas hojas de un árbol; prácticamente no tenían sensaciones. Pero el parásito había logrado vivir en sociedad con ella gracias a su inteligencia, y se hallaba más cerca de la especie humana que esa enorme cosa monstruosa que lo había atrapado, igual que a sus compañeros. Sus pensamientos volvieron a dirigirse hacia la curiosa simbiosis en que funcionaban dos criaturas tan disímiles como las chinches y sus compañeros pensantes.

Súbitamente, apareció en su cara una expresión de sorpresa. ¡Ahora comprendía!

Cord se puso de pie rápidamente, temblando de excitación, con todo un plan completo en su mente. Al instante, una docena de zarcillos viborearon con extraña rapidez hacia él. No pudieron alcanzarlo, pero su reacción, rápida y salvaje, inmovilizó al muchacho. La plataforma temblaba bajo sus pies, como si la invadiera la irritación de no poder llegar a apresarlos. Afortunadamente, en ese lugar no podía movilizarse para ponerlo cerca del alcance de los zarcillos, como sucedía más hacia el borde.

De todas formas, era un aviso que no convenía desestimar. Cord se fue deslizando cuidadosamente alrededor del cono hasta alcanzar la posición que deseaba, en la mitad anterior de la *balsa*. Allí esperó. Esperó largos minutos hasta que su corazón dejó de latir irregularmente y hasta que se calmaron los movimientos frenéticos de los zarcillos. Sería muy importante que durante uno o dos segundos, después que hubiera comenzado a moverse nuevamente, Abuelito no se diera exacta cuenta de donde estaba.

Miró hacia atrás para ver la distancia que los separaba de la estación de los estrechos. Calculó que no estaría a más de una hora. Eso quería decir que estaba bastante cerca, de acuerdo al más pesimista de los cálculos, si lo demás salía bien. No se puso a pensar en detalle qué era ese algo más puesto que existían innumerables factores que no se podían calcular por anticipado. Además, sentía que si especulaba demasiado sobre esto sería incapaz de llevar más hacia adelante su plan.

Finalmente, moviéndose con todo cuidado, Cord fue extrayendo el cuchillo, que mantuvo en su mano izquierda, pero dejó la pistola en su funda. Levantando el

bulto de ropas sobre su cabeza, lo balanceó en su mano derecha. Con un movimiento largo y suave, tiró el atado hacia el extremo opuesto de la plataforma.

Al caer, hizo un ruido sordo. Inmediatamente, toda esa sección de la *balsa* se plegó y azotó el agua, tratando de poner al objeto en contacto con los zarcillos.

Simultáneamente, Cord se lanzó hacia adelante. Por un momento, su intento de distraer la atención de Abuelito tuvo éxito, luego cayó de rodillas al comenzar nuevamente a moverse la plataforma.

Se hallaba a unos dos metros del borde. Cuando volvió a azotar el agua, siguió tratando, desesperadamente, de avanzar.

Un instante después se hallaba atravesando, con su cuchillo preparado, el agua fría y clara, delante de la *balsa*, y luego se sumergió una vez más.

La *balsa* le pasó por encima. Montones de pequeñas criaturas del mar escapaban por la jungla de raíces oscuras que las alimentaban. Cord evitó, con un sobresalto, una criatura verde y vidriosa, de las de aguijón, y sintió un dolor quemante en uno de los lados del cuerpo, lo que le hizo notar que no había podido evitar a otra. Pasó, con los ojos cerrados, por los cúmulos de raíces que cubrían el fondo de la *balsa*, y finalmente se halló dentro de la burbuja central por debajo del cono.

Lo rodeó una media luz y un aire maloliente y cálido. El agua, azotándolo, lo arrastró. No había aquí nada donde sujetarse. Luego vio encima de él, hacia la derecha, como moldeado dentro de la curva interior del cono, y con apariencia de haber crecido allí desde un comienzo, la forma con aspecto de sapo, del tamaño de un hombre, de cabeza amarilla.

El compañero inseparable de la *balsa*.

Cord atrapó al ser simbiótico de Abuelito, y guiado por una de sus flácidas patas posteriores, emergió, acuchillándolo hasta que no notó más vida en los pálidos ojos verdes.

Había calculado que el compañero de la *balsa* necesitaría un segundo o dos para apartarse de la misma, tal como sucedía con las otras criaturas similares a él, antes de poder defenderse. Sólo había llegado a dar la vuelta a la cabeza; su boca mordió el brazo de Cord por encima del codo. Su mano derecha hundió el cuchillo en uno de los ojos, y el cabeza amarilla se apartó con un salto, llevándose el cuchillo lejos de su alcance.

Deslizándose hacia abajo, tomó la flácida extremidad con ambas manos, y tiró con todas sus fuerzas. Durante un momento más, el cabeza amarilla no soltó la presa. Entonces las innúmeras prolongaciones nerviosas que lo conectaban con la *balsa* se liberaron con una sucesión de ruidos succionantes y desgarrantes. Finalmente, Cord y el cabeza amarilla llegaron al agua juntos.

Otra vez la selva de negras raíces, y dos sensaciones de dolor punzante en su espalda y piernas. Pensando que el cabeza amarilla habría muerto por estrangulación, Cord lo soltó. Por un momento vio descender, girando, un cuerpo que poseía extraños movimientos humanoides; luego fue desplazado por el

impulso del agua, cuando un cuerpo grande y blancuzco golpeó contra el animal que descendía, y siguió hacia delante.

Cord subió a la superficie a unos tres metros por detrás de Abuelito, y esto hubiera sido el final de la historia si no fuera porque la *ba/sa* estaba aminorando su marcha.

Luego de dos intentos llegó a trepar nuevamente a la plataforma, y allí se quedó, tosiendo y respirando anhelosamente. No había indicaciones de que su presencia fuera desagradable. Unos pocos zarcillos se retorcieron intranquilos, como si trataran de recordar sus funciones previas, cuando llegó, cojeando, al lado de sus compañeros, para asegurarse de que aún respiraban. Cord sólo pudo darse cuenta de eso.

En realidad, seguían respirando, y no intentó curar sus heridas, puesto que no había tiempo que perder. Tomó la pistola de calor que Grayan guardaba en su cartuchera. Abuelito se había parado.

Cord aún no podía razonar correctamente, de otro modo hubiera comenzado a preocuparse pensando si Abuelito, tan violentamente privado de la ayuda de su compañero, iba a ser capaz de moverse. El muchacho se limitó a determinar la dirección aproximada de la Estación Principal de los Estrechos, y eligiendo un lugar correspondiente de la plataforma, dio a la *ba/sa* un toque de calor.

Al principio, no pasó nada. Cord suspiró y subió el control del calor. Abuelito tembló levemente. Cord se puso de pie.

Primero en forma lenta y vacilante, pero luego con mayor brío y precisión, si bien ahora ya carecía de la cabeza que le guiaba, Abuelito se dirigió hacia donde se hallaba la estación.

## El «sheriff» de Canyon Gulch

Poul Anderson & Gordon R. Dickson

*No se dejen engañar por el título de este cuento. Puede parecer uno más de vaqueros, y en cierto sentido lo es, pero también es ciencia-ficción de la mejor calidad. Cuando apareció por primera vez, en 1951, incorporó a este género literario los hokas, que no son seres humanos, pero que desearían enormemente serlo. Siguieron cinco aventuras más de los hokas, y eventualmente la serie fue recopilada en un único volumen titulado Earthman's burden.*

*Los autores, dos de las más conocidas figuras dentro de la ciencia-ficción, eran vecinos en Minnesota, donde comenzaron a trabajar en las historias de los hokas. Poul Anderson, que desde entonces desertó del helado Norte para habitar en la soleada California, ha ganado tres veces el Hugo, y se hizo famoso por novelas tales como: La gran cruzada y Onda cerebral. Gordon Dickson, que permaneció en Minneapolis, obtuvo el premio Hugo por su novela corta Soldado, no preguntes y el premio Nebula por un cuento corto: Call him lord. Ha sido presidente de la Sociedad de Escritores de Ciencia-Ficción de Norteamérica.*

**Robert Silverberg**

Se había salvado por poco. Alexander Jones pasó varios minutos disfrutando del placer de estar todavía vivo. Luego miró alrededor.

El lugar parecía la Tierra. En rigor de la verdad, casi parecía su propia Norteamérica. Se hallaba en una enorme pradera cuyo césped se extendía bajo un cielo despejado por un fuerte viento. Bandadas de pájaros, alarmados por su descenso, hacían ruidos airados sobre su cabeza. No eran demasiado diferentes de los pájaros que conocía. Una hilera de árboles bordeaba un río, y vio el humo que indicaba el lugar donde había caído su vehículo. A lo lejos vio unas colinas, vagamente veladas por la neblina, y unos grandes bosques oscuros, más allá de los cuales estaba el mar, cerca de donde estaba el *Draco*. Demasiado lejos como para viajar.

Sin embargo, estaba sano y salvo, y en un planeta sumamente similar al propio. El aire, la gravedad, la bioquímica, el aspecto del Sol cercano al crepúsculo, podrían diferenciarse de los de la Tierra sólo gracias al uso de sensibles instrumentos de medición. El periodo de rotación era de aproximadamente veinticuatro horas; el año sideral, de casi doce meses; la inclinación axial, unos 11,5 grados. El hecho de que hubiera dos lunas en el cielo y de que una tercera estuviera dando vueltas por alguna parte, de que la forma de los continentes fuera completamente extraña, de que una serpiente que se enrollaba en una roca cercana tuviera alas, y de que esto quedara a quinientos años-luz del sistema solar, parecía carecer de importancia. Verdaderas bagatelas. Alex se rió de buena gana.

El ruido hubiera sonado tan extraño en este panorama, que decidió que un decoroso silencio era más apropiado para su rango, ya que era un oficial y,

debido a una Decisión Parlamentaria ratificada localmente por el Senado de Estados Unidos, un caballero. Por tanto, se arregló su chaqueta de cuello alto y enderezó con mano nerviosa las arrugas de sus pantalones blancos, se limpió las botas con el paracaídas y echó mano a su equipo de emergencia.

Olvidó peinarse sus cabellos en desorden, y su paso no era lo que se dice marcial, pero no hay que desdeñar el hecho de que se sabía solo.

Por supuesto que no iba a dejar de tratar de modificarlo. Se quitó la mochila que llevaba a los hombros. Fue lo único que cuidó de salvar, junto con su paracaídas, cuando decidió abandonar la nave. La abrió y extrajo la radio, pequeña pero de gran alcance, que lograría atraer ayuda.

Extrajo también un libro.

Sin embargo, su aspecto le resultó poco familiar...

¿Habrían impreso unas nuevas instrucciones mientras se hallaba en el campamento?

Lo abrió, buscó la sección de Radios, uso de emergencia. Leyó la primera página y vio:

«...el desarrollo histórico aparentemente increíble fue, por supuesto, completamente lógico. La declinación relativa de la influencia político-económica del hemisferio norte durante el final del Siglo XX, y el desplazamiento de la preponderancia hacia la región correspondiente al sudeste de Asia y del océano Indico, con mayores recursos, no significó, tal como lo predecían los alarmistas, el fin de la civilización occidental. Más bien determinó la aparición de la influencia libertadora y democrática anglosajona, puesto que esta zona, que ahora llevaba la voz cantante en la Tierra, fue primitivamente guiada por Australia y Nueva Zelanda, naciones que mantuvieron su primitiva lealtad a la Corona Británica. El consiguiente renacimiento y el mayor crecimiento de la Comunidad Británica de Naciones, la integración de sus consejos dentro del marco de un gobierno verdaderamente mundial, e incluso interplanetario, que llegó a su cúspide con el acceso de los norteamericanos, ha hecho que las tendencias sean, aun en los pequeños detalles de la vida cotidiana, incluidas en el molde de ese momento en particular. Esta tendencia, acentuada por el descubrimiento de los viajes a velocidades mayores que la de la luz, y el consiguiente contacto con mentalidades completamente diferentes, ha producido, dentro del sistema solar, condiciones de estabilidad que nuestros antepasados podrían calificar de utópicas. El Servicio, trabajando a través de la Liga de Unión Interplanetaria, posee la meta de hacer que todas las razas, aunque provenientes de distintos mundos...»

–¡Glup! –fue la exclamación de Alex.

Cerró el libro. En la tapa pudo leer:

## **MANUAL DE ORIENTACION PARA EMPLEADOS**

*por Adalbert Parr, Comisionado de Control General*  
*Servicio de Desarrollo Cultural*  
*Ministerio de Relaciones Exteriores de las Naciones Unidas*  
*Ciudad de League, N. Z., Sol III*

–¡Oh, no! –fue la siguiente exclamación de Alex.

Frenéticamente, siguió pasando revista al contenido de la mochila. Debía haber una radio... una pistola de rayos... una brújula... ¿una lata de judías, aunque sólo fuera eso?

Extrajo unas cinco mil copias, apretadamente envueltas, del Formulario CDS J-16-LKR, que debía llenarse por cuadruplicado, y entregarse con los formularios G-776802 y W-2-ZGU.

La cara de Alex, que habitualmente ostentaba una expresión ligeramente despectiva, denotó su asombro y sorpresa. Sus ojos giraron, incrédulamente, en sus órbitas. Luego, durante un largo rato, sólo pudo considerar la poca adecuación del idioma inglés para definir su idea de lo que era un burócrata.

–¡Oh, al diablo! –dijo Alexander Jones.

Se puso de pie y comenzó a andar.

Se despertó lentamente con el amanecer, y se quedó un rato tumbado en el suelo. Largas horas con el estómago vacío, seguidas de un intento, poco fructífero, de dormir en el suelo, más la perspectiva de varios miles de kilómetros de lo mismo, no lo hacían sentirse alegre. Y los animales, cualesquiera que fuesen, que había oído gruñir y aullar toda la noche de forma espantosa, parecían hallarse muy hambrientos.

–Parece humano.

–Sí, pero no va vestido como humano.

Alex abrió los ojos sin poder creer a sus oídos. Las voces hablaban... ¡inglés!

Cerró los ojos inmediatamente.

–¡Oh, no! –fue el lamento que brotó de sus labios.

–Está despierto, Tex –las voces eran agudas, y sonaban bastante irreales.

Alex se enroscó hasta adoptar una posición fetal, reflejando el horror que en ese momento sentía.

–Vamos, arriba, forastero. Este no es un lugar saludable para estar.

–¡No! –balbuceó Alex–. Dígame que no es verdad. Dígame que me he vuelto loco, pero no traten de convencerme de que es real.



–No sé –la voz reflejaba incertidumbre–. No habla como si fuera humano.

Alex se dio cuenta de que era inútil tratar de pensar que estos seres no eran reales. Indudablemente, parecían ser inofensivos. Para todo excepto para su salud mental, claro está. Se puso de pie sintiendo que sus huesos entrecrocaban lastimosamente, y se enfrentó a los nativos.

La primera expedición había informado de la existencia de dos razas inteligentes en este planeta: los hokas y los slissii. Y éstos debían ser hokas. ¡Alabado sea el Señor! Eran dos que, al ojo del ser humano, parecían exactamente iguales. De alrededor de un metro de altura, regordetes y cubiertos de una pelambre dorada, con cabezas redondas y de hocicos chatos, y ojos negros. Excepto por el hecho de que poseían dedos gordezuelos, se asemejaban extraordinariamente a los ositos de felpa.

Sin embargo, la primera expedición nada dijo acerca del hecho de que hablaran inglés con ese acento tan característico, ni de que usaran trajes adecuados para el Oeste norteamericano en el Siglo XIX.

Todos los estereofilmes históricos que viera se agolparon en los recuerdos de Alex, mientras observaba sus ropas. Veamos:

Usaban sombreros de ala ancha, más ancha que sus hombros; grandes pañuelos rojos anudados al cuello, camisas deslucidas y descoloridas, pantalones vaqueros, zajones enormes y botas de tacón alto con espuelas. Cada una de las cartucheras, que colgaban de un cinturón, rodeando sus rollizas cinturas, estaban ocupadas por un Colt de seis tiros. Estas armas llegaban casi hasta el suelo.

Uno de los nativos estaba parado frente al terráqueo, y el otro permanecía cerca, montado y sujetando las riendas del..., digamos, del animal del primero. Las bestias que servían de montura tenían aproximadamente el tamaño de un pony, cuatro patas con pezuñas..., colas delgadas como látigos, cuellos largos y cabezas provistas de pico. Su cuerpo estaba cubierto de escamas. Pero, por supuesto, pensó Alex salvajemente, usaban sillas de montar típicamente aderezadas, con sus lazos preparados. Por supuesto, ¿quién había oído hablar alguna vez de un cowboy sin su lazo?

–Bueno, bueno, veo que está despierto –dijo el hoka que estaba parado cerca–. ¿Qué tal, forastero? –extendió la mano–. Soy Tex, y mi compañero se llama Monty.

–Encantado de conocerles –dijo Alexander, mientras les estrechaba las manos con la sensación de quien sueña–. Me llamo Alexander Jones.

–No sé –dijo Monty, dubitativamente–. No tiene nombre de humano.

–¿Eres humano, Alexanderjones? –dijo Tex.

El hombre del espacio trató de controlarse, y espaciando cuidadosamente las palabras, dijo:

–Soy el Insignia Alexander Jones, del Servicio Terrestre de Reconocimientos Interestelares, miembro de la tripulación del *Draco* –ahora eran los hokas los que

parecían confundidos—. En otras palabras, soy de la Tierra, soy un ser humano. ¿Satisfechos?

—Así creo —dijo Monty, todavía dubitativo—, pero va a ser mejor que venga con nosotros y que Slick le interrogue. No se pueden correr riesgos tal como están las cosas.

—¿Y por qué no? —dijo Tex, sorprendentemente con una extraña amargura en la voz—. Total, ¿qué podemos perder? Pero vamos, Alexanderjones, porque no queremos darnos de narices con una partida de guerreros indios.

—¿Indios? —preguntó Alex.

—Claro, indios. Me parece que vienen hacia aquí. Así que es mejor que nos vayamos. Mi caballo nos llevará a los dos.

Alexander no se hallaba especialmente contento con la idea de tener que montar un reptil en una silla diseñada para un hoka. Afortunadamente, las asentaderas de estos habitantes eran lo suficientemente amplias como para que hubiera sitio para un terrestre delgado. El *caballo* trotó en seguida, con un paso regular y sorprendentemente rápido. Los *reptiles* de Toka, que recibieran este nombre de la primera expedición, derivado de la palabra tierra en el idioma de la más avanzada sociedad, la hoka, aquí parecían estar más evolucionados que en el sistema solar.

Un corazón de cuatro cavidades, y un más perfecto sistema nervioso los hacía casi equivalentes a mamíferos.

De todas formas, la criatura olía muy mal.

Alex miró a su alrededor. La pradera era grande y desnuda, y su nave se hallaba muy, muy lejos.

—Ya sé que hablo de cosas que no me importan —dijo Tex —, pero ¿cómo llegó aquí?

—Es una historia larga de contar —dijo Alex, distraídamente; en estos momentos sus pensamientos se concentraban en la comida—. El *Draco* se hallaba en una tarea de expedición, trazando los mapas de los nuevos sistemas planetarios, y nos trajo cerca de esta estrella, vuestro sol, que sabíamos que había sido visitado previamente. Pensamos que sería conveniente venir a dar un vistazo, a la par que descansaríamos en un planeta de condiciones similares a las de la Tierra. Fui uno de los que salimos en las naves exploradoras, a dar un vistazo a este continente. Algo pasó, mis motores fallaron, y puedo considerarme afortunado por haber escapado con vida. Caí en paracaídas, y para mi mala suerte, la nave se estrelló en un río. Así que debido a esta serie de circunstancias, tuve que decidirme a tratar de llegar a la nave madre.

—¿Y sus compañeros no van a venir a buscarlo?

—Por supuesto que van a tratar de hallarme, pero no veo cómo van a encontrar los rastros de la nave exploradora, que ahora está en el fondo de un río, y para empeorar la cosa, con medio continente para rastrear. Tal vez podría haber trazado un gran letrero de SOS en el suelo, pensando que se llegaría a ver desde

el aire, pero..., bueno, pensé que mi mejor oportunidad era la de mantenerse en movimiento. Ahora estoy tan hambriento que podría comerme un... un búfalo.

–No creo que encontremos carne de búfalo en el pueblo, pero tenemos buena carne de costeletas.

–¡Oh! –exclamó Alex.

–No hubiera durado mucho a pie –dijo Monty–. Y sin un rifle.

–No porque... bueno, no importa –dijo Alex–. Pensé que podría hacerme un arco y unas flechas.

–¡Arco y flechas! ¡Vamos! –dijo Monty, mirando con sospecha hacia Alex– ¡Así que ha estado con los indios!

–No, nunca... ¡Caramba!, nunca he estado cerca de un indio.

–Los arcos y las flechas son armas de indios, forastero.

–Ojalá –dijo Tex melancólicamente–. No teníamos problemas cuando solamente los hokas teníamos pistolas de seis tiros. Pero ahora los indios también las tienen –una lágrima resbaló por el botón negro que era su nariz.

*Si los vaqueros parecen oseznos de juguete –pensó Alex –, ¿qué aspecto tendrán los indios?*

–Ha tenido suerte de que Tex y yo pasáramos por aquí –dijo Monty–. Estábamos tratando de ver si podíamos reunir unas cabezas más de ganado antes de que los indios llegaran. No tuvimos suerte, sin embargo. Los pieles verdes se las llevaron a todas.

¡Piel verdes! Alex se acordó de un detalle en el informe de la primera expedición: dos razas inteligentes: los hokas, mamíferos, y los slissii, reptiles. Y los slissii, más fuertes y dispuestos a la guerra, acosaban a los hokas.

–¿Son slissii, los indios?

–¿Slissii? No sé, tienen cuernos... –dijo Monty.

–Quiero decir si... si son altos, más que yo, si andan a saltos, si tienen colmillos y piel verde, y si cuando hablan hacen unos raros sonidos silbantes.

–Pero ¡claro!, ¿qué otra cosa? –Monty movió la cabeza extrañado–. Si es humano, ¿cómo es que no conoce ningún indio?

Se habían ido acercando hacia una nube de polvo grande y ruidosa. Cuando estuvieron bien cerca, Alex se dio cuenta de la causa.

–Reses *longhorns* –explico Monty.

Bien... sí... Un cuerno largo cada uno. Sobre el hocico. Pero, por lo menos, las reses, de pelo colorado, patas cortas y cuerpo con forma de barril, eran mamíferos. Alex vio que algunos animales tenían marcas en los flancos. Todo el rebaño era urgido por vaqueros hoka, que montaban bien y rápido.

–Es la hacienda X Barra X –dijo Tex–. El Llanero Solitario decidió tratar de sacarlos de aquí antes de que lleguen los indios. Pero me parece que los pieles verdes van a alcanzarlos.

–No puede hacer otra cosa –replicó Monty–. Los rancheros están sacando su ganado. No hay lugar en que se esté a salvo, de este lado de la Nariz del Diablo. No pienso quedarme en el pueblo para tratar de mantener a raya a los indios, y creo que todos piensan como yo, a pesar de lo que Slick y el Llanero quieren que hagamos.

–¡Pero cómo! –objetó Alex –. Pensé que acababa de decir que el Llanero también huía. Ahora dice que quiere pelear. ¿Qué es lo que pasa?

–Es que el Llanero Solitario que es dueño del X Barra X quiere huir, pero el Llanero Solitario del Lazy T quiere pelear. Igual que el Llanero Solitario de Buffalo Stomp, que el Verdadero Llanero Solitario y que el Llanero Más Solitario. Pero apuesto a que cambian de opinión cuando vean a los indios cerca.

Alex se tomó la cabeza con ambas manos, para impedir que saliera volando.

–¿Cuántos Llaneros Solitarios existen? –gritó.

–¿Y qué sé yo? –dijo Monty, encogiéndose de hombros–. Por mi parte, conozco por lo menos a diez. La verdad es –agregó, exasperado– que el inglés no tiene tantos nombres como tenía el idioma Hoka. Resulta cansado tener un centenar de Montys alrededor, o gritar para que conteste Tex y resulta que le preguntan: *¿Cuál de ellos?*

Pasaron la tropa de ganado con un trotecito rápido y llegaron a la parte superior de un montículo. De allí se divisaba un pueblo, compuesto por una docena de casas, formadas simplemente por los esqueletos, y una única calle, bordeada de estructuras falsas, de aspecto aparentemente macizo. El lugar estaba lleno de hokas: a pie, montados, en carretas cubiertas y en coches, refugiados de los indios que se acercaban. Mientras descendían la colina vio un letrero torpemente escrito que decía:

## *BIENVENIDOS A CANYON GULCH*

*Población:*

*Días entre semana 212*

*Sábados 1.000*

–Lo vamos a llevar a ver a Slick –dijo Monty, dominando el alboroto –. El sabrá qué hacer.

Hicieron que los ponies pasaran a través de la multitud abigarrada. Los hokas parecían ser una raza sumamente excitable, prestos a la gesticulación exagerada

y a hablar con toda la fuerza de sus pulmones. La huida se realizaba sin ningún tipo de organización, produciéndose múltiples enredos, discusiones, chismorreos y exuberantes disparos al aire. Una buena cantidad de ponyes y carros estaban aparentemente abandonados frente a los saloons, que formaban una doble fila a lo largo de la calle.

Alex trató de recordar qué figuraba en el informe que había realizado la primera expedición. Este había sido necesariamente breve, puesto que la expedición permaneció en Toka durante dos meses tan sólo. Pero... sí, sí... Los hokas habían sido descritos como muy amistosos, rápidos para aprender, alegres y completamente ineficaces. Sólo las ciudades de la costa, con una tecnología correspondiente a la edad del bronce, habían podido resistir los avances de los slissii. Pero en los restantes lugares, los reptiles iban, lentamente pero en forma inexorable, conquistando a las dispersas tribus ursinoides.

Los hoka peleaban valientemente cuando se les atacaba, pero trataban de no pensar en el enemigo cuando no estaba inmediatamente visible, de acuerdo a su naturaleza bonachona. Nunca se les hubiera ocurrido formar un grupo para defenderse de los slissii. Una raza de individualistas como la suya no hubiera logrado formar un ejército que saliera a la ofensiva.

En suma, gente simpática, pero poco eficaz. Alex se sintió orgulloso de su altura, su uniforme brillante de hombre del espacio, y de su espíritu humano de perseverancia y lucha que había llevado al ser humano a las estrellas. Se consideraba a sí mismo un hermano mayor.

Tendría que hacer algo, darles a estos seres de opereta una ayuda. Tal cosa también podría significar un ascenso para Alexander Braithwaite Jones, puesto que la Tierra necesitaba una gran cantidad de planetas habitados por especies amistosas, y el informe existente sobre los indios... o mejor dicho, sobre los slissii, hacía improbable que pudieran llevarse bien con los seres humanos.

*A. Jones, héroe. Tal vez entonces, Tanni y yo...*

Se dio cuenta de que un hoka grueso y aparentemente mayor le estaba mirando atentamente, junto con el resto de Canyon Gulch. Este representante, en particular, usaba una gran estrella de metal prendida en su chaleco.

—¿Qué tal, *sheriff*? —dijo Tex.

—Hola, Tex, amigo —dijo el *sheriff* obsequiosamente—. Y también Monty, ¡hola muchachos! ¿Quién es este forastero? ¡No me digan que es un ser humano!

—Si... así dice él. ¿Dónde está Slick?

—¿Qué Slick?

—El Slick, sherriff.

El grueso hoka guiñó los ojos.

—Creo que está en el salón de atrás del Paradise Saloon —dijo; y humildemente agregó—: Este... Tex, Monty..., se acordarán del amigo cuando sea la reelección, ¿no es verdad?

–Tal vez así sea –dijo Tex, genialmente–. Ha sido *sheriff* desde hace mucho.

–¡Oh! ¡Gracias, muchachos! Ojalá los demás tuvieran vuestro mismo buen corazón.

La muchedumbre los separó del *sheriff*.

–¿Qué pasa? –dijo Alex –. ¿Qué era lo que quería que hicieran?

–Que votemos en contra de él en las próximas elecciones, por supuesto –dijo Monty.

–¿En contra de él...? Pero... el *sheriff* es el que manda. ¿O no?

Tex y Monty parecían apesadumbrados.

–Me pregunto si realmente es humano –dijo Tex–. Los humanos nos enseñaron que el *sheriff* es el más tonto de la ciudad. Pero no nos parece justo que a una persona se la cargue demasiado con ese problema, así es que lo elegimos una vez al año.

–Buck fue elegido *sheriff* tres años seguidos. Es realmente tonto.

–Pero ¿quién es ese Slick? –preguntó algo desesperado Alex.

–El jugador profesional del pueblo, por supuesto.

–¿Y qué tengo que ver con un jugador profesional?

Tex y Monty intercambiaron miradas.

–Vamos, vamos –dijo Monty, que parecía estar al final de su paciencia–, hemos tratado de tolerar bastante, pero si insiste en decir que no sabe quién es el que verdaderamente manda en el pueblo, vamos a pensar que nos está tomando por bobos.

–¿Se refieren a una especie de administrador que tienen en la zona?

–¡Está chiflado! Todo el mundo sabe –dijo Monty– que un pueblo hace siempre lo que quiere el jugador profesional.

Slick usaba el uniforme correspondiente: pantalones ajustados, chaleco, una camisa blanca, un arma en una mano y una baraja en la otra. Parecía cansado: seguramente había pasado por muchas angustias estos últimos días, pero dio la bienvenida a Alex con extraña volubilidad, y lo hizo pasar a una oficina amueblada en un estilo vagamente correspondiente al Siglo XIX. Tex y Monty también entraron, asegurándose de que la puerta estuviera bien cerrada a la muchedumbre alborotadora.

–Le prepararemos algún emparedado –dijo Slick, muy amable; le ofreció a Alex un cigarro púrpura, hecho seguramente de alguna horrible yerba local, y se sentó detrás de su escritorio–. Bien –dijo–, ¿cuándo podremos tener ayuda de los seres humanos nuestros amigos?

–Me temo que no pueden esperarla para dentro de poco –le respondió Alex–. La tripulación del *Draco* no sabe nada de lo que está pasando. Deben de estar dando vueltas tratando de encontrarme. A menos que me hallen aquí, lo cual es bastante improbable, no hay demasiadas posibilidades de que se enteren de la lucha contra los indios.

–¿Cuánto tiempo estarán por aquí?

–Oh, seguramente esperarán como un mes antes de darme por muerto y abandonar el planeta.

–Podemos llevarlo hacia la costa del mar en ese tiempo, pero eso significaría un largo viaje, además de que cruzaríamos territorio infestado de indios –Slick esperó parsimoniosamente antes de continuar–. Es difícil que pueda pasar. Así que me parece que la única forma en que va a poder llegar hasta donde están los suyos va a ser venciendo a los indios. Pero no podemos vencer a los indios si no recibimos ayuda de sus amigos.

Melancólico silencio.

Para cambiar de tema, Alex trató de aprender algo de historia hoka. En realidad, logró más de lo que pensaba, puesto que Slick demostró ser sorprendentemente inteligente y estar bien informado.

La expedición originaria había llegado al planeta hace algo así como treinta años. En ese momento el informe había concitado poco interés, dada la gran cantidad de nuevos planetas que se iban descubriendo en la galaxia. Era ahora, con el *Draco* como pionero, que la Liga trataba de organizar esta sección fronteriza del espacio.

Los primeros terrestres habían sido recibidos con gran admiración por parte de la tribu hoka cercana a su lugar de contacto. Los habitantes eran seres con gran facilidad de expresión, que, gracias a la ayuda de la moderna psicografía utilizada, aprendieron inglés en unos pocos días. Para ellos, los seres humanos eran dioses, si bien, como buenos seres primitivos que eran, se permitían ciertas libertades con sus deidades.

Y así llegó la noche decisiva. La expedición había montado un equipo de proyección de películas. Hasta ese momento los hokas habían sido espectadores interesados, pero desconcertados por la complejidad de lo que veían. Esa noche, a insistencia de Wesley, se proyectó una antigua película. Era de vaqueros.

La mayoría de los viajeros espaciales tienen su *hobbie*, adquirido durante los largos viajes. El de Wesley era el oeste norteamericano. Pero lo veía a través de su romántica interpretación, basándose en una gran cantidad de novelas, pero en un muy pobre material verdaderamente histórico.

Los hokas vieron la película y perdieron la cabeza.

El capitán llegó a la conclusión de que esa reacción, delirante y rayana en el éxtasis, se debía a que era algo que realmente podían comprender. Las comedias sofisticadas o las películas de aventuras espaciales les afectaban poco, puesto que no tenían ninguna experiencia de eso, pero aquí había algo que parecía

pertenecerles. Un gran país, como el suyo, héroes que peleaban contra salvajes enemigos, grandes rebaños de animales, costumbres festivas...

Y tanto al capitán como a Wesley se les ocurrió que tal vez esta raza pudiera utilizar ciertos elementos de la cultura del Oeste primitivo. Los hokas habían sido, hasta ese momento, simples granjeros, y hallaban malamente su sustento en las praderas, que nunca habían sido debidamente trabajadas. Se trasladaban a pie, sus herramientas estaban hechas con piedra y bronce, y realmente había mucho que podían aprovechar con beneficio.

Los encargados de la parte metalúrgica de la expedición no tuvieron grandes dificultades para fabricarles armas como el Colt, el Derringer y la carabina. Se les enseñó a trabajar el hierro, a hacer acero y a fabricar pólvora. A manejar el torno y algunas máquinas. En este caso la aptitud de los habitantes y las técnicas de enseñanza permitieron que aprendieran rápidamente. También captaron la necesidad de domesticar los animales salvajes que hasta el momento habían simplemente atrapado.

Antes de la partida de la nave, los hokas montaban ponyes con silla y criaban longhorns. También realizaron tratados con las ciudades marítimas de la costa, intercambiando maderas, granos y herramientas manufacturadas. Y además acababan con toda tranquilidad con las bandas de slissii que los atacaban.

Como paso final, Wesley antes de marcharse les dejó a los hoka su colección de libros y de revistas sobre el tema.

Nada de esto figuraba en el sesudo informe que leyó Alex. Simplemente se acotaba que se les había enseñado a los ursinoides la forma de trabajar el metal, el uso de las armas químicas y los beneficios de determinadas formas económicas. Se había pensado que así lograrían vencer a los peligrosos slissii, de forma tal que finalmente los seres humanos pudieran venir regularmente, si así lo deseaban, sin encontrarse con una guerra.

Alex pudo imaginar el resto. El entusiasmo de los hokas era enorme. Esta nueva forma de vida era, indudablemente, muy práctica y adaptada a las praderas. Así que ¿por qué no seguir adelante y parecerse a los seres que eran como dioses en todos los aspectos? Hablar inglés con el acento peculiar de las películas, adoptar nombres y vestimentas humanas, costumbres correspondientes, disolver la antigua organización tribal y reemplazarla por ranchos y pueblos. Todo fue fácil. Y divertido.

Los libros y revistas no circularon demasiado. Gran parte de las cosas se fueron transmitiendo oralmente. De allí que se produjeran ciertas lógicas transformaciones.

Pasaron tres décadas. Los hokas maduraron rápidamente; ya existía una generación que había crecido dentro de un marco de cowboys. El pasado había quedado atrás. Los hokas se extendieron hacia el Oeste, a través de las praderas, empujando en su avance a los slissii.

Hasta que los slissii aprendieron, a su vez, a fabricar armas. Entonces, gracias a su mayor talento para lo militar, formaron un ejército de tribus confederadas y comenzaron a hacer retroceder a los hokas. Esta vez probablemente continuarían



hasta arrasar las ciudades de la costa. La propensión a la lucha de algunos hokas individualmente considerados no era freno para un gran número de seres mejor organizados.

Y ahora, uno de los ejércitos de indios se acercaba a Canyon Gulch. No debía de estar a muchos kilómetros de distancia, y ciertamente no se veía la forma de detenerlo. Los hokas reunieron a sus familiares y sus pertenencias, abandonando los ranchos para huir. Pero con su habitual ineficacia, la mayoría de los refugiados no iba más allá de este pueblo. Aquí se detenían a comentar lo sucedido, a discutir sobre la necesidad de pelear o de huir, y mientras tanto, a echarse un trago más.

—¿Quieren decir que ni siquiera han tratado de resistir? —preguntó Alex.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —contestó Slick—. Una mitad no quería saber nada de pelear. La otra mitad tenía, cada uno de ellos, distintas formas de considerar la cosa, y cuando no le hicimos caso a todo esto se enfadaron y se fueron. No nos quedaron muchos.

—¿Y usted, como líder, no pudo pensar en algo para mantenerlos juntos, algún tipo de compromiso o algo, para satisfacer a la mayor parte?

—Por supuesto que no —dijo Slick—. Mi plan es el único acertado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Alex, dándole un salvaje mordiscón al emparedado que tenía en la mano. La comida le había restaurado las fuerzas, y el brebaje que los hokas llamaban whisky le había dado un ímpetu valeroso.

—El problema básico es que no saben cómo organizar una batalla. Nosotros los humanos sí lo sabemos.

—¡Es un poderoso luchador! —dijo Slick.

Sus ojos brillaban con admiración, según pudo notar Alex con evidente complacencia, al igual que la mayoría de los hokas que había encontrado. Decidió que era realmente halagador, si bien un semidiós tiene sus duros deberes.

—Lo que necesitan es un jefe a quien sigan sin chistar —continuó—. O sea, yo.

—Usted, quiere decir —y aquí Slick inspiró profundamente—. ¿Usted?

Alex asintió impetuosamente.

—Los indios van a pie, ¿verdad? Muy bien. Entonces sé, de acuerdo a la historia de lo sucedido en la Tierra, qué es lo que hay que hacer. Debe haber varios miles de hokas en los alrededores, y todos van armados. Los indios no han de estar preparados para una buena carga de caballería. Pienso dividir en dos sus fuerzas.

—Bueno, bueno, eso sí que no se nos había ocurrido —murmuró Slick.

Hasta Monty y Tex parecían adecuadamente sorprendidos.

Súbitamente, Slick comenzó a dar vueltas por la oficina, en plena excitación.

–¡luuuuuuu! –gritó–. Me siento como si hubiera nacido con una pistola en cada mano, y mis compañeros de juego hubieran sido víboras de cascabel. ¡Soy capaz de darle la vuelta a la Luna de un salto, de cabalgar más rápido que nadie y de sacar mi revólver preparado para disparar antes de que otros siquiera tengan tiempo de pensarlo!

–Bueno, ¿no es el grito de guerra habitual en los seres humanos? –respondió Tex, que ya se estaba comenzando a acostumbrar a la ignorancia del humano.

–¡Vamos, vamos! –dijo Slick, abriendo de un golpe la puerta.

Fuera estaba la tumultuosa multitud. El jugador llenó sus pulmones de aire y gritó:

–¡Ensillen los caballos y preparen sus armas! ¡Aquí tenemos un ser humano que nos va a ayudar a vencer a los indios!

Los hokas dieron vivas hasta que los falsos frentes de las casas temblaron.

Danzaron, saltaron y dispararon sus armas al aire en plena excitación. Alex sacudió a Slick y gimió:

–No, no, tonto. ¡Ahora no! ¡Tenemos que estudiar la situación, mandar exploradores y trazarnos un plan!

Demasiado tarde. Sus impetuosos admiradores lo levantaron en andas y lo llevaron hasta la calle. No pudo ser oído por encima del ruido que hacían, vanamente trató de mantenerse de pie, y finalmente terminó por no darse bien cuenta de lo que pasaba. Alguien le dio una pistola, que sujetó a su cinturón, sintiéndose como en un sueño. Otro le pasó un lazo, y le dijo:

–¡Ármelo, forastero, y vamos por ellos!

–¡Un lazo!

Alex se dio cuenta, si bien no muy claramente, de que detrás del saloon había un corral. Los reptiles, semisalvajes aún, iban excitados de un lado a otro, ansiosos por los ruidos. Algunos hokas maniobraban diestramente enlazando cada uno su montura.

–Vamos, vamos –rugió una voz– ¡no tenemos tiempo que perder!

Alex estudió al vaquero que tenía más cerca. No parecía que enlazar un animal fuera tan difícil. Si sostenía la soga de aquí y de allá, se la hacía girar sobre la cabeza más o menos así...

Tiró, y terminó dando con su cuerpo en tierra. A través de la nube de polvo que se levantó se dio cuenta de que se había enlazado a sí mismo.

Tex le ayudó a levantarse y también le ayudó a quitarse el polvo de las ropas.

–La verdad es que... es que no monto... habitualmente... murmuro.

Tex no dijo nada.

–Tengo un buen caballo para usted –gritó otro hoka, inclinándose en su silla.

–¡Un animal de nervio!

Alex lo miró. El caballo le observó con un brillo malvado en sus ojos. A riesgo de llegar a un juicio apresurado, decidió que no le gustaba demasiado. Pensaba que definitivamente iban a presentarse problemas de interrelación entre él y su cabalgadura.

–Vamos, vamos, ¡a ver si vamos de una vez! –gritaba Slick impacientemente; montaba una bestia que pateaba y coceaba, pero no parecía importarle en absoluto.

Alex tembló, cerró sus ojos, se preguntó cuál sería el pecado que había cometido para que le tocara este castigo, y se dirigió tambaleante hacia su caballo. Varios hokas se habían unido para ensillárselo. Montó. Los hokas soltaron al animal. Existía verdaderamente un conflicto de personalidades.

Súbitamente, el terrestre sintió como si un meteoro, retorciéndose y girando, le hubiera alcanzado. Trató de sujetarse aferrándose a la silla. Las patas delanteras del animal cayeron con un sordo ruido, mientras casi perdía el equilibrio. Le pareció que una granada nuclear había explotado cerca de él.

Si bien el suelo subió para golpearlo con una dureza innecesaria, nunca había imaginado que el sólido suelo podía ser tan bien venido en ese momento.

–¡Uuf! –exclamó Alex, y se quedó inmóvil.

Un silencio de asombro y de incredulidad cayó sobre la asamblea de hokas. Este ser humano no había sabido usar un lazo, y ahora había batido el récord de menor permanencia sobre una silla. ¿Qué clase de terrestre era éste?

Alex se sentó, y se encontró con las miradas de un corrillo de caras peludas y escandalizadas. Débilmente, sonrió y dijo:

–Tampoco soy buen jinete.

–¿Podría decirnos qué diablos sabe hacer? –rugió Monty–. No sabe usar un lazo, no sabe montar, no sabe hablar correctamente, no sabe disparar...

–¡Un momento! –Alex se puso de pie, en forma bastante vacilante–. Admito que no sé usar una serie de cosas que les son habituales porque en la Tierra lo hacemos en forma muy diferente. Pero puedo disparar mejor que cualquier hombre... quiero decir, cualquier hoka. ¡Y a eso apostado cualquier cosa!

Algunos de los vaqueros parecieron recuperar su perdida esperanza, pero Monty se burló:

–Eso dice.

–Eso digo y pienso probarlo –Alex miró alrededor, buscando un blanco adecuado.

Por primera vez no se sentía preocupado. Era uno de los mejores tiradores con pistolas de rayos de la Flota.

–Tiren una moneda. La voy a agujerear por el centro.

Los hokas comenzaron a mostrar signos de inquietud. Alex pensó que tal vez no fueran buenos tiradores, sin poder medir realmente su capacidad con otros. Slick, con aspecto de gran contento, extrajo un dólar de plata del bolsillo y lo lanzó al aire. Alex sacó su revólver y disparó.

Lamentablemente, las pistolas de rayos no tienen retroceso, pero los revólveres sí.

Alex casi se cae de espaldas. La bala rompió un cristal del bar La Última Oportunidad.

Los hokas comenzaron a reírse. Era una amarga forma de divertirse.

—Buck —llamó Slick—. Buck, ¡oye, *sheriff*, ven aquí!

—Sí, Slick, para lo que mande.

—No te necesitamos más como *sheriff*, Buck. Creo que hemos encontrado otro mejor. ¡Dame tu placa!

Cuando Alex se logró poner nuevamente de pie, la estrella brillaba en su uniforme. Y, por supuesto, su propósito de contraatacar había quedado completamente sumido en el olvido.

Se dirigió tristemente hacia el saloon de Pitzen. Durante las últimas horas el pueblo había ido quedando desierto de refugiados, a medida que los indios se acercaban más y más. Pero todavía quedaban algunos que querían tomar un último trago. Esa era la compañía que buscaba Alex.

Ser el bufón oficial no era, eso sí, un problema grave. Los hokas no eran crueles con aquellos a quienes los dioses no habían prodigado sus favores. Pero había destruido lamentablemente el prestigio de los seres humanos en este planeta. El Servicio no apreciaría demasiado este comportamiento suyo.

Había que pensar, por otra parte, que las posibilidades de que se pudiera llegar a conectar con los suyos eran bastante remotas. No podría llegar al *Draco* antes de que partiera, sin pasar por territorio controlado por los mismos indios que avanzaban sobre Canyon Gulch. Tal vez pasaran años antes de que llegara otra expedición. O tal vez pudiera quedarse allí durante el resto de su vida. Si bien, pensándolo cuidadosamente, tal vez eso no fuera peor que enfrentar la vergüenza que se asociaría con su regreso.

Tristes pensamientos.

—¡Venga, *sheriff!*, déjeme que le invite a un trago —le dijo una voz cercana.

—Gracias —respondió Alex.

Los hokas tenían la agradable costumbre de agasajar al *sheriff* cuando entraba en un saloon. Se había aprovechado bastante de los parroquianos, si bien no parecía mejorar demasiado su estado de ánimo, muy deprimido.

El hoka situado a su lado era un espécimen bastante mayor, sin dientes y arrugado.

–Soy del camino de las Niñerías –dijo, presentándose–. Llámeme Niñerías Kid. ¿Qué tal, *sheriff*?

Alex le estrechó la mano, lúgubrementemente.

Se abrieron camino hasta la barra. Alex tenía que inclinarse debido a la poca altura de los techos de los hokas, pero no cabía duda que los adornos rococó se ajustaban perfectamente al estilo deseado, incluyendo un pequeño escenario donde tres mujeres hoka, escasamente vestidas, se dedicaban a realizar un número de canto y baile, mientras un hoka con gafas aporreaba un maltrecho piano.

Niñerías Kid le comentó, con tono íntimo:

–Conozco a esas chicas. Bonitas, ¿verdad? ¡De rechupete!

–Uh... sí, claro –contestó Alex, considerando que las hokas tenían cuatro glándulas mamarias cada una–. Muy... bien dotadas.

–Se llaman Zunami, Goda y Torigi. ¡Si no fuera tan viejo!

–¿Cómo es que no tienen nombres ingleses? –preguntó Alex.

–Tuvimos que mantener los nombres hokas para las mujeres –le dijo Niñerías Kid; se rascó su cabeza calva–. Ya es bastante complicado con los hombres, contando con más de cien Hopalongs en un mismo pueblo..., pero ¿cómo se pueden diferenciar las mujeres si todas se llaman Jane?

–Bueno, tenemos algunas que se llaman ¡Eh, tú! –dijo tristemente Alex–, y otras que se llaman «Sí, querido».

Le comenzaba a dar vueltas la cabeza. El licor de los hokas era muy poderoso.

Cerca se hallaban dos vaqueros, que discutían con alcohólica vehemencia. Eran dos típicos hokas, lo que para Alex quería decir que sus formas regordetas no se diferenciaban demasiado una de otra.

–Conozco a esos dos. Son de rancho –le dijo Niñerías Kid–. Ese es Slim, y el otro es Shorty.

–¡Oh! –dijo Alex.

Mirando melancólicamente su vaso, escuchó la discusión, que había llegado a la etapa en que se llamaban cosas no muy agradables uno a otro.

–¡Ten cuidado con lo que dices, Slim! –dijo Shorty, tratando de entrecerrar amenazadoramente sus ojillos–. ¡Soy un hombre muy peligroso!

–Qué vas a ser un hombre peligroso –se burló Slim.

–¡Te digo que soy un hombre demasiado peligroso! –chilló Shorty.

–Eres un cabeza loca que debería recibir una buena patada de una mula –dijo Slim–. Y creo que voy a ser yo quien termine por dártela.

–¡Cuando me digas esas cosas –dijo Shorty–, por favor, sonríe!

–Te digo que eres un cabeza loca que debería recibir una patada de una mula –le volvió a decir Slim, y sonrió.

Súbitamente el saloon se llenó del estruendo de los revólveres en acción. Un reflejo muy adecuado hizo que Alex se tirara al suelo. Una bala silbó ominosamente cerca de su oreja. El tronar de las armas continuaba. Se acurrucó en el suelo y comenzó a rezar.

Volvió a reinar el silencio. Una nube de humo de pólvora se elevó en el aire. Unos cuantos hokas salieron de detrás de las mesas y comenzaron nuevamente a beber. Alex buscó los irremediables cadáveres, que supuso debía de haber. Sólo vio a Slim y a Shorty que guardaban los revólveres.

–Bueno –dijo Shorty–, yo pago esta ronda.

–Gracias, amigo –le dijo Slim–, yo pagaré la próxima.

Alex volvió sus ojos desorbitados a Niñerías Kid.

–Nadie resultó herido –gritó al borde de la histeria.

–Por supuesto que no –dijo el viejo hoka–. Slim y Shorty son muy buenos amigos. Rara costumbre esa de los humanos, que un hombre deba intercambiar disparos con sus amigos por lo menos una vez al mes. Pero pienso que tal vez eso los haga más valientes, ¿verdad?

–Ummm... –dijo Alex.

Se acercaron otros a hablar con ellos. Las opiniones parecían estar igualmente divididas entre la idea de que no era un ser humano de verdad, y que realmente lo que sucedía era que los terrestres no resultaban ser lo que decían las leyendas. Pero a pesar de su decepción, no tenían mala voluntad, y le ofrecieron unos tragos. Alex aceptó sediento. No podía pensar en hacer otra cosa.

Habrían pasado una o dos horas, o tal vez diez, cuando Slick entró en el saloon. Su voz se alzó sobre el tumulto:

–Un explorador me trajo las últimas noticias, muchachos. Los indios están a no más de seis o siete kilómetros de aquí, y se acercan rápidamente. Vamos a tener que irnos.

Los vaqueros terminaron sus tragos, rompieron sus vasos y salieron del edificio en una ola de excitación y ansiedad.

–Hay que calmar a la gente –murmuró Niñerías Kid– o vamos a terminar en un tumulto– con gran presencia de ánimo apagó las luces.

–¡Estúpido! –rugió Slick–. Fuera ya es de día.

Alex dio vueltas sin rumbo por el saloon, hasta que el jugador le cogió de la manga.

–Estamos faltos de gente, y tenemos que movilizar mucho ganado –ordenó Slick–. Consiga un caballo manso y vea si puede ayudar.

–Muy bien –dijo Alex, entre hipos.

Estaría bien saber que estaba haciendo algo útil, por poco que fuera. Tal vez lograra ser derrotado en las próximas elecciones.

Siguió un rumbo poco estable hasta el corral. Alguien le dio un pobre caballo, demasiado viejo para no ser dócil. Alex trató de ensillarlo. El animal se escapó.

–Ven para aquí, ¡diablos! ¡Maldito animal!

–Aquí, aquí –dijo un hoka, que se acercó...

¿Un fantasma hoka? ¿Un hoka Superior? ¿Un hoka y otro hoka?... Fue ayudado a montar.

–¡Por Pecos Bill! ¡Está borracho como un cerdo!

–¡No, no! –dijo Alex, con voz estropajosa–. Eshtoy muy shobrio. Son los hoka los que eshtán borrachos. ¿Entiende? Eso es. Sólo los hombres sobrios de hoka son los... borrachos.

Su caballo parecía flotar en una niebla rosa en todas direcciones.

–Soy un *cowboy* solitario... –cantó Alex–. El *cowboy* más solitario de por aquí.

Se dio cuenta, más o menos vagamente, de la situación del ganado. Los animales estaban nerviosos, miraban para uno y otro lado y rascaban la tierra con las pezuñas. Una pequeña cantidad de hokas galopaba alrededor de ellos, agitando sus sombreros y tratando de hacer que los animales se dirigieran hacia los senderos adecuados.

–¡Soy un *cowboy* del Río Grande! –gritó Alex.

–¡No tan fuerte! –protestó un Tex-hoka –¡Estos animales ya están bastante nerviosos!

–¿Quiere que vayan marchando, no es así? –contestó Alex–. ¡Más vale que vayamos saliendo de aquí! Los pieles verdes se acercan. Va a ser fácil hacerlos andar. ¡Miren esto!

Extrajo su pistola, y disparándola al aire dejó escapar un salvaje:

–¡lujuuu!

–¡*Pedazo de imbécil!*

–¡luuujuuu! –Alex se lanzó hacia el ganado, disparando y gritando a la vez–. A hacerlos andar, *cowboy*. Vamos, vamos. ¡Yipiiii!

El ganado, por supuesto, se espantó.

Como una marea roja, rompió la débil barrera que formaban los hokas. Los vaqueros se dispersaron; la muerte acechaba en los miles de pezuñas. El

Universo parecía resonar con los ruidos las carreras y el alboroto infernal. ¡La tierra temblaba!

–¡luuuuuuu! –seguía gritando alborozado Alexander Jones; seguía cabalgando detrás de los *longhorns*, siempre disparando su arma–. ¡Adelante, adelante! ¡Vamos, Silver!

–¡Oh, Dios mío! –se lamentó Slick–. ¡Oh, Dios, Dios mío! ¡El muy estúpido los ha espantado *exactamente en la dirección donde se hallan los indios!*

–Vamos, vamos, a perseguirlos –gritó un Hopalong-hoka –¡Tal vez podamos lograr que el ganado dé la vuelta! ¡No podemos dejar que los indios se queden con esas reses!

–Y también vamos a ver si linchamos a alguien –dijo un Llanero Solitario-hoka–. Apuesto que ese Alexander Jones es un espía de los indios, que mandaron para que hiciera este trabajo para ellos.

Los vaqueros espolearon sus cabalgaduras. El cerebro de un hoka no pensaba en dos cosas a la vez. Si estaban tratando de detener una espantada, el hecho de que fueran a darse de narices con los indios quedaba fuera de toda consideración.

–¡lupiiii... iujujuuuuy! –seguía gritando Alex, en algún lado de aquella enorme nube de polvo.

Envuelto en la rara conciencia del tiempo que da la borrachera, parecía dispuesto a lanzarse cuesta abajo de una colina. Y más allá estaban los slissii.

Los guerreros-reptiles se trasladaban a pie, no siendo anatómicamente capaces de montar. Pero podían correr más rápido que un caballo de los hokas. Sus cuerpos, similares a los de los tiranosaurios, estaban desnudos, salvo por algunas pinturas y adornos de plumas, tal como los primitivos de la galaxia, pero venían armados con rifles, lanzas, arcos y hachas. Formaban una gran masa compacta, disciplinada gracias al ritmo de los tambores. Había miles de ellos... y solamente unos cientos de vaqueros, como mucho, galopando ciegamente hacia sus filas. Alex no vio nada de esto. Situado detrás del ganado espantado, no vio la formación de los indios.

Nadie la vio, para ser exactos. La catástrofe era demasiado grande.

Cuando los hokas llegaron al lugar, los indios, los que no habían sido aplastados por el ganado, se hallaban diseminados por la pradera. Slick llegó a pensar que no iban a parar de correr, huyeron desolados.

–¡A ellos, muchachos! ¡A acorralarlos!

Los hokas se lanzaron al ataque. Unos pocos indios trataron de preparar sus armas, procurando agruparse para presentar cierta resistencia, pero era demasiado tarde. Estaban demasiado desmoralizados, y fue fácil para los hokas vencerlos. Otros fueron alcanzados en la huida, enlazados y atados por los ululantes oseznos metidos a vaqueros.



Tex cabalgó hasta donde estaba Slick. Detrás de su caballo, al final de un lazo, había un indio corpulento, todavía retorciéndose y protestando.

–Creo que atrapé a su jefe –dijo.

–¡Así es! Usa la pintura de guerra de los jefes. ¡Magnífico! Con este rehén podremos hacer que los indios acepten nuestras condiciones. Estoy seguro de que no van a molestarnos durante mucho tiempo.

En realidad, Canyon Gulch había entrado a los textos militares, con Cannae, Waterloo y Xfisthgun, como ejemplo de una victoria total y aplastante.

Lentamente, los hokas comenzaron a reunirse alrededor de Alex. El perdido resplandor de admiración brillaba una vez más en sus ojos.

–Él lo logró –susurró Monty–. Todo el tiempo que se hizo el tonto, sabía cómo detener a los indios.

–Quieres decir, hacerles morder el polvo –corrigió Slick, solemnemente.

–Morder el polvo –asintió Monty–. Lo hizo solo, sin ninguna ayuda. ¡Muchachos, creo que deberíamos pensarlo dos veces antes de volver a desconfiar de un... humano!

Alex se meció en la silla. Se sentía muy mal. Pensaba que había provocado una espantada, que había perdido todo un rebaño de ganado, que había sacrificado la fe que los hokas podían tener en los seres humanos para el porvenir.

Si los nativos lo colgaban, pensó con seriedad, no era más que lo que se merecía.

Abrió los ojos y se encontró con la expresión de adoración que le estaba dedicando Slick.

–Nos salvó –le dijo el pequeño hoka. Se estiró para coger la chapa de sheriff del chaleco de Alex; luego, gravemente, le entregó su Derringer y su baraja–. Nos salvó a todos, terráqueo. Así que, durante el tiempo que se quede con nosotros, será el jugador de Canyon Gulch.

Alex parpadeó. Miró alrededor. Vio la asamblea de hokas reunida, los slissii cautivos, y el campo de batalla... pero... ¡Habían ganado!

Ahora sí que podría llegar al *Draco*. Con la ayuda de los seres humanos, los hokas podrían lograr un lugar de paz en sus antiguos dominios.

Y el insigne Alexander Braithwaite Jones era un héroe.

–¿Los salvé? –preguntó; todavía no podía controlar bien la lengua–. ¡Oh! ¡Los salvé! Sí, claro, ¿no es verdad? Los salvé. Estuvo muy bien por mi parte –movió negligentemente una mano–. No, no me lo agradezcan. *Noblesse oblige*, y todo eso.

Un dolor agudo en sus poco acostumbrados glúteos estropeó el efecto heroico. Se quejó.

–¡Me parece que voy a volver andando al pueblo! ¡No voy a poder sentarme en una semana!

Y el salvador de Canyon Gulch trató de desmontar, erró al estribo y cayó de bruces.

–¿Saben? –murmuró alguien, muy pensativo–, tal vez sea esa la forma en que los humanos se bajan del caballo. Creo que deberíamos ensayarla...

## ¡Miren! ¡El pájaro!

(¡Vedlo! El pájaro)

Nelson Bond

*El Ave del Tiempo apenas tiene luz para el vuelo  
y –¡mira!– ya sus alas está tendiendo al cielo.*

**Fitzgerald - Rubáiyát**

No sé por qué me molesto en escribir esto. Es indudable que es el texto más inútil que he escrito en el curso de mi carrera, dedicada a inundar resmas de pulcras cuartillas con torrentes de frases altisonantes. Pero tengo que hacer algo para mantener mi espíritu ocupado y, puesto que he vivido estos sucesos desde el principio, no estará de más que los registre tal como los recuerdo.

Desde luego, el hecho que ahora deje constancia de aquellos primeros días no tiene importancia alguna. Aunque, después de todo, en este momento nada importa. No sé por qué lo hago. Ya no estoy seguro de nada. A no ser que es absurdo que escriba esta historia tan poco importante. Sin embargo, sé que tengo que hacerlo...

Como he dicho antes, viví estos sucesos desde el principio. ¡Valiente afirmación! Su principio es algo que queda para el campo de las conjeturas. Depende de cómo se mida el tiempo. Para algunos comenzó hace cuatro mil años... Los que piensan así son fundamentalistas y partidarios de la cronología de un arzobispo. Quizás principió hace tres mil millones de años, afirman los que poseen aquello que, hasta hace unas pocas semanas, se solía denominar jactanciosamente «un espíritu científico».

Desconozco la verdad sobre ello, como la desconocen todos pero, en lo que a mí se refiere, todo comenzó hace un mes. Aquella noche nuestro Director Urbano, Smitty, me llamó a su despacho para espetarme una pregunta:

–¿Sabe algo de astronomía? –me preguntó con algo de petulancia.

–Desde luego –le respondí–. Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y alguno más.

–¿Cómo? –dijo Smitty, frunciendo el ceño.

–Y Plutón –recordé por fin–. La familia solar. Los planetas según su distancia al Sol. Me pasé un semestre contemplando las estrellas en la escuela. Aunque lo he olvidado en parte.

–Muy bien –respondió el Dire–. Se ha ganado un encargo. ¿Conoce al doctor Abramson?

–¿Quién no le conoce? Es el jefe del observatorio de la Universidad.

–Exactamente. Irá a verle. Según dice, tiene algo muy gordo que comunicarnos.

–¿En coche? –pregunté esperanzado.

–Tome un ómnibus.

–Hablando desde el punto de vista astronómico –indiqué–, un notición podría significar muchas cosas: un cometa que va a chocar con la Tierra, el calor del Sol que desaparece y nos mata a todos de frío...

–El horno no está para bollos –rezongó Smitty–. Hasta medianoche, los ómnibus suburbanos pasan cada veinte minutos.

–Por otra parte –musité–, quizás haya descubierto algún trastorno meteorológico causado por los experimentos atómicos. Si todos se dedican a jugar con bombas de hidrógeno...

–Bueno, en coche –suspiró Smitty–. Vaya.

Abramson era un hombrecillo flaco y cetrino, de ojos oscuros y hundidos. Después de estrecharme la mano me indicó una butaca frente a su mesa de roble amarillo, bajó una lámpara de pie para que su luz no nos molestase y luego cruzó sus dedos blancos y finos, mientras decía:

–Le agradezco que haya venido con tal prontitud, señor...

–Flaherty –le aclaré.

–Pues bien, señor Flaherty, la cosa sucedió así. En nuestra profesión no es costumbre divulgar las noticias a través de la prensa. Lo corriente es que publiquemos nuestras observaciones en revistas técnicas que sólo están al alcance de los especialistas. Pero esta vez, este sistema no me parece adecuado. Tal vez no sería lo bastante rápido. He visto algo en el cielo... que no me gusta nada.

Yo me entretenía dibujando garabatos sobre una hoja de papel doblada.

–¿Qué ha visto, profesor? ¿Un nuevo cometa?

–No estoy seguro de saberlo –repuso Abramson– y aún estoy menos seguro que desee averiguarlo. Pero sea lo que sea, es por completo desusado y lo bastante importante, creo, para autorizarme a dar este paso. Con el fin de obtener confirmación lo antes posible de mis observaciones y de mis temores, me creo en el deber de apelar a los servicios de prensa para difundir esta noticia.

–Todo cuanto valga la pena divulgar y mucho que no merece ser divulgado, ése es el género con que comerciamos –dije–. ¿Qué es lo que ha visto, profesor?

Él me dirigió una mirada sombría que duró un largo minuto. Luego dijo:

–Un pájaro.

Yo lo miré sin ocultar mi sorpresa.

—¿Un pájaro?

Me venían ganas de sonreír, pero la expresión de su mirada no alentaba precisamente al júbilo.

—Un pájaro —repitió—, perdido en las profundidades del espacio. Mi telescopio estaba dirigido hacia Plutón, el planeta más alejado de nuestro Sistema Solar. Este cuerpo celeste gravita a más de seis mil millones de kilómetros de la Tierra.

»Y a esta distancia —dijo con dolorosa decisión—, a esa increíble distancia... ¡He visto un pájaro!

Apercibiéndose de mi expresión de incredulidad, abrió el cajón superior de su mesa, extrajo de él un mazo de copias fotográficas de 18 x 24 centímetros y las extendió ante mí.

—Véalo usted mismo.

La primera fotografía nada me dijo. Mostraba una sección de espacio cubierta de estrellas... la típica fotografía que aparece en los manuales de astronomía. Pero en ella se había trazado un rectángulo de líneas blancas. La segunda foto era una ampliación de aquel cuadrado, mostrando la zona escogida. El campo visual era mayor y más brillante; miríadas de estrellas relucientes difundían un resplandor plateado sobre toda la placa. Sobre aquella nebulosa radiante se destacaba con gran precisión de líneas la negrísima silueta de un ser que tenía la apariencia de un pájaro en pleno vuelo.

Aventuré una indecisa explicación racional:

—Muy interesante. Aunque, según creo, doctor Abramson, se han fotografiado muchas zonas oscuras en el espacio. El Saco de Carbón, por ejemplo. Y la nebulosa negra de...

—Es cierto —reconoció—. ¿Pero quiere mirar la siguiente fotografía?

Examiné la tercera fotografía y sentí por primera vez el frío de aquel terror helado que ya no me habría de abandonar durante las semanas siguientes. La foto mostraba otra parte de la zona comprendida en la segunda fotografía. Pero la silueta negra había cambiado. Lo que aparecía sobre el fondo de estrellas seguía siendo el perfil de un pájaro..., pero su forma era distinta. Un ala que antes estaba alzada aquí se había abatido; las posturas del cuello, cabeza y pico habían sufrido una alteración sutil pero definida.

—Esta fotografía —dijo Abramson con voz desprovista de emoción —fue tomada cinco minutos después de la primera. Sin tener en cuenta el cambio en la apariencia de la... imagen y considerando únicamente la posición relativa del objeto en el espacio, indicada por el paralaje, he calculado que el objeto que produce esta imagen debe viajar a una velocidad aproximada de doscientos mil kilómetros por minuto.

—¡Cómo! —exclamé—. Eso es imposible. En la Tierra no hay nada que pueda viajar a tal velocidad.

–En la Tierra, no –convino Abramson–. Pero los cuerpos cósmicos sí pueden. Y aunque presente el aspecto de un ser vivo, este objeto o lo que sea no deja de ser un cuerpo cósmico.

»Por eso –prosiguió con displicencia–, le he pedido que viniese. Esto es lo que quiero que cuente. ¿Comprende ahora por qué no podemos perder ni un minuto?

–Puedo escribir un artículo –dije–, pero nadie lo creará.

–Quizás no lo crean... por un tiempo. Sin embargo, hay que divulgarlo. De momento, el público quizá se ría. Pero otros observatorios comprobarán mi descubrimiento y llegarán a las mismas conclusiones que yo. Esto es lo importante. Sin miedo a las consecuencias, sean éstas las que sean, debemos saber la verdad. El mundo tiene derecho a saber la amenaza que se cierne sobre él.

–¿Amenaza? ¿Cree usted que existe una amenaza?

Él asintió lenta y deliberadamente.

–Sí, Flaherty; sé que existe. Es esas fotografías hay algo que usted no ha visto, pero que cualquier matemático deduciría instantáneamente: que esa cosa... pájaro, bestia, máquina o lo que sea... sigue un rumbo previsible. Y este rumbo la lleva directamente hacia... ¡el Sol!

Mi entrevista con el sabio dejó completamente desconcertado a Smitty. La leyó con rapidez, refunfuñó, volvió a leerla, más despacio y con la frente arrugada. Luego cayó como una tromba sobre mi mesa.

–Vamos, Flaherty –me dijo con tono quejoso e indignado–. ¿Qué es todo esto? ¿Qué demonios significa?

–Es una noticia –le dije–. Usted me envió por ella. Es lo que me contó Abramson.

–Ya lo sé. Pero..., ¡un pájaro! ¿Qué historia es esa?

Yo me encogí de hombros.

–Francamente, no lo sé. El doctor Abramson la consideró importante. ¿Y si el pobre se hubiese vuelto loco? Quizás tiene un roc<sup>3</sup> en la cabeza.

lápiz mientras mascullaba algo muy poco cortés respecto a los astrónomos en general y Abramson en particular.

–Supongo que no tendremos más remedio que publicarlo –dijo–. Pero no tengo el menor deseo de hacer el ridículo. Así es que dele usted un tono festivo y ligero. Así estaremos a salvo si intentan tomarnos el pelo.

Esto es lo que hicimos. Lo publicamos en una página interior sin omitir nada y con las fotografías de Abramson, como un artículo especial, de tono ligeramente

---

<sup>3</sup> Los rocs son unos pájaros gigantes y fabulosos que aparecen en "Las mil y una noches", especialmente en el cuento de Simbad el Marino. Esto último era demasiado sutil para Smitty. Se rascó la nariz con la punta de un

humorístico, aunque sin burlarnos abiertamente de él. Después de todo, era el director del Observatorio. Pero tocamos con sordina todo el lado científico. Redacté de nuevo aquel cuento increíble en el estilo que solemos utilizar para dar informes sobre platillos volantes y hablar de la serpiente de mar.

Desde luego, este tono no era el más adecuado para que se lo tomaran en serio. Mas, para ser justos con Smitty, ¿cómo podía él saber que aquel cuento acabaría con todos los cuentos? ¿Que sería el mayor notición periodístico de su vida o de la de cualquier otro periodista?

Que el lector piense en la primera vez que lo leyó y sea sincero. ¿Se imaginaba, entonces, que aquello era cierto y que había que aceptarlo como el evangelio?

Pronto comprobamos nuestro error. La reacción producida por aquella disparatada historia fue rápida y sorprendente. Apenas llevaba una hora el Informativo en las calles cuando nuestros teléfonos comenzaron a sonar.

Esto, en sí, no era raro. Cualquier artículo fuera de lo corriente destapa una docena de chiflados. Debemos descontar la confirmación aportada por un astrónomo aficionado local que nos comunicó haber comprobado la veracidad de la observación de Abramson. Esta información, posiblemente sería, se vio sepultada bajo una docena de informes igualmente sinceros, pero a los que había que prestar mucho menos crédito, procedentes de otros tantos «testigos» visuales que también aseguraban haber visto un ave gigantesca que cruzaba los cielos durante la noche. La mitad de estos comunicantes describían las características del ave; uno de ellos aseguraba incluso haber oído su llamado.

Dos antiguos localizadores de aviones pertenecientes a la defensa civil nos llamaron para identificar el objeto como un B-29 y un Super-reactor ruso. Aunque ambas identificaciones no coincidían, sus autores las presentaban con igual aplomo. Un miembro de la Sociedad Audubon identificó el pájaro con una figura de color rubí que, en su opinión, alguien había situado ante el telescopio cuando funcionó la cámara fotográfica. Un predicador ambulante de un oscuro culto se presentó en nuestra redacción para informarnos con gozo salvaje que aquél era el auténtico pájaro profetizado en el Libro de las Revelaciones y que el fin del mundo sonaría de un momento a otro.

Estos eran los chiflados. Pero lo que resulta extraño es que las llamadas que llegaron a nuestra redacción durante las próximas veinticuatro horas no proviniesen de desequilibrados ni fanáticos. Algunas eran de gran importancia, no sólo para sus instigadores, sino para el mundo científico y la Humanidad en general.

Habíamos enviado un extracto de la noticia a la Associated Press. Con gran asombro por nuestra parte, esa agencia nos solicitó inmediatamente más material informativo, incluyendo copias de las fotografías de Abramson. Las grandes revistas nacionales se mostraban aún más ansiosas. Enviaron por avión a sus redactores a la capital y habían pedido a Abramson una segunda versión de su relato, antes que nosotros pudiésemos darnos cuenta que habíamos lanzado la noticia más sensacional del año.

Entretanto, y lo que es aún más importante, los astrónomos esparcidos por todo el mundo enfocaron sus telescopios a la zona donde el Doctor Abramson había localizado el extraño objeto. Y antes de veinticuatro horas, para gran consternación de aquellos que, como Smitty y yo, habíamos considerado aquello como una broma descomunal, empezaron a llegar confirmaciones de todos los observatorios que gozaban de buenas condiciones para la observación. Por si aún fuese poco, los matemáticos comprobaron los cálculos de Abramson acerca de la velocidad y trayectoria del objeto. El pájaro, cuyo tamaño, según los cálculos, era mayor que el de cualquier planeta del Sistema Solar, se hallaba en la proximidades de Plutón... y se acercaba al Sol a una velocidad de más de doscientos millones de kilómetros por día.

A fines de la primera semana, el pájaro era visible a través de un telescopio mediano. La historia fue creciendo como una bola de nieve que al rodar se llevaba todo cuanto encontraba a su paso. Un sujeto que se presentó como miembro de la Sociedad Forteana<sup>4</sup> se presentó a nuestra redacción blandiendo un mamotreto en el que nos señaló una docena de párrafos que, según él, demostraban que objetos similares se habían visto en el cielo sobre diversos lugares del mundo, en un período que abarcaba varios centenares de años.

Lamentaba la existencia del periodismo sensacionalista y su funesto efecto sobre la juventud de nuestra patria. Las Hijas de la Revolución Americana aprobaron una resolución según la cual se calificaba a la extraña imagen como una nueva arma secreta de los dirigentes del Kremlin, pidiendo que se tomaran medidas inmediatas –indefinidas pero drásticas– por parte de las autoridades. Una junta especial de la Asociación local de Clérigos nos visitó para advertirnos que la patraña que habíamos puesto en circulación minaba la fe religiosa de la comunidad; nos pidieron que publicásemos una retractación completa en nuestro próximo número.

A aquellas alturas, esto constituía ya una completa imposibilidad. Antes de terminar la segunda semana, bastaban unos gemelos para ver aquella mancha negra en el cielo. A medianoche de la tercera semana se la podía distinguir a simple vista. En las calles se formaron compactos grupos cuando esto se supo y, los que estaban dotados de una vista de lince, aseguraban distinguir el rítmico batir de aquellas tremendas alas, que entonces eran ya familiares a todos debido a las docenas de fotografías que se habían publicado en todos los periódicos y revistas de alguna importancia.

El cadencioso batir de aquellas alas monstruosas era uno más de los misterios inexplicables –o inexplicables por el momento– que rodeaban a aquel ser del más allá. Por más que se esforzaban los físicos por asegurar que de nada sirven las alas en el vacío y que el vuelo alado sólo es posible donde existen corrientes aéreas sustentadoras, el hecho es que el pájaro volaba. Si aquellas alas colosales se agitaban, como algunos creían, en una atmósfera interestelar desconocida para la ciencia terrestre, o si batían sobre rayos de luz o haces de cuantos, como

---

<sup>4</sup> De Charles Fort, autor americano de principios de este siglo que en su *Book of the damned* recopiló muchos hechos espeluznantes y fantásticos de carácter misterioso. El Comité central de la P.T.A. publicó un quejumbroso manifiesto en el que



otros pretendían, esto no eran más que bagatelas ante aquel único hecho firme e incontrovertible: el pájaro volaba.

Al comenzar la cuarta semana, el ave del espacio alcanzó Júpiter y lo empequeñeció... era un siniestro intruso negro, igual en tamaño a cualquiera de los vecinos cósmicos que el hombre conocía.

Abramson y yo estábamos a solas en su despacho. El astrónomo estaba fatigado y me pareció que algo enfermo. Su sonrisa era precaria y sus palabras habían perdido su viveza y animación.

–Bueno, ya tengo lo que quería, Flaherty –admitió–. Quería una acción pronta e inmediata... y ya la tengo. Aunque no puedo imaginar para qué nos servirá. El mundo reconoce el peligro en que se halla, pero se ve impotente para conjurarlo.

–Ha atravesado el cinturón de asteroides –dije– y ahora se aproxima a Marte, sin dejar de avanzar hacia el Sol. Todos se preguntan por qué su presencia en el interior del Sistema Solar no altera las leyes de la mecánica celeste. Según dichas leyes, debiera haber producido un verdadero cataclismo. Un ser de ese tamaño, con su fuerza de atracción...

–Desecha los viejos conceptos, muchacho. Ahora nos enfrentamos con algo nuevo y extraño. ¿Quién conoce las leyes que gobiernan al Pájaro del Tiempo?

–¿El Pájaro del Tiempo? Me parece recordar esa frase.

–Claro –con voz lúgubre citó–: «El Ave del Tiempo apenas tiene luz para el vuelo y, ¡mira!..., ya sus alas está tendiendo al cielo».

–Eso es de los Rubáiyát –dije, acordándome de pronto.

–Sí. Como usted sabe, Omar era astrónomo además de poeta. Debió de saber, o conjeturar, algo de esto –Abramson indicó el cielo con un gesto–. A decir verdad, muchos antiguos parecían saber algo sobre esto. Durante estas últimas semanas he realizado muchas averiguaciones, Flaherty. Es sorprendente el número de referencias que se hallan en antiguos textos acerca de una enorme ave del espacio... referencias que hasta hace poco no parecían tener mucha importancia, pero ahora encierran un significado gravísimo.

–¿Puede citarme algunas?

–Son principalmente mitos y leyendas. Existieron en un centenar de razas desaparecidas. El mito maya de la golondrina del espacio, el Quetzalcoatl tolteca, el pájaro de fuego ruso, el fénix de los griegos.

–Aún no sabemos si es un pájaro –argüí.

Él se encogió de hombros.

–Poco importa que sea un pájaro, un mamífero gigante, un pterodáctilo o cualquier otro ser semejante construido a escala cósmica. Quizá sea una forma biológica ajena a todo cuanto conocemos, algo que sólo podemos intentar

describir en términos terrestres mediante analogías conocidas. Los antiguos le llamaron pájaro. Los fenicios rendían culto «al pájaro que era y volverá a ser». Los persas se refirieron al fabuloso roc. Existe una leyenda aramea sobre el ave gigantesca que gobierna y engendra mundos.

–¿Engendra a los mundos?

–¿Qué otra cosa podría motivar su venida? –inquirió el sabio–. ¿Es que no le dice nada su enorme tamaño? –me dirigió una pensativa mirada antes de añadir–: ¿Flaherty, qué es la Tierra?

La extraña pregunta me sorprendió.

–Pues el mundo en que vivimos. Un planeta.

–Sí. Pero, ¿qué es un planeta?

–Una unidad del Sistema Solar. Un miembro de la familia del Sol.

–¿Está usted seguro? ¿O se limita a repetir de memoria lo que le enseñaron en la escuela?

–Sí, repito lo que me enseñaron. ¿Pero qué otra cosa puede ser?

–Nuestro globo –me respondió él a regañadientes– pudiera no formar parte de la familia solar. Se han esbozado muchas teorías, Flaherty, para explicar la existencia de la Tierra en este minúsculo segmento del universo que llamamos el Sistema Solar. Ninguna de ellas puede demostrarse que sea falsa. Mas por otra parte, tampoco puede demostrarse que sean ciertas.

»Para empezar, tenemos la hipótesis nebular; la teoría según la cual la Tierra y sus planetas hermanos nacieron al contraerse el Sol. En realidad, eran pequeños glóbulos de materia solar que se enfriaron en órbitas abandonadas por su progenitor, que al condensarse se contraían. Un último retoque de esta teoría nos convierte en el producto de materiales procedentes de un sol gemelo al nuestro.

»Las teorías planetesimales y de las mareas están basadas en la presunción que, en tiempos remotísimos, otro sol pasó rozando al nuestro y que los planetas son los retoños de aquel antiguo y ardiente encuentro en el espacio.

»Cada una de estas teorías tiene sus partidarios y sus detractores; cada una tiene sus comprobantes y sus dificultades. Ninguna de ellas puede demostrarse o refutarse totalmente.

»Pero... –y se agitó inquieto– existe otra posibilidad que, por cuanto he podido saber, nunca ha sido abordada, pese a que es tan válida como una cualquiera de las que he mencionado. Y a la luz de lo que ahora sabemos, me parece más probable que cualquier otra.

»Según esta teoría, ni la Tierra ni los restantes planetas tendrían nada que ver con el Sol. Ni forman ni han formado parte jamás de su familia. El Sol no sería más que una comodidad puesta en el espacio.

–¿Una comodidad? –pregunté con el ceño fruncido–. ¿Una comodidad para quién?

–Para el pájaro –respondió Abramson sin la menor alegría–. Para el gran pájaro que es nuestro progenitor. Imagínese usted, Flaherty, que el Sol no es más que una incubadora cósmica. Y que el mundo sobre el que vivimos no es más que... un huevo.

Le miré de hito a hito.

–¿Un huevo? ¡Qué cosa tan fantástica!

–¿Le parece fantástica? Pues mire esas fotografías, lea los artículos de los periódicos, vea con sus propios ojos cómo se aproxima el pájaro y después de esto diga: ¿puede existir algo más increíble aún que lo que nos está sucediendo?

–¡Pero un huevo! Los huevos tienen una forma característica, ovoide.

–Los huevos de algunos pájaros, sí. Pero los del chorlito tienen forma de pera, los de la ganga son cilíndricos y los del somormujo son bicónicos. Hay huevos en forma de huso y de lanza. Los huevos de los búhos y de los mamíferos son generalmente esferoides. Como lo es la Tierra.

–¡Pero los huevos tienen cáscara!

–La Tierra también. La corteza terrestre sólo tiene un espesor de sesenta y cinco kilómetros... grosor que, para un cuerpo de su tamaño, es comparable totalmente al que tiene el cascarón de un huevo. Además, es un cascarón liso. La mayor altura terrestre está constituida por el Monte Everest, con ocho mil metros y algo más; su mayor profundidad es la fosa de las Carolinas en el Pacífico, con cerca de once mil. Una variación máxima de menos de veinte kilómetros. Para notar estas irregularidades en un modelo a escala reducida de la Tierra se requeriría el tacto delicadísimo de un ciego, pues ni la mayor altura ni la mayor profundidad serían apenas perceptibles.

–Sin embargo –dije con desesperación– no es posible que tenga usted razón. Ha pasado por alto el hecho más importante. ¡Los huevos contienen vida! Los huevos albergan los embriones del ser que los engendró. Los huevos se resquebrajan y...

Me interrumpí súbitamente. Abramson asintió, balanceándose en su vieja y crujiente silla giratoria, que crujía al compás de su monótono ademán de asentimiento. Había tristeza en su mirada y en su voz cuando dijo cansadamente:

–Aun así. Aun así...

Así fue como lancé mi segundo artículo sensacional. Aún fui lo bastante estúpido como para tratar de quitarle importancia; ahora no lo hubiera hecho. Aunque ahora todo me parece distinto. Creo que el lector me comprenderá. La llegada del pájaro fue algo tan extraordinario, tan descomunal, que empequeñeció e hizo parecer insignificante todo lo que antes nos parecía grande, importante y capaz de hacer temblar al mundo.

¡Capaz de hacer temblar al mundo!

Seré breve. Ya sé que relatar esta historia es perder el tiempo. Sin embargo, es posible que en ella existan algunos hechos aislados que el lector no conozca. Y, además, tengo que hacer algo, lo que sea, para dejar de pensar.

El lector recordará aquella fúnebre cuarta semana y la manera como el pájaro se iba acercando inexorablemente. Entonces fue cuando se resolvió llamarlo pájaro. Nadie estaba seguro de si era un ave u otro tipo de animal alado, pero los hombres están acostumbrados a dar nombres familiares a las cosas. Y aquella esbelta forma negra de tremendas alas, patas provistas de espolones y un pico largo, cruel y encorvado, parecía más un pájaro que otro animal cualquiera.

Además, había que tener en cuenta la teoría de Abramson sobre el mundo-huevo. El público, al conocerla, la puso en duda con la furiosa esperanza que fuese falsa..., pero temiendo en el fondo que fuera cierta. Importantes personajes preguntaron qué se podía hacer. Consultaron a Abramson y éste les dio su consejo, reconociendo que podía equivocarse. Pero si tenía razón, sólo había una esperanza de salvación: la vida que albergaba la Tierra en su seno debía ser extinguida.

Ante un comité especial nombrado por el presidente para hacer frente a la situación, Abramson dijo:

—Es mi creencia que el pájaro ha venido para buscar su cría, encerrada en el huevo que depositó Dios sabe cuántos millones de años hace, junto a esa cálida incubadora que es nuestro Sol. Su sabiduría o su instinto le dice que ha llegado el momento en que el polluelo debe romper el cascarón, y ha venido para ayudar a su cría a salir de su encierro.

»Pero sabemos que las hembras de los pájaros no rompen por sí solas el cascarón de sus huevos. Se limitan a ayudar al polluelo a salir de su cascarón, pero ellas nunca iniciarán la acción liberadora. Provistas de un curioso sentido, parecen saber cuáles son los huevos que no albergan vida en su interior, para apartarse de ellos sin tocarlos.

»Aquí, señores, reside nuestra única esperanza. La corteza terrestre tiene un espesor de sesenta y cinco kilómetros. Disponemos de nuestros ingenieros y técnicos; tenemos también la bomba atómica. Si la Humanidad tiene que vivir, el huésped del que nosotros solamente somos unos parásitos debe morir. Esta es la solución que ofrezco. El resto os compete a vosotros.

Los dejó enzarzados en sus discusiones en el Capitolio de Washington y regresó a su casa. Según me dijo al día siguiente, abrigaba pocas esperanzas en que se llegase a un acuerdo concreto con tiempo suficiente. Creo que Abramson, por lo que pude ver, ya se había resignado a lo inevitable, entregando con una triste sonrisa a la Humanidad a su suerte. Una vez me dijo que la burocracia había llegado a su final, sentenciándose a muerte con su propio papeleo.

Entretanto, el pájaro seguía avanzando hacia el Sol. Al día vigésimoctavo alcanzó su mayor proximidad con la Tierra y pasó de largo. Ni yo sé ni los científicos pudieron explicar por qué nuestro globo no saltó en pedazos a consecuencia de la atracción de aquella masa gigantesca. Quizás porque la ley de Newton no pasa de ser una teoría, sin aplicación práctica. No lo sé. Si hubiese tiempo, valdría la

pena examinar de nuevo los hechos y descubrir la verdad acerca de ésta y otras cosas. Sea como fuere, la verdad es que sufrimos muy poco a causa de su proximidad. Hubo grandes mareas y fortísimos vendavales; las partes de la Tierra propensas a terremotos experimentaron algunos ligeros temblores. Y ahí terminó todo.

Entonces conseguimos una especie de tregua. Todo el mundo se acuerda de cómo el pájaro se detuvo en su vuelo inalterable para cernirse durante dos días enteros sobre el menor de los planetas de nuestro sistema... el que llamamos Mercurio. En realidad, parecía como si buscara algo, volando en amplio círculo entre Mercurio y el Sol.

Abramson opinaba que buscaba algo, algo que no podía encontrar porque ya no se encontraba allí. Según dijo Abramson, unos astrónomos creían que en otros tiempos hubo un planeta que giraba entre Mercurio y el Sol. Algunos observadores del cielo lo vieron hasta fecha tan reciente como el siglo XVIII, llamándolo Vulcano. Este planeta había desaparecido; quizás cayó en el Sol, según opinaba Abramson. Y ésta es también la conclusión a que pareció llegar el pájaro, porque tras una inútil búsqueda, se alejó del Sol para acercarse al más próximo de sus retoños que aún permanecía intacto.

¿Debo recordar aquí lo que sucedió aquel día espantoso? Creo que no, pues ningún hombre viviente olvidará jamás lo que vio entonces. El pájaro se aproximó a Mercurio, deteniéndose para cernirse inmóvil sobre un planeta que parecía una simple mota bajo la sombra de aquellas alas gigantescas. En las calles, los hombres lo vieron. Yo lo vi con mayor detalle, porque estaba junto a Abramson en el observatorio de la Universidad, observando la escena con ayuda de un telescopio.

Vi la primera y delgada grieta que corrió por la superficie de Mercurio, y el curioso licor fluido que rezumaba de aquel mundo moribundo. Observé la espeluznante eclosión de aquel ser pequeño, húmedo y huesudo –grosero simulacro de su monstruosa madre–, del huevo en el que había permanecido durante un período de tiempo incalculable, pues tan largo era el período de gestación de un ser tan vasto como el espacio y tan antiguo como el tiempo. Vi como la madre tendía su gigantesco pico para ayudar a su cría a librarse de su cascarón, ya innecesario; me quedé horrorizado al ver salir de él al monstruoso engendro que agitó tímidamente sus alas aún inseguras, secándolas bajo los rayos abrasadores del astro que fue su incubadora.

Y vi como los desgarrados jirones de un mundo caían en espiral hacia el sol, que se convirtió en su pira mortuoria.

Fue entonces cuando finalmente la Humanidad se decidió a entrar en acción. Los que aún dudaban terminaron por convencerse, los que ponían objeciones al plan de Abramson, so pretexto de «gastos innecesarios» y proyectos disparatados, fueron reducidos al silencio. Quedaron olvidados egoísmos y ambiciones, diferencias políticas y luchas internas. El mundo condenado tembló al borde del abismo... y una raza de parásitos decidió vender caras sus vidas.

En las grandes llanuras desérticas de Norteamérica se erigió frenéticamente el complicado mecanismo que debía realizar el más grande proyecto de la

Humanidad... la Operación Vida. Llegaron hasta aquel desierto mineros, ingenieros, constructores, físicos nucleares, técnicos en operaciones de perforación y sondeo. Todos juntos comenzaron su tarea, trabajando noche y día con una celeridad que hasta entonces se había considerado imposible. Allí siguen trabajando en estos momentos, en este preciso instante, mientras yo escribo estas líneas. Luchan con desesperación para ganar un segundo, se esfuerzan por todos sus medios y recursos para alcanzar y destruir, antes que venga el pájaro, la vida que alberga nuestro mundo.

Hace una semana el pájaro se trasladó a Venus. Durante estos siete días hemos observado su progreso. No podemos ver gran cosa a través del velo de brumas eternas que rodea a nuestro planeta hermano, así que no sabemos en qué ha estado ocupado el pájaro durante un tiempo que nos ha sido precioso. Sea lo que sea lo que le ha retenido, estamos contentos de su demora. Esperamos y vigilamos. Y mientras vigilamos, no dejamos de trabajar. Y mientras trabajamos, elevamos nuestros ruegos al Cielo...

Así es que no puedo hablar propiamente de un fin de este relato. Como ya he dicho más arriba, no sé por qué me molesto en escribirlo. La solución aún no está preparada. Si triunfamos en nuestro empeño, habrá tiempo más que suficiente para referirlo todo con detalle... el relato completo y bien documentado de la batalla que actualmente se libra en los cálidos arenales de Arizona. Y si fracasamos... entonces este relato ya no tendrá ninguna razón de ser, pues no habrá nadie para leerlo.

Lo que más inquietud nos causa no es precisamente el pájaro. Si cuando venga desde Venus encuentra aquí un cascarón silencioso e inanimado, pasará de largo, según creemos y esperamos, en dirección a Marte, a Júpiter y los mundos exteriores.

Esperamos que así todo termine felizmente. Muy pronto nuestros taladros atravesarán la corteza terrestre, para penetrar más allá de ella y clavarse en los tegumentos del monstruo que dormita en el seno de nuestro mundo.

Mas otra inquietud nos atormenta. ¿Y si, antes que la madre se aproxime, su cría se despierta y trata de liberarse del cascarón que lo aprisiona? Si tal cosa ocurriese, nos ha advertido Abramson, nuestro trabajo debe proseguirse con la celeridad del rayo. En cuanto la cría comience a golpear, hay que matarla... o de lo contrario la suerte de la Humanidad está echada.

Y he aquí la otra razón que me impele a escribir: Para evitar que me asedien pensamientos que no quiero oír. Porque...

Porque a primeras horas de esta mañana se han empezado a escuchar golpes en la Tierra...

## **Duelo en Syrtis**

Poul Anderson

La noche entregaba su mensaje, nacido a muchas millas de aquella soledad, llevado por el viento, repetido por los líquenes y los árboles enanos, transmitido

de unas a otras por las pequeñas criaturas que se escondían bajo las peñas, en cuevas, o a la sombra de las móviles dunas. Sin palabras, pero despertando un oscuro impulso de miedo que repercutía en el cerebro de Kreega, corría la advertencia:

–Están cazando otra vez.

Kreega se estremeció ante una súbita ráfaga de viento. La noche profunda lo rodeaba por todos lados, desde la férrea amargura de las colinas a las resplandecientes y móviles constelaciones, a años luz sobre su cabeza, y advirtió que sintonizaba sus temblorosas percepciones con la maleza, con el viento y con las pequeñas plantas ocultas a sus pies, al dejar que la noche le hablara.

Estaba solo. No había ningún otro marciano en cien millas a la redonda; únicamente los pequeños animales y matorrales estremecidos por el agudo y triste sople del viento.

El grito sin voz de la muerte corría por el matorral de planta en planta, encontrando un eco en los aterrados pulsos de los animales y en las rocas que lo reproducían por reflexión.

Kreega se cobijó bajo un alto risco. Sus ojos, como lunas amarillas, relumbraban en la obscuridad, plenos de terror y de frío aborrecimiento. El exterminio se iba realizando implacablemente en un círculo de diez millas a la redonda, dentro del cual se hallaba, y pronto el cazador vendría tras él. Miró el indiferente relucir de las estrellas y se estremeció.

Todo comenzó pocos días antes, en la oficina del comerciante Wisby.

–Vengo a Marte para llevarme un «buhito» –explicó Riordan.

Wisby observó al otro hombre por encima de sus lentes, calibrándolo. Aun en rincones olvidados por Dios, como en aquel Puerto Armstrong, se escuchó hablar de Riordan, heredero de una empresa de navegación aérea que él extendió por todo el sistema; también era famoso como cazador de piezas mayores. Desde los dragones de fuego de Mercurio hasta los helados reptiles de Plutón, lo cazó todo. Excepto, claro está, un marciano; cuya caza estaba prohibida por entonces.

–Ya sabe que es ilegal. Son veinte años de condena si lo atrapan –advirtió Wisby.

–¡Bah! El comisionado para Marte está ahora en Ares, a la mitad del ecuador del planeta. Si vamos decididos a nuestro objetivo, ¿quién va a enterarse? –Riordan terminó de un sorbo su bebida–. De lo que estoy bien convencido es que, dentro de otro año, habrán estrechado tanto la vigilancia que será imposible conseguir algo. Esta es la última oportunidad que dispone alguien para adjudicarse un buhito, y por eso estoy aquí.

Wisby, indeciso, miró por la ventana. Un terrícola, en traje de vuelo y casco transparente, bajaba la calle, y una pareja de marcianos se recostaba contra la pared. Por lo demás, nada en absoluto. La vida en Marte no era muy grata a los humanos.

–¿No habrá caído usted en esa martofilia que hace estragos en la Tierra? – preguntó Riordan, despreciativo.

–¡Oh, no! –repuso Wisby–. Pero los tiempos han cambiado. No se puede evitar.

–Antes fueron esclavos –gruñó Riordan–.

–Sí, los tiempos cambian –repitió suavemente Wisby–. Cuando los primeros hombres llegaron a Marte, hace cien años, la Tierra concluía de padecer las Guerras Hemisféricas, las peores que el hombre conoció. Ellas hundieron e hicieron odiosas las viejas ideologías de Libertad e Igualdad. Las personas se volvieron recelosas y rudas. Tenían que existir, que sobrevivir. No fueron capaces de comprender a los marcianos ni pensar en ellos sino como en animales inteligentes. ¡Eran unos esclavos tan útiles! Podían alimentarse con poca comida, calor y oxígeno, y hasta eran capaces de aguantar quince minutos sin respirar. Y la de los marcianos se convirtió en una hermosa caza, la de unos seres inteligentes que podían escapar en muchas ocasiones, y aún arreglárselas para matar al cazador.

–Ya lo sé –contestó Riordan–. Por eso quiero cazar uno. Si la pieza no tiene defensa, la caza no es divertida.

–Pero ahora es distinto –prosiguió Wisby –. La Tierra ha permanecido en paz un largo tiempo. Una de las primeras reformas fue la de terminar con la esclavitud marciana.

Riordan lanzó un juramento.

–No tengo tiempo de filosofar con usted. Si puede conseguir que cace a un marciano, se lo agradeceré.

–¿Cuánto?

Hubo entre ellos un breve regateo antes de fijar una cifra. Riordan estaba provisto de fusiles y de una lancha cohete, pero Wisby debía suministrar el material radiactivo, un «halcón» y un perro. El precio final resultó elevado.

–Y ahora, ¿dónde consigo mi marciano? – inquirió Riordan, y señalando con un gesto a los dos que había en la calle, añadió.

–¡Atrape a uno de esos y suéltelo en el desierto!

Ahora le tocó a Wisby mostrarse despreciativo.

–¿A uno de esos? ¡Bah! ¡Vagabundos de ciudad! Un terrícola le daría a usted más guerra.

Los marcianos no parecían impresionantes. De algo más de un metro de estatura, sus piernas eran flacas y sus pies estaban provistos de garras y sus brazos terminaban en cuatro huesudos y ágiles dedos. Tenían el pecho amplio y robusto, pero la cintura era ridículamente estrecha. Eran vivíparos, de sangre caliente, y amamantaban a sus hijos; pero estaban cubiertos de plumaje gris. Las cabezas redondas estaban armadas de curvados picos, tenían enormes ojos ambarinos y las orejas rematadas por penachos de plumas, que justificaba su apodo de



«buhitos». Vestían sólo cinturones con bolsillos y llevaban agudos puñales. Ni siquiera los liberales de la Tierra estaban dispuestos a permitir a los indígenas el uso de armas modernas. Había demasiados agravios acumulados.

—Lo que usted necesita —dijo Wisby— es un marciano de la vieja época, y yo sé dónde hay uno. Extendió un mapa sobre el escritorio, y dijo: —Mire usted aquí, en las colinas de Hraef, a unas cien millas. Estos marcianos tienen una larga vida, quizás de dos siglos, y este sujeto, Kreega, ha merodeado por ahí desde que llegaron los primeros terrícolas. Dirigió muchos ataques marcianos en los primeros tiempos, pero desde la paz y amnistía general, vive solitario allá arriba, en una de las torres derruidas. Se trata de un viejo guerrero. Viene por aquí de cuando en cuando y trae pieles y minerales para cambiar; por eso sé algo sobre él —y los ojos de Wisby destellaron con rencor—. Nos haría usted un favor disparando sobre ese maldito arrogante. Ronda por aquí como si este sitio le perteneciera. Le sacaré jugo a su dinero cazándolo.

La fuerte cabeza de Riordan asintió, con satisfacción. El cazador tenía un halcón y un perro. Aquello era malo para la presa. El perro podía seguir su rastro por el olor y el pájaro, localizarlo desde lo alto.

Kreega se sentó en una cueva mirando, entre las arenas, matorros quemados por el sol y rocas socavadas por el viento, y a varias millas de allí, los destellos metálicos del cohete posado en el suelo. El cazador era una pequeña mancha en el enorme paisaje estéril, un insecto solitario que se movía bajo el rojo anaranjado del cielo. Un débil y pálido sol se vertía sobre las rocas pardas, ocres o rojizas, sobre los bajos y polvorientos matorrales espinosos, los retorcidos arbustos y la arena que se movía débilmente entre ellos.

Solitario o no, el cazador tenía un arma, llevaba animales, y hasta un aparato de radio en la nave-cohete con el que llamar a sus compañeros. Y la muerte trazaba en torno a ellos dos un círculo encantado, que Kreega no podría franquear sin atraer sobre sí una muerte aún peor que la que el rifle podría darle.

Pero, ¿había una muerte aún peor que aquella: ser fusilado por un monstruo y que luego éste se llevase su piel disecada como trofeo? El viejo orgullo férreo de su raza se irguió en Kreega, duro, amargo e irreductible. Él no le pedía mucho a la vida en aquellos días; soledad en su torre para reflexionar sobre la larga evolución de los marcianos y crear esas pequeñas, pero exquisitas obras de arte que amaba, la compañía de los seres de su raza en la Estación de la Asamblea, grave y antigua ceremonia que le procuraba un áspero goce, y la posibilidad de engendrar y dejar tras de sí, hijos; una visita ocasional a los establecimientos de los terrícolas para obtener las mercancías de metal y vino (únicas cosas valiosas que habían traído a Marte); un vago anhelo de llevar a los suyos a un lugar donde pudiesen vivir como iguales ante todo el Universo. Nada más.

Barbotó una maldición contra los humanos y emprendió nuevamente su trabajo. Estaba tallando una punta de lanza. El matorral crujió, seca y alarmantemente; pequeños animales ocultos chillaron con terror, y el desierto entero le previno que el monstruo se dirigía hacia su cueva. Pero ya no podía escapar.

Riordan esparció el isótopo del metal pesado en un círculo de veinte kilómetros de diámetro alrededor de la torre.

El isótopo radiactivo que empleaba tenía una vida media de unos cuatro días, lo que significaba que no sería seguro acercarse a aquellos lugares al menos en unas tres semanas; dos, como mínimo. Había, pues, tiempo para acosar al marciano en un espacio tan reducido. No existía siquiera el riesgo que éste intentase cruzarlo. Los marcianos habían aprendido lo que significaba la radiactividad, desde los primeros días de su lucha con los terrícolas.

Riordan puso en marcha un aparato de alarma en su nave-cohete que, si no volvía dentro de dos semanas a desconectarlo, emitiría señales, y éstas, oídas por Wisby, le traerían auxilio. Comprobó el resto de su equipo. Tenía un traje de vuelo adaptado a las condiciones de vida marciana; un compresor que daría al aire del planeta la necesaria presión para que él pudiera respirarlo y, asimismo, absorbería el anhídrido carbónico de su respiración. También llevaba un rifle del 45, construido para disparar en Marte. Y, desde luego, brújula, binoculares y catre de campaña.

Para un caso extremo, cargó también un pequeño tanque de suspensina, gas que, mediante el giro de una válvula, podía mezclarse al aire que respirara, ya que tenía la propiedad de paralizar las terminaciones nerviosas locales y retrasar el metabolismo hasta el punto que un hombre pudiese vivir durante semanas con una bocanada de aire. Pero Riordan no esperaba tener que emplearlo. Sería desagradable yacer tendido y con plena conciencia, esperando que funcionara la señal automática para llamar a Wisby.

Silbó a sus animales. Eran bestias indígenas, de antaño domesticadas por los marcianos y luego por el hombre. El perro era como un lobo: flaco, pero de enorme pecho emplumado. El halcón, en la tenue atmósfera marciana, necesitaba una envergadura de dos metros para poder elevar su pequeño cuerpo.

Riordan no había mirado de cerca la torre. Era un edificio derruido que aún se erguía en la cumbre de una colina rojiza. Antiguamente –un ayer acaso diez mil años atrás–, los marcianos habían alcanzado una civilización que creó ciudades, agricultura y una cierta tecnología de tipo neolítico. Pero, según sus propias tradiciones, lograron una simbiosis con la vida salvaje del planeta y abandonaron, por inútiles, los mecanismos.

El perro ladró, y su ladrido pareció caer del frío y tranquilo aire, rebotar contra las rocas y quebrar y morir, a su pesar, bajo el hondo silencio. De pronto, saltó; había descubierto huellas.

El mismo Riordan dio otro gran salto que la escasa gravedad le facilitaba, mientras brillaban sus ojos verdes como el hielo herido por el sol. La caza había comenzado.

La respiración en los pulmones de Kreega se hizo rápida, dura y dolorosa. Sintió debilitarse y pesar sus piernas, y el latido del corazón pareció sacudir todo su cuerpo.

Pese a ello, corrió aún, mientras el horroroso clamor y el ruido de pasos se aproximaban.

Saltando, retorciéndose, rebotando de uno a otro despeñadero, deslizándose por profundos precipicios y espesos grupos de árboles, Kreega huyó. El perro iba tras él y el halcón aleteaba sobre su cabeza. El desierto luchaba a su favor; las plantas, con su extraña y ciega vida que ningún terrestre podría entender nunca, estaban de su parte. Las espinosas ramas se apartaban cuando él se arriesgaba entre ellas, y luego volvían a su primitiva posición para arañar los costados del perro y frenarle en su brutal carrera.

El terrestre ya llevaba cubiertos un par de kilómetros, pero no daba aún señales de cansancio. Kreega continuaba corriendo, pues quería alcanzar el borde rocoso antes que el cazador le apuntara a través de la mira de su rifle. Corrió subiendo la larga cuesta. El halcón revoloteaba en torno suyo, chocando con él, tratando de hundirle el pico y las garras en la cabeza, mientras su perseguido le golpeaba con la lanza.

El marciano llegó, con esfuerzo, al borde de la roca aguda y vio el fondo del desfiladero, hundiéndose en las oscuras profundidades. Más allá, el sol poniente brillaba ante sus ojos. Sólo se detuvo un instante; luego saltó sobre el borde rocoso.

Kreega bajó por el otro lado de la roca, temiendo que se derrumbara a su peso. El halcón voló sobre él, muy cerca, agrediéndole y chillando para llamar la atención de su amo.

Se deslizó, de cara al precipicio, hasta la mancha gris verdosa de un viñedo, y sus nervios vibraron ante la atracción de la antigua simbiosis.

El halcón se precipitó de nuevo sobre él, que quedó inmóvil, rígido, como muerto, hasta que el ave se posó sobre su hombro, con un graznido de triunfo, lista para sacarle los ojos.

Entonces las parras se agitaron. No eran fuertes pero sus espinosos zarcillos se hundieron en el pájaro, que no pudo liberarse. Kreega se dirigió con apuro por el desfiladero, mientras las parras retenían al halcón.

Riordan asomó amenazador, destacándose vivamente contra el oscuro cielo, e hizo dos disparos cuyas balas pasaron silbando, muy cerca, rozando las profundidades que albergaban al marciano. La noche se aproximaba como una cortina. En medio de la obscuridad, Kreega oyó reír a su perseguidor, y las rocas se estremecieron ante aquella risa.

Después de un rato, Riordan acampó. Se acostó mirando la espléndida noche estrellada. Marte era oscuro durante la noche; sus dos satélites, Fobos, una simple mancha móvil, y Deimos, sólo una estrella, le alumbraban bien poco. Era oscuro, frío y vacío. El perro se había enterrado en la arena, cerca de allí.

Las matas, los árboles y los pequeños animales charlaron, murmuraron y chismorrearon, con palabras que él no podía oír, sobre el marciano que se calentaría trabajosamente. Pero Riordan no podía comprender aquel lenguaje, que no era propiamente lenguaje.

Soñoliento, Riordan recordó pasados lances de caza. La caza mayor de la Tierra: leones, tigres, elefantes, búfalos y carneros salvajes en las altas cimas de las Rocosas bañadas por el sol.

Las húmedas selvas de Venus y el rugido, semejante a una tos, del monstruo miriápodo de los pantanos, aplastando los árboles al pasar hacia el sitio donde él le esperaba emboscado. Primitivos redobles de tambores en una cálida y húmeda noche, cantos de batidores que bailan en torno al fuego, algarabías en las infernales llanuras de Mercurio, con un sol agobiante cayendo sobre los mezquinos trajes de aisladores, la grandeza y desolación de los pantanos de gas líquido en Neptuno y la pujante y ciega vida que gritaba en ellos hasta el atontamiento.

Pero aquella era la más solitaria, extraña y, quizás, peligrosa caza de todas y, por lo mismo, la mejor. Despertó a la primera luz de un alba gris, tomó un parco desayuno y silbó al perro para que le siguiera. El perro se puso en marcha y tardó una hora en encontrar el rastro. Entonces lanzó un ladrido, sonoro y profundo, y siguieron caminando, más lentamente ahora, pues el camino era difícil y pedregoso. Todo estaba tranquilo, con una tranquilidad profunda, tensa y, en cierto modo, expectante.

El perro quebró aquella paz con un ansioso ladrido y salió corriendo. Riordan se lanzó tras él, tropezando en la tupida maleza, jadeante, gruñendo y maldiciendo de excitación.

De súbito, la maleza se abrió a sus pies. Con un aullido de terror, el perro resbaló por la inclinada pared del pozo que se veía al descubierto. Riordan se lanzó tras el animal, con rapidez de felino, y se echó de bruces, mientras una de sus manos alcanzaba a asir la cola del perro. El golpe casi le hizo caer también a él en el agujero. Enganchó el brazo a una mata que, a su vez, se le clavó en el casco, y tiró del perro hacia arriba.

Aún estremecido observó la trampa. Estaba bien hecha; unos seis metros de profundidad, con paredes tan rectas y estrechas como lo permitía lo arenoso del suelo y astutamente cubierta de rastros. Hincadas en el fondo brillaban tres amenazadoras puntas de lanza talladas en pedernal.

Enseñó los dientes con una mueca de lobo, y miró en torno suyo. El buhito debía haber pasado la noche entera haciendo eso, luego no podía estar muy lejos. Además, debía estar muy cansado.

Como en respuesta a sus pensamientos, una piedra se desprendió de la pared rocosa más cercana. Riordan se echó a un lado y la vio chocar en el sitio que él ocupaba antes.

—¡Adelante! —aulló, lanzándose hacia la roca. Durante un momento una forma gris se destacó sobre el borde rocoso y le arrojó una lanza; Riordan le disparó, y la visión se desvaneció.

La lanza rozó el áspero tejido de sus ropas y él saltó a una estrecha cornisa al borde del precipicio. Al marciano no se le veía por parte alguna, pero un débil rastro de sangre se internaba en la abrupta comarca.

Siguieron ese rastro durante dos o tres kilómetros y luego lo perdieron. Riordan inspeccionó el panorama de árboles y ramas que ocultaban el horizonte por doquier. Un sudor, que no podía enjugar, bañaba su cara y su cuerpo. Sentía una intolerable quemazón, y sus pulmones se irritaban al respirar aquel aire enrarecido. Pero, con todo, reía con verdadero deleite. ¡Vaya cacería!

Kreega yacía a la sombra de una elevada peña y se estremecía por su debilidad. Más allá, la luz del sol danzaba en lo que, para él, era un cegador e intolerable deslumbramiento, ardiente, cruel y devorador, duro y brillante como el metal de los conquistadores. Ahora tenía hambre, la sed era un tormento salvaje en su boca y garganta, y aún le seguían.

Ya no estaban lejos. Todo el día le acosaron a través de la atormentada extensión de piedra y arena, y ahora sólo podía esperar el combate. Sintió la extenuación como una carga férrea sobre sí.

La herida del costado le quemaba. No era profunda, pero le había producido sangre y dolor. Por un instante, el guerrero Kreega desapareció para convertirse en un solitario y asustado chiquillo que sollozaba en el desierto: «¿Por qué no pueden dejarme solo?» Un arbusto bajo, de color verde sucio, crujió. Un correarenas pió en una de las hendiduras. Los seguidores se acercaban.

Rápidamente, Kreega se subió a la cima de la roca y se aplastó contra ella, de bruces. Le habían seguido la pista y ahora tendría, por fuerza, que acercarse a su torre.

Desde allí podía verla. Una baja y amarillenta ruina, combatida por los vientos durante milenios. En su huida sólo había tenido tiempo de tomar un arco, unas pocas flechas y un hacha. ¡Miseras armas! Las flechas no podían traspasar las ropas del terrícola, cuando manejaba el arma un débil marciano, y, aunque el hacha hubiera sido de acero, era siempre algo pequeña y poco contundente. Pero era todo lo que tenía, eso y sus pocos aliados del desierto, que pugnaban por conservar su soledad.

Kreega adaptó una flecha a la cuerda y se tendió en silencio bajo la pálida luz del sol, a la espera. Llegó primero el perro, ladrando y aullando. Kreega tendió el arco cuanto pudo. El animal estaba más allá de la roca; el terrícola, casi debajo de ella. Disparó el arco.

Estremeciéndose salvajemente, Kreega vio la flecha atravesar al perro, vio a éste saltar en el aire y luego rodar y rodar, aullando y mordiendo el astil con furia.

Como una centella gris, el marciano saltó de la roca y se arrojó sobre el terrícola. Golpeó al hombre y ambos cayeron juntos.

Fieramente manejó el marciano el hacha, que partió el casco de su enemigo. Sin sitio para revolverse, Riordan rugió y respondió con un puñetazo. Kreega rodó hacia atrás. Riordan le disparó, Kreega se levantó y huyó. El otro, rodilla en tierra, apuntó con cuidado a la sombra gris que trepaba por la colina más próxima.

Una pequeña serpiente de arena mordió la pierna del cazador y luego se enrolló en su muñeca, lo que bastó para desviar el tiro.

El marciano vio la breve agonía de la serpiente al ser rechazada por el hombre, que la aplastó con el pie. Algo más tarde oyó una explosión. El hombre había volado la torre.

Kreega había perdido el hacha y el arco. Estaba completamente inerme; y el cazador no cejaría en su intento. Aun sin sus animales le seguiría, más despacio pero tan incansablemente como antes.

Kreega descansó un momento sobre el saliente de una roca. Sus sollozos sacudían el delgado cuerpo y el viento del crepúsculo vespertino sonaba a su compás.

El suave rumor de los pasos de un correarenas despertó los ecos de las rocas bajas, batidas por el viento, y la maleza comenzó a hablar murmurando, por doquier, con su antiguo y mudo lenguaje.

El desierto, el planeta entero, su arena y su viento, bajo las altas y frías estrellas, la tierra, toda soledad y silencio y destino (un destino que no era el del hombre), le hablaron. La enorme unidad de la vida marciana, sublevada contra el cruel medio ambiente, se estremeció en su sangre.

«No luchas solo –murmuraba el desierto–; luchas por todo Marte y nosotros estamos a tu lado». Algo se movió en la obscuridad; una pequeña forma cálida, corriendo sobre su mano; una pequeña cosa plumosa y arratonada, que moraba escondida bajo la arena y pasaba su breve vida, fugitiva, contenta con su forma de vivir. Pero era parte de aquel mundo, y Marte no conoce la piedad.

Aún había ternura en el corazón de Kreega que, suavemente y en su lenguaje articulado, preguntó:

–¿Harás esto por nosotros? ¿Lo harás, pequeño hermano?

Riordan estaba demasiado rendido para dormir bien. Había permanecido despierto mucho rato, pensando. Así pues –se acordó–, también el perro estaba muerto. El incidente le indujo a considerar la inmensidad del desierto. Oía murmullos; el matorral gemía en la obscuridad, el viento soplaba con salvaje y fúnebre sonido sobre las rocas débilmente iluminadas por las estrellas; era como si todo aquello tuviera voz, como si el mundo entero le murmurase amenazas en la noche. Vagamente se preguntaba si el hombre dominaría alguna vez en Marte, si la raza humana no había corrido esta vez tras de algo más grande que ella misma.

De pronto, algo se estremeció, despertándole de un inquieto sueño, y vio una cosa pequeña que se le acercaba. Buscó el rifle, junto a su saco, y luego lanzó una carcajada. Era un ratón de arena.

Al apuntar el alba se levantó. Con ojos adiestrados buscó la pista del marciano, pero sólo halló arena y matorrales por doquier.

El mediodía le encontró en un terreno más alto, de informes colinas con delgadas agujas rocosas que se destacaban contra el cielo. Proseguía avanzando confiado

en su propia capacidad para descubrir la presa. La huella aparecía ya, clara y fresca.

Se puso en tensión, convencido que el marciano no podía estar lejos. Asió el rifle y continuó caminando más despacio.

Ascendió a una alta cordillera y contempló el oscuro y fantástico paisaje. Cerca del horizonte vio una raya oscura. Era el límite de su barrera radiactiva, que el marciano no podría traspasar.

Conectó el amplificador e hizo resonar su voz en la tranquilidad del ambiente:

–Sal, buhito. Voy a atraparte. Podrías salir ahora y así terminaríamos antes. Los ecos la esparcieron por el espacio entre las desnudas peñas, temblorosas y estremecidas bajo la bronceada bóveda del cielo:

–Sal de ahí, sal de ahí, sal.

Le pareció distinguir al marciano surgiendo como un fantasma gris entre las amontonadas piedras. Quedó allí, inmóvil, a menos de seis metros. Por un instante, la sorpresa fue excesiva; Kreega esperaba, apenas visible, como si fuera un espejismo.

Luego el cazador lanzó un grito y levantó el rifle. Continuó allí el marciano, como una estatua esculpida en piedra gris; y Riordan, con un poco de desencanto, pensó que, después de todo, el marciano había decidido entregarse a la muerte inevitable.

–¡Hasta nunca! – murmuró, y oprimió el gatillo. Como el ratón de arena se había introducido en el cañón, el fusil estalló. Riordan sintió el estallido y vio el cañón abierto, como un plátano podrido. No resultó herido pero, mientras se reponía de la sorpresa, Kreega saltó sobre él.

El marciano medía poco más de un metro, era flaco y estaba desarmado, pero se lanzó sobre el terrícola como un pequeño vendaval. Sus piernas se arrollaron a la cintura del hombre y sus manos se aferraron a la garganta.

Riordan cayó al sentir la acometida. Rugió como un tigre y enganchó sus manos en la estrecha garganta del marciano. Kreega le atacó inútilmente con su pico. Rodaron ambos en una nube de polvo. Los matorrales murmuraban excitados.

Riordan trató de romperle el cuello, pero Kreega lo evitó revolviéndose hacia atrás. Con un estremecimiento de terror, Riordan oyó el silbido del aire que se le escapaba cuando el pico y las garras de Kreega abrieron el tubo de oxígeno. Riordan maldijo, y de nuevo trató de agarrar la garganta del marciano. Lo consiguió y así se mantuvo a pesar de todos los esfuerzos de Kreega para romper aquel lazo.

Riordan sonrió cansadamente, sin dejar su presa. Al cabo de unos cinco minutos, Kreega ya no se movía. Siguió apretando otros cinco minutos, para asegurarse bien. Luego lo soltó y se palpó la espalda, tratando de alcanzar el aparato.

El aire que encerraba en su traje era impuro y caliente. No conseguía conectar el tubo con la bomba. Miró la ligera y silenciosa forma del marciano. Un débil aliento

rizaba las plumas grises. ¡Qué luchador había sido! Sería el orgullo de su colección de trofeos cuando volviese a la Tierra. Desenrolló su saco y lo extendió cuidadosamente. De ningún modo podría regresar hasta el cohete con el aire que le quedaba; no había más remedio que emplear la suspensina, pero tenía que hacerlo cuando estuviera dentro del saco si no quería que las heladas noches le cuajaran la sangre.

Se arrastró hasta él, asegurando cuidadosamente las válvulas de cierre y abriendo la del depósito de suspensina. Se iba a aburrir horriblemente, tumbado allí hasta que Wisby captara la señal dentro de unos diez días y viniese a buscarle; pero sobreviviría. Sería otra experiencia que recordar. En aquel aire seco, la piel del marciano se conservaría perfectamente.

Sintió como la parálisis se apoderaba de él, cómo se atenuaban los latidos del corazón y la actividad de los pulmones. Sus sentidos y su mente estaban vivos, y se daba cuenta que la relajación completa también tiene sus aspectos desagradables. Pero había vencido. Había matado con sus propias manos a la presa más salvaje.

En aquel momento, Kreega se incorporó y se palpó cuidadosamente. Le pareció que tenía una costilla rota. Había permanecido asfixiado durante diez largos minutos; pero un marciano puede pasar hasta quince sin respirar.

Abrió el saco y le quitó las llaves a Riordan; después se dirigió lentamente hacia el cohete. Uno o dos días de experimentos le enseñaron a manejarlo. Volvería con sus congéneres, cerca de Syrtis. Ahora tenía una máquina terrestre y armas terrestres que copiar...

Pero primero había que atender a otra cosa. Volvió y arrastró al terrícola hasta una cueva, escondiéndole fuera de toda posibilidad que le encontrase alguna cuadrilla de salvamento.

Durante un rato, miró a los ojos de Riordan, sobrecogidos de horror. Luego habló lentamente, en inglés defectuoso:

—Por los que has matado y por ser extranjero en un mundo que no te necesita, y en espera del día en que Marte sea libre, te abandono.

Antes de irse trajo varios depósitos de oxígeno y los enchufó al aparato del hombre. Con aquello bastaba para que, en aquella hibernación provocada por la suspensina, se mantuviera vivo durante mil años.



## El manipulador de seis patas

Fredric Brown y Mack Reynolds

El campamento base me pareció estupendo tras horas de deambular solo a través de la eterna y espesa niebla y la delgada llovizna que era Venus. Nunca puedes ver más de unas pocas yardas delante de ti, pero está bien; de todos modos no hay nada que merezca la pena verse en Venus.

Con la excepción, mientras nuestra expedición estaba allí, de Dixie Everton. Era estrictamente gracias a Dixie que yo disfrutaba de la Expedición Zoológica de Everton, dirigida por su padre, el doctor Everton del Zoo Extraterrestre de Nueva Alburquerque. Además yo estaba pagando mis propios gastos; el doctor Everton no pensaba que fuera una aportación valiosa al grupo. Y lo que era peor, no pensaba que fuera un marido valioso para Dixie. Y en esto yo discrepaba con él definitivamente.

De una u otra forma dependía de mí, en esta pequeña expedición, probarle que no era simplemente una *non compos mentis* como él creía. Quizás esto suena un poco cursi, pero así estaban las cosas. Y en vista de mi suerte hasta entonces, tenía las mismas oportunidades que un polo en el lado soleado de Mercurio de convencerle.

En realidad, la expedición me inspiraba muy poca simpatía. Nunca había pensado gran cosa de la gente que encerraba animales en jaulas para que fueran contemplados. De hecho, ya en la escasa vida animal de Venus, se habían extinguido dos especies: la bella garceta venusina, para proveer de plumas los sombreros, en un ridículo revival del estilo de sombreros de señoras del siglo XIX, y el kieter, cuya carne era increíblemente deliciosa, para adornar las mesa de los gourmets ricos.

Dixie me oyó volver al campamento. Sacó su preciosa cabeza por las solapas de su tienda y me sonrió. Eso ayudaba considerablemente.

—¿Has conseguido algo, Rod? —me preguntó.

—Sólo esto, ¿vale algo? —respondí.

Abrí la caja forrada de musgo que usaba para llevar la caza y saqué el único animal que había atrapado, si es que era un animal. Tenía agallas como un pez, ocho patas, una cresta como un gallo sólo que más grande, y piel azul.

Dixie le echó un vistazo.

—Es un weezen, Rod. Tenemos dos en el zoo, así que no es una especie nueva.

Ella debió ver la desilusión en mi cara, porque añadió rápidamente:

—Pero este es un buen ejemplar, Rod. No le dejes escapar todavía; papá probablemente querrá estudiarlo cuando tenga tiempo.

Esa era mi Dixie.

El doctor Everton salió de la tienda principal y me miró con desagrado.

—Hola, Spenser. Apagaré la señal ya. Crane ha vuelto también.

Continuó caminando y apagó el aparato con aspecto de radio y que había estado emitiendo la señal direccional que nos había permitido a Crane y a mí regresar al campamento. En Venus sin ese transmisor y un receptor de bolsillo similar, uno se perdería sin esperanza a unas pocas yardas de la base.

—¿Ha atrapado algo Crane? —pregunté.

—Ningún ejemplar interesante —dijo el doctor Everton—, pero sí algo que merece la pena comer. Cazó una gallina de los pantanos y la está cocinando para nosotros ahora.

—No me dejaría tocarla —dijo Dixie—. Dice que las mujeres no sabemos cocinar. Ya debe estar lista; ha estado trabajando en ello una hora. ¿Tienes hambre, Rod?

—Casi tanta como para comerme esto —le dije mirando al weezen que todavía estaba sujetando. Dixie se rió y me la quitó para ponerla en otra caja más grande.

Entramos en la tienda principal. La gallina de los pantanos estaba lista y Crane la sirvió con orgullo. Había hecho un buen trabajo con ella y tenía derecho a estar orgulloso. Una gallina de los pantanos, correctamente cocinada, es mucho mejor que el pollo frito, igual que el pollo frito es mejor que el gallinazo cocido. Es lo mejor del mundo, de cualquier mundo.

Y tenía cuatro patas en vez de dos, así que había un muslo para cada uno.

No hubo demasiada conversación durante la cena. Pero con el café, Dixie me dijo algo que no tenía ningún sentido... algo sobre una tortuga.

—¿Qué? —dije—. ¿Una tortuga?

Dixie me miró como para comprobar si estaba bromeando o no y después miró a su padre y a John Crane, y luego hubo un extraño silencio.

Yo fruncí el ceño y pregunté qué pasaba.

Crane suspiró.

—Una tortuga del lodo venusiana, Rod. Para lo que esta expedición ha venido aquí en primer lugar. Y aparentemente encontraste una esta mañana.

—No sé de qué estás hablando —dije pacientemente—. Yo no sólo no he encontrado ninguna, sino que ni siquiera he oído hablar nunca de ellas. ¿Qué clase de broma es esta?

El doctor sacudió la cabeza con tristeza.

—Spenser, le permitimos venir aquí sólo porque juró que sabía cómo capturar una.

–¿Yo dije eso? –miré a Dixie suplicante–. ¿Os habéis puesto de acuerdo para tomarme el pelo, o qué?

Dixie posó la vista en su plato con tristeza.

El doctor Everton dijo:

–Sí, definitivamente encontró una de las tortugas, o estuvo cerca de una. Se lo explicaré. Mire, Spenser, muchas criaturas tienen sorprendentes mecanismos de defensa para usar contra sus enemigos. Hay insectos que sobreviven por tener el aspecto de ramitas, hay serpientes inofensivas que tienen las mismas marcas que las más mortales, los peces pequeños que pueden hincharse tanto como para evitar ser tragados... el camaleón que...

Le interrumpí.

– Sé que hay esos mecanismos de defensa, doctor Everton. Pero ¿qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

Él me apuntó con el dedo.

–Muy bien, sabe que existen esos mecanismos de defensa. Ahora vayamos al mecanismo de defensa de la tortuga del lodo venusiana. Como todas las demás formas de vida en Venus, tiene una limitada capacidad telepática. En este caso, una adaptación especial de la telepatía. Puede inducir una amnesia temporal en lo que respecta a sí misma, en lo que respecta a su misma existencia, en la mente de cualquier criatura que se acerque a cierta distancia de ella. En otras palabras, si algo sale a cazar a una tortuga del lodo venusiana y encuentra una, no solo olvidaría que estaba persiguiéndola, sino incluso que la había visto o que había oído hablar de ella.

Probablemente me quedé con la boca abierta.

–Quiere decir que yo estaba cazando una...

–Exactamente –dijo el doctor Everton con cierto aire de suficiencia.

Miré a Dixie y esta vez sus ojos se encontraron con los míos. Ella dijo:

–Así es, Rod, Encontrar un modo de capturar una de esas tortugas era el propósito principal de esta expedición. Y parte de la razón por la que papá te dejó venir con nosotros fue el hecho de que juraste que sabías cómo hacerlo.

–¿Lo hice?

–Espera un minuto, Rod; te lo mostraré. Sé que te resulta difícil de creer, porque no lo recuerdas.

Ella salió de la tienda un minuto y volvió con una carta; pude ver que era mi letra. Me la dio y cuando la leí mis oídos comenzaron a zumbar.

Se la devolví y hubo un largo silencio.

Finalmente yo lo rompí.

–¿Y no di ni siquiera una pista, –pregunté– de cómo iba a ser más listo que una tortuga del lodo?

El doctor Everton abrió las manos.

–No nos lo hubiera dicho.

–¿Cuánto durará la amnesia? ¿Es permanente?

–No, se pasará en unas cuantas horas... cinco o seis quizás. Pero después de eso, si encuentra otra de esas bestias, le volverá a pasar.

Lo pensé de nuevo, pero no sirvió de nada. Pero de repente me pregunté algo.

–Si todo el que ve una la olvida, ¿cómo se conoce su existencia?

–Ha sido fotografiada muchas veces, pero por exploradores que no recordaban haber tomado las fotografías hasta revelarlas horas después. Se parece bastante a una tortuga terrestre, pero tiene seis patas y es más redonda que ovalada. Usted ha estudiado a fondo las fotografías.

Crane se había puesto en pie y había sacado media docena de fotografías de una mesita portátil que había en un rincón.

–Aquí está el objeto de la búsqueda, Rod.

Había diversión en sus ojos.

Me quedé mirándole, aun incrédulo.

–Son unos bichitos muy monos –murmuré–. Ojos grandes. Tienen un aire melancólico.

–Es bastante rara, incluso para ser una forma de vida venusiana –me dijo Crane–. Esta área de unas veinte o treinta millas cuadradas es la única zona en la que han sido vistas.

–Rara es la palabra correcta –gruñó el doctor Everton–. Y tal y como van las cosas, se extinguirán antes de asegurar la especie.

Yo me quejé ante eso.

–¿Qué quiere decir?

Crane se encogió de hombros.

–Algunos de los intentos por cazarlas han resultado desastrosos para las tortugas del lodo. Una expedición biológica probó con gas venenoso, pensando en matar a unas cuantas y al menos obtener algunos ejemplares muertos. Sin embargo, lo que obviamente pasó es que los muertos se hundieron rápidamente en el lodo. Otra expedición uso narcóticos con la esperanza de conseguir algunos inconscientes. Ellos...

El doctor Everton intervino.

–Bien, sea como sea, si esta expedición falla, probablemente será la última. Los intentos de capturar a la tortuga del lodo son demasiado caros.

Me restregué una mano por la cara. Era como tener una resaca después de una juerga de seis días. Si no hubiera sido por la carta escrita de mi propio puño y letra, todavía hubiera sospechado que estaban conspirando para gastarme una broma.

–Cualquiera que fuera mi idea, debía estar equivocado. Me he encontrado con el enemigo y me ha vencido. Si me perdonan... –dije con arrepentimiento.

–¿Qué vas a hacer, Rod? –preguntó Dixie.

–Salir afuera a pensar un rato –me volví al doctor Everton–. A menos que me necesite para algo.

–No, vaya, Spenser. Saldremos de nuevo a cazar, probablemente sea nuestra última salida antes de irnos. Pero...

No dijo exactamente que yo no iba a ser una aportación muy valiosa a la expedición de caza, pero lo dio a entender. Y no le culpaba.

Volví a mi propia tienda, cada uno de nosotros cuatro tenía una pequeña tienda privada junto a la grande, y me senté en el catre. Intenté recordar algo, cualquier cosa, sobre las tortugas o sobre una tortuga. Pero aparte de lo que me acababan de contar, no conseguí desentrañar nada.

¿Qué idea tuve? Bueno, cualquiera que fuera, no era buena. Me sentía como si estuviera tirándome de los pelos.

Sonó una tos en la entrada de la tienda.

–¿Puedo entrar?

Era la voz del doctor Everton.

–Claro –dije.

Entró y le hice una señal para que se sentará, pero negó con la cabeza. Dijo:

–Siento tener que recordarte esto, Spenser, mientras que estás así, pero no sería justo conmigo mismo si no lo hiciera. Y tú sin duda lo has olvidado junto con todo lo demás relativo a la tortuga.

Yo le miré desconcertado.

–¿No recuerdas nuestro acuerdo? –preguntó.

Negué con la cabeza.

–Era esto simplemente: te dije que si podías hacer lo que habías dicho que podrías, retirarías las objeciones a tu matrimonio con Dixie. A cambio estuviste de acuerdo en que si fallabas...

–Oh, no.

–Lo hiciste, Spenser. Estabas tan seguro de ti mismo que parecía que pensabas que no estabas corriendo ningún riesgo. Pero tú prometiste que si fallabas, aceptarías mi decisión y no volverías a ver a Dixie.

Parecía imposible que yo hubiera dicho eso... pero conocía al doctor Everton y sabía que era un hombre honesto. Tenía que creerle.

–Siento tener que recordártelo. Y francamente, de algún modo has empezado a gustarme un poco personalmente. Pero aun así no creo que fueras un buen marido para mi hija. Ella es una chica brillante. Ella se merece alguien...

–Que sea más listo que una tortuga del lodo –terminé la frase por él con tristeza.

–Bueno... –y amablemente siguió intentando hacerme sentir un poco mejor, pero no sirvió de nada. Muy pronto se fue y yo me quedé allí sentado.

Y seguí allí sentado.

Yo debía haber tenido una idea que me había hecho sentir muy confiado, si había hecho aquel trato con el doctor Everton. Pero ¿en qué consistía esa idea? ¿Qué tiene de bueno una idea si no puedes recordarla? ¿O había sido tan listo como para haberme dejado un mensaje a mí mismo?

Fui rápidamente al arcón donde guardaba mi ropa y mi equipo y levanté la tapa. Había un mensaje escrito con tiza en el interior de la tapa, y estaba escrito de mi propio puño y letra. Tres frases. Me quedé mirándolo.

«UN CAMBIO ES JUEGO LIMPIO. ¿PUEDE UNA PERSONA CON AMNESIA SUFRIR UN ATAQUE DE AMNESIA? LA FASE ES LA RESPUESTA.»

Me quedé mirando el mensaje y dejé escapar un gemido. Tenía que ser críptico. No podía haberlo puesto claro para que supiera de qué estaba hablando. Probablemente me había imaginado que si lo ponía claramente Crane o Everton podían haberlo visto y robarme la idea. Pero, ¿qué significaba?

UN CAMBIO ES JUEGO LIMPIO. ¿PUEDE UNA PERSONA CON AMNESIA SUFRIR UN ATAQUE DE AMNESIA? LA FASE ES LA RESPUESTA

Chorradas. Debía significar algo para mí cuando lo escribí allí, pero ahora no significaba nada en absoluto.

UN CAMBIO ES JUEGO LIMPIO. ¿Quería decir eso que yo me había dejado pillar por una tortuga deliberadamente para volver y atraparla? ¿Puede una persona con amnesia sufrir un ataque de amnesia? ¿Era ahora inmune? Quizás, ¿pero qué quería decir que la fase era la respuesta?

Oí a los demás abandonar el campamento. Cogí mi equipo rápidamente, incluyendo la caja recubierta de musgo, y me di prisa. No estaban a la vista, por el sonido de sus voces estaban a una veinte yardas de distancia, pero respondieron cuando les llamé, y esperaron un rato mientras avanzaba trabajosamente por el lodo tras ellos.

El doctor Everton iba el último. Me puse a su lado y le dije:

–Escuche, doctor, estoy a punto de averiguar en qué consistía mi idea. Creo que dejé que la tortuga me pillara a propósito. Creo que salí solo a propósito para poder acercarme a una.

–¿Sí? ¿Por qué? –su voz sonó interesada.

–Pues verás, habiendo sido atrapado, estaré bajo los efectos de la amnesia durante otras cuatro horas o así. Y mientras esté así, creo que soy inmune. Creo que si viera una tortuga ahora, no olvidaría lo que es y que quiero capturarla.

Él se volvió y se quedó mirándome.

–Spenser, quizás has dado con algo. Pero es una oportunidad muy pequeña.

–¿Por qué?

–Esta visibilidad, o la falta de ella. De acuerdo con las fotos se integra muy bien con el barro. Se arrastran sobre él, pero son del mismo color. No encontrarás ninguna a menos que estés a punto de pisarla.

Miré a mi alrededor y mentalmente estuve de acuerdo con él.

Pensé, la fase es la respuesta, y después traté de imaginar qué significaba. Me tenía desconcertado.

Continuamos caminando trabajosamente, conmigo concentrándome tan duramente que pensé que iba a darme un ataque. ¿Qué había querido decir con fase? ¿Por qué tuve que ser tan críptico? Y esta iba a ser mi última oportunidad...

Forcé la vista en la niebla mientras caminaba.

–¿De qué tamaño diría que son las tortugas, doctor?

–De unas seis pulgadas de diámetro, a juzgar por las fotografías.

No es que importara mucho. En esta niebla a seis yardas no hubieras visto un elefante. Dixie y Crane estaban sólo dos pasos por delante de nosotros y apenas podía verlos.

–¿Y es exactamente del color del lodo?

–¿Cómo dice?

–Las tortugas –le dije– ¿Son del mismo color que el lodo?

Él se volvió y me miró.

–¿Tortugas? ¿Está loco, Spenser? No hay tortugas en Venus.

Me detuve tan de repente que me resbalé en el lodo y casi me caigo. El doctor Everton me miró.

–¿Pasa algo, Spenser?

–Siga –le dije–. Le alcanzaré en un minuto. Se lo explicaré luego.

Él dudó, como si quisiera preguntarme más cosas, y después, dándose cuenta obviamente que perdería de vista a Crane y a Dixie a menos que se diera prisa, dijo:

—Muy bien, le veré en el campamento si nos separamos.

En el momento en que se desvaneció en la niebla, puse mi caja en el suelo para marcar el punto donde me había parado. Comencé a caminar en círculos a su alrededor.

¡La fase es la respuesta! No era tan críptico después de todo. Simplemente me dejé atrapar solo por una de las tortugas, para estar en una fase distinta que el resto de mis compañeros. Ahora era inmune, durante un corto periodo de tiempo y ellos no. Así que la tortuga había «pillado» a Everton y esa era mi pista.

Estaba haciendo mi quinto círculo alrededor de la caja, a unos seis o siete pies de ella, cuando casi piso algo que estaba muy quieto y casi era invisible encima del lodo. Era una tortuga de seis patas. La cogí y dije:

—Ajá, preciosidad. ¡El cambio es juego limpio, y la fase es la respuesta!

Me miró con un par de ojos grandes y conmovedores y dijo con tristeza:

—¿Sí?

Sentí que me remordía la conciencia. Supe perfectamente que ahora que se había encontrado un método, otros zoos, otros museos, querrían ejemplares y...

Eliminé esa línea de pensamiento y puse la tortuga dentro de la caja. Esto significaba Dixie, y Dixie significaba todo. Usando la señal direccional como guía, volví al campamento.

Estaba sonriendo entre dientes cuando ellos volvieron unas horas más tarde. Era un cambio otra vez, pero estaba listo para convencerles. Rebusqué en mi arcón y encontré toda la munición que necesitaba, publicaciones científicas con artículos sobre la tortuga del lodo de Venus, noticias en periódicos sobre la partida de nuestra expedición zoológica y su principal objetivo. Y por supuesto, la prueba A, una tortuga del lodo de venus viva y en perfectas condiciones.

Llevé al doctor Everton a un lado y, tan diplomáticamente como él me había hecho recordar el trato entre los dos, yo se lo hice recordar a él.

Él suspiró.

—Muy bien, Rod —dijo—. No lo recuerdo, pero creeré en su palabra. Creo que, ahora mismo, diría que sí de todos modos, independientemente de que hubiera una apuesta por medio.

Nos estrechamos las manos y él sonrió de repente.

—¿Han fijado usted y Dixie una fecha?

—Tendré que comprobarlo con Dixie —le dije—, pero se que día elegiría yo. Y usted es técnicamente el capitán de la nave especial y puede celebrar la ceremonia



antes de irnos –le sonreí–. De hecho, mejor lo hacemos antes de que vuelva a sufrir amnesia y olvide el trato otra vez.

–¿Volver a sufrir amnesia? ¿Crees que podría ocurrir?

–A menos que esta sea la misma tortuga a la que me acerqué al primera vez, creo que sí. Tan pronto como el periodo de inmunidad de la primera tortuga pase, ésta me atacará y olvidaré las cosas otra vez durante unas horas. Y debe estar a punto de pasar, si es que va a ocurrir.

Encontré a Dixie en la tienda principal y las palabras exactas que ambos pronunciamos no son de tu incumbencia. Media hora después, el doctor Everton nos casó y luego, dado que queríamos recoger y partir antes de que terminara el día, todos nos pusimos manos a la obra.

Yo hice la mayor parte del trabajo dentro de la nave, preparándola, así que fui el último en recoger mis cosas y llevarlas a bordo. Naturalmente tiré todo lo que no necesitaba, uno siempre lo hace antes de salir al espacio, incluido el musgo de mi caja y una extraña criatura con forma de tortuga que no podía tener ningún valor como espécimen; debía haber dejado la portezuela abierta y ella se había colado dentro, porque no era nada que yo hubiera capturado. Era una criaturita atrayente, de algún modo; me alegré de no tener ninguna razón para mantenerla prisionera.

Quizás debía haber preguntado al doctor Everton sobre ella, pero tenía prisa por comenzar el viaje de vuelta a la Tierra... y mi luna de miel.

## El hurkle es un animalito feliz

Theodore Sturgeon

*Ted Sturgeon escribe ciencia-ficción desde hace más de treinta años, lo que es mucho decir de un hombre de aspecto juvenil que hace poco me presentaba, lleno de orgullo, a su último hijo, recién nacido. Pero como muchos de los grandes escritores de este género, Sturgeon comenzó muy joven, y ya era una figura sobresaliente a la edad en que otros jóvenes están haciendo planes para su futuro.*

*Sus obras siempre han llevado el sello del encanto, la gracia, el talento, y la elocuencia; cualidades que no son tan comunes en la ciencia-ficción como deberían. La irresistible calidez y alegría de Sturgeon están presentes en este cuento de hurkles, que fue publicado por primera vez hace treinta años, pero que es el producto de un escritor que ya era un gran maestro.*

**Robert Silverberg**

Lirht está situado en un plano diferente del universo, o bien en otra galaxia. Tal vez estos términos signifiquen lo mismo. El hecho es que Lirht es un planeta con tres lunas (una de las cuales es desconocida) y un sol, que es tan importante en su universo como el nuestro.

Lirht está habitado por los gwik, su raza más desarrollada, y por otras especies que lo están menos, que, a propósito de esta narración, pueden pasarse por alto. Exceptuando, por supuesto, a los hurkle. Estos son muy apreciados por los gwik como animales domésticos, si bien es necesario tener en cuenta el hecho de que un hurkle es tan afectuoso que no puede ser leal. Los hurkle más bonitos son los azules.

Ahora bien, en la ciudad más grande de Lirht se plantearon graves problemas, de los que no hablaremos puesto que no hacen a esta historia, y un gwik llamado Hvov, a quien pueden olvidar ahora mismo, hizo volar un edificio que era muy importante, por razones que no comprenderíamos. Este suceso causó una gran agitación y los habitantes dejaron sus hogares y sus trabajos en las fábricas, acudiendo hacia el centro de la ciudad. Así sucedió que quedó abierta una puerta en cierto laboratorio.

A pesar de que ocurran grandes sucesos, los pequeños menesteres de la vida diaria siguen su curso habitual. Durante los «Diez días que conmovieron al mundo», los cafés y teatros de Moscú y Petrogrado permanecieron abiertos, la gente se enamoró, pleitearon unos contra otros, murieron, derramaron sudor y lágrimas, y algunas de éstas fueron de risa.

De la misma forma, en Lirht, mientras se llegaba a la decisión sobre lo que le sucedería al miserable Hvov, los gwik siguieron fansendo, blarteando y campendo. El pulso agitado de la vida continuaba y en los anams crecían los corsons.

En el laboratorio mencionado, que había quedado abierto a raíz de tales importantes circunstancias, remoloneaba un cachorro de hurkle. Estaba muy feliz de hallarse allí, pero indudablemente el hurkle es, por naturaleza, un animalito feliz.

Examinó, sin temor alguno (podía volverse invisible si se lo asustaba) y dedicó un brillo de simpatía a las patas de las mesas y a las luminosas paredes. Se movía sinuosamente, arqueando la espalda y jugueteando en el suelo. Sus patas delanteras y traseras eran rígidas; el par de patas de en medio tenía dos juegos de articulaciones en la rodilla, uno hacia adelante y otro hacia atrás.

Su textura era ingeniosa como la de un escorpión, y su color, el más perfecto azul.

Casi la cuarta parte del laboratorio estaba ocupada por una enorme e intrincada máquina, todavía no colocada en su sitio, que tenía signos de que en ella estaban trabajando en varios proyectos que incluían toda la galaxia: conexiones temporales entre uno y otro componentes, cables que terminaban en pinzas metálicas, aparatos de medida que se hallaban situados en mesas auxiliares cercanas.

El cachorro examinó la máquina con curiosidad y ánimo amistoso, dedicándole una serie de radiaciones que hacían que brillara, lo que equivalía a un ronroneo. Saltó delicadamente de uno a otro lado, presionando con suavidad, pero con firmeza, una llave situada en el suelo. El cachorro miró curiosamente y descubrió, dentro de la maraña de alambres y resortes, la más atractiva escena que jamás hubiera visto.

Era como la reverberación del calor sobre un campo en barbecho, como un torbellino de humo, como las luces de neón sobre el pavimento húmedo. Para el animal, ese parpadeo anaranjado era como el olor de la menta para el gato, o como el del anís para los terriers terrestres.

Se dirigió hacia el resplandor, afirmó las patas en un soporte –afortunadamente no había desviación de la energía a tierra– y trepó. Subió desde el transformador a la unidad energética, retozó cerca de un condensador –cuyo ajuste se modificó– desapareció momentáneamente al sentir el calor de un tubo y finalmente se meció sobre el límite del resplandor.

Este se hallaba suspendido en el aire, dentro de una especie de gabinete, rodeado de grandes bobinas que poseían, cada una, decenas de miles de vueltas de alambre delgado y voluminosas asas condensadoras.

Uno de los lados de la parte delantera del gabinete se hallaba abierto, y el cachorro se quedó allí, fascinado, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, al ritmo de una música inaudible que él mismo hacía para contrastar con esta llama que surgía de la nada.

Hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, se meció y balanceaba, en una onda de deliciosa, excitante sensación.

Y entonces sucedió que desplazó su centro de gravedad demasiado lejos de su punto de apoyo. Esto bastó para que cayera en el gabinete, dentro de la llamarada de color.

Un mediodía sofocante de junio, un maestro apellidado Stott, cuyos deberes incluían la enseñanza de siete materias a cuarenta alumnos en la escuela de una pequeña ciudad, estaba escribiendo en una pizarra.

Escribía la palabra *Madagascar*, y el aire era tan cálido y húmedo que sentía cómo la camisa se pegaba y despegaba, en su espalda, cada vez que hacía una *a*.

Detrás de él sintió un leve murmullo, proveniente de los alumnos de séptimo año. Sus reflejos, bien entrenados, le permitieron no volverse hasta que terminó de escribir la palabra, momento en que el cuarto vibraba con el alboroto de los niños.

Stott se enfrentó a ellos, abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Una cosa como ésta requeriría más que una reprimenda de compromiso.

Sus cuarenta pilluelos se retorcían y rebullían sin descanso, y el sonido que producían, una especie de risa seca y nerviosa, era único.

Aquí, una mano rascaba frenética una nuca, allá un muchacho escarbaba ansiosamente debajo de la camisa, más atrás una pequeña damisela, compuesta y arreglada, frotaba sin descanso su cuero cabelludo.

Con plena conciencia del valor del enfoque individual, Stott preguntó:

—¡Hubert!, ¿qué sucede?

Inmediatamente, la actividad disminuyó en el cuarto, si bien proseguían las fricciones.

—Nada, señor —dijo Hubert.

Stott paseó su mirada por la sala. Dondequiera que la posaba, se interrumpía el rascado, reemplazándolo un angustioso control.

La cosa parecía empezar por meneos y contorsiones. Stott se pasó el pulgar por la costilla inferior izquierda.

Alguien dejó escapar una risa. Antes de poder identificar al causante, Stott comenzó a experimentar una intensa picazón.

Trató de reprimir el impulso de rascarse, cerró firmemente las mandíbulas y se prometió a sí mismo que no se dejaría vencer por la tentación mientras estuviera al frente y fuera el centro de todas las miradas.

—Bueno, alumnos, ahora... Comenzó a decir, y se interrumpió.

Había algo en el alféizar de la ventana abierta. Parpadeó y volvió a mirar. Notó la existencia de una nubecilla traslúcida, de color azul, casi imperceptible.

Era menos que algo, pero ciertamente era más que nada. Si, con esfuerzo, trataba de discernir, podía llegar a imaginar una criatura arqueada, con demasiadas patas.

Pero, por supuesto, eso era ridículo. Apartó la vista y regañó a la clase.

Había tenido dos tristes experiencias con bombas de mal olor, y recordaba haber visto alguna vez una cosa que se anunciaba en un escaparate denominada algo así como «polvo que causa picazón».

¿Sería aquello el causante de este tormento? Sin embargo, era prudente no acusar a nadie todavía; si se equivocaba, corría el peligro de darles a estos pequeños genios algunas ideas poco recomendables.

Trató otra vez:

–Alumnos... –tragó saliva, este picazón era... –. Bueno, alumnos... –notó que una cabeza, y luego otra, y luego otra, se volvían hacia la ventana. Entonces comprendió que si la clase se interesaba demasiado por lo que él había visto en el alféizar, pronto tendría que enfrentarse a un pánico. Agitadamente, trató de encontrar el puntero y golpeó con él dos veces sobre el escritorio. Hay que decir que su control no era el de siempre; golpeó demasiado fuerte, y sonó como si fueran disparos. La clase entera se volvió hacia él, y la forma que apareció en la ventana comenzó a verse mucho más claramente.

Era azul, de un azul verdaderamente hermoso. Tenía una cabeza pequeña y esférica, y en el otro extremo se veía una forma similar. Además poseía cuatro patas rígidas y rectas, y dos centrales, que parecían no tener huesos. Sobre esto, un cuerpo sinuoso. Donde estaba la cabeza, vio cuatro pares de ojos, de tamaño gradualmente distinto. Se mantuvo moviéndose allí durante unos diez segundos, y luego, sin un sonido, saltó por la ventana y se fue.

Mr. Stott, pálido y tembloroso, cerró los ojos. Sus rodillas se aflojaban y sobre su labio superior apareció un reborde de sudor. Se aferró al escritorio y forzó a sus ojos a permanecer abiertos, y luego oyó la campana que terminaba otro día de clase, inundándole de tranquilidad, calmando su terror, devolviéndole el autocontrol.

–Pueden retirarse –farfulló, y se echó hacia atrás en el asiento. Los alumnos recogieron sus cosas y se levantaron pasando de los murmullos agitados al alboroto caleidoscópico que los apretujaba en la puerta. Mr. Stott se hundió en la silla, notando que el terrible picazón había desaparecido desde que golpeó con el puntero sobre el escritorio.

Ahora bien, Mr. Stott era un hombre metódico. Se enorgullecía de su habilidad para enseñar a sus alumnos a usar sus poderes de observación y todo aquello que la lógica ponía en sus manos. Tal vez recuperaría, después de un rato, estos dos poderes, de los que creía poseer más de lo que suele ser habitual en la gente.

Se sentó, mirando sin ver la ventana abierta, sin reparar tampoco en la pradera bañada por el sol que se hallaba más allá. Luego de repasar una media docena de veces lo sucedido, retuvo dos hechos importantes:

Primero, el animal que había visto, o que pensó que había visto, tenía seis patas.

Segundo, era de tal naturaleza que cualquiera que lo viera, o que pensara que lo veía, podía creer que se había vuelto loco.

Estos dos hechos tenían dos corolarios:

Primero, que todos los animales que había visto hasta ahora, poseedores de seis patas, eran insectos.

Segundo, que si algo había que hacer con respecto a esta extraña criatura, era mejor que lo hiciera él mismo. Sin olvidar que cualesquiera que fuesen las medidas a adoptar, habría que tomarlas inmediatamente. Se imaginó teniendo que cerrar las ventanas, con este calor, para dejar a la cosa fuera, y el pensamiento lo acobardó. Preveía el posible efecto de un animalejo tal en medio de una clase de niños de alrededor de diez años y la idea le asustó. No, ciertamente no cabían demoras.

Se acercó a la ventana y examinó el alféizar, sin hallar nada. La inspección le reveló un lugar vacío. Se quedó pensando un rato, mientras se mordía el labio inferior. Finalmente bajó a pedirle al encargado una bolsa de más de dos kilos de DDT «para un experimento». Se armó de una ancha caja de madera y un ventilador, colocándolos en una mesa que luego puso cerca de la ventana. Entonces se sentó a esperar, por si la extraña bestia azul volvía a aparecer.

Cuando el cachorro de hurkle cayó, se preparó para llegar hasta el suelo, o por lo menos hasta la parte inferior del gabinete.

Recibió una sorpresa cuando vio que no caía, que descansaba sobre una superficie plana. De todas formas se sintió muy atemorizado y miró para todos lados, respirando anhelosamente y con los reflejos prestos para reaccionar.

El gabinete había desaparecido. El resplandor también. Y el laboratorio, con sus ventanas iluminadas por la coloración anaranjada del cielo de Lirht, con sus innúmeras hileras de instrumental reluciente, con sus voluminosas y complejas máquinas, tampoco estaba allí.

El animal se desperezó sobre la extensión que lo rodeaba, algo así como un prado. Los colores eran rarísimos; todo parecía hallarse a media luz, desenfocado. Había árboles, pero no pequeños y chatos como los de Lirht, sino enormes, de troncos rectos y majestuosos. Los gases atmosféricos, distintos a aquellos a los que estaba acostumbrado, tenían colores; una especie de neblina débilmente coloreada velaba y delineaba todo. El cachorro retorció sus cafmores y movió sus kum sin moverse del lugar donde se hallaba. Era indudable que ningún aprendizaje previo podía ayudarlo en la situación en que se encontraba.

Finalmente, trató de desplazarse; y allí fue cuando tuvo su segunda sorpresa. En vez de arquearse, comenzó a flotar en el aire, y volvió a tierra luego de haber dado el mayor salto que recordara.

Se acurrucó en el extraño césped, que parecía salido de un sueño, mirando azorado hacia todos lados, hacia arriba y hacia abajo. Se sentía solo y aterrorizado, y lo estaba pasando muy mal. Vio su sombra a través de la leve

neblina, y esto lo asustó mucho, porque en Lirht no proyectaba sombra cuando se asustaba. Aquí todo sucedía mal y al revés: en vez de hacerse invisible cuando se asustaba, se hacía más fácil de distinguir; sus piernas parecían no funcionar bien y no había un solo malapec a la vista. Creyó oír cierta música alegre, que sonaba bien dentro de su cabeza, pero que de alguna manera no resonaba en la forma debida.

Trató, con extrema precaución, de volver a moverse. Esta vez su trayectoria fue mucho más breve y mejor controlada. Probó con un paso corto y rasante, y le pareció que lo había logrado. Luego se balanceó en su flexible par de patas de en medio y con completo abandono, se impulsó hacia arriba. Subió hasta unos cinco metros, dando vueltas y vueltas, y aterrizó sobre sus patas rígidas.

Esta sensación era verdaderamente encantadora. Recuperándose de la extraña y deliciosa sorpresa volvió a saltar. Esta vez fue más lejos y más alto y al tocar el suelo rebotó alegremente dos veces.

Todas estas agradables experiencias habían hecho que el miedo se le pasara. El hurkle, como sabemos, es un animal feliz. Corcoveó, surcó el aire, se remontó y volvió a elevarse, y finalmente encontró en su camino una pared de ladrillos, con resultados asombrosos y desagradables. Estaba aprendiendo, a golpes, la diferencia entre peso y masa. El efecto no fue grave, pero sí doloroso. Justo cuando comenzaba a sentirse bien...

Miró hacia arriba y vio lo que parecía ser una abertura en la pared, a unos tres metros del suelo. Lleno de espíritu de aventura, saltó y quedó parado sobre el alféizar, hazaña de la que se enorgulleció. Se agazapó en este nuevo lugar, mientras se atusaba, y miró hacia dentro.

El panorama que observó le pareció de lo más agradable. Más de cuarenta feos y divertidos animales, aparentemente sujetos a maderos a la altura de sus extremidades inferiores, movían las cabezas, gesticulaban y murmuraban. Al otro lado del cuarto vio a otro monstruo, más alto y esbelto, con una cabeza desnuda en comparación con la de los otros, los atrapados, que tenían más pelos que un huevo de mauson. Al poco rato de observarlos, el cachorro se dio cuenta de que sólo uno de los lados de la cabeza tenía pelo; pero el alto, al darse la vuelta para hacer unas raras marcas en la pared, mostró que tenía pelo en ambos lados.

El animal, enormemente entretenido, comenzó a radiar lo que en Lirht equivalía a un ronroneo, o sea un resplandor. En este extraño lugar tal cosa no fue visible, y en cambio los feos especímenes respondieron con los más extraños movimientos, meneos y frotamientos susurrantes del cuero que los cubría. Esto puso muy contento al cachorro, que estaba encantado cuando era el centro de atención, y que redobló su emisión. Los movimientos de los animales se volvieron casi frenéticos.

Entonces el alto se volvió. Emitió uno o dos raros sonidos y finalmente, tomando un palo de la plataforma situada delante de él, lo dejó caer con gran estrépito.

El ruido asustó tremendamente al animal. Procuró volverse invisible, pero como las cosas estaban invertidas en este extraño mundo, sus contornos se hicieron aún más nítidos. Se dio la vuelta y volvió a saltar al suelo. Antes de aterrizar sintió

un sonido intenso y metálico. Del cuarto partía un ruido a cháchara y confusión que dio aún más ímpetu al terror del cachorro. Huyó hacia unos arbustos y se escondió entre las hojas.

Pronto, sin embargo, volvió a manifestar su buen natural. Se quedó allí tendido, descansando y observando el movimiento suave de los tallos y de las hojas (algunas de ellas tal vez fueran flores) en la brisa. Una criatura con alas se acercó, zumbona y danzarina, a rodear uno de los capullos. El animal se apoyó en una de sus patas de en medio, y con la otra atrapó al extraño ser. Este clavó en la pata del hurkle una rara aguja negra. El cachorro no se inmutó. Se comió a la criatura y eructó. Se quedó quieto durante unos minutos, saboreando aún a la abeja. Pero, súbitamente, el experimento fracasó. Se comió dos veces más a la abeja, y luego abandonó el intento.

Volvió a prestar atención a la ventana, preguntándose qué harían ahora los extraños animales. Parecía estar todo tan tranquilo... Audazmente, el cachorro abandonó su escondite y volvió a saltar hasta la ventana. Se hallaba muy contento consigo mismo; estaba alcanzando verdadera precisión en los saltos que daba en este loco mundo. Se atusó el pelo, y balanceándose miró otra vez hacia dentro.

Le sorprendió ver que los animales pequeños se habían ido. El más grande se hallaba detrás de la plataforma en el extremo del cuarto. El cachorro y el extraño ser se miraron durante un largo rato. Finalmente el animal se inclinó y ajustó algo en la pared.

Inmediatamente se oyó un zumbido mecánico, y una cosa situada en un estante cerca de la ventana comenzó a dar vueltas. Cuando el cachorro se quiso dar cuenta, se hallaba envuelto por una nube de polvo de olor picante.

Se ahogó, y se volvió tan visible como asustado estaba, lo que era mucho. Durante un largo rato fue incapaz de moverse; pero gradualmente fue sintiendo una sensación aguda y dolorosa, que lo penetró. Se abandonó a ella. Le fue invadiendo una onda tras otra de éxtasis agonizante, y danzó en su seno. Emitió sus más brillantes radiaciones, si bien éstas sólo sirvieron para que el animal se rascara frenéticamente.

El hurkle se sintió muy extraño, transportado. Se dio la vuelta y saltó alto en el aire, abandonando el edificio.

Mr. Stott dejó de rascarse. Desgreñado fue hacia la ventana y vio a la extraña bestezuela azul, ahora invisible, pero cubierta por el polvo, hasta parecer una burbuja en la niebla. Rebotó en el prado, dando grandes saltos, dejando las huellas de polvo blanco en el césped.

Se frotó las manos, una con otra, y sonriendo agradablemente se enderezó. Había salvado a la Tierra de toda batalla, asesinato y crimen para siempre, pero no lo sabía. Por otra parte, nunca nadie lo supo. Vivió una vida larga y feliz.

Y ¿qué sucedió con el cachorro de hurkle?

Siguió rebotando hasta ocultarse en unos arbustos cercanos. Allí se cavó un hoyo estrecho, trabajando somnolientamente, cada vez más despacio. Finalmente, se



echó en él y quedó inmóvil. Pensaba en cosas raras, imaginaba extraña música, y lo asaltaban inesperadas sensaciones. Lentamente fueron cesando sus movimientos, y yació allí rígido y quieto, durante unas dos semanas.

Pasado ese tiempo, el hurkle, que ya no era un cachorro, se encontró con una camada de doscientos saludables retoños. Tal vez fue por acción del DDT, o tal vez por la nueva radiación que el animal recibió en la Tierra, pero todos eran hembras partenogénicas, como usted y yo.

¿Y los humanos? ¡Oh, nos *engendramos* tan bien! ¡Y fuimos tan felices!

Pero los humanos tenían el picor rampante, el prurito intermitente, el comezón punzante, o irritantemente parestético. Y nada pudieron hacer al respecto.

Por eso se fueron.

¿No es verdad que éste es un lugar hermoso?

## En la colonia de huérfanos

Kit Reed

*On the orphan's colony* ©1964 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Diciembre de 1964). Traducción de J. V. en *Minotauro* 5, primera época, mayo-junio de 1965.

Todas las noches en el sitio olvidado de Dios que era la colonia de huérfanos, algo venía al pie de la ventana. Los vientos purpúreos que barrían el lugar amenazaban tormentas y cataclismos, amontonando un polvo gris que sepultaba todos los días a diez o doce de los muchachos en las minas. Había peligro en el cielo azul y liso, y había peligro en el aire metálico que respiraban, de modo que casi todos los huérfanos eran rápidos y cautelosos, y atacaban rápidamente a cualquier cosa que no reconociesen en seguida.

Pero algo esperaba hasta que los otros se durmieran y luego cantaba al pie de la ventana de Nathan, tan dulcemente que el muchacho deseaba quitar las barras y dispositivos protectores, o abrir un agujero en el muro y dejar que la criatura entrase, pues se sentía cada vez más solo.

Nathan apretaba entonces la cara contra el vidrio, tratando de ver a la criatura, escuchando toda la noche, sin preguntarse cómo aquel sonido atravesaba las capas de cemento, hierro, acero y vidrio. Un día creyó distinguir una forma indistinta del otro lado, y en su soledad imaginó una sombra materna, y que aquellos sonidos deseaban consolarlo.

Pues había tenido una madre al principio, y luego ella había muerto y él había vivido atornillado a la soledad, apretándose primero contra esa primera madre adoptiva y luego contra esa otra, con la esperanza de recuperar algo de aquel calor, y sintiéndose helado al fin, pues todo lo que hacía parecía inútil. Ahora, pensaba en ella mientras se alineaba con los otros para el baño y el desayuno, y se llevaba el recuerdo de ella a las minas, acariciándolo en la obscuridad como si fuese una fotografía muy querida.

En su primera noche en la colonia lo descubrieron llorando.

—No está permitido —dijo Curtin, su celador, que había venido corriendo. directamente hacia él, entre la doble hilera de camas.

—Mmm.

Nathan buscó en la obscuridad la mano de Curtin, asomándose a la cresta de un gemido ahogado.

—Piensa en los otros —dijo Curtin, calmándolo.

Nathan moqueó.

—No... no puedo.

—Dime entonces qué ocurre.

–Nadie.

–¿Nadie qué?

–Nadie –dijo Nathan con un sollozo desesperado.

Curtin entendió.

–¿Estás solo? ¿Con otros dos mil muchachos?

–Mu-muchachos.

Los muchachos de la colonia eran fríos, hirsutos, e inescrutables, y porque Curtin no era como ellos Nathan lo miró con una fe creciente.

–Si pudieras ayudarme.

–Para eso estoy –dijo Curtin.

Y Nathan se permitió pensar que así era.

–¿Puedes sacarme de aquí? –dijo dominándose.

Curtin carraspeó.

–No puedo permitir que los otros te vean llorando, ¿entiendes? –dijo, y Nathan entendió que a pesar de toda su buena voluntad Curtin era también impotente.

–Quiero ir a casa.

–Hijo, no tienes más casa –dijo Curtin con una voz dominada por la fatiga. Y añadió sin convicción–: Esta es tu casa.

–Quiero ir con mamá.

–No tienes más mamá.

Nathan inclinó la cabeza, pues era cierto.

Cuando Curtin comprobó que Nathan no podía dejar de llorar, llevó la cama rodante a un cuarto privado. Si lograban sobrevivir a un año o dos, si Curtin y sus compañeros querían conservar la posibilidad de que los librarán de sus obligaciones y les permitieran volver a sus casas, tenían que mantener cierto nivel de disciplina.

De modo que Nathan durmió solo desde entonces, sin ni siquiera el consuelo de las respiraciones de los otros que dormían en un mismo cuarto, y todos los días alguno de los muchachos pensaba que Nathan no era digno de confianza, y por eso lo habían apartado. Lo importunaban, y Nathan lloraba todas las noches.

Hasta que la criatura de afuera llegó y empezó a llamarlo, cantando. El sonido consolaba de algún modo a Nathan, quien se apretaba contra la ventana, como si así estuviese más cerca de esa criatura a la que podía ver ahora, cálida y amable en el patio. Al principio el sonido mismo era suficiente, pues la criatura le hablaba de brazos cálidos y cuartos cómodos, de una infancia quizá mejor que la suya, de todas las cosas que Nathan extrañaba vagamente, pero que era incapaz de

nombrar. Trató de decírselo a Curtin una noche, no tanto para contarle qué ocurría sino y sobre todo para oír el sonido de su propia voz en un diálogo. Excepto cuando pasaban lista nadie hablaba con él durante días.

–Oí cantar a alguien.

–No es posible –Curtin arreglaba en ese momento una mesa de noche–. Todos los edificios son a prueba de ruidos.

–Cantaba.

–Creíste oír a alguien –Curtin se volvió hacia Nathan, atento de pronto–. Escucha –dijo–, si alguna vez oyes algo o ves algo, dímelo. Tenemos que informar.

–¿Para qué?

–Detección. Destrucción –Curtin frunció el ceño–. Apenas hemos arañado la superficie de este sitio. Nos sostenemos apenas con las uñas.

–Destrucción –Nathan se sentía mejor porque estaba con Curtin y Curtin le hablaba, y como estaban allí, y casi tenían una charla, continuó en una agonía de confianza–. Tengo la sensación... no sé. Es una cosa como amor. Me siento tan solo...

–Solo –Curtin no escuchaba, ocupado con la mesa de noche. Cuando alzó los ojos ni siquiera miró al muchacho, y pensaba sólo en su casa–. ¿Qué decías?

–No tiene importancia.

Lastimado, pues había dicho tanto y había recibido tan poco, Nathan se apartó.

–No te olvides de informar –dijo Curtin distraídamente–. Hay que tener los ojos siempre abiertos –murmuraba ahora, entre dientes–. Esto no es exactamente el paraíso.

Muy cierto. Había peligros en el aire: gases que podían diezmar todo un pelotón de muchachos en un instante, criaturas que cantaban en las arenas, insectos venenosos en las plantas, deslizamientos y pozos en las minas. Dos de los muchachos habían recogido una piedra cerca del horno de la fundición y la habían llevado al dormitorio. Al cabo de unas pocas horas habían muerto veinte muchachos. Un polvo extraño había sido descubierto en un extractor de aire defectuoso, y el celador que había quitado el polvo tuvo que ser llevado de vuelta a la Tierra donde pasaría el resto de sus días en un hospital del gobierno.

Y ahora una criatura cantaba al pie de la ventana de Nathan, cantaba canciones de amor, y Nathan sabía que le pedía así que la dejara entrar, pues quería estar cerca de él, y que si él bajaba a la esclusa de aire la encontraría esperando, y que él no tardaría más de un minuto o dos en abrir la doble puerta.

Como, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer, Nathan bajó una noche. La criatura lo esperaba del otro lado.

Sintió repulsión al principio. La criatura entró encorvándose en la esclusa, toda ojos húmedos y piel suelta, amorfa y velluda. Pero tan pronto como Nathan cerró

la puerta exterior, la criatura se puso a cantar, y si Nathan cerraba los ojos, un calor penetrante le acariciaba la conciencia, un calor que no había conocido ni siquiera entre los brazos de su madre.

La criatura cantaba en silencio, pero aun así Nathan le pidió que fuera prudente, inclinándose hacia adelante y llevándose un dedo a los labios. Seguido por la criatura, enorme y silenciosa, atravesó los pasillos y subió las escaleras, asombrado, pues aunque los otros muchachos eran mayores, más fuertes, más inteligentes, la criatura lo había elegido a él, y estaba con él, e iban juntos al dormitorio.

La criatura se arrastraba detrás cariñosamente, en olas de piel móvil, cantando siempre, de modo que cuando llegaron al cuarto iluminado, Nathan se sintió sorprendido de veras al descubrir qué horrible era ella realmente, y que entre aquellas cuatro paredes se sentía rechazado también por el olor. Miró el anillo de dientes en la boca circular, los pliegues sueltos de la piel, y hubiera corrido a la seguridad del dormitorio común si la criatura no lo hubiera envuelto de pronto con aquella piel, si no lo hubiera acunado, cantando.

Al principio, Nathan tuvo que combatir un miedo repentino y paralizante, pero cuando cerró los ojos olvidó todo excepto el calor y las olas de la canción que barrían su acumulada soledad, y mientras la criatura cantaba sintió amistad, y amor, y al fin alegría, abrumado casi por aquella plenitud luego de la sequedad que había sido su vida.

Más tarde fue capaz de mirar aquellos ojos húmedos, de bordes hinchados y rojizos, y hasta de tocar cariñosamente aquel vello espeso, con ojos nublados por el amor. La criatura lo guardó así envuelto toda la noche, cantándole, y cuando llegó el alba Nathan quería más a la criatura que a su propia vida. El abrazo terminó poco antes de la salida del sol, y la criatura se deslizó entonces en el ropero, y cuando Curtin oyó a Nathan, que lloraba como un niño abandonado, no quedaba ninguna huella de ella en el cuarto.

–Vamos, vamos –dijo Curtin–. ¿Qué pasa?

Pero Nathan, alimentado aun con fragmentos de la recordada canción, abrumado por una enorme sensación de pérdida, sollozaba entrecortadamente.

–¿Qué pasa? –preguntó Curtin otra vez.

Y como el secreto era importante, Nathan se dominó.

–Sólo una pesadilla –dijo, y salió a lavarse los dientes.

Desde entonces todos sus días fueron un largo vacío. Él mismo era un vacío pequeño, que esperaba ser colmado por la canción nocturna, tan pronto como se apagaran las luces y los otros se durmieran. Ya no importaba tanto que el desierto pedregoso donde vivía fuera frío y remoto, o que nadie hablara con él excepto cuando lo llamaban para los trabajos de la fundición, o para ir a las minas a la mañana. Su vida con la criatura cantora era tan plena, tan consumidora, que ni siquiera advirtió los cambios en la colonia, la intranquilidad de todos, hasta que la historia fue evidente, hasta que Curtin entró una mañana en el cuarto privado.

–Hablaste de que habías escuchado algo raro –dijo Curtin.

Nathan lo miró parpadeando, tomándose las rodillas.

–Hace mucho tiempo –en seguida, y porque Curtin parecía tan perturbado, añadió: –¿Ocurre algo?

Curtin se acarició el pelo.

–Ya sabes, las desapariciones. Tres este mes.

–¿Desapariciones?

–¿No estás enterado? Claro que no –Curtin meneó la cabeza, recordando–. No hablas con los otros. Tres de los muchachos han... desaparecido.

Nathan dijo distraídamente:

–Quizá se escaparon.

–No –triste, indulgentemente, Curtin le acarició la cabeza a Nathan–. Me hubiese gustado, pero... –se encogió de hombros–. Mira, hijo, si oyes algo...

Nathan esperó.

–O si ves algo... Si ves algo, cualquier cosa, por favor, dímelo.

Como Curtin realmente le gustaba, y quería complacerlo, Nathan dijo:

–Lo prometo.

Aquella noche le contó la conversación a la criatura, y la criatura le tejió una canción.

Nathan sabía, sin tener que pensarlo, que aquellos días eran los más felices de su vida, y que el número de muchachos en el dormitorio seguía disminuyendo. Aunque en la colonia se respiraba un aire ácido de miedo, Nathan no se preocupaba, pues ahí estaba la criatura, todas las noches, con amor y calor. Ahí estaba la canción todas las noches.

Y luego una mañana Curtin mismo desapareció, y un celador desconocido, alto, ceñudo y asustado, entró en el cuarto de Nathan con un guardia que traía un látigo y un garrote. Desparramaron todas las cosas de Nathan, vaciando la mesa de noche y abrieron de par en par las puertas del armario.

Nathan se encogió pensando que habían descubierto su amor. Pero el armario estaba vacío. No había allí piel velluda, ni baba, y Nathan rió aliviado.

–¿Qué buscan? –preguntó conteniendo la risa.

–No sé –el celador hablaba con los labios apretados–. Pero tenemos que descubrirlo pronto. Han desaparecido cuarenta, y sin dejar huellas.

–¿Cuarenta?

La cifra no tenía realidad para Nathan.

–Cuarenta muchachos y ahora un celador.

Nathan sintió un asomo de inquietud.

–¿Curtin?

–Curtin.

–Pobre Curtin.

–Escucha, muchacho. Todos tienen que ayudar si queremos detener esto –el celador hizo una pesada pausa–. ¿Entiendes?

Nathan asintió con un movimiento de cabeza.

–Si has notado algo raro, algo poco común...

–Lo siento –Nathan pensaba ya en la noche, oía ya la canción dentro de él–. No he visto nada.

Aquella noche la criatura cantó una canción de alegría, de alegría interminable, y Nathan se acurrucó en los pliegues de la piel, en éxtasis.

Cuando despertó a la mañana siguiente la criatura había desaparecido, y recordando la búsqueda del día anterior, Nathan pensó que era mejor así. Esperaba que la criatura se hubiera escondido bien, aunque todas las fibras de su ser reclamaban aquella presencia, y sabía que le costaría mucho aguardar la noche.

No encontró a nadie en los pasillos de los baños, y en el dormitorio mismo había un raro silencio, con todas las camas hechas, en hileras, pero sin muchachos al lado que se metiesen en los trajes de faena o que se pusiesen las botas. La luz misma tenía una curiosa y tranquila cualidad: iluminaba las ventanas cerradas sin interrupciones ni limitaciones.

Era como si no hubiese nadie en el edificio y el edificio mismo estuviese deshabitado desde hacía años.

Luego de lavarse la cara, Nathan fue hacia el comedor vestido sólo con la camiseta y los calzoncillos blancos con que había dormido, y sintiéndose realmente solo en el silencio del pasillo. Caminó entre las filas de camas, perturbado ahora por la quietud del aire, la ausencia de sonidos.

Titubeó un momento ante las dobles puertas del salón comedor, bombardeado por la luz solar, absorbiendo el último y moroso silencio del pasillo. Luego abrió las puertas de par en par, y oyó el sonido.

Miró un momento las mesas pulidas, observando la tranquilidad, el orden, la marcha de la luz del sol, y al fin el movimiento en el otro extremo de la sala, sabiendo aun antes de adelantarse entre las mesas que la criatura estaba ocupada allí.

La criatura terminó con el muchacho que apretaba entre sus pliegues, y luego alzó hacia Nathan los ojos húmedos de bordes rojizos, y Nathan advirtió sin sorpresa, sin sentirse traicionado, que para la criatura él no significaba más que

los otros, aun después de todas aquellas noches, todas aquellas veces que ella había cantado para él, y vio también que ella lo esperaba.

Titubeó sólo un segundo.

Fue hacia ella conscientemente. Fue hacia ella con su amor y su soledad. La criatura lo abrazó abriendo el círculo de dientes.



## Umbriel

Donald A. Wollheim

Formulario de los archivos del Departamento de Navegación Interlunar del Gobierno de Oberon:

*En respuesta a las repetidas solicitudes de los ciudadanos con ansias espaciales respecto a por qué nuestras naves siempre evitan el segundo satélite del sistema de Urano, el documento siguiente es la evidencia. Se trata de un resumen del Informe de K'yaldiu, un pionero astronauta de varias generaciones atrás.*

"Mi nave se deslizó a través de la atmósfera de Umbriel sin grandes dificultades. Era mucho más espesa y cálida de lo que había experimentado con anterioridad. Después de aterrizar, mis instrumentos registraron una temperatura de 60 grados bajo cero Fahrenheit (valor terrestre).

"Posé la nave sobre una superficie suave de césped verde (o así me pareció en mi primera ojeada por la helada escotilla). Después de desconectar los cohetes de propulsión, me dispuse a pisar tierra a fin de reclamar el territorio para Oberon..., siempre que no hubiera habitantes.

"Al bajar, mi olfato se vio desagradablemente sorprendido por un olor nauseabundo. El aire era espeso, pesado, caliente, y de muy mal olor. Apenas era respirable, y del suelo ascendía un calor insoportable, que no tardó en coartar mis energías.

"Tan pronto como asenté las plantas en el suelo, mis pies se hundieron en la tierra y tuve necesidad de empujarlas hacia arriba, movimiento que se vio acompañado por el más desconcertante ruido de absorción. El suelo semejaba uno de los semilíquidos que nuestros científicos obtienen en sus laboratorios cuando consiguen temperaturas suficientemente elevadas para fundir el hierro.

"Durante unos instantes conseguí avanzar. Después, una sección del suelo se abultó ante mí y mientras lo estaba contemplando, se convirtió en una cúpula hemisférica que reventó. Surgió una nube de vapor tóxico, que comenzó a girar a mi alrededor. Parecía una burbuja muy peculiar.

"Cuando llegué a una roca amarillenta y ahuecada, que se alzaba aislada sobre el terreno, me detuve a examinarla. Estaba compuesta de una substancia dura, brillante y porosa, muy diferente de todo lo que produce la Naturaleza. Además, la roca desprendía una sensación completamente antinatural.

"Percibí un movimiento a mis espaldas y al volverme divisé a uno de los seres nativos de Umbriel. Surgiendo de un agujero del terreno, vi un objeto blanco, sin forma, que no poseía brazos, piernas, ojos, orejas ni otros apéndices exteriores. Tenía boca y un cuerpo tubular de varios centímetros de longitud. Y algo más.

"Contemplé con atención lo que hacía. Y en aquel momento, lo reconocí. Entonces comprendí qué era aquella esfera en la que yo me hallaba. ¡Porque aquel ser estaba comiéndose el suelo! ¡Estaba devorando el verde césped con

considerable apetito! ¡Era un gusano, un gusano de tumba de enormes proporciones! ¡Y sólo podía estar comiendo la carne de un ser muerto!

"Cuando regresé a mi «ovoide», lo encontré medio hundido en el podrido terreno. Trepé a su interior, cerré la escotilla y despegué con una explosión de mis cohetes de pólvora que iluminó todo el paisaje.

"Jamás volverá ningún ser con lúcida razón a Umbriel. Porque no es un globo natural..., es la retorcida carcasa de un animal muerto, un enorme monstruo de algún mundo colosal, que voló al espacio. Debió de ir flotando por el vacío hasta que fue capturado por Urano. Y ahora que se halla recalentado por el calor desprendido por el lejano Sol y tan cerca de Urano, ha empezado a corromperse, a pudrirse, y los gusanos han salido de las profundidades de su cuerpo para alimentarse.

"Permanecerá eternamente aislado, ya que los gusanos no son los únicos seres que moran allí. En torno a la superficie del gusano vi un cinturón de metal con unas extrañas estrías. En algún lugar de las entrañas, en los intestinos de aquel cadáver-mundo corrompido, habita la inteligencia, una raza de increíble horror que se alimenta con los cuerpos de los gusanos, de la misma manera que éstos se alimentan con la carroña que es el planeta.

"Una raza de insoportable hedor, sumamente repulsiva, habita allí. Y nada saben de otros mundos. ¡Ojalá no lleguen a saberlo nunca!"

## Hielo profundo y lenguajes del ADN

**La vida, aunque no la inteligencia, abunda bajo los hielos de los planetas congelados**

Greg Bear

*Greg Bear es autor de 26 novelas, siendo la más reciente Darwin's radio (Harper Collins) 2215 CE.*

El descubrimiento de más de 15.000 Objetos de Hielo Profundo Masivo (OHPMs) en órbita alrededor de planetas supermasivos en la vecindad interestelar próxima tiene el potencial necesario para revolucionar nuestro conocimiento sobre lenguajes biológicos. Los lenguajes generados por el fenotipo para las formas de vida terrestres con registro de ADN pueden ser ordenados fácilmente en función de una serie de reinos. Por ejemplo, muchas plantas se expresan filogenéticamente de acuerdo con el famoso lenguaje Zinn-Wang, decodificado por primera vez a mediados del siglo XXI.

La *Archaea*, comúnmente utilizada como *Piedra Rosetta* para todos los primitivos lenguajes de ADN, ha proporcionado profundas revelaciones sobre biología no-terrestres que han avanzado al nivel de ADN.

Los lenguajes de ARN en virus terrestres constituyen una *Torre de Babel* virtual, indicando una mezcla degenerada y mutacionalmente rica que todavía puede imponer la duplicación del ADN en los anfitriones infectados. Sin embargo, los primeros sistemas de codificación de ARN encontrados fuera del Sistema Solar pueden ser traducidos a menudo a los lenguajes basados en el ADN de la *Archaea*, y estos pueden constituir los lenguajes fijos de la vida más básicos.

Los OHPMs presentan habitualmente de siete a nueve veces la masa de la Tierra y están formados por capas de agua helada, de 2000 a 5000 Km. de profundidad, situadas sobre un océano líquido a alta presión (OLAP) que reposa sobre un manto rocoso fundido. En el centro se encuentra el núcleo rico en hierro y azufre.

El interior es cálido debido tanto al calor latente como a la radioactividad (principalmente Torio-90), así como a la fricción de marea generada por la interacción con el planeta supermasivo alrededor del cual orbita. Las temperaturas en el OLAP pueden exceder fácilmente los 130° C. Los OHPMs pueden constituir los cuerpos sustentadores de vida más comunes del Universo.

Las sondas auto-guiadas de Neutronio (SAGN) han penetrado en siete de estos objetos de hielo profundo y han obtenido interesantes datos. Sondas suplementarias fabricadas con materia normal, transmutada del neutronio y liberadas en el OLAP, desarrollaron análisis in-situ de toda la química del carbono y enviaron la información a las estaciones de investigación en órbita.

Lo más extraordinario de las biología de los OHPMs es precisamente que puedan existir bajo esas extraordinarias condiciones. Una vez más, se demuestra

que la vida puede comenzar y prosperar en cualquier lugar en el que haya agua líquida y los elementos necesarios.

En concreto, los análisis de los lenguajes de ARN y ADN se han llevado a cabo en tres ecosistemas de OLAPs. Debido al limitado rango de exploración de las sondas, no se conoce la extensión total de estos ecosistemas: sin embargo, cada OHPM explorado posee vida.

Uno de los ecosistemas (OHPM 2341a) está todavía en una "despilfarradora" fase rica en mutaciones de ARN, sin organismos complejos en la que no se ha detectado ADN. Aquí, cada pocos meses pueden surgir de forma natural esquemas nuevos de codificado genético, y la competición entre esquemas de codificado es probable que sea extrema. (En la Tierra, la aparición de lenguajes genéticos competentes y estables puede haber llevado más de 1000 millones de años).

Los otros dos ecosistemas (OHPM 5756b y OHPM 349x) han entrado en la época más estable del ADN y muestran notables similitudes entre ellos.

La característica más llamativa de estos sistemas es lo brillantes que son, teniendo en cuenta que están totalmente ocultos de cualquier luz estelar. Las sondas móviles han enviado imágenes de estructuras similares a inmensos arrecifes brillando tan intensamente como varias lunas llenas, rodeados por una espesa, lenta y agitada masa de microbios dependientes de la luz. Alimentándose de estos microbios vive una red de filtros, bordeados por cilios en espiral, capaces de juntarse en unidades mayores o separarse en otras menores.

Altas chimeneas espirales, como columnas barrocas en una iglesia, expelen agua caliente en la zona superior del manto, creando penachos que pueden extenderse muchos kilómetros. Estos penachos se despliegan en la capa superior del hielo, erosionando suaves cúpulas de casi cien kilómetros de diámetro y normalmente de menos de un milímetro de profundidad. Estas cúpulas recogen el oxígeno liberado de las acciones fotosintéticas de los organismos. Debido a la extrema presión entre el agua y el hielo, el oxígeno es obligado a retroceder, pero durante este breve periodo de tiempo, bosques en miniatura de organismos oportunistas crecen bajo las cúpulas, extrayendo todos los beneficios gracias a un metabolismo del oxígeno más eficiente.

No se conoce el límite superior de organización en los ecosistemas en los OHMPs. Se han encontrado ecosistemas típicos de inteligencias distribuidas, e interaccionan para formar redes neuronales complejas que gobiernan los ciclos vitales del OHMP (como en la Tierra). Sin embargo, todavía no se han encontrado inteligencias nodales condensadas como por ejemplo animales grandes. En cambio, la inteligencia parece congelada en una etapa muy primitiva y distribuida.

Esto puede reflejar la improbabilidad de la existencia de cualquier inteligencia en el interior del OHMP que nunca es modificado por cambios medioambientales importantes y mucho menos, se da la oportunidad de observar el Universo exterior. (Los OHMPs parecen ser extraordinariamente estables a lo largo de cientos de millones de años).

La imposibilidad de salir a través del profundo hielo y escapar al espacio limita el potencial de crecimiento de hipótesis concentradas, motores, como viene definido por el diagrama de Turing-Watteau, de información nueva frente a oportunidades de expansión.

Algunos investigadores sugieren que el sembrado de artefactos provocadores ("Clarkeing") bajo el hielo profundo podría estimular la condensación de inteligencias concentradas, o como mínimo, inducir algunas propiedades emergentes interesantes. El diseño de estos artefactos está incitando actualmente intensos debates. Como un jefe investigador de comunicaciones ha cuestionado, "¿cómo se edifica el cieno?".

Aprovechando las comunidades bacterianas en la Tierra, a finales de siglo se podría proporcionar una plantilla sobre la que trabajar con los ecosistemas de los OHPMs, añadiéndolo a la lista de seres a los que actualmente podemos hablar.

**Libros Tauro**  
<http://www.LibrosTauro.com.ar>